OBRAS COMPLETAS

Rubén Darío

OBRAS COMPLETAS

Rubén Darío

La vida de Rubén Darío escrita por él mismo (1915 [1912])

["Historia de mis libros"] (1913)

"El oro de Mallorca" (1913-1914)

TOMO 9 (1912-1916)

VOLUMEN III

Edición crítica al cuidado de Diego Bentivegna

EDUNTREF EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

Modern Language Association MLA An Approved Edition Committee on Scholarly Editions

Colección *Obras completas* de Rubén Darío

Directores *Daniel Link* y *Rodrigo Caresani*

Edición crítica de este volumen al cuidado de *Diego Bentivegna*

Asistente de edición *Jorge Luis Caputo*

EDUNTREF

Director editorial
Alejandro Archain

Editora
María Inés Linares

Corrección
Virginia Ruano

Directora de diseño editorial y gráfico
Marina Rainis

Diseño interior
Marina Rainis

Diseño de tapa y diagramación
Tamara Ferechian

Coordinación gráfica
Marcelo Tealdi

TRANS.ARCH

This project has received funding from the European Union's Horizon 2020 research and Innovation programme under the MSCA-RISE Scheme (Marie Skłodowska-Curie Research and Innovation Staff Exchange). Grant agreement 872299.

Darío, Rubén
La vida de Rubén Darío escrita por él mismo. Historia de mis libros. El oro de Mallorca/Rubén Darío; comentarios de Diego Bentivegna. –1a ed– Sáenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2021.

628 p.; 23x15 cm. - (Obras completas Rubén Darío)

ISBN 978-987-8359-37-3

1. Prosa Literaria. I. Bentivegna, Diego, com. II. Título.

CDD 861

© Diego Bentivegna para la introducción y las notas de edición, 2021.

© de esta edición UNTREF (Universidad Nacional de Tres de Febrero) para Eduntref (Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero). Reservados todos los derechos de esta edición para Eduntref (UNTREF), Mosconi 2736, Sáenz Peña, Provincia de Buenos Aires. www.untref.edu.ar

Primera edición, junio de 2021.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Impreso en la Argentina.

ÍNDICE

Introducción 7

Nota filológica preliminar 63

TEXTOS DARIANOS 71

***La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915 [1912])** 73

["Historia de mis libros"] (1913) 255

PROSAS PROFANAS 257

AZUL... 265

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA 272

"El oro de Mallorca" (1913-1914) 279

Notas del editor 327

Apéndice documental: Textos 411

Apéndice documental: Imágenes 515

Bibliografía 561

Índice onomástico 587

Plan de las *Obras completas* y criterios generales de la edición 620

Consejo Asesor 627

Introducción

> Su patria verdadera fue la isla, de los Argonautas, de Citeres, de Colón: su palabra favorita, "archipiélago".
> Juan Ramón Jiménez, "Rubén Darío (1940)"

En 1912 a Rubén Darío le quedan apenas cuatro años de vida. Ese año, durante lo que será su última estadía en Buenos Aires –la ciudad a la que había llegado por primera vez en 1893, luego de un extenso periplo atlántico que incluyó los dos grandes focos de cultura de la modernidad que heredará el siglo XX (Nueva York y París)–, el nicaragüense publica en la revista *Caras y Caretas* la serie que dará a conocer como volumen autónomo en 1915 Manuel Maucci de Barcelona. Este mismo editor había publicado en 1905 la segunda edición, "corregida y aumentada", de *Los raros*. En la edición de Maucci se mantiene el título con el que la serie había sido publicada originalmente en la revista argentina: *Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Notemos que Darío o, mejor, sus editores en *Caras y Caretas* y en Maucci, no llaman la serie "Autobiografía" sino "Vida" y es ese, por supuesto, el título que mantenemos en esta edición. Es claro que la elección del término no resulta en absoluto trivial. Hay que tener en cuenta que el término "autobiografía" –con el que, como veremos, se conocerá el texto en las décadas siguientes a la muerte del poeta– estaba en pleno uso en el mundo hispánico cuando Darío publica la serie en *Caras y Caretas*. Muestra de ello es el extenso volumen sobre autobiografías y memorias publicado en 1905 (el año de la primera edición de *Cantos de vida y esperanza*) por el erudito Manuel Serrano y Sanz, que retomaremos más adelante.

La palabra "vida", preservada por Darío en el título, supone no solo la supervivencia de una forma cuyo uso está en clara disminución en el período, sino también la tematización de una noción con un lugar crucial a lo largo del siglo que precisamente, en los años en que el nicaragüense publica su texto, se inaugura. Nos referimos a la noción de *vida*, una categoría que se encuentra en el

eje de la biopolítica contemporánea y fue formulada por Giorgio Agamben (1996) en la tensión entre *zoé*, el simple hecho vital que es común al conjunto de los vivientes, y *bios*, la forma de vida que es propia de un individuo o grupo. Leídos no solo desde el ciclo vital y poético (el del modernismo) que estos textos darianos cierran, sino más bien desde la literatura en castellano a ambos lados del Atlántico que abre un siglo y hace de la *vida* objeto de luchas por el sentido, los escritos de este volumen despliegan una concepción compleja de lo vital que "contraviene la reducción semántica del concepto" (Ette 2015: 20).

Gran parte de la actualidad de los textos que aquí presentamos radica en su capacidad para pensar figuras de lo político que hoy, en nuestro contexto, son cruciales; es decir, en su capacidad, en última instancia, para postular figuras políticas de lo contemporáneo. En efecto, estos textos se instalan en un borde, un linde o un umbral biopolítico sostenido en figuras –el infante, el fantasma, el migrante, el "decadente", el errante– que postulan una forma-de-vida, una vida que "nunca puede ser separada de su forma, una vida en la cual nunca es posible aislar y mantener desunida algo así como una vida desnuda" (Agamben 2017: 371). Es una posición sobre lo viviente y sobre la literatura que se manifiesta en la elección misma del término –"vida"– con el que se designa el texto más programáticamente autobiográfico de este volumen.

Para algunas perspectivas abiertas por el análisis del discurso, eso que llamamos "literatura" en un período histórico determinado se puede delimitar como un conjunto de prácticas discursivas y no discursivas. Con ello, se abre una vía que rechaza la identificación de la literatura con un *corpus* textual específico, esto es, con un *corpus* de escritos, autónomo respecto a sus circunstancias de producción y relativamente determinado (Meizoz 2007). Diferentes teóricos inscriptos en una consideración de la literatura en términos de discurso (Maingueneau, Amossy, Angenot) insisten en que escribir no solo es producir un texto que se adecue, al menos de manera aproximada, a aquello que entendemos como literatura –a un complejo y mutable "espacio literario"–, sino que es, además, entrar en escena: exhibir un *ethos* autoral y, al mismo tiempo, en ese gesto, construirlo. Desde estas miradas discursivas –atentas

al problema de la enunciación, de la función autoral y de la imagen de sí–, no se trata de poner ante los ojos del lector aquello que efectivamente es un sujeto sino de la imagen que este proyecta en una situación precisa.

Hay sectores en la producción de todo autor que están orientados de manera explícita a conseguir una imagen de autoría cuya manifestación es de una realidad inestable y fluida, fruto de una interacción entre aspectos heterogéneos. Son variables que producen un *autor* desgarrado entre la *persona* civil dotada de un nombre y de un estatuto identitario (nicaragüense, hispano o latino), el *escritor* como parte del mecanismo de la institución literaria (que en la América de habla hispana el propio Darío contribuye a fundar) y el *inscriptor* como forma de subjetividad enunciativa que se negocia entre la escena discursiva implicada por el texto singular y la impuesta por los géneros del discurso (autobiografía, crítica, ensayo, novela) en los que ese singular, de una manera o de otra, participa.[1] En este proceso de construcción fantasmagórica del yo interesa no solo –y no tanto– lo *dicho* o lo *no dicho* y la adecuación entre esa vida exhibida y el volumen de testimonios que toda vida deja detrás de sí –verdadera obsesión en la historia crítica de los textos de Darío que integran este volumen– sino, más bien, lo *mostrado*: aquello que le permite a quien lee atribuirle a la imagen autoral una cierta corporeidad.

* * *

La escritura *auto-gráfica* –entendida como una escritura de sí con vocación de constituirse en obra y plasmada en diferentes géneros (Delormas 2013)– ocupa un lugar prominente en la configuración de aquello que hoy entendemos como literatura latinoamericana. En esas construcciones discursivas se pone en juego una pregunta que los textos desarrollarán de manera satisfactoria solo en parte. No es la pregunta por *quién es uno* o *quién es el que enuncia*, sino más bien por *quién ser* (Diaz 2013): una interrogación por representaciones colectivas que operan como modelos posibles de

[1] Para la tripartición entre "persona", "escritor" e "inscriptor" ver Maingueneau (2009: 135).

autoría y, en última instancia, como potenciales utopías literarias. Importa, pues, la dimensión imaginaria, la representación que el escritor hace de sí mismo y el componente inusual, plástico, fantasmagórico que pone en juego.

Basta ver el estudio que le dedica a la autobiografía Sylvia Molloy (1996) en un trabajo definitorio que, entre otros rasgos del funcionamiento de la escritura de sí novomundana (Link 2015: 76-113), afirma la peculiaridad del campo en nuestro ámbito en relación con los desarrollos europeos. Si, desde el punto de vista de las literaturas europeas tal como se consolidan a lo largo del siglo XIX, la autobiografía se conforma como un género "bastardo", cuyo ingreso en la república de las letras resulta problemático (Catelli 1991; Neppi 2010), la escritura de sí en el ámbito latinoamericano parece responder a otros parámetros, por su proliferación y por su importancia, desde Domingo Faustino Sarmiento al propio Darío, desde Lucio V. Mansilla a José Vasconcelos, desde William Henry Hudson a José Martí (pensemos, sobre todo, en su diario final de campaña). Esos parámetros están fuertemente ligados al deseo de mundo y de delimitación de una cultura que se negocia entre lo nacional, lo regional, lo transatlántico y lo mundial. "Hispanoamérica tiende a la reminiscencia", afirma Molloy (1996: 185). En todo caso, el lugar de esas escrituras no es en absoluto marginal en la configuración de los sistemas literarios nacionales de los nuevos estados.

* * *

La *Vida* de Darío no surge en un vacío discursivo. Su publicación se produce en el período que se extiende entre algunos de los más significativos textos auto-gráficos de ambos lados del Atlántico, como las *Memorias* de Mansilla, de 1904, *Los recuerdos de niñez y mocedad* de Miguel de Unamuno, de 1908, y ya luego de la muerte del poeta nicaragüense, *Allá lejos y hace tiempo* de Hudson y *Treinta años de mi vida*, de su amigo (y a menudo contrincante) Enrique Gómez Carrillo, ambos de 1918. Además, la *Vida* de Darío dialoga con algunos potentes modelos del género que habían surgido en el siglo XIX hispanoamericano. Lo hace con los *Recuerdos de provincia* de Sarmiento, libro evidente en el horizonte de algunos pasajes

del texto de Darío. Por ejemplo, el que se refiere, en el cap. X de la *Vida*, a su fallido envío a Europa para realizar estudios superiores –el viaje fracasará por intrigas políticas– parece remitir al episodio del sorteo dispuesto por Rivadavia para escoger a los alumnos enviados al Colegio de Ciencias Morales, en el que el adolescente Sarmiento no resulta seleccionado (Sarmiento 1987: 148).

En la medida en que se manifiesta como un escrito destinado a la autoobservación y a la "confesión" –en diálogo explícito con el discurso religioso católico–, el último de los textos incluido en este volumen, "El oro de Mallorca", aunque no pase por el tamiz de lo que, en un texto clásico y ya suficientemente discutido, Philippe Lejeune (1994) llama "género autobiográfico", es percibido por el propio Darío como parte del espacio discursivo de la escritura del yo. Se trata de un texto auto-grafo que le permite manifestar una imagen diferente de la que había proyectado en la *Vida*: no ya la vida soberana del escritor –la figura pública– narrada en sí misma para mostrar que se es dueño del propio destino, sino una imagen herida, deliberadamente incompleta, no conclusiva y dialógica, con un *ethos* franco asociado a la sinceridad.

Y es que la sinceridad representa, en la época, mucho más que la exactitud y el ajuste a una verdad externa, el rasgo que se les exige como definitorio a los escritos autobiográficos. Así, en Uruguay, José Enrique Rodó –como se sabe, uno de los críticos más atentos de la producción poética dariana–, al rechazar en 1897 el pedido de algunos apuntes autobiográficos para las páginas de la revista montevideana *La carcajada*, afirma:

> No me propongo negar que las confesiones, las memorias, los *diarios* –todos esos géneros de literatura íntima que tan mal le parecen a M. Brunetière, el antipático y discretísimo censor literario de la "Revista de Ambos Mundos"– sean, según alguien lo ha dicho, *delicado manjar, muy gustado por los sibaritas del entendimiento*. Pero si los tengo por tal, es solo a condición de que procedan de quienes lleven dentro, o hayan realizado en su vida, algo que merezca la pena de ser absolutamente sinceros, ferozmente sinceros, con aquel grado de sinceridad que acaso no es legítimo ni razonable pedir sino al que escribe memorias que no han de darse a la publicidad mientras el autor pertenezca al mundo de los vivos. (1966: 134)

El fantasma que acecha a la escritura del yo es el de la simulación, el "falso yo", la asunción de aquello que Rodó llama "pose" y que Sylvia Molloy ha trabajado como uno de los puntos de articulación de las escrituras modernistas de América Latina. Sin embargo, la autobiografía no se asociaba en el fin de siglo modernista solo con un *ethos* determinado por la franqueza y la sinceridad sino que también se percibía como una escritura atravesada por la heterogeneidad y la mezcla. Es lo que enfatiza el ya citado Manuel Serrano y Sanz en su introducción al volumen compilatorio de 1905 cuando señala, como un rasgo de difusión en el uso del término, su inclusión en el Diccionario de la Real Academia Española. Desde la incorporación del lema en la edición de 1884 y hasta hoy, se lo sigue definiendo de una manera escueta y tajante: "vida de una persona escrita por ella misma".[2]

En su introducción, Serrano y Sanz postula una diferencia entre la autobiografía entendida en sentido estricto, por un lado, y el género autobiográfico, por el otro. En el primer caso se trata de textos que recortan un período extenso o que, siendo más breves, relatan eventos considerados socialmente relevantes. En cambio, el género autobiográfico comprende lo que el autor denomina "documentos autobiográficos": cartas, relaciones de sucesos particulares, de "méritos" y de otros acontecimientos específicos que una persona redacta acerca de su vida. Como conclusión, expone la necesidad de estudiar la autobiografía ya no estrictamente desde la historia ni desde la crítica literaria sino a partir de diferentes perspectivas teóricas. Según se plantea en la síntesis crítica de Serrano y Sanz, al menos en el mundo hispánico para la época en que Darío da a conocer su escrito autográfico, el problema de la autobiografía es el privilegio de lo subjetivo, la elaboración programática de los acontecimientos que aparecen filtrados por la "vanidad", "que hace falsificar los hechos o exagerarlos cuanto menos,

[2] Por otro lado, Darío podía encontrar el término en sus lecturas en francés. Según Lejeune, "autobiographie" aparece como entrada en la edición del Diccionario Larousse de 1866 con la acepción de "vida de un individuo, escrita por él mismo". Además, el *Dictionnaire universel des littératures* de G. Vapereau (1876) incluye el término, que define como "obra literaria, novela, poema, tratado filosófico, etc., cuyo autor tuvo la intención, secreta o confesada, de contar su vida, exponer sus ideas o expresar sus sentimientos" (Lejeune 1994: 129).

por cuyo motivo han sido mirados con prevención bastantes de ellos, temiendo confundir en ocasiones lo que era pura novela con la narración histórica" (Serrano y Sanz 1905: 10).

La negociación entre pose y sinceridad es lo que está en el desplazamiento de género que los textos de este volumen relevan: el paso de lo más estrictamente autobiográfico (la *Vida*) al espacio híbrido de la novela ("El oro de Mallorca") a través de la mediación de un texto –el que habitualmente, en el corpus dariano, se presenta bajo el título "Historia de mis libros"– inscripto en el ámbito del ensayo crítico.

* * *

Como queda dicho, este volumen permite reconstruir tres campos que entran en confluencia en el espacio de la escritura de sí: la autobiografía en un sentido estrecho, el ensayo crítico y la novela.

En su estudio introductorio a una edición no tan lejana de la *Vida* (que llama *Autobiografía*) y de "El oro de Mallorca", el crítico español Antonio Piedra afirma que aquello que es negado en la autobiografía llega a ser el centro del relato en la novela. En ella la "autoconfesión" opera "como catarsis y como rítmica de la música interior del poeta" (Darío 1990: X). Podemos pensar, también, que "El oro de Mallorca" pone en crisis la *pose* asociada con el modernismo y se concibe ya desde otro lugar; que el texto de Darío sigue indagando aquello que define el lugar del escritor contemporáneo: la *postura* como imagen de sí que se construye a lo largo de una serie de obras firmadas con un nombre (Meizoz 2007). La modernidad dariana radica en parte en la conciencia de producción y manejo de esa imagen de sí que estos textos manifiestan, es decir, en su capacidad para manipular las posturas que quien escribe proyecta, tanto en la gestión de un discurso que se recibe como literario como en sus conductas literarias públicas.

En todo caso, tanto la *Vida* como la denominada "Historia de mis libros" y "El oro de Mallorca" son exploraciones por el régimen de la singularidad, por un sistema de valoraciones heredado del romanticismo de comienzos del siglo XIX –en, por ejemplo, el *Arte* de Hermosilla– y potenciado por el simbolismo y el decadentismo. Es algo que Darío contribuye como pocos a incorporar al ámbito

de la literatura en lengua castellana: un régimen sustentado en la apertura hacia estímulos culturales externos ("mundiales"), en la innovación, en la rareza y en la puesta en público de lo privado que, por hipótesis, un texto deliberadamente ambiguo por su inscripción genérica como "El oro de Mallorca" permitiría explorar, mucho más que la autobiografía en un sentido estricto.

* * *

Es obvio que, como el propio Darío se encarga de señalar de manera explícita, un texto como "El oro de Mallorca" se apropia, discute y reacentúa –digamos así con Bajtín– un relato del corazón romántico del siglo XIX.[3] Nos referimos a *Un invierno en Mallorca*, de George Sand, publicado en 1841 en *La Revue des Deux Mondes* y editado en castellano por primera vez en 1902 con un prólogo de Gabriel Alomar, uno de los amigos mallorquines de Darío, retratado tanto en "En la isla de oro" –la serie de *La Nación* aparecida entre abril y julio de 1907– como en "El oro de Mallorca". Sin embargo, y creemos que es algo menos evidenciado por la crítica dariana, "El oro de Mallorca" constituye al mismo tiempo una relectura del *corpus* de la literatura decadentista que Darío, ya en el final de su vida, puede mirar con cierta distancia y también con cierto desapego.

Philippe Lejeune sostiene que, en definitiva, el nombre propio es el tema de toda autobiografía. Es precisamente el nombre propio, la identidad o no identidad entre el nombre de autor, el del narrador y el del protagonista postulada enunciativamente y captada por el lector, lo que permitiría deslindar la autobiografía del régimen de la ficción. El nombre propio, siempre según Lejeune, es el "garante de la unidad de nuestra multiplicidad" (1994: 93).

Si el nombre del personaje sobre el que gira el relato de "El oro de Mallorca", Benjamín Itaspes, había aparecido ya como pseudónimo en la década de 1890, lo hace contemporáneamente a otro: Des Esseintes. Darío usa, así, el nombre del personaje del texto

[3] Señalamos dos lecturas críticas de "El oro de Mallorca" que se apoyan en algunas categorías del universo teórico bajtiniano como "cronotopo" e "intertexto": la de Ignacio Campos Ruiz (2004) y la de Isolda Rodríguez Rosales (2004). Recordamos, además, la lectura del corpus dariano en función de la tópica del camino (con algunas referencias ocasionales a "El oro de Mallorca") planteada por Guillermo Guitarte (1986).

en prosa más famoso del decadentismo francés, *À rebours* (1884), de Joris-Karl Huysmans. Es sobre esa trama decadentista sobre la que también opera "El oro de Mallorca", en sus reflexiones sobre el arte y en los recuerdos sobre la educación religiosa de Benjamín Itaspes. De igual modo que el relato de Des Esseintes, el de Itaspes es el de la búsqueda de un espacio de aislamiento con respecto a las tentaciones del mundo: el intento de transformarse en eremita laico (con referencias potentes en ambos textos a la experiencia religiosa de infancia y de adolescencia y con la persistencia de esa tradición, trasladada al plano de lo raro y, por lo tanto, de lo que estéticamente se muestra investido de un valor agregado) y el deseo de un lugar irreductible a lo mundano, alejado de las tensiones y de los impulsos que se asocian con los grandes centros urbanos, más concretamente, con París.

Como Des Esseintes, en "El oro de Mallorca" Itaspes recuerda en diferentes momentos su educación con los jesuitas, un aspecto que por otro lado ocupaba un lugar importante en la *Vida* (cap. VI). Desde París, el pensador húngaro Max Nordau, en su diatriba contra el decadentismo titulada de manera categórica *Degeneración* (1892-1893), insiste en el lugar que la educación jesuítica, atenta al cultivo del latín y de la retórica, ha dejado en muchos de los decadentes. En cualquier caso, el "exaltado misticismo" que algunos críticos como Antonio Piedra encuentran en "El oro de Mallorca" debería ser visto no tanto como una regresión a una fe inscripta en el pasado, una mera devoción de niño, compensatoria de la crisis, sino más bien como un "bloque de infancia", que "levanta el deseo en vez de hundirlo, lo desplaza en el tiempo, lo desterritorializa, hace que proliferen sus conexiones, lo hace pasar a otras intensidades" (Deleuze y Guattari 1978: 13).

El viaje tardío a la mayor de las Baleares implica el agotamiento de una retórica asociada tópicamente con el modernismo, esa retórica que Darío contempla desde la distancia en la *Vida* y en la "Historia de mis libros". El artista se desplaza de su *ars*, de su oficio: no es poeta, sino músico, es decir, ejerce un arte que Nordau, a quien Darío dedica uno de sus "raros", considera –llevado al plano de la poesía, según pretendía Verlaine– como lo decadente y deshumanizante en su estado más puro:

> Reducir la palabra henchida de ideas al sonido emocional, es querer renunciar á todos los resultados de la evolución orgánica y rebajar al hombre, dichoso por poseer el lenguaje, al nivel del grillo que canta ó de la rana que grazna, y claro está, los esfuerzos de los simbolistas conducen á un disparatar desprovisto de sentido, pero en ningún caso a la música de palabras buscada, puesto que ésta sencillamente no existe. (Nordau 1902: t. I, 216)

En *Rubén Darío y el modernismo*, Ángel Rama recuerda que a partir de *Azul...* en el nicaragüense empieza a desarrollarse "una escritura donde se mezclan los sistemas de distintas artes, en particular la música y la pintura" (1985: 79). En un texto tardío como "El oro de Mallorca", el artista –más allá de que en este caso sea músico– se asocia con la figura del exilio y del agotamiento. Si lo insertamos en el campo de la literatura mundial, es difícil no pensar en una de las novelas que dan forma al sentimiento de fin de época y de decadencia en los primeros años del siglo: *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann, que se publica en 1912, dos años antes de la aparición de la serie "El oro de Mallorca" en las páginas de *La Nación*.

Se trata de experimentos narrativos de dos autores que nacen solo con ocho años de diferencia (Darío en 1867, Mann en 1875) y que plantean, a la vez, reflexiones sobre las condiciones de existencia del artista en las que la novela modernista ha insistido con fuerza (pensemos en *De sobremesa*, del colombiano José Asunción Silva, o en *Lucía Jerez*, del cubano José Martí). Son, además, percepciones de artistas con distinto grado de aproximación y de distancia (mayor en el caso de Darío que en el de Mann) respecto al eje parisino desde el que se constituye –al menos imaginariamente, como afirma Pascale Casanova (2001)– lo que entendemos como literatura moderna. Y se trata, también, de dos relatos de viaje de artista desde los centros de saber (franceses y alemanes) –donde se conforma aquello que comienza a entenderse como una literatura europea (Klemperer 2010)– hacia un mundo mediterráneo que se presenta como fundacional para Occidente pero, al mismo tiempo, desplazado, subalternizado con respecto al eje de lo moderno: un *continuum*, un archipiélago entre zonas europeas que se perciben como poco desarrolladas (el sur de Italia y de España, las islas,

Grecia, Turquía) y el mundo colonizado que comienza en el norte de África y en Asia menor.[4]

* * *

No es un dato secundario que tanto el recorrido de Aschenbach como el de Itaspes sean viajes marítimos, ya en una etapa marcada por el turismo de los sectores acomodados, hacia dos archipiélagos mediterráneos: Venecia y las Baleares.

Venecia –cuya visita narra Darío en *Tierras solares*, donde llama a la ciudad "Snobópolis"– se asocia, por supuesto, con la república medieval y renacentista; y, al mismo tiempo, dentro del imaginario del siglo XIX en el que se forman tanto Mann como Darío, con una historia sórdida y laberíntica de decadencia y corrupción (Said 2009). El momento más glorioso de Mallorca como reino cristiano independiente, que el protagonista de "El oro de Mallorca" reconstruye en parte en la biblioteca de sus anfitriones (cap. II), se asocia también con los últimos siglos de la Edad Media. El archipiélago veneciano –según lo plantea Cacciari (1999)–, las Baleares, su lógica de la isla, prefiguran aquello que canta Darío en su poema más extenso, el *Canto a la Argentina* ("como una espiga te erguiste / a toda raza acongojada, / a toda humanidad triste, / a los errabundos y parias"): la posibilidad de un hogar para las tribus dispersas del mundo, para los flujos migratorios que atraviesan el planeta. Como Venecia, Mallorca es tierra de cruces entre europeos latinos, árabes y judíos, es tierra de mercaderes y de navegantes y es, también, el lugar donde se forjan escuelas cuya impronta cultural para Occidente es innegable, como la del pensador Raimundo Lulio (Llull) en tanto figura de proyección cósmica ("el

[4] De hecho, en la revista *Caras y Caretas*, donde publica su *Vida*, son comunes los reportajes ilustrados sobre colonias europeas y se sigue con detalle las campañas del ejército italiano en Libia y en las islas del Egeo, en la guerra contra el Imperio Otomano en la que por primera vez en la historia participa la aviación militar, en una serie de acciones celebradas públicamente por los futuristas –cuyo manifiesto había sido traducido (y criticado) por Darío– y por Gabriele D'Annunzio –a quien, como sabemos, el nicaragüense admiraba– en las *Canzoni d'oltremare*. Era en las zonas mediterráneas donde se prefiguraban las guerras que atravesarán el siglo, las zonas que el propio Darío había explorado en las crónicas reunidas en el volumen *Tierras solares* (que incluye la visita a los enclaves coloniales de Gibraltar y Tánger) y en las últimas páginas de *Peregrinaciones* (que relatan el viaje hasta Nápoles, en el centro del Mediterráneo).

ermitaño que llevaba en su espíritu la suma del Universo", dicta Darío en la *Vida*, cap. LXI), que el poeta revisita en sus estadías en la isla.

Por otro lado, el traslado a Venecia y Mallorca es un viaje arqueológico a los modos de experimentación moderna de los espacios. Si en Venecia –como recuerda Ottmar Ette (2017)– se publica el primer gran islario de Occidente, es en la isla de Mallorca donde, en el siglo XIII, se forma la escuela cartográfica que presentará por primera vez un mapeo detallado de las rutas marítimas dominadas por los comerciantes mediterráneos (Rey Pastor y García Camarero 1960). Sin embargo, hay una distancia entre la Venecia de Aschenbach y la Mallorca de Itaspes. La ciudad del Adriático puede ser vista como una síntesis, casi una sinécdoque, de la república de las letras: la ciudad italiana, ya perdida la independencia por el tratado de 1797 entre Napoleón y el emperador de Austria, pasa a ser un espacio apropiable para la construcción de un imaginario europeo de literatura. Se configura como una suerte de "reperto archeologico" de Occidente, de ciudad-archivo. Es, recordemos, un lugar clave del *Viaje a Italia* de Goethe, quien forja el concepto mismo de *Weltliteratur*. De Goethe a Von Hofmannsthal, pasando por el romanticismo, el simbolismo, los decadentes y, ya en pleno alto modernismo, Proust o Pound. Es, sobre todo, una ciudad refractaria al realismo. Mallorca, en cambio, aparece como un espacio desplazado en relación con esa literatura: un espacio en muchos sentidos virgen, con un archivo más acotado. Y Darío se confrontará solo con una de las escritoras románticas, George Sand y su *Invierno en Mallorca* (cap. III de "El oro de Mallorca"), frente a la enumeración de autores del canon europeo romántico y decadente (Ruskin, Byron, Barrès, D'Annunzio, Gautier, Wagner, Musset, Taine) que presenta en el viaje veneciano.

* * *

François Dosse (2007) –autor de algunos monumentos biográficos dedicados a Paul Ricœur y a Gilles Deleuze, y él mismo teórico de la biografía– enfatiza el desplazamiento en los títulos de escrituras autográficas del término "vida" al término "autobiografía" en el marco de la construcción de una concepción moderna de lo

humano y de la literatura. Es algo en lo que, antes de Dosse, había insistido otro historiador de las ideas, Marc Fumaroli (1987), para quien la modernidad pone en primer plano el concepto de autobiografía, relegando las *vidas* al ámbito del olvido. La *vida* se inserta en lo que, en 1936, Walter Benjamin veía como propio del mundo del narrador, un mundo donde prima lo oral y el contacto físico, corporal, vital y vocal con el otro (Benjamin 1991: 111-134); en este sentido, habría que considerar la *Vida* de Darío no tanto como una vida escrita por él sino como una vida "narrada" (así aparece consignado en la página de *Caras y Caretas* que anuncia la inminente publicación del texto del poeta, reproducida en esta edición). Mientras que la escritura dariana en la llamada "Historia de mis libros" y, sobre todo, en "El oro de Mallorca", opera de manera ambulatoria y manifiestamente paratópica, negociando su lugar (y su no lugar) en el campo literario.[5]

En todo caso, cuando Darío dicta su "vida", ese término, incorporado en un título, no nombra tanto un género (el biográfico). Convoca, sobre todo –y es, ya en ese gesto, paratópico–, un arcaísmo que el mismo epígrafe remite a Benvenuto Cellini, en quien la crítica histórica ve la primera "verdadera" autobiografía, al menos en el espacio de la literatura en italiano (Guglielminetti 1977). Se trata, además, de una figura en relación con la cual Darío había escrito un texto sinuoso desde el punto de vista genérico, incluido en *Tierras solares* (1904): el relato de un sueño que involucra al artista renacentista, al escritor venezolano Rufino Blanco Fombona y al propio Darío en Florencia y en la Europa del siglo XVI, refractando el tipo de narración histórica de ambiente renacentista que se abre precisamente con el modernismo y sus herederos directos (pensemos, por ejemplo, en *La gloria de Don Ramiro* de Enrique Larreta, de 1908).

La elección del epígrafe de Benvenuto por parte de Darío no parece haber sido en absoluto casual. En su "vita scritta per lui

[5] Con "paratopía" Maingueneau se refiere al lugar paradójico que ocupa el escritor moderno, al que no se le asigna una posición estable en el interior de la sociedad; en consecuencia, el escritor debe "construir su propio territorio" (Maingueneau 2009: 108), esto es, proyectar su propio posicionamiento, en un juego de negociaciones entre la construcción de su identidad y su inserción problemática en la sociedad.

stesso", Cellini se describe –según un teórico e historiador del género como Marziano Guglielminetti– no solo (y no tanto) como artista, sino como "hombre total". A medida que avanza en su relato, la "vita" de Benvenuto se vuelve cada vez más lineal y cada vez más articulada con los grandes personajes históricos con los que entra en contacto, hasta llegar al centro del poder terrenal ocupado por uno de los monarcas renacentistas más poderosos, el rey Francisco de Francia.[6]

Vista desde nuestro presente, más que un arcaísmo, la elección por parte de Darío del término "vida" es sobre todo un modo de dialogar con las concepciones vitalistas contemporáneas y de poner el acento en un concepto que, como lo demuestra con creces la reflexión biopolítica de las últimas décadas, se presenta como la categoría política central de la modernidad.

* * *

En la posdata a la *Vida* que incorpora en la edición de Maucci de 1915, el poeta anuncia la existencia de un texto portador de un componente autobiográfico, al que llama "novela" y que plantea como ya escrito:

> *Libre de las garras de hechizo de París, emprendí camino hacia la isla dorada y cordial de Mallorca. La gracia virgiliana del ámbito mallorquín devolvíame paz y santidad. Por cariñosa solicitud de mi excelente don Juan Sureda, por su cariño vigilante, mi alma y mi carne ganaban de día en día la conveniente fortaleza. Me hospedé, pues, en su casa, que es aquel Castillo del Rey asmático, en la pintoresca y fresca Valldemosa. Sobre este Castillo y su vecina Cartuja, como sobre todo aquel oro de Mallorca, escribí una novela en los días de mi permanencia en esa tierra de Lulio. Los atraídos por mi vagar y pensar tendrán en esas páginas de mi «Oro de Mallorca» fiel relato de mi vida y de mis entusiasmos en esa inolvidable joya mediterránea.*

[6] Darío espeja a Cellini ante Francisco I de Francia en el relato del recibimiento por el rey Alfonso XIII de España quien, según consigna el poeta, "me habló de mi obra literaria". Ante él se presenta, en un episodio famoso, con el uniforme diplomático colombiano por no haber recibido el traje adecuado de parte de las autoridades nicaragüenses, que ya no lo reconocen como representante.

El fragmento es especialmente significativo. Por un lado, asigna el texto a un género específico, la novela, que supone una forma ficcional de inscripción de la subjetividad; al mismo tiempo, orienta la lectura hacia la serie autobiográfica. Sobre la inscripción genérica del texto, Darío se detiene también en carta a Julio Piquet reproducida por Alberto Ghiraldo en *El archivo de Rubén Darío*:

> He comenzado una novela, o especie de novela, para *La Nación*, que envío a modo de mis correspondencias, esto es, cuatro partes por mes. Pasa aquí. Quizá convendría que usted escribiese diciendo que, si quieren, no la publiquen hasta que no hayan recibido el final. Yo iré enviando el material, y concluiré en mes y medio o dos meses. ¿Cómo se haría, entonces, para lo de cuatro partes por mes? Tendrá que ser un extra y sería de justicia pagarme a otro precio que mis cartas comunes. Como no necesito, por ahora, dinero, que me guarden allí, Lebocq o usted, el producto, para girarme cuando lo necesite, o dármelo a mi llegada. Pero yo entregaré toda la obra, como le digo, en mes y medio o dos meses. Pronto le remitiré a usted la primera parte. En fin, sea lo que sea, Dios sobre todo. Hago una vida singular de paz y ejercicio. Como y duermo bien. No pruebo alcohol ninguno, ni lo necesito. […] ¡Si usted pudiera venir! (1943: 296-297)

Desde la perspectiva de Darío, cuando el poeta se impone, en la etapa final de su existencia, un movimiento a través de discursividades diferentes, estas logran conservar, sin embargo, un objetivo común: situar *una* vida, *su* vida, en relación con una *obra*, en un largo proceso de autopercepción como origen y figura señera del modernismo. Las primeras palabras de la sección de "Historia de mis libros" dedicada a *Azul…* están orientadas a proyectar el efecto de discurso fundacional sobre el volumen publicado en Valparaíso en 1888: "mi amado viejo libro, un libro primigenio, el que iniciara el movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias".

Se trata, por supuesto, de una relación que los textos de este volumen piensan de un modo problemático y que, en este punto, constituye un indicio de su modernidad: ya no es la obra la que se postula como un producto autónomo en relación con una vida,

ya no es la vida la que se concibe como la instancia de iluminación privilegiada de la obra, sino que ambas, vida y obra, se piensan en una relación inextricable, inescindible. La vida de Darío es, también, la historia de sus libros y es, asimismo, la historia de una paratopía, es decir, de la imposibilidad de reconocer para sí un lugar (geográfico y literario) propio, de un desplazamiento de su propia subjetividad. Ello hace de "El oro de Mallorca" una obra no estrictamente fallida, como piensa un sector considerable de la crítica –cuestionado con lucidez por Iván Schulman (2002)–, sino un texto que problematiza el lugar mismo del escritor y de su escritura; una obra, en última instancia, y como muchos de los monumentos del siglo que se inicia cuando la serie aparece en el diario de Buenos Aires, irreductible a la categoría misma de obra.

* * *

Desde que Allen Phillips recuperó el texto en 1967, la fortuna crítica de "El oro de Mallorca" estuvo cargada de un halo que en principio pareciera ser negativo: el de su condición de bosquejo inacabado y, por ello mismo, desde una lectura teleológica que probablemente el propio proyecto de Darío no admitiría, fracasado. Tanto en la nota de presentación de Phillips como en la más breve de Ibáñez, "El oro de Mallorca" se ubica en el lugar de la novela fallida o de escaso interés, más allá de lo que pueda tener de autobiografía. Así, afirma Ibáñez:

> *El Oro de Mallorca* es la tentativa de una novela. Carece, como tal, de importancia, por la mínima y perezosa índole de la acción, lo borroso de los caracteres –exceptuado el protagonista– y lo inespecífico del lenguaje. Las páginas compiladas aquí no interesan entonces como novela (el nicaragüense no estaba dotado para el género) sino como *autobiografía*, mucho más explícita y valiosa dentro de su ámbito limitado, que *La Vida de Rubén Darío contada* [sic] *por él mismo...*, en la cual compromisos y comedimientos, así como la discreción con que un autor vivo –y célebre– debe hablar de sí propio, determinaron reticencias y elusiones previsibles e incontables. (Darío 1970: 180)

Phillips, por su parte, había llegado a una conclusión similar relacionada con la presunta falta de calidad de la novela:

> Las páginas de *El oro de Mallorca* valen más que nada por sus confesiones sinceras sobre ciertas constantes de la vida real del poeta. Estos textos, por interesantes que sean sus revelaciones íntimas, representan, sin embargo, un inevitable descenso estilístico, y en este sentido no son en verdad dignas del gran escritor que ya hacia 1914 iba camino de la muerte. (1967: 460)

El mismo Phillips había asentado con claridad su postura negativa pocos párrafos antes: las páginas son "de gran valor autobiográfico y documental" pero "es forzoso admitir [...] que esas páginas de Darío no valen casi nada literariamente y que corresponden a un bajo punto de tensión estilística" (1967: 455).

En paralelo a la recuperación de la serie por parte de Phillips, se va perfilando una primera línea interpretativa que enfatiza el carácter testimonial de "El oro de Mallorca". Tal es el caso, sobre todo, del planteo de Juan Loveluck en 1967 (el mismo año del rescate del texto por Phillips), para quien la serie se presenta como "desnuda de literatura" (1967: 233). Y, en efecto, ello es así si se la mira desde el canon estilístico de la prosa modernista que el propio Darío contribuye de manera decisiva a forjar. Además, para Loveluck, en estas páginas

> es notorio el agotamiento creador de quien las escribe, el valor de desgarrado documento de un artista en momentos de crisis física y espiritual. *El oro de Mallorca*, desde este punto de vista, más que como novela representativa del modernismo, vale como un camino más para penetrar en el mundo interior de su autor. (1967: 233)

Loveluck insiste en la "desnudez estilística" de las páginas de "El oro de Mallorca", pues no hay "nada o casi nada, [...] de primor de estilo o de audacia imaginística: desnudez expresiva como instrumento propicio de páginas que contienen, más bien, un amargo balance existencial, iniciado en la *Autobiografía* de 1912" (1967: 236). La que traza Loveluck es una línea que subraya el valor "documental" de la novela y se mantiene en acercamientos más recientes, sobre todo por parte de los editores españoles del texto.

Tal es el caso, por ejemplo, de Carlos Meneses, quien insiste en el rasgo de "espejo de la personalidad" dariana, "el más fiel reflejo de todo lo que hacía más de un lustro venía aconteciendo en su espíritu" (en Darío 1991: 16). Otro de los prologuistas españoles del "Oro", Luis Maristany (en Darío 1978), sostiene en su introducción el carácter de "centón" del texto, muchas de cuyas páginas revelan su procedencia de guías turísticas de la época. En una línea similar se inscribe Luis Fernández Ripoll, quien insiste en leer la serie como "material imprescindible para estudiar la biografía del autor y su visión en torno a Mallorca" (en Darío 2001: 105).

Desde nuestro punto de vista, más allá del evidente valor testimonial o documental que pueden tener estos textos, se trata de pensar el *corpus* dariano como un *corpus de la crisis*, en una línea que ha sido enfatizada por autores como Rafael Gutiérrez Girardot (1983) y, más recientemente, Iván Schulman (2008), pero que ya marcaba con fuerza un crítico hispanista "clásico" como Federico de Onís en 1934: el modernismo como "forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu" (1934: CV).

Esa lectura del texto dariano como un relato de la crisis que pone en juego un pensamiento sobre la vida se ha venido consolidando en los últimos años, en posiciones como la de Leonel Delgado Aburto (2005b), que enfatiza el carácter confesional de la serie y su condición de lugar de elaboración de la "rareza" y la "decadencia" modernista, o la de Karen Poe (2010), para quien el relato de Darío posibilita un espacio del no ser, un lugar textual para dejar de ser sí mismo, para el olvido de sí. Asimismo, en una óptica más tradicional, Jorge Eduardo Arellano insiste en la posición crítica del sujeto que enuncia "El oro de Mallorca", el "Darío angustiado, acosado por pasiones conflictivas y preocupaciones religiosas y metafísicas" (Arellano 2013: 145), al que coloca –ya en la etapa final de su ciclo vital– en una posición "postmodernista".

* * *

Los textos que conforman este volumen permiten pensar los modos en que Darío opera en esa "crisis universal" también como una crisis de los géneros. El campo de la escritura del yo en estos textos responde a una visión de esa práctica como zona fronteriza del

relato contemporáneo, en el límite entre la ficción novelesca y un "género testimonial de veracidad como el autobiográfico" (Pozuelo Yvancos 2006: 18). Se trata de una escritura de sí que no es el lugar del registro realista y mimético de un conjunto de experiencias percibidas como vitales y propias, sino más bien el espacio donde se pone en juego cierta ambivalencia.

Es algo que subraya otro de los teóricos del género, Philippe Gasparini (2012), para quien la novela autobiográfica implica producir formas de lectura contradictorias; se trata de la génesis de un conjunto de conflictos, no necesariamente superados y acaso no superables. En última instancia, la escritura de sí aparece no tanto como una práctica con valor documental, sino como un proceso de exploración del yo, de autoobjetivación (Bajtín 2002: 133), de autopercepción y *estilística de sí*, que no repone una identidad preexistente sino que la configura y se mueve dentro del carácter al mismo tiempo construido e inasible de toda identidad (Pozuelo Yvancos 2006: 31). En este punto, son textos que presentan la fragmentación no tanto como un símbolo (que supone la coincidencia de contenido y expresión), sino más bien como lo que Walter Benjamin (1990) piensa en su estudio sobre el drama barroco como alegoría. Frente al símbolo, la alegoría supone, en una tensión, un proceso. El crítico Romano Luperini piensa la alegoría en Benjamin como la "scrittura di una prigionia", el "referto di un inferno" que deconstruye las falsas totalidades y evidencia un vacío (Luperini 1999: 65). A comienzos del siglo XX, desde las estribaciones del decadentismo y el modernismo a las vanguardias, la alegoría opera en la fragmentación, en el quiebre y en la heterogeneidad de los discursos (el novelístico, el ensayístico, el confesional), una hipótesis que Delgado Aburto (2005a) plantea para la *Vida* pero que legítimamente puede extenderse a las tres series de este volumen.

La ubicación final de "El oro de Mallorca" no responde únicamente a un azar cronológico: se trata, por el contrario, del texto del nicaragüense en el que la crisis de la forma se presenta como irreductible a un espacio genérico determinado, a través de lo que Paul de Man (2005: 464) señala, en su crítica a Lejeune, como una *dispersión del yo* y lo que, muchos años antes, María Zambrano

(1995) había considerado un rasgo propio de la novela moderna: la aceptación de su fracaso. La novela muestra, en este punto, en su propia textualidad, en sus desplazamientos paratópicos (de lo narrativo a lo confesional, de la primera a la tercera persona, del estilo "cuidado" de la poesía modernista al estilo "desnudo" del registro periodístico, de la ficción a la no ficción), las condiciones con las que deberá confrontarse la literatura en castellano del futuro, que Darío por supuesto no verá pero que, sin embargo, prefigura.

Además, aquello que De Man señala como el carácter indecidible de la autobiografía, su condición inescindible de la ficción, parece ser especialmente adecuado como forma escrituraria para el carácter anárquico del modernismo en tanto arte irreductible a un concepto monolítico, único y, por consiguiente, desde la perspectiva de Schulman (2008), filiado con la modernidad naciente. Leído desde ese componente anárquico que Darío reivindica en su célebre respuesta a las objeciones de Paul Groussac frente a *Prosas profanas* y *Los raros* –y sobre el que vuelve en la llamada "Historia de mis libros"–, lejos de constituir una "regresión" respecto a los textos canónicos del modernismo, los del Darío tardío se inscriben en la búsqueda de una estética deliberadamente multifacética y contradictoria, tendiente a la heteroglosia (Bajtín) y a lo polilógico (Ette).[7] Es algo que "El oro de Mallorca" comparte con otras "novelas de artista" del modernismo caracterizadas, según Gutiérrez Girardot, por "la heterogeneidad de los elementos que la componen: diálogo, diario, 'ensayo', supuesto testimonio, etc., etc." (1983: 54). De acuerdo con las hipótesis de Ángel Rama, este factor se explica por el "gran campo experimental" que representa la prosa modernista. Una prosa que se afianza, más que en el libro, sobre todo en el terreno de las publicaciones periódicas (Rama 1985: 79).

No hay, pues, algo tal como un estilo único asociado con el modernismo, sino que este se configura como un momento del arte en América Latina atento a lo múltiple, a lo heterogéneo y a las variedades de los materiales discursivos (entre ellos, los materiales

[7] Ver "Los colores del estandarte", en *La Nación*, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1896.

lingüísticos) con los que ese arte opera. El artista aparece, todavía, como un armonizador de esas antítesis. Además, según Schulman, "El oro de Mallorca" incorpora procedimientos y técnicas que generalmente se asocian con otras artes (pintura, escultura, música). Itaspes es, en este punto, el nombre de un sujeto estético que busca experimentar el mundo en las múltiples correspondencias (Poe 2010: 131) en que se articulan una ética, una estética y una erótica. Un espacio en el que se produce un devenir otro, al borde de la experiencia infantil y afásica ("invariable solitario, eterno utópico, Gaspar Hauser", dice Darío en "El oro de Mallorca"). Un espacio en el que la retórica de la confesión se desrealiza en la medida en que el sujeto mismo que debería sustentarla entra en una suerte de olvido de sí, en un *experimentum* que tiene por objeto el carácter potencial de la vida (Agamben 2017: 377) donde comunidad y potencia coinciden. O en el que se produce un devenir de género, un devenir "mujer" subrayado por Delgado Aburto en su lectura del "Oro" como "programa de autoconocimiento", que insiste en el artista decadente latinoamericano sometido a la dispersión en el placer y el lujo, asociado típicamente con lo femenino (2005b: 110).

Como las obras tardías que Said (2009) interroga a partir de los ensayos de Adorno sobre el último Beethoven, los escritos de Darío que aquí incluimos se presentan como inacabados ("aquí pongo término a estas comprimidas memorias que, como dejo escrito, he de ampliar más tarde", se lee en *La vida*). Asimismo, como la crítica más tradicional asociada con el modernismo no dejó de percibir con cierto horror, alternan momentos de plenitud y brillo "estilístico" con otros que parecen toscos, meramente convencionales o poco integrados en relación con la estructura. Lo tardío no opera tanto como síntesis, sino más bien con los restos de una síntesis (Said 2009).

* * *

Estas aproximaciones críticas permitirían leer "El oro de Mallorca" no como una supervivencia del siglo XIX sino como un texto de la modernidad en castellano que está ya en el siglo XX. No anuncia la literatura del siglo nuevo, es *ya* esa literatura. El Darío tardío

es, en cierto sentido, desprendido de su propio ciclo vital, un autor temprano: está de vuelta de París, algo que aparece subrayado en el relato de la *Vida*. De ahí que, tal vez, su estilo tardío haya sido visto como el de un "modernista vacilante", cuyas páginas "resultan áridas, hasta desesperadamente anodinas" (Meneses en Darío 1991: 15). La limitación en las lecturas del modernismo es intentar hallar el elemento exótico o suntuoso, estereotipadamente cosmopolita, e inferir su supuesta codificación rigurosa, sin reparar en la desconfiguración de los estilos que el modernismo propicia y que los textos del último período dariano extreman. No se trata solo de pensar las estrategias de incorporación de la escritura en castellano en una república mundial de las letras, en un espacio de adaptación de formas genéricas y de materiales textuales elaborados en un lugar otro, sino de postular la crisis de esas formas y de esos géneros. Como *Bouvard y Pécuchet* y el mallarmeano *Un golpe de dados*, textos en castellano del tenor de "El oro de Mallorca", deliberadamente ambiguos en su inscripción genérica y refractarios a toda clasificación estilística que pretenda incorporarlos sin más al corpus alto, "exquisito" y "puro" del modernismo, trabajan más bien el plano de la disolución de las formas heredadas.

En *Dall'esilio*, Franco Rella se refiere a escrituras desorganizadas, escrituras que salen de los márgenes de los géneros y que, agregamos, son ellas mismas un archivo: "la escritura de exilio de la escritura" (2004: 122, traducción propia). El filósofo italiano recuerda, al final de su ensayo, una reflexión de Schelling sobre la novela como forma que, entre la epopeya y la tragedia, se inclina a lo dialógico y es por ello "la forma que en grado sumo se aproxima al diálogo filosófico de nuestro tiempo" (2004: 135, tradución propia). La novela contradice con su estructura la unidad de tiempo y acción, y es por ello que se vuelve solidaria del pensamiento de lo moderno, de sus contradicciones y desgarros.

Francisco Contreras, el escritor chileno que compartió una parte de la estadía de Darío en la capital de Francia, dice con respecto a la situación en que Darío habría continuado la escritura del proyecto en Barcelona, ciudad que ahora prefiere a París, a su regreso de las islas:

> Atormentado, además, por las contrariedades de su situación, al mismo tiempo que por la obsesión de su muerte, buscaba refugio en el delirio de la ebriedad o en la exaltación religiosa, todo lo cual irritaba sus nervios y ensombrecía sus ideas. Seguía escribiendo su novela *Oro de Mallorca*, pero no sabía ya cómo debía terminarla, pues siendo el protagonista transposición de su propia personalidad, no osaba llevarlo a su único fin lógico: la muerte. (1930: 126)

Tal como lo conocemos, el texto de "El oro de Mallorca" explora una forma que intenta narrar aquello que no tiene una forma cerrada, fija: una vida. Es, en definitiva, lo que Rella llama, a partir de la lectura de un *corpus* de textualidades modernas que van de la poesía de Baudelaire al cine de Coppola, el *testimonio de un intestimoniable*. Vista así, "El oro de Mallorca", más que novela fallida o autobiografía velada –verdaderos tópicos en su historia crítica–, podría ser leída –creemos que con mayor justicia– como un espacio de experimentación (y de lucha) de estilos y como un laboratorio de subjetividad: el relato errante dariano, en definitiva, como un relato *unheimlich*. Un relato que, fuera del aspecto "perturbador" asociado tópicamente con lo siniestro, se mueve en lo que Rella llama el *spaesamento*, un término que traduce el *dépaysement* del que hablaba André Breton en *El amor loco* (1937): el lugar de la expatriación, de la des-situación, de la errancia.

* * *

En este punto, las lecturas del nombre del protagonista de "El oro de Mallorca" (Benjamín Itaspes) resultan especialmente significativas. Itaspes es un nombre que en la historia de los textos darianos aparece asociado con las islas. Recordemos que el pseudónimo que Darío elige para firmar sus crónicas de 1895 sobre la isla Martín García, las "Cartas del Lazareto" –interpretadas por Graciela Montaldo (2013) como máquinas de percepción biopolítica de la Argentina conservadora–, es "Levi Itaspes".

En su texto de presentación de la serie, Allen Phillips (1967: 457) leía el apellido Itaspes en un latín literal que lo incorporaba a la esfera de la crisis (*ita spes*, "esperanza ida"). Enrique Anderson Imbert (en Darío 1976: 29), por su parte, se inclina por una lectura del nombre que subraya las relaciones de filiación: Benjamín es

el hijo menor de Jacob y se ubica en el lugar opuesto de Rubén, el primogénito; mientras "Hytaspes" es el nombre griego del padre del rey Darío de Persia. Recientemente, Raúl Antelo (2019) ha insistido no en las relaciones filiativas sino en la dispersión asociada con el nombre de Benjamín Itaspes. Su argumentación repone la matriz israelita en relación con la presencia judía en Mallorca (los judeoconversos o "chuetas" en que se detiene el cap. IV, donde se recuerdan las grandes persecuciones del siglo XIV que anticipan la expulsión de 1492), aspecto que entra en serie con la condición errante de la escritura dariana. E insiste, también, en la relación entre el nombre, la *nuda vita* de la que habla Agamben (1996) y la mercantilización de la cultura como proceso ligado con la modernidad:

> Darío llegó a usar el seudónimo Levy *Itaspes*, donde llama la atención la recurrencia, como en su seudónimo más famoso, Rubén, no solo a la figura del judío (Levi es el tercer hijo de Jacob y Lía), sino también a la condición errante (en la figura de otro seudónimo, Ahasverus, el que vive eternamente sin tregua ni descanso, como decía Quiroga). Euclides da Cunha denominará Judas Ahasverus a aquellos seres amazónicos, en *À margem da História*, que más tarde conoceríamos como *homines sacri*. El apellido *Itaspes* es un mero anagrama, no solo de *aseptisé*, sino de *pesetas*, el fantasma de la mercantilización artística, *el oro de Mallorca*. (2019: 54)

La filiación, en los textos que aquí se reúnen, se plantea como un problema. Si en el relato de la *Vida* el lugar del padre desde el punto de vista de la configuración del escritor lo ocupa Martí –es el cubano quien ha abierto con su escritura el camino de un modernismo que explora los diferentes registros de la historia de las letras en castellano–, la relación biológica filial aparece en una doble dimensión. Por un lado, problematizada en el vínculo del yo con sus padres biológicos. Su madre se borra en el recuerdo (cap. V). Su padre, a quien creía su "tío Manuel", se encuentra desplazado en su función paterna por el coronel Ramírez, que es un facilitador masculino de experiencias heterogéneas, entre ellas la de la lectura (es quien le habría enseñado al niño Darío a andar a caballo, quien lo lleva a conocer el hielo en las montañas y quien lo

inicia en la lectura con "los cuentos pintados para niños"). Su apellido, además, rubrica la originaria composición poética que Darío puede reponer en los libros de "primeras letras" recuperados en su viaje a Nicaragua de 1907 (cap. II):

> La voz de la sangre... ¡qué flácida patraña romántica! La paternidad única es la costumbre del cariño y del cuidado. El que sufre, lucha y se desvela por un niño, aunque no lo haya engendrado, ese es su padre.

Por otro lado, la filiación es afirmada al final del relato en su primera versión, que concluía (cap. LXVI), todavía sin el agregado de la posdata, con la imagen de Darío como padre y como dador de un sobre-nombre: "En lo íntimo de mi casa parisiense, me sonríe infantilmente un rapaz que se me parece, y a quien yo llamo *Güicho*...". En todo caso, la paternidad y el nombre paterno se dan en la *Vida* dariana no en un espacio de identidades fijas y preestablecidas, sino en uno de desagregación y dispersión.

* * *

La *Vida* tampoco recogió, a lo largo de un siglo, juicios especialmente positivos. A nueve años de la muerte de Darío, el escritor guatemalteco Máximo Soto Hall publica un volumen con sus recuerdos del poeta, que habían aparecido por entregas en las páginas de C*aras y* C*aretas*, es decir, en el medio en que se conoció por primera vez, y también por entregas, la *Vida* de Darío. En esas memorias, Soto Hall se refiere a la *Vida* (en términos que serán retomados luego por un sector de la crítica dariana) como un escrito con "datos poco precisos, como hechos a la ligera y sin apunte previo ninguno" (1925: 144).

El guatemalteco se remite además a lo que plantea como la versión que Darío tenía de su propio texto. Para ello reproduce las palabras de un hipotético diálogo:

> —Mi autobiografía, me dijo respondiendo a mis reproches por lamentables olvidos,—que es, como dices, bastante deficiente, me servirá, sin embargo, como médula para mis memorias completas. Debo el favor de haber hecho esos apuntes a la revista "Caras y Caretas" y sobre todo al empeño decidido del doctor Alvarez, distinguido intelectual, excelente amigo y ameritado hombre de ciencia. Se propuso

> que escribiera mi autobiografía y lo consiguió, no sin trabajo y sin hacerme rabiar un poco. Apenas habría [*sic*] los ojos en la mañana, cuando se me aparecía el repórter, lápiz en mano y el manojo de cuartillas listo. Yo me hundía en mis recuerdos y redactaba lo que iba recolectando de mi memoria. De ahí las lagunas que encuentras. Con todo, qué favor tan grande se me hizo con esa exigencia. Tengo una pauta, una orientación ya fijas para la obra definitiva que me propongo realizar. (1925: 144-145)

Según la versión de Soto Hall, la *Vida* es un esbozo, un insumo para memorias futuras que Darío nunca llegará a escribir. Francisco Contreras resume en la obra que le dedica a Darío en 1930 los rasgos esenciales de las carencias que la crítica dariana ha asignado a la *Vida*:

> Son páginas curiosas, a veces sorprendentes, pero poco confidenciales y menos seguras, escritas precipitadamente y, lo que es peor, con intención de pueril exhibición. Al hablar de sí mismo, este hombre ingenuo y puntilloso no pudo permanecer en la nota de sinceridad indispensable en toda autobiografía. De otra parte, urgido y necesitado, no tuvo tiempo de ordenar y avalorar sus recuerdos. Así, confunde a veces la sucesión de los hechos, como luego él mismo lo advierte; da ciertos datos fantásticos, como aquel premio de doscientos pesos que obtendría en Chile por su décima a "Campoamor", y olvida de apuntar casi todas las fechas, aun la de su nacimiento. Habla, además, con detalle y ostentación de personas altamente colocadas a quienes conoció apenas, en tanto que silencia o sólo nombra a otras más humildes que tuvieron gran injerencia en su vida. Baste recordar que consagra tres páginas a la mujer de Cánovas del Castillo, a quien no vió más que una vez, y que no dice casi nada de su primera esposa, la dulce y espiritual Rafaelita Contreras, que fué la única mujer que lo amó sinceramente. Empero, estas memorias constituyen un documento valiosísimo, pues dan muchos datos sobre la vida de Rubén Darío y sugieren admirablemente su psicología. Además, si no son obra acabada, encierran páginas bellísimas, particularmente las que se refieren a la infancia del autor. Pueden, pues, servir de base para su biografía, mas no es posible utilizarlas sin comprobación. (1930: 270)

Por su parte, Anderson Imbert, en la ya mencionada introducción a las *Autobiografías*, afirma que "no es un buen libro de

memorias" (en Darío 1976: 16). Ese juicio negativo aparece asociado con una figura autoral más bien estereotipada:

> Darío no cuenta con placer poético, creador. Se advierte la prisa en cumplir con un compromiso periodístico. Trabuca el orden de los acontecimientos [...]; las fechas suelen ser incorrectas: la memoria le juega malas pasadas y no tiene tiempo ni para obligarla a trabajar ni siquiera para corregirla. (1976: 16)

Frente a la falta de precisión y al apresuramiento, lo que "salva" a la *Vida* de Darío es, desde la perspectiva de Anderson Imbert, su carácter de testimonio franco: la espontaneidad y la carencia de reflexión, el "sentimiento" que "le era inmediato" (1976: 16).

Uno de los editores más cercanos de la *Vida*, Iván Cabrera Cartaya, recuerda que, en ella, no hay casi datos cronológicos precisos (en Darío 2007a: 23). Se trata, afirma con razón Cabrera Cartaya, de una narración tentativa y atemporal que, según sugiere el propio Darío, asume el aspecto de un bosquejo: una obra que, a diferencia de la forma cerrada habitual en poemas y relatos breves, se exhibe como manifiestamente no cumplida, se plantea de manera explícita en forma de proyecto, como una primera versión, casi un pre-texto o un texto preliminar que, sin embargo, con esos mismos "defectos de forma", Darío decide compilar en volumen en 1915. Tenía en su horizonte unas memorias más extensas que nunca llegará a redactar. Permanece en esta edición el carácter de "esbozo", que había sido señalado también por Julio Ortega (2003) en su estudio sobre el escritor nicaragüense.

Darío, afirma Francisco Fuster en la introducción a otra edición reciente del texto, "no se molestó siquiera en subsanar los errores en las fechas por él mismo advertidas" (en Darío 2015: 16) para la edición barcelonesa de Maucci de 1915. La memoria dariana se presenta en la *Vida* como una memoria *frágil*, que explicita en muchos casos los mecanismos de su propia construcción. Publicada, como los otros textos que incluimos aquí, en un medio periodístico de gran llegada (*Caras y Caretas* contaba con un responsable en España, Mariano de Val, a quien Darío le dedica algunas páginas), la lógica narrativa que prima en ella es la de la fragmentación y la digresión. La *Vida* no es tanto el registro de una

experiencia vital como la construcción de una puesta en escena de sí, de una figura de autor, que se articula en dos grandes movimientos narrativos o ciclos vitales: la infancia (del cap. I al X) y el viaje perpetuo (del cap. XI hasta el final).

* * *

Las primeras lecturas críticas de la *Vida* coinciden en ciertos preconceptos sobre el género autobiográfico. Están signadas por un prejuicio positivista puesto en duda permanentemente en la medida en que el texto dariano entra en contradicción con un ideal "histórico" objetivo, documentado, lineal y evolutivo (Neppi 2010: 145). Así y todo, es necesario recordar que, en los mismos años en que Darío redacta –o mejor, dicta– y da a conocer los textos que aquí publicamos, se produce en el ámbito del pensamiento filosófico una revaloración de la autobiografía en términos de crítica filosófica a los principios del positivismo, una corriente a la que Darío estuvo siempre atento (desde su artículo sobre Nietzsche en *La Nación* en 1894 hasta la mención de Poincaré, William James y Bergson, "los *pioneers* del infinito", en la presentación del poema "Pax" en 1915). El ejemplo más conspicuo en esta revaloración del género es, indudablemente, el de Wilhelm Dilthey (2000), quien en sus ensayos fragmentarios de hermenéutica, publicados de manera póstuma en 1930, insiste en la idea de la autobiografía como instancia de registro de la percepción de lo vivido y, en consecuencia, en la construcción de un presente que aparece escindido desde un punto de vista temporal. Al mismo tiempo, Benedetto Croce plantea una revaloración de lo autobiográfico (más que de la autobiografía en un sentido estrecho) en términos de escritura de una historia que, en tanto tal, es siempre contemporánea. Si toda historia es, para el pensador italiano, historia pensada y experimentada por un yo en un presente determinado, entonces toda historia, en tanto en ella la huella del yo se presenta como imborrable, como un *insuprimible*, es una autobiografía (Croce 1959: 131).

En "Condiciones y límites de la autobiografía", Georges Gusdorf postula que todos los relatos de ese género, más que fundarse en la unidad de una vida, sostienen como programa esa unidad a lo largo del tiempo. La "unidad personal", según Gusdorf, es

la "ley de conjunción y de inteligibilidad de todas las conductas pasadas, de todos los rastros y de todos los lugares en los que he reconocido signos y testigos de mi destino" (1991: 12). En definitiva, según el pensador francés la autobiografía puede ser vista como una segunda lectura de la experiencia, más verdadera que la primera en la medida en que el relato la inserta en una memoria y le concede un lugar, una función en una trama narrativa y una perspectiva. Como los espejos en la pintura flamenca, afirma Gusdorf, la imagen que se da no se limita a doblar o reproducir una supuesta escena imaginaria. La autobiografía no es la simple recapitulación del pasado, sino su percepción y refracción. No opera, para Gusdorf, con una conciencia que se da de manera inmediata, sino con una conciencia que se entrega al recuerdo y no aparece nunca por completo acabada.

Esta "conciencia no acabada" en la *Vida* dariana tiene lugar, en gran parte, como una conciencia lectora, asociada con prácticas de lectura que ponen en escena al autor, sobre todo al autor niño y adolescente. La *Vida* narra varias veces el comienzo del proceso de construcción de Darío como figura autoral. El niño Darío, en su relato, comienza a escribir poesía de manera natural, como si se tratara de una extensión del habla. Y como si se tratara, también, de un acto mimético del canto de los pájaros tropicales de su Nicaragua natal en las ramas del jícaro de su casa familiar.[8] Es la puesta en acto de un *ritornello* ligado, por un lado, con el canto de la tierra, pero asociado también con un canto colectivo, con una voz ancestral y anónima premoderna encarnada en las procesiones religiosas de la ciudad de León:

> Del centro de uno de los arcos, en la esquina de mi casa, pendía una granada dorada. Cuando pasaba la procesión del Señor del Triunfo, el domingo de Ramos, la granada se abría y caía una lluvia de versos.

[8] "Además, en sus relatos a Francisca Sánchez, también le habló de este jícaro maravilloso. Era en él, en sus robustas ramas, y bajo sus espatuladas hojas, donde se escondía el niño para no coger el dedal en el taller del sastre de don Trinidad Méndez. Allí pasaba horas y horas mientras mamá Bernarda lo buscaba por los alrededores [...]. Tenía en la mano, no dedal ni aguja, sino cuaderno y lápiz para escribir versos, y su cabeza estaba nimbada por grandes hojas verdes que semejaban una fresca, viva, anticipadamente simbólica, corona de laurel. De esta forma natural y espontánea se coronó Rubén como poeta. Así pareció, por primera vez, un griego antiguo" (Oliver Belmás 1968: 21).

> Yo era el autor de ellos. No he podido recordar ninguno... pero sí que eran versos, versos brotados instintivamente. Yo nunca aprendí a hacer versos. Ello fue en mí orgánico, natural, nacido. (cap. V)

Además, esta escena inicial aparece desligada de otras dos que sería verosímil relacionar con el comienzo de un escritor: el aprendizaje de la lectura y la escritura, que Darío había narrado en el cap. III; y el inicio de la lectura literaria, a la que dedica el capítulo siguiente, uno de los más breves de la *Vida*:

> En un viejo armario encontré los primeros libros que leyera. Eran un *Quijote*, las obras de Moratín, *Las mil y una noches*, la Biblia, los *Oficios* de Cicerón, la *Corina* de Madame Stäel, un tomo de comedias clásicas españolas, y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, *La caverna de Strozzi*. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño. (cap. IV)

En su ya citado estudio sobre las escrituras autobiográficas, Molloy sostiene que la escena de lectura caracteriza, desde los textos de Sarmiento, las autobiografías hispanoamericanas (1996: 51). La autora muestra cómo, a partir de las obras de la generación romántica y en especial las de Sarmiento, la lectura se pone en correlación con la cita y el citar se empieza a concebir como el origen del acto de escribir, del mismo modo en que el traducir se encuentra en el origen del acto de leer (1996: 45). El relato de Darío rompe con los rasgos de los comienzos de las autobiografías hispanoamericanas, que Molloy (1996: 187) caracteriza por su desdén de la *petite histoire*, la represión de la nostalgia y el descarte sumario de aquello relacionado con la infancia. En su *Vida*, el poeta nicaragüense interviene sobre esta tradición y piensa un nuevo lugar como punto de partida de la escritura latinoamericana, un lugar de lectura que ya no se postula como laboratorio en el que elaborar la "angustia de las influencias", sino como un espacio en el que entran y salen lecturas de diferente procedencia, donde el canon en lengua española ocupa además un lugar preponderante.

Darío, en este caso, como en gran parte de su *Vida*, por el relato sumario de sus lecturas, y más allá de la heterogeneidad deliberada de la serie, no agrega nada que nos permita reconstruir algo del orden de la experiencia originaria del acto de leer. Hay

sin embargo un dato que instala al nicaragüense en un lugar diferencial con respecto a otras escenas iniciales de lectura. Darío no comienza su biografía de lector con una referencia escolar. No recibe –más allá de los "cuentos pintados para niños" que le facilita el coronel Ramírez, vinculados a la imagen antes que a la letra– los libros a través de la acción directa de algún mayor, maestro o familiar. Tampoco dispone de una biblioteca familiar o pública que le permita acceder de manera filiada a los libros. Llega a ellos, en cambio, por azar: no busca los libros sino que los encuentra arrumbados en un armario y en desorden. Inicialmente, entonces, la lectura aparece en serie con lo que desecha y, sin embargo, sobrevive. En este sentido, se liga con una práctica de la ruina.

Un segundo momento de la historia de Darío como lector –y, en consecuencia, en su arqueología como escritor– se narra en el cap. IX, donde la lectura queda encuadrada en un marco institucional concreto: el de la recién fundada Biblioteca Nacional de Managua, en la que el joven poeta consigue uno de sus primeros empleos. La escena es especialmente relevante, en la medida en que aborda "la metáfora organizadora de la literatura hispanoamericana" y pone en escena al autobiógrafo como bibliotecario "que vive en el libro que escribe y se refiere incansablemente a otros libros" (Molloy 1996: 27). Se trata del escritor que ejecuta la biografía como una historia de sus libros. En la Biblioteca Nacional de su país natal, según rememora el poeta, lee, entre otras cosas, "todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua" (*Vida*, cap. X). La Biblioteca en la que el joven Darío trabaja como empleado del Estado suple las grandes bibliotecas que encontrará en España: la de Marcelino Menéndez y Pelayo, dispersa en su cuarto de hotel en Madrid, y la de Juan Sureda en "El oro de Mallorca", "llena de libros apiñados por los cuatro lados" (cap. II).

Es sobre el plafón castizo de la colección Rivadeneira –la misma sobre la que trabajaba por entonces el gramático colombiano Rufino José Cuervo, quien más tarde desecharía sus papeletas por el carácter más bien discrecional de esas ediciones– que el poeta, en la reconstrucción de Darío, comienza a escribir los versos que

luego se incluirán en un tomo "hoy inencontrable", *Primeras notas*: "Ha sido deliberadamente que después, con el deseo de rejuvenecer, flexibilizar el idioma, he empleado maneras y construcciones de otras lenguas, giros y vocablos exóticos y no puramente españoles" (*Vida*, cap. X).

* * *

El universo discursivo que articula la *Vida* de Darío no es ya nacional, como lo era en el universo de la biografía del período romántico. El Darío que enuncia su *Vida* es un Darío cuya opción final no es el regreso ni la consolidación de sí en términos de una trayectoria política o diplomática sino, como lo deja ver la posdata escrita en España, una opción por la insularidad y la errancia. Al mismo tiempo, la política moderna de los nombres propios que sostiene el proyecto autobiográfico implica, en la *Vida*, una colisión entre los códigos de la tradición escrita nacional –y sus formas de documentalidad (Ferraris 2007)– y los de la modernidad, que en la reinscripción alteran el nombre propio dariano.

Al comienzo del relato de su vida, se presenta ya el nombre como producto de la dispersión y de la apropiación: no se trata, en rigor, de un apellido en un sentido formal, sino de un nombre de pila que se vuelve tal por el uso y las cadenas familiares en que circula y es asumido de manera consciente por los ancestros:

> ¿Cómo llegó a usarse en mi familia el apellido Darío? Según lo que algunos ancianos de aquella ciudad de mi infancia me han referido, un mi tatarabuelo tenía por nombre Darío. En la pequeña población conocíale todo el mundo por Don Darío; a sus hijos e hijas, por los Daríos, las Daríos. Fue así desapareciendo el primer apellido a punto de que mi bisabuela paterna firmaba ya Rita Darío; y ello convertido en patronímico llegó a adquirir valor legal, pues mi padre, que era comerciante, realizó todos sus negocios ya con el nombre de Manuel Darío… (*Vida*, cap. I)

"Darío" no es, estrictamente, el nombre del padre, sino un nombre que circula por las ramas tanto paterna como materna del poeta; es un nombre que prolifera y tiene también una valencia materna:

> De la familia materna no conocía casi a nadie. Como mis padres eran primos, los parientes maternos llevaban también con el suyo el apellido Darío, así oía yo la historia novelesca de dos hermanos de mi madre, Antonio, llamado «el indio Darío», que por cierto era, según decires, un hombre guapo, rubio y de ojos azules y que murió asesinado cruelmente en una revolución en la ciudad de Granada [...] (*Vida*, cap. IX)

El nombre propio está, así, signado por la ambigüedad, entre lo masculino y lo femenino (*los* Darío y *las* Darío), entre lo propio y lo ajeno, entre lo paterno y lo materno, entre lo autóctono (el "indio Darío") y las marcas más ostensibles de extranjería europea (ser rubio y de ojos azules).

Por eso, es posible ver en la *Vida* dariana –como lo ha hecho, por cierto, un sector de la crítica (ver Delgado Aburto 2005a, entre otros)– no una alegoría de lo nacional, sino de la modernidad como experiencia de la fragmentación. La política de la autobiografía emerge así como una escritura que rompe con la captura de la forma en que el sujeto se autorrepresenta como ciudadano y como parte de un dispositivo nacional-estatal. De hecho, como ha sido observado por Eduardo Muslip (2005), en el último viaje a Nicaragua que se narra en la *Vida*, el de 1907, la construcción del poeta como figura mundial se correlaciona con el cierre del ciclo familiar nacional y con la amenaza de la intervención norteamericana: "la familia Darío estaba ya casi concluida. Una juventud ansiosa y llena de talento se desalentaba, por lo desfavorable del medio. Y se sentía soplar un viento de peligro que venía del lado del Norte" (*Vida*, cap. LXIII).

* * *

Para pensar el lugar en la cultura de los sujetos periféricos, Homi Bhabha (2002) deslinda las categorías de "diversidad" y "diferencia". Si la diferencia se piensa como el momento en que un rasgo cultural dado o una tradición determinada se convierte en punto de contestación, alusión, insulto o contradicción, la *diversidad* cultural apunta hacia un objeto epistemológico, a un objeto de conocimiento inerte. La noción de diversidad se apoyaría, para Bhabha, en el determinismo, y da lugar a políticas liberales en torno al

multiculturalismo. Es también una representación de la separación radical de las culturas, incontaminadas y aisladas en sus propias tradiciones textuales. Cierto utopismo de una unidad de fondo, que en el caso de los modernistas –en Darío, Lugones o Nervo– aparece asociado con una utópica unidad cultural. Sin embargo, hay una zona donde emerge algo no tanto del orden de la diversidad (las "ínclitas razas ubérrimas" de la "Salutación del optimista"), sino más bien de la diferencia, de luchas por el poder donde se exponen relaciones de supremacía y dirección, es decir, relaciones de hegemonía.

El relato de la *Vida* dariana es, en este aspecto, el de la construcción de la diversidad y del fin del cosmopolitismo en su sentido más obvio: la desilusión con Francia y, al mismo tiempo, la distancia con respecto a un hispanismo rígido (Colombi 2008). Se trata del rechazo de formas de uniformidad cultural que se expresan como una cultura homogénea y con tendencia a lo monoglósico (Valle y Gabriel-Stheeman 2004), en una distribución de las grandes lenguas donde el castellano aparecía en una posición subordinada. Así, Darío señala, aunque no juzga, el desconocimiento del castellano por parte de dos de los grandes poetas que habían signado su camino hacia el modernismo, Moréas y Verlaine:

> Me habían dicho que Moréas sabía español. No sabía ni una sola palabra. Ni él, ni Verlaine, aunque anunciaron ambos, en los primeros tiempos de la revista «*La Plume*», que publicarían una traducción de «La Vida es Sueño» de Calderón de la Barca. Siendo así como Verlaine solía pronunciar, con marcadísimo acento, estos versos de Góngora; «A batallas de amor campo de plumas»; Moréas, con su gran voz sonora, exclamaba: «No hay mal que por bien no venga»... O bien: en cuanto me veía: «¡Viva don Luís de Góngora y Argote!», y con el mismo tono, cuando divisaba a Carrillo gritaba: «¡Don Diego Hurtado de Mendoza!». (*Vida*, cap. XXXIII)

Al mismo tiempo, Darío marca su distancia con respecto a ciertos "chermaitre" [*sic*] franceses porque "algunos que he entrevisto me han parecido insoportables de *pose* y terribles de ignorancia de todo lo extranjero, principalmente en lo referente a intelectualidad" (*Vida*, XXXVIII). Frente a eso, el Darío tardío

afirma la diversidad de tradiciones, más allá de lo que aparece tamizado –y autorizado– por la metrópoli francesa:

> mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que contribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal dí a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo. ("Prosas profanas", en "Historia de mis libros")

Darío –en un gesto recurrente a lo largo de los textos que reunimos– sostiene su admiración por poetas clásicos españoles, en especial por el barroco de Quevedo, Gracián y Santa Teresa, que dice valorar antes incluso que lo hicieran sus colegas escritores de la misma España. Por otro lado, insiste en algunas fuentes no francesas de un sector de su poesía. Así, por ejemplo, afirma que "El reino interior" remite en parte al prerrafaelismo inglés de Dante Gabriel Rossetti; y que el verso libre en "Friso" entra en relación con la *Epístola a Horacio* del ya nombrado Marcelino Menéndez y Pelayo, como sabemos, una figura central en la elaboración del dispositivo hispanista de entresiglos con quien el nicaragüense mantuvo siempre –desde su primer viaje a España, según narra en el cap. XXIV de la *Vida*– una relación de cercanía y afinidad.

La arqueología que explora Darío es la del friso y la del palimpsesto de *Prosas profanas*, pero es también la de las piezas precolombinas de Nicaragua que custodia en su primer viaje a Europa y sobre las que escribe en el artículo "Estética de los primitivos nicaragüenses" (lo publica en 1892 en la revista *El Centenario*, dirigida por Juan Valera). La arqueología dariana es una arqueología de la diversidad.

* * *

En su investigación arqueológica de la palabra novelesca, Mijaíl Bajtín (1991: 282-283) lee en la autobiografía el cruce de un cronotopo interno (el tiempo y el espacio del ciclo vital, del *bios*) y un cronotopo externo (el tiempo y el espacio del afuera, del ágora y de la plaza pública como instancia de consagración y de gloria). En la *Vida* dariana estos cronotopos se desmarcan del espacio

público y privado nacional. Construirse un nombre implica salir de Nicaragua y de Centroamérica: "vete a nado –me dijo– aunque te ahogues en el camino" (*Vida*, cap. XIII); "no es posible que usted permanezca allí. Su espíritu se ahogaría en ese ambiente" (*Vida*, cap. XXIX). Implica también el deseo de un espacio simbólico mundial moldeado no solo por la cultura francesa y su lengua (que en determinados momentos, en especial en *Los raros*, Darío percibe y registra como hegemónicas) sino postulado como un espacio heteroglósico y polilógico.

Entendemos que es importante pensar la serie de escritos de sí del Darío tardío en términos de la construcción de una lengua literaria, en relación con una política de corrimiento de los nombres. No ya Nicaragua, sino Centroamérica. No ya Centroamérica, sino América, sin más. No ya América, sino el espacio mundial de lengua castellana, un espacio que ya no es España, un mundo que Darío no habilita a pensar en términos de una alternativa entre lo nacional y lo español, entre nacionalismo e hispanismo, sino como una diversidad, no siempre armónica y a menudo conflictiva. No ya la raza, sino la pluralidad de mundos (las "ínclitas razas ubérrimas"). No ya España o América, sino la "Hispania fecunda": un nombre que no coincide con ningún estado nacional, ni siquiera con una variedad lingüística excluyente.

La *Vida* desclausura al sujeto respecto del dispositivo nacional y del dispositivo hispanista (Terán 1993). Lo desclausura, también, del dispositivo biográfico, asociado en algunos ámbitos del tiempo en que Darío publica su *Vida* con un modelo de construcción de lo nacional. Recuérdese, en principio, el papel programático que la escritura, la traducción y la publicación de biografías de hombres ilustres ocupa en el programa pedagógico para las naciones americanas, al menos para las naciones del Sur del continente, elaborado por Sarmiento en Chile. En un artículo publicado en marzo de 1842 en el diario *El Mercurio* de Santiago, Sarmiento escribe:

> La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo i de una instrucción más directa i más clara. Mucho trabajo cuesta comprender el enlace de la multitud de acontecimientos que se desenvuelven a un mismo tiempo; pero nada es más fácil, ni hai cosa que escite mayor interés i mueva simpatías más ardientes,

> que la historia particular de un hombre a cuyo nacimiento asistimos, siguiéndole en seguida en sus juegos infantiles, en sus estudios o en sus ocupaciones en la vida doméstica, hasta que con la edad adecuada le vemos escojer la puerta por donde ha de presentarse en el mundo i anunciarse con timidez a los circunstantes [...] (Sarmiento 1909: 185)

No olvidemos que, en los mismos años en que Darío construye estas versiones autobiográficas tardías, otra de las grandes figuras del modernismo en lengua española, Leopoldo Lugones –con quien Darío comparte su desconfianza "de la baja democracia y de la aterrorizadora igualdad" ("Historia de mis libros")–, publica biografías monumentales de Sarmiento (*Historia de Sarmiento*, 1911) y Florentino Ameghino (*Elogio de Ameghino*, 1915). Son hagiografías laicas de figuras que consolidan una literatura y una ciencia en el ámbito delimitado del imaginario nacional como las que algunas décadas antes había emprendido otra de las personalidades importantes en la construcción de Darío como escritor, el general Bartolomé Mitre, en sus historias de Manuel Belgrano y San Martín.

* * *

En la *Vida*, la infancia es un espacio poblado de sueños, relatos imaginarios en los que el sujeto se desdobla: es visto como agente de otro relato. Se trata de una zona, la del sueño, que

> reconfigura la misma vida del poeta como una biografía imaginaria; el hombre que escribe desde la ensoñación y recorre las galerías del mundo interior, desconocido, figurado por emblemas y símbolos en la tradición clásica y en la experiencia cristiana... (Ortega 2003: 66)

En las primeras páginas de su *Vida*, con la insistencia en los fantasmas y en los sueños (algunos, por cierto, pesadillescos), Darío materializa uno de los rasgos que Paul de Man (2005) postula como definitorios de la escritura autobiográfica: su sostén retórico en la prosopopeya, su poner en escena los ausentes y los muertos, seres sobrenaturales e innombrables. Uno de los lectores más empáticos de Paul de Man, Jacques Derrida (1994), sostendrá en sus aproximaciones a la autobiografía que ella siempre linda

con un teatro de fantasmagorías, se dirime en su relación con los fantasmas, lo que pone en cuestión el lugar del texto como espacio de autoafirmación del yo por excelencia. Los sueños y las alucinaciones que acechan la infancia dariana se correlacionan con una preocupación contemporánea a la aparición de los textos autobiográficos: la referida a lo onírico, que lleva a Darío a publicar una serie de artículos en *La Nación* bajo el título "El mundo de los sueños" donde se encuentran algunos sobre los sueños en Edgar Allan Poe y en Wells.

Es la irrupción del sueño lo que la *Vida* postula, de manera embrionaria, como una reflexión sobre los mecanismos de la memoria que habían permanecido como no pensados por la tradición autobiográfica anterior (Molloy 1996: 188). Para Darío, la lógica del recuerdo y el proceso imaginativo son concurrentes, y es esa concurrencia la que busca su forma en un texto experimental como "El oro de Mallorca". En este sentido, apunta el poeta en uno de los textos de la serie "El mundo de los sueños", consagrado al "abate Richard": "Todo lo que imaginamos es con componentes que han pasado por nuestros sentidos, fuera de ciertas impresiones de los sueños que pertenecen al más allá, y aun éstas surgen de los rincones de una desconocida, pero sospechada prememoria" (*La Nación*, 4 de mayo de 1912). Son, a su modo, anticipos de la muerte. Narran un más allá del límite que la *Vida* no puede narrar: una escritura última o una memoria de ultratumba. El sueño también desenclaustra el ejercicio de la memoria: lo quita del ámbito originario, signado por lo familiar y por el hogar, esos dos lugares potentes de configuración de la escritura autobiográfica.

Julio Ortega pone en relación esta presencia del sueño en Darío, una presencia por cierto prefreudiana y por ello irreductible a la experiencia onírica que pocos años más tarde los surrealistas elegirán como uno de los puntos de articulación de su propuesta de fusión entre arte y vida, con la opción dariana por lo oculto y lo astral que "documentan la imagen del sujeto que se quería forjar, alrededor del abismo, extremando la imagen poética cognoscente" (Ortega 2003: 112). Otra posibilidad, no necesariamente contradictoria con la lectura propuesta por Ortega, es enfatizar el carácter político –y, más puntualmente, biopolítico– de las figuras

oníricas presentes en la *Vida*. "El fantasma es el no-sujeto (y, por eso mismo, político), lo que queda como resto de la clase (o lo que estaba antes de la clase)" (Link 2009: 12). Moviéndose entre la presencia y la ausencia –Link insiste en su condición de potencias de desintegración–, entre el puro cuerpo y el puro espíritu, las figuras fantasmagóricas que pueblan la *Vida* son figuras de in-fancia (Agamben 2001), entidades puestas en escena por un relato autobiográfico que les otorga un cuerpo y, más aún, una voz.

La *Vida* dariana, sobre todo en su primera parte, aparece poblada de figuras oníricas, espectrales, figuras que flotan entra la presencia y la ausencia, en una suerte de umbral permanente. Por otro lado, Darío registra los sueños y las fantasmagorías no solo propias, sino también de los otros. Incorpora así fragmentos que narran la desfiguración ajena: relatos lindantes con la desesperación y la locura, que anticipan el relato de la crisis de sí que Darío pondrá en escena en "El oro de Mallorca". Así, por ejemplo, el relato sobre el intento de suicidio o "sacrificio" del poeta salvadoreño Francisco Gavidia (un personaje importante en la reconstrucción de la vida-obra dariana, porque es él quien introduce al nicaragüense en la lectura de los parnasianos y simbolistas franceses) en París (cap. XVIII), o la "leyenda" del encierro de la esposa peruana del político español Antonio Cánovas del Castillo, que remeda –según el propio narrador– la conocida historia de Juana la Loca (cap. XXVIII). De este modo, la *Vida* de Darío se instala en el cruce de voces y discursos: muestra, en su propia condición precaria y abierta al registro de los relatos de terceros, el carácter no tanto ontológico (centrada en el yo) sino más bien ético (la escucha del otro) de la escritura autobiográfica (Loureiro 2016).

* * *

Según recuerda Darío, la compañía del barco que conduce al joven poeta desde su país hasta Chile se llama "Kosmos" (*Vida*, cap. XIII). La huella del viaje humboldtiano por "todo el universo" y la voluntad de poner en obra el conjunto de lo creado son claras (Ette 2008). Es sobre la cubierta del barco donde Darío tiene su primera experiencia conflictiva de extranjería lingüística, de globalidad fallida, en medio de una tripulación cuya lengua –el alemán– no

comprende y con un manejo del inglés (el francés no aparece en el horizonte) muy deficiente. La llamada "Historia de mis libros" se cierra, a su vez, con un distanciamiento de la idea de un mundo global y homogéneo:

> Si es cierto que «el busto sobrevive a la ciudad», no es menos cierto que en lo infinito del tiempo y del espacio el busto, como la ciudad, y ¡ay! el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad! ("Cantos de vida y esperanza")

Para Darío, el mundo es un espacio de deseo, pero también de luchas y tensiones. Habría que intentar reconstruir lo que Darío, todavía joven, a su regreso de Chile hacia Centroamérica, entiende como "mundo". Es algo que el poeta explicita en sus escritos políticos. Desde su juventud, Darío se muestra partidario de la unión, en una única entidad política, de las cinco repúblicas centroamericanas (Nicaragua, Costa Rica, Guatemala, Honduras y El Salvador; por razones históricas el proyecto no incluía a Panamá, que formó parte de Colombia hasta 1903). No es solo un espacio, un despliegue geográfico de lo universal, sino también una entidad con una dimensión temporal. El mundo dariano no es solo el "cosmopolita" abstracto sino que es también –y tal vez, más fundamentalmente– el mundo como devenir de la historia y, en este sentido, como una trama de conflictos y disputas, de choque y confrontación. Es lo que se lee en ciertos textos de Darío que no han suscitado demasiado interés en la crítica, pero que la andadura de las textualidades autobiográficas nos permite rescatar y volver a leer. Detengámonos en el escrito introductorio al diario *La Unión*, de 1889 (un año posterior a la publicación de *Azul…*), desde cuyas páginas Darío brega por la unidad de las repúblicas centroamericanas.

> El mundo ha sido y es un campo de cohesiones o de separaciones ya bruscas o lentas en la familia humana. El mundo antiguo quedó subyugado por la daga del soldado romano; más tarde el bárbaro destruye aquella unidad formada por la conquista, y el grande imperio conservado con tanto esmero por el primero de los Augustos, quedó substituido por multitud de fracciones que, andando el tiempo, volvieron a formar un todo homogéneo bajo el cetro de Carlomagno, el restaurador del poder de los Césares. La obra de

> los bárbaros quedaba destruida, la unidad triunfaba y se restablecía. (Darío 2011a: 134-135)

Darío pone este espesor histórico conflictivo de cohesiones y separaciones en relación con la lengua, con su condición y su materialidad, en disputa con los valores hispanistas y puristas asociados a ella (frente a los que Darío distinguirá, en cambio, la pluralidad, sin confundir el *hispanismo* purista con lo *hispánico*, polilógico y heteroglósico). Como en el momento de la muerte sostuvo su amigo Lugones en una alocución pública en Buenos Aires y como muchos años más tarde lo sintetizaría Ángel Rama, "con Darío, América se apropia de la lengua castellana a través del canto" (Rama en Darío 1985: LI). Con Darío y el modernismo, la literatura americana opera como una fuerza glotopolítica (Caitucoli 2004), algo que sin duda la *Vida* y la llamada "Historia de mis libros" nombran en más de un momento:

> Acostumbrado al eterno clisé español del siglo de oro, y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado [Mendès, Gautier, Flaubert, Paul de Saint-Victor] una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, de ciertos modos sintáxicos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y yo, que me sabía de memoria el «Diccionario de galicismos» de Baralt, comprendí que no sólo el galicismo oportuno, sino ciertas particularidades de otros idiomas son utilísimas y de una incomparable eficacia en un apropiado trasplante. Así mis conocimientos de inglés, de italiano, de latín, debían servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios. ("Historia de mis libros")
>
> Con Ricardo [Jaimes Freyre], no[s] entrábamos por simbolismos y decadencias francesas, por cosas d'annunzianas, por prerrafaelismos ingleses y otras novedades de entonces, sin olvidar nuestras [*sic*] ancestrales Hitas y Berceos, y demás castizos autores. (*Vida*, cap. XLII)

El castellano es, en la visión de Darío, un objeto histórico, sometido a procesos de variación continua en sus diferentes niveles, sobre todo en el plano de la sintaxis, en el del sentido y en el de la prosodia. Así, en el poema "La poesía castellana" –fechado en 1882 y previo, por ende, a *Azul…*, es decir, a lo que en la autopercepción

dariana será el punto de partida de la nueva literatura americana–, Darío recorre distintos momentos de la lengua literaria. Demuestra, en este punto, maestría y posesión, como ejercicio que despoja y desancla la lengua de su relación con el constructo hispánico, articulado en torno a la actividad de la Academia española y la red de academias americanas que, recordemos, se van fundando en diferentes lugares del continente en el arco temporal mismo de la biografía de Darío (Bentivegna 2019).

Escribir es, para Darío, desarmar el sistema de la poesía tal como se había heredado del "siglo de oro", que los preceptistas de los siglos XVIII y XIX habían elevado a modelo monolingüe y homogéneo. Escribir es encontrar las derivas "extranjeras" –galicistas, aunque también anglicistas, itálicas, lusófonas– del castellano, pero también sus derivas premodernas y preclásicas. De ahí la afinidad que Darío puede sentir con su estricto contemporáneo del otro lado del Atlántico, Ramón del Valle-Inclán, preciosista, moderno y a la vez arcaizante en las prosas de *Flor de Santidad* o de las *Sonatas* y atento a la escucha de las variedades diatópicas y diastráticas del castellano en los esperpentos que explorará luego de la muerte de Darío. Para ambos, Darío y Valle-Inclán, lo más moderno es, al mismo tiempo, lo más arcaico. Es una lección que en el siglo XX entenderán de manera cabal, y por distintas vías, autores tan disímiles como Gabriela Mistral, Antonio Machado, Baldomero Fernández Moreno, César Vallejo, Pablo Neruda, Federico García Lorca, Jorge Luis Borges y José Lezama Lima. Todos ellos, en algún momento de sus vidas, harán explícita la deuda con el nicaragüense.

* * *

"La literatura es aquello que comienza cuando 'yo' deja de parlotear" (Link 2009: 83). La escritura de sí opera de este modo en tanto construcción y al mismo tiempo como cuestionamiento de un yo: construcción de un nombre como persona. Es un relato que dota de una máscara a aquello que primariamente carece de un yo, un yo que no es un punto de partida sino un producto de la construcción del propio *bios* como narrativa. Se trata de un relato que al mismo tiempo acecha al yo que lo sostiene, lo ubica al borde del fracaso. Hay, en efecto, una tendencia al vaciamiento de la persona

que la *Vida* trabaja en su propia superficie textual con el uso frecuente de ciertas formas sintácticas como el "se" impersonal. Así lo muestran los fragmentos extractados a continuación:

> *Se* me hacía ir a una escuela pública. (cap. III)
> Otros versos míos se publicaron y *se* me llamó en mi República y en las cuatro de Centroamérica «el poeta niño». (cap. VII)
> *Se* me llamó a la redacción—tenía a la sazón catorce años—[…] (cap. X)
> *Se* nos dijo que el restaurant elegido quedaba cerca. (cap. LX)
> Al mismo tiempo *se* me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del ministerio de Instrucción Pública. (cap. LXV)
> Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no *se* me dejaba llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles […] (cap. LXV)[9]

En una dirección análoga opera el uso con valor estilístico del indefinido "un" para modificar construcciones de sustantivo común más nombre propio en función apositiva. Son casos que plantean una tensión estilística con respecto al nombre propio, resistente en términos gramaticales a la determinación y la modificación (Di Tullio 2014: 149).[10] Darío emplea de manera ocasional esa construcción anómala –que tiende a vaciar el carácter singular del nombre propio y a disociarlo de una construcción con artículo definido– en el recuerdo de su período infantil y adolescente. Por ejemplo, en el pasaje sobre su educación con los jesuitas:

> Había entre ellos hombres eminentes, un padre Koenig, austriaco, famoso como astrónomo, un padre Arubla, bello e insinuante orador; un padre Valenzuela, célebre en Colombia como poeta y otros cuantos. (*Vida*, cap. VI)

Como el nombre propio, en la *Vida* dariana el yo se ubica en el borde de lo que lo desconfigura, se pone en el límite de su propia disolución, en lo que nombra de manera explícita (el sueño como espacio de la fantasmagoría y del miedo), de lo que alude (el

[9] El énfasis en el "se" de estos fragmentos nos pertenece.

[10] Para una estilística del artículo en castellano ver Alonso (1967).

alcohol) y de lo que prefiere en general elidir (la vida erótica, el alcoholismo, la vida matrimonial).

Hay otro término, ligado con el campo léxico del nombre, que circula de manera profusa a lo largo de la *Vida*: el "nombramiento", ya sea como nominalización (Lavandera 2014: 293; Di Tullio 2014: 157) o como forma verbal donde el poeta se ubica en el lugar del objeto y el paciente de la acción estatal. Ser "nombrado" es, en la *Vida* de Darío, ser cooptado por el mecanismo estatal. Es el modo en que ese mecanismo convoca, reconoce y otorga un medio de vida al escritor (un puesto y un sueldo, a menudo reclamados):

> En ello estaba, cuando recibí por telégrafo la noticia de que el gobierno de Nicaragua, a la sazón presidido por el doctor Roberto Sacasa, *me había nombrado* miembro de la Delegación que enviaba Nicaragua a España con motivo de las fiestas del centenario de Colón. (*Vida*, cap. XXIII)

> [...] según carta que había recibido en Managua, del doctor Rafael Núñez, se me debía entregar por el gobernador del Istmo mi *nombramiento* de cónsul general de Colombia en Buenos Aires. [...] No solamente se me entregó mi *nombramiento*—en el cual se me decía que se me daba este puesto por no haber entonces ninguna vacante diplomática— [...] (*Vida*, cap. XXXI)

> El gobierno nicaragüense *nombró* a Vargas Vila y a mí—Vargas Vila era Cónsul General de Nicaragua en Madrid—miembros de la Comisión de Límites con Honduras. (*Vida*, cap. LXII)

> Madriz me *nombró* Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial, en México, con motivo de las fiestas del Centenario. (*Vida*, cap. LXV)[11]

Si la nominación y el ser nombrado son injertos del discurso burocrático correspondientes a prerrogativas de los mecanismos gubernamentales que al final del relato quedan en suspenso, en la *Vida* la "política del nombre propio" asume otras valencias y connotaciones en relación con el pueblo, la masa y la multitud como contracaras del aparato estatal. En relación con ello, el nombre propio se cubre de un halo de prestigio asociado con la singularidad

[11] Todas las marcas de énfasis nos pertenecen.

del escritor y con su gloria. Nombre y gloria son elementos recurrentes en la *Vida*. Aparecen como eslabones de una misma serie: la construcción de Darío como autor implica la construcción de un nombre y ese nombre es un nombre autoral en la medida en que es glorificado.

* * *

Bajtín distingue un primer tipo de relato biográfico en el que cuadra la *Vida* de Darío y que se desconfigura en "El oro de Mallorca". Se trata del relato articulado como "aventura heroica" (Bajtín 2002: 136). En él, es el deseo de gloria el que organiza la vida del héroe ingenuo y su narración. Una de las escenas finales de la *Vida* dariana (abordada en el cap. LXV) es especialmente significativa al respecto. Estamos en Veracruz, durante la visita del poeta a México en 1910, donde ha ido para participar de los festejos del Centenario. El autor, despojado de su puesto de embajador del gobierno nicaragüense ante el Reino de España, es decir, despojado de su nombramiento, *des-nombrado*, resulta sin embargo reinstalado en un lugar consagratorio por la multitud, lugar que se corona con el "triunfo" en Jalapa y en "el pueblo de Teocelo". Se compensa de esa manera la caída de su *nombramiento* como parte del cuerpo diplomático.

> Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del ministerio de Instrucción Pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Rubén Darío y a Nicaragua [...]. Pero antes, visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió en triunfo. Y el pueblo de Teocelo, donde las niñas criollas e indígenas, regaban flores y decían ingénuas y compensadoras salutaciones. Hubo vítores y músicas. La municipalidad dió mi nombre a la mejor calle. [...] En Veracruz se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos oradores y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. (*Vida*, cap. LXV)

El nombre al que el relato mismo de Darío da forma es ahora, en el cierre de la *Vida*, vitoreado, homenajeado, cantado en himnos

por una comunidad –un aspecto fundamental según Agamben en la construcción gloriosa de la soberanía–, que en el relato no se categoriza nunca como circunscripta a un estado nacional, sino como *multitud*, aquello que este mismo filósofo postula como "forma genérica de existencia de la potencia propiamente humana" (Agamben 2017: 380). El nombre autoral de Darío se vuelve *nombre político* en un relato antiimperialista y nombre desde el que se bautiza un espacio público, con lo que los organismos de gobierno recogen la consagración por la muchedumbre. Casi en el final del relato de la *Vida*, se compensa de esa manera la caída de su *nombramiento* como parte del cuerpo diplomático, del cuerpo burocrático en el que el Estado se exhibe como tal y se glorifica a sí mismo.

* * *

Julio Ortega insiste en la conveniencia de leer la *Vida* como un relato sobre la obra, asumir la vida como proceso abierto, incomprensible si no es como "destino" y solamente cargada de sentido a la luz de la "legibilidad superior del poema" (Ortega 2003: 11). Más que una biografía en términos estrictos, la *Vida* debería ser vista como una *biolectura*. Para Ortega es así porque la *Vida* da una imagen de sí que es, fundamentalmente, una imagen del modo en que Darío buscaba que lo leyeran, lo que explica la afinidad histórica entre esos escritos y el que se conoce como "Historia de mis libros".

A su vez, la serie "El oro de Mallorca" puede considerarse como una bitácora de la lectura, en la que confluyen fragmentos provenientes del propio corpus dariano con materiales de las procedencias más variadas (desde Ovidio y el emperador Adriano hasta Huysmans y los decadentes y, ya en el siglo XX, un teórico cercano a las vanguardias como Ricciotto Canudo). En el relato se mencionan textos de diferentes tendencias y tradiciones: los escritos sobre Mallorca del monje Alberto Puig, los escritos del ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos, el *Invierno en Mallorca* de George Sand, el canon simbolista y decadente a través de citas y alusiones a Baudelaire, a *À rebours* y a los contemporáneos españoles Santiago Rusiñol y Vicente Blasco Ibáñez.

Por otro lado, en el capítulo de la tercera parte de esta serie (recuperado por Schulman e incluido aquí en apéndice), se extractan, reducen e incorporan fragmentos textuales que sintetizan el tipo extremo de operación novomundana del Darío tardío. Por una parte, el texto transcribe un párrafo sobre la vocación religiosa de *El Periquillo Sarniento*, la novela del mexicano Lizardi escrita en los años de lucha por la independencia de las repúblicas americanas que ha sido leída como una escucha polifónica de la diversidad cultural y lingüística del antiguo Virreinato de la Nueva España (Frago 2014). Por otra, traduce un fragmento del ya nombrado Ricciotto Canudo, teórico de las artes visuales y la música, errante como el mismo Darío, afín al futurismo (cuyo manifiesto el nicaragüense había traducido y criticado) y uno de los primeros que se dedican a pensar de manera teórica el cine (al que bautiza como "séptimo arte"). "El oro de Mallorca" se configura, con estas operaciones de biolectura, como el relato de los modos en que una voz poética se construye en relación con una práctica de lectura, entendida como un gran ejercicio de apropiación, recorte y ruptura.

Si, según la noción de biolectura que propone Ortega en su estudio sobre Darío, escribir la vida es, para el nicaragüense, releer la obra, si la *Vida* es al mismo tiempo la "Historia de los libros" de Darío, y "El oro de Mallorca" es su dispersión, podemos llevar la hipótesis más allá. Escribir la vida es, para Darío, desplegar un archivo y es en ese despliegue del archivo donde se construye Rubén Darío, donde se *consigna* (Derrida 1997), es decir, se denomina y se entrega como autor y como nombre: un nombre que –recuerda Ortega– no es ni un pseudónimo, como en el caso de Neruda, ni un heterónimo, como los famosos nombres asociados a Pessoa, sino un *sobre-nombre*, ensamblado con retazos de tradiciones y textualidades diferentes, hecho de recortes y de montaje de tradiciones y voces.

* * *

A diferencia del *ethos* autoral, que se produce en la enunciación propiamente dicha, la imagen de autor, según la postula Maingueneau (2009), se focaliza en la interacción entre el autor y los diferentes públicos que generan, ellos mismos, discursos acerca

de él: críticos, profesores, auditorios en un sentido amplio. La autoridad tiene lugar en una fractura, en la que se tensionan tres valores distintos pero fuertemente relacionados. Los textos que incluimos en este volumen permiten acercarnos a la complejidad de la imagen autoral que se asocia no solo con Darío, sino con lo que él mismo insiste en llamar, en estos mismos escritos, la "renovación" moderna de las letras en lengua castellana.

La imagen *efectiva* de autor es producto de la puesta en funcionamiento de un archivo (no el archivo "de" Darío sino del archivo-Darío) en un sentido múltiple. Dicha imagen nunca es solo el producto de una actividad de autor: se elabora, en cambio, en la confluencia de sus gestos y de sus palabras, y en la de las palabras y los gestos que el archivo registra de todos aquellos que, con intenciones diferentes, contribuyen a forjarlo.

El relato dariano construye la imagen errante, que obliga a pensar los términos dicotómicos (hispanismo y americanismo, particular y universal, nacionalismo y cosmopolitismo) en los que fue conceptuado en su momento (y en muchos críticos contemporáneos todavía lo es) el modernismo latinoamericano. Algunos leen el cosmopolitismo como una totalidad discursiva estratégica, como un complejo "calculado" desde el que el sujeto letrado latinoamericano intenta negociar su lugar de enunciación a la vez particular y universal en el entramado de la hegemonía global de la cultura moderna (Siskind 2016). Son lecturas potentes que permiten dar cuenta de la forma en que el modernismo disloca el lugar previsto por el orden letrado decimonónico para el intelectual latinoamericano, sumido en una "marginalidad opresiva" que podría subvertirse a partir de la inscripción en una cultura percibida como cosmopolita. Sin embargo, en estas lecturas la compleja textualidad dariana queda ligada en general a un programa cosmopolita, a un sentido más o menos rígido en la construcción de su figura autoral que la propia producción aquí reunida, la de su versión tardía, nos lleva a repensar.

Desde nuestra perspectiva, la lógica de la *insularidad*, la lógica-Mallorca que Darío convoca en la "Posdata" agregada a la edición de Maucci en 1915, implica una opción no solo por una poética atlántica sino por un "hispanismo de nuevo cuño" (Ortega

2003), cuyo campo simbólico no es tanto el del privilegio de un estado nación concreto (España) como el de la pluralidad (las "razas ubérrimas"; "las Españas"). La posición insular tampoco queda reducida al mensaje continental, al anuncio de una América futura en el que había insistido Juan Larrea (1987) en sus lecturas de Santiago de Chile y de Córdoba. El archipiélago dariano es más bien una lógica de los mundos divergentes –ese mundo que el novohispano Lizardi entrevé en el *Periquillo*– en la que la dicotomía entre lo particular y lo general, lo local y lo cosmopolita, deja de ser una función operativa.[12] Lo insular se acerca, en cambio, a la lógica de lo que más arriba llamamos *paratopía*, es decir, la producción de un lugar que el yo nunca puede percibir de manera completa como propio, la disposición de una zona de trashumancia: un canto errante, un nomadismo de la escritura.

El sujeto mundial dariano –y el sujeto americano que se configura con él– no es un marginal con respecto al mundo (que espejaría la lógica del centro y la periferia), sino una entidad que enfatiza el carácter descentrado (en relación con una literatura nacional, con una tradición, con una estructura familiar, con una lengua) y el carácter insular, en deriva, de precariedad, de ese mundo. Se trata de una instancia que construye su literatura como lo hará el siglo XX, donde el cosmopolitismo decimonónico –no así el cosmopolitismo del pobre que postula Silviano Santiago (2012), mucho más afín al mundialismo insular y errático dariano– deja de ser un término crucial en la autoconfiguración de la identidad del artista.

* * *

Las series auto-gráficas de Darío pueden ser leídas como un ejercicio de construcción y al mismo tiempo de desmontaje o de desglorificación: la gloria como una "merde" (Verlaine, en la *Vida*) o como "une humble absinthe éphémère" (también Verlaine, citado en "El oro de Mallorca"). Las recorren operaciones de dispersión de un nombre, de progresiva edificación de una esfera lingüística americana que juega su especificidad en la diferencia respecto

[12] Para una lectura convergente con esta aproximación, ver el análisis de Caresani (2017a) sobre la tensión entre mundialidad e insularidad en el proyecto de *Los raros*.

a la española. Se leen, asimismo, como escrituras construidas sobre dos fugas relacionadas entre sí: infancia y errancia (Sancholuz 2016). Por ello, no hay ya algo tal como un espacio propio, delimitado, al que se puede volver: no hay ni un palacio de la memoria, ni una familia, ni una genealogía que sostengan la figura autoral.

En uno de sus estudios sobre lo que llama "autoficción", Philippe Gasparini sostiene que las autobiografías y las novelas autobiográficas han sido históricamente laboratorios de innovación lingüística y narrativa. De presentar un relato realista, unívoco, metafórico y trascendente en el siglo XX –donde ya se insertan los textos últimos del nicaragüense, con "El oro de Mallorca" como *exemplum* extremo–, pasan a articularse en forma compleja, abierta, metonímica y contingente, hasta tocar lo anticronológico (Gasparini 2012: 190).

La *Vida*, la "Historia de mis libros" y "El oro de Mallorca" son, cada uno a su modo, relatos que exploran diferentes formas de convivencia (la convivencia familiar, la de las cofradías y tertulias de Chile, Buenos Aires y Madrid; la de una comunidad de pintores y artistas que se revelará finalmente, con la ruptura del propio Itaspes, como una comunidad de los ausentes). Son textos *conviviales* que narran la posibilidad del encuentro comunitario y sus sucesivos fracasos como contracara de la imagen del escritor exitoso y del político-diplomático reputado. Recordábamos el carácter deliberadamente ambiguo del personaje de "El oro de Mallorca", carácter ambivalente que se marca en la condición de traducción, de estar entre lenguas y tradiciones de su propio nombre. Creemos que estas ambivalencias y fallos en la construcción de lo comunitario son fundamentales para pensar el lugar de la literatura dariana tardía y desde ella analizar otros momentos de su obra como un laboratorio donde se experimenta un saber sobre la *vida* y sobre las posibilidades de la *sobrevida*.

Es posible concebir entonces el modo de operar del modernismo dariano en relación con las literaturas del mundo como una experiencia que reclama para sí la ambigüedad plasmada en el carácter limítrofe (Pozuelo Yvancos 2006), dialógico (Delormas 2013) y ético (Loureiro 2016) de las auto-grafías aquí presentadas. Es una experiencia llevada al extremo en un texto como "El oro de

Mallorca": no como un mero deseo de inserción en esa totalidad, sino más bien como una instancia parotópica que exhibe –y que, al mismo tiempo, aumenta– el carácter polilógico y la condición poliglótica (Ette) de esas literaturas.

* * *

En *Las contradicciones del modernismo*, Noé Jitrik postula que hay un "aporte" (las comillas son del crítico) claro y consciente asociado sobre todo con el nombre de Darío: no añadirse a una pobreza cultural sino desbordarla, "proponer el esquema de una riqueza efectiva en el campo específico de la literatura y, por extensión, en el de la cultura" (Jitrik 2000: 11). El "oro" –el material más relacionado tópicamente en América con la riqueza y la belleza coloniales– de Mallorca se instala en el cruce de series de sentido alternativo, en el cruce de dos códigos: el de la modernidad socioeconómica y el de la modernidad estética (Schulman 2008: 527). El oro es, por cierto, la luz del sol mediterráneo, asociada en Darío con la regeneración de lo vital al que no es ajeno su ideario ocultista y teosófico. En este sentido, no resulta gratuito que la "isla de oro" sea, en la memoria textual dariana, el espacio donde tiene lugar el "Coloquio de los centauros", el poema clave desde el punto de vista de la poética del modernismo incluido en *Prosas profanas*.

No es casual que el oro esté, también, en el título de otro de los grandes textos disruptivos del modernismo, *Las montañas del oro* (1897) de Leopoldo Lugones, que en la *Vida* Darío juzga como el mejor entre los publicados hasta entonces por el poeta argentino. Es el oro también como sinécdoque del dinero y, en este sentido, de la literatura como plusvalor, como valor extraño, suntuoso y brillante que un sector del modernismo (y, por supuesto, con particular obsesión, el propio Darío) perseguía, pero también de la obra como mercancía y del modernismo como estrategia de inserción del escritor latinoamericano en un mercado ya no estrictamente nacional de las letras (Rama 1985).

De hecho, en la posdata a la edición de la *Vida* de 1915, donde Darío afirma que ya concluyó la composición de *La isla de Oro*, el poeta revisa los signos de la modernidad en la producción del libro a partir de la descripción de algunos elementos de los

talleres del editor italiano Manuel Maucci (como Darío, un sujeto errante, que primero había probado suerte como inmigrante en la Argentina para instalarse finalmente en Barcelona):

> *Maucci sigue en su amable charla introduciéndome por amplios corredores, explicándome la aplicación de máquinas modernas y la distribución de labores. Y en cada departamento hay millones de libros. Cuando oigo la palabra* millones *abro los ojos y miro asombrado a un lado y a otro. Estoy encantado de la visita, pero ya es hora de partir. El automóvil de Maucci me conduce a mi torre. Y aquí quedo pensando en la obra que realiza esa voluntad de hierro y una consagración de héroe. Pero me distrae de mi pensar en prácticas acciones un vuelo de ave que pasa y me quedo abstraído en la contemplación de una estrella que aparece en el vasto cielo azul.*

El relato de la *Vida* concluye, en 1915, con el paso de los tiempos del relato (el pasado de la vida narrada) a los del discurso (el presente de la enunciación), en la exhibición de signos de la modernidad que atravesarán el siglo. En la posdata que conecta la *Vida* y "El oro de Mallorca" se articula la descripción del proceso masivo de producción de libros como mercancía y la compresión de la experiencia espacial y temporal que conduce al autor en el automóvil de Maucci hacia la torre (la torre de marfil, los poetas, "torres de Dios") y la contemplación de un "azul" (la última palabra de la versión de la *Vida* en 1915). Esa experiencia parece ser posible ahora solo como resultado, pero también como negación de un cierto estado de la técnica. A su vez, el automóvil aparece en el primer capítulo de "El oro de Mallorca" –el libro que en teoría Darío entregará a las prensas de Maucci– en contraste con los lentos burros de la cultura tradicional mediterránea:

> Se atravesó el dantesco trecho de los olivos centenarios, milenarios, que perpetúan, como en eternidad, sus como petrificados gestos y ademanes de metamórfosis [*sic*]; se dejó a un lado la colosal mole que tiene un nombre y una leyenda moriscos; se vieron por fin las vastas colinas cultivadas, a graderías, como en anfiteatro, las hondonadas y valles con sus casitas, sus sembrados, sus viñas, sus higueras, sus cactus africanos, las raquetas espinosas adornadas con los pompones encarnados de los higos chumbos. Se divisaron las casas del

> pueblo, se pasaron tapiales y callejuelas donde jugaban niños risueños y sucios; se detuvo por fin el vehículo frente al vetusto y tradicional edificio, cuya ancha puerta, bajo sus dos cuadradas torres, y coronada por un escudo en que se ve esculpida la imagen de San Bruno, estaba adornada de palmas. ("El oro de Mallorca", cap. I)

La experiencia futurista de la velocidad del automóvil se manifiesta en el texto en el recurso al "se" impersonal y en el privilegio de lo paratáctico, que nombra y al mismo tiempo fractura el paisaje de la isla, como si de lo "dantesco" del comienzo del período –una referencia al canto XIII del "Infierno"– se pasara a una iconografía cercana al impresionismo tardío de Cézanne y su fragmentación del espacio.

* * *

Paul de Man (2005) sostiene que toda autobiografía es la escenificación de un fracaso. Para el teórico belga, a diferencia acaso de la biografía tradicional, el relato de la propia vida no puede superar la aporía entre lo informe de lo que parte y la narración clausurada en un yo. Las tres series que incluimos en este volumen ponen en escena ese fracaso y para hacerlo buscan una forma que no opera nunca como totalidad cerrada y que abjura incluso de un estilo.

El quiebre del estilo modernista, los desórdenes de la memoria, las fantasmagorías, las idas y vueltas en el tiempo de la cronología vital, las estrategias de articulación entre vida y política que atraviesan estos textos no remiten a una falla o a una carencia, a una suerte de Darío que, cerca de su muerte, muestra los rasgos de una escritura senil. Por el contrario, invitamos a leer estos textos como ejercicios tardíos de innovación, de experimentación, tensionados hacia un futuro que, según la cita de Canudo en la tercera parte de "El oro de Mallorca", "debe siempre para nosotros permanecer como una pura abstracción, conociendo, como conocemos, una sola realidad, el Pasado". Como ejercicios que no signifiquen el mero cierre degradado del ciclo modernista, sino –de manera más innovadora– la apertura de nuevos mundos (y no tanto de nuevos rumbos) para la literatura escrita en castellano.

Darío opera en estos textos una *experiencia-recuerdo*. No se trata para él de reconstruir linealmente una vida sino de sostener un discurso a partir de lo que se recuerda de ella. Tal vez por esto cierta crítica pudo encontrar en la *Vida* una atmósfera proustiana. En todo caso, escribir, para el Darío tardío, es *hacer memoria*, y esa memoria no responde a la lógica evolutiva de la autobiografía que presupone una historia y a la vez desea un sentido (Bourdieu 1989). Responde, en cambio, a la dispersión y la potencialidad que se asocian con la vida, o mejor, con *una* vida. No es reponer un *continuum* lineal, evolutivo, sino quebrarlo, mostrar en ese quiebre la condición ética de la literatura y enfatizar así aquello que críticos de la época, como Max Nordau, señalaban como una de las grandes deficiencias del simbolismo y de otras poéticas finiseculares:

> El pensamiento de un cerebro sano tiene, además, un curso regulado por las leyes de la lógica y la inspección de la atención; toma por contenido un objeto determinado, lo labra y le da forma y lo agota. El hombre sano puede contar lo que piensa, y su narración tiene un principio y un fin; el imbécil místico, por lo contrario, piensa únicamente con arreglo a las leyes mecánicas de la asociación de ideas, sin atención a un hilo conductor; tiene una fuga de ideas. (Nordau 1902: t. I, 185)

Cuando Darío revisa el texto para la edición de Maucci no suprime ni enmienda el desorden temporal de los recuerdos. Lo que se fija entonces en estos textos –leídos en la serie auto-gráfica que conforman– no es una línea de tiempo, sino una serie de elementos textuales más cercanos a lo que Roland Barthes identifica como "biografemas": "unos detalles, unos gustos, unas inflexiones" que operan por dispersión y dan forma a algo tal como una "vida horadada" (1997: 15). No prima la lógica temporal de lo biográfico, sino la lógica dispersiva, singularizante, inmanente y, por ello mismo, errática, de lo vital, asociada con formas de vida –el extranjero, el migrante, el enfermo– específicas. El relato desorientado, que la crítica dariana canónica imputa a estos textos y queda en evidencia en sus operaciones de "corrección" sobre la "Historia de mis libros" (reposición de un orden cronológico lineal donde no lo

había), es en realidad un aspecto constituyente de la serie en tanto escritura de una vida.

En el campo de la escritura de sí en que operan los textos darianos no hay ningún "entre nos" familiar o de clase posible, ningún destino trascendente prefijado para las "ínclitas razas ubérrimas" a ambos lados del Atlántico. En todo caso, aparece solo un nombre fantasmagórico, una *escritura archipiélago* frente a la forma estatal que se afirma separando la vida desnuda de su forma (Agamben 2017: 382). Un canto errante como forma-de-vida, una escritura de la potencia que, más que obras cerradas y clausuradas en sí mismas, proyecta comunidades en las que la vida no se disocia nunca de un cuerpo y de una forma. Esa forma que el canto dariano todo el tiempo, en todo lugar –desde las ramas del jícaro de León en la infancia hasta las arenas de Mallorca en el ocaso de su vida–, persigue.

Diego Bentivegna

Nota filológica preliminar

Para la presente edición crítica se utilizaron los siguientes criterios filológicos, que atienden a la especificidad de los textos involucrados.

En el caso de *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, se ha tomado como texto base la edición publicada por la Casa Editorial Maucci en 1915, última versión de la obra editada en vida de Rubén Darío. Nuestra edición reproduce aquella, transcribiendo el texto exactamente como se lo encuentra allí, sin eliminar o modernizar particularidades ortográficas de la época ni erratas tipográficas o errores de cualquier clase. Estos últimos casos quedan señalados en el cuerpo del capítulo con la locución [*sic*] ("así está escrito") y son explicados o rectificados en los aparatos de notas. Todo elemento agregado a la transcripción (signos de puntuación, letras o palabras) se colocó entre corchetes a manera de hipótesis. Cabe señalar que existe otra edición de la obra aparecida en Maucci, sin fecha, y que, de acuerdo con lo indicado por Julio Saavedra Molina, es reproducción "palmo a palmo de la previa, pero con nuevas erratas" (1946: 64-65). Nuestra versión reproduce la primera edición en volumen, no la reimpresión mencionada por Saavedra Molina, en la que se verifican, por cierto, más erratas.

A su vez, la edición de Maucci de 1915 fue cotejada con la primera versión de *La vida* aparecida en la revista de Buenos Aires *Caras y Caretas* entre los números 729 (21 de septiembre de 1912) y 739 (30 de noviembre de 1912); todas las variantes se señalan en el aparato de notas disponible al pie de página. La edición de Maucci contiene además una "posdata", redactada en España (más precisamente, en Barcelona), inexistente en la versión en prensa periódica. La serie que se abre en el número 729 de *Caras y Caretas* lleva por título *Vida de Rubén Darío* (y, como subtítulo, "Escrita por él mismo"); a partir del número siguiente se añade el artículo (*La vida de Rubén Darío*, subtítulo "Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas'"). En la edición de Maucci se mantiene esta segunda variante del título. Cabe acotar que el anuncio

del lanzamiento de la publicación, en el número 722 de la revista argentina, contiene una leve variante en el subtítulo*: La vida de Rubén Darío, narrada por él mismo*.

En 1918 se incluye este texto con el título no dariano de *Autobiografía* en el marco de las obras completas encaradas en Madrid por la editorial Mundo Latino, bajo la dirección de Alberto Ghiraldo. Es con ese título –*Autobiografía*– que el escrito se difunde en las décadas siguientes, cuando conoce varias ediciones tanto en España (la edición madrileña de S. A. H. D. E, de 1945; la edición en las *Obras completas* publicadas en Madrid por Afrodisio Aguado; la barcelonesa en la colección "Quién Fue" de la editorial G. B., en 1959) como en América (la de la editorial El Quijote de Buenos Aires, de 1947, que incluye un escrito de Rodó; la edición mexicana de la Sociedad Latino Americana, de 1960; la del Ministerio de Educación de El Salvador, de 1962; la de la Editorial Universitaria de Buenos Aires, de 1968, con prólogo de Gustavo García Saraví). El título *Autobiografía* se mantiene incluso en una de las ediciones más conocidas de los textos que incluimos en este volumen: la publicada por la editorial Marymar en 1976, con prólogo de Enrique Anderson Imbert. Lo mismo sucede con la edición de Mondadori en 1990 (que incluye, además, "El oro de Mallorca"), con prólogo de Antonio Piedra; con la de Lingkua de 2003; y con la edición más reciente, de 2016, de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín, con prólogo de Sebastián Pineda Buitrago.

Sin embargo, algunas ediciones cercanas en el tiempo reponen el título con el que Darío había dado a conocer la serie, tanto en la revista de Buenos Aires como en la edición de Barcelona. Es el caso de las que aquí detallamos:

> *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.
>
> *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* e *Historia de mis libros*. Prólogo de Iván Cabrera Cartaya. La Laguna (Tenerife): Artemisa, 2007.
>
> *Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, seguida de *El viaje a Nicaragua* y de *Historia de mis libros*. Edición de Pedro Gómez Carrizo. Barcelona: Biblok, 2015.

La vida de Rubén Darío escrita por él mismo. Edición y prólogo de Francisco Fuster. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2015.

Como queda dicho, la versión que ahora presentamos produce un salto cualitativo en el establecimiento textual al incluir en las notas al pie –ordenadas en secuencia alfabética con reinicio página a página– la totalidad de variantes respecto de la publicación periódica en que la obra apareciera originalmente. Este primer aparato de notas se enriquece además con la información completa y precisa de las fuentes investigadas y cotejadas: se señalan año y número de cada entrega en *Caras y Caretas*, fecha exacta de publicación, los capítulos de *La vida* contenidos en cada una de ellas así como los números de página correspondientes (recordemos que las páginas de *Caras y Caretas* no venían numeradas). Se indican además los nombres de los ilustradores encargados de las imágenes que acompañaron el texto en la publicación periódica; la presente edición es, por otra parte, la primera de *La vida de Rubén Darío* que incluye en los "Apéndices" tales ilustraciones.

En cuanto al segundo conjunto de textos, que hoy se conoce de manera general como "Historia de mis libros", sus tres partes fueron publicadas por entregas en el diario *La Nación* de Buenos Aires, los días 1°, 6 y 18 de julio de 1913. Nuestra edición reproduce fielmente dichas crónicas, manteniendo los criterios ya enunciados: se transcribe el texto exactamente como se lo encuentra allí, no se eliminan ni modernizan las particularidades ortográficas de la época, así como tampoco las erratas tipográficas o de cualquier otro tipo. Es importante subrayar, en igual sentido de lo comentado sobre el término "autobiografía", que el título con el que se conoce la serie, "Historia de mis libros", no fue impuesto ni pensado por Darío. Por el contrario, resulta de la intervención de los directores de la revista *Nosotros* de Buenos Aires, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, quienes lo conciben al incluir la serie en el número especial que dedican a Darío en ocasión de su muerte (n. 82, febrero de 1916). Los propios editores de *Nosotros* lo aclaran en la nota que acompaña el conjunto, hasta entonces sin título:

> En Junio de 1913 Rubén Darío envió a "La Nación" desde París, y "La Nación" los publicó sucesivamente en Julio, tres artículos en

> que explicó en conjunto y por separado, composición tras composición, la génesis de sus libros "Azul"..., "Prosas profanas" y "Cantos de vida y esperanza". Fueron tres artículos interesantísimos en los cuales el poeta no sólo iluminó muchos aspectos de su obra multiforme, sino también dijo bien alto, con la firme conciencia del valor de la propia labor, cuanto él había contribuido a la evolución progresiva de la lengua, el verso y la prosa castellanos. Autocrítica, sobria y sincera, estos artículos constituyen un documento de real importancia para la apreciación de la obra y la influencia del gran poeta; por eso, y porque sabemos que han sido olvidados por el público, como que vivieron la vida efímera de la hoja diaria, nos permitimos reproducirlos, entendiendo prestar un positivo servicio a los estudiosos y hacer cosa grata a todos nuestros lectores. El título que los abarca nos pertenece. (Bianchi y Giusti en Darío 1916: 204)

La rúbrica impuesta por estos editores se volverá canónica en poco tiempo. Ese mismo año de 1916, con el título elegido por los directores de *Nosotros*, la serie sale como introducción a la *Antología* poética de Darío que publica en Madrid la Librería de la Viuda de Gregorio Pueyo. Asimismo, aparece en 1919 como "Historia de mis libros" junto a *El viaje a Nicaragua* en el volumen XVII de las obras completas publicadas en Madrid por Mundo Latino. Años más tarde, en 1950, vuelve a incluirse con el título pergeñado por Bianchi y Giusti en el primer tomo de las obras completas de Afrodisio Aguado. El mismo título persiste en ediciones más modernas, como la prologada por Enrique Anderson Imbert en 1976, a la que ya nos referimos, donde la serie –entre otros errores y erratas– está fechada inexplicablemente en 1909, y en la de la editorial Nueva Nicaragua de 1988, con prólogo de Fidel Coloma González. Lo mismo ocurre con otras ediciones recientes: la de Artemisa, con prólogo de Iván Cabrera Cartaya (2007), y la de Biblok, realizada por Pedro Gómez Carrizo.

En todo caso, importa destacar que la serie como tal no se dio a conocer con título general alguno sino solo con encabezados correspondientes a cada una de las entregas ("Prosas profanas", "Azul...", "Cantos de vida y esperanza"). Optamos en esta ocasión por preservar entre corchetes –para señalar su carácter de intervención no dariana y respetar la tradición paratextual del escrito– el

título impuesto por los editores de *Nosotros*. Decidimos además respetar el ordenamiento de las crónicas tal como surgió del diario *La Nación*, en una cronología que establece alteraciones evidentes en relación con la secuencia de publicación de los volúmenes darianos aludidos. La serie, en efecto, empieza a publicarse el 1° de julio con el escrito dedicado al más disruptivo de los volúmenes poéticos del nicaragüense, *Prosas profanas*, que, recordemos, sale en Buenos Aires en 1896; la segunda entrega, publicada el 6 de julio, está dedicada a *Azul...*, de 1888; la tercera coincide con el último, cronológicamente, de los libros poéticos a los que Darío se refiere, esto es, *Cantos de vida y esperanza*, de 1905.

En cuanto a los textos que componen "El oro de Mallorca" (el título es, en este caso, rigurosamente dariano), su historia editorial es incluso más compleja. Sus seis capítulos fueron publicados en *La Nación* los días 4, 13 y 27 de diciembre de 1913, 21 y 23 de febrero y 13 de marzo de 1914. La presente edición transcribe esa fuente con los mismos criterios enunciados para los restantes materiales del volumen.

Por otro lado, algunos fragmentos de los textos en *La Nación* se reprodujeron en el diario *La Almudaina* de Palma de Mallorca, siempre con posterioridad a la aparición en el periódico de Buenos Aires. El 28 de diciembre de 1913 se publica el primer capítulo; el 2 de enero de 1914, el segundo; y el 23 de enero del mismo año, el tercero. Por su valor documental y por tratarse de publicaciones en vida de Darío, se ha realizado el cotejo de variantes con los textos del periódico mallorquín.

Estos materiales, que durante mucho tiempo constituyeron el cuerpo conocido de la "novela", no se compilaron en ninguno de los proyectos de obras completas que siguieron a la muerte de Darío: ni en el de Mundo Latino, ni en la Biblioteca Rubén Darío, ni en los volúmenes que en 1950 publicó Afrodisio Aguado. En rigor, los capítulos fueron rescatados para su publicación conjunta solo en 1967, cuando el estudioso del modernismo Allen Phillips los difundió en la *Revista Hispanoamericana* (XXXIII, n. 64, julio-diciembre, pp. 461-491), con un texto introductorio que luego integraría su volumen *Temas del modernismo hispánico y otros estudios* (1974).

Según la reconstrucción del propio Phillips en este artículo, una sección del primer capítulo fue difundida por Arévalo Martínez en la revista *Esfinge* de Tegucigalpa (2 de junio de 1916, n. 17, pp. 114-117). El fragmento fue publicado luego por la revista *Nosotros* (febrero de 1917, n. 94, pp. 186-189) con el título "Benjamín Itaspes". Alberto Ghiraldo, por su parte, extracta una sección del capítulo IV en *El archivo de Rubén Darío* (1943: 121-124). A su vez, siempre de acuerdo con Phillips, Arévalo Martínez publicó el mismo fragmento en la revista *Las últimas horas*, de Guatemala, el 14 de noviembre de 1916. Ese fragmento fue retomado por Julio Saavedra Molina en un artículo para los *Anales de la Universidad de Chile*, "Poesías y prosas raras compiladas y anotadas por Julio Saavedra Molina" (Darío 1938a: 186-189). De él extrajo Antonio Oliver Belmás los trozos que duplicó en su biografía *Este otro Rubén Darío* (1968: 385-389). También se reproduce un fragmento del capítulo I en *La dramática vida de Rubén Darío*, la detallada biografía escrita por Edelberto Torres (1982: 821-823). Estos mismos seis capítulos fueron publicados en 1970 en la edición uruguaya de las *Páginas desconocidas de Rubén Darío*, organizada por Roberto Ibáñez. Según aclara este último en su presentación de la serie, él mismo habría recopilado las entregas de *La Nación* en 1958, con anterioridad a Phillips, a quien endilga, por otro lado, no haber "salvado las erratas" de los textos tal como se conocieron en el diario de los Mitre (en Darío 1970: 180). La historia de "El oro de Mallorca" se completa con dos meritorias ediciones a cargo de Pablo Kraudy, la primera como volumen independiente en 2013 y la segunda como parte del tomo *Novelas* en 2017. Si bien los comentarios de Kraudy enriquecen la lectura y fueron retomados en varias notas explicativas, el establecimiento de las fuentes darianas se mantiene allí en el estado de precariedad que hace cinco décadas denunciaba Ibáñez.

Finalmente, un momento importante en la historia textual de la serie es la publicación encarada por Iván Schulman (2002) de un manuscrito "de puño y letra" de Darío: el capítulo I de la Tercera parte de la novela. Se trata de un texto de diecinueve carillas depositado en la Sección "Raros" de la Biblioteca de la Universidad de Illinois, con un sello gomífero que reza: "La Nación. 30 de Jun.

de 1914. ADMINISTRACIÓN". Por su importancia –y gracias a la generosidad de Schulman–, reproducimos en facsímil el manuscrito dariano junto a una nueva transcripción. Las dos fuentes forman parte de los "Apéndices documentales", que reúnen además una considerable variedad de materiales valiosos para ampliar la lectura. Günther Schmigalle, Rodrigo Caresani y Jorge Luis Caputo ofrecieron en forma constante su asistencia en tareas de investigación y edición, por lo que es preciso dejar aquí constancia de una labor plural y dialógica.

La última verificación de este libro estuvo a cargo de Thomas Ward, quien ofició como revisor en nombre de la Modern Language Association.

TEXTOS DARIANOS

LA VIDA

DE

RUBÉN DARÍO

ESCRITA POR EL MISMO

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones
de Viena 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio
en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

La vida de Rubén Darío escrita por él mismo

(1915 [1912])

Tutti[a] gli nomini [*sic*] d'ogni sorte, che hanno
fatto qualque cosa che sia virtuosa, o si veramente che
le virtu somigli, dovrebbero, essendo veritieri e da bene,
di lor propria mano descrivere la lora vita; ma non si
dovrebbe cominciare una tal bella impresa prima
que passato l'etá de quarant'anni.
(La vita de Benvenuto de M° Cellini, Florentino).[b1]

I

Tengo más años, desde hace cuatro, que los que exige Benvenuto para la empresa. Así doy comienzo a estos apuntamientos que[c] más tarde han de desenvolverse mayor y más detalladamente.

En la catedral de León,[2] de Nicaragua, en la América Central, se encuentra la fe de bautismo de Félix Rubén, hijo legítimo de Manuel García y Rosa Sarmiento. En realidad, mi nombre debía ser Félix Rubén García Sarmiento. ¿Cómo llegó a[d] usarse en mi familia el apellido Darío? Según lo que algunos ancianos de aquella ciudad de mi infancia me han referido, un mi tatarabuelo tenía por nombre Darío. En la pequeña población conocíale todo el mundo por Don Darío; a sus hijos e hijas[e] por los Daríos, las Daríos. Fué así desapareciendo el primer apellido, a[f] punto de que mi bisabuela paterna firmaba ya Rita Darío; y ello convertido en patronímico llegó a[g] adquirir valor legal, pues mi padre, que era comerciante,

---

[a] *Caras y Caretas*, año XV, n. 729, 21 de septiembre de 1912, pp. 78-82; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "Especial para 'Caras y Caretas' // Vida de Rubén Darío // Escrita por él mismo". Firma: RUBÉN DARÍO. El número incluye seis ilustraciones a cargo de (Mario) Zavattaro (figuras 24 a 29 del "Apéndice de imágenes").

[b] CyC: *Tutti gli uomini d'ogni sorte, che hanno fatto qualche cosa che sia virtuosa, o si veramente che le virtù somigli, dovrebbero, essendo veritieri e da bene, di lor propria mano descrivere la loro vita; ma non si dovrebbe cominciare una tal bella impresa prima che passato l'età de quarant'anni.* (La Vita di Benvenuto di M.° Cellini, fiorentino).

[c] CyC: á estos apuntamientos, que

[d] CyC: á

[e] CyC: á sus hijos é hijas

[f] CyC: á

[g] CyC: á

realizó todos sus negocios ya con el nombre de Manuel Darío; y en la catedral a[a] que me he referido, en los cuadros donados por mi tía Doña Rita Darío de Alvarado, se vé[b] escrito su nombre de tal manera.

El matrimonio de Manuel García—diré mejor de Manuel Darío—y Rosa Sarmiento, fué un matrimonio de conveniencia, hecho por la familia. Así no es de extrañar que a[c] los ocho meses más o menos de esa unión forzada y sin afecto, viniese la separación. Un mes después nacía yo en un pueblecito, o[d] más bien aldea, de la provincia, o[e] como allá se dice, departamento, de la Nueva Segovia, llamado antaño Chocoyos y hoy Metapa.[3]

[a] CyC: á
[b] CyC: ve
[c] CyC: á
[d] CyC: ó
[e] CyC: ó

II

Mi primer recuerdo—debo haber sido a la sazón muy niño, pues se me cargaba a horcajadas, en los cadriles, como se usa por aquellas tierras—es el de un país montañoso: un villorrio llamado San Marcos de Colón, en tierras de Honduras, por la frontera nicaragüense; una señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros—¿negros?... no lo puedo afirmar seguramente..., más[a] así lo veo ahora en mi vago y como ensoñado recuerdo—[b]blanca, de tupidos cabellos obscuros, alerta, risueña, bella. Esa era mi madre. La acompañaba una criada india, y le enviaba de su quinta legumbres y frutas, un viejo compadre gordo, que era nombrado «el compadre[c] Guillén». La casa era primitiva, pobre, sin ladrillos, en pleno campo. Un día yo me perdí. Se me buscó por todas partes; hasta el compadre Guillén montó en su mula. Se me encontró, por fin, lejos[d] de la casa, tras unos matorrales, debajo de las ubres de una vaca, entre mucho ganado que mascaba el jugo del yogol,[e] fruto mucilaginoso y pegajoso que da una palmera y del cual se saca aceite en molinos de piedra como los de España. Dan a[f] las vacas el fruto, cuyo hueso dejan limpio y seco, y así producen leche que se distingue por su exquisito sabor. Se me sacó de mi bucólico refugio, se me dió unas cuantas nalgadas y[g] aquí mi recuerdo de esa edad desaparece, como una vista de cinematógrafo.

Mi segundo recuerdo de edad verdaderamente infantil es el de unos fuegos artificiales, en la plaza de la iglesia del Calvario, en León.[4] Me cargaba en sus brazos una fiel y excelente mulata, la Serapia. Yo estaba ya en poder de mi tía abuela materna,

---

[a] CyC: mas
[b] CyC: recuerdo,—
[c] CyC: Compadre
[d] CyC: no lejos
[e] CyC: mascaba el fruto del coyol,
[f] CyC: á
[g] CyC: nalgadas, y

doña Bernarda Sarmiento de Ramírez,[a5] cuyo marido había ido a buscarme a Honduras.[b] Era él un militar bravo y patriota, de los unionistas de Centro-América,[c] con el famoso caudillo general Máximo Jerez,[6] y de quien habla en sus *Memorias* el filibustero yanqui William Walker.[7] Le recuerdo: hombre alto, buen jinete, algo moreno, de barbas muy negras. Le llamaban «el bocón», seguramente por su gran boca. Por él aprendí pocos años más tarde a andar a caballo,[d] conocí el hielo, los cuentos pintados para niños, las manzanas de California y el champaña de Francia. Dios le haya dado un buen sitio en alguno de sus paraísos. Yo me criaba como hijo del coronel Ramírez y de su esposa doña Bernarda. Cuando tuve uso de razón, no sabía otra cosa. La imagen de mi madre se había borrado por completo de mi memoria. En mis libros de primeras letras, alguno de los cuales he podido encontrar en mi último viaje a[e] Nicaragua, se leía la conocida inscripción:[8]

> Si este libro se perdiese,
> Como suele suceder,
> Suplico al que me lo hallase
> Me lo sepa devolver.
> Y si no sabe mi nombre
> aquí se lo voy a poner:[f]
> Felix Rubén Ramírez[g]

El coronel se llamaba Félix, y me dieron su nombre en el bautismo. Fué mi padrino el citado general Jerez, célebre como hombre político y militar, que murió de ministro en Wáshington, y cuya estatua se encuentra en el parque de León.

Fuí algo niño prodigio. A los tres años sabía leer, según se me ha contado. El coronel Ramírez murió y mi educación quedó únicamente a[h] cargo de mi tía abuela. Fué mermando el bienestar de

---

[a] CyC: mi tía abuela materna doña Bernarda Sarmiento de Ramírez,

[b] CyC: había ido á buscarme á Honduras.

[c] CyC: Centro América,

[d] CyC: á andar á caballo,

[e] CyC: á

[f] CyC: Aquí se lo voy á poner:

[g] CyC: Félix Rubén Ramírez.

[h] CyC: á

la viuda y llegó la escasez, si no la pobreza. La casa era una vieja construcción, á la manera colonial; cuartos seguidos, un largo corredor, un patio con su pozo, árboles. Rememoro un gran «jícaro», bajo cuyas ramas leía; y un granado, que aún existe; y otro arbol [*sic*][a] que da unas flores de un perfume que yo llamaría oriental si no fuese de aquél[b] pródigo trópico y[c] que se llaman «mapolas».

La casa era para mí temerosa por las noches. Anidaban lechuzas en los aleros.[d] Me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos, los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún[e] la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años,[f] y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía, como una araña... Se me mostraba, no lejos de mi casa, la ventana por donde, a[g] la Juana Catina, mujer muy pecadora y loca de su cuerpo, se la habían llevado los demonios. Una noche, la mujer gritó desusadamente; los vecinos se asomaron atemorizados, y alcanzaron a ver a la Juana Catina,[h] por el aire, llevada por los diablos, que hacían un gran ruido, y dejaban un hedor a[i] azufre.

Oía contar la aparición del difunto obispo García,[9] al obispo Viteri.[10] Se trataba de un documento perdido, en un ya antiguo proceso de la curia. Una noche, el obispo Viteri hizo despertar a[j] sus pajes, se dirigió a[k] la catedral, hizo abrir la sala del capítulo, se encerró en ella, dejó fuera a[l] sus familiares, pero éstos vieron, por el ojo de la llave, que su ilustrísima estaba en conversación con su finado antecesor. Cuando salió, «mandó tocar vacante»; todos creían en la ciudad, que hubiese fallecido. La sorpresa que hubo al

---

[a] CyC: árbol
[b] CyC: aquel
[c] CyC: trópico, y
[d] CyC: aletos [*sic*].
[e] CyC: aun
[f] CyC: toda blanca de sus años,
[g] CyC: á
[h] CyC: alcanzaron á ver á la Juana Catina,
[i] CyC: á
[j] CyC: á
[k] CyC: á
[l] CyC: á

otro día fué que el documento perdido se había encontrado. Y así se me nutría el espíritu, con otras cuantas tradiciones y consejas y sucedidos semejantes. De allí mi horror a[a] las tinieblas nocturnas, y el tormento de ciertas pesadillas inenarrables.

Quedaba mi casa cerca de la iglesia de San Francisco,[11] donde había existido un antiguo convento. Allí iba mi tía abuela a[b] misa primera, cuando apenas aparecía el primer resplandor del alba, al canto de los gallos. Cuando en el barrio había un moribundo, tocaban en las campanas de esa iglesia el pausado toque de agonía, que llenaba mi pueril alma de terrores.

Los domingos llegaban a casa a jugar el fusilico viejos[c] amigos, entre ellos un platero y un cura. Pasaba el tiempo. Yo crecía. Por las noches había tertulia, en la puerta de la calle, una calle mal empedrada de redondos y puntiagudos cantos. Llegaban hombres de política y se hablaba de revoluciones. La señora me acariciaba en su regazo. La conversación y la noche cerraban mis párpados. Pasaba el «vendedor de arena»... Me iba deslizando. Quedaba dormido, sobre el ruedo de la maternal falda, como un gozquejo. En esa época aparecieron en mí[d] fenómenos posiblemente congestivos. Cuando se me había llevado a[e] la cama, despertaba y volvía a[f] dormirme. Alrededor del lecho mil círculos coloreados y concéntricos,[g] kaleidoscópicos, enlazados y con movimientos centrífugos y centrípetos, como los que forma la linterna mágica, creaban una visión extraña y para mí dolorosa. El central punto rojo se hundía, hasta incalculables hípnicas distancias, y volvía a[h] acercarse; y su ir y venir era para mí como un martirio inexplicable. Hasta que, de repente, desaparecía la decoración de colores, se hundía el punto

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: Los domingos llegaban á casa á jugar el fusilico, viejos

[d] CyC: mi

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: dormirme. En ese momento comenzaba á ver, cerebralmente, un punto rojo y luminoso. Alrededor de él mil círculos coloreados y concéntricos,

[h] CyC: á

rojo y se apagaba, al ruido de una seca y para mí[a] saludable explosión. Sentía una gran calma, un gran alivio; el sueño seguía, tranquilo. Por las mañanas mi almohada estaba llena de sangre, de una copiosa hemorragia nasal.

[a] CyC: mi

III

Se me hacía ir a[a] una escuela pública. Aun vive el buen maestro, que era entonces bastante joven, con fama de poeta, el licenciado Felipe Ibarra.[12] Usaba, naturalmente, conforme con la pedagogía singular de entonces, la palmeta, y en casos especiales, la flagelación en las desnudas posaderas. Allí se enseñaba la cartilla, el Catón cristiano, las «cuatro reglas», otras primarias nociones. Después tuve otro maestro, que me inculcaba vagas nociones de aritmética,[b] geografía, cosas de gramática, religión. Pero quien primeramente me enseñó el alfabeto, mi primer maestro, fué una mujer, doña Jacoba Tellería, quien estimulaba mi aplicación con sabrosos pestiños, bizcotelas y alfajores que ella misma hacía, con muy buen gusto de golosinas y con manos de monja.[13] La maestra no me castigó sino una vez, en que me encontrara, ¡a[c] esa edad, Dios mío! en compañía de una precoz chicuela, iniciando, indoctos e[d] imposibles Dafnis y Cloe, y según el verso de Góngora, «las bellaquerías, detrás de la puerta.»[e14]

---

[a] CyC: á

[b] CyC: que me inculcaba vagas aritméticas,

[c] CyC: á

[d] CyC: é

[e] CyC: puerta».

IV

En un viejo armario encontré los primeros libros que leyera. Eran un *Quijote*, las obras de Moratín, *Las Mil y una noches*,[a] la Biblia, los *Oficios* de Cicerón, la *Corina* de Madame Stäel,[b] un tomo de comedias clásicas españolas, y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, *La Caverna de Strozzi*.[c15] Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño.

[a] CyC: *Las mil y una noches*,
[b] CyC: Stael,
[c] CyC: *La caverna de Strozzi*.

V

¿A qué edad escribí mis primeros versos? No lo recuerdo precisamente, pero ello fué harto temprano. Por la puerta de mi casa—[a]en las Cuatro Esquinas[16]—pasaban las procesiones de la Semana Santa, una Semana Santa famosa: «Semana Santa en León y Corpus en Guatemala»;[17]—y las calles se adornaban con arcos de ramas verdes, palmas de cocotero, flores de corozo, matas de plátanos o[b] bananos, disecadas aves de colores, papel de China picado con mucha labor; y sobre el suelo se dibujaban alfombras que se coloreaban expresamente, con aserrín de rojo brasil o cedro, o amarillo «mora»;[c] con trigo reventado, con hojas, con flores, con desgranada flor de «coyol». Del centro de uno de los arcos, en la esquina de mi casa, pendía una granada dorada. Cuando pasaba la procesión del Señor del Triunfo, el domingo de Ramos, la granada se abría y caía una lluvia de versos. Yo era el autor de ellos. No he podido recordar ninguno... pero si[d] sé que eran versos, versos brotados instintivamente. Yo nunca aprendí a[e] hacer versos. Ello fué en mi [*sic*] orgánico, natural, nacido. Acontecía que se usaba entonces—y creo que aun persiste—la costumbre de imprimir y repartir, en los entierros, «epitafios», en que los deudos lamentan los fallecimientos, en verso por lo general. Los que sabían mi rítmico don, llegaban a[f] encargarme pusiese su duelo en estrofas.

A todo esto, el recuerdo de mi madre había desaparecido. Mi madre era aquella señora que me había acogido. Mi «padre» había muerto, el coronel Ramírez. A tal sazón llegó a vivir con nosotros y a criarse[g] junto conmigo, una lejana prima, rubia, bastante bella, de quien he hablado en mi cuento *Palomas blancas y garzas*

---

[a] CyC: casa,—

[b] CyC: ó

[c] CyC: rojo brasil ó cedro, ó amarillo «mora»;

[d] CyC: sí

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: á vivir con nosotros y á criarse

morenas.[18] Ella fué quien despertara en mí los primeros deseos sensuales. Por cierto que, muchos años después, madre y posiblemente abuela, me hizo cargos: «¿Por qué has dado a entender que llegamos a cosas[a] de amor, si eso no es verdad?»—«¡Ay!, le contesté, ¡es cierto! Eso no es verdad, ¡y lo siento! ¿No hubiera sido mejor que fuera verdad y[b] que ambos nos hubiéramos[c] encontrado en el mejor de los despertamientos, en la más ardiente de las adolescencias y en las primaveras del más encendido de los trópicos?...»

Mi familia se componía entonces de mi tía doña Rita Darío de Alvarado, a[d] quien su hermano Manuel García, esto es Manuel Darío, único que tenía en tal ocasión dinero, había hecho donación de sus bienes ¡ah, malhaya! para que se casase con el cónsul de Costa Rica; mi tía Josefa, vivaz, parlera, muy amante de la crinolina, medio tocada, quien una vez—el día de la muerte de su madre—apareció calzada con zapatos rojos, y a[e] las observaciones y reproches que se le hicieron, contestó que,[f] «Las perdices y las palomitas de Castilla...» ¡Cuando[g] digo que era medio tocada! Mi tía Sara, casada con un norteamericano, muy hermosa, y cuya hija mayor. [*sic*][h] ¡Oh Eros! un día, por sorpresa, en un aposento a[i] donde yo entrara descuidado, me dió la ilusión de una Anadiómena...[19] Y «mi tío Manuel». Porque don Manuel Darío figuraba como mi tío.[j] Y mi verdadero padre, para mí, y tal como se me había enseñado,[k] era el otro, el que me había criado desde los primeros años, el que había muerto, el coronel Ramírez. No sé por qué, siempre tuve un desapego, una vaga inquietud separadora, con mi «tío Manuel». La voz de la sangre... ¡qué flácida patraña

---

[a] CyC: á entender que llegamos á cosas

[b] CyC: verdad, y

[c] CyC: hubiésemos

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: contestó que:

[g] CyC: ¡Cuándo

[h] CyC: mayor,

[i] CyC: á

[j] CyC: figuraba como tío.

[k] CyC: Y mi verdadero padre, mi único padre, para mí, y tal como se me había enseñado,

romántica! La paternidad única es la costumbre del cariño y del cuidado. El que sufre, lucha y se desvela por un niño, aunque no lo haya engendrado, ese es su padre.

Mi tía Rita era la adinerada de la familia. Mi padre, que, como he dicho, pasaba como mi tío, vivía en casa de su hermana, la cual era propietaria de haciendas de ganado y de ingenios de caña de azúcar. La vida en casa de mi tía Rita me ha dejado un recuerdo verdaderamente singular e[a] imborrable. Esta señora, que era muy religiosa, casada con don Pedro Alvarado, cónsul de Costa Rica, tenía, como los antiguos reyes, dos bufones, enanos, arrugados, feos, velazquescos, hombre y mujer. El se llamaba el capitán Vilches, y la mujer era su madre; pero eran iguales completamente, en tamaño, en fealdad, y me inspiraban miedo e[b] inquietud. Hacían retratos de cera, monicacos deformes,[c] y el «capitán», que decía ser también sacerdote, pronunciaba sermones que hacían reir, pero que yo oía con gran malestar, como si fuesen[d] cosas de brujos.

Los domingos se daban bailes de niños,[e] y aunque mi primo Pedro, señor de la casa, era el más rico y un excelente pianista en tan corta edad, ya,[f] con mi pobreza y todo, solía ganarme las mejores sonrisas de las muchachas, por el asunto de los versos. ¡Fidelina, Rafaela, Julia, Mercedes, Narcisa, María, Victoria, Gertrudis! recuerdos, recuerdos suaves.[g]

A veces los tíos disponían viajes al campo, a la hacianda [*sic*].[h] Ibamos en pesadas carretas, tiradas por bueyes, cubiertas con toldo de cuero crudo. En el viaje se cantaban canciones. Y en[i] amontonamiento inocente, íbamos a[j] bañarnos al río de la hacienda, que

[a] CyC: é
[b] CyC: é
[c] CyC: informes,
[d] CyC: fueran
[e] CyC: se daba baile de niños,
[f] CyC: yo,
[g] CyC: recuerdos, recuerdos suaves!
[h] CyC: á la hacienda.
[i] CyC: Y, en
[j] CyC: á

estaba a[a] poca distancia, todos, muchachos y muchachas, cubiertos con toscos[b] camisones. Otras veces eran los viajes a[c] la orilla del mar, en la costa de Poneloya, en donde estaba la fabulosa peña del Tigre.[20] Ibamos en las mismas carretas de ruedas rechinantes, los hombres mayores a[d] caballo; y al pasar un río, en pleno bosque, se hacía alto, se encendía fuego, se sacaban los pollos asados, los huevos duros, el aguardiente de caña y la bebida nacional, llamada «tiste»,[e] hecha de cacao y maíz; y se batía en jícaras con[f] molinillo de madera. Los hombres se alegraban, cantaban al son de la guitarra y disparaban los tiros[g] al aire y daban los gritos usuales, estentóreos y alternativos, muy diferentes del chivateo araucano. Se llegaba al punto terminal y se vivía por algunos días bajo enramadas hechas con hojas, juncos y cañas verdes, para resguardarse del tórrido sol. Iban las mujeres por un lado, los hombres por el otro, a[h] bañarse en el mar, y era corriente el encontrar de súbito, por un recodo, el espectáculo de cien Venus Anadiómenas[i] en las ondas. Las familias se juntaban por las noches y se pasaba el tiempo bajo aquellos cielos profundos, llenos de estrellas prodigiosas, jugando juegos de prendas, corriendo tras los cangrejos, o persiguiendo a[j] las grandes tortugas llamadas *paslamas*, cuyos huevos se sacan cavando en los nidos que dejan en la arena.

Yo me apartaba frecuentemente de los regocijos, y me iba, solitario, con mi carácter ya triste y meditabundo desde entonces, a[k] mirar cosas, en el cielo, en el mar. Una vez vi una escena horrible, que me quedó grabada en la memoria. Cerca de una yunta de bueyes, a[l] orillas de un pantano, dos carreteros que se peleaban,

---

[a] CyC: á
[b] CyC: castos
[c] CyC: á
[d] CyC: á
[e] CyC: llamada *tiste*,
[f] CyC: jícaras, con
[g] CyC: disparaban tiros
[h] CyC: á
[i] CyC: Venus Anadiomonas [*sic*]
[j] CyC: ó persiguiendo á
[k] CyC: á
[l] CyC: á

echaron[a] mano al machete, pesado y filoso, arma que sirve para partir la caña de azúcar y comenzaron a[b] esgrimirlo; y de pronto ví[c] algo que saltó por el aire. Eran, juntos, el machete y la mano de uno de ellos.

Por las tardes y las noches paseaban, a caballo o a pie vociferando,[d] hombres borrachos. Los soldados, descalzos y vestidos de azul, se los llevaban presos. Cuando la luna iba menguando, retornaban las familias a[e] la ciudad.

[a] CyC: peleaban echaron

[b] CyC: á

[c] CyC: vi

[d] CyC: á caballo ó á pie, vociferando,

[e] CyC: á

VI

Por influencia de mi tía Rita, comencé a[a] frecuentar la casa de los Padres Jesuítas [*sic*], en la iglesia de la Recolección.[21] Debo decir que desde niño se me infundió una gran religiosidad, religiosidad que llegaba a[b] veces hasta la superstición. Cuando tronaba la tormenta y se ponía el cielo negro, en aquellas tempestades únicas, como no he visto en parte alguna, sacaba mi tía abuela palmas benditas y hacía coronas para todos los de la casa; y todos coronados de palmas rezábamos en coro el trisagio y otras oraciones. Señaladas devociones eran para mí temerosas. Por ejemplo, al acercarse la fiesta de la Santa Cruz. Porque ¡oh, Dios de los dioses!, martirio como aquél, para mis pocos años, no os lo podéis imaginar. Llegado ese día, todos nos poníamos delante de las imágenes; y la buena abuela dirigía el rezo, un rezo que concluía después de varias jaculatorias, con estas palabras:

> «Vete de aquí Satanás
> que en mí parte no tendrás
> porque el día de la Cruz
> dije mil veces: Jesús.»[22]

Pues el caso es que teníamos en efecto que decir mil veces la palabra Jesús, y aquello era inacabable. «¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡Jesús!» hasta mil; y a veces se perdía la cuenta y había que volver a empezar.[c]

Los jesuítas me halagaron; pero nunca me sugestionaron para entrar en la Compañía, seguramente, viendo que yo no tenía vocación para ello. Había entre ellos hombres eminentes, un padre Koenig, austriaco, famoso como astrónomo,[d23] un padre Arubla, bello e insinuante orador;[e24] un padre Valenzuela, célebre

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: y á veces se perdía la cuenta, y había que volver á empezar.

[d] CyC: astrónomo;

[e] CyC: un padre Arrubla, bello é insinuante orador;

en Colombia como poeta[25] y[a] otros cuantos. Entré en lo que se llamaba la Congregación de Jesús, y usé en las ceremonias la cinta azul y la medalla de los congregantes. Por aquel entonces hubo un grave escándalo. Los jesuítas ponían en el altar mayor de la iglesia, en la fiesta de San Luis Gonzaga, un buzón, en el cual podían echar sus cartas todos los que quisieran pedir algo o[b] tener correspondencia con San Luis y con la Virgen Santísima. Sacaban las cartas y las quemaban delante del público; pero se decía que no sin haberlas visto antes. Así eran dueños de muchos secretos de familia, y[c] aumentaban su influjo por estas y otras razones. El gobierno decretó su expulsión, no sin que antes hubiese yo asistido con ellos a[d] los ejercicios de San Ignacio de Loyola, ejercicios que me encantaban y que por mí hubieran podido prolongarse indefinidamente por[e] las sabrosas vituallas y el exquisito chocolate que los reverendos nos daban.

[a] CyC: poeta, y
[b] CyC: ó
[c] CyC: familia y
[d] CyC: á
[e] CyC: indefinidamente, por

VII

Florida estaba mi adolescencia. Ya tenía yo escritos muchos versos de amor y ya había sufrido, apasionado precoz, más de un dolor y una desilusión a[a] causa de nuestra inevitable y divina enemiga:[b] pero nunca había sentido una erótica llama igual a la que despertó en mis sentidos e imaginación[c] de niño, una apenas púber saltimbanqui norteamericana, que daba saltos prodigiosos en un circo ambulante. No he olvidado su nombre, Hortensia Buislay.[26]

Como no siempre conseguía lo necesario para penetrar en el circo,[d] me hice amigo de los músicos y entraba a[e] veces, ya con un gran rollo de papeles,[f] ya con la caja de un violín; pero mi gloria mayor fué conocer el payaso, a quien[g] hice repetidos ruegos para ser admitido en la farándula. Mi inutilidad fué reconocida. Así, pues, tuve que resignarme a ver partir a la tentadora,[h] que me había presentado la más hermosa visión de inocente voluptuosidad en mis tiempos de fogosa primavera.

Ya iba a[i] cumplir mis trece años y habían aparecido mis primeros versos en un diario titulado[j] «El Termómetro», que publicaba en la ciudad de Rivas, el historiador y hombre político José Dolores Gómez.[k27] No he olvidado la primera estrofa de estos[l] versos de primerizo, rimados en ocasión de la muerte del padre de un

---

[a] CyC: desilusión, á

[b] CyC: enemiga;

[c] CyC: igual á la que despertó en mis sentidos é imaginación

[d] CyC: penetrar al circo,

[e] CyC: á

[f] CyC: ya con un rollo de papeles,

[g] CyC: al payaso, á quien

[h] CyC: á ver partir á la tentadora,

[i] CyC: á

[j] CyC: llamado

[k] CyC: José Dolores Gámez.

[l] CyC: esos

amigo. Ellos serían ruborizantes si no los amparase la intención de la inocencia:

«Murió tu padre, es verdad,
lo lloras, tienes razón,
pero ten resignación
que existe una eternidad
do no hay penas...
Y en un trozo[a] de azucena
Moran los justos cantando...»[28]

No, no continuaré. Otros versos míos se publicaron y se me llamó en mi república y en las cuatro de Centro América,[b] «el poeta niño». Como era de razón, comencé a usar larga cabellera, a divagar más de lo preciso, a descuidar mis estudios de colegial,[c] y en mi desastroso examen de matemáticas fuí reprobado con innegable justicia.

Como se ve, era la iniciación de un nacido aeda. Y la alarma familiar[d] entró en mi casa. Entonces, la excelente anciana protectora, quería que aprendiese a sastre, o a cualquier[e] otro oficio práctico y útil, pero mis románticos éxitos con las mozas eran indiscutibles, lo cual me valía, por mi contextura endeble y mis escasas condiciones de agresividad, ser la víctima de fuertes zopencos rivales míos, que tenían brazos robustos y estaban exentos de iniciación apolínea.[f]

---

[a] CyC: trono

[b] CyC: y en las otras cuatro de Centro-América,

[c] CyC: comencé á usar larga cabellera, á divagar más de lo preciso, á descuidar mis estudios de colegial,

[d] CyC: familial

[e] CyC: á sastre, ó á cualquier

[f] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 729 de C*aras y Caretas*].

VIII[a]

Un día una vecina me llamó a[b] su casa. Estaba allí una señora vestida de negro, que me abrazó y me besó llorando, sin decirme una sola palabra. La vecina me dijo: «Esta es tu verdadera madre, se llama Rosa, y ha venido a[c] verte, desde muy lejos».[d] No comprendí de pronto, como tampoco me dí exacta cuenta de las mil palabras de ternura y consejos que me prodigara en la despedida, que oía de aquella dama para mi[e] extraña. Me dejó unos dulces, unos regalitos. Fué para mí rara visión. Desapareció de nuevo. No debía volver a[f] verla hasta más de veinte años después.

Algunas veces llegué a visitar a D. Manuel Darío,[g] en su tienda de ropa. Era un hombre no muy alto de cuerpo, algo jovial, muy aficionado a[h] los galanteos, gustador de cerveza negra de Inglaterra. Hablaba mucho de política y esto le ocasionó en cierto tiempo varios desvaríos. Desde luego, aunque se mantuvo cariñoso, no con extremada amabilidad, nada me daba a[i] entender que fuese mi padre. La verdad es que no vine a[j] saber sino mucho más tarde que yo era hijo suyo.[k]

---

[a] *Caras y Caretas*, año XV, n. 730, 28 de septiembre de 1912, pp. 81-84; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de (Mario) Zavattaro (figuras 30 a 33 del "Apéndice de imágenes").

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: lejos.»

[e] CyC: mí

[f] CyC: á

[g] CyC: á visitar á don Manuel Darío,

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: que era yo hijo suyo.

IX

Por ese tiempo, algo que ha dejado en mi espíritu una impresión indeleble, me aconteció. Fué mi primer [*sic*] pesadilla. La cuento, porque,[a] hasta en estos mismos momentos, me impresiona. Estaba yo, en el sueño, leyendo cerca de una mesa, en la salita de la casa, alumbrada por una lámpara de petróleo. En la puerta de la calle,[b] no lejos de mí, estaba la gente de la tertulia habitual. A mi derecha había una puerta que daba al dormitorio; la puerta estaba abierta y vi[c] en el fondo obscuro que daba al interior, que comenzaba como a[d] formarse un espectro; y con temor miré hacia este[e] cuadrado de obscuridad y no ví nada; pero, como volviese a[f] sentirme inquieto, miré de nuevo y ví que se destacaba en el fondo negro una figura blanquecina, como la de un cuerpo humano envuelto en lienzos; me llené de terror, porque ví aquella figura que, aunque no andaba, iba avanzando hacia donde yo me encontraba. Las visitas continuaban en su conversación y, a[g] pesar de que pedí socorro, no me oyeron. Volví a[h] gritar y siguieron indiferentes. Indefenso, al sentir la aproximación de «la cosa», quise huir y no pude, y aquella sepulcral materialización siguió acercándose a mí,[i] paralizándome y dándome una impresión de horror inexpresable. Aquéllo[j] no tenía cara y era, sin embargo, un cuerpo humano. Aquéllo[k] no tenía brazos y yo sentía que me iba a[l] estrechar. Aquello no te-

---

[a] CyC: La cuento porque,

[b] CyC: En la puerta de calle,

[c] CyC: abierta, y ví

[d] CyC: á

[e] CyC: ese

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: á

[i] CyC: hacia mí,

[j] CyC: Aquello

[k] CyC: y era sin embargo un cuerpo humano. Aquello

[l] CyC: á

nía pies y ya estaba cerca de mí. Lo más espantoso fué que sentí inmediatamente el tremendo olor de la cadaverina, cuando me tocó algo como un brazo, que causaba en mí algo semejante a[a] una conmoción eléctrica. De súbito para[b] defenderme, mordí «aquéllo»[c] y sentí exactamente como si hubiera clavado mis dientes en un cirio de cera oleosa. Desperté, con sudores de angustia.

De la familia materna no conocía casi a nadie. Como mis padres eran primos, los parientes maternos llevaban también con el suyo el apellido Darío, así oía yo la historia novelesca de dos hermanos de mi madre, Antonio, llamado «el indio Darío», que por cierto era, según decires, un hombre guapo, rubio y de ojos azules y que murió asesinado cruelmente en una revolución en la ciudad de Granada, en donde, después de ultimarle, le ataron a[d] la cola de un caballo y fué arrastrado por las calles; e[e] Ignacio, muerto a[f] traición de un escopetazo;[g] unos dicen que por asuntos de amores y otros que por robarle, después de haber salido de una casa de juego. Había también dos primos de mi madre, que habitaban en el puerto de Corinto, y se dedicaban al negocio de exportación de maderas, especialmente de mora y de palo de campeche.

Cuántas veces me despertaron ansias desconocidas y misteriosos ensueños las fragatas y bergantines que se iban con las velas desplegadas por el golfo azul, con rumbo a[h] la fabulosa Europa. En muchas ocasiones fuí al puerto, en pequeñas barcas, por los esteros y manglares, poblados de grandes almejas y cangrejos, y me iba a[i] admirar al cónsul inglés, Miller, que perseguía a balazos con su winchester a los tiburones.[j]

---

[a] CyC: á

[b] CyC: súbito, para

[c] CyC: «aquello»

[d] CyC: á

[e] CyC: é

[f] CyC: á

[g] CyC: escopetazo:

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: á balazos con su winchester á los tiburones.

X

Se publicaba en León un periódico político titulado «La Verdad».[a29] Se me llamó a[b] la redacción—tenía a[c] la sazón cerca de catorce años—se me hizo escribir artículos de combate que yo redactaba a[d] la manera de un escritor ecuatoriano, famoso, violento, castizo e[e] ilustre, llamado Juan Montalvo, que ha dejado excelentes volúmenes de tratados, conminaciones y catilinarias.[30] Como el periódico «La Verdad»[f] era de la oposición, mis estilados denuestos, iban contra el gobierno y el gobierno se escamó.[g] Un día fuí requerido por la policía. Se me acusaba como vago, y me libré de las oficiales iras porque un doctor pedagogo, liberal y de buen querer, declaró que no podía ser vago quien como yo era profesor en el colegio que él dirigía. En efecto:[h] desde hacía algún tiempo, enseñaba yo gramática en tal establecimiento.

Cayó en mis manos un libro de masonería, y me dió por ser masón, y llegaron a[i] serme familiares Hiram, el Templo, los caballeros Kadosh, el mandil, la escuadra, el compás, las baterías y toda la endiablada y simbólica liturgía [*sic*] de ese [*sic*] terribles ingenuos.[j31]

Con esto adquirí cierto prestigio entre mis jóvenes amigos. En cuanto a[k] mi imaginación y mi sentido poético, se encantaban en casa con la visión de las turgentes formas de mi prima, que aun[l] usaba el traje corto; con la cigarrera Manuela, que manipulando

---

[a] CyC: *La Verdad*.

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: é

[f] CyC: *La Verdad*

[g] CyC: mis estilados denuestos iban contra el gobierno, y el gobierno se escamó.

[h] CyC: En efecto;

[i] CyC: á

[j] CyC: simbólica liturgia de esos terribles ingenuos.

[k] CyC: á

[l] CyC: aún

sus tabacos me contaba los cuentos del príncipe Kamaralzaman y de la princesa Badura, del Caballo Volante, de los genios orientales, de las invenciones maravillosas de las Mil y Una Noches.

Brillaba el fuego de los tizones en la cocina, se oía el ruido de las salvas[a] que sirven para desgranar las mazorcas de maíz. Un perro, *Laberinto*, estaba a[b] mi lado con el hocico entre las patas. Vageaba en el silencio la cálida noche. Yo escuchaba atento las lindas fábulas.

Más[c] la vida pasaba. La pubertad transformaba mi cuerpo y mi espíritu. Se acentuaban mis melancolías sin justas causas. Ciertamente yo sentía como una invisible mano que me empujaba a[d] lo desconocido. Se despertaron los vibrantes, divinos e[e] irresistibles deseos. Brotó en mí el amor triunfante y fuí un muchacho con ojeras, con sueños y que se iba a[f] confesar todos los sábados.

Por este tiempo llegaron a[g] León unos hombres políticos, senadores, diputados, que sabían de la fama del «poeta niño». Me conocieron. Me hicieron recitar versos. Me dijeron que era preciso que fuera a[h] la capital. La mamá Bernarda me echó la bendición, y me partí para Managua.

Managua, creada capital para evitar los celos entre León y Granada, es una linda ciudad situada entre sierras fértiles y pintorescas, en donde se cultiva profusamente el café; y el lago, poblado de islas y en uno de cuyos extremos se levanta el volcán de Momotombo, inmortalizado líricamente por Víctor Hugo, en la «Leyenda de los siglos».[32]

Mi renombre departamental se generalizó muy pronto, y al poco tiempo yo era señalado como un ser raro. Demás decir, que era buscado para la incontenible manía de versos para álbumes y abanicos.

---

[a] CyC: valvas
[b] CyC: á
[c] CyC: Mas
[d] CyC: á
[e] CyC: é
[f] CyC: á
[g] CyC: á
[h] CyC: á

A la sazón estaba reunido el Congreso.

Era presidente de él un anciano granadino,[a] calvo, conservador, rico y religioso, llamado don Pedro Joaquín Chamorro.[33] Yo estaba protegido por miembros del Congreso pertenecientes al partido liberal, y es claro que en mis poesías y versos ardía el más violento, desenfadado y crudo liberalismo. Entre otras cosas se publicó cierto malhadado soneto que acababa así, si la memoria me es fiel:

> «El Papa rompe con furor su tiara
> sobre el trono del regio Vaticano».[b34]

Presentaron los diputados amigos una moción al Congreso para que yo fuese enviado a Europa a educarme[c] por cuenta de la nación. El decreto, con algunas enmiendas, fué sometido a[d] la aprobación del presidente. En esos días se dió una fiesta en el palacio presidencial, a[e] la cual fuí invitado, como un número curioso, para alegrar con mis versos los oídos de los asistentes. Llegó [*sic*][f] y, tras las músicas de la banda militar, se me pide que recite. Extraje[g] de mi bolsillo una larga serie de décimas, todas ellas rojas de radicalismo antirreligioso, detonantes, posiblemente ateas, y que causaron un efecto de todos los diablos. Al concluir, entre escasos aplausos de mis amigos, oí los murmullos de los graves senadores, y ví moverse desoladamente la cabeza[h] del presidente Chamorro. Este me llamó, y, poniéndome la mano en un hombro, me dijo, más o[i] menos:—«Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué será si te vas a Europa a aprender[j] cosas peores?» Y así la disposición del Congreso no fué cumplida. El presidente dispuso que se me enviase al Colegio de Granada; pero yo

---

[a] CyC: Era presidente de la república un anciano granadino,

[b] CyC: Vaticano.»

[c] CyC: á Europa á educarme

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: Llego

[g] CyC: Extraigo

[h] CyC: la venerable cabeza

[i] CyC: ó

[j] CyC: á Europa á aprender

era de León. Existía una antigua rivalidad entre ambas ciudades, desde tiempo de la Colonia. Se me aconsejó que no aceptase tal cosa, pues ello era opuesto a[a] lo resuelto por los congresales, y porque ello humillaba a[b] mi vecindario leonés; y decididamente renuncié el[c] favor.

En Managua conocí a[d] un historiador ilustre de Guatemala, el doctor Lorenzo Montúfar,[35] quien me cobró mucho cariño; al célebre orador cubano Antonio Zambrana,[36] que fué para mí intelectualmente paternal, y al doctor José Leonard y Bertholet,[37] que fué después mi profesor en el Instituto leonés de Occidente[38] y que tuvo una vida novelesca y curiosa. Era polaco de origen; había sido ayudante del general Kruck en la última insurrección; había pasado a Alemania, a Francia, a España.[e] En Madrid aprendió maravillosamente el español, se mezcló en política, fué íntimo de los prohombres de la república y de hombres de letras, escritores y poetas, entre ellos don Ventura Ruíz[f] de Aguilera, que habla de él en uno de sus libros, y don Antonio de Trueba. Llegó a[g] tal la simpatía que tuvieron por él sus amigos españoles, que logró ser Leonard hasta redactor de la «Gaceta de Madrid».[39]

Así, pues, mis frecuentaciones en la capital de mi patria eran con gente de intelecto, de saber y de experiencia y por ellos conseguí que se me diese un empleo en la Biblioteca Nacional.[h40] Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible y entre todas las cosas que leí ¡horrendo referens! fueron todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira [*sic*],[i] y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua.[41] De allí

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: al

[d] CyC: á

[e] CyC: á Alemania, á Francia, á España.

[f] CyC: Ruiz

[g] CyC: á

[h] CyC: Biblioteça [*sic*] Nacional.

[i] CyC: Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible y entre las cosas que leí ¡horresco referens! fueron todas las introducciones de los tomos de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira,

viene que, cosa que sorprendiera a[a] muchos de los que conscientemente me han atacado, el que yo sea en verdad un buen conocedor de letras castizas, como[b] cualquiera puede verlo en mis primeras producciones publicadas, en un tomo de poesías, hoy inencontrable, que se titula «Primeras Notas»,[c42] como ya lo hizo notar don Juan Valera,[d] cuando escribió sobre el libro «Azul».[43] Ha sido deliberadamente que después, con el deseo de rejuvenecer, flexibilizar[e] el idioma, he empleado maneras y construcciones de otras lenguas, giros y vocablos exóticos y no puramente españoles.[f]

Era director de la Biblioteca Nacional un viejo poeta llamado Antonio Aragón,[g44] que había sido en Guatemala íntimo amigo de un gran poeta español, hoy bastante desconocido, pero a[h] quien debieron mucho los poetas hispano-americanos en el tiempo en que recorrió este continente. Me refiero a Don Fernando Velarde,[i45] originario de Santander, a[j] quien ha hecho felizmente justicia en uno de sus libros el grande y memorable don Marcelino Menéndez y Pelayo. Don Antonio Aragón[k] era un varón excelente, nutrido de letras universales, sobre todo de clásicos y griegos y latinos.[l] Me enseñó mucho y él fué el que me contó algo que figura en las famosas Memorias de Garibaldi.[m] Garibaldi estuvo en Nicaragua. No puedo precisar en qué fecha, pues no tengo a la vista un libro publicado por Dumas, y don Antonino le conoció mucho.[n] Estableció la primera fábrica de velas que haya habido en el

---

[a] CyC: á

[b] CyC: un buen conocedor de nuestra lengua, como

[c] CyC: «Primeras notas»,

[d] CyC: y como lo hiciese notar D. Juan Valera,

[e] CyC: rejuvenecer y flexibilizar

[f] CyC: vocablos exóticos y no castizos.

[g] CyC: Antonino Aragón,

[h] CyC: á

[i] CyC: á don Fernando Velarde,

[j] CyC: á

[k] CyC: Don Antonino Aragón

[l] CyC: sobre todo de clásicos griegos y latinos.

[m] CyC: él fue el que me contó algo que no figura en ningún libro que trate de la vida de Garibaldi.

[n] CyC: No puedo precisar en qué fecha, y don Antonino le conoció mucho.

país. Habitó en León en[a] la casa de don Rafael Salinas. Se dedicaba a[b] la caza. Muy frecuentemente salía con su fusil y se internaba por los montes cercanos a[c] la ciudad y volvía casi siempre con un venado al hombro y una red llena de pavos monteses, conejos y otras alimañas. Un día alguien le reprendió porque al pasar el viático, y estando en la puerta de la casa, no se quitó el sombrero, y[d] él dijo estas frases que me repitiera don Antonino muchas veces: «¿Cree usted que Dios va a venir a envolverse[e] en harina para que le metan en un saco de m...?»[46]

[a] CyC: León, en

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: sombrero. Y

[e] CyC: veces: —«¿Cree usted que Dios va á venir á envolverse

XI

Vivía yo en casa del licenciado Modesto Barrios,[47] y este licenciado gentil[a] me llevaba a[b] visitas y tertulias. Una noche oí cantar a[c] una niña.[48]

Era una adolescente de ojos verdes, de cabello castaño, de tez levemente acanelada, con esa suave palidez que tienen las mujeres de[d] Oriente y de los trópicos. Un cuerpo flexible y delicadamente voluptuoso, que traía al andar ilusiones de canéfora. Era alegre, risueña, llena de frescura y deliciosamente parlera, y cantaba con una voz encantadora. Me enamoré desde luego; fué «el rayo» como[e] dicen los franceses. Nos amamos. Jamás escribiera tantos versos de amor como entonces. Versos unos que no recuerdo y otros que aparecieron en periódicos y que se encuentran en algunos de mis libros. Todo aquel que haya amado en su aurora sabe de esas íntimas delicias que no pueden decirse completamente con palabras, aunque sea Hugo el que las diga. Esas exquisitas cosas de los amores primeros que nos perfuman la vida, dulce, inefable y misteriosamente. Iba a[f] comer algunas veces en la casa de esta niña, en compañía de escritores y hombres públicos. En la comida se hablaba de letras, de arte, de impresiones varias; pero, naturalmente, yo me pasaba las horas mirando los ojos de la exquisita muchacha, que era mi verdadera musa en esos días dichosos. Una fatal timidez, que todavía me dura, hizo que yo no fuese al comienzo completamente explícito con ella, en mis deseos, en mi modo de ser, en mis expresiones. Pasaban deliciosas escenas de una castidad casi legendaria, en que un roce de mano era la mayor de las conquistas. Pero para el que haya experimentado tales cosas, todo ello es

---

[a] CyC: gentíl [*sic*]
[b] CyC: á
[c] CyC: á
[d] CyC: del
[e] CyC: «el rayo», como
[f] CyC: á

hechicero, justo, precioso. Nos poníamos, por ejemplo, a[a] mirar una estrella, por la tarde, una grande estrella de oro en unos crepúsculos azules o[b] sonrosados, cerca del lago y[c] nuestro silencio estaba lleno de maravillas y de inocencia. El beso llegó a[d] su tiempo y luego llegaron a[e] su tiempo los besos. ¡Cuán divino y criollo Cantar de los cantares! Allí comprendí por primera vez en su profundidad: «Mel et lac sub lingua tua».[49] Hay que saber lo que son aquellas tardes de las amorosas tierras cálidas. Están llenas como de una dulce angustia. Se diría a[f] veces que no hay aire. Las flores y los árboles se estilizan en la inmovilidad. La pereza y la sensualidad se unen en la vaguedad de los deseos. Suena el lejano arrullo de una paloma. Una mariposa azul va por el jardín. Los viejos duermen en la hamaca. Entonces, en la hora tibia, dos manos se juntan, dos cabezas se van acercando, se hablan con voz queda, se compenetran mutuas voliciones; no se quiere pensar, no se quiere saber si se existe, y una voluptuosidad miliunanochesca perfuma de esencias[g] tropicales el triunfo de la atracción y del instinto.

Aconteció que un amigo mío estaba moribundo, y como es por allí costumbre, las familias amigas iban a[h] velar al enfermo. Iba así la joven que yo amaba, y alguien me insinuó que ella había tenido amores con el doliente. No recuerdo haber sentido nunca celos tan[i] purpúreos y trágicos, delante del hombre pálido que estaba yéndose de la vida y a quien mi amada, daba a veces las medicinas.[j] Juro que nunca, durante toda mi existencia, a[k] no ser en instantes de violencia o[l] provocada ira, he deseado mal o daño a nadie;[m]

---

[a] CyC: á
[b] CyC: ó
[c] CyC: lago, y
[d] CyC: á
[e] CyC: á
[f] CyC: á
[g] CyC: escencias [*sic*]
[h] CyC: á
[i] CyC: más
[j] CyC: y á quien mi amada daba á veces las medicinas.
[k] CyC: á
[l] CyC: y
[m] CyC: mal ó daño á nadie;

pero en aquellos momentos se diría que casi ponía oídos deseosos, para escuchar si sonaba cerca de la cabecera el ruido de la hoz de la muerte. Esto lo he dicho concentradamente en unos cortos versos de mi hoy raro libro publicado en Chile, «Abrojos».[50] Amor sensual, amor de tierra caliente, amor de primera juventud, amor de poeta y de hiperestésico, de imaginativo. Pero es el caso que había en él una estupenda castidad de actos. Todo[a] se iba en ver las garzas del lago, los pájaros de las islas, las nocturnas constelaciones, y en medias palabras y en profundas miradas y en deseos contenidos y en esa profusión de cosas iniciales que constituyen el silabario que todos sabéis deletrear.

Un día dije a[b] mis amigos:—«Me caso».[c] La carcajada fué homérica. Tenía apenas catorce años cumplidos. Como mis buenos queredores viesen una resolución definitiva en mi voluntad, me juntaron unos cuantos pesos, me arreglaron un baúl y me condujeron al puerto de Corinto, donde estaba anclado un vapor que me llevó en seguida a[d] la república de El Salvador.[e]

[a] CyC: actos Todo [*sic*]

[b] CyC: á

[c] CyC: —«Me caso.»

[d] CyC: á

[e] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 730 de *Caras y Caretas*].

XII[a]

Gobernaba este país entonces el doctor Rafael Zaldívar,[51] hombre culto, hábil, tiránico para unos, bienhechor para otros, y a[b] quien, habiendo sido mi benefactor y no siendo yo juez de historia, en[c] este mundo, no debo sino alabanzas y agradecimientos. Llegar yo al puerto de La Libertad y poner un telegrama a[d] su excelencia todo fué uno. Inmediatamente recibí una contestación halagadora del presidente, que se encontraba en una hacienda, en el cual telegrama era muy gentil[e] conmigo y me anunciaba una audiencia en la capital. Llegué a[f] la capital. Al cochero que me preguntó a qué hotel[g] iba, le contesté sencillamente: «Al mejor». El mejor, de cuyo nombre no puedo acordarme aunque quiero, lo tenía un barítono italiano, de apellido Petrilli, y era famoso por sus macarroni y su moscato espumante y las bellas artistas que llegaban a[h] cantar ópera y a[i] recoger el pañuelo de un galante, generoso infatigable[j] sultán presidencial. A los pocos días recibí aviso de que el presidente me esperaba en la casa de gobierno. Mozo flaco y de larga cabellera, pretérita indumentaria y exhaustos bolsillos, me presenté ante el gobernante. Pasé entre los[k] guardias y me encontré tímido

---

[a] *Caras y Caretas*, año XV, n. 731, 5 de octubre de 1912, pp. 80-83; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de (Mario) Zavattaro y (Juan Carlos) Alonso (figuras 34 a 37 del "Apéndice de imágenes").

[b] CyC: á

[c] CyC: historia en

[d] CyC: á

[e] CyC: gentíl [*sic*]

[f] CyC: á

[g] CyC: á que hotel

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: generoso é infatigable

[k] CyC: las

y apocado delante del jefe de la República, que recibía, de espaldas a[a] la luz, para poder examinar bien a[b] sus visitantes. Mi temor era grande y no encontraba palabras que decir. El presidente fué gentilísimo y me habló de mis versos y me ofreció su protección; más [*sic*][c] cuando me preguntó qué era lo que yo deseaba, contesté, ¡oh, inefable Jerome Paturot!,[52] con estas exactas e[d] inolvidables palabras que hicieron sonreir al varon de poder:—«Quiero tener una buena posición social[»] ¿Qué[e] entendería yo por tener una posición social? Lo sospecho. El doctor Zaldívar, siempre sonriendo, me contestó bondadosamente:—«Eso depende de usted...» Me despedí. Cuando llegué al hotel, al poco rato, me dijeron que el director de policía[f] deseaba verme. Noté en él y en el dueño del hotel un desusado cariño. Se me entregaron quinientos pesos plata, obsequio del presidente. ¡Quinientos pesos plata! Macarroni, moscato espumante, artistas bellas... Era aquello, en la imaginación del ardiente muchacho flaco y de cabellos largos, ensoñador y lleno de deseos, un buen comienzo para tener una buena posición social...

Al día siguiente por la mañana estaba yo rodeado de improbables poetas adolescentes, escritores en ciernes y aficionados a[g] las musas. Ejercía de nabab. Los invité a[h] almorzar. Macarroni, moscato espumante. El esplendor continuó hasta la tarde y llegó la noche.

¿Qué pícaro Belcebú hizo en las altas horas, que me levantase y fuese a[i] tocar la puerta de la bella diva que recibía altos favores y que habitaba en el mismo hotel que yo? Nocturno efecto sensacional, desvarío y locura. Al día siguiente estaba yo todo mohino y lleno de remordimientos. La cara del hostelero[j] me indicaba cosas graves, y aunque yo hablara de mi amistad presidencial, es el caso

---

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: mas
[d] CyC: é
[e] CyC: social.» ¿Qué
[f] CyC: Policía
[g] CyC: á
[h] CyC: á
[i] CyC: á
[j] CyC: hotelero

que mis méritos estaban en baja. A los pocos días, los quinientos pesos se habían esfumado y recibí la visita del mismo director de Policía que me los había traído. Dije yo:—«Viene con otros quinientos pesos».[a]—«Joven—me dijo con un aire serio y conminatorio—aliste sus maletas y de orden del señor presidente sígame».[b] Le seguí como un corderito.

Me llevó a[c] un colegio que dirigía cierto célebre escritor, el doctor Reyes.[53] Oí que el terrible funcionario decía al director: «Que no deje usted salir a este[d] joven, que lo emplee en el colegio y[e] que sea severo con él».[f] Dije para mí: «Estoy perdido».[g] Pero el director era un hombre suave, insinuante, con habilidad indígena, culto y malicioso, y comprendió qué clase de soñador le llevaban. «Amiguito—[h]me dijo—no encontrará usted en mí,[i] severidad sino amistad; pórtese bien, dará usted una clase de gramática. Eso sí, no saldrá usted a[j] la calle, porque es orden estricta del señor Presidente».[k] En efecto, comencé a[l] hacer mi vida escolar, no sin causar desde luego en el establecimiento inusitadas revoluciones. Por ejemplo, me hice magnetizador entre los muchachos. Hacía misteriosos pases y decía palabras sibilinas, y lo peor del caso es que un día uno de los chicos se me durmió de veras y no lo podía despertar, hasta que a alguien[m] se le ocurrió echarle un vaso de agua fría en la cabeza. El director me llamó y me dijo palabras reprensivas. No insistí, pero enseñé a recitar versos a todos[n] los alumnos

---

[a] CyC: pesos.»
[b] CyC: sígame.»
[c] CyC: á
[d] CyC: director: —«Que no deje usted salir á este
[e] CyC: colegio, y
[f] CyC: él.»
[g] CyC: mí: —«Estoy perdido.»
[h] CyC: —«Amiguito—
[i] CyC: mi [*sic*],
[j] CyC: á
[k] CyC: presidente.»
[l] CyC: á
[m] CyC: hasta que alguien
[n] CyC: á recitar versos á todos

y era consultado[a] para declaraciones y cartas de amor. En tal prisión estuve largos meses, hasta que un día, también por orden presidencial, fuí sacado para algo que señaló en mi vida una fecha inolvidable: el estreno de mi primer frac y mi primera comunicación con el público.

El presidente había resuelto que fueso [*sic*][b] yo—la verdad es que ello era honroso y satisfactorio para mis pocos años—el que abriese oficialmente la velada que se dió en celebración del Centenario[c] de Bolívar. Escribí una oda que, según lo que vagamente recuerdo, era bella, clásica, correcta, muy distinta, naturalmente, a[d] toda mi producción en tiempos posteriores.[54]

Aquí se produce en mi memoria una bruma que me impide todo recuerdo. Solo[e] sé que perdí el apoyo gubernamental. Que anduve a[f] la diabla con mis amigos bohemios y que me enamoré ligera y líricamente de una muchacha que se llamaba Refugio, a[g] la cual escribí, en cierta ocasión, esta inefable cuarteta, que tuvo desde luego alguna romántica recompensa:

> Las que se llaman Fidelias
> Deben tener mucha fe,
> Tú, que te llamas Refugio[h]
> Refugio, refugiamé.

Era una chica de catorce años, tímida y sonriente, gordita y sonrosada como una fruta. El caso fué simplemente poético y sin trascendencias. Poco tiempo después volví a[i] mi tierra.[55]

---

[a] CyC: era el consultado
[b] CyC: fuese
[c] CyC: centenario
[d] CyC: á
[e] CyC: Sólo
[f] CyC: á
[g] CyC: á
[h] CyC: Tú, que te llamas Refugio,
[i] CyC: á

XIII

De nuevo en Nicaragua, reanudé mis amoríos con la que una vez llemé [*sic*][a] «garza morena».[56] Era presidente de la República[b] el general Joaquín Zabala, granadino, conservador, gentilhombre, excelente sujeto para el gobierno y de seguros prestigios.[57] Se me consiguió un empleo en la secretaría presidencial. Escribí en periódicos semi-oficiales versos y cuentos y uno que otro artículo político. Siempre lleno de ilusiones amorosas, mi encanto era irme a[c] la orilla del lago por las noches llenas de insinuante tibieza. Me acostaba en el muelle de madera. Miraba las estrellas prodigiosas, oía el chapoteo de las aguas agitadas. Pensaba. Soñaba. ¡Oh, sueños dulces de la juventud primaveral![d] Revelaciones súbitas de algo que está en el misterio de los corazones[e] y en la reconditez de nuestras mentes; conversación con las cosas en un lenguaje sin fórmula, vibraciones inesperadas de nuestras íntimas fibras y ese reconcentrar por voluntad, por instinto, por influencia divina en la mujer, en esa misteriosa encarnación que es la mujer, todo el cielo y toda la tierra. Naturalmente, en aquellas[f] mis solitarias horas brotaban prosas y versos y la erótica hoguera iba en aumento. Hacía viajes a veces a Momotombo,[g] el puerto del lago. Admiraba los pájaros de las islas. En ocasiones cazaba cocodrilos con Winchenter [*sic*],[h] en compañía de un rico y elegante amigo llamado Lisímaco Lacayo.[i] Mi trabajo en la secretaría del presidente, bajo la dirección de un íntimo amigo, escritor, que tuvo después un trágico fin

---

[a] CyC: llamé
[b] CyC: república
[c] CyC: á
[d] CyC: juventud primera!
[e] CyC: misterio de nuestros corazones
[f] CyC: de aquellas
[g] CyC: á veces á Momotombo,
[h] CyC: Winchester,
[i] CyC: Lisimaco [*sic*] Lacayo.

en Costa Rica—Pedro Ortiz—me daba lo suficiente para vivir con cierta comodidad.[58]

A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte. Mi idea era irme a[a] los Estados Unidos. ¿Por qué el país escogido fue Chile? Estaba entonces en Managua un general y poeta salvadoreño, llamado don Juan Cañas,[59] hombre noble y fino, de aventuras y conquistas, minero en California, militar en Nicaragua, cuando la invasión del yankee Walker. Hombre de verdadero talento, de completa distinción, y[b] bondad inagotable. Chilenófilo decidido desde que en Chile fué diplomático allá por el año de la Exposición Universal. «Vete a Chile—me dijo.—Es el país a donde debes ir».—«Pero, don Juan,—le contesté,—cómo me voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios?—«Vete a nado—me dijo—aunque te ahogues en el camino».[c] Y el caso es que entre él y otros amigos me arreglaron mi viaje a[d] Chile. Llevaba como único dinero unos pocos paquetes de soles peruanos y como única esperanza dos cartas que me diera el general Cañas—una para un joven que había sido íntimo amigo suyo y que residía en Valparaíso, Eduardo Poirier,[60] y otra para un alto personaje de Santiago.[61]

En ese tiempo vino la guerra que por la unión de las cinco repúblicas de Centro América declarara el presidente de Guatemala, Rufino Barrios.[62] En Nicaragua había subido al poder después de Zabala, el doctor Cárdenas.[63] Y anduve[e] entre proclamas, discursos y fusilerías. Vino un gran terremoto. Estando yo de visita en una casa, oí un gran ruido[f] y sentí palpitar la tierra bajo mis pies; instintivamente tomé en brazos a[g] una niñita que estaba cerca de mí, hija del dueño de casa, y salí a[h] la calle; segundos después la pa-

---

[a] CyC: á

[b] CyC: distinción y

[c] CyC: Exposición Universal.—«Vete á Chile—me dijo.—Es el país á donde debes ir.»—«Pero, don Juan,—le contesté,—cómo me voy á ir á Chile si no tengo los recursos necesarios?»—«Vete á nado,—me dijo—aunque te ahogues en el camino».

[d] CyC: á

[e] CyC: Yo anduve

[f] CyC: ruído [*sic*]

[g] CyC: á

[h] CyC: á

red caía sobre el lugar en que estábamos. Retumbaba el enorme volcán huguesco, llovía cenizas.[a] Se obscureció el sol, de modo que a[b] las dos de la tarde se andaba por las calles con liternas [*sic*].[c] Las gentes rezaban, había un temor y una impresión medioevales. Así me fuí al puerto como entre una bruma. Tomé el vapor, un vapor alemán de la compañía *Kosmos*,[d] que se llamaba Uarda.[e64] Entré a[f] mi camarote, me dormí. Era yo el único pasajero. Desperté horas después y fuí sobre cubierta. A lo lejos quedaban las costas de mi tierra. Se veía sobre el país una nube negra. Me entró una gran tristeza. Quise comunicarme con las gentes de a[g] bordo, con mi precario inglés y no pude hacerme entender. Así empezaron largos días de navegación entre alemanes que no hablaban más lengua que la suya. El capitán me tomó cariño, me obsequiaba en la comida con buenos vinos del Rhin, cervezas teutónicas y refinados alcoholes. Y por el juego del dominó aprendí a[h] contar en alemán: ein, zwei, drei, vier, fünf... Visité todos los puertos del Pacífico, entre los cuales aquellos donde no hay árboles, ni agua, y los hoteleros, para distracción de sus huéspedes tienen en tablas, que colocan como biombos, pintados árboles verdes y aun llenos de flores y frutas.[i]

[a] CyC: ceniza.
[b] CyC: á
[c] CyC: linternas.
[d] CyC: Kosmos,
[e] CyC: *Uarda*.
[f] CyC: á
[g] CyC: á
[h] CyC: á
[i] CyC: y de frutas.

XIV

Por fin, el vapor llega a[a] Valparaíso. Compro un periódico. Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos,[b] antes de desembarcar, escribo un artículo.[65] Desembarco. La misma cosa que en el Salvador: ¿qué hotel? El mejor.

No fué el mejor, sino un hotel de segunda clase en[c] donde se hospedaba un pianista francés llamado el capitán Yoyer.[d66] Hice buscar a[e] Eduardo Poirier y al poco rato este hombre generoso, correcto y eficaz estaba conmigo, dándome la ilusión de un Chile espléndido y realizable para mis aspiraciones. «El Mercurio» de Valparaíso,[f] publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente. Poirier fué entonces, después y siempre, como un hermano mío. Pero había que ir inmediatamente a Santiago, a la capital.[g] Poirier me pidió la carta que traía yo para aquel personaje eminente en la ciudad directiva y la envió al destinario [*sic*].[h]

Mi artículo en «El Mercurio», mi renombre anterior... Contestó aquel personaje que tenía en el Hotel de France ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaría en la estación. Tomé el tren para Santiago.

Por el camino no fueron sino rápidas visiones para ojos de poeta, y he aquí la capital chilena.

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y salutaciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín[i] de una estación metropolitana. Pero a[j] todo esto las gentes se van, los coches de los

---

[a] CyC: á

[b] CyC: En 20 minutos,

[c] CyC: clase, en

[d] CyC: Voyer.

[e] CyC: á

[f] CyC: «El Mercurio», de Valparaíso,

[g] CyC: á Santiago, á la capital.

[h] CyC: destinatario.

[i] CyC: tragín

[j] CyC: á

hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un lado,[a] y ya no había nadie casi en aquel largo recinto, cuando diviso dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y *valet*[b] y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o[c] de diplómatico [*sic*], que andaba por la estación buscando algo. Yo, a[d] mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a[e] mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó:—¿«Sería usted acaso el señor Rubén Darío?». Con[f] un tono entre asombrado, miedoso y esperanzado pregunté:—¿«Sería usted acaso el señor C. A.»?[g] Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde, por no sé qué prodigio de comprensión [*sic*],[h] cabían dos o[i] tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a[j] mí.—«Tengo—me dijo,—mucho placer en conocerle.[k] Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a[l] su amigo Poirier. No le conviene».[m]

---

[a] CyC: Mi valijita y yo quedáramos á un lado,

[b] CyC: cochero estilado y valet

[c] CyC: ó

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: me preguntó:—«¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?» Con

[g] CyC: pregunté:—«¿Sería usted acaso el señor C. A.?»

[h] CyC: por no sé que prodigio de compresión,

[i] CyC: ó

[j] CyC: á

[k] CyC: —«Tengo,—me dijo,—mucho placer de conocerle.

[l] CyC: á

[m] CyC: conviene.»

Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América.[a] Y no había, en resumidas cuentas, más que el inesperto [*sic*][b] adolescente que se encontraba allí a[c] caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a[d] su larga cabellera.

[a] CyC: Centro-América.

[b] CyC: inexperto

[c] CyC: á

[d] CyC: á

XV

Por recomendación de aquel distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de «La Epoca», que dirigía el señor Eduardo Mac-Clure,[67] y desde ese momento me incorporé a[a] la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la «élite» juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción, por donde pasaban graves y directivos personajes. Allí conocí a don Pedro Montt, a don Agustín Edwards, cuñado del director del diario, a don Augusto Orrego Luco,[b] al doctor Federico Puga Borne, actual ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces.[c68]

La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración, y algunos la tienen, no solamente en las letras, sino también en puesto[d] de gobierno. Eran habituales a[e] nuestras reuniones Luis Orrego Luco;[69] el hijo del presidente[f] de la República, Pedro Balmaceda;[70] Manuel Rodríguez Mendoza;[71] Jorge Huneeis Gana;[g] su hermano Roberto;[72] Alfredo y Galo Irarrázabal;[73] Narciso Tondreau;[74] el pobre Alberto Blest, ido tan pronto;[75] Carlos Luis Hübner[76] y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían; por ejemplo: el sutil ingenio de Vicente Grez[77] o[h] la romántica y caballeresca figura de Pedro Nolasco Préndez.[78]

Luis Orrego Luco hacía presentir ya al escritor de emoción e[i] imaginación que había de triunfar con el tiempo en la novela.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á don Pedro Montt, á don Agustín Edwards, cuñado del director del diario, á don Augusto Orrego Luco,

[c] CyC: á tantos otros que pertenecían á la alta política de entonces.

[d] CyC: puestos

[e] CyC: á

[f] CyC: Presidente

[g] CyC: Jorge Huneeus Gana;

[h] CyC: ó

[i] CyC: é

Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político que fué muy apreciado. A él dediqué mi colección de poesías «Abrojos».[a] Jorge Huneeis Gana[b] se apasionaba por lo clásico. Hoy mismo, que la diplomacía [*sic*][c] le ha atraído por completo, no olvidaba[d] sus ganados lauros de prosista y publica libros serios, correctos e[e] interesantes. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado; hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irarrázabal murió no hace mucho tiempo, de diplomático, y su hermano Alfredo, que en aquella época tenía el cetro sonoro de la poesía alegre y satírica, es ahora ministro plenipotenciario en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a[f] Horacio. Ha sido intendente de una provincia. Todos los demás han desaparecido; muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner.

Mac-Clure solía aparecer a avivar[g] nuestras discusiones con su rostro sonriente y su inseparable habano. Era lo que en España se llama un hidalgo y en Inglaterra un «gentleman».

La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a[h] lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a[i] mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el cerro de Santa Lucía.[j] Crepúsculos inolvidables en el lago del parque Cousiño.[k] Horas nocturnas con Alfredo Irarrázabal, con Luis Orrego Luco o[l] en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del ministro de Italia.[79]

---

[a] CyC: *Abrojos*.
[b] CyC: Jorge Huneeus Gana
[c] CyC: diplomacia
[d] CyC: olvida
[e] CyC: é
[f] CyC: á
[g] CyC: Mac-Clure, solía aparecer á avivar
[h] CyC: á
[i] CyC: á
[j] CyC: Cerro de Santa Lucía.
[k] CyC: Lago del Parque Cousiño.
[l] CyC: ó

Debo contar que una tarde, en un «lunch», que allá llaman hacer «once», conocí al presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fuí invitado a[a] almorzar por él. Me colocó a[b] su derecha, lo cual, para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Florencio Fontecilla,[80] que fué más tarde obispo de La Serena y el general Orozimbo Barboza,[81] a la sazón ministro de la Guerra.[c]

Era Balmaceda, a[d] mi entender, el tipo del romántico-político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante—al[e] mismo tiempo autoritaria y melíflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante, de su patria; y concluyó como un héroe de Shakespeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos?: La capa de don Diego Barros Arana;[82] la tradicional figura de los Amunátegui;[83] don Luis Montt[84] en su biblioteca.[f]

Voy[g] a[h] referir algo que se relaciona con mi actuación en la redacción de «La Epoca». Una noche apareció nuestro director en la tertulia[i] y nos dijo lo siguiente:

«Vamos a[j] dedicar un número a[k] Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á la sazón ministro de Guerra.

[d] CyC: á

[e] CyC: insinuante,—al

[f] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 731 de *Caras y Caretas*].

[g] *Caras y Caretas*, año XV, n. 732, 12 de octubre de 1912, pp. 80-83; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cinco ilustraciones a cargo de Ares y Cuenca (figuras 38 a 42 del "Apéndice de imágenes").

[h] CyC: á

[i] CyC: en nuestra tertulia

[j] CyC: á

[k] CyC: á

mejor cosa sobre Campoamor», [*sic*] Todos[a] nos pusimos a[b] la obra. Hubo notas muy lindas; pero por suerte, o[c] por concentración de pensamiento, ninguna de las poesías resumía la personalidad del gran poeta, como esta décima mía:

«Este del cabello cano
como la piel del armiño,[d]
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón».[e85]

Debo confesar, sin vanidad ninguna, que todos los[f] compañeros aprobaron la disposición del director que me adjudicaba el ofrecido premio.

Y ahora quiero evocar del triste,[g] malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el abjetivo [*sic*][h] de Hamlet: «Dulce príncipe». Tenía una cabeza apolínea, sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, aurea [*sic*].[i] Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a[j] Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo

[a] CyC: Campoamor». Todos
[b] CyC: á
[c] CyC: ó
[d] CyC: como esta décima mía: / Este del cabello cano, / como la piel de un armiño,
[e] CyC: y pica en el corazón.
[f] CyC: mis
[g] CyC: Y ahora quiero evocar la figura del triste,
[h] CyC: adjetivo
[i] CyC: aúrea [*sic*].
[j] CyC: á

sobre arte, sino él?[a] Y, ¿quién daba en ese instante una vibración de novedad de estilo como él?[b] Estoy seguro, de que todos mis compañeros de aquel entonces, acuerdan conmigo, la palma de la prosa a[c] nuestro Pedro, lamentado y querido.

Y, ¿cómo no evocar ahora que él fué quien publicara mi libro «Abrojos», respecto al cual escribiera una página artística y cordial?[86]

[a] CyC: arte, como él?

[b] CyC: novedad de estilo, como él?

[c] CyC: á

XVI

Por Pedro pasé a[a] Valparaíso, en donde—¡anomalía!—iba a[b] ocupar un puesto en la Aduana.[87]

Valparaíso, para mí, fué ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias. Estas quedarán para después.

Pero no dejaré de narrar mi permanencia y mi salida de la redacción de «El Heraldo». Lo dirigía a[c] la sazón Enrique Valdés Vergara.[88] Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío.[89] Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet.[90]

Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*.[d] A la cuarta me llamó el director y me dijo: «Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertener [*sic*][e] más a[f] nuestra redacción...» Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto.

¡Que no olvide yo estos tres nombres protectores: Poirier, Galleguillos Lorca[91] y Sotomayor![92]

Mi vida en Valparaíso se concentra en ya improbables o[g] ya hondos amoríos; en vagares a[h] la orilla del mar, sobre todo, por Playa Ancha;[i] invitaciones a[j] bordo de los barcos, por marinos amigos

---

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: á
[d] CyC: sobre sports.
[e] CyC: pertenecer
[f] CyC: á
[g] CyC: ó
[h] CyC: á
[i] CyC: sobre todo por Playa Ancha;
[j] CyC: á

y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud.

Por circunstancias especiales e[a] inquerida bohemia, llegaron para mí momentos de tristeza y escasez. No había sino partir. Partir gracias a[b] don Eduardo de la Barra, Carlos Toribio Robinet, Eduardo Poirier y otros amigos.

Antes de embarcar a[c] Nicaragua aconteció que yo tuviese la honra de conocer al gran chileno don José Victorino Lastarria.[93] Y fué de esta manera: Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración el ser corresponsal de «La Nación»[d] de Buenos Aires.[94] He de manifestar que es en ese periódico donde comprendí a[e] mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac[95] y Santiago Estrada,[96] además de José Martí.[97] Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Groussac fué para mí el verdadero conductor intelectual.

Me dijo don Eduardo de la Barra: Vamos a ver a mi suegro,[f] que es íntimo amigo del general Mitre, y estoy seguro de que él tendrá un gran placer en darle una carta de recomendación para que logremos nuestro objeto, y también estoy seguro de que el general Mitre aceptará inmediatamente la recomendación. En efecto, a[g] vuelta de correo, venía la carta del general, con palabras generosas para mí, y diciéndome que[h] se me autorizaba para pertenecer desde ese momento a «La Nación».[i]

Quiso, pues, mi buena suerte que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario.

---

[a] CyC: é

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: corresponsal de *La Nación*

[e] CyC: á

[f] CyC: Vamos á ver á mi suegro,

[g] CyC: á

[h] CyC: y diciendo que

[i] CyC: á *La Nación*.

Estaba Lastarria sentado en una silla, Voltaire.[a] No podía moverse por su enfermedad. Era venerable su ancianidad ilustre. Fluía de él autoridad y majestad.

Había mucha gloria chilena en aquel procer [*sic*].[b] Gran bondad emanaba de su virtud y nunca he sentido en América como entonces la majestad de una presencia sino cuando conocí al general Mitre en la Argentina y al doctor Fafael [*sic*][c] Núñez en Colombia.[98]

Con mi cargo de corresponsal de «La Nación»[d] me fuí para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia fechada el 3 de febrero de 1889, sobre la llegada del crucero brasileño «Almirante Barroso» a Valparaíso, a cuyo bordo[e] iba un príncipe, nieto de don Pedro.[99]

En todo este viaje no recuerdo ningún incidente, sino la visión de la «débacle»[f] de Panamá: Carros cargados de negros africanos que aullaban porque, según creo, no se les habían pagado sus emolumentos. Y aquellos hombres desnudos y con los brazos al cielo, pedían justicia.[100]

[a] CyC: en una silla Voltaire.
[b] CyC: prócer.
[c] CyC: Rafael
[d] CyC de *La Nación*
[e] CyC: á Valparaíso, á cuyo bordo
[f] CyC: «débâcle»

XVII

Al llegar a[a] este punto de mis recuerdos, advierto que bien puedo equivocarme, de cuando en cuando, en asuntos de fecha, y anteponer, o[b] posponer, la prosecución de sucesos. No importa. Quizás ponga algo que aconteció después en momentos que no le corresponde y viceversa. Es fácil, puesto que no cuento con más guía que el esfuerzo de mi memoria. Así, por ejemplo, pienso en algo importante que olvidé cuando he tratado de mi primera permanencia en San Salvador.

Un día, en momentos en que estaba pasando horas tristes, sin apoyo de ninguna clase, viviendo a[c] veces en casa de amigos y sufriendo lo indecible, me sentí mal, en la calle. En la ciudad había una epidemia terrible de viruela. Yo creí que lo que me pasaba sería un malestar causado por el desvelo; pero resultó que desgraciadamente era el temido morbo.[d] Me condujeron a[e] un hospital con el comienzo de la fiebre. Pero en el hospital protestaron, puesto que no era aquello un lazareto; y entonces, unos amigos, entre los cuales recuerdo el nombre de Alejandro Salinas, que fué el más eficaz, me llevaron a[f] una población cercana, de clima más benigno, que se llamaba Santa Tecla. Allí se me aisló en una habitación especial y fuí atendido, verdaderamente como si hubiese sido un miembro de su familia, por unas señoritas de apellido Cáceres Buitrago. Me cuidaron, como he dicho, con cariño y solicitud y sin temor al contagio de la peste espantosa. Yo perdí el conocimiento, viví algún tiempo en el delirio de la fiebre, sufrí todo lo cruento de los dolores y de las molestias de la enfermedad; pero fuí tan bien servido que no quedaron en mí, una vez que se había triunfado del mal, las feas cicatrices que señalan el paso de la viruela.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: ó

[c] CyC: á

[d] CyC: que, desgraciadamente, era el temido morbo.

[e] CyC: á

[f] CyC: á

En lo referente a[a] mi permanencia en Chile, olvidé también un episodio que juzgo bastante interesante. Cuando habitaba en Valparaíso, tuve la protección de un hombre excelente y de origen humilde, el doctor Galleguillos Lorca, muy popular y muy mezclado entonces en política, siendo una especie de «leader» entre los obreros. Era médico homeópata.[101] Había comenzado de minero, trabajando como un peón; pero dotado de singulares energías, resistentes[b] y de buen humor, logró instruirse relativamente y llegó a[c] ser lo que era cuando yo le conocí. Llegaban a[d] su consultorio tipos raros a[e] quienes daba muchas veces no sólo las medicinas sino también dinero. La hampa de Valparaíso tenía en él a su galeno.[f] Le gustaba tocar la guitarra, cantar romances,[g] e invitaba a sus visitantes casi siempre, gente obrera, a tomar[h] unos «ponches» compuestos de agua, azúcar y aguardiente, el aguardiente que llamaban[i] en Chile «guachacay». Era ateo y excelente sujeto. Tenía un hijo a[j] quien inculcaba sus ideas en discursos burlones, de un volterianismo ingenuo y un poco rudo. El resultado fué que el pobre muchacho, según supe después, a[k] los veinte y tantos años se pegó un tiro.

Una ocasión me dijo el doctor Galleguillos: «¿Quiere usted acompañarme esta noche a[l] una visita que tengo que hacer por los cerros?». Los[m] cerros de Valparaíso tenían fama de peligrosos en horas nocturnas, mas yendo con el doctor Galleguillos me creía salvo de cualquier ataque y acepté su invitación. Tomó él su pequeño botiquín y partimos. La noche era obscura y cuando

---

[a] CyC: á

[b] CyC: resistente

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: á su Galeno.

[g] CyC: romanzas,

[h] CyC: é invitaba á sus visitantes casi siempre, gente obrera, á tomar

[i] CyC: llaman

[j] CyC: á

[k] CyC: á

[l] CyC: á

[m] CyC: cerros?» Los

estuvimos a[a] la entrada de la estribación de la serranía, el comienzo era bastante difícil, lleno de barrancos y hondonadas. Llegaba a[b] nuestros oídos, de cuando en cuando, algún tiro más o[c] menos lejano. Al entrar a[d] cierto punto, un farolito surgió detrás de unas piedras. El doctor silbó de un modo especial, y el hombre que llevaba el farolito se adelantó a[e] nosotros.—«¿Están los muchachos?»—preguntó Galleguitos [*sic*].[f]—«Sí, señor», contestó el rotito. Y sirviéndonos de guía, comenzó a[g] caminar y nosotros tras él. Anduvimos largo rato, hasta llegar a[h] una especie de choza o casa,[i] en donde entramos. Al llegar hubo una especie de murmullo entre un grupo de hombres que causaron en mí vivas inquietudes. Todos ellos tenían traza de fascinerosos [*sic*],[j] y en efecto lo eran. Más o menos asesinos, más o menos ladrones, pues pertenecían a la mala vida.[k] Al verme me miraron con hostiles ojos, pero el doctor les dijo algunas palabras y ello calmó la agitación[l] de aquella gente desconfiada. Había una especie de cantina, o[m] de boliche, en que se amontonaban unas cuantas botellas de diferentes licores. Estaban bebiendo, según la costumbre popular, un «ponche» matador, en un vaso enorme que se denomina «potrillo» y que pasa de mano en mano y de boca en boca. Uno de los mal entrazados me invitó a[n] beber; yo rehusé con asco instintivo; y se produjo un movimiento de protesta furiosa entre los asistentes.—«Beba pronto», me dijo por lo bajo el doctor Galleguillos, «y déjese de historias». Yo

---

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: ó
[d] CyC: á
[e] CyC: á
[f] CyC: Galleguillos.
[g] CyC: á
[h] CyC: á
[i] CyC: choza ó casuca,
[j] CyC: facinerosos,
[k] CyC: Más ó menos asesinos, más ó menos ladrones, pues pertenecían á la mala vida.
[l] CyC: irritación
[m] CyC: ó
[n] CyC: á

comprendí lo peligroso de la situación y me apresuré a[a] probar aquel ponche infernal. Con esto satisfice a[b] los rotos. Luego llamaron al doctor y pasamos a[c] un cuarto interior. En una cama, y rodeado de algunas mujeres, se encontraba un hombre herido. El doctor habló con él, le examinó y le dejó unas cuantas medicinas de su botiquín. Luego salimos, acompañados entonces de otros rotos, que insistieron en custodiarnos, porque, según decían, había sus peligros esa noche. Así, entre las tinieblas, apenas alumbrados por un farolito, entramos de nuevo a[d] la ciudad. Era ya un poco tarde y el doctor me invitó a[e] cenar.—«Iremos,—me dijo,—a un lugar curioso, para que lo conozca.»[f] En efecto, por calles extraviadas, llegamos a no recuerdo ya qué casa,[g] tocó mi amigo una puerta que se entreabrió y penetramos. En el interior había una especia [*sic*][h] de «restaurant», en donde cenaban personas de diversas cataduras. Ninguna de ellas con aspecto de gente pacífica y honesta. El doctor llamó al dueño del establecimiento y me presentó.—«Pasen adentro», nos dijo éste. Seguimos más al fondo de la casa, no sin cruzar por un patio húmedo y lleno de hierba. Aquí hay enterrados muchos, me dijo en voz baja el médico. En otro comedor se nos sirvió de cenar y yo oía las voces que en un cuarto cerrado daban de cuando en cuando algunos individuos. Aquello era una timba del peor carácter. Casi de madrugada, salimos de allí y la aventura me impresionó de modo que no la he olvidado. Así no podía menos de contarla esta vez.

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: á
[d] CyC: á
[e] CyC: á
[f] CyC: —«Iremos, me dijo, á un lugar curioso, para que lo conozca».
[g] CyC: á no recuerdo ya que casa,
[h] CyC: especie

XVIII

Y ahora, continuaré el hilo de mi interrumpida narración. Me encuentro de vuelta de Chile, en la ciudad de León de Nicaragua.

Estoy de nuevo en la casa de mis primeros años. Otros devaneos han ocupado mi corazón y mi cabeza. Hay un apasionamiento súbito por cierta bella persona que me hace sufrir con la sabida felinidad femenina y hay una amiga inteligente, graciosa, aficionada a[a] la literatura, que hace lo posible por ayudarme en mi amorosa empresa; y lo hace de tal manera, que cuando, por fin, he perdido mi última esperanza con la otra, entregada desdichadamente a[b] un rival más feliz, me encuentro enloquecido por mi intercesora. Esta inesperada revolución amorosa se prolonga en la ciudad de Chinandega, en donde, ¡desventurado de mí! iba a[c] casarse el ídolo de mis recientes anhelos. Y allí nuevas complicaciones sentimentales me aguardaban, con otra joven, casi una niña; y quién sabe en qué hubiera parado todo eso, si por segunda vez amigos míos entre[d] ellos el coronel Ortiz,[102] hoy general, y que ha sido vicepresidente de la República,[e] no me facturan apresuradamente para El Salvador.[f] Lo que provocó tal medida fué que una fiesta[g] dada por el novio de aquella a quien yo adoraba, y a la cual[h] no sé por qué ni cómo, fuí invitado, con el aguijón de los excitantes del diablo, y a pedido de no se [*sic*] quién, empecé improvisar [*sic*] versos,[i] pero versos en los cuales decía horrores del novio, de la familia de la novia, ¡qué se [*sic*][j] yo de quién más! Y fuí sacado

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: míos, entre

[e] CyC: república,

[f] CyC: el Salvador.

[g] CyC: fué que en una fiesta

[h] CyC: á quien yo adoraba, y á la cual

[i] CyC: y á pedido de no sé quién, empecé á improvisar versos,

[j] CyC: sé

de allí más que de prisa. Una vez llegado a[a] la capital salvadoreña busqué algunas de mis antiguas amistades y una de ellas me presentó al general Francisco Menéndez, entonces presidente de la República.[b103] Era éste, al par que militar de mérito, conocido agricultor y hombre probo. Era uno de los más fervientes partidarios de la Unión centroamericana, y hubiera hecho seguramente el sacrificio de su alto puesto por ver realizado el ideal unionista que fuera sostenido por Morazán, Cabañas, Jerez, Barrios y tantos otros.[104] En esos días se trataba cabalmente de dar vida a[c] un nuevo movimiento unificador, y es claro que el presidente de El Salvador[d] era uno de los más entusiastas en la obra.

A los pocos días me mandó llamar y me dijo:—«¿Quiere usted hacerse cargo de la dirección de un diario que sostenga los principios de la Unión?».—«Desde luego,[e] señor presidente», le contesté.—«Está bien», me dijo, «daré orden para que en seguida se arregle todo lo necesario». En efecto, no pasó mucho sin que yo estuviera a[f] la cabeza de un diario, órgano de los unionistas centroamericanos y que, naturalmente, se titulaba «La Unión».[105]

Estaba remunerado con liberalidad. Se me pagaban aparte los sueldos de los redactores. Se imprimía el periódico en la imprenta nacional y se me dejaba todo el producto administrativo de la empresa. El diario empezó a[g] funcionar con bastante éxito. Tenía bajo mis órdenes a[h] un escritor político de Costa Rica, a[i] quien encomendé los artículos editoriales, don Tranquilino Chacón;[106] a[j] un fulminante colombiano, famoso en Centro-América como orador, como taquígrafo y aun[k] como militar y como revolucionario, un

---

[a] CyC: á
[b] CyC: república.
[c] CyC: á
[d] CyC: el presidente de el Salvador
[e] CyC: la Unión?» —«Desde luego,
[f] CyC: á
[g] CyC: á
[h] CyC: á
[i] CyC: á
[j] CyC: á
[k] CyC: aún

buen diablo, Gustavo Ortega;[107] y a[a] cierto malogrado poeta costarriqueño, mozo gentil, que murió de tristeza y de miseria, aunque en sus últimos días tuviese el gobierno de Costa Rica la buena idea de hacerle ir a[b] Barcelona para que siquiera lograse el consuelo de morir después de haber visto Europa; me refiero a Equileo [*sic*] Echeverría.[c108] Luego, contaba con la colaboración de las mejores inteligencias del país y del resto de la América Central; y el diario empezó su carrera con mucha suerte.

Habitaba entonces en San Salvador la viuda de un famoso orador de Honduras, Alvaro Contreras, que si no estoy mal informado, tiene hoy un monumento.[109] Fué este hombre vivaz y lleno de condiciones brillantes, un verdadero dominador de la palabra. Combatió las tiranías y sufrió persecuciones por ello. En tiempo de la guerra del Pacífico fundó un diario en Panamá en defensa de los intereses peruanos. Su viuda tenía dos hijas: a ambas[d] había conocido yo en los días de mi infancia y en casa de mi tía Rita. Eran de aquellas compañeras que alegraban nuestras fiestas pueriles, de aquellas con quienes bailábamos y con quienes cantábamos canciones en las novenas de la Virgen, en las fiestas de diciembre. Esas dos niñas eran ya dos señoritas. Una de ellas casó con el hijo de un poderoso banquero, a pesar de la modesta condición en que quedara la familia después de la muerte de su padre. Yo frecuenté la casa de la viuda, y al amor del recuerdo y por la inteligencia, sutileza y superiores dotes de la otra niña, me ví de pronto envuelto en nueva llama amorosa. Ello trascendió en aquella reducida sociedad amable:[e]—«¿Por qué no se casa?», me dijo una vez el presidente.—«Señor, le contesté, es lo que pienso hacer en seguida.»[f] Y, con el beneplácito de mi novia y de su madre, me puse a[g] tomar las disposiciones necesarias para la realización de mi matrimonio. Entretanto, uno de mis amigos principales era Francisco Gavidia,

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á Aquileo Echeverría.

[d] CyC: dos hijas; á ambas

[e] CyC: amable.

[f] CyC: en seguida».

[g] CyC: á

quien quizás sea de los más sólidos humanistas y seguramente de los primeros poetas con que hoy cuenta la América española. Fué con Gavidia, la primera vez que estuve en aquella tierra salvadoreña, con quien penetran [*sic*][a] en iniciación ferviente, en la armoniosa[b] floresta de Víctor Hugo; y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés, que Gavidia, el primero seguramente, ensayara en castellano a[c] la manera francesa, surgió en mí la idea de renovación métrica, que debía ampliar y realizar más tarde.[110] A Gavidia acontecióle un caso singularísimo, que me narrara alguna vez, y que dice cómo vibra en su cerebro la facultad del ensueño, de tal manera que llegó a[d] exteriorizarse con tanta fuerza. Sucedió que siendo muy joven, recién llegado a[e] París, iba leyendo un diario por un puente del Sena, en el cual diario encontró la noticia de la ejecución de un inocente. Entonces se impresionó de tal manera que sufrió la más singular de las alucinaciones. Oyó que las aguas del río, los árboles de la orilla, las piedras de los puentes, toda la naturaleza circundante gritaban:—«¡Es necesario que alguien se sacrifique para lavar esa injusticia!» [.] E[f] incontinenti se arrojó al río. Felizmente alguien le vió y pudo ser salvado inmediatamente.[g] Le prodigaron los auxilios y fué conducido al consulado de El Salvador,[h] cuyas señas llevaba en el bolsillo. Después, en su país, ha publicado bellos libros y escrito plausibles obras dramáticas; se ha nutrido de conocimientos diversos y hoy es director[i] de la Biblioteca Nacional de la capital salvadoreña.

---

[a] CyC: penetrara
[b] CyC: harmoniosa
[c] CyC: á
[d] CyC: que llega á
[e] CyC: á
[f] CyC: esa injusticia!». E
[g] CyC: immediatamente [*sic*].
[h] CyC: consulado del Salvador,
[i] CyC: Director

XIX

Listo, pues, todo para mi boda, quedó señalada la fecha del 22 de junio de aquel año de 1890 para la ceremonia civil. En ese día debería efectuarse en San Salvador una gran fiesta militar, para lo cual vendrían las tropas acuarteladas en Santa Ana y que comandaba el general Carlos Azeta [*sic*],[a] brazo derecho, y diremos[b] casi hijo mimado del presidente de la República.[111] Se decía que había querido casarse con Teresa, la hija mayor de éste. Si no estoy equivocado había disenciones [*sic*][c] entre Ezeta y algunos ministros del general Menéndez, como los doctores Delgado e[d] Interiano, pero no podría precisar nada al respecto.

Es el caso que las tropas llegaron para la gran parada del 22. Esa noche debía darse un baile en la Casa Blanca, esto es, en el Palacio Presidencial.

Se celebró en casa de mi novia la ceremonia del matrimonio civil y hubo un almuerzo al cual asistió el general Ezeta. Este estaba nervioso y por varias veces se levantó a[e] hablar con el señor Amaya, director de Telégrafos y amigo suyo. Después de la fiesta, yo, fatigado, me fuí a[f] acostar temprano, con la decisión de no asistir al baile de la Casa Blanca. Muy entrada la noche, oí,[g] entre dormido y despierto, ruidos de descargas, de cañoneo y tiros aislados, y ello no me sorprendió, pues supuse vagamente que aquello pertenecía a[h] la función militar. Más aún, sería ya la madrugada, cuando sentí ruidos de caballos que se detenían en la puerta de mi habitación, a[i] la cual se llamó, pronunciando mi nombre varias ve-

---

[a] CyC: Carlos Ezeta,

[b] CyC: diríamos

[c] CyC: disensiones

[d] CyC: é

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: Muy entrada la noche oí,

[h] CyC: á

[i] CyC: á

ces.—«Levántate», me decían, «está tu amigo el general Ezeta». Yo contesté que estaba demasiado cansado y no tenía ganas de pasear, suponiendo desde luego que se me invitaba para algún alegre y báquico desvelo. Sentí que se alejaron los caballos.[a]

Por[b] la mañana llamaron a[c] la puerta de nuevo; me levanté, abrí y me encontré con una criada[d] de casa de mi novia, o[e] mejor dicho, de mi mujer.—«Dicen las señoras», expresó, «que están muy inquietas con usted, suponiendo que le hubiese pasado algo en lo de anoche».—«¿Pero que [*sic*] ha ocurrido?», le pregunté».[f]—«Que ya no es presidente el general Menéndez, que le han matado». «¿Y quién es el presidente entonces?»[g]—«El general Ezeta». Me vestí y partí inmediatamente a[h] casa de mi esposa. Al pasar por los portales vecinos a[i] la Casa Blanca encontré unos cuantos cadáveres entre charcos de sangre. Impresionado entré al café del Hotel Nuevo Mundo a[j] tomar una copa; me senté. En una mesa cercana había un hombre con una herida en el cuello, vendada con un pañuelo ensangrentado. Estaba vestido de militar y bastante ebrio. Sacó un revólver y tranquilamente me apuntó:—«Diga, ¡Viva el general Ezeta!»—«Sí, señor», le contesté, ¡«viva el general Ezeta!»[k]—«Así se hace» exclamó. Y guardó su revólver. Tomé mi copa y partí inmeditamente [*sic*] a buscar a mi mujer.[l] En su casa se me narró lo que había sucedido. Durante la noche, mientras se estaba en lo mejor del baile presidencial, donde se hallaba la flor de la sociedad

---

[a] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 732 de *Caras y Caretas*].

[b] *Caras y Caretas*, año XV, n. 733, 19 de octubre de 1912, pp. 81-84; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de Ares (figuras 43 a 46 del "Apéndice de imágenes").

[c] CyC: á

[d] CyC: criadita

[e] CyC: ó

[f] CyC: —«Pero qué ha ocurrido?», le pregunté.

[g] CyC: —«¿Y quién es el presidente entonces?»

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: —«Sí, señor», le contesté: «¡Viva el general Ezeta!»

[l] CyC: partí inmediatamente á buscar á mi mujer.

salvadoreña, quedaron todos sorprendidos por ruidos de fusilería y se notó que el palacio estaba rodeado de tropas. Un general, cuyo nombre no recuerdo, había penetrado a los salones e intimó[a] orden de prisión a los ministros que allí se encontraban. El presidente, general Menéndez, se había ido a acostar.[b] La confusión de las gentes fué grande, hubo gritos y desmayos. A todo esto se había ya avisado al general Menéndez, que se ciñó su espada e[c] increpó duramente al general que llegaba a[d] comunicarle también orden de prisión. Entretanto[e] la guardia del[f] Palacio se batía desesperadamente con las tropas sublevadas. Teresa, la hija mayor del presidente, gritaba en los salones:—¡Que llamen a Carlos,[g] él tranquilizará todo esto y dominará la situación»![h]—«Señorita», le contestó alguien, «es el general Ezeta quien se ha sublevado». El presidente había abierto los balcones de la[i] habitación y arengaba a[j] las tropas. Aun se oyó un viva al general Menéndez, pero éste cayó instantáneamente muerto. Fué llevado el cuerpo, y los médicos certificaron que no tenía ninguna herida. Al darse cuenta de que Carlos Ezeta, a quien él quería como a un hijo y a quien había hecho toda clase de beneficios, a quien había enriquecido, a quien había puesto a la cabeza de su ejército, era quien le traicionaba de tal modo,[k] el pobre presidente, que era cardíaco, según parece, sufrió un ataque mortal. El cadáver fué expuesto y el pueblo desfiló y se dió cuenta de la verdad del hecho.—«¿Qué piesas [*sic*] hacer? me dijo mi

[a] CyC: había penetrado á los salones é intimó

[b] CyC: se había ido ya á acostar.

[c] CyC: é

[d] CyC: á

[e] CyC: Entre tanto

[f] CyC: de

[g] CyC: salones: —«Que llamen á Carlos,

[h] CyC: situación!»

[i] CyC: su

[j] CyC: á

[k] CyC: Carlos Ezeta, á quien él quería como á un hijo y á quien había hecho toda clase de beneficios, á quien había enriquecido, á quien había puesto á la cabeza de su ejército, era quien lo traicionaba de tal modo,

esposa».[a]—«Partir inmediatamente a[b] Guatemala, puesto que hay un vapor en el puerto de la Libertad». Salí a[c] dar los pasos necesarios para el arreglo rápido de mi viaje, y en el camino me encontré con alguien que me dijo:—«El general Ezeta desea que vaya dentro de una hora al Cuartel de Artillería». Cruzaban patrullas por las calles. Unos cuantos soldados iban cargados con cajas de dinero. Una hora después estaba yo en el cuartel de artillería, que se hallaba lleno de soldados, muchos de ellos heridos. Un tropel de jinetes. Llega el general Ezeta, rodeado de su Estado Mayor.[d] Se nota que ha bebido mucho. Desde el caballo se dirige a[e] mí y me dice que me entienda con no recuerdo ya quién, para asuntos de publicidad sobre el nuevo estado de cosas. Yo salgo y prosigo mis preparativos de partida; escribo una carta al nuevo presidente manifestándole que un asunto particular de especialísima urgencia, me obliga a irme inmediatamente a Guatemala;[f] que volveré a los pocos días a ponerme a sus órdenes.[g] Y me dirigí al puerto de la Libertad.[h] En el hotel estaba, cuando el comandante del puerto apareció y me dijo que de orden superior me estaba prohibida la salida del país. Entonces empecé por telégrafo una campaña activísima. Me dirigí a[i] varios amigos, rogándoles se interesasen con Ezeta y hasta recurrí a[j] la buena voluntad masónica de mi antiguo amigo el doctor Rafael Reyes, íntimo amigo del improvisado presidente.[k]

El vapor estaba para zarpar, cuando por influencia de Reyes, el comandante recibía orden de dejar que me embarcase; pero junto conmigo iba ya persona que observase y que procurase conocer el fondo de mis impresiones y sentimientos sobre los sucesos

---

[a] CyC: — «Qué piensas hacer?» me dijo mi esposa.

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: estado mayor.

[e] CyC: á

[f] CyC: de especialísima urgencia me obliga á irme inmediatamente á Guatemala;

[g] CyC: volveré á los pocos días á ponerme á sus órdenes.

[h] CyC: La Libertad.

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: Rafael Reyes, que era íntimo del improvisado presidente.

acontecidos. Era un señor Mendiola Boza, cubano de origen. Natural que yo me manifesté ezetista convencido, y el hombre lo creyó o[a] no lo creyó, pero cumplió con su misión.

[a] CyC: ó

XX

Al llegar a Guatemala, supe que le [*sic*] guerra estaba por estallar entre este país y El Salvador.[a] Menéndez había mantenido las mejores relaciones con el presidente guatemalteco Barillas,[112] y éste tenía sus razones para creer que Ezeta le sería contrario, y aprovecharab para prestigiarse de la antipatía tradicional entre salvadoreños y guatemaltecos.[c] No bien hube llegado al hotel, cuando un oficial se presentó a[d] decirme que el presidente general Barillas me esperaba inmediatamente. La capital estaba conmovida y se hablaba de la seguridad de la guerra. Me dirigí a[e] la casa presidencial, acompañado del oficial que había ido a[f] buscarme. Penetré entre los numerosos soldados de la guardia de honor y se me hizo pasar a[g] un salón. Al llegar, vi[h] que el presidente estaba rodeado de muchos notables de la ciudad. Se hallaba agitadísimo y cuando yo entré pronunciaba estas palabras:—«Porque, señores, el que quiere[i] comer pescado que se moje el...» Yo me senté tímidamente en una silla, fuera del círculo, pero el presidente me miró y me preguntó:—¿«Es usted el señor Rubén Darío?»—«Sí, señor», le contesté.[j] Me hizo entonces avanzar y me señaló un asiento cercano a[k] él.—«Vamos a[l] ver», me dijo, «es usted también de los que andan diciendo que el general Menéndez no ha sido asesinado?»—«Señor Presidente», le contesté, «yo acabo de llegar, no he hablado aún con nadie, pero puedo asegurarle que el

---

[a] CyC: Al llegar á Guatemala, supe que la guerra estaba por estallar entre este país y el Salvador.

[b] CyC: aprovecharía

[c] CyC: entre guatemaltecos y salvadoreños.

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: ví

[i] CyC: quiera

[j] CyC: —«¿Es usted el señor Rubén Darío? [»] —«Sí, señor», le contesté.

[k] CyC: á

[l] CyC: á

presidente Menéndez no ha sido asesinado». En los ojos de Barillas brilló la cólera.—«¿Y no sabe usted que tengo en la Penitenciaría a[a] muchos propaladores de esa falsa noticia?»—«Señor», insistí, «esa noticia no es falsa. El general Menéndez ha muerto de un ataque cardíaco al parecer; pero si no ha sido asesinado con bala o[b] con puñal, le ha dado muerte la ingratitud, la infamia del general Ezeta, que ha cometido, se puede decir, un verdadero parricidio».[c] Y me extendí sobre el particular. El presidente[d] me escuchó sin inmutarse. «Está bien», me dijo, cuando hube concluído. «Vaya en seguida y escriba eso. Que aparezca mañana mismo. Y véase con el Ministro de Relaciones Exteriores y con el Ministro de Hacienda.»[e] Me fuí rápidamente a[f] mi hotel y escribí la narración de los sucesos del 22 de junio con el título de «Historia negra», que en ocasión oportuna reprodujo *La Nación* de Buenos Aires.[113]

Mi escrito causó gran impresión, y supe después que Carlos Ezeta, así como su hermano Antonio, aseguraban que si alguna vez caía en sus manos no saldría vivo de ellas.—«Y pensar», decía algún tiempo más tarde el presidente Ezeta al ministro de España, don Julio de Arellano y Arróspide[g][114]—después Marqués de Casa Arellano y cuya esposa fuera madrina de mi hijo, en San José de Costa Rica—«¡y pensar[h] que yo hubiera hecho rico a[i] Rubén si no comete el disparate de ponerse en contra mía!» La verdad es que yo estaba satisfecho de mi conducta, pues Menéndez había sido mi benefactor, y sentía repugnancia de adherirme al círculo de los traidores. ¡Será[j] ello quizás un poco romántico y poco práctico; pero qué le vamos a[k] hacer!

---

[a] CyC: á

[b] CyC: ó

[c] CyC: parricidio.»

[d] CyC: Presidente

[e] CyC: Y véase con el ministro de Relaciones Exteriores y con el ministro de Hacienda».

[f] CyC: á

[g] CyC: Arrózpide

[h] CyC: «y pensar

[i] CyC: á

[j] CyC: traidores. Será

[k] CyC: á

XXI

De mi entrevista con el Ministro[a] de Relaciones Exteriores y con el de Hacienda resultó que por disposición presidencial se me hizo, como en San Salvador, director y propietario de un diario de carácter semi-oficial. A los pocos días, salía[b] el primer número de «El Correo de la tarde».[115]

Era el general Barillas un presidente voluntarioso y tiránico, como han sido casi todos los presidentes de[c] la América Central. Se apoyaba desde luego en la fuerza militar, pero tenía cierta cultura y excelentes rasgos de generosidad y de rectitud. Uno de sus ministros era Ramón Salazar, literato notable, de educación alemana.[116] La guerra se inició, pero concluyó felizmente al poco tiempo. El poder de los Ezetas se afianzó en San Salvador por el terror. En cuanto a[d] mí, hice del diario semi-oficial[e] una especie de cotidiana revista literaria. Frecuentaba a[f] don Valero Pujol, uno de los españoles de mayor valor intelectual que hayan venido a[g] América y cuyo nombre, no sé por qué,[h] quizás por el rincón centroamericano en que se metiera, no ha brillado como merece. Viejo republicano amigo[i] de Salmerón y de Pí y Margall, creo que fué, durante la república, gobernador de Zaragoza. En Guatemala era y es todavía el Maestro. Ha publicado valiosos libros de historia y tres generaciones le deben sus luces.[117] Era director de la Biblioteca Nacional el poeta cubano, José Joaquín Palma,[j] hombre exquisito y trovador

---

[a] CyC: ministro

[b] CyC: A los pocos días salía

[c] CyC: en

[d] CyC: á

[e] CyC: semioficial

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: no sé porqué,

[i] CyC: Viejo republicano, amigo

[j] CyC: el poeta cubano José Joaquín Palma,

zorrillesco.[118] Es aquél[a] autor de cierta poesía que se encontró entre los papeles de Olegario Andrade y que se publicó como suya, averiguándose después que era de Palma.[119]

Tenía varios colaboradores literarios para mi periódico, entre los cuales un jovencito de ojos brillantes y cara sensual, dorada de sol de trópico, que hizo entonces sus primeras armas. Se llamaba Enrique Gómez Carrillo.[120] Otro joven, José Tible Machado,[121] que escribía páginas a[b] lo Bourget, el Bourget bueno de entonces, y que después sería un conocido diplomático y actualmente redactor de[c] «Le Gaulois» de París, y otros.

Hice lo que pude de vida social e[d] intelectual, pero ya era tiempo de que viniese mi mujer y acabásemos de casarnos.[e] Y así, siete meses después de mi llegada, se celebró mi matrimonio religioso, siendo uno de mis padrinos el doctor Fernando Cruz, que falleció después de ministro en París.

---

[a] CyC: aquel

[b] CyC: á

[c] CyC: en

[d] CyC: é

[e] CyC: casarmos [*sic*].

XXII

En casa de Pujol intimé con un gran tipo, muy de aquellas tierras. Era el general Cayetano Sánchez, sostenedor del presidente Barillas, militar temerario, joven aficionado a los alcoholes, y a[a] quien todo era permitido por su dominio y simpatía en el elemento bélico. Recuerdo una escena inolvidable. Una noche de luna habíamos sido invitados varios amigos, entre ellos mi antiguo profesor, el polaco don José Leonard, y el poeta Palma, a[b] una cena en el castillo de San José. Nos fueron servidos platos criollos, especialmente uno llamado «chojín», sabroso plato que por cierto nos fué preparado por el hoy general Toledo, aspirante a[c] la presidencia de la República. Sabroso plato en verdad, ácido, picante, cuya base es el rábano. Los vinos abundaron como era de costumbre, y después se pasó al café y al cogñac,[d] del cual se bebieron copas innumerables. Todos estábamos más que alegres, pero al general Sánchez se le notaba muy exaltado en su alegría, y como nos paseásemos sobre las fortificaciones, viendo de frente a[e] la luz de la luna las lejanas torres de la Catedral, tuvo una idea de todos los diablos. «A ver, dijo, ¿quién manda esta pieza de artillería?» y señaló un enorme cañón. Se presentó el oficial y entonces Cayetano, como le llamábamos familiarmente, nos dijo: «Vean ustedes que lindo blanco. Vamos a echar abajo una de las torres de la catedral.[»][f] Y ordenó que preparasen el tiro. Los soldados obedecieron como autómatas; y como el general Sánchez era absolutamente capaz de todo, comprendimos que el momento era grave. Al poeta Palma se le ocurrió una idea excelente.—«Bien, Cayetano, le dijo: pero antes

---

[a] CyC: joven, aficionado á los alcoholes, y á

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: cognac,

[e] CyC: á

[f] CyC: nos dijo: —«Vean ustedes qué lindo blanco. Vamos á echar abajo una de las torres de la catedral».

vamos a[a] improvisar unos versos sobre el asunto. Haz que traigan más cogñac». Todos comprendimos[b] y heroicamente nos fuimos ingurgitando sendos vasos de alcohol. Palma servía copiosas dosis al general Sánchez. El y yo recitábamos versos y cuando la botella se había acabado, el general estaba ya dormido.[c] Así se libró Guatemala de ser despertada a media noche a cañonazos[d] de buen humor. Cayetano Sánchez, poco tiempo después, tuvo un triste y trágico fin.

Por esos días aconteció un hecho que tuvo por muchos días suspensa la atención pública. El hijo de uno de los más íntegros y respetados[e] magistrados de la capital, tenía amores con una dama casada con un extranjero. Como el marido oyese ruido una noche se levantó y se dirigió al comedor en donde estaba oculto el amante de su mujer. Este se arrojó sobre el pobre hombre y lo mató encarnizadamente,[f] con un puñal. La posición del joven, y sobre todo la del padre, aumentaban lo trágico del crimen. El asesino estuvo preso por algún tiempo y luego creo que le fué facilitada la[g] fuga. Años después, reducido a[h] la pobreza, se le encontró cosido a[i] puñaladas en el banco de un paseo, en una ciudad de los Estados Unidos, según se me ha contado.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: más cognac. Todos comprendimos

[c] CyC: cuando la botella se había acabado el general estaba ya dormido.

[d] CyC: á media noche á cañonazos

[e] CyC: respetables

[f] CyC: le mató encarnizándose,

[g] CyC: su

[h] CyC: á

[i] CyC: á

XXIII

No puedo rememorar por cuál motivo dejó de publicarse mi diario, y tuve que partir a[a] establecerme en Costa Rica. En San José pasé una vida grata, aunque de lucha. La madre de mi esposa era de origen costarriqueño y tenía allí alguna familia. San José es una ciudad encantadora entre las de la América Central. Sus mujeres son las más lindas de todas las de las cinco repúblicas. Su sociedad una de las más europeizadas y norteamericanizadas. Colaboré en varios periódicos, uno de ellos dirigido por el poeta Pío Víquez,[b122] otro por el cojo Quiroz,[c123] hombre temible en política, chispeante y popular, intimé[d] allí con el Ministro español Arellano y cuando nació mi primogénito, como he referido, su esposa, Margarita Foxá, fué la madrina.

Un día vi[e] salir de un hotel, acompañado de una mujer muy blanca y de cuerpo fino, española, a[f] un gran negro elegante. Era Antonio Maceo. Iba con él otro negro, llamado Bembeta, famoso también en la guerra cubana.

Tuve amigos buenos como el hoy general Lesmes Jiménez,[124] cuya familia era uno de los más fuertes sostenes de la política católica. Conocí en el Club[g] principal de San José a[h] personas como Rafael Iglesias,[125] verboso, vibrante, decidido; Ricardo Jiménez[126] y Cleto González Víquez,[i127] pertenecientes a[j] lo que llamaremos nobleza costarriqueña, letrados doctos, hombres gentiles, intachables caballeros, ambos verdaderos intelectuales. Todos después

---

[a] CyC: á
[b] CyC: Viquez,
[c] CyC: Quiróz,
[d] CyC: popular. Intimé
[e] CyC: ví
[f] CyC: á
[g] CyC: club
[h] CyC: á
[i] CyC: Viquez,
[j] CyC: á

han sido presidentes de la República.[a] Conocí allí también a[b] Tomás Regalado, manco como don Ramón del Valle Inclán, pero maravilloso tirador de revólver con el brazo que le quedaba; hombre generoso, aunque desorbitado cuando le poseía el demonio de las botellas, y que fué años más tarde presidente también, de la República de El Salvador.[c] Sobre el general Regalado cuéntanse anécdotas interesantes que llenarían un libro.[128]

Después del nacimiento de mi hijo la vida se me hizo bastante difícil en Costa Rica y partí solo, de retorno a[d] Guatemala, para ver si encontraba allí manera de arreglarme una situación. En ello estaba, cuando recibí por telégrafo la noticia de que el gobierno de Nicaragua, a[e] la sazón presidido por el doctor Roberto Sacasa,[129] me había nombrado miembro de la Delegación que enviaba Nicaragua a[f] España con motivo de las fiestas del centenario de Colón. No había tiempo para nada; era preciso partir inmediatamente. Así es que escribí a mi mujer y me embarqué a juntarme con mi compañero de Delegación, don Fulgencio Mayorca [*sic*], en Panamá.[g] En el puerto de Colón tomamos pasaje en un vapor español de la compañía Trasatlántica,[h] si mal no recuerdo el León XIII;[i] y salimos con rumbo a[j] Santander.

Se me pierden en la memoria los incidentes de a[k] bordo, pero sí tengo presente que iban unas señoras primas del escritor francés Edmond About;[130] que iba también el delegado por el Ecuador, don Leonidas Pallarés artista,[l] poeta de discreción y amigo excelente;[131] uno de los delegados de Colombia, Isaac Arias Argaez,

---

[a] CyC: república.

[b] CyC: á

[c] CyC: república del Salvador.

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: escribí á mi mujer y me embarqué á juntarme con mi compañero de delegación, don Fulgencio Mayorga, en Panamá.

[h] CyC: Transatlántica,

[i] CyC: el *León XIII*;

[j] CyC: á

[k] CyC: á

[l] CyC: don Leonidas Pallares Arteta [*sic*]

llamado el *chato* Arias, bogotano delicioso, ocurrente, buen narrador de anécdotas y cantador de pasillos, y que, nombrado cónsul en Málaga se quedó allí, hasta hoy, y es el hombre más popular y más querido en aquella encantadora ciudad andaluza.

En Cuba se embarcó Texifonte Gallego, que había sido secretario de ya no recuerdo qué Capitán General. Texifonte, buen parlante, de grandes dotes para la vida, hizo carrera. ¡Ya lo creo que hizo carrera! Hacíamos la travesía lo más gratamente posible, con cuantas ocurrencias imaginábamos y al amor de los espirituosos[a] vinos de España. Nos ocurrió un curioso incidente. Estábamos en pleno Océano,[b] una mañanita, y el sirviente de mi camarote llegó a[c] despertarme:—«Señorito, si quiere usted ver un náufrago que hemos encontrado, levántese pronto». Me levanté. La cubierta estaba llena de gente, y todos miraban a[d] un punto lejano donde se veía una embarcación y en ella un hombre de pie. El momento era emocionante. El vapor se fué acercando poco a[e] poco para recoger al probable náufrago, cuando de pronto, y ya el sol salido, se oyó que aquel hombre con una gran voz preguntó en inglés:—«¿En qué latitud y longitud estamos?». El capitán[f] le contestó también en inglés, dándole los datos que pedía, y le preguntó quién era y qué había pasado. —«Soy, le dijo, el capitán Andrews de los Estados Unidos, y voy por cuenta de la casa del jabón Sapolio, siguiendo en este barquichuelo el itinerario de Cristóbal Colón al revés. Hágame el favor de avisar cuando lleguen a España al cónsul[g] de los Estados Unidos que me han encontrado aquí.»—¿«Necesita[h] usted algo?»—le dijo el capitán de nuestro vapor. Por toda contestación, el yankee sacó del interior del barquichuelo dos latas de conservas que tiró sobre la cubierta del León XIII,[i] puso su vela

---

[a] CyC: capitosos
[b] CyC: océano,
[c] CyC: á
[d] CyC: á
[e] CyC: á
[f] CyC: estamos»? El capitán
[g] CyC: á España, al cónsul
[h] CyC: aquí». —«¿Necesita
[i] CyC: del *León XIII*,

y se despidió de nosotros. Algunos días después de nuestra llegada a[a] España Mr. Andrews arribaba al puerto de Palos, en donde era recibido en triunfo. Luego, buen yankee, exhibió su barca cobrando la entrada y se juntó bastantes pesetas.[132]

[a] CyC: á

XXIV

En Madrid, me hospedé en el hotel de Las Cuatro Naciones, situado en la calle del Arenal y[a] hoy transformado. Como supiese mi calidad de hombre de letras, el mozo Manuel me propuso:—«Señorito, ¿quiere usted conocer el cuarto de don Marcelino? El está ahora en Santander y yo se lo puedo mostrar». Se trataba de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y yo acepté gustosísimo. Era un cuarto como todos los cuartos de hotel, pero lleno de tal manera de libros y de papeles, que no se comprende cómo allí[b] se podía caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta. Los libros eran de diferentes formatos. Los papeles de grandes pliegos estaban llenos de cosas sabias, de cosas sabias de don Marcelino.—«Cuando está don Marcelino no recibe a[c] nadie», me dijo Manuel. El caso es que la buena suerte quiso que cuando retornó de Santander el ilustre humanista yo entrara a[d] su cuarto, por lo menos algunos minutos todas las mañanas. Y allí se inició nuestra larga y cordial amistad.[133]

[a] CyC: arenal, y
[b] CyC: ahí
[c] CyC: á
[d] CyC: á

XXV

Era el alma de las delegaciones hispanoamericanas[a] el general don Juan Riva Palacio [*sic*],[b134] ministro de Méjico, varón activo, culto y simpático. En la corte española el hombre tenía todos los merecimientos; imponía su buen humor y su actitud siempre laboriosa era por todos alabada. El general Riva Palacio había tenido una gran actuación en su país como militar y como publicista, y ya en sus últimos años fué enviado a[c] Madrid, en donde vivía con esplendor, rodeado de amigos, principalmente funcionarios y hombres de letras. Se cuenta que algún incidente hubo en una fiesta de Palacio, con la reina regente doña María Cristina,[135] pues ella no podía olvidar que el general Riva Palacio había sido de los militares que tomaron parte en el juzgamiento de su pariente, el emperador Maximiliano;[d136] pero todo se arregló, según parece, por la habilidad de Cánovas del Castillo,[137] de quien el mejicano era íntimo amigo.[e]

Tenía don Vicente, en la calle de Serrano, un palacete lleno de obras de arte y antigüedades,[f] en donde solía reunir a sus amigos de letras, a quienes[g] encantaba con su conversación chispeante y la narración de interesantes anécdotas. Era muy aficionado a[h] las zarzuelas del género chico y frecuentaba, envuelto en su capa clásica, los teatros en donde había tiples buenas mozas. Llegó a[i] ser un hombre popular en Madrid, y cuando murió, su desaparición fué muy sentida.

---

[a] CyC: hispano-americanas

[b] CyC: el general don Vicente Riva Palacio,

[c] CyC: á

[d] CyC: de su pariente el emperador Maximiliano;

[e] CyC: de quien el mexicano era amigo íntimo.

[f] CyC: y de antigüedades,

[g] CyC: á sus amigos de letras, á quienes

[h] CyC: á

[i] CyC: á

Fuí amigo de Castelar.[138] La primera vez que llegué a casa del gran hombre,[a] iba con la emoción que Heine sintió al llegar a[b] la casa de Goethe. Cierto que la figura de Castelar tenía, sobre todo para nosotros los hispanoamericanos,[c] proporciones gigantescas, y yo creía, al visitarle, entrar[d] en la morada de un semi-dios. El orador ilustre me recibió muy sencilla y afablemente en su casa de la calle Serrano. Pocos días después me dió un almuerzo, al cual asistieron, entre otras personas, el[e] célebre político Abarzuza[139] y el banquero don Adolfo Calzado.[140] Alguna vez he escrito detalladamente sobre este almuerzo, en el cual la conversación inagotable de Castelar fué un deleite para mis oídos y para mi espíritu. Tengo presente que me habló de diferentes cosas referentes a[f] América, de la futura influencia de los Estados Unidos sobre nuestras Repúblicas,[g] del general Mitre, a[h] quien había conocido en Madrid, de *La Nación*, diario en donde había colaborado; y de otros tantos temas en que se expedía su verbo de colorido profuso y armonioso. En ese almuerzo nos hizo comer unas riquísimas perdices que le había enviado su amiga la duquesa de Medinaceli. Hay que recordar que Castelar era un «gourmet» de primer orden y que sus amigos, conociéndole este flaco, le colmaban de presentes gratos a[i] Meser Gaster. Después tuve ocasión de oir [*sic*] a[j] Castelar en sus discursos. Le oí en Toledo y le oí en Madrid. En verdad era una voz de la naturaleza, era un fenómeno singular como el de los grandes tenores, o[k] los grandes ejecutantes. Su oratoria tenía del prodigio, del milagro; y creo difícil, sobre todo ahora que la apreciación sobre la oratoria ha cambiado tanto, que se repita dicho fenómeno,

---

[a] CyC: á casa del grande hombre,
[b] CyC: á
[c] CyC: hispano-americanos,
[d] CyC: y yo creía al visitarle entrar
[e] CyC: al cual asistieron entre otras personas, el
[f] CyC: á
[g] CyC: repúblicas,
[h] CyC: á
[i] CyC: á
[j] CyC: á
[k] CyC: ó

aunque hayan aparecido, tanto en España como en la Argentina por ejemplo en Belisario Roldán,[a][141] casos parecidos.

He recordado alguna vez, cómo en casa de doña Emilia Pardo Bazán y en un círculo de admiradores, Castelar nos dió a[b] conocer la manera de perorar de varios oradores célebres que él había escuchado, y luego la manera suya, recitándonos un fragmento del famoso discurso-réplica al cardenal Manterola.[142] Castelar era en ese tiempo, sin duda alguna, la más alta figura de España y su nombre estaba rodeado de la más completa gloria.

[a] CyC: por ejemplo, en Belisario Roldán,

[b] CyC: á

XXVI

Conocí a[a] don Gaspar Núñez de Arce,[143] que me manifestó mucho afecto y que, cuando alistaba yo mi viaje de retorno a[b] Nicaragua, hizo todo lo posible para que me quedase en España. Escribió una carta a[c] Cánovas del Castillo pidiéndole que solicitase para mi [*sic*][d] un empleo en la compañía Trasatlántica.[e] Conservaba yo hasta hace poco tiempo la contestación de Cánovas, que se me quedó en la redacción del *Fígaro* de la Habana.[f][144] Cánovas le decía que se había dirigido al marqués de Comillas;[145] que éste manifestaba la mejor voluntad; pero que no había, por el momento, ningún puesto importante que ofrecerme. Y a[g] vuelta de varias frases elogiosas para mí, «es preciso, decía, que lo naturalicemos». Nada de ello pudo hacerse, pues mi visita[h] era urgente.[i]

Conocí[j] a[k] don Ramón de Campoamor. Era todavía un anciano muy animado y ocurrente. Me llevó a[l] su casa el doctor José Verdes Montenegro, que era en ese tiempo muy joven. Se quejó el poeta de las *Doloras* y de los *Pequeños Poemas*, de ciertos críticos,[m] en la conversación. «No quieren que los chicos me imiten», decía. Conservaba entre sus papeles, y me hizo que la leyera, una

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: mí

[e] CyC: Compañía Transatlántica.

[f] CyC: del *Fígaro*, de la Habana.

[g] CyC: á

[h] CyC: vuelta

[i] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 733 de *Caras y Caretas*].

[j] *Caras y Caretas*, año XV, n. 734, 26 de octubre de 1912, pp. 82-85; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de Ares (figuras 47 a 50 del "Apéndice de imágenes").

[k] CyC: á

[l] CyC: á

[m] CyC: Se quejó el poeta de las *Doloras* y de los *Pequeños Poemas* de ciertos críticos,

décima sobre el [*sic*][a] que yo había publicado en Santiago de Chile y que le había complacido mucho.[146] Era un amable y jovial filósofo. Gozaba de bienes de fortuna; era terrateniente en su país de Asturias, allí donde encontrara tantos temas para sus fáciles y sabrosas poesías. Ese risueño moralista era en ocasiones como su gaitero de Gijón. Muchas veces sonríe mostrando la humedad brillante de una lágrima.

Uno de mis mejores amigos fué don Juan Valera, quien ya se había ocupado largamente en sus C*artas Americanas* de mi libro *Azul*, publicado en Chile.[147] Ya estaba retirado de su vida diplomática; pero su casa era la del más selecto espíritu español de su tiempo, la del «tesorero de la lengua castellana», como le ha llamado el conde de las Navas,[148] una de las más finas amistades[b] que conservo desde entonces. Me invitó don Juan a[c] sus reuniones de los viernes, en donde me hice de excelentes conocimientos: el duque de Almenara Alta, don Narciso Campillo y[d] otros cuantos que ya no recuerdo. El duque de Almenara era un noble de letras, buen gustador de clásicas páginas; y por su parte, dejó[e] algunas amenas y plausibles.[149] Campillo, que era catedrático y hombre aferrado a[f] sus tradicionales principios, tuvo por mí simpatías, a[g] pesar de mis demostraciones revolucionarias. Era conversador de arranques y ocurrencias graciosísimas, y contaba con especial donaire cuentos picantes y verdes.[150]

---

[a] CyC: él

[b] CyC: , una de las finas amistades

[c] CyC: á

[d] CyC: don Narciso Campillo, y

[e] CyC: y, por su parte, dejó

[f] CyC: á

[g] CyC: á

XXVII

La noche que me dedicara don Juan Valera, y en la cual leí versos, me dijo: «Voy a presentar a usted una reliquia».[a] Como pasaran las doce y la reliquia no apareciese, creí que la cosa quedaría para otra ocasión, tanto más, cuanto que comenzaban a[b] retirarse los contertulios. Pero don Juan me dijo que tuviese paciencia y esperase un rato más. Quedábamos ya pocos, cuando a[c] eso de las dos de la mañana, sonó el timbre y a[d] poco entró, envuelto en su capa, un viejecito de cuerpo pequeño, algo encorvado y al parecer bastante sordo. Me presentó a[e] él el dueño de la casa, más no me dijo su nombre, y el viejecito se sentó a[f] mi lado. El para mí desconocido, empezó a hablarme[g] de América, de Buenos Aires, de Río de Janeiro, en donde había estado por algún tiempo, con cargos diplomáticos, o[h] comisiones del gobierno de España; y luego, tratando de cosas pasadas de su vida, me hablaba de «Pepe»: «Cuando Pepe estuvo en Londres»... «Un día me decía Pepe»... «Porque como el carácter de Pepe era así»... El caso me intrigaba vivamente. ¿Quién era aquél[i] viejecito que estaba a[j] mi lado? No pude dominar mi curiosidad, me levanté y me dirigí a[k] don Juan Valera. «Dígame señor, le dije, ¿quién es el señor anciano a[l] quien usted me ha presentado?»—«La reliquia»,[m] me contestó. «¿Y quién[n] es la reliquia?» «*Bueno*

---

[a] CyC: «Voy á presentar á usted una reliquia».
[b] CyC: á
[c] CyC: á
[d] CyC: á
[e] CyC: á
[f] CyC: á
[g] CyC: empezó hablarme [*sic*]
[h] CyC: ó
[i] CyC: el
[j] CyC: á
[k] CyC: á
[l] CyC: á
[m] CyC: presentado?» «La reliquia»,
[n] CyC: «Y quien

es el mundo, bueno, bueno, bueno»... La reliquia era don Miguel de los Santos Alvarez;[151] y Pepe, naturalmente, era Espronceda.

Salimos casi de madrugada. Campillo y yo,[a] con nosotros don Miguel. Desde la cuesta de Santo Domingo, llegamos hasta la puerta[b] del Sol, y luego, a[c] las cercanías del Casino de Madrid. Yo tenía la intención de ir a acompañar la reliquia a su casa,[d] pues ya los resplandores del alba empezaban a iluminar al cielo.[e] Se lo manifesté y él, con mucho gracejo, me contestó:—«Le agradezco mucho, pero yo no me acuesto todavía. Tengo que entrar al Casino, en donde me aguardan unos amigos... Ya ve usted; calcule los años que tengo... y luego dirán que hace daño trasnochar!» Me despedí muy satisfecho de haber conocido a[f] semejante hombre de tan lejanos tiempos.

Un día, en un hotel que daba a la Puerta del Sol, a donde había ido a visitar al glorioso[g] y venerable don Ricardo Palma,[152] entró un viejo cuyo rostro no me era desconocido, por fotografías y grabados. Tenía un gran lobanillo o protuberancia, a un lado de la cabeza.[h] Su indumentaria era modesta, pero en los ojos le relampagueaba el espíritu genial. Sin sentarse habló con Palma de varias cosas. Este me presentó a[i] él; y yo me sentí profundamente conmovido. Era don José Zorrilla, «el que mató a don Pedro y el que salvó a don Juan»... Vivía[j] en la pobreza, mientras sus editores se habían llenado de millones con sus obras. Odiaba su famoso *Tenorio*... Poco tiempo después, la viuda tenía que empeñar una de las coronas que se ofrendaran al mayor de los líricos de España... Después de que Castelar había pedido para él una pensión a[k] las

---

[a] CyC: Salimos casi de madrugada, Campillo y yo,

[b] CyC: Puerta

[c] CyC: á

[d] CyC: Yo tenía la intención de ir á acompañar á la reliquia á su casa,

[e] CyC: empezaban á iluminar el cielo.

[f] CyC: á

[g] CyC: en un hotel que daba á la Puerta del Sol, á donde había ido á visitar al glorioso

[h] CyC: Tenía un gran lobanillo, ó protuberancia, á un lado de la cabeza.

[i] CyC: á

[j] CyC: «el que mató á don Pedro, y el que salvó á don Juan...» Vivía

[k] CyC: á

Cortes, pensión que no se consiguió a[a] pesar de la elocuencia del Crisóstomo,[b] que habló de quien era propietario del cielo azul, «en donde no hay nada que comer»...[c153]

Conocí a[d] doña Emilia Pardo Bazán.[154] Daba fiestas frecuentes, en ese tiempo, en honor de las delegaciones hispano-americanas que llegaban a[e] las fiestas del centenario colombino. Sabidos son el gran talento y la verbosidad de la infatigable escritora. Las noches de esas fiestas llegaban los orfeones de Galicia, a[f] cantar alboradas bajo sus balcones. La señora Pardo Bazán todavía no había sido titulada por el rey; pero estaba en la fuerza de su fama y de su producción. Tenía un hijo, entonces jovencito, don Jaime, y dos hijas, una de ellas casada hoy con el renombrado y bizarro coronel Cavalcanti. Su salón era frecuentado por gente de la nobleza, de la política y de las letras; y no había extranjero de valer que no fuese invitado por ella. Por esos días vi en su casa a[g] Maurice Barrés [*sic*], que andaba documentándose para su libro *Du sang, de la volupté et de la Mort*.[h155] Por cierto que le pasó una aventura graciosísima en una corrida de toros.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: crisóstomo,

[c] CyC: comer...»

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: *Du sang, de la Volupté et de la Mort*.

XXVIII

Conocí mucho a don Antonio Cánovas del Castillo, a quien[a] fuí presentado por don Gaspar Núñez de Arce. Hacía poco que aquel vigoroso viejo, que era la mayor potencia política de España, se había casado con doña Joaquina de Osma, bella, inteligente y voluptuosa dama, de origen peruano. Mucho se había hablado de ese matrimonio, por la diferencia de edad; pero es el caso que Cánovas estaba locamente enamorado de su mujer, y su mujer le correspondía con creces.[156] Cánovas adoraba los hombros maravillosos de Joaquina, y por otras partes, en las estatuas de su *sérre* [*sic*], o en[b] las que decoraban vestíbulos y salones, se veían como amorosas reproducciones de aquellos hombros y aquellos senos incomparables, revelados por los osados escotes. La conversación de Cánovas, como saben todos los que le trataron de cerca, era llena de brío y de gracia, con su peculiar ceceo andaluz.[c] Su mujer no le iba en zaga como conversadora lista y pronta para la «ripposta»;[d] y pude presenciar, en una de las comidas a[e] que asistiera en el opulento palacio de la Huerta, en la Guindalera, a[f] una justa de ingenio en que tomaban parte Cánovas, Joaquina, Castelar y el general Riva Palacio.

Cuéntase ahora en Madrid una leyenda, que si no es cierta, está bien inventada como un cuento de antaño o[g] como un romántico poema. Dícese que cuando Cánovas fué asesinado por truculento y fanático anarquista italiano, se repitió en España el episodio de doña Juana la Loca. Y que, una vez que el cuerpo de su marido fué enterrado, después que le hubo acompañado hasta el lugar de su último reposo, sin derramar, como extática, una sola

---

[a] CyC: á don Antonio Cánovas del Castillo, á quien

[b] CyC: de Joaquina y por todas partes, en las estatuas de su *sèrre*, ó en

[c] CyC: anduluz. [*sic*]

[d] CyC: «risposta»;

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: antaño, ó

lágrima, la esposa se encerró en su palacio y no volvió a[a] salir más de él. Dícese que apenas hablaba por manosílabos [*sic*][b] con la servidumbre para dar sus órdenes; que recorría los salones solitarios, con sus tocas de viuda; que una noche de invierno se vistió de blanco con su traje de novia; que, por la mañana, los criados la buscaron por todas partes sin encontrarla; hasta que la hallaron en el jardín, ya muerta; tendida[c] con la cara al cielo y cubierta por la nieve. Ello es lindo y fabuloso; Tennyson, Becquer o Barbey d'Aureville [*sic*].[d]

[a] CyC: á

[b] CyC: monosílabos

[c] CyC: ya muerta, tendida

[d] CyC: ó Barbey d'Aurevilly.

XXIX

Los miembros de la delegación de Nicaragua, recibimos en la sección correspondiente de la Exposición, y en su oportunidad, a[a] los reyes de España, que iban acompañados de los de Portugal. El día de la visita fué la primera vez que observé testas coronadas. Me llamó la atención fuertemente la hermosura de la reina portuguesa, alta y gallarda como todas las Orleans, y fresca como una recién abierta rosa rosada. Iba junto a[b] ella el obeso marido, que debía tener tan trágico fin.[157] En la vecina sección de Guatemala, sucedió algo gracioso. Había preparado el delegado guatemalteco, doctor Fernando Cruz,[158] dos abanicos espléndidos, para ser obsequiados a la [*sic*][c] reinas; pero uno de ellos era más espléndido que el otro, puesto que era el destinado para la reina regente doña María Cristina. Los abanicos estaban sobre una bandeja de oro. El ministro, antes de ofrecerlos, anunció el obsequio en cortas y respetuosas palabras. La reina doña Amelia de Portugal vió[d] los dos abanicos y con su mirada de joven y de coqueta se dió cuenta de cuál[e] era el mejor; y, sin esperar más, lo tomó para sí y dió las gracias al ministro.

Antes de retornar a Nicaragua, fuí invitado a tomar parte[f] en una velada lírico-literaria. Hablamos dos personas. Un joven orador de barba negra, que conquistaba a[g] los auditorios con su palabra cálida y fluyente, don José Canalejas, que fué luego presidente del Consejo de Ministros,[h159] y yo que leí unos versos, creo que los titulados *A Colón*. Poco tiempo después tomaba el vapor para

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á las

[d] CyC: La reina doña Amelia de Portugal, vió

[e] CyC: cual

[f] CyC: Antes de retornar á Nicaragua, fuí invitado á tomar parte

[g] CyC: á

[h] CyC: don José Canalejas, actual presidente del Consejo de Ministros,

Centro-América, en el mismo puerto de Santander, en donde había desembarcado.

No tengo en la memoria ningún incidente del viaje de retorno, solamente de las horas que el vapor se detuviera en el puerto de Cartagena, en Colombia. Cartagena de Indias la ciudad fundada por aquel antepasado don José María de Heredia,[160] a quien[a] el poeta cubano-francés ha cantado y Claudius Popelin ha retratado en cuadro memorable.[161] No lejos de Cartegena [*sic*][b] está la residencia de Cabrero,[c] en donde se encontraba entonces retirado el antiguo Presidente de la República y célebre publicista y poeta, doctor Rafael Núñez.[162] Este hombre eminente ha sido de las más grandes figuras de ese foco de superiores intelectos, que es el país colombiano. Digan lo que quieran sus enemigos políticos, el nombre de Rafael Núñez ha de resplandecer más tarde en una cierta y definitiva gloria. Era un pensador y un formidable hombre de acción. Bajé a tierra a hacerle[d] una visita. Acompañábanle, cuando penetré a[e] su morada, su esposa doña Soledad y una sobrina. Me recibió con gravedad afable. Me dijo cosas gratas, me habló de literatura y de mi viaje a[f] España, y luego me preguntó:—«¿Piensa usted quedarse en Nicaragua?»—«De ninguna manera, le contesté, porque el medio no me es propicio». «Es verdad,[g] me dijo. No es posible que usted permanezca allí. Su espíritu se ahogaría en ese ambiente. Tendría usted que dedicarse a[h] mezquinas políticas; abandonaría seguramente su obra literaria y la pérdida no sería para usted sólo, sino para nuestras letras. ¿Querría usted ir a[i] Europa?». Yo le manifesté que eso[j] sería mi sueño deseado; y al mismo tiempo expresé mis ansias por conocer Buenos

[a] CyC: Cartagena de Indias es la ciudad fundada por aquel antepasado de José María de Heredia, á quien

[b] CyC: Cartagena

[c] CyC: la residencia del Cabrero,

[d] CyC: Bajé á tierra á hacerle

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: porque el medio no me es propicio.» —«Es verdad,

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: ese

Aires. «Puesto que usted lo quiere, agregó, yo escribiré a Bogotá, al presidente señor Caro,[163] para que se le nombre a usted cónsul general en Buenos Aires,[a] pues cabalmente la persona que hoy ocupa ese puesto va a[b] retirarse de la capital argentina. Vaya usted a su país a dar cuenta[c] de su misión, y espere las noticias que se le comunicarán oportunamente.» No hay que decir que yo me llené de esperanzas y de alegrías.[d]

[a] CyC: Buenos Aires. —«Puesto que usted lo quiere, agregó, yo escribiré á Bogotá, al presidente señor Caro, para que se le nombre á usted Cónsul General en Buenos Aires,

[b] CyC: á

[c] CyC: Vaya usted á su país á dar cuenta

[d] CyC: oportunamente.» —No hay que decir que yo me llené de esperanza y de alegría

XXX

A mi llegada a[a] Nicaragua, permanecí algunos días en la ciudad de León. Hice todo lo posible por ver si el gobierno me pagaba allí más de medio año de sueldos que me adeudaba; pero, por más que hice, ví que era preciso que fuese yo mismo a[b] la capital, cosa que quería evitar por más de un motivo.

Estando en León, se celebraron funerales en memoria, de[c] un ilustre político que había muerto en París, don Vicente Navas. Se me rogó que tomase parte en la velada, que se daría en honor del personaje fallecido, y escribí unos versos en tal ocasión.[164] Estaba la noche de esa velada,[d] leyendo mi poesía, cuando me fué entregado un telegrama. Venía de San Salvador, lugar a donde yo no podía ir, a causa[e] de los Ezetas, y en donde residía mi esposa en unión de su madre y de su hermana casada. El telegrama me anunciaba en vagos términos la gravedad de mi mujer, pero yo comprendí por íntimo presentimiento que había muerto; y sin acabar de leer los versos, me fuí precipitadamente al hotel en que me hospedaba, seguido de varios amigos, y allí me encerré en mi habitación, a llorar[f] la pérdida de quien era para mí consolación y apoyo moral. Pocos días después, llegaron noticias detalladas del fallecimiento. Se me enviaba un papel escrito con lápiz por ella, en el cual me decía que iba a hacerse operar—había[g] quedado bastante delicada después del nacimiento de nuestro hijo,—y que si moría en la operación, lo único que me suplicaba era que dejase al niño en poder de su madre, mientras ésta viviese. Por otra parte, me escribía mi concuñado el banquero don Ricardo Trigueros, que él se encargaría gustoso de

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: en memoria de

[d] CyC: Estaba, la noche de esa velada,

[e] CyC: lugar adonde yo no podía ir, á causa

[f] CyC: me encerré en mi desolación, á llorar

[g] CyC: á hacerse operar,—había

la educación de mi hijo, y que su mujer sería como una madre para él. Hace diez y nueve años que esto ha sucedido y ello ha sido así.[a]

Pasé ocho días sin saber nada de mí, pues en tal emergencia recurrí a las abrumadoras nepentas de las bebidas alcohólicas.[b] Uno de esos días abrí los ojos y me encontré con dos señoras que me asistían; eran mi madre y una hermana mía, a[c] quienes se puede decir que conocía por primera vez, pues mis anteriores recuerdos maternales estaban como borrados. Cuando me repuse, fué preciso partir para la capital para hablar con el presidente doctor Sacasa, y ver si me abonaban mis haberes.

Llegué a[d] Managua y me instalé en un hotel de la ciudad. Me rodearon viejos amigos; se me ofreció que se me pagarían pronto mis sueldos, más [*sic*][e] es el caso que tuve que esperar bastantes días; tantos que[f] en ellos ocurrió el caso más novelesco y fatal de mi vida, pero al cual no puedo referirme en estas memorias por muy poderosos motivos. Es una página dolorosa de violencia y engaño, que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años; pero vive aún quien como yo ha sufrido las consecuencias de un familiar[g] paso irreflexivo, y no quiero aumentar con la menor referencia una larga pena. El diplomático y escritor mejicano Federico Gamboa,[165] tan conocido en Buenos Aires, tiene escrita desde hace muchos años esa página romántica[h] y amarga, y la conserva inédita, porque yo no quise que la publicase en uno de sus libros de recuerdos. Es precisa, pues, aquí esta laguna en la narración de mi vida.[166]

---

[a] CyC: así!

[b] CyC: recurrí á los abrumadores nepentes de las bebidas alcohólicas.

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: mas

[f] CyC: tantos, que

[g] CyC: familial

[h] CyC romancesca

XXXI

De este modo, encuéntreme el lector como dos meses después, en la ciudad de Panamá, en donde, según carta que había recibido en Managua, del doctor Rafael Núñez, se me debía entregar por el gobernador del Itsmo [*sic*][a] mi nombramiento de cónsul general de Colombia en Buenos Aires. Así fué, por la eficaz recomendación de aquel hombre ilustre. No solamente se me entregó mi nombramiento—en el cual se me decía que se me daba este[b] puesto por no haber entonces ninguna vacante diplomática—y mi carta patente correspondiente, sino una buena suma de sueldos adelantados. En seguida tomé el vapor para Nueva York.

Me hospedé en un hotel español, llamado el hotel América; y de allí se esparció en la colonia hispano-americana de la imperial ciudad la noticia de mi llegada. Fué el primero en visitarme un joven cubano, verboso y cordial, de tupidos cabellos negros, ojos vivos y penetrantes y trato caballeroso y comunicativo. Se llamaba Gonzalo de Quesada, y es hoy ministro de Cuba en Berlín.[167] Su larga actuación panamericana es harto conocida. Me dijo que la colonia cubana me preparaba un banquete que se verificaría en casa del famoso «restaurateur» Martín, y que el «Maestro» deseaba verme cuanto antes. El Maestro era José Martí, que se encontraba en esos momentos en lo más arduo de su labor revolucionaria. Agregó asimismo Gonzalo, que Martí me esperaba esa noche en Harmand[c] Hall, en donde tenía que pronunciar un discurso ante una asamblea de cubanos, para que fuéramos a[d] verle juntos. Yo admiraba altamente el vigor general[e] de aquel escritor único, a[f] quien había conocido por aquellas formidables y líricas correspondencias

---

[a] CyC: Istmo
[b] CyC: ese
[c] CyC: Hartmand
[d] CyC: á
[e] CyC: genial
[f] CyC: á

que enviaba a[a] diarios hispano-americanos, como *La Opinión Nacional* de Caracas, *El Partido Liberal*[b] de México[168] y, sobre todo, *La Nación* de Buenos Aires. Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba[c] el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta. Fuí puntual a[d] la cita, y en los comienzos de la noche entraba en compañía de Gonzalo de Quesada por una de las puertas laterales del edificio en donde debía hablar el gran combatiente. Pasamos por un pasadizo sombrío; y, de pronto, en un cuarto lleno de luz, me[e] encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo y que me decía esta única palabra: «¡Hijo!».[f]

Era la hora ya de aparecer ante el público, y me dijo que yo debía acompañarle en la mesa directiva; y cuando me dí cuenta, después de una rápida presentación a[g] algunas personas, me encontré con ellas y con Martí en un estrado, frente al numeroso público que me saludaba con un aplauso simpático. ¡Y yo pensaba en lo que diría el gobierno colombiano, de su cónsul general[h] sentado en público, en una mesa directiva revolucionaria anti-española! Martí tenía esa noche que defenderse. Había sido acusado, no tengo presente ya si de negligencia, o de precipitación, en no sé cuál movimiento de invasión a Cuba.[i] Es el caso, que el núcleo de la colonia le era en aquellos momentos contrario; mas aquel orador sorprendente tenía recursos extraordinarios, y aprovechando mi presencia, simpática para los cubanos que conocían al poeta, hizo de mí una presentación ornada de las mejores galas de su estilo. Los aplausos

---

[a] CyC: á

[b] CyC: *El partido liberal*

[c] CyC: trasparentaba

[d] CyC: á

[e] CyC: luz me

[f] CyC: «¡Hijo!»

[g] CyC: á

[h] CyC: Cónsul General

[i] CyC: Había sido acusado, no tengo presente ya si de negligencia, ó de precipitación, en no sé cual movimiento de invasión á Cuba.

vinieron entusiásticos, y él aprovechó el instante para sincerarse y defenderse de las sabidas acusaciones, y como ya tenía ganado al público,[a] y como pronunció en aquella ocasión uno de los más hermosos discursos de su vida, el éxito fué completo y aquel auditorio antes hostil, le aclamó vibrante y prolongadamente.

Concluído el discurso, salimos a[b] la calle. No bien habíamos andado algunos pasos, cuando oí que alguien le llamaba: «¡Don José! ¡Don José!» «Era un negro obrero que se le acercaba humilde y cariñoso».[c] «Aquí le traigo este recuerdito», le dijo. Y le entregó una lapicera de plata.—«Vea usted, me observó Martí, el cariño de esos[d] pobres negros cigarreros. Ellos se dan cuenta de lo que sufro y lucho por la libertad de nuestra pobre patria». Luego fuimos a tomar el té a casa de una su amiga,[e] dama inteligente y afectuosa, que le ayudaba mucho en sus trabajos de revolucionario.

Allí escuché por largo tiempo su conversación. Nunca[f] he encontrado, ni en Castelar mismo, un conversador tan admirable. Era armonioso y familiar dotado[g] de una prodigiosa memoria, y ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen. Pasé con él momentos inolvidables, luego me despedí. El tenía que partir esta[h] misma noche para Tampa, con objeto de arreglar no sé qué preciosas[i] disposiciones de organización. No le volví a[j] ver más.[169]

Como él no pudo presidir el banquete que debían de darme los cubanos, delegó su representación en el general venezolano Nicanor Bolet Peraza, escritor y orador diserto y elocuente.[170] Al banquete asistieron muchos cubanos preminentes,[k] entre ellos

---

[a] CyC: á su público,

[b] CyC: á

[c] CyC: Era un negro obrero, que se le acercaba humilde y cariñoso.

[d] CyC: estos

[e] CyC: patria!» Luego fuimos á tomar el té á casa de una su amiga,

[f] CyC: conversación Nunca [*sic*]

[g] CyC: familiar, dotado

[h] CyC: esa

[i] CyC precisas

[j] CyC: á

[k] CyC: prominentes,

Benjamín Guerra, Ponce de León, el doctor Miranda y otros.[171] Bolet Peraza pronunció una bella arenga y Gonzalo de Quesada una de sus resonantes y ardorosas oraciones. Al día siguiente tomamos el tren Gonzalo y yo, pues mi deseo era conocer la catarata de[a] Niágara, antes de partir para París y Buenos Aires. Mi impresión ante la maravilla confieso que fué menor de lo que hubiera podido imaginar. Aunque el portento se impone, la mente se representa con creces lo que en la realidad no tiene tan fantásticas proporciones. Sin embargo, me sentí conmovido ante el prodigio natural, y no dejé de recordar los versos de José María de Heredia, el de castellana lengua.[172]

Retornamos a[b] Nueva York y tomé el vapor para Francia.

[a] CyC: del

[b] CyC: á

XXXII[a]

Yo soñaba con París desde niño, a[b] punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a[c] Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la Ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del Ensueño. E iba yo a conocer París a realizar la mayor ansia de mi vida.[d] Y cuando en[e] la estación de Saint Lazare, pisé tierra parisiense, creí hallar[f] suelo sagrado. Me hospedé en un hotel español que[g] por cierto ya no existe. Se hallaba situado cerca de la Bolsa, y se llamaba pomposamente Grand Hotel de la Bourse et des Ambassadeurs... Yo deposité en la caja, desde mi llegada, unos cuantos largos y prometedores rollos de brillantes y áureas águilas americanas de a[h] veinte dólares. Desde el día siguiente tenía carruaje a[i] todas horas en la puerta, y comencé mi conquista de París...

Apenas hablaba una que otra palabra de francés. Fuí a buscar a Enrique Gómez Carrillo,[j] que trabaja [*sic*][k] entonces empleado en la casa del librero Garnier.[l][173]

---

[a] [CyC repite aquí el número de capítulo XXXI]

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: E iba yo á conocer París, á realizar la mayor ansia de mi vida vida!

[e] CyC: cuando, en

[f] CyC: hollar

[g] CyC: español, que

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: Fuí á buscar á Enrique Gómez Carrillo,

[k] CyC: trabajaba

[l] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 734 de C*aras y Caretas*].

Carrillo,[a] muy contento de mi llegada, apenas pudo acompañarme; por[b] sus ocupaciones; pero me presentó a[c] un español que tenía el tipo de un gallardo mozo,[d] al mismo tiempo que muy marcada semejanza de rostro con Alfonso Daudet. Llevaba en París la vida del país de Bohemia, y tenía por querida a[e] una verdadera marquesa de España. Era escritor de gran talento y vivía siempre en su sueño. Como yo, usaba y abusaba de los alcoholes; y fué mi iniciador en las correrías nocturnas del Barrio Latino. Era mi pobre amigo, muerto no hace mucho tiempo, Alejandro Sawa.[174] Algunas veces me acompañaba también Carrillo, y con uno y otro conocí a[f] poetas y escritores de París, a[g] quienes había amado desde lejos.

Uno de mis grandes deseos era poder hablar con Verleine [*sic*].[h] Cierta noche, en el café D'Harcourt, encontramos al Fauno, rodeado de equívocos acólitos.

Estaba igual al simulacro en que ha perpetuado su figura el arte maravilloso de Carriére [*sic*].[i175] Se conocía que había bebido harto. Respondía de cuando en cuando, a[j] las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa. Nos acercamos con Sawa, me presentó: «Poeta americano, admirador, etc.» Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fué posible, concluí con la palabra gloria… Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose a mí,[k] y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en

---

[a] *Caras y Caretas*, año XV, n. 735, 2 de noviembre de 1912, pp. 87-90; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de Ares (figuras 51 a 54 del "Apéndice de imágenes").

[b] CyC: acompañarme, por

[c] CyC: á

[d] CyC: moro,

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: Verlaine.

[i] CyC: Carrière.

[j] CyC: á

[k] CyC: Quién sabe que [*sic*] habría pasado esa tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose á mí,

voz baja y pectoral: *¡La gloire!... ¡La gloire!... ¡M... M... encore!...*[a] Creí prudente retirarme, y esperar para verle de nuevo una ocasión más propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a[b] encontrarle, se hallaba más o[c] menos en el mismo estado; a [*sic*][d] aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico. Pobre *¡Pauvre Lelian! ¡Priez pour le pauvre Gaspard!...*[e176]

[a] CyC: *La gloire!... La gloire!... M...! M... encore!...*

[b] CyC: á

[c] CyC: ó

[d] CyC: y

[e] CyC: Pobre *Pauvre Lelian! Priez pour le pauvre Gaspard!...*

XXXIII

Una mañana, después de pasar la noche en vela, llevó Alejandro Sawa a mi hotel a Charles Morice,[a] que era entonces el crítico de los simbolistas.[177] Hacía poco que había publicado su famoso libro *La literature de toute al'heure* [*sic*].[b] Encontró sobre mi mesa unos cuantos libros, entre ellos un Walt Whitman, que no conocía. Se puso a[c] hojear una edición guatemalteca de mi *Azul*, en que, por mal de mis pecados, incluí unos versos franceses, entre los cuales los hay que no son versos, pues yo ignoraba cuando los escribí muchas nociones de poética francesa.[178] Entre ellas, pongo por caso, el buen uso de la *e* muda, que, aunque no se pronuncia en la conversación, o[d] es pronunciada escasamente según el sistema de algunos declamadores, cuenta como sílaba para la medida del verso. Charles Morice fué bondadoso y tuvimos, durante mi permanencia en París, buena amistad, que por cierto no hemos renovado en días anteriores.[e] Con quien tuve más intimidad fué con Juan[f] Moreas. A éste me presentó Carrillo, en una noche barriolatinesca. Ya he contado en otra ocasión nuestras largas conversaciones ante animadores bebedizos. Nuestras idas por la madrugada a los grandes mercados, a comer almendras verdes, o bien salchichas[g] en los figones cercanos, donde se surten obreros y trabajadores de «les Halles». Todo ello regado con vinos como el «petit vin bleu» y otros mostos populares.[179] Moreas regresaba a[h] su casa, situada por Montrouge, en tranvía, cuando ya el sol comenzaba a[i] alumbrar las agitaciones de París despierto. Nuestras entrevistas se

---

[a] CyC: á mi hotel á Charles Morice,

[b] CyC: *La literature de toute à l'heure*.

[c] CyC: á

[d] CyC: ó

[e] CyC: posteriores.

[f] CyC: Jean

[g] CyC: á los grandes mercados, á comer almendras verdes, ó bien salchichas

[h] CyC: á

[i] CyC: á

repetían casi todas las noches. Estaba el griego todavía joven; usaba su inseparable monóculo y se retorcía los bigotes de palíkaro, dogmatizando en sus cafés preferidos, sobre todo en el Vachetts [*sic*],[a] y hablando siempre de cosas de arte y de literatura. Como no quería escribir en los diarios, vivía principalmente de una pensión que le pasaba un tío suyo que era ministro en el gobierno del rey Jorge, en Atenas. Sabido es que su apellido no era Moreas, sino Papadiamantopoulos. Quien desee más detalles lea mi libro «*Los Raros*».[b] Me habían dicho que Moreas sabía español. No sabía ni una sola palabra. Ni él, ni Verlaine, aunque anunciaron ambos, en los primeros tiempos de la revista «*La Plume*»,[c] que publicarían una traducción de «La Vida es Sueño» de[d] Calderón de la Barca. Siendo así como Verlaine solía pronunciar,[e] con marcadísimo acento, estos versos de Góngora; «A[f] batallas de amor campo de plumas»; Moreas, con su gran voz sonora, exclamaba: «No hay mal que por bien no venga»... O bien: en cuanto me veía: «¡Viva don Luís [*sic*] de Góngora y Argote!»,[g] y con el mismo tono, cuando divisaba a[h] Carrillo gritaba: ¡Don[i] Diego Hurtado de Mendoza!». Tanto Verlaine como Moreas eran popularísimos en el Quartier, y andaban siempre rodeados de una corte de jóvenes poetas que, con el Pauvre Lelian, se aumentaban de gentes de la mala bohemia que no tenían que ver con el arte ni con la literatura.

---

[a] CyC: Vachette,

[b] CyC: detalles, lea mi libro *Los Raros*.

[c] CyC: la revista *La Plume*,

[d] CyC: «La Vida es sueño», de

[e] CyC: Sin embargo, así como Verlaine solía pronunciar,

[f] CyC: Góngora: «A

[g] CyC: «Viva don Luis de Góngora y Argote!»,

[h] CyC: á

[i] CyC: gritaba: «Don

XXXIV

Entre los verdaderos amigos de Verlaine, había[a] uno que era un excelente poeta, Maurice Duplessis. Este era un muchacho gallardo, que vestía elegante y extravagantemente, y que con Charles Maurras, que es hoy uno de los principales sostenedores del partido Orleanista, y con Ernesto Reynaud que es comisario de policía, formaban lo se [*sic*] llamaba la escuela Romana,[b] de que Moreas era el sumo Pontífice.[180] A Duplessis, que fué desde entonces muy mi amigo, le he vuelto a[c] ver recientemente pasando horas amargas y angustiosas, de las cuales le librara alguna vez y ocasionalmente la generosidad de un gran poeta argentino.[181]

Yendo en una ocasión por los bulevares, oí que alguien me llamaba. Me encontré con un antiguo amigo chileno, Julio Bañados Espinosa, que había sido ministro principal de Balmaceda.[182] Se ocupaba en escribir la historia de la administración de aquel infortunado presidente. Nos vimos repetidas veces. Me invitó a comer en un círculo de Esgrima y Artes,[d] que no era otra cosa, en realidad, sino una casa de juego, como son muchos círculos de París. Allá[e] me presentó al famoso Aurelien Scholl, ya viejo y siempre monoculizado.[183] Se decía que el juego no era perseguido en ese club, porque la influencia de Scholl... pero no deseo repetir aquí murmuraciones bulevarderas.

Comía yo generalmente en el café Larue, situado enfrente de la Magdalena.[f] Allí me inicié en aventuras de alta y fácil galantería. Ello no tiene importancia; mas[g] he de recordar a[h] quien me diese

---

[a] CyC: Verlaine había

[b] CyC: y con Ernest Reynaud que es hoy comisario de policía, formaban lo que se llamaba la Escuela Romana,

[c] CyC: á

[d] CyC: á comer en un círculo de Esgrima y de Artes,

[e] CyC: Allí

[f] CyC: La Magdalena.

[g] CyC: más

[h] CyC: á

la primera ilusión de costoso amor parisién.[a] Y vaya una grata memoria a la gallarda Marión Delorme, de victorhuguesco nombre, de guerra, y que habitaba entonces en la avenida Víctor Hugo.[b184] Era la cortesana de los más bellos hombros. Hoy vive en su casa de campo y da de comer a[c] sus finas aves de corral. Los cafés y restaurants del bosque[d] no tuvieron secretos para mí. Los días que pasé en la capital de las capitales, pude muy bien no envidiar a ningún irreflexivo «rastaquouere».[e] Pero los rollos de águilas iban mermando y era preciso disponer la partida a[f] Buenos Aires. Así lo hice, no sin que mi codicioso hotelero, viendo que se le escapaba esa «pera», como dicen los franceses, quisiese quedarse con el resto de mis oros, de lo cual me libró la intervención de un cónsul, y de mi buen amigo Tible Machado, que residía, también con cargo consular, en el puerto del Havre.[185]

---

[a] CyC: parisiense.

[b] CyC: Y vaya una grata memoria á la gallarda Marion de Lorme, de victorhuguesco nombre de guerra, y que habitaba entonces en la Avenida Víctor Hugo.

[c] CyC: á

[d] CyC: Bosque

[e] CyC: capitales pude muy bien no envidiar á ningún irreflexivo «rastaquouer».

[f] CyC: á

XXXV

Me embarqué para la capital argentina, llevando como «valet» a un huesudo holandés que sin recomendación alguna se me presentó[a] ofreciéndome sus servicios.

Y héme[b] aquí, por fin, en la ansiada ciudad de Buenos Aires, a[c] donde tanto había soñado llegar desde mi permanencia en Chile. Los diarios me saludaron muy bondadosamente. *La Nación*[d] habló de su colaborador con términos de afecto, de simpatía y de entusiasmo, en líneas confiadas al talento de Julio Piquet.[186] *La Prensa* me dió la bienvenida, también en frases finas y amables, con que me favoreciera la gentileza del ya glorioso Joaquín V. González.[187]

Fuí muy visitado en el hotel en donde me hospedaran.[e] Uno de los primeros que llegaron a[f] saludarme fué un gran poeta a[g] quien yo admiraba desde mis años juveniles, muchos de cuyos versos se recitan en[h] mi lejano país original: Rafael Obligado.[188] Otro fué don Juan José García Velloso, aquel maestro sapiente y sensible, que vino de España, y que cantó y enseñó con inteligencia erudita y con cordial voluntad.[189]

Presenté mi Carta Patente y fuí reconocido por el gobierno argentino como Cónsul General de Colombia. Mi puesto no me dió ningún trabajo, pues no había nada que hacer, según me lo manifestara mi antecesor, el señor Samper, dado que no había casi colombianos en Buenos Aires y no existían transacciones ni cambios comerciales entre Colombia y la República Argentina.

---

[a] CyC: capital Argentina, llevándome como «valet» á un huesudo holandés que sin recomendación ninguna se me presentó

[b] CyC: heme

[c] CyC: á

[d] CyC: bondadosamente, *La Nación*

[e] CyC: hospedara.

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: se recitan y se cantan en

Fuí invitado a[a] las reuniones literarias que daba en su casa don Rafael Obligado. Allí concurría lo más notable de la intelectualidad bonaerense. Se leían prosas y versos. Después se hacían observaciones y se discutía el valor de éstas. Allí me relacioné con el poeta y hombre de letras doctor Calixto Oyuela, cuya fama había llegado hacía tiempo a[b] mis oídos.[190] Conocía sus obras, muy celebradas en España. Talento de cepa castiza, seguía la corriente de las tradiciones clásicas, y en todas sus obras se encuentra la mayor corrección y el buen conocimiento del idioma. Me relacioné también con Alberto del Solar, chileno radicado en Buenos Aires, que se ha distinguido en la producción de novelas, obras dramáticas, ensayos y aun[c] poesías.[191] Con Federico Gamboa, entonces secretario de la Legacion [*sic*][d] de México que animaba la conversación con oportunas anécdotas, con chispeantes arranques y con un buen humor contagioso e[e] inalterable, y que ha producido notables piezas teatrales, novelas y otros libros amenos y llenos de interés.[192] Con Domingo Martinto y Francisco Soto y Calvo, ambos cuñados de Obligado, ambos poetas y personas de distinción y afabilidad.[193] Con el doctor Ernesto Quesada, letrado erudito, escritor bien nutrido y abundante, de un saber cosmopolita y políglota;[194] y con otros más, pertenecientes al Buenos Aires estudioso y literario. El dueño de casa nos regalaba con la lectura de sus poesías, vibrantes de sentimiento o[f] llameantes de patriotismo. Así pasábamos momentos inolvidables que ha recordado Federico Gamboa, con su estilo ágil y lleno de sinceridad, en las páginas de su «Diario».

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: aún
[d] CyC: legación
[e] CyC: é
[f] CyC: ó

XXXVI

Naturalmente que desde mi llegada me presenté a[a] la redacción de *La Nación*, donde se me recibió con largueza y cariño. Dirigía el diario el inolvidable Bartolito Mitre.[195] Lo encontró [*sic*][b] en su despacho fumando su inseparable largo cigarro italiano. Sentí a[c] la inmediata, después de conversar un rato, la verdad de su amistad transparente y eficaz que se conservó hasta su muerte. Me llevó a presentarme a su padre[d] el general, y me dejó allí, ante aquel varón de historia y de gloria, a[e] quien yo no encontraba palabra que decir, después de haber murmurado una salutación emocionada. Me habló el general Mitre de Centro América y de sus historiadores Montufar [*sic*],[f196] Ayón,[197] Fernández;[198] recordó al poeta guatemalteco Batres, autor de «El Reloj»,[199] habló de otras cosas más. Me hizo algunas preguntas sobre el canal de Nicaragua. Estuvo suave y alentador en su manera seria y como triste, cual de hombre que se sabía ya dueño de la posteridad. Salí contentísimo.[200]

Era administrador de *La Nación* don Enrique de Vedia.[201] Alto, delgado, aspecto de figura de caballero del Greco. Grave y acerado, tenía una sólida y variada cultura y un gusto excelente. A pesar de la diferencia de caracteres y de edades, cultivábamos[g] la mejor amistad y por indicación suya escribí muchos de los mejores artículos que publiqué en esa época en *La Nación*. Era subdirector del diario *Anibal Latino*,[h] esto es, José Ceppi,[i] hombre al parecer un tanto adusto; pero dotado de actividad, de resistencia

---

[a] CyC: á

[b] CyC: encontré

[c] CyC: á

[d] CyC: á presentarme á su padre

[e] CyC: á

[f] CyC: historiadores, Montufar,

[g] CyC: cultivamos

[h] CyC: *Aníbal Latino,*

[i] CyC: don José Ceppi,

y de inmejorables condiciones para el puesto que desempeñaba.[202] Secretario de redacción era Julio Piquet,[203] experto catador de elixires intelectuales, escritor de sutiles pensares y de gentilezas de estilo, y que contribuía poderosamente a[a] la confección de aquellos números nutridos de brillante colaboración del gran periódico, que se diría tenían carácter antológico. En la casa traté a[b] crecido número de redactores y colaboradores, de los cuales unos han desaparecido y otros se han alejado, por ley del tiempo y de los cambios de la vida; pero ninguno fué más íntimo compañero mío que Roberto J. Payró, trabajador insigne, cerebro comprendedor e[c] imaginador, que sin abandonar las tareas periodísticas ha podido producir obras de aliento en el teatro y en la novela.[204] Fué asimismo amigo mío el autor de *La Bolsa*, José Miró, que firmaba con el pseudónimo de *Julián Martel* y cuya única obra auguraba una rica y aquilatada producción futura.[205] El pobre Miró pasó en trabajosa bohemia y en consuetudinaria escasez, los mejores años de su juventud, y, ¡oh,[d] ironías de la suerte!, después que murió de tuberculosis, se encontró que una parienta[e] millonaria le había dejado en su testamento una fortuna.

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: é
[d] CyC: y ¡oh,
[e] CyC: pariente

XXXVII

Claro es que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a[a] hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías. Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud. Frecuentaba también a[b] otros amigos que ya no eran jóvenes, como ese espíritu singular lleno de tan variadas luces y de quien emanaba una generosidad [*sic*][c] corriente simpática y un contagio de vitalidad y de alegría, el doctor Eduardo L. Holemberg [*sic*];[206] o[d] bien el hoy célebre americanista Ambrosetti,[e] que ilustraba nuestras charlas con sus ilustrativas narraciones.[207] Con Payró nos juntábamos en compañía del bizarro poeta, entonces casi un efebo, pero ya encendido de cosas libertarias, Alberto Ghiraldo;[208] de Manuel Argerich, cariñoso *dandy*,[f] que escribió para el teatro;[209] del excelente aeda suizo Charles Soussens, fiel a[g] sus principios de nocturnidad;[210] de José Ingenieros,[h] hoy psiquiatra eminente;[211] de José Pardo que[i] fundara varias revistas;[212] de Diego Fernández Espiro, el mosquetero de los sonantes sonetos;[213] del encantador veterano Antonino Lamberti, a[j] quien los manes de Anacreonte bendicen y a[k] quien las Gracias y las Musas han sido siempre propicias y halagadoras.[214]

Otro de mis amigos, que ha sido siempre fraternal conmigo, era Charles E. F. Vale, un inglés criollo incomparable.

---

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: generosa
[d] CyC: ó
[e] CyC: Ambrosseti,
[f] CyC: dandy,
[g] CyC: á
[h] CyC: Ingegnieros,
[i] CyC: José Pardo, que
[j] CyC: á
[k] CyC: á

Una noche, con motivo del aniversario de la reina Victoria, le dicté en[a] el restaurant de «Las 14 provincias»,[b] un pequeño poema en prosa dedicado a[c] su soberana, que él escribió a[d] falta de papel en unos cuantos sobres y que no ha aparecido en ninguno de mis libros.[215] Ese poemita es el siguiente:

God save the Queen[e]

To my friend C. E. F. Vale.[f]

Por ser una de las más fuertes y poderosas tierras de poesía;

Por ser la madre de Shakespeare;

Porque tus hombres son bizarros y bravos, en guerras y[g] en olímpicos juegos;

Porque en tu jardín nace la mejor flor de las primaveras y en tu cielo se manifiesta el más triste sol de los inviernos;

Canto a[h] tu reina, oh grande y soberbia Britania, con el verso que repiten los labios de todos tus hijos:

God save the Queen[i]

Tus mujeres tienen los cuellos de los cisnes y la blancura de las rosas blancas;

Tus montañas están impregnadas de leyenda, tu tradición es una mina de oro, tu historia una mina de hierro, tu poesía una mina de diamantes;

En los mares, tu bandera es conocida de todas las espumas y de todos los vientos, a[j] punto de que la tempestad ha podido pedir carta de ciudadanía inglesa;[k]

---

[a] CyC: dicté, en

[b] CyC: «Las 14 Provincias»,

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: God save the Queen

[f] CyC: *To my friend C. E. F. Vale*

[g] CyC: ó

[h] CyC: á

[i] CyC: ¡God save the Queen!

[j] CyC: á

[k] CyC: inglesa.

Por tu fuerza, oh Inglaterra:

God save the Queen[a]

Porque albergaste en una de tus islas a[b] Víctor Hugo;

Porque sobre el hervor de tus trabajadores, el tráfago de tus marinos y la labor incógnita de tus mineros, tienes artistas que te visten de sedas de amor, de oros de gloria, de perlas líricas;

Porque en tu escudo está la unión de la fortaleza y del ensueño, en el león simbólico de los reyes y unicornio[c] amigo de las vírgenes y hermano del Pegaso de los soñadores:

God save the Queen[d]

Por tus pastores que dicen los salmos y tus padres de familia que en las horas tranquilas leen en alta voz el poeta favorito junto a la chimenea.[e]

Por tus princesas incomparables y tu nobleza secular;

Por San Jorge, vencedor del Dragón; por el espíritu del gran Will y los versos de Swinburne y Tennyson;

Por tus muchachas ágiles, leche y risa,[f] frescas y tentadoras como manzanas;

Por tus mozos fuertes que aman los ejercicios corporales; por tus *scholars*[g] familiarizados con Platón, remeros o[h] poetas;

God save the Queen[i]

Envío

---

[a] CyC: ¡God save the Queen!

[b] CyC: á

[c] CyC: y el unicornio

[d] CyC: ¡God save the Queen!

[e] CyC: junto á la chimenea;

[f] CyC: rosa,

[g] CyC: scholars

[h] CyC: ó

[i] CyC: ¡God save the Queen!

Reina y emperatriz, adorada de[a] tu inmenso pueblo, madre de reyes, Victoria favorecida por la influencia de Nile;[b] solemne viuda vestida de negro, adoradora del príncipe[c] amado; Señora del mar, Señora del país de los elefantes. Defensora[d] de la Fe, poderosa y gloriosa anciana, el himno que te saluda se oiga hoy por toda la tierra: Reina buena: «¡Dios te salve!».[e]

[a] CyC: por
[b] CyC: Nike;
[c] CyC: Príncipe
[d] CyC: elefantes, Defensora
[e] CyC: salve!»

XXXVIII

Comencé a[a] publicar en *La Nación* una serie de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros, o fuera[b] de lo común. A algunos les había conocido personalmente, a[c] otros por sus libros. La publicación de la serie de «Los raros» que después formó un volúmen [*sic*],[d] causó en el Río de la Plata[e] excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a[f] quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. Cierto que había en mis exposiciones, juicios y comentos, quizás demasiado entusiasmo; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas; mantiene la fe y aviva la esperanza. Uno de mis artículos me valió una carta de la célebre escritora francesa, Mme. Alfred Valette[g] que firma con el pseudónimo de *Rachilde*,[216] carta interesante y llena de *esprit*, en que me invitaba a[h] visitarla en la redacción de el [*sic*] «Mercure de France»[217] cuando yo llegase a[i] París. A los que me conocen no les extrañará que no haya hecho tal visita durante más de doce años de permanencia fija en la vecindad de la redacción del «Mercure». He sido poco aficionado a[j] tratarme con esos «chermaitre»,[k] franceses, pues algunos que he entrevisto me han parecido insoportables de *pose* y terribles de ignorancia de todo lo extranjero, principalmente en lo referente a[l] intelectualidad.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: me parecían raros, ó fuera

[c] CyC: á

[d] CyC: «Los raros», que después formó un volumen,

[e] CyC: Río de La Plata

[f] CyC: á

[g] CyC: francesa Mme. Alfred Valette

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: con todos esos «cher maître»,

[l] CyC: á

Pasaba, pues, mi vida bonaerense escribiendo artículos para *La Nación*, y[a] versos que fueron más tarde mis «Prosas Profanas»;[b] y buscando por la noche el peligroso encanto de los paraísos artificiales. Me quedaba todavía en el Banco Español del Río de la Plata algún resto de mis águilas americanas; pero éstas volaron pronto, por el peregrino sistema que yo tenía de manejar fondos. Me acompañaba un extraordinario secretario francés, que me encontré no sé dónde, y que me sedujo hablándome de sus aventuras en Indo-China. Considerad, que me contaba: «Una vez en Saigón...» o[c] bien: «Aquella tarde en Singapour...», o[d] bien: «Entonces me contestó mi amigo el Maradjad»...[e] ¡No solamente le hice mi secretario, sino que él llevaba en el bolsillo mi libro de cheques! Felizmente, cuando volaron todas las águilas, voló él también, con su larga nariz, su infaltable sombrero de copa y su largo levitón.

Vino la noticia de la muerte del doctor Rafael Núñez y pocos meses después recibí nota de Bogotá, en que se me anunciaba la supresión de mi consulado.[218] Me quedé sujeto a[f] lo que ganaba en *La Nación* y luego a[g] un buen sueldo que por[h] inspiración providencial, me señaló en *La Tribuna*[i] su director, ese escritor de bríos y gracias que se firmaba *Juan Cancio* y que no es otro que mi buen amigo Mariano de Vedia.[219] Mi obligación era escribir todos los días una nota larga o corta, en prosa o verso,[j] en el periódico. Después me invitó a colaborar en su diario. [*sic*] «El Tiempo»[k] el generoso y culto Carlos Vega Belgrano, que luego sufragó los gastos para la publicación de mi volúmen de versos «Prosas Profanas».[l220]

---

[a] CyC: *La Nación* y

[b] CyC: «Prosas profanas»;

[c] CyC: ó

[d] CyC: Singapour...» ó

[e] CyC: Maradjah»...

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: que, por

[i] CyC: en *Tribuna*

[j] CyC: una nota larga ó corta, en prosa ó verso,

[k] CyC: me invitó á colaborar en su diario *El Tiempo*

[l] CyC: volumen de versos «Prosas profanas».

XXXIX

«Prosas Profanas»,[a] cuya sencillez y poca complicación se pueden apreciar hoy, causaron al aparecer, primero en periódicos y después en libro, gran escándalo entre los seguidores de la tradición y del dogma académico; y no escasearon los ataques y las censuras y muchos [*sic*][b] menos las bravas defensas de impertérritos y decididos soldados de nuestra naciente reforma. Muchos de los contrarios se sorprendieron hasta del título del libro, olvidando las prosas latinas de la Iglesia, seguidas por Mallarmé en la dedicada al Des Esseint [*sic*] de Huysmans;[221] y sobre todo, las que hizo en «roman[c] paladino», uno de los primitivos de la castellana lírica. José Enrique Rodó explicó y[d] Remy de Gourmont[222] me había manifestado ya respecto a[e] dicho título, en una carta: «C'est une trouvaille». De todas esas poesías ha hecho el autor de «Motivos de Proteo»[f] una encantadora exégesis.[g223]

Una[h] de ellas, la titulada «Era un aire suave», fué escrita en edad de ilusiones y de sueños y evocada[i] en esta ciudad práctica y activa, un bello tiempo pasado, ambiente del siglo XVIII francés, visión imaginaria traducida en nuevas verdades[j] músicas. Ella dice la eterna ligereza cruel de aquella a[k] quien un aristocrático poeta

---

[a] CyC: «Prosas profanas»,

[b] CyC: mucho

[c] CyC: «román

[d] CyC: José Enrique Rodó explicó el caso y

[e] CyC: á

[f] CyC: «Motivos de Proteos»

[g] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 735 de *Caras y Caretas*].

[h] *Caras y Caretas*, año XV, n. 736, 09 de noviembre de 1912, pp. 77-80; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de Ares (figuras 55 a 58 del "Apéndice de imágenes").

[i] CyC: evocaba

[j] CyC: verbales

[k] CyC: á

llamara «*Enfant Malade*», y trece veces impura;[a] la que nos da los más dulces y los más[b] amargos instantes en la vida; la Eulalia simbólica que ríe, ríe, ríe, desde el instante en que tendió a[c] Adán la manzana paradisíaca. Como siempre, hubo sus aplausos y sus críticas, en las cuales, gente que había[d] oído hablar de decadentes y de simbolistas, aseguraban [*sic*] ser mis producciones ininteligibles, censura cuya causa no he podido nunca comprender. Como he dicho, había también quienes me seguían y me aplaudían; y tiempo después debían aquí repetirse por la obra de otros poetas de libertad y de audacia, iguales censuras, como también iguales aplausos.

Mi poesía *Divagación* fué escrita en horas de soledad y de aislamiento que fuí a pasar en el Tigre Hotel.[e] ¿Tenía yo algunos amoríos? No lo sabré decir ahora. Es el caso que en esos versos hay una gran sed amorosa y en la manifestación de los deseos y en la invitación a[f] la pasión, se hace algo como una especie de geografía erótica. El poema concluía así:

> Amor, en fin, que todo diga y cante
> Amor que encante y deje sorprendida
> A la serpiente de ojos de diamante
> Que está enroscada al arbol [*sic*][g] de la vida.
>
> Amame así, fatal, cosmopolita,
> Universal, inmensa, única, sola
> Y todas; misteriosa y erudita;
> Amame mar y nube; espuma[h] y ola.
>
> Sé mi reina de Saba, mi tesoro;
> Descansa en mis palacios solitarios.

---

[a] CyC: «*Enfant Malade*, y trece veces impura»;
[b] CyC: y más
[c] CyC: á
[d] CyC: gentes que habían
[e] CyC: Tigre-Hotel.
[f] CyC: á
[g] CyC: árbol
[h] CyC: nube, espuma

Duerme. Yo encenderé los incensarios
Y junto a[a] mi unicornio cuerno de oro
Tendrán rosas y miel tus dromedarios.[224]

[a] CyC: á

XL

Luego vienen otras poesías que han llegado a[a] ser de las más conocidas y repetidas en España y América, como la *Sonatina*, por ejemplo, que por sus particularidades de ejecución, yo no sé por qué no ha tentado a[b] algún compositor para ponerle música. La observación no es mía. «Pienso, dice Rodó, que la *Sonatina* hallaría su comentario mejor en el acompañamiento de una voz femenina que le prestara melodioso realce. El poeta mismo ha ahorrado a[c] la crítica la tarea de clasificar esa composición, dándole un nombre que plenamente la caracteriza. Se cultiva casi exclusivamente en ella, la virtud musical de la palabra y del ritmo poético».[d225] En efecto, la musicalidad en este caso, sugiere o ayuda a la concepción[e] de la imagen soñada.

Blasón es el título de otra corta poesía, que fué escrita en Madrid en el tiempo de las fiestas del Centenario[f] de Colón.[226] Tuve allí oportunidad de conocer a[g] un gentil hombre, diplomático centroamericano,[h] casado con una alta dama francesa, como que es, por sus primeras nupcias, la madre del actual jefe de la casa de Gontaut-Biron, el conde de Gontaut Saint-Blancard. Me refiero a[i] la marquesa de Peralta.[227] En el álbum de tal señora, celebré la nobleza y la gracia de un ave insigne, el cisne.[j] Después están las alabanzas a[k] los «ojos negros de Julia». ¿Qué Julia? Lo ignoro ahora. Sed benévolos ante tamaña ingratitud con la belleza. Porque,

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: poético.»

[e] CyC: sugiere ó ayuda á la concepción

[f] CyC: centenario

[g] CyC: á

[h] CyC: centramericano [*sic*],

[i] CyC: á

[j] CyC: un ave insigne amada de los poetas, el cisne.

[k] CyC: á

ciertamente, debió de ser bella la dama que inspiró las estrofas de que trato, en loor de los ojos negros, ojos que, al menos en aquel instante, eran los preferidos. Luego será un recuerdo galante en el escenario del siempre deseado París. Pierrot, el blanco poeta, encarna el amor lunar, vago y melancólico, de los líricos sensitivos. Es el carnaval. La alegría ruidosa de la gran ciudad se extiende en calles y bulevares. El poeta y su ilusión, encarnada en una fugitiva y harto amorosa parisién,[a] certifica, por la fatalidad de la vida, la tristeza de la desilusión y el desvanecimiento de los mejores encantos. Rodó—a quien siempre habría que citar tratándose de «Prosas Profanas»—[b]ha dicho cosas deliciosas a[c] propósito de estos versos.[228]

Hay en el tomo de «Prosas Profanas»[d] un pequeño poema en prosa rimada, de fecha muy anterior a[e] las poesías escritas en Buenos Aires, pero que por la novedad de la manera llamó la atención. Está, se puede decir, calcado, en[f] ciertos preciosos y armoniosos juegos que Catulle Mendes [*sic*][g][229] publicó con el título de «Lieds de France». Catulle Mendes, a[h] su vez, los había imitado de los poemitas maravillosos de Gaspard de la Nuit, y de estribillos o[i] refranes de rondas populares. Me encontraba yo en la ciudad de New York, y una señorita cubana, que era prodigiosa en el arpa, me pidió le escribiese algo que en aquella dura y colosal Babel le hiciese recordar nuestras bellas y ardientes tierras tropicales. Tal fué el origen de esos aconsonantados ritmos que se titulan *En el país del Sol*.

Un soneto hay en ese libro que se puede decir ha tenido mayor suerte que todas mis otras composiciones, pues de los versos

---

[a] CyC: parisiense,

[b] CyC: Rodó, —á quién siempre habría que citar, tratándose de «Prosas profanas»—

[c] CyC: á

[d] CyC: «Prosas profanas»

[e] CyC: á

[f] CyC: calcado en

[g] CyC: Catulle Mendés [*sic*]

[h] CyC: Catulle Mendés [*sic*], á

[i] CyC: ó

míos son los más conocidos, lo [*sic*][a] que se recitan más, en tierra hispana como en nuestra América. Me refiero al soneto *Margarita*. Por cierto, la boga y el éxito se deben a la anécdota sentimental, a lo sencillo emotivo, y a que cada cual comprende y siente en sí el sollozo apasionado que hay en estos catorce versos.[b] Entonces sí, ya había caído yo en Buenos Aires en nuevas redes pasionales; y fuí a[c] ocultar mi idilio, mezclado a[d] veces de tempestad, en el cercano pueblo de San Martín. ¿En dónde se encontrará, Dios mío, aquélla[e] que quería ser una Margarita Gauthier, a[f] quien no es cierto que la muerte haya deshojado, «por ver si me quería», como dice el verso, y que llegara a[g] dominar tanto mis sentidos y potencias? ¡Quién sabe! Pero, si llegásemos a[h] encontrarnos, es seguro que se realizaría lo que expresa la tan humana redondilla de Campoamor:

> Pasan veinte años, vuelve él
> y al verse, exclaman él y ella:
> —¡Dios mío, y ésta es aquélla!
> —¡Santo Dios, y éste es aquél! [i230]

Hay otra poesía en ese volúmen [*sic*],[j] escrita en España en 1892, en la cual se ven ya los distintivos que han de caracterizar mi producción anterior [*sic*], a[k] pesar de que ese trabajo es castizo, de espíritu español puro, de acento, de tradición, de manera, de forma. Es en elogio de un metro popular, armonioso y cantante, la seguidilla. A ese tiempo también pertenecía[l] el «pórtico» que

---

[a] CyC: los

[b] CyC: Por cierto, la boga y el éxito se deben á la anécdota sentimental, á lo sencillo emotivo, y á que cada cual comprende y siente en sí mismo el sollozo apasionado que hay en esos catorce versos.

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: aquella

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: á

[i] CyC: —Dios mío, y ésta es aquella! / —Santo Dios, y éste es aquel!

[j] CyC: volumen,

[k] CyC: posterior, á

[l] CyC: pertenece

escribí en Madrid para que sirviese de introducción a[a] la colección de poesías que con el título de «En tropel» dió a[b] luz el poeta Salvador Rueda.[231]

La página blanca fué escrita en Buenos Aires, en casa del pobre Miguelito Ocampo. ¿Quién se acuerda de Miguelito Ocampo?...[232] Hombre de corazón bueno, de natural ingenio, a[c] quien se debe el primer ensayo de zarzuela cómica nacional argentina, y que hubiese quizás dejado una producción más copiosa e[d] importante, si la peor de las bohemias no le arrebata, primero la voluntad y después la salud y la vida. En su casa escribí, como he dicho antes, *La página blanca*, en presencia de nuestro querido viejo Lamberti, a[e] quien dediqué esos versos.[233] Casi todas las composiciones de «Prosas Profanas»[f] fueron escritas rápidamente, ya en la redacción de *La Nación*, ya en las mesas de los cafés, en el Aue's Keller, en la antigua casa de Lucio,[g] en lo de Monti. *El coloquio de los centauros* lo concluí en *La Nación*, en la misma mesa en que Roberto Payró escribía uno de sus artículos.[234] Tanto éstas como otras poesías exigirían bastantes[h] exégesis y largas explicaciones, que a su tiempo se harán en este libro.[i]

---

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: á
[d] CyC: é
[e] CyC: á
[f] CyC: «Prosas profanas»
[g] CyC: Luzio,
[h] CyC: bastante
[i] CyC: á su tiempo se harán en otro libro.

XLI

Otra hospitalidad de buen humor que me acogiera por esos días fué la del excelente amigo Rouquad.[235] Allí rendíamos tributo a[a] la gula, con platos sucelentos [*sic*][b] que solía dirigir el dueño de casa. Allí llegaban, entre otros compañeros ya nombrados, un joven poeta de audacia y fantasía, que ha producido después libros muy plausibles. Se llamaba Américo Llanos, era de origen uruguayo y desempeña actualmente el consulado de su país en San Sebastián de España, con su verdadero nombre, Armando Vasseur.[236] Iba también cierto abate francés, de apellido Claude, que enseñaba su idioma al melodioso y elegante lírico de dorados cabellos, Eugenio Díaz Romero.[237] Este abate tenía una historia de las más escabrosas y que habría interesado a Barbey d'Aureville [*sic*].[c][238] Era sobrino de un cardenal. Había venido a[d] la Argentina muy bien recomendado, pero al hombre le gustaban mucho los alcoholes, en especial la demoníaca agua verde del ajenjo. En una de las provincias colgó los hábitos, pues se había enamorado locamente de la mujer con quien tuvo varios hijos. Ella, atemorizada o[e] arrepentida, le abandonó para casarse con otro; y poseyó al abate la mayor desesperación, y la desesperación y el veneno verde le llevaron casi a[f] la locura. Volvió a Buenos Aires y[g] entonces fué cuando le conocí. En *La Nación* he publicado una página en que narro cómo el general Mitre pudo socorrer una vez al infeliz religioso, en momentos de miseria y de angustia. Mucho tiempo después, se[h] me apareció en París, el desventurado. Iba de nuevo vestido con sus ropas

---

[a] CyC: á

[b] CyC: suculentos

[c] CyC: una historia de lo más escabroso y que habría interesado á Barbey d'Aurevilly.

[d] CyC: á

[e] CyC: ó

[f] CyC: á

[g] CyC: á Buenos Aires, y

[h] CyC: después se

talares. Lo[a] tenía recluído el arzobispo en un convento. Le dejaban salir muy de tarde en tarde y en compañía de algún otro sacerdote; pero esa vez llegó solo. Me contó sus horas de oración y de arrepentimiento, más [*sic*][b] poco a[c] poco se fué exaltando.—«Vamos, me dijo, a dar una vuelta».[d] Yo le acompañé a[e] la calle. Conversaba ya tranquilo, ya agitado, sobre todo cuando me recordaba a[f] la mujer de quien siempre estaba enamorado, y a[g] sus hijos. Y como pasáramos cerca de un café:—«Entremos, me dijo, tengo mucha sed, tomaremos algún refresco». Por más que me opuse, ví que la cosa era irremediable. Entramos, y con asombro de los concurrentes, el abate, en vez de un refresco, ya comprenderéis que pidió su veneno. Yo me despedí más tarde. Al día siguiente llegó a[h] verme de nuevo en un estado lamentable. Me dijo que todo aquello no era sino obra del demonio; que él estaba arrepentido y que para cortar el mal de raíz, se iría a[i] una cartuja que está en una isla cerca de Niza. Creí que todas esas promesas eran historias; pero el abate desapareció y a[j] los pocos días recibía yo unas cuantas fotografías de la Cartuja y una carta en que el triste me anunciaba su definitiva separación del mundo. No volví a[k] saber nunca más de él.[239]

---

[a] CyC: Le
[b] CyC: mas
[c] CyC: á
[d] CyC: á dar una vuelta.»
[e] CyC: á
[f] CyC: á
[g] CyC: á
[h] CyC: á
[i] CyC: á
[j] CyC: á
[k] CyC: á

XLII

En la redacción de *Tribuna* me relacioné, por presentación de Mariano de Vedia, con el doctor Lorenzo Anadón,[240] con el general Mansilla,[241] y los poetas Carlos Roxlo[242] y Christián Roeber.[a243] Mansilla simpatizó mucho conmigo y publicó a[b] este respecto un precioso y chispeante artículo.[244] Le visité. En su casa me mostró cosas curiosísimas, entre ellas el mejor retrato que yo haya visto de su tío don Juan Manuel de Rozas [*sic*]. Alcancé a conocer también a su madre, doña Agustina, le [*sic*] belleza célebre que aún resplandecía en su ancianidad, y a quien, cuando murió,[c] deshojé un ramillete de rosas literarias.[245] El poeta Roxlo era de trato suave y delicado y no adivinaba yo en él al futuro vigoroso combatiente de las luchas políticas. Publicaba sus versos impregnados de perfume patrio y en los cuales hay sollozos de guitarra pampera, melancólicos aires rurales, y la revelación armoniosa de un profundo sentir. Roeber era tipo romántico y legendario. Su novela vital se contaba en voz baja. Se decía que, por drama de amores, lo que menos le había pasado era recibir una bala en la cabeza, en duelo, por lo cual tuvo que estar un tiempo encerrado en un[d] manicomio. Es lo cierto que tenía un conocido título español, con el cual publicó una serie de traducciones de las novelas de cierto alegre y ha tiempo pasado de moda autor francés. Mansilla me dió una comida a la cual invitó a algunos intelectuales.[e] Tengo presente la larga conversación que allí tuve con el doctor Celestino Pera,[246] y la interesantísima fecundia [*sic*][f] de nuestro anfitrión, que narrara amenos sucesos y

---

[a] CyC: Christian Roeber.

[b] CyC: á

[c] CyC: á conocer también á su madre, doña Agustina, la belleza célebre que aun resplandecía en su ancianidad, y á quien, cuando murió,

[d] CyC: el

[e] CyC: á la cual invitó á algunos intelectuales.

[f] CyC: facundia

prodigara agudas ocurrencias, felices frases, con ese poder de conversador ágil y oportuno que se ha[a] reconocido en todas partes.

Fundé una revista literaria en unión de un joven poeta tan leído como exquisito, de origen boliviano. Ricardo Jaimes Freyre,[b] actualmente vecino de Tucumán.[247] Ricardo es hijo del conocido escritor, periodista y catedrático que ha publicado tan curiosas y sabrosas tradiciones desde hace largo tiempo, en su país de Bolivia, y que en Buenos Aires hizo aparecer un valioso volúmen [*sic*][c] sobre el antiguo y fabuloso Potosí.[248] El y su hijo eran para mí excelentes amigos. Con *Brocha Gorda*, pseudónimo de Jaimes padre, solíamos hacer amenas excursiones teatrales, o bien por la isla de Maciel, pintoresca y alegre, o por las fondas y comedores italianos[d] de La Boca, en donde saboreábamos pescados fritos, y pastas al jugo, regados con tintos chiantis y obscuros barolos. Quien haya conversado con Julio L. Jaimes, sabrá del señorito[e] y del ingenio de los caballeros de antaño.

Con Ricardo no [*sic*][f] entrábamos por simbolismos y decadencias francesas, por cosas d'annunzianas, por prerrafaelismos ingleses y otras novedades de entonces, sin olvidar nuestras [*sic*][g] ancestrales Hitas y Berceos, y demás castizos autores. Fundamos, pues, la «Revista de América», órgano de nuestra naciente revolución intelectual y que tuvo, como era de esperarse, vida precaria, por la escasez de nuestros fondos, la falta de suscripciones[h] y, sobre todo, porque a[i] los pocos números, un administrador italiano, de cuerpo bajito, de redonda cabeza calva y maneras[j] untuosas, se escapó llevándose los pocos dineros que habíamos podido recoger.

---

[a] CyC: que se le ha

[b] CyC: boliviano, Ricardo Jaimes Freyre,

[c] CyC: volumen

[d] CyC: ó bien por la isla de Maciel, pintoresca y alegre, ó por las fondas y comederos italianos

[e] CyC: señorío

[f] CyC: nos

[g] CyC: nuestros

[h] CyC: subscriptores

[i] CyC: á

[j] CyC: y de maneras

Y así acabó nuestra entusiasta[a] tentativa. Pero Ricardo se desquitó, dando a[b] luz su libro de poesías *Castalia Bárbara*, que fué una de las mejores y más brillantes muestras de nuestros esfuerzos de renovadores. Allí se revelaba un lírico potente y delicado, sabio en técnica y elevado en numen.

[a] CyC: entusiástica

[b] CyC: á

XLIII

Y se creó el grupo del Ateneo. Esta asociación, que produjo un considerable movimiento de ideas en Buenos Aires, estaba dirigida por reconocidos capitanes de la literatura, de la ciencia y del arte. Zuberbuhler, Alberto Williams, Julian Aguirre,[a] Eduardo Schiaffino, Ernesto de la Cárcova, Sivori [*sic*],[b] Ballerini, de la Valle [*sic*],[c] Correa Morales y otros animaban[d] el espíritu artístico;[249] Vega Belgrano, don Rafael Obligado, don Juan José García Velloso, el doctor Oyuela, el doctor Ernesto Quesada, el doctor Norberto Piñeiro [*sic*][250] y algunos más, fomentaban las letras clásicas y las nacionales, y los más jóvenes alborotábamos la atmósfera con proclamaciones de libertad mental.

Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico, a la tradición hermosillesca, a lo pseudo-clásico, a lo pseudo romántico [*sic*], a lo pseudo-realista y naturalista y ponía a mis «raros»[e] de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Escandinavia, de Bélgica y aun de Holanda y de Portugal, sobre mi cabeza. Mis compañeros me seguían y me secundaban con denuedo. Exagerábamos, como era natural la[f] nota. Un Benjamín de la tribu, Carlos Alberto Becu,[g] publicó una *plaquette*, donde por primera vez aparecían en castellano versos libres a[h] la manera francesa; pues los versos libres de Jaimes Freyre, eran combinaciones de versos normales castellanos.[251] Becu hace tiempo abandonó sus inclinaciones líricas y es hoy un grave y sesudo internacionalista.

---

[a] CyC: Julián Aguirre,

[b] CyC: Sívori,

[c] CyC: De la Valle [*sic*],

[d] CyC: otros, animaban

[e] CyC: Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispánico, al anquilosamiento académico, á la tradición hermosillesca, á lo pseudo-clásico, á lo pseudo-romántico, á lo pseudo-realista y naturalista y ponía á mis «raros»

[f] CyC: natural, la

[g] CyC: Carlos Alfredo Becu

[h] CyC: á

Luis Perisso [*sic*][a] publicaba su *Pensamiento de América*, su traducción de *Belkis* [*sic*], del portugués Eugenio de Castro y trabajaba porque se relacionaran[b] los jóvenes intelectuales argentinos con los del resto de Hispano-América.[252] Leopoldo Díaz escribía sus elegancias parnasianas, sus poemas de esfuerzo isotérico [*sic*].[c253] Angel de Estrada anunciaba con su producción el sutil e intenso poeta y el prosista artístico y sugestivo que es hoy.[254] Con él y con Alberto Vergara Biedma [*sic*],[d] profundizador y elocuente, divagábamos sobre temas de belleza.[255] Miguel Escalada, que abandonó a las generosas musas, burilaba o miniaba[e] poemitas de singular y suave gracia.[256] Eduardo de Ezcurra nos hablaba de su estética y nos citaba siempre a[f] Campanella, uno de sus autores favoritos.[257] Carlos Baires nos hacía pensar en trascendentes problemas, con sus iniciaciones filosóficas,[258] Mauricio Nierenstein[g] nos mostraba selecciones de las letras alemanas y nos instruía en asuntos talmúdicos.[259] José Ingenieros,[h] con su aguda voz y su agudo espíritu nos hacía vibrar en súbitos entusiasmos itálicos.[260] José Pardo llevaba alguna página de pasión, y el bien de su sedoso carácter.[261] José Ojeda nos ungía con el óleo de la música;[262] y si hay otros que no vienen ahora a[i] mi memoria, han de perdonármelo a[j] causa del tiempo. Por esos días dí en el Ateneo una conferencia en extremo laudatoria sobre el soñador lusitano Eugenio de Castro.[263] De ese vibrante grupo del Ateneo brotaron muchos versos, muchas prosas; nacieron revistas de poca vida, y en nuestras modestas comidas a[k] escote, creábamos alegría, salud y vitalidad para nuestras almas de luchadores y de *réveurs* [*sic*].[l] Un día apareció Lugones, audaz,

---

[a] CyC: Luis Berisso

[b] CyC: relacionasen

[c] CyC: esotérico.

[d] CyC: Ernesto Vergara Biedma,

[e] CyC: á las generosas musas, burilaba ó miniaba

[f] CyC: á

[g] CyC: filosóficas. Mauricio Nierenstein

[h] CyC: José Ingegnieros,

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: á

[l] CyC: *rêveurs*.

joven, fuerte y fiero, como un cachorro de hecatónquero que viniera de una montaña sagrada. Llegaba de su Córdoba natal, con la seguridad de su triunfo y de su gloria. Nos leyó cosas que nos sedujeron y nos conquistaron.[a] A poco estaba ya con Ingenieros[b] redactando un periódico explosivo, en el cual mostraba un espíritu anárquico, intransigente y candente. Hacía prosas de detonación y relampagueo que iba [*sic*][c] más allá de León Bloy; y sonetos contra «muffles» que traspasaban[d] los límites del más acre Laurent Taihade [*sic*]. Vega Belgrano lo llevó a[e] «El Tiempo», y allí aparecieron lucubraciones y páginas rítmicas[f] de toda belleza, de todo atrevimiento y de toda juventud. Dió al público su libro «Las montañas de oro» [*sic*],[g] para mí el mejor de toda su obra, porque es donde se expone mayormente su genial potencia creadora, su gran penetración de lo misterioso del mundo; y porque hasta sus imperfecciones son como esos informes trozos de roca en donde se vé a los brillos del sol,[h] el rico metal que la veta de la mina oculta en su entraña. Yo agité palmas y verdes ramos en ese advenimiento; y creí en el que venía, hoy crecido y en la plena y luminosa marcha de su triunfante genio.[264]

[a] CyC: nos sedujeron y conquistaron.
[b] CyC: Ingegnieros
[c] CyC: iban
[d] CyC: trapasaban [*sic*]
[e] CyC: á
[f] CyC: hímnicas
[g] CyC: «Las montañas del oro»,
[h] CyC: se ve á los brillos del sol,

XLIV

Tres amigos médicos tuve, que fueron alternativamente los salvadores de mi salud. Fué el uno el doctor Francisco Sicardi, el novelista y poeta originalísimo, cuya obra extraordinaria y desigual tiene cosas tan grandes que pasan los límites de la simple literatura. Su «Libro Extraño» es de lo más inusitado y peregrino que haya producido una pluma en lengua castellana.[265] El otro médico, era Martín Reibel, el fraternal e incomparable[a] Hipócrates de los poetas, a[b] quien Eduardo Talero, entre otros, debe la vida, y yo más de una vez el afianzamiento del más sacudido y atormentado de los organismos.[266] El otro era Prudencio Plaza, con quien fuí a pasar una temporada a la isla de Martín García,[c] cuando él era médico de aquel lazareto.[267] Pasamos allí horas plácidas; nos perfeccionábamos en el tiro del mauser; leíamos el *Quijote*, nos confiábamos las ilusiones de nuestros mutuos porvenires. Pero no olvidaré jamás la llegada de los cadáveres de enfermos sospechosos de alguna contagiosa enfermedad; ni una autopsia que ví[d] hacer desde lejos, del cuerpo largo y bronceado de un hindú, pues era la primera vez, la primera y la única, que he visto ejecutar el horrible y sabio descuartizamiento. De Martín García envié a[e] *La Nación* algunas correspondencias informativas firmadas con un pseudónimo.[268]

Hice después un viaje a[f] Bahía Blanca, en compañía del amigo Rouquaud.[269] No era por cierto Bahía Blanca el emporio que es ahora; sin embargo, ya se hablaba mucho del futuro colosal que debería llegar para esa espléndida región argentina.

De Bahía Blanca partí para una estancia del doctor Argerich,[270] y allí fué mi primera visita a[g] la Pampa inmensa y poética. Poética,

---

[a] CyC: el fraterno é incomparable

[b] CyC: á

[c] CyC: á pasar una temporada á la isla de Martín García,

[d] CyC: vi

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: á

sí, para quien sepa comprender el vaho de arte que flota sobre ese inconmesurable [*sic*][a] océano de tierra, sobre todo en los crepúsculos vespertinos y en los amaneceres. Allí supe lo que era el mate matinal, junto al fogón, en compañía de los gauchos, rudos y primitivos, pero también poéticos. Allí nemrodicé, con excelente puntería, contra martinetas, avestruces, tordos y pechirrojos, y aun fáciles y poco avisadas vizcochas [*sic*].[b] Allí atisbé, con las botas dentro del agua, bandadas de patos, y perseguí a[c] ese espía escandaloso del aire que se llama el «teru-teru»; allí anduve a[d] caballo varios días, desde los amaneceres hasta los atardeceres; allí adquirí fuerzas y renové mi sangre, y fortifiqué mis nervios, y pasé quizás, entre gentes sencillas y nada literarias, los más tranquilos días de mi existencia.

[a] CyC: inconmensurable

[b] CyC: vizcachas.

[c] CyC: á

[d] CyC: á

XLV

Retorné a[a] Buenos Aires, y como el producto de mi labor periodística y literaria no me fuese suficiente para vivir, avino que el doctor Carlos Carlés, que era Director[b] general de Correos y Telégrafos, me nombró su secretario particular.[271] Yo cumplía cronométricamente con mis obligaciones, las cuales eran contestar una cantidad innumerable de cartas de recomendación que llegaban de todas partes de la República, y luego recibir a[c] un ejército de solicitantes de empleos, que llevaban en persona sus cartas favorables. En las primeras no me faltaba el «Con el mayor gusto…» y «en la primera oportunidad…» o:[d] «En cuanto haya alguna vacante…» Y a[e] los que llegaban, siempre les daba esperanzas: «vuelva[f] usted otro día… Hablaré con el director… Lo tendré muy presente… Creo que usted conseguirá su puesto…» Y así la gente se iba contenta.

En la oficina tuve muy gratos amigos, como el activísimo y animado Juan Migoni y el no menos activo aunque algo grave de intelectualidad y de estudio, Patricio Piñeiro Sorondo, con quien me extendía en largas pláticas, en los momentos de reposo, sobre asuntos teosóficos y otras filosofías.[272] Cuando Leopoldo Lugones llegó, también de empleado, a[g] esa repartición, formamos, lo digo con cierta modestia, un interesante trío. Cuando no contestaba yo cartas, escribía versos o[h] artículos. En las quemantes horas del verano nos regocijaba en la secretaría la presencia de un alegre y moreno portero que nos llevaba refrigerantes y riquísimas horchatas.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: director

[c] CyC: á

[d] CyC: oportunidad»… ó:

[e] CyC: á

[f] CyC: «Vuelva

[g] CyC: á

[h] CyC: ó

Delante de mí pasaban las personas que iban a[a] visitar al director; y recuerdo haber visto allí, por la primera vez, la noble figura del doctor Sáenz Peña, actual presidente de la República.[273]

[a] CyC: á

XLVI

Como dejo escrito, con Lugones y Piñeiro Sorondo hablaba mucho sobre ciencias ocultas. Me había dado desde hacía largo tiempo a[a] esta clase de estudios, y los abandoné a[b] causa de mi extremada nerviosidad y por consejo de médicos amigos. Yo había desde muy joven tenido ocasión, si bien raras veces, de observar la presencia y la acción de las fuerzas misteriosas y extrañas, que aún[c] no han llegado al conocimiento y dominio de la ciencia oficial. En *Caras y Caretas*[d] ha aparecido una página mía, en que narro cómo en la plaza de la catedral de León, en Nicaragua, una madrugada ví y toqué una larva, una horrible materialización sepulcral, estando en mi sano y completo juicio.[274] También en *La Nación*, de Buenos Aires, he contado cómo en la ciudad de Guatemala tuve el anuncio psico-físico del fallecimiento de mi amigo el diplomático costarriqueño Jorge Castro Fernández, en los mismos momentos en que él moría en la ciudad de Panamá;[275] y la pavorosa visión nocturna que tuvimos en San Salvador el escritor político Tranquilino Chacón,[276] incrédulo y ateo; visión que nos llenó más que de asombro de espanto.[e]

He[f] contado también los casos de ese género, acontecidos a[g] gentes de mi conocimiento. En París, con Leopoldo Lugones, hemos observado en el doctor Encausse, esto, es [*sic*],[h] el célebre *Papus*,[277] cosas interesantísimas; pero según lo dejo expresado, no he seguido en esa clase de investigaciones por temor justo a[i] alguna perturbación cerebral.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: aun

[d] CyC: Caras y Caretas

[e] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 736 de *Caras y Caretas*].

[f] *Caras y Caretas*, año XV, n. 737, 16 de noviembre de 1912, pp. 82-85; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de Ares (figuras 59 a 62 del "Apéndice de imágenes").

[g] CyC: á

[h] CyC: esto es,

[i] CyC: á

XLVII

No he de dejar en el tintero mis buenas relaciones con un *clown*[a] inglés que ha divertido a[b] tres generaciones de argentinos. Ya se comprenderá que trato de Frank Brown.[278] Los que le conocen fuera de la pista saben que ese payaso es un *gentleman;*[c] y que un artista, o[d] un hombre de letras, tiene mucho que conversar con él. Sabe su Shakespeare mejor que muchos hombres que escriben. Es grave y casi melancólico, como todos aquellos que tienen por misión hacer reir [*sic*]. Hay[e] que tener en cuenta que el arte del *clown*[f] confina, en lo grotesco y en funambulesco,[g] con lo trágico del delirio, con el ensueño y con las vaguedades y explosiones hilarantes de la alienación. Para manejar todo esto, se precisan una fuerte salud física y una vigorosa resistencia moral. Con Frank Brown hemos pasado repetidas horas, agradables y provechosas, y más de una vez ha aparecido su nombre en mis prosas y versos. Por ejemplo, en aquellos que empiezan:

> «Franck [*sic*][h] Brown como los Hanlon Lee
> sabe lo trágico de un paso
> de payaso y es para mí
> un buen ginete [*sic*][i] de Pegaso.
>
> Salta del circo al cielo raso;
> Banvide [*sic*][j] le hubiera amado así;
> Frank Brown, como los Hanlon Lee
> sabe lo trágico de un paso…»[279]

---

[a] CyC: clown
[b] CyC: á
[c] CyC: gentleman;
[d] CyC: ó
[e] CyC: reir Hay [*sic*]
[f] CyC: clown
[g] CyC: en lo funambulesco,
[h] CyC: «Frank
[i] CyC: jinete
[j] CyC: Banville

O en la siguiente medalla:

Anverso[a]

«En el fondo de oro de la fiesta, en traje rojo u oro, oro o rojo saeteado de estrellas, o recamado[b] de una flora de seda, el rostro inaudito, máscara de risa cuasi por lo fijo y violento dolorosa, descendiente de los Hanlon Lee, alado, elástico, Frank Brown, *clown*,[c] aparece.

La contracción gelásmica se acompaña, de[d] súbitos gritos y gestos, siendo el[e] conjunto, demostración de cómo la risa, en lo bufo inglés, como en las marionetas macabras niponas, se constituyese rayana, en su fondo, en lo trágico.[f] El tono detona, en aflautados finales, o[g] monólogo coloreado, fuertemente, de acentos de tirolesa, rayados de erres, mientras,[h] saltante, avanza, batracio o acracio,[i] magistral en su arte extraño, la figura que el ojo de Bebé agranda, principal, miliunanochesca, deslumbrante, en única, múltiple empero, apoteósis [*sic*].[j]

Las palabras sálenle en hipos: acaso el esfuerzo verbal continuando dolorosa meditación: Fuego de artificios cortado a veces de ausas [*sic*], *lazzi* y gedeonería transcendente.[k] Intimo con caballos, leones, perros, monos, cebras, hércules *ecuyéres* [*sic*] y *tonys*;[l] Brown, con un gesto dominador, explícito, rige.

---

[a] CyC: Anverso

[b] CyC: rojo ú oro, oro ó rojo saeteado de estrellas, ó recamado

[c] CyC: clown,

[d] CyC: acompaña de

[e] CyC: siendo, el

[f] CyC: de lo trágico.

[g] CyC: ó

[h] CyC: erres mientras,

[i] CyC: batracio ó acridio,

[j] CyC: apoteosis.

[k] CyC: Fuego de artificio cortado á veces de pausas, lazzi y gedeonería transcendente.

[l] CyC: monos, zebras, hércules, ecuyéres y tonys;

¡*Music!* ya se escucha:[a] Tiempos de Buislay y Bell, ¡lejanos![b] Hoy, tiempo de Footit, tiempo de Frank Brown. ¿Qué[c] hace, risueño risible, este *clown*, a[d] las veces filosófico? Parodia a Shakespeare, Hamlet, no risueño, risible: «doloroso».[e]

Reverso[f]

«Este es el caballero Frank Brown», que[g] tiene cara de Byron. Hombre, triste y serio; piensa. Su sonrisa, melancolía. (¿Acaso él no conoce a Durero?)[h] Y como su mano ha acariciado tanto los animales, y los ojos de los seres inocentes y profundos le han contemplado tanto, su corazón se ha llenado de íntima bondad.

Es un hombre natural; su imperio, la fuerza y la dignidad. Es inglés, sabe de poetas.

Es inglés; tiene el culto del hogar, celoso de hembra y cachorro.

Obra con sana y firme voluntad. Su alma de payaso no se ha pintado nunca la cara. Si queréis verle de cerca, si queréis conversar de Shakespeare y de la bravura y de la vida justa y sencilla, de la naturaleza sagrada y de Dios y de los buenos hombres, id a[i] casa de Luzio, después de la función del «San Martín», y veréis junto a[j] una mesa, rodeado de amigos, al «hombre». Le reconoceréis por la cara de Byron.

Es inglés; toma *whisky*[k] con soda.»[280]

Yo iba siempre a ver trabajar a mi amigo *clown* en su pista[l] del teatro «San Martín». Una noche ví[m] allí la demostración del talento

---

[a] CyC: *Music!* ya no se escucha:

[b] CyC: Bell, lejanos!

[c] CyC: Brown. Qué

[d] CyC: clown, á

[e] CyC: Parodia á Shakespeare. Hamlet, no risueño, risible: doloroso.»

[f] CyC: Reverso

[g] CyC: Brown, que

[h] CyC: (Acaso él no conoce á Durero?)

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: whisky

[l] CyC: á ver trabajar á mi amigo clown en su pista

[m] CyC: vi

especial del «payo» Roque,[a] para ganarse amistades y hacerse simpático con[b] sus habilidades y maneras, a[c] toda clase de gentes.[281] Había leído, por la tarde, la llegada en su *yacht*[d] de un potentado inglés, el conde de Carnarvon, Lord Dudley, a[e] quien acompañaba un príncipe indio, Duhlcep Sing.[f] En el intermedio de la función del «San Martín» noté en un palco a[g] un joven de tipo británico, acompañado de otro hombre moreno que tenía en su mano derecha un anillo con estupendo brillante negro. Estaba con ellos uno al parecer secretario. Me encontré con el «payo» y le dije: «¿Ha[h] visto usted al Lord de Inglaterra y al Príncipe de la India?» y se lo señalé en el palco. Cuál no fué mi sorpresa, cuando al continuar la función ví a Roque[i] sentado en el palco, en risueña conversación con los dos exóticos personajes. Más tarde llegué a[j] casa de Luzio, y como viese, muy pasada la media noche, movimiento de mozos que subían a[k] los altos con pavos trufados y botellas de champagne, pregunté qué fiesta había arriba, y un camarero me contestó: «Son[l] unos príncipes que están de farra con el payo y unas artistas».[m]

Cierto día llegué a la redacción de *La Nación*, a cuyo personal yo pertenecía como algo a manera de *croque-mort*, esto es, enterrador de celebridades,[n] pues no moría un personaje europeo, principalmente poeta o[o] escritor, sin que don Enrique de Vedia[282]

---

[a] CyC: Roqué,

[b] CyC: simpático, con sus habilidades y maneras,

[c] CyC: á

[d] CyC: yacht

[e] CyC: á

[f] CyC: Duhleep Sing.

[g] CyC: á

[h] CyC: Me encontré con el payo y le dije: —« ¿Ha

[i] CyC: vi á Roqué

[j] CyC: á

[k] CyC: á

[l] CyC: contestó: — «Son

[m] CyC: artistas.» [En CyC, aquí termina el capítulo XLVII y comienza el capítulo XLVIII; la edición de Maucci omite marcar la división entre estos dos capítulos y pasa, sin solución de continuidad, al capítulo XLIX].

[n] CyC: á la redacción de *La Nación*, á cuyo personal yo pertenecía como algo á manera de *croque-mort*, esto es enterrador de celebridades,

[o] Cyc: ó

no me encargarse [*sic*][a] el artículo necrológico. Por cierto que Mark Twain me jugó una de sus pesadas bromas. Nos encontrábamos, mis compañeros de café y yo, sin un céntimo, al comenzar la noche, en casa de Monti; y aunque el bravo suizo nos hacía crédito, la situación era ardua. En esto, se me llamó por teléfono de *La Nación*. Fuí inmediatamente y el administrador me mostró un cablegrama en que se anunciaba que el escritor norteamericano, famoso por su humorismo, Mark Twain, se encontraba en la agonía. «Es[b] preciso, me dijo el señor de Vedia, que escriba usted un artículo extenso en seguida para[c] que aparezca mañana con el retrato, pues seguramente esta noche llegará la noticia del fallecimiento».[d] De más decir que yo puse manos a[e] la obra con gran entusiasmo y con gran satisfacción y aprovechando ciertas apuntaciones que sobre el humorista yankee tenía desde hacía mucho tiempo. Volví, es evidente, a dar la buena nueva a los amigos[f] que me esperaban en casa de Monti. La muerte de Mark Twain haría que tuviésemos dinero al día siguiente...

Cuando entregué mi trabajo les fuí a[g] buscar, para que cenáramos juntos y, por supuesto, pedimos una cena opípara y convenientemente humedecida. Las libaciones continuaron hasta el amanecer, entre nuestras habituales, literarias y enacdóticas [*sic*][h] charlas; y Charles Soussens,[283] nuestro dionisiaco[i] lírico helvético, se ofreció para ir a[j] buscar al nacer el día, un número de *La Nación* a[k] la imprenta. Así fué. Al poco rato le vimos aparecer desde lejos, por la abierta puerta del restaurant. Traía un número del diario, pero alzaba los brazos y nos hacía gestos de desolación. Cuando

---

[a] CyC: encargase
[b] CyC: agonía. — «Es
[c] CyC: en seguida, para
[d] CyC: fallecimiento.»
[e] CyC: á
[f] CyC: á dar la buena nueva á los amigos
[g] CyC: á
[h] CyC: anecdóticas
[i] CyC: dionisíaco
[j] CyC: á
[k] CyC: á

llegó, con una faz triste, nos dijo: «¡No viene el artículo!». Nos[a] pusimos serios. Desdoblé el periódico y me dí cuenta de la penosa verdad. Un[b] cablegrama anunciaba la agonía de Mark Twain, pero en otro se decía que los médicos concebían esperanzas... En otro, que se esperaba una pronta reacción y[c] en otro que el enfermo estaba salvado y entraba en una franca mejoría... Y la salvación del escritor fué para nosotros un golpe rudo y un rasgo de humor muy propio del yankee, y del peor género... Felizmente, a[d] propósito de la enfermedad, pude arreglar el artículo de otro modo y conseguir que pasara, algunos días después.[284]

[a] CyC: nos dijo: — «No viene el artículo!» Nos

[b] CyC: verdad... Un

[c] CyC: reacción, y

[d] CyC: á

XLIX

Fuí, como queda dicho, cierto día, a[a] la redacción del diario. Acababa de pasar la terrible guerra de España con los Estados Unidos. Conversando, Julio Piquet me informó de que *La Nación* deseaba enviar un redactor a[b] España, para que escribiese sobre la situación en que había quedado la madre patria. «Estamos pensando en quién[c] puede ir», me dijo. Le contesté inmediatamente. «¡Yo!». Fuimos juntos a[d] hablar con el señor de Vedia y con el director. Se arregló todo en seguida. «¿Cuándo quiere usted partir?» me dijo el administrador. «¿Cuándo sale el primer vapor?» «Pasado mañana.» «¡Pues me embarcaré pasado mañana!».[e]

Dos días después iba yo navegando con rumbo a[f] Europa. Era el 3 de diciembre de 1898. En esta travesía no aconteció[g] nada de particular, solamente algo que me da motivo para una rectificación. Recorriendo mi libro «España Contemporánea» veo que el episodio del capitán Andrews aconteció en este viaje y no anteriormente, como por explicable confusión de fecha—repito que no me valgo para estos recuerdos sino de mi memoria—lo he hecho aparecer.[285]

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: patria. —«Estamos pensando en quien

[d] CyC: inmediatamente: —«¡Yo!» Fuimos juntos á hablar

[e] CyC: en seguida. —«¿Cuándo quiere partir?» me dijo el administrador. —«¿Cuándo sale el primer vapor?» —«Pasado mañana.» —«Pues me embarcaré pasado mañana!»

[f] CyC: á

[g] CyC: no me aconteció

L

Llegué a[a] Barcelona y mi impresión fué lo más optimista posible. Celebré la vitalidad, el trabajo, lo bullicioso y pintoresco, el orgullo de las gentes de empresa y conquista, la energía del alma catalana, tanto en el soñador que siempre es un poco práctico, como en el menestral que siempre es un poco soñador. Noté lo arraigado del regionalismo intransigente y la sorda agitación del movimiento social, que más tarde habría de estallar en rojas explosiones. Hablé de las fábricas y de las artes; de los ricos burgueses y de los intelectuales, del leonardismo de Santiago Rusiñol[286] y de la fuerza de Angel Guimerá,[287] de ciertos rincones montmartrescos, de las alegres ramblas y de las voluptuosas mujeres.

Llegué a[b] Madrid, que ya conocía, y hablé de su sabrosa pereza, de sus capas y de sus cafés. Escribía: «He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas muerto;[288] Ruiz Zorrilla muerto;[289] Castelar desilusionado y enfermo;[290] Valera ciego;[291] Campoamor mudo;[292] Menéndez Pelayo...[293] No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida; pero los políticos del día parece que para nada se diesen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aislados, en asuntos parciales de partidos, sin preocuparse de la suerte común, sin buscar el remedio del daño general, de las heridas en carne de la nación. No se sabe lo que puede venir. La hermana Ana no divisa nada desde la torre».[c] Envié mis juicios al periódico, que formaron después un volúmen.[294]

Frecuenté la legación argentina, cuyo jefe era entonces un escritor eminente, el doctor Vicente G. Quesada.[295] Intimé con el pintor Moreno Carbonero,[296] con periodistas como el Marqués de

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: torre.»

Valdeiglesias,[a297] Moya,[298] López Ballesteros,[299] Ricardo Fuentes,[300] Castrovido,[301] mi compañero en *La Nación* Ladevese,[302] Mariano de Cavia,[303] y tantos otros. Volví a ver a Castelar,[b] enfermo, decaído, entristecido, una ruina, en víspera de su muerte...[304] Me juntaba siempre con antiguos camaradas como Alejandro Sawa,[305] y con otros nuevos, como el *charmeur* Jacinto Benavente,[306] el robusto vasco Baroja,[307] otro vasco fuerte, Ramiro de Maeztu,[308] Ruiz Contreras[309] Matheu[310] y[c] otros cuantos más; y un núcleo de jóvenes que debían adquirir más tarde un brillante nombre, los hermanos Machado,[311] Antonio Palomero, renombrado como poeta humorístico bajo el nombre de *Gil Parrado*,[312] los hermanos González Blanco,[313] Cristóbal de Castro,[314] Candamo,[315] dos líricos admirables cada cual según su manera; Francisco Villaespesa[316] y Juan R. Jimenez,[d317] *Caramanchel*,[318] Nilo Fabra,[319] sutil poeta de sentimiento y de arte, el hoy triunfador Marquina[320] y tantos más.

Iba algunas noches al camarín de los llamados, por antonomasia, Fernando y María, esto es, los señores Díaz de Mendoza, condes de Balazote, grandes de España y príncipes del teatro a[e] quienes escribí sonoros alejandrinos cuando pusieron en escena el *Cyrano*, de Rostand.[321]

---

[a] CyC: el marqués de Valdeiglesias,

[b] CyC: Volví á ver á Castelar,

[c] CyC: Ramiro de Maeztú [*sic*], Ruiz Contreras, Matheu, y

[d] CyC: Jiménez,

[e] CyC: á

LI

En la librería de Fernando Fe,[a322] lugar de reunión vespertina de algunos hombres de letras, solía conversar con Eugenio Sellés, hoy marqués de Gerona,[323] con Manuel del Palacio, poeta amable de ojos azules, que recordaba siempre con cariño sus días pasados en el Río de la Plata;[324] con Manuel Bueno, ilustrado y combativo, célebre como crítico[b] teatral y hoy diputado a Cortes;[c325] con Llanas de Aguilaniedo, autor de interesantes novelas y de un libro sobre ciencia penal.[326] A don José Echegaray me presentó una noche Fernando Díaz de Mendoza.[327] «Ustedes[d] los americanos, me dijo, tienen instinto poético...» La[e] frase me supo agridulce... Pero ¡vaya si lo teníamos...! Tiempos después firmaba yo con los escritores y poetas de la famosa protesta contra el homenaje nacional a[f] Echegaray. Mi inquina era excesiva... *Juventud, divino tesoro*...[328]

Visité de nuevo a Campoamor, a quien[g] encontré en la más absoluta decadencia. Estaba, anotaba yo, «caduco, amargado de tiempo a su pesar, reducido a la inacción[h] después de haber sido un hombre activo y jovial, casi imposibilitado de pies y manos, la facie[i] penosa, el ojo sin elocuencia, la palabra poca y difícil, y cuando le dais la mano y os reconoce, se echa a[j] llorar, y os habla escasamente de[k] su tierra dolorida, de la vida que se va, de su impotencia, de su espera en la antesala de la muerte... os digo que es para salir de su presencia con el espíritu apretado de melancolía».[329] En

---

[a] CyC: Fernando Fé,

[b] CyC: crírico [*sic*]

[c] CyC: á cortes;

[d] CyC: Fernando Díaz de Mendoza. —«Ustedes

[e] CyC: poético...». La

[f] CyC: á

[g] CyC: á Campoamor, á quien

[h] CyC: á su pesar, reducido á la inacción

[i] CyC: facies

[j] CyC: á

[k] CyC: escasamente, de

realidad, aquello era lamentable y doloroso. El poeta glorioso, el filósofo de humor y hondura, era un viejo infeliz a quien tenían que darle de comer como a los niños, un ser concluído [*sic*] en víspera de entrar a la tumba.[a]

Doña Emilia Pardo Bazán[330] continuaba dando sus escogidas reuniones. Allí solía aparecer, ya ciego, pero siempre lleno de distinción, anciano impoluto y aristocrático, el autor de *Pepita Jiménez*.[331] Allí me relacioné con el novelista y diplomático argentino Ocantos,[332] con el doctor Tolosa Latour,[333] con los cronistas mundanos *Montecristo* y *Kasabal*,[334] con el político Romero Robledo,[335] con el popular Luis Taboada,[336] y con algunas damas de la nobleza que no se ocupaban unicamente [*sic*][b] en modas, murmuraciones y asuntos cortesanos, sino que gustaban de departir con poetas y escritores: la condesa de Pino Hermoso[337] y la marquesa de la Laguna, cuya hija Gloria tuviera celebridad más tarde por sus singulares encantos y su valentía de espíritu.[338] Era yo también muy amigo de José Lázaro y Galdeano, director de la *España Moderna* y que tenía un verdadero museo de obras de arte, entre las cuales un pretendido Leonardo de Vinci.[339]

Con Joaquín Dicenta fuimos compañeros de gran intimidad, apolineos [*sic*][c] y nocturnos.[340] Fuera de mis desvelos y expansiones de noctámbulo, presencié fiestas religiosas palatinas; fuí a los toros y alcancé a ver a grandes toreros,[d] como el Guerra.[341] Teníamos inenarrables tenidas culinarias, de ambrosías y sobre todo de néctares, con el gran don Ramón María del Valle Inclán,[342] Palomero,[343] Bueno y nuestro querido ministro de Bolivia, Moisés Ascarruz.[344] Me presentaron una tarde, como a[e] un ser raro,—«es genial y no usa corbata», me decían—a don Miguel de Unamuno, a quien no le agradaba,[f] ya en aquel tiempo, que le llamaran el sabio profesor de la Universidad de Salamanca... Cultivaba su sostenido tema de

---

[a] CyC: á quien tenían que darle de comer como á los niños, un ser concluído en víspera de entrar á la tumba.

[b] CyC: únicamente

[c] CyC: apolíneos

[d] CyC: fuí á los toros, y alcancé á ver grandes toreros,

[e] CyC: á

[f] CyC: á don Miguel de Unamuno, á quien no le agradaba,

antifrancesismo. Y era indudablemente un notable vasco original. El señor de Unamuno no conocía entonces a[a] Sarmiento, y hablaba con cierto desdén, basado en pocas noticias, y en su particular humor, de las letras argentinas.[345] Yo recuerdo que, a[b] propósito de un artículo suyo, escribí otro, que concluía con el siguiente párrafo:[346]

«Decadentismos[c] literarios no pueden ser plaga entre nosotros; pero con París, que tanto preocupa al señor de Unamuno, tenemos las más frecuentes y mejores relaciones. Buena parte de nuestros diarios es escrita por franceses. Las últimas obras de Daudet y de Zola,[347] han sido publicadas por *La Nación* al mismo tiempo que aparecían en París; la mejor clientela de Worth es la de Buenos Aires; en la escalera de nuestro Jockey Club, donde *Pini*[d][348] es el profesor de esgrima, la *Diana* de Falguiére [*sic*][349] perpétua [*sic*][e] la blanca desnudez de una parisiense. Como somos fáciles para el viaje y podemos viajar, París recibe nuestras frecuentes visitas y nos quita el dinero encantadoramente. Y así, siendo como somos un pueblo industrioso, bien puede haber quien, en minúsculo grupo, procure en el centro de tal pueblo adorar la belleza a[f] través de los cristales de su capricho: *¡Whim!* diría Emerson. Crea el señor de Unamuno que mis «*Prosas Profanas*»,[g] pongo por caso, no hacen ningún daño a[h] la literatura científica de Ramos Mexía,[350] de Coni[351] o a[i] la producción regional de J. V. González;[352] ni las maravillosas *Montañas de oro* [*sic*][j] de nuestro gran Leopoldo Lugones[353] perturban la interesante labor criolla de Leguizamón y otros aficionados a este ramo[k] que ya ha entrado en verdad en

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: «Decandentismos [*sic*]

[d] CyC: Pini

[e] CyC: la *Diana* de Falguière perpetúa

[f] CyC: á

[g] CyC: mis *Prosas profanas*,

[h] CyC: á

[i] CyC: de Coni, ó á

[j] CyC: *Montañas del Oro*

[k] CyC: aficionados á ese ramo

dependencia folk lórica [*sic*].[a354] Que habrá luego, una[b] literatura de cimiento criollo, no lo dudo; buena muestra dan el hermoso y vigoroso libro de Roberto Payró *La Australia Argentina*[355] y las otras obras del popularísimo e interesante[c] *Fray Mocho*».[356]

[a] CyC: folklórica.

[b] CyC: luego una

[c] CyC: y las obras del popularísimo é interesante

LII

Volví a ver al rey niño,[357] más crecido y[a] supe de intimidades de palacio; por ejemplo, que su pequeña majestad llamaba a[b] sus hermanitas, las dos infantas hoy yacentes en sus sepulcros del Escorial, a la una *Pitusa* y a la otra *Gorriona*.[c358] Busqué por todas partes el comunicarme con el alma de España. Frecuenté a[d] pintores y escultores. Asistí al entierro de Castelar, escribí sobre el periodismo español, sobre el teatro, sobre libreros y editores, sobre novelas y novelistas, sobre los académicos, entre los cuales tenía admiradores y abominadores; escribí de poetas y de políticos, recogí las últimas impresiones desilusionadas de Núñez de Arce. Traté al maestro Galdós, tan bueno y tan egregio, estudié la enseñanza, renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo. Hablé de las flamantes inteligencias que brotaban. Relaté mi amistad con la princesa Bonaparte, madame Rattazzi.[359] Dí[e] mis opiniones sobre la crítica, sobre la joven aristocracia, sobre las relaciones ibero-americanas, celebré a[f] la mujer española; y sobre todo, ¡gracias sean dadas a[g] Dios! esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico, que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y el arte de escribir hispano-americanos y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes. La juventud vibrante me siguió, y hoy muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria. Imposible me sería narrar aquí todas mis peripecias y aventuras de esa época pasada[h] en la coronada villa; ocuparían todo un volúmen [*sic*].[i360]

---

[a] CyC: Volví á ver al rey niño, más crecido, y

[b] CyC: á

[c] CyC: á la una *Pitusa* y á la otra *Gorriona*.

[d] CyC: á

[e] CyC: Di

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: de esa mi época pasada

[i] CyC: volumen.

LIII

La Exposición de París de 1900 estaba para abrirse. Recibí orden de *La Nación* de trasladarme en seguida a[a] la capital francesa. Partí.

En París me esperaba Gómez Carrillo y me fuí a vivir con él, el número 29 de la calle Faubourg Montmartre.[b] Carrillo era ya gran conocedor de la vida parisiense. Aunque era menor que yo, le pedí consejos. «¿Con[c] cuánto cuenta usted mensualmente?»—me preguntó.[d]—«Con esto», le contesté, poniendo en una mesa un puñado de oros de mi remesa de *La Nación*. Carrillo contó y[e] dividió aquella riqueza en dos partes; una pequeña y una grande. «Esta, me dijo, apartando la pequeña es para vivir: guárdela. Y esta otra, es para que la gaste toda»[f] Y yo seguí con placer aquellas agradables indicaciones, y esa misma noche estaba en Montmartre, en una *boïte* [*sic*][g] llamada C*yrano*, con joviales colegas y trasnochadoras estetas, danzarinas, o simples peripatéticas.[h]

Poco después, Carrillo tuvo que dejar su casa, y yo me quedé con ella; y como Carrillo me llevó a[i] mí, yo me llevé al poeta mexicano Amado Nervo, en la actualidad cumplido diplomático en España y que ha escrito lindos recuerdos sobre nuestros días parisienses, en artículos sueltos y en su precioso libro «El éxodo y las flores del camino».[j361] A Nervo y a[k] mí nos pasaron cosas

---

[a] CyC: á

[b] CyC: me fuí á vivir con él, en el núm. 29 de la calle Faubourg Montmartre.

[c] CyC: consejos. —«¿Con

[d] CyC: mensualmente?» me preguntó.

[e] CyC: contó, y

[f] CyC: una pequeña y otra grande. —«Esta, me dijo, apartando la pequeña, es para vivir; guárdela. Y esta otra, es para que la gaste toda!»

[g] CyC: *boîte*

[h] CyC: ó simples peripatéticas...

[i] CyC: á

[j] CyC: «*El éxodo y las flores del camino*».

[k] CyC: á

inauditas, sobre todo cuando llegó a[a] hacernos compañía un pintor de excepción, famoso por sus excentridades [*sic*][b] y por su desorbitado talento: he señalado al belga Henri de Grunx [*sic*].[c362] Algún día he de detallar tamaños sucedidos, pero no puede [*sic*][d] menos que acordarme en este relato, de los sustos que me diera el fantástico artista de larga cabellera y de ojos de tocado, afeitado rostro y aire lleno de inquietudes, cuando en noches en que yo sufría tormentosas nerviosidades e[e] invencibles insomnios, se me aparecía de pronto, al lado de mi cama, envuelto en un rojo ropón dantesco, con capuchón y todo, que había dejado olvidado en el cuarto no sé cuál[f] de las amigas de Gómez Carrillo... Creo que la llamada Sonia.[g]

[a] CyC: á

[b] CyC: excentricidades

[c] CyC: Henri de Groux.

[d] CyC: puedo

[e] CyC: é

[f] CyC: cual

[g] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 737 de C*aras y Caretas*].

LIV[a]

Yo hacía mis obligatorias visitas a[b] la Exposición. Fué para mí un deslumbramiento miliunanochesco, y me sentí más de una vez en una pieza, Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón, mandarín y daimio, siamés y cow-boy, gitano y mujick; y en ciertas noches, contemplaba en las cercanías de la torre Eiffel,[c] con mis ojos despiertos, panoramas que sólo había visto en las misteriosas regiones de los sueños.

Había un *bar* en los grandes boulevares que se llamaba *Calisaya*. Carrillo y su amigo Ernesto Lejeunesse [*sic*],[d363] me presentaron allí a[e] un caballero un tanto robusto, afeitado, con algo de abacial, muy fino de trato y que hablaba el francés con marcado acento de ultramancha. Era el gran poeta desgraciado Oscar Wilde. Rara vez he encontrado una distinción mayor, una cultura más elegante y una urbanidad más gentil. Hacía poco que había salido de la prisión. Sus viejos amigos franceses que le habían adulado y mimado en tiempo de riqueza y de triunfo, no le hacían caso. Le quedaban apenas dos o[f] tres fieles, de segundo orden. El había cambiado hasta de nombre en[g] el hotel donde vivía. Se llamaba con un nombre balzaciano, Sebastián Menmolth. En Inglaterra le habían embargado todas sus obras. Vivía de la ayuda de algunos amigos de Londres. Por razones de salud, necesitó hacer un viaje a[h]

---

[a] *Caras y Caretas*, año XV, n. 738, 23 de noviembre de 1912, páginas 81-84; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de Ares (figuras 63 a 66 del "Apéndice de imágenes").

[b] CyC: á

[c] CyC: Eifel [*sic*],

[d] CyC: Ernest Lajeuneusse [*sic*],

[e] CyC: á

[f] CyC: ó

[g] CyC: nombre, en

[h] CyC: á

Italia, y con[a] todo respeto, le ofreció el dinero necesario un *barman*[b] de nombre John, que es una de las curiosidades que yo enseño cuando voy con algún amigo a la «Bodega», que está en la calle de Rivoli, esquina a la de Castiglione.[c] Unos cuantos meses después moría el pobre Wilde, y yo no pude ir a[d] su entierro, porque cuando lo supe, ya estaba el desventurado bajo la tierra. Y ahora, en Inglaterra y en todas partes, recomienza su gloria...[364]

[a] CyC: y, con

[b] CyC: «barman»

[c] CyC: á la «Bodega», que está en la calle Rivoli, esquina á la de Castiglione.

[d] CyC: á

LV

En lo más agitado de la Exposición de París, salí en viaje a[a] Italia, viaje que era para mí un deseado sueño. Bien sabido es, que para todo poeta y para todo artista, el viaje a[b] Italia, al tradicional país del arte, es un complemento indispensable en su vida. El mío fué una excursión rápida turista.[c] Aproveché la compañía de un hombre de negocios de Buenos Aires, y así tuve siquiera con quien conversar, ya que no cambiar ideas. Pasé por Turín, en donde visité la Pinacoteca; tuve ocasión de ver al duque de los Abruzzos;[365] almorzar con el *onorevole* Gianolio;[366] trabar mi primer conocimiento con la sabrosa *fonduta* aromada de trufas blancas; conocer la Superga[367] y admirar desde su altura los lejanos Alpes, luminosos bajo el sol. Estuve en Pisa y admiré lo que hay que admirar, el Duomo, el Camposanto, la Torre inclinada, rueca de la vieja ciudad, y el Baptisterio. Manifesté, en tal ocasión, líricas reminiscencias. Fuí a[d] la Cartuja, con carta de recomendación para el prior Don Bruno; oí cantar, en el calor de la estación y en los verdes olivos y viñas, pesadas de uvas negras, las cigarras itálicas. Aumenté mi religiosidad en el convento, y admiré la fe y el amor al silencio de aquellos solitarios.

Pasé por Livorno, ciudad marítima y comerciante, vibrante de agitaciones modernas. Fuí a[e] Ardenza, y en el santuario de Montenero recé una avemaría a[f] la Virgen llegada de la isla de Negroponto, virgen milagrosa, amada de los marinos, visitada por Byron y otras conocidas testas.[g] Luego fuí a[h] Roma. Me poseyó la

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: excursión rápida de turista.

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: otras coronadas testas.

[h] CyC: á

gran ciudad imperial y papal. Vi en una calle pasar a D'Annunzio,[a] en su inevitable *pose*;[368] vi a León XIII[b] en su colosal retiro de piedra; y dediqué al papa[c] blanco un largo himno en prosa.[369] Esa visita la hice con un numeroso grupo de peregrinos argentinos, entre los cuales tengo presente al ilustre doctor Garro, actual ministro[d] de Instrucción Pública,[370] y al señor Ignacio Orzali, mi compañero de *La Nación*, que ostentaba sus condecoraciones pontificias.[371] A su Santidad blanca me presentaron como redactor del gran diario de Buenos Aires, «el diario del general[e] Mitre». El viejecito de color de marfil, me dijo en italiano palabras paternales, me dió a[f] besar su mano, casi fluídica, ornada con una esmeralda enorme, y me bendijo. En mi libro «Peregrinaciones» podréis encontrar algunas de mis impresiones romanas, pero no encontraréis dos que voy a[g] contaros.

La primera es mi conocimiento con Vargas Vila, el célebre pensador, novelista y panfletista político, que para mí[h] no es sino, juntándolo todo, un único e[i] inconfundible poeta, quizás contra su propia voluntad y autoconocimiento.[372] Vargas Vila, que ha pasado muchos años de su vida en Italia, país que ama sobre todos, se encontró conmigo en Roma. Fuimos íntimos en seguida, después de una mutua presentación, y no siendo él noctámbulo, antes bien persona metódica y arreglada, pasó conmigo toda esa noche, en un cafetín de periodistas, hasta el amanecer; y desde entonces, admirándole yo de todas veras, hemos sido los mejores camaradas en Apolo y en Pan.

La segunda impresión es mi encuentro con Enrique García Velloso, que, aunque siempre lleno de talento, no era todavía el fecundo, rozagante, pimpante y pactolizante autor teatral que hoy

---

[a] CyC: Ví en una calle pasar á D'Annunzio,
[b] CyC: ví á León XIII
[c] CyC: Papa
[d] CyC: Ministro
[e] CyC: General
[f] CyC: á
[g] CyC: á
[h] CyC: mi [*sic*]
[i] CyC: é

conocen las escenas Argentinas y aun las Españolas.[a373] Yo le había conocido desde que era un adolescente, en casa de su padre. En la urbe romana tuvimos primero saudades de Buenos Aires, y después nos dimos a[b] la alegría y gozos del vivir. Y tras animados paseos nocturnos, nos fuimos una mañana, en unión del periodista Ettore Mosca,[374] al lugar campestre situado en las orillas del Tíber, que se denomina «Acqua acetosa». Allí, en una rústica *trattoria*, en donde sonreían rosadas tiberinas, nos dieron un desayuno ideal y primitivo; pollos fritos en clásico aceite, queso de égloga, higos y uvas que cantara Virgilio, vinos de oda horaciana. Y las aguas del río, y la viña frondosa que nos servía de techo, vieron naturales y consecuentes locuras.

[a] CyC: que hoy conocen las Argentinas y aun las Españas.

[b] CyC: á

LVI

De Roma partí para Nápoles, en donde pasé amistosos momentos en compañía de Vittorio Pica, el célebre crítico de arte, autor de tantas exquisitas monografías y director de *Emporium*, la artística revista de Bergamo.[375] Hice la indispensable visita a Pompeya y retorné a París.[a]

Nunca quise, a[b] pesar de las insinuaciones de Carrillo, relacionarme con los famosos literatos y poetas parisienses. De vista conocí a muchos, y aun oí a algunos, en el C*alisaya* o en el café Napolitain, decir cualquier beoxcio [*sic*] o filisteo.[c] Al Napolitain iba casi todos los días un grupo de nombres en *vedette*,[d] entre ellos Catulle Mendes [*sic*][e] y su mujer, el actor Silvain,[376] Ernest Lajeuneuse,[377] Grenet, Dancourt [*sic*],[378] Georges Courteline,[379] algunas veces Jean Moreas y otros citaredas de menor fama, Catulle Mendes[f] no era ya el hermoso poeta de cabellos dorados, que antaño llamara tanto la atención por sus gallardías y encantos físicos, sino un viejo barrigón, cabeza de nazareno fatigado, todavía con fuertes pretensiones a[g] las conquistas femeninas, las cuales, en efecto, lograba en el mundo de las máscaras, pues era crítico teatral y personaje dominante entre las gentes de tablas y bambalinas. Una que otra vez se aparecía, con su melena negra y sus negros bigotes, el hoy elegido príncipe de los poetas franceses, Paul Fort,[380] y la verdad es que allí no descollaba, pues su influjo principal estaba del otro lado del río, en el país Latino.

---

[a] CyC: á Pompeya y retorné á París.

[b] CyC: á

[c] CyC: conocí á muchos, y aun oí á algunos, en el C*alisaya* ó en el café Napolitain, decir tonterías como cualquier beocio ó filisteo.

[d] CyC: *en vedette*,

[e] CyC: Catulle Mendès

[f] CyC: fama. Catulle Mendès

[g] CyC: á

LVII

Yo seguí habitando la misma casa de la calle Faubourg Montmartre y cuando regresaba por las madrugadas, solía entrar a cenar a un establecimiento[a] situado en mi vecindad, y que se llamaba *Au filet de Sole*.[b] En uno de esos amaneceres llegué en compañía de un escritor cubano, Eulogio Horta.[381] Estábamos cenando en uno de los extremos del salón del café. Había un nutrido grupo de hombres de aspectos e indumentarias que yo no sabía conocer aún,[c] alemanes en su mayor parte, y franceses. Casí [*sic*][d] todos ostentaban sendos alfileres y anillos de brillantes y estaban acompañados de unas cuantas hetairas de lujo. Espumeaba con profusión el *cordon rouge*, y al son de los violines de los tziganos, algunas parejas danzaban más que libremente. De pronto entró una joven, casi una niña, de notable belleza; se dirigió a[e] uno de los hombres, rojo, rechoncho, de fosco aspecto,[f] con tipo de carnicero, habló[g] con él algunas palabras... La bofetada fué tan fuerte que resonó por todo el recinto y la pobre muchacha cayó cual[h] larga era... A Eulogio Horta y a[i] mí se nos subió, sobre los vinos, lo hispano-americano a[j] la cabeza, y nos levantamos en defensa de la que juzgábamos una víctima; pero la cuadrilla de rufianes se alzó como uno solo,[k] amenazante, lanzándonos los más bajos insultos... Y lo peor era que quien nos insultaba más, con la cara ensangrentada, era la moza del bofetón... No nos pasó algo serio porque el gerente

---

[a] CyC: solía entrar á cenar á un establecimiento

[b] CyC: *Au Filet de Sole*.

[c] CyC: é indumentarias que yo no sabía conocer aun,

[d] CyC: Casi

[e] CyC: á

[f] CyC: de fosco rostro,

[g] CyC: carnicero; habló

[h] CyC: cuan

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: sólo,

del establecimiento, que me conocía desde Buenos Aires, salió a[a] nuestra defensa, habló en aleman [*sic*][b] con ellos y todo se calmó. Luego vino a[c] nosotros y nos advirtió que nunca se nos ocurriera salir a[d] la defensa de tales «*gourgandines*».

Otras cuantas aventuras de este género me acontecieron, pues en esa época yo hacía vida de café, con compañeros de existencia idéntica, y derrochaba mi juventud, sin economizar los medios de ponerla a[e] prueba.

[a] CyC: á
[b] CyC: alemán
[c] CyC: á
[d] CyC: á
[e] CyC: á

LVIII

Había vendido miserablemente varios libros a[a] dos *ghettos*, de la edición que en París han hecho miles y millones con el trabajo mental de escritores españoles e[b] hispano-americanos, pagados harpagónicamente, y como yo me quejase en aquel entonces, por una de mis obras, se me mostraron las condiciones en que había vendido para la América española una escritora ilustre su *Vida de San Francisco de Asis*.[c382]

Don Justo Sierra, el eminente escritor y poeta, que en Méjico era llamado «el Maestro», y que acaba de fallecer en Madrid de ministro de su país, escribió el prólogo para uno de mis volúmenes «Peregrinaciones».[d] En París tuve la oportunidad de conocer a este hombre preclaro, que en[e] los últimos años de la administración del presidente Porfirio Díaz, ocupó el ministerio de Instrucción Pública.[383]

El gobierno de Nicaragua, que no se había acordado nunca de que yo existía sino cuando las fiestas colombinas, o[f] cuando se preguntó por cable de Managua al ministro de Relaciones Exteriores[g] argentino si era cierta la noticia que había llegado de mi muerte, me nombró cónsul en París.

Y a[h] propósito, por dos veces se ha esparcido por América esa falsa nueva de mi ingreso en la Estigia; y no podré olvidar lo [*sic*][i] poco evangélica necrología que, la primera vez, me dedicara en *La Estrella de Panamá*,[j384] un furioso clérigo, y que decía poco

---

[a] CyC: á

[b] CyC: é

[c] CyC: *Vida de San Francisco de Asís*.

[d] CyC: volúmenes, «Peregrinaciones».

[e] CyC: á este hombre preclaro, que, en

[f] CyC: ó

[g] CyC: ministro de relaciones Exteriores

[h] CyC: á

[i] CyC: la

[j] CyC: la *Estrella de Panamá*,

más o[a] menos: «Gracias a[b] Dios que ya desapareció esta plaga de la literatura española... Con esta muerte no se pierde absolutamente nada...»[c] Hasta dónde puede llevar el fanatismo y la ignorancia en todo.[d]

[a] CyC: ó
[b] CyC: á
[c] CyC: nada...!»
[d] CyC: todo!

LIX

Me instruí en mis funciones consulares y tenía como canciller a[a] un rubio y calvo mexicano, limpio de espíritu y de corazón, y a[b] quien convencimos, en horas risueñas, algunos hispano-americanos, de que, dado su tipo completamente igual al de los Habsburgos y la fecha de su nacimiento, debía de ser hijo del emperador Maximiliano; y el «rico tipo», con poco cariño por su papá y poco respeto por su señora mamá, llegó a[c] aceptar, entre veras y bromas, la posibilidad de su austriaco parentesco...

Entre mis tareas consulares y mi servicio en *La Nación*, pasaba mi existencia parisiense. Era ministro nicaragüense en Francia don Crisanto Medina, antiguo diplomático de pocas luces pero de mucho mundo y práctica en los asuntos de su incumbencia.[385] A pesar de nuestras excelentes relaciones, había algo entre ellas que impedían [*sic*] una completa cordialidad. Me refiero a[d] un antiguo drama de familia, relacionado con el asesinato de mi abuelo materno.

Don Crisanto, de quien ha hecho Luis Bonafoux, en una de sus crónicas, bien pimentada *charge*, era un hombre tan feliz y tan ecuánime a su manera, que no tenía la menor idea de la literatura...[e386] Había conocido, desde los tiempos de Thiers, a Víctor Hugo, a Dumas, a otras cuantas celebridades;[f] pero de Víctor Hugo no me contaba sino que en un banquete, en la inauguración del Hotel de Ville, le libró de un resfriado levantándose de la mesa y yéndose a poner su gabán, a causa[g] de una corriente de aire, cosa que don Crisanto imitó;... y de Dumas, que una vez, al salir de una reunión, el famoso autor no encontraba su coche, y

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: á su manera, que no tenía la menor idea á la literatura...

[f] CyC: á Víctor Hugo, á Dumas, á otras cuantas celebridades;

[g] CyC: á poner su gabán, á causa

don Crisanto le fué a dejar en su casa en el suyo...[a] Al ecuatoriano Juan Montalvo le llamaba «aquel Montalvo que escribía»...[b387] Tenía gran admiración por Gómez Carrillo, no porque hubiera leído su obra de escritor, sino porque Carrillo le servía a[c] veces de secretario, y le contestaba las notas con frases poco usuales, notas que unas veces eran para Nicaragua, otras para Guatemala, porque don Crisanto había tenido el talento de conseguir la representación, alternativamente y a[d] veces al mismo tiempo, de casi todas las cinco repúblicas centro-americanas. Tible Machado,[388] ministro de Guatemala en Londres y Bruselas, era su pesadilla; y en la conferencia de La Haya... la cosa acabó en un duelo. Una noche, en París, la víspera del encuentro en el terreno, me dijo mi ministro: «Mañana mato a Tible».[e] No lo mató. Cierto es, que don Crisanto había tenido otro duelo célebre, en tiempos casi prehistóricos, con el nombrado colombiano, Torres Caisedo [*sic*],[f] que sacó su herida de la emergencia.

Contemporáneo de Medina fué el marqués de Rojas, tío de Luis Bonafoux y que había sido diplomático de Guzman Blanco,[g] con quien tuvo sus polémicas y desagrados.[389] Fué aquel marqués pontificio, a quien traté en su postrimería, muy aficionado a las mujeres y a la buena vida;[h] hombre rico, tuvo una vejez solitaria y murió entre criadas y criados en su *garçonniére* [*sic*].[i] Esos dos ancianos de que he hablado, y que ha tiempo en paz descansan, eran asiduos al mentidero del Gran Hotel,[j] en donde se reunían españoles e hispano-americanos a ejercer[k] la parlería y la murmuración nacional y de raza.

---

[a] CyC: le fué á dejar á su casa en el suyo...

[b] CyC: escribía...»

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: ministro: —«Mañana mato á Tible.»

[f] CyC: colombiano Torres Caisedo [*sic*],

[g] CyC: Guzmán Blanco,

[h] CyC: á quien traté en su postrimería, muy aficionado á las mujeres y á la buena vida;

[i] CyC: *garçonnière*.

[j] CyC: Grand Hotel,

[k] CyC: é hispano-americanos á ejercer

LX

Los ardientes veranos iba yo a pasarlos a Asturias, a Dieppe, y alguna vez a Bretaña.[a] En Dieppe pasé alguna temporada en compañía del notable escritor argentino que ha encontrado su vía en la propaganda del hispano-americanismo frente al peligro yankee, Manuel Ugarte.[390] En Bretaña pasé con el poeta Ricardo Rojas horas de intelectualidad y de cordialidad en una «villa» llamada *La Pagode*, donde nos hospedaba un conde ocultista y endemoniado, que tenía la cara de Mefistófeles.[391] Ricardo Rojas y yo hemos escrito sobre esos días extraordinarios, sobre nuestra visita al Manoir de Boultous, morada del maestro de las imágenes y príncipe de los tropos, de las analogías y de las armonías verbales, Saint-Pol-Roux, antes llamado el Magnífico.[392]

Entre toda esta última parte de mi narración se mezclan largos días que pertenecen a[b] lo estrictamente privado de mi vida personal.

Emprendí otro viaje por Bélgica, Alemania, Austria-Hungría,[c] Italia, Inglaterra. En todo ello me ocupo en algunos[d] de mis libros con bastante [*sic*][e] detalles. Mas no he contado algunos incidentes, por ejemplo, uno en que escapamos en perder la vida mi compañero de viaje, el mexicano Felipe López,[393] y yo. Fué en la ciudad de Budapest, por cierto región encantadora, si las hay. Andábamos recorriendo las calles. Ni López ni yo hablábamos alemán y nos desolábamos, en los restaurants, de no poder entender la lista del «menú», porque los húngaros, en lo general, por odio al austriaco, no quieren emplear al alemán en nada, y así todo está en su lenguaje para nosotros lleno de escabrosidades.[f] Yendo por una gran vía, leímos en letras doradas en un establecimiento: *American Bar*;

---

[a] CyC: Los ardientes veranos iba yo á pasarlos á Astúrias [*sic*], á Dieppe, y alguna vez á Bretaña.

[b] CyC: á

[c] CyC: Austro-Hungría,

[d] CyC: alguno

[e] CyC: bastantes

[f] CyC: y así todo está en su lengua para nosotros llena de escabrosidades.

y encontrando la ocasión de emplear bien nuestro inglés, entramos. Pedimos sendos cocktails, y nos pusimos a[a] escribir cartas. En esto se nos acercó un elegante joven, y en un francés cojo pero melifluo, nos dijo, más o[b] menos, tendiéndonos su tarjeta: que era hijo de un fabricante de bicicletas; que había estado en Francia, donde le habían atendido con toda gentileza y que desde entonces se había prometido ofrecer sus servicios, ser útil en todo lo que pudiera y pilotear y atender a cuanto extranjero de condición llegase a tierra húngara.[c] Nosotros, un tanto desconfiados por aquel abordaje sin presentación, dimos las gracias con frialdad, pero el guapo mozo continuó en la carga con tan buenas maneras y con tanta insistencia que[d] nos vimos obligados a[e] aceptar un champagne de bienvenida. Y el joven se convirtió en nuestro cicerone.

Nos llevó al Os Buda Vara, al barrio de los magnates, casi todo construído según la manera de la Secesión; a un jardín público,[f] donde debía celebrarse una fiesta esa tarde, y al cual debía asistir un príncipe imperial;[g] nos hizo comer no sé qué[h] mezcla magyar de queso fresco, cebolla picada, sal y paprika, mojada con una incomparable cerveza Pilsen, como de nieve y seda. Sin saber cómo ni cuándo se[i] apareció un hombre con tipo de obrero, que llevaba en la diestra maciza un anillo de[j] gran brillante. Habló en húngaro con nuestro joven, éste nos lo presentó como un rico industrial y nos dijo, que,[k] encantado de que fuésemos extranjeros, nos invitaba esa tarde a[l] una comida compuesta exclusivamente de platos nacionales. Llevado de mi entusiasmo por las cocinas exóticas, dije que aceptábamos con gusto, y quedamos en que nuestro cicerone

---

[a] CyC: á

[b] CyC: ó

[c] CyC: á cuanto extranjero de condición llegase á tierra húngara.

[d] CyC: insistencia, que

[e] CyC: á

[f] CyC: Seseción [*sic*]; á un jardín público,

[g] CyC: un Príncipe Imperial;

[h] CyC: que [*sic*]

[i] CyC: cuándo, se

[j] CyC: con

[k] CyC: y nos dijo que,

[l] CyC: á

nos llevaría al punto de reunión. Se nos dijo que el restaurant elegido quedaba cerca.

Muy entrada la tarde nos dirigimos a[a] la cita. Íbamos a[b] pie, y después de andar un buen trecho entre villas y quintas, observé que habíamos salido de la población. Se lo hice notar a[c] mi amigo, pero el húngaro nos señaló una casa cercana, aislada, y nos dijo que era allí el lugar de la comida. Advertí a[d] López que la cosa me parecía sospechosa, más[e] como viésemos que la casa tenía un jardín y en él había mesitas donde comían otras gentes, nos parecieron vanas nuestras sospechas. Entramos. Desde el momento vimos que aquello era un cafetín popular. Apareció el industrial. Nos hicieron entrar a[f] un cuarto lateral, pidieron cuatro copas de no recuerdo qué licor. Dije en español a[g] López que no bebiéramos, pero él bebió con los dos desconocidos. Querían que yo tomara con ellos pero dije que no me sentía bien. A poco, el mexicano se puso pálido y me dijo que le venía un sueño irresistible y que seguramente nos habían servido un narcótico. Hice que saliéramos para que tomase un poco de aire, y así se le quitó algo la pesadez de la cabeza.[h] El hostelero nos dijo que la comida estaba servida. En efecto, bajo una parra había una mesa para cuatro personas. La cuarta apareció y nos fue presentada como un señor conde de nombre enrevesado. Era un coloso mal trajeado y con manos de boyero. Nos sentamos a[i] la mesa y comimos un *papricak hun*, plato especial del país y otros más de éstos. Cuando concluímos se nos invitó a pasar al lado del figón, a una cancha de bochas, o juego de bolos, perteneciente a un club,[j] del cual se nos dijo, que el conde era director.

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: mas

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: la pesadez de cabeza.

[i] CyC: á

[j] CyC: se nos invitó á pasar al lado del figón, á una cancha de bochas, ó juego de bolos, perteneciente á un club,

Aquello estaba solitario, daba a un largo patio, o más bien[a] dilatada extensión de terreno. No lejos, corría el Danubio. Nos invitaron a[b] tomar un vino tokay, que nos inspiró confianza, pues la botella vino cerrada. No era el común vino tokay[c] que se encuentra en todas partes y que sirve para postres, sino un nectar [*sic*] delicioso, de caldo color dorado,[d] y que apuramos en grandes vasos. Confieso no haber tomado nunca un vino tan exquisito. Después se nos insinuó que era preciso, pues de uso corriente y nacional, que jugásemos a[e] un juego de cartas llamado «el reloj». Como por encanto apareció allí una baraja y después de algunas indicaciones empezó la partida.

A pocos momentos, tanto el mexicano como yo, habíamos[f] ganado importante número de florines; pero la partida continuó, y cuando nos percatamos,[g] tanto él como yo, habíamos perdido todo lo ganado y bastante dinero más. De común acuerdo resolvimos irnos en seguida, más[h] cuando manifestamos nuestra intención, fué como si hubiésemos encendido un reguero de pólvora. Los hombres se sulfuraron y se pusieron ante nosotros en actitud amenazante. El joven intérprete nos explicó que se creían ofendidos. Nosotros estábamos sin armas y no había sino que emplear alguna treta oportuna. Yo le dije que había en todo una equivocación; que estábamos dispuestos a continuar el juego al día siguiente, pero que en ese momento teníamos que ir a la ciudad a recoger un dinero.[i] El conde habló con sus compañeros y el joven nos dijo que se nos invitaba al día siguiente para ir a una *pushta* o estancia húngara[j] para que conociésemos la vida rural del país. Me apresuré a[k]

---

[a] CyC: á un largo patio, ó más bien

[b] CyC: á

[c] CyC: vino de Tokay

[d] CyC: claro

[e] CyC: á

[f] CyC: A los pocos momentos, tanto el mexicano como yo habíamos

[g] CyC: y cuando percatamos,

[h] CyC: mas

[i] CyC: á continuar el juego el día siguiente, pero que en ese momento teníamos que ir á la ciudad á recoger un dinero.

[j] CyC: á una *pushta* ó estancia húngara

[k] CyC: á

decir que con muchísimo gusto y en los ojos de los bandidos, se vió una gran satisfacción.[a] ¿A qué horas pasará el conde en su automóvil por ustedes? «Tiene que ser antes de las ocho».[b]—«A las siete y media en punto», le contesté. Así nos dejaron partir. Cuando llegamos al hotel, el dueño del establecimiento nos dijo:—«De buenas se han librado ustedes. Esos pillos deben pertenecer a una banda que ha robado y hecho desaparecer a varios extranjeros,[c] cuyos cuerpos apuñalados se han encontrado en las aguas del Danubio».[d] Tomamos el tren para Viena a[e] las cinco de la mañana.[f]

[a] CyC: en los ojos de los bandidos, porque no eran más que bandidos, se vió una gran satisfacción.

[b] CyC: —«¿A qué horas pasará el conde en su automóvil por ustedes? Tiene que ser antes de las ocho.»

[c] CyC: á una banda que ha robado y hecho desaparecer á varios extranjeros,

[d] CyC: Danubio.»

[e] CyC: á

[f] [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 738 de C*aras y Caretas*].

LXI[a]

Una vez vuelto de ese largo viaje, me tomé algún tiempo de reposo en París. Inesperadamente recibí cablegrama del Ministerio[b] de Relaciones Exteriores de Nicaragua, en que se me comunicaba mi nombramiento de Secretario de la Delegación nicaragüense a[c] la conferencia Panamericana del[d] Río de Janeiro. Debería reunirme en Francia con el jefe[e] de la Delegación señor Luis F. Corea, que era Ministro en Wáshington. Una semana después salimos para el Brasil. Ya he narrado en un diario las circunstancias, anécdotas y peripecias de este viaje y mis impresiones brasileñas y de la conferencia, a[f] raíz de este acontecimiento.[394] Vine de Río de Janeiro, por motivos de salud a[g] Buenos Aires. Mis impresiones de entonces quizás las conozcáis en verso, en versos de los dirigidos a[h] la señora de Lugones, en cierta mentada epístola:[395]

> ...En fin, convaleciente, llegué a[i] nuestra ciudad
> de Buenos Aires, no sin haber escuchado
> a[j] mister Root, abordo[k] del C*harleston* sagrado;
> mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?
> mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,
> y el banquete de *La Nación* que[l] fué estupendo,

---

[a] *Caras y Caretas*, año XV, n. 739, 30 de noviembre de 1912, pp. 83-86; las páginas de la revista no están numeradas; el texto está dispuesto en dos columnas. Título: "LA VIDA DE RUBÉN DARÍO // Escrita por él mismo para 'Caras y Caretas' — (Véase nuestro número anterior)". Firma: Rubén Darío. El número incluye cuatro ilustraciones a cargo de Ares (figuras 67 a 70 del "Apéndice de imágenes").

[b] CyC: Ministro

[c] CyC: á

[d] CyC: de

[e] CyC: Jefe

[f] CyC: á

[g] CyC: salud, á

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: á

[k] CyC: á bordo

[l] CyC: *La Nación*, que

y mis viejas siringas con su pánico estruendo,
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,
y el milagro de gracia que brota en la mujer
argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra[a]
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.
Y me volví a[b] París. Me volví al enemigo
terrible, centro de la neurosis, ombligo
de la locura, foco de todo *surmenage*,
donde hago buenamente mi papel de *sauvage*
encerrado en mi celda de la rue Marivauy [*sic*],[c]
confiando sólo en mí y resguardando el yo.
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera
lo que llaman los parisienses una *pera*!
A mi rincón me llegan a[d] buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así cualquier tunante me explotará a[e] su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos dicen[f] que
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!
Que ando, nefelibata, por las nubes... ¡Entiendo![g]
Sí, lo confieso, soy inútil. No trabajo
por arrancar a[h] otro su pitanza; no bajo
a[i] hacer la vida sórdida de ciertos previsores.
Yo no ahorro, ni[j] en seda, ni en champaña, ni en flores.
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero
quitarle de la boca su pan al compañero.
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.

---

[a] CyC: tierra,

[b] CyC: á

[c] CyC: la rue Marivaux,

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: listos, dicen

[g] [En la edición de Maucci falta aquí un verso, que CyC reproduce correctamente] Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!

[h] CyC: á

[i] CyC: á

[j] CyC: ahorro ni

Gusto de gentes de maneras elegantes
y de finas palabras y de nobles ideas.
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas
trazas, avaros, torpes, o[a] malignos y rudos,
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.
No conozco el valor del oro... ¡saben[b] esos
que tal dicen, lo amargo del jugo de mis sesos,
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,
del pensamiento en obra y de la idea encinta![c]
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?..

De vuelta a París fuí a pasar un invierno a la Isla de Oro,[d] la encantadora palma [*sic*] de Mallorca. Visité las poblaciones interiores; conocí la casa del archiduque Luis Salvador,[396] en alturas llenas de vegetación de paraíso, ante un mar homérico; pasé frente a la cueva en que oró Raymundo Lulio,[e] el ermitaño y caballero que llevaba en su espíritu la suma del Universo.[f397] Encontré las huellas de dos peregrinos del amor, llamémosle así: Chopin y George Sand, y hallé documentos curiosos sobre la vida de la inspirada y cálida hembra de letras y su nocturno[g] y tísico amante.[398] Ví[h] el piano que hacía llorar íntima y quejumbrosamente el más lunático y melancólico de los pianistas, y recordé las páginas de *Spiridion*.[399]

[a] CyC: ó
[b] CyC: ¿saben
[c] CyC: encinta?
[d] CyC: De vuelta á París fuí á pasar un invierno á la Isla de Oro,
[e] CyC: á la cueva en que oró Reymundo Lulio,
[f] CyC: universo.
[g] CyC: nocturnal
[h] CyC: Ví

LXII

El gobierno nicaragüense nombró a Vargas Vila y a mí—[a] Vargas Vila era Cónsul General de Nicaragua en Madrid—miembros de la Comisión de límites con Honduras. Que Nicaragua envió a España,[b] siendo el rey Don Alfonso el árbitro que debía resolver definitivamente en el asunto en cuestión. El ministro Medina, era el jefe de la Comisión; pero nunca nos presentó oficialmente ni[c] contaba, ni quería contar con nosotros para nada. Vargas Vila tiene sobre ésto[d] una documentación inédita que algún día ha de publicarse. El fallo del rey[e] de España, no contentó, como casi siempre sucede, a[f] ninguna de las partes litigantes, y eso que Nicaragua tenía como abogado nada menos que a[g] don Antonio Maura.[400] La poca avenencia del ministro Medina conmigo hizo que yo me resolviese a hacer un viaje a Nicaragua.[h]

Hacía cerca de diez y ocho años que yo no había ido a[i] mi país natal. Como para hacerme olvidar antiguas ignorancias e indiferencias, fuí recibido como ningún profeta lo ha sido en su tierra... El entusiasmo popular fué muy grande. Estuve como huesped [*sic*][j] de honor del Gobierno durante toda mi permanencia. Volví a ver, en León, en mi casa vieja, a mi tía abuela,[k] casi centenaria; y al [*sic*][l] Presidente Zelaya, en Managua, se mostró amable y afectuoso.[401] Zelaya mantenía en un puño aquella tierra difícil. Diez y siete años

---

[a] CyC: á Vargas Vila y á mí—

[b] CyC: Honduras, que Nicaragua envió á España,

[c] CyC: oficialmente, ni

[d] CyC: esto

[e] CyC: Rey

[f] CyC: á

[g] CyC: á

[h] CyC: á hacer un viaje á Nicaragua.

[i] CyC: á

[j] CyC: huésped

[k] CyC: á ver, en León, en mi casa vieja, á mi tía abuela,

[l] CyC: el

estuvo en el poder y no pudo levantar cabeza la revolución conservadora, dominada, pero siempre piafante. El Presidente era hombre de fortuna, militar y agricultor, más[a] no se crea que fuese la reproducción de tanto tirano y tiranudo[b] de machete como ha producido la América española. Zelaya fué enviado por su padre, desde muy joven a[c] Europa; se educó en Inglaterra y Francia; sus principales estudios los hizo en el colegio Höche,[d] de Versalles; peleó en las filas de Rufino Barrios,[402] cuando este Presidente de Guatemala intentó realizar la unión de Centro América por la fuerza, tentativa que le costó la vida.

Durante su presidencia, Zelaya hizo progresar el país, no hay duda alguna.[e] Se rodeó de hombres inteligentes, pero que, como sucede en muchas partes de nuestro continente, hacían demasiada política y muy poca administración; los principales eran hombres hábiles que procuraban influir para los intereses de su círculo en el ánimo del gobernante. Esos hombres se enriquecieron, o[f] aumentaron sus caudales, en el tiempo de su actuación política. Otros adláteres hicieron lo mismo; la situación económica en el país se agravó, y las malquerencias y desprestigios de los que rodeaban al jefe del Estado, recayeron también contra él. Esto lo observé a[g] mi paso. El descontento había llegado a[h] tal punto en Occidente, cuando se creyó, con motivo del matrimonio de una de las señoritas Zelaya, que el Presidente entraba en connivencias con los conservadores de Granada, que había preparado [*sic*][i] en León, para una próxima visita presidencial una[j] conjuración contra la vida del general Zelaya.

---

[a] CyC: mas
[b] CyC: tiranuelo
[c] CyC: á
[d] CyC: Hôche,
[e] CyC: ninguna.
[f] CyC: ó
[g] CyC: á
[h] CyC: á
[i] CyC: preparada
[j] CyC: presidencial, una

Amigos míos, entre ellos, principalmente, el doctor Luis Debayle[403] y don Francisco Castro, ministro de Hacienda, y el mismo ministro de Relaciones Exteriores señor[a] Gámez,[404] pidieron al presidente la legación de España para mí. La unánime aprobación popular, el pedido de sus amigos, y su innegable buena voluntad, hicieron que el general Zelaya me nombrase ministro en Madrid; pero no sin que tuviese que luchar con intrigas palaciegas y pequeñeces no palaciegas, que hacían su sordo trabajo en contra, y esto a[b] pesar de que la legación tenía un pobre y casi desdoroso presupuesto, que fué todavía mermado a[c] la salida del señor Castro del Ministerio[d] de Hacienda.

[a] CyC: Exteriores, señor

[b] CyC: á

[c] CyC: á

[d] CyC: ministerio

LXIII

Partí, pues, de Nicaragua con la creencia de que no había de volver nunca más; pero había visto florecer antiguos rosales, y contemplado largamente, en las noches del trópico, las constelaciones de mi infancia. La familia Darío estaba ya casi concluída. Una juventud ansiosa y llena de talento se desalentaba, por lo desfavorable del medio. Y se sentía soplar un viento de peligro que venía del lado del Norte.

Cuando llegué a París, la contrariedad del ministro Medina al saber que iba yo a sustituirle[a] en su puesto diplomático de España —pues él era representante de Nicaragua en cuatro o[b] cinco países de Europa—se exteriorizó con tal despecho, que me juró aquel provecto caballero, no volver a[c] poner los pies en España. Me dirigí a[d] Madrid con objeto de presentar mis credenciales. Me hospedé en el Hotel de París, y procuré que aquella Legación, con información de pobreza, tuviese una exterioridad, ya que no lujosa, decorosa. La prensa me había saludado con toda la cordialidad que inspiraba un reconocido amigo y queredor de España.

Recibí la visita del primer Introductor de Embajadores, Conde de Pie de Concha,[405] noble gentilísimo, y me anunció que el Rey me recibiría en seguida, pues tenía que partir no recuerdo para qué punto. A los tres días debía verificarse la ceremonia de la entrega de mis credenciales; y todavía un día antes, andaba yo en apuros, porque no había recibido de París mi flamante y dorado uniforme. Felizmente me sacó del paso mi buen amigo el doctor Manrique, ministro de Colombia;[406] él hizo que me probara el suyo y me quedó a[e] las mil maravillas; y he allí cómo el antiguo Cónsul general[f]

---

[a] CyC: á París, la contrariedad del Ministro Medina al saber que iba yo á sustituirle

[b] CyC: ó

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: General

de Colombia en Buenos Aires, fué recibido por el rey[a] de España, como ministro de Nicaragua, con uniforme colombiano.

Su Majestad el Rey, estuvo[b] conmigo de una especial amabilidad, aunque en este caso todos los diplomáticos dicen lo mismo. Me habló de mi obra literaria. Conversó de asuntos nicaragüenses y centroamericanos, demostrando bien informado conocimiento del asunto, y dejó en mi ánimo la mejor impresión. Cada vez que hablé con él, en el curso de mi misión, me convencí de que no es solamente el rey *sportman* de los periódicos e ilustraciones,[c] sino un joven bien pertrechado de los más diversos conocimientos, y hecho a[d] toda suerte de disciplinas. Una vez concluída mi conversación con el monarca, pasé a presentar mis respetos a las reinas.[e] La reina Victoria apareció ante mí [*sic*] vista como una figura de arte.[407] Por su rosada belleza, la pompa rica de su elegancia ornamental, y hasta por la manera como estaba dada la luz en el estrecho recinto donde me recibió de pie y me tendió la mano para el beso usual. ¡Cuán hermosa y rubia reina de cuentos de hadas! Hablé con ella en francés; todavía no se expresaba con facilidad en español. Y tras cumplimientos y preguntas y respuestas casi protocolares, fuí a saludar a la reina madre[f] doña María Cristina,[408] delgada y recta, con la particular distinción y aire imperial que reveló siempre la archiduquesa austriaca que había en la soberana española. Se mostró conmigo afable y de excelente memoria. Así, después del acostumbrado diálogo diplomático, me dijo que recordaba la ocasión en que, en una de las ceremonias de las fiestas colombianas,[g] le había sido presentada[h] por su primer ministro, don Antonio Cánovas del Castillo.[409]

---

[a] CyC: Rey

[b] CyC: Rey estuvo

[c] CyC: el rey sportman de los periódicos é ilustraciones,

[d] CyC: á

[e] CyC: á presentar mis respetos á las reinas.

[f] CyC: fuí á saludar á la reina madre

[g] CyC: colombinas,

[h] CyC: presentado

Después hice mi visita a[a] las infantas: doña[b] Isabel, acompañada de su inseparable marquesa de Nájera, hoy fallecida.[410] El excelente carácter de doña Isabel, su cultura y su llaneza, bien conocidos de los argentinos,[411] no ocultan el genio artístico que hay en ella;[c] y cuyo amor al arte supe en esa oportunidad y en otras posteriores, por su conversación y por su museo. La infanta doña Luisa, una linda Orleáns,[d] casada con el viudo don Carlos, delicada y fina aunque[e] *sportswoman* airosa y vigorosa que va de cuando en cuando a bañar su beldad de sol a Sevilla.[f412] Y la desventurada infanta María Teresa, desventurada como su pobre hermana, y tan desventurada como sencilla y bondadosa, cuya muerte acaba de llorar toda España.[413] Me recibió en compañía de su marido el príncipe don Fernando de Baviera,[414] hijo de su tía la Infanta[g] doña Paz.[415] Doña María Teresa, ingenuamente sufrió conmigo una equivocación, lamentable para mí, ¡hélas!, pues, acostumbrada a[h] representantes hispano-americanos como los Wilde, los Iturbe, los Candamo, los Beiztegui,[416] me confundió con esos millonarios, y me habló de mi automóvil... ¡Pobrecita infanta María Teresa! A la infanta doña Eulalia no la pude saludar, pues ya se sabe que es una parisiense y que reside en París.[417]

---

[a] CyC: á

[b] CyC: Doña

[c] CyC: no ocultan la Borbón que hay en ella;

[d] CyC: Orleans,

[e] CyC: fina, aunque

[f] CyC: á bañar su beldad de sol de Sevilla.

[g] CyC: infanta

[h] CyC: á

LXIV

En el cuerpo diplomático, no sabiendo jugar al *bridge* y[a] con el sueldo que tiene un secretario de legación de cualquier país presentable, y con lo de la literatura y los versos, hacía yo, entre los de la carrera, un papel suficientemente medianejo... Entre los embajadores, disfruté la grata cortesía del fastuoso britano Sir Maurice Bunsen,[418] y la acogida siempre simpática y afectuosa del Nuncio, monseñor Vico, hoy cardenal.[419] Mi único amigo verdadero era el embajador de Francia, porque era también amigo de las musas, íntimo de Mistral, y autor de páginas muy agradables, lo cual, señores positivos, no obsta para que actualmente sea director de la Banque Otomane [*sic*] en Constantinopla.[420]

A todo esto, el gobierno de Nicaragua, preocupado con sus políticas, se acordaba tanto de su legación en España como un calamar de una máquina de escribir... Y ahí mis apuros... No, no he de callar esto... Después de haber agotado escasas remesas de mis escasos sueldos, que según me ha dicho el general Zelaya, tuvo que poner de su propio peculio, y cuando ya se me debía el pago de muchos meses, *La Nación* de Buenos Aires, o,[b] mejor dicho, mis pobres sesos, tuvieron que sostener, mala, pésimamente, pero en fin, sostener, la legación de mi patria nativa, la República de Nicaragua, ante su Majestad el rey de España... En fin, para no tener que hacer las de cierto ministro turco, a[c] quien los acreedores sitiaban en su casa de la Villa y Corte, trasladé mi residencia a[d] París, en donde ni[e] tenía que aparentar, ni gastar nada, diplomáticamente.

---

[a] CyC: *bridge*, y

[b] CyC: ó,

[c] CyC: á

[d] CyC: á

[e] CyC: no

LXV

La traición de Estrada[421] inició la caída de Zelaya. Este quiso evitar la intervención yankee y entregó el poder al doctor Madriz, quien pudo deshacer la revolución, en un momento dado, a[a] no haber tomado parte los Estados Unidos, que desembarcaron tropas de sus barcos de guerra para ayudar a[b] los revolucionarios.[422]

Madriz me nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial, en México, con motivo de las fiestas del Centenario.[c] No había tiempo que perder, y partí inmediatamente. En el mismo vapor que yo iban[d] miembros de la familia del presidente[e] de la República, general Porfirio Díaz, un íntimo amigo suyo, diputado, don Antonio Pliego, el ministro de Bélgica en México y el conde de Chambrun, de la legación de Francia en Wáshington. En la Habana[f] se embarcó también la delegación de Cuba, que iba a[g] las fiestas mexicanas.

Aunque en La Coruña, por un periódico de la ciudad, supe yo que la revolución había triunfado en Nicaragua, y que el presidente Madriz se había salvado por milagro, no diera mucho crédito a[h] la noticia. En la Habana[i] la encontré confirmada. Envié un cablegrama pidiendo instrucciones al nuevo gobierno y no obtuve contestación alguna. A mi paso por la capital de Cuba, el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Sanguily, me atendió y obsequió muy amablemente.[423] Durante el viaje a Veracruz[j] conversé con los

---

[a] CyC: á
[b] CyC: á
[c] CyC: centenario.
[d] CyC: yo, iban
[e] CyC: Presidente
[f] CyC: La Habana
[g] CyC: á
[h] CyC: á
[i] CyC: La Habana
[j] CyC: á Vera Cruz

diplomáticos que iban a[a] bordo, y fué opinión de ellos que mi misión ante el gobierno mexicano, era simplemente de cortesía internacional, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaba fuera[b] de las pasiones políticas que agitaban en ese momento a[c] Nicaragua. No conocían el ambiente del país y la especial incultura de los hombres que acababan de apoderarse del gobierno.

Resumiré. Al llegar a Veracruz,[d] el introductor de diplomáticos, señor Nervo,[424] me comunicaba que no sería recibido oficialmente, a[e] causa de los recientes acontecimientos, pero que el gobierno mexicano me declaraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a[f] la capital, y que esperase la llegada de un enviado del ministerio de Instrucción Pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Rubén Darío y a Nicaragua, y mueras a los Estados Unidos.[g] El enviado del Ministerio[h] de Instrucción Pública llegó, con una carta del ministro, mi buen amigo, don Justo Sierra,[i425] en que en nombre del presidente[j] de la República y de mis amigos del gabinete, me rogaban que pospusiese mi viaje a[k] la capital. Y me ocurría algo bizantino. El gobernador civil, me decía que podía permanecer en territorio mexicano unos cuantos días, esperando que partiese la delegación de los Estados Unidos para su país, y que entonces yo podría ir a[l] la capital; y el gobernador militar, a quien yo tenía mis razones para creer más, me daba a entender

---

[a] CyC: á

[b] CyC: que mi misión ante el gobierno mexicano, simplemente de cortesía internacional, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaban fuera

[c] CyC: á

[d] CyC: á Vera Cruz,

[e] CyC: á

[f] CyC: á

[g] CyC: daban vivas á Rubén Darío y á Nicaragua, y mueras á los Estados Unidos.

[h] CyC: ministerio

[i] CyC: con una carta del Ministro, mi buen amigo don Justo Sierra,

[j] CyC: Presidente

[k] CyC: á

[l] CyC: á

que aprobaba la idea mía de retonar [*sic*] en el mismo vapor para la Habana...[a] Hice esto último. Pero antes, visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió en triunfo. Y el pueblo de Teccelo,[b] donde las niñas criollas e[c] indígenas, regaban flores y decían ingénuas [*sic*][d] y compensadoras salutaciones. Hubo vítores y músicas. La municipalidad dió mi nombre a[e] la mejor calle. Yo guardo, en lo preferido de mis recuerdos afectuosos, el nombre de ese pueblo querido. Cuando partía en el tren, una indita me ofreció un ramo de lirios, y un puro azteca: «Señor, yo no tengo que ofrecerle más que ésto»; y me dió una gran piña perfumada y dorada. En Veracruz[f] se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos orados [*sic*][g] y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar a[h] la gran ciudad, los estudiantes en masa, e[i] hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allí se vió, se puede decir, el primer relámpago de la revolución que trajera el destronamiento.[426]

Me volví a la Habana[j] acompañado de mi secretario, señor Torres Perona, inteligente joven filipino,[427] y del enviado que el Ministro[k] de Instrucción Pública habíale nombrado para que me acompañase. Las manifestaciones simpáticas de la ida no se repitieron a[l] la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos

---

[a] CyC: y el gobernador militar, á quien yo tenía mis razones para creer más, me daba entender [*sic*] que aprobaba la idea mía de retornar en el mismo vapor para La Habana...

[b] CyC Teocelo,

[c] CyC: é

[d] CyC: ingenuas

[e] CyC: á

[f] CyC: Vera Cruz

[g] CyC: oradores

[h] CyC: á

[i] CyC: é

[j] CyC: á La Habana

[k] CyC: ministro

[l] CyC: á

oficiales... Se concluyeron, en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del ministro Sierra. Y después de saber, prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón político, y lo que es un ciclón de huracanes y de lluvia en la isla[a] de Cuba, pude, después de dos meses de ardua permanencia, pagar crecidos gastos y volverme a[b] París, gracias al apoyo pecuniario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández, y sobre todo, a[c] mis cordiales amigos Fontoura Xavier,[428] ministro del Brasil, y general Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente.[429]

[a] CyC: Isla

[b] CyC: á

[c] CyC: y, sobre todo, á

LXVI

El nuevo gobierno nicaragüense, que suprimió por decreto mi misión en México, no me envió nunca, por más que cablegrafié, mis recredenciales para retirarme de la legación de España; de modo que, si a[a] estas horas no las ha mandado directamente al gobierno español, yo continúo siendo el representante de Nicaragua ante su majestad católica.

Y aquí pongo término a estas comprimidas memorias que,[b] como dejo escrito, he de ampliar más tarde. En mi propicia ciudad de París, sin dejar mi ensueño innato, he entrado por la senda de la vida práctica... Llamado por el artista Leo Lerelo [*sic*][c] para la fundación de la revista «Mundial», entré luego en arreglos con los distinguidos negociantes señores Guido, y he consagrado mi nombre y parte de mi trabajo, a[d] esa empresa, confiando en la buena fe de esos activos hombres de capital.[430]

En lo íntimo de mi casa parisiense, me sonríe infantilmente un rapaz que se me parece, y a[e] quien yo llamo *Güicho*...[431]

Y en esta parte de mi existencia, que Dios alargue cuanto le sea posible, telón.

Buenos Aires, 11 de septiembre. — 5 de octubre de 1912.[f]

---

[a] CyC: á

[b] CyC: á estas comprimidas memorias, que,

[c] CyC: Merelo

[d] CyC: á

[e] CyC: á

[f] CyC: Buenos Aires, 11 de septiembre – 5 de octubre, de 1912. [Aquí finaliza el texto de la *Vida* correspondiente al n. 734 de *Caras y Caretas*].

Posdata, en España

Libre de las garras de hechizo de París, emprendí camino hacia la isla dorada y cordial de Mallorca. La gracia virgiliana del ámbito mallorquín devolvíame paz y santidad. Por cariñosa solicitud de mi excelente don Juan Sureda[432] *por su cariño vigilante, mi alma y mi carne ganaban de día en día la conveniente fortaleza. Me hospedé, pues, en su casa, que es aquel Castillo del Rey asmático, en la pintoresca y fresca Valldemosa.*[433] *Sobre este Castillo y su vecina Cartuja, como sobre todo aquel oro de Mallorca, escribí una novela en los días de mi permanencia en esa tierra de Lulio. Los atraídos por mi vagar y pensar tendrán en esas páginas de mi «Oro de Mallorca» fiel relato de mi vida y de mis entusiasmos en esa inolvidable joya mediterránea. Ese* gentil homme *y profundo Lulista que es Juan Sureda, tiene en mi corazón un voto constante por su felicidad. ¿Y qué diré de mi agradecida admiración por la espiritual pintora que comparte la vida con mi recordado Sureda? Su esposa es mujer suprema y comprensora feliz del Arte. Vive trasladando a las telas los secretos de belleza de aquellos parajes. Pinta admirablemente y le ha arrancado a los olivos su ademán de muertos deseosos de clamar al cielo sus misterios y enigmas. Ha pintado olivos magistralmente. Ella, que es todo bondad creadora, me hizo mucho bien con su palabra creyente.*[434]

De Valldemosa partí un día en el Rey Jaime I *que me trajo a la amable ciudad condal. Aquí debía residir, fijar la planta por muchos años, Dios mediante, y, en verdad confieso que me es grata en extremo la estancia en esta tierra, «archivo de cortesía», como reza la frase del glorioso manco de Lepanto.*[435]

Dejé a París, sin un dolor, sin una lágrima. Mis veinte años de París, que yo creía que eran unas manos de hierro que me sujetaban al solar luteciano, dejaron libres mi corazón. Creí llorar y no lloré.

Juventud, divino tesoro
ya te vas para no volver,
cuando quiero llorar, no lloro
y a veces lloro sin querer.[436]

Y ya en Barcelona, en la calle Tiziano, núm. 16, en una torre que tiene jardín y huerto, donde ver flores que alegran la vida y donde las gallinas y los cultivos me invitan a una vida de manso payés, *he buscado un refugio grato a mi espíritu. Bajo el ala de serenidad de la brisa nocturna evoco mis días de Mallorca, sobre todo el de una tarde en que el poeta Osvaldo Bazil,*[437] *se empeñó en vestirme de cartujo. A los Sureda les supo bien la gracia y yo en verdad me sentía completamente cartujo, bajo el hábito que llevaba. Llegué a pensar que acaso era lo mejor y en donde hallaría la felicidad. Y llegué a soñar, a sentir, en mí, la mano que consagra y acerca hacia la paz de la vieja Cartuja. Y vi el púlpito de San Pedro, en Roma, donde yo diría un rosario de plegarias que sería mi mejor obra y que abrirían las divinas puertas confiadas a San Pedro. Quimeras, polvo de oro de las alas de las rotas quimeras, ¿por qué no fuí lo que yo quería ser, por qué no soy lo que mi alma llena de fe, pide, en supremos y ocultos éxtasis al buen Dios que me acompaña? En fin, acatemos la voluntad suprema. De todo esto hablo en mi novela «Oro de Mallorca» y de otras cosas caras a mi espíritu que impresionaron mis fibras de hombre y de poeta.*

En Barcelona he tenido días gratos y días malos. Aquí he admirado a Miguel de los Santos Oliver,[438] *y al poderoso «Xenius».*[439] *He vuelto a abrazar a mi querido Santiago Rusiñol*[440] *y al gran Peyus, como familiarmente es llamado Pompeyo Gener.*[441] *Con todos he evocado y vivido horas de arte de ayer y de hoy. Una de mis primeras visitas fué para el amigo de don Marcelino Menéndez y Pelayo y maestro carísimo. He nombrado a Rubió y Lluch.*[442] *Y he dado la mano agradecida al abundante y digno amigo Rahola.*[443] *Entre estos amigos que son, junto con aquel glorioso muerto, con aquel poeta de la* vaca ciega *que se llamó Juan Maragall,*[444] *con esos amigos y recuerdos de amigos catalanes, formo mi torre de mental esparcimiento. Gracias doy a la excelencia catalana por la paz que me ofrece la tierra del inmortal Mosen Cinto.*[445]

¿Y por qué no decir de mi visita a los grandes talleres tipográficos del excelente amigo don Manuel Maucci,[446] *si ella fué para mí grata y despertadora de recuerdos de otras épocas mías? Mis doradas bohemias tenían un eco bajo las paredes de la colosal empresa que ha levantado la voluntad triunfadora de un hombre, de Italia, de ese amigo Maucci que ha sabido modernizar los hierros y la acción de su casa*

hasta darle un empuje que asombra y una importancia que yo aplaudo de veras. Mientras estuve allí, pensé en mis «Raros»[447] *y en una traducción de una novela que firmé en gracias a la adorada bohemia y de la cual no me quiero acordar.*[448] *Pero todo esto tiene un gran encanto y bajo los recuerdos, me sonrío y acaso suspiro. Maucci sigue en su amable charla introduciéndome por amplios corredores, explicándome la aplicación de máquinas modernas y la distribución de labores. Y en cada departamento hay millones de libros. Cuando oigo la palabra millones abro los ojos y miro asombrado a un lado y a otro. Estoy encantado de la visita, pero ya es hora de partir. El automóvil de Maucci me conduce a mi torre. Y aquí quedo pensando en la obra que realiza esa voluntad de hierro y una consagración de héroe. Pero me distrae de mi pensar en prácticas acciones un vuelo de ave que pasa y me quedo abstraído en la contemplación de una estrella que aparece en el vasto cielo azul.*

FIN

[“Historia de mis libros”]
(1913)

PROSAS PROFANAS

(Para La Nacion)[a]

Sería inútil tarea intentar un análisis exegético de mi libro «Prosas Profanas» después del estudio tan completo del gran José Enrique Rodó en su magistral y célebre opúsculo, reproducido a manera de prólogo en la edición parisiense de la Viuda de C. Bouret, y en la cual no apareció la firma del ilustre uruguayo por un descuido de los editores.[449] Mas sí podré expresar mi sentimiento personal, tratar de mis procedimientos y de la génesis de los poemas en esta obra contenidos. Ellos corresponden al período de ardua lucha intelectual que hube de sostener, en unión de mis compañeros y seguidores, en Buenos Aires, en defensa de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de

[a] *La Nación*, martes 1° de julio de 1913 (p. 7, cols. 6-7). El artículo integra una serie junto a otros dos publicados este mismo mes en el periódico de Buenos Aires, dedicados a *Azul...* y *Cantos de vida y esperanza* respectivamente, en que Darío rememora la concepción y explica los alcances de los proyectos estéticos comprometidos en sus tres poemarios principales. La serie fue reordenada siguiendo la secuencia de aparición de los libros darianos y publicada en el número de homenaje al fallecimiento del poeta por la revista porteña *Nosotros*, año X, n. 82 (febrero 1916), pp. 204-222. Los mismos editores de la revista le dieron el nombre a este conjunto, rótulo célebre que ha acompañado las posteriores recopilaciones: "Historia de mis libros". Así lo expone *Nosotros* en la nota editorial que encabeza la serie: "*En Junio de 1913 Rubén Darío envió a «La Nación» desde París, y «La Nación» los publicó sucesivamente en Julio, tres artículos en que explicó en conjunto y por separado, composición tras composición, la génesis de sus libros «Azul»..., «Prosas Profanas» y «Cantos de Vida y Esperanza». Fueron tres artículos interesantísimos en los cuales el poeta no sólo iluminó muchos aspectos de su obra multiforme, sino también dijo bien alto, con la firme conciencia del valor de la propia labor, cuanto había él contribuído a la evolución progresiva de la lengua, el verso y la prosa castellanas. Autocrítica, sobria y sincera, estos artículos constituyen un documento de real importancia para la apreciación de la obra y la influencia del gran poeta; por eso, y porque sabemos que han sido olvidados por el público, como que vivieron la vida efímera de la hoja diaria, nos permitimos reproducirlos, entendiendo prestar un positivo servicio a los estudiosos y hacer cosa grata a todos nuestros lectores. El título que los abarca nos pertenece*" (1916: 222). La transcripción póstuma de *Nosotros* intenta reparar erratas, aunque muchas de ellas son aparentes y otras se resuelven de manera arbitraria. La versión de la revista incorpora asimismo nuevas erratas propias, que se trasladaron con cierta regularidad a las series sucesivas de *Obras completas*.

la aristocracia literaria. En unas palabras de introducción concentraba yo el alcance de mis propósitos.

Ya había aparecido «Azul...» en Chile;[450] ya había aparecido «Los Raros» en la capital argentina.[451] Estaba de moda entonces la publicación de manifiestos, en la brega simbolista de Francia, y muchos jóvenes amigos me pedían hiciese en Buenos Aires lo que, en París, Moreas [*sic*] y tantos otros.[452] Opiné que no estábamos en idéntico medio, y que tal manifiesto no sería ni fructuoso, ni oportuno. La atmósfera y la cultura de la secular Lutecia no era la misma de nuestro estado continental. Si en Francia abundaba el tipo de Remy de Gourmont.[a] «Celui-qui-ne-comprend-pas» ¿cómo no sería entre nosotros?[453] El pululaba en nuestra clase dirigente, en nuestra general burguesía, en las letras, en la vida social. No contaba, pues, sino con una «élite», y sobre todo con el entusiasmo de la juventud, deseosa de una reforma, de un cambio en su manera de concebir y de cultivar la belleza.

Aun entre algunos que se habían apartado de las antiguas maneras, no se comprendía el valor del estudio y de la aplicación constante, y se creía que con el solo esfuerzo del talento podría llevarse a cabo la labor emprendida. Se proclamaba una estética individual, la expresión del concepto propio, mas también era preciso la base del conocimiento del arte a que uno se consagraba, una indispensable erudición y el necesario don del buen gusto. Me adelanté a prevenir el perjuicio de toda imitación, y, apartando sobre todo a los jóvenes catecúmenos de seguir mis huellas, recordé un sabio consejo de Wagner a una ferviente discípula suya que fué al mismo tiempo una de las amadas de Catulle Mendés [*sic*].[454]

Asqueado y espantado de la vida social y política en que mantuviera a mi país original un lamentable estado de civilización embrionaria, no mejor en tierras vecinas, fué para mí un magnífico refugio la República Argentina, en cuya capital aunque llena de tráfagos comerciales, había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas. Y si la carencia de una fortuna básica me obligaba a trabajar

[a] [La sintaxis de la oración en el periódico resulta anómala por el punto en este lugar, donde debería ir coma.]

periodísticamente, podía dedicar mis vagares al ejercicio del puro arte y de la creación mental. Mas abominando la democracia, funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman,[455] tendí hacia el pasado, a las antiguas mitologías y a las espléndidas historias, incurriendo en la censura de los miopes. Pues no se tenía en toda la América española como fin y objeto poéticos más que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la independencia y la naturaleza americana: un eterno canto a Junín, una inacabable oda a la Agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas.[456] No negaba yo que hubiese un gran tesoro de poesía en nuestra época prehistórica, en la conquista y aun en la colonia; mas con nuestro estado social y político posterior llegó la chatura intelectual y períodos históricos más a propósito para el folletín sangriento que para el noble canto. Y agregaba, sin embargo: «Buenos Aires: cosmópolis. ¡Y mañana!»[457] La comprobación de este augurio quedó afirmada con mi reciente «Canto a la Argentina».[458]

En cuanto a la cuestión ideológica y verbal, proclamé ante glorias españolas más sonoras, la del gran D. Francisco de Quevedo, de Santa Teresa, de Gracián, opinión que más tarde aprobarían y sostendrían en la Península [*sic*] egregios ingenios. Una frase hay que exigiría comento: «Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida es de París».[459] En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que contribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal dí a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo. Luego expuse el principio de la música interior: «Como cada palabra tiene un alma, hay, en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces».[460] Luego profesé el desdén de la crítica de gallina-ciega, de la gritería de los [*sic*] ocas, y aticé el fuego del estímulo para el trabajo, para la creación. «Bufe el eunuco: cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho en cinta».[461] Frase que he leído citada en una producción reciente de un joven español, ¡como de Théophile Gautier!...[462]

En «Era un aire suave...», que es un aire suave, sigo el precepto del Arte Poética de Verlaine: «De la musique avant toute chose».[463] El paisaje, los personajes, el tono, se presentan en ambiente siglodieciochesco. Escribí como escuchando los violines del rey. Poseyeron mi sensibilidad Romeau [*sic*] y Lulli. Pero el abate joven de los madrigales y el vizconde rubio de los desafíos, ante Eulalia que ríe, mantienen la secular felinidad femenina contra el viril rendido; Eva, Judith, u Onfalia, peores que todas las «sufragettes». En «Divagación» diríase un curso de geografía erótica; la invitación al amor bajo todos los soles, la pasión de todos los colores y de todos los tiempos. Allí flexibilicé hasta donde puede [*sic*] el endecasílabo. La «Sonatina» es la más rítmica y musical de todas estas composiciones, y la que más boga ha logrado en España y América. Es que contiene el sueño cordial de toda adolescente, de toda mujer que aguarda el instante amoroso. Es el deseo íntimo, la melancolía ansiosa, y es, por fin, la esperanza. En «Blasón» celebro el cisne, pues esos versos fueron escritos en el álbum de una marquesa de Francia propicia a los poetas.[464] En «Del Campo» me amparaba la sombra de Banville,[465] en un tema y en una atmósfera criollos. En la alabanza «a los ojos negros de Julia» madrigalicé caprichosamente. La «Canción de Carnaval» es también a lo Banville, una oda funambulesca, de sabor argentino, bonaerense. Dos galanterías siguen, para una dama cubana. Fueron escritas en presencia de mi malogrado amigo Julián del Casal, en la Habana, hace más de veinte años, e inspirados [*sic*] por una bella dama, María Cay, hoy viuda del general Lachambre.[466] «Bouquet» es otro madrigal de capricho. «El faisán», en tercetos monorrimos, es un producto parisiense, ideado en París, escrito en París, trascendente de parisina. «Garçonniere» [*sic*] dice horas artísticas y fraternas de Buenos Aires. «El país del sol», formulado a la manera de los «lieds de France», de Catulle Mendés, y como un eco de Gaspard de la Nuit,[467] concretan la nostalgia de una niña de las islas del trópico, animada de arte, en el medio frígido y duro de Manhatan [*sic*], en la imperial Nueva York. «Margarita»—que ha tenido la explicable suerte de estar en tantas memorias—es un melancólico recuerdo pasional, vivido, aunque en la verdadera historia, la amada sensual no fué alejada por la muerte sino por la separación. «Mía», y «Dice

mía», son juegos para música, propios para el canto, «lieds» que necesitan modulación.

En «Heraldos» demuestro la teoría de la melodía interior. Puede decirse que en este poemita el verso no existe, bien que se imponga la notación ideal. El juego de las sílabas, el sonido y color de las vocales, el nombre clamado, heráldicamente, evocan la figura, oriental, bíblica, legendaria, y el tributo, y la correspondencia.

El «Coloquio de los centauros» es otro «mito», que exalta las fuerzas naturales, el misterio de la vida universal, la ascensión perpetua de Psique, y luego plantea el arcano fatal y pavoroso de nuestra ineludible finalidad. Mas renovando un concepto pagano, Thanatos no se presenta como en la visión católica, armado de su guadaña, larva o esqueleto, la medioeval reina de la peste y emperatriz de la guerra; antes bien surge bella, casi atrayente, sin rostro angustioso, sonriente, pura, casta, y con el amor dormido a sus pies. Y, bajo un principio pánico, exalto la unidad del universo, en la ilusoria Isla de Oro, ante la vasta mar. Pues como dice el divino visionario Juan: «Hay tres cosas que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre; y estos tres no son más que «uno». «(Ep. B. Joannis Apost. V, 8.: Et tres sunt, qui testimonium dant in terra: spiritus, et agua, et sanguis: et hic tres unum sunt»)[468]

En «El poeta pregunta por Stella» el poeta rememora a un angélico ser desaparecido, a una hermana de las liliales mujeres de Poe que ha ascendido al cielo cristiano.[469] Luego leeréis un prólogo lírico, que se me antojó llamar «pórtico», escrito hace largos años en alabanza del muy buen poeta, del vibrante, sonoro y copioso Salvador Rueda, gloria y decoro de las Andalucías.[470] Y como en ese tiempo visitase yo la que es llamada harto popularmente tierra de María Santísima, no dejé de pagar tributo, contagiado de la alegría de las castañuelas, panderos y guitarras, a aquella encantada región solar. Y escribí, entre otras cosas, el «Elogio de la seguidilla».

En Buenos Aires, e iniciado en los secretos wagnerianos por un músico y escritor belga, M. Charles del Gouffre,[471] rimé el soneto de «El Cisne»—¡ave eternal!—que concluye:

> ¡Oh Cisne! ¡oh sacro pájaro! Si antes la blanca Helena
> Del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
> Siendo de la Hermosura la princesa inmortal,

Bajo tus blancas alas la nueva Poesía,
Concibe en una gloria de luz y de armonía
La Helena eterna y pura que encarna el ideal.

«La página blanca» es como un sueño cuyas visiones simbolizaran las bregas, las angustias, las penalidades del existir, la fatalidad genial, las esperanzas y los desengaños, y el irremisible epílogo de la sombra eterna, del desconocido más allá.

¡Ay, nada ha amargado más las horas de meditación de mi vida que la certeza tenebrosa del fin; y cuántas veces me he refugiado en algún paraíso artificial, poseído del horror fatídico de la muerte!

«Año nuevo» es una decoración sideral, animada, se diría, de un teológico aliento. La «Sinfonía en gris mayor» trae necesariamente el recuerdo del mágico Théo, del exquisito Gautier y su «Symphonie en blanc majeur».[472] La mía es anotada «d'aprés nature» [*sic*], bajo el sol de mi patria tropical. Yo he visto esas aguas en estagnación, las costas como candentes, los viejos lobos de mar que iban a cargar en goletas y bergantines maderas de tinte, y que partían, a velas desplegadas, con rumbo a Europa. Bebedores taciturnos, o risueños, cantaban en los crepúsculos, a la popa de sus barcos, acompañándose con sus acordeones, cantos de Normandía o de Bretaña, mientras exhalaban los bosques y los esteros cercanos rodeados de manglares, bocanadas cálidas y relentes palúdicos. En «Epitalamio bárbaro» se testifica en la lira el triunfo amoroso de un grande apolonida. El «Responso» a Verlaine prueba mi admiración y fervor cordial por el Pauvre Lelian, a quien conocí en París en días de su triste y entristecedora bohemia;[473] y hago ver las dos faces de su alma pánica, la que da a la carne y la que da al espíritu, la que da a las leyes de la humana naturaleza y la que da a Dios y a los misterios católicos, «paralelamente». En el «Canto de la sangre» hay una sucesión de correspondencias y equivalencias simbólicas, bajo el enigma del licor sagrado que mantiene la vitalidad en nuestro cuerpo mortal. La siguiente parte del volumen, «Recreaciones arqueológicas», indican [*sic*] por su título el contenido. Son ecos y maneras de épocas pasadas, y una demostración, para los desconcertados y engañados contrarios, de que, para realizar la obra de reforma y de modernidad que emprendiera, he necesitado anteriores

estudios de clásicos y primitivos. Así en «Friso» recurro al elegante verso libre, cuya última realización plausible en España es la célebre «Epístola a Horacio» de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.[474] Hay más arquitectura y escultura que música; más cincel que cuerda o flauta. Lo propio en «Palimsesto» [*sic*], en donde el ritmo se acerca a la repercusión de los números latinos. En «El reino interior» se encuentra de la influencia [*sic*] de la poesía inglesa, de Dante Gabriel Rosetti,[475] y de algunos de los corifeos del simbolismo francés. (¡Por Dios! Si he querido en un verso hasta aludir al «Glosario» de Powell...)[476] «Cosas del Cid» encierra una leyenda que narra en prosa Barbey d'Aureville [*sic*] y que, en verso, he continuado. «Decires, layes y canciones» renuevan antiguas formas poémicas y estróficas; y así expreso amores nuevos con versos compuestos y arreglados a la manera de Johan de Duenyas, de Johan de Torres, de Valtierra, de Santa Fe, con inusitados y sugerentes escogimientos verbales y rítmicas combinaciones que dan un gracioso y eufónico resultado, y con el aditamento de finidas y tornadas.[477] Y, para concluir, en la serie de sonetos que tiene por título «Las ánforas de Epicuro»—con una «Marina» intercalada—hay una como exposición de ideas filosóficas; en «La espiga» la concentración de un ideal religioso a través de la naturaleza; en «La fuente» el autoconocimiento y la exaltación de la personalidad; en «Palabras de la Satiresa» la conjunción de las exaltaciones pánica y apolínea—que ya Moreas [*sic*], según lo hace saber un censor más que listo, había preconizado, ¡y tanto mejor!;—en «La anciana» una alegórica afirmación de supervivencia; en «Ama tu ritmo...» otra vez la exposición de la potencia íntima individual; en «A los poetas risueños», un gozo amable, un ímpetu que lleva a la claridad alegre y reconfortante, con el exultorio de los cantores de la dicha; en «La hoja de oro», el arcano de tristezas autumnales; en «Marina» una amarga y verdadera página de mi vivir; en «Syrinx» (pues el soneto que aparece en otras ediciones con el título «Dafne», por equivocación, debe llevar el de «Syrinx»)[478] paganizó [*sic*] al cantar la concreción espiritual de la metamorfosis; «La gitanilla» es una rimada anécdota. Loo después a un antiguo y sabroso citareda de España; lanzo una voz de aliento y de ánimo; indico mis sueños. Y tal es ese libro, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra

propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar.

RUBEN DARIO

AZUL...

(Para La Nacion)[a]

Paris, junio de 1913.

...Esta mañana de primavera me he puesto a hojear mi amado viejo libro, un libro primigenio, el que iniciara un movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias; y lo hojeo como quien relee antiguas cartas de amor, con un cariño melancólico, con una «saudade» conmovida en el recuerdo de mi lejana juventud. Era en Santiago de Chile, a donde yo había llegado, desde la remota Nicaragua, en busca de un ambiente propicio a los estudios y disciplinas intelectuales. A pesar de no haber producido hasta entonces Chile principalmente sino hombres de estado y de jurisprudencia, gramáticos, historiadores, periodistas, y, cuando más, rimadores tradicionales y académicos de directa descendencia peninsular, yo encontré nuevo aire para mis ansiosos vuelos y una juventud llena de deseos de belleza y de nobles entusiasmos.

Cuando publiqué los primeros cuentos y poesías que se salían de los cánones usuales, si obtuve el asombro y la censura de los profesores, logré en cambio el cordial aplauso de mis compañeros. ¿Cuál fué el origen de la novedad? El origen de la novedad fué mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero y menos en nuestra América. Fué Catulle Mendés [*sic*] mi verdadero iniciador, un Mendés traducido, pues mi francés todavía era precario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía, de las comprendidas en el «Parnase contemporaine» [*sic*], fueron para mí una revelación.[479] Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de «La tentation de St. Antoine»,[480] Paul de Saint Victor,[481] que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo. Acostumbrado al eterno clisé

[a] *La Nación*, domingo 6 de julio de 1913 (p. 9, cols. 4-5).

español del siglo de oro, y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, de ciertos modos sintáxicos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y yo, que me sabía de memoria el «Diccionario de galicismos» de Baralt,[482] comprendí que no sólo el galicismo oportuno, sino ciertas particularidades de otros idiomas son utilísimas y de una incomparable eficacia en un apropiado trasplante. Así mis conocimientos de inglés, de italiano, de latín, debían servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios. Mas mi penetración en el mundo del arte verbal francés no había comenzado en tierra chilena. Años atrás, en Centro América, en la ciudad de San Salvador y en compañía del buen poeta Francisco Gavidia, mi espíritu adolescente había explorado la inmensa selva de Víctor Hugo y había contemplado su océano divino en donde todo se contiene.[483]

¿Por qué ese título «Azul»? No conocía aún la frase huguesca «l'Art c'est l'azur»,[484] aunque sí la estrofa musical de «Les chatiments»:

> Adieu, patrie,
> L'onde est en furie.
> Adieu, patrie!
> Azur![485]

Mas el azul era para mí el color del ensueño, el color del arte, un color helénico y homérico, color oceánico y firmamental, el «coeruleum», que en Plinio es el color simple que semeja al de los cielos y al záfiro [*sic*].[486] Y Ovidio había cantado:

> Respice vindicibus pacatum viribus orbem
> Que latam Nereus coerulus ambit humum.[487]

Concentré en ese color célico la floración espiritual de mi primavera artística. Ese primer libro,—pues apenas puede contar el volumen incompleto de versos que apareció en Managua con el título de «Primeras notas»[488]—se componía de un puñado de cuentos y poesías, que podrían calificarse de parnasianas. «Azul...» se imprimió en 1888 en Valparaíso, bajo los auspicios del poeta de la Barra y de Eduardo Poirier,[489] pues el mecenas a quien fuera

dedicado por insinuaciones del primero de estos amigos ni siquiera me acusó recibo del primer ejemplar que le remitiera.

El libro no tuvo mucho éxito en Chile. Apenas se fijaron en él cuando D. Juan Valera se ocupara en su contenido en una de sus famosas «Cartas Americanas» de «Los lunes del Imparcial».[490] Valera vió mucho, expresó su sorpresa y su entusiasmo sonriente—¿por qué hay muchos que quieren ver siempre alfileres en aquellas manos ducales?—pero no se dió cuenta de la trascendencia de mi tentativa. Porque si el librito tenía algún personal mérito relativo, de allí debía derivar toda nuestra futura revolución intelectual. A los que asustaba lo original de la reciente manera les fué extraño que un impecable como D. Juan Valera hiciese notar que la obra estaba escrita «en muy buen castellano». Otros elogios hiciera «el tesorero de la lengua», como le llama el conde de las Navas,[491] y el libro fué desde entonces buscado y conocido tanto en España como en América. Valera observa, sobre todo, el completo espíritu francés del volumen. «Ninguno de los hombres de letras de la península que he conocido yo con más espíritu cosmopolita, y que más largo tiempo han residido en Francia, y que han hablado mejor el francés y otras lenguas extranjeras, me ha parecido nunca tan compenetrado del espíritu de Francia como usted me parece: ni Galiano, ni D. Eugenio de Ochoa, ni Miguel de los Santos Alvarez.»[492] Y agregaba más adelante: «Resulta de aquí un autor nicaragüense que jamás salió de Nicaragua sino para ir a Chile, y que es autor tan a la moda de París y con tanto chic y distinción, que se adelanta a la moda y pudiera modificarla e imponerla».[493] Cierto; un soplo de París animaba mi esfuerzo de entonces; mas había también, como el mismo Valera lo afirmara, un gran amor por las literaturas clásicas y conocimiento «de todo lo moderno europeo».[494] No era, pues, un plan limitado y exclusivo. Hay, sobre todo, juventud, un ansia de vida, un estremecimiento sensual, un relente pagano, a pesar de mi educación religiosa y profesar desde mi infancia la doctrina católica, apostólica, romana. Ciertas notas heterodoxas las explican ciertas lecturas.

En cuanto al estilo, era la época en que predominaba la afición por la «escritura artista», y el dilentantismo [*sic*] elegante. En el cuento «El rey burgués», creo reconocer la influencia de Daudet.[495]

El símbolo es claro, y ello se resume en la eterna protesta del artista, contra el hombre práctico y seco, del soñador contra la tiranía de la riqueza ignara. En «El sátiro sordo», el procedimiento es más o menos mendesiano, pero se impone el recuerdo de Hugo y de Flaubert. En «La ninfa», los modelos son los cuentos parisienses de Mendés [*sic*], de Armand Silvestre, de Mezeroi,[496] con el aditamento de que el medio, el argumento, los detalles, el tono, son de la vida de París, de la literatura de París. De más advertir que yo no había salido de mi pequeño país natal, como lo escribe Valera, sino para ir a Chile, y que mi asunto y mi composición eran de base libresca. En «El fardo» triunfa la entonces en auge escuela naturalista. Acababa de conocer algunas obras de Zola,[497] y el reflejo fué inmediato; mas no correspondiendo tal modo a mi temperamento ni a mi fantasía, no volví a incurrir en tales desvíos. En «El velo de la reina Mab», sí, mi imaginación encontró asunto apropiado. El deslumbramiento shakespeareano me poseyó y realicé por primera vez el poema en prosa. Más que en ninguna de mis tentativas, en ésta perseguí el ritmo y la sonoridad verbales, la trasposición musical, hasta entonces—es un hecho reconocido—desconocida en la prosa castellana, pues las cadencias de algunos clásicos son, en sus desenvueltos períodos, otra cosa. «La canción del oro» es también poema en prosa, pero de otro género. Valera la califica de letanía. Y aquí una anécdota. Yo envié a París, a varios hombres de letras, ejemplares de mi libro, a raíz de su aparición. Tiempos después, en «La Panthée» de Peladán aparecía un «Cantique de l'or» más que semejante al mío. Coincidencia posiblemente. No quise tocar el asunto, porque entre el gran esteta y yo no había esclarecimiento posible, y a la postre habría resultado, a pesar de la cronología, el autor de «La canción del oro» plagiario de Peladán.[498]

«El rubí» es otro acento a la manera parisiense. Un «mito», dice Valera. Una fantasía primaveral, más bien; lo propio que «El palacio del sol», donde llamara la atención el empleo del «leit-motiv». Y otra narración de París, más ligera, a pesar de su significación vital, «El pájaro azul». En «Palomas blancas y garzas morenas» el tema es autobiográfico y el escenario la tierra centroamericana en que me tocó nacer. Todo en él es verdadero, aunque dorado de ilusión juvenil. Es un eco fiel de mi adolescencia amorosa,

del despertar de mis sentidos y de mi espíritu ante el enigma de la universal palpitación. La parte titulada «En Chile», que contiene «En busca de cuadros», «Acuarela», «Paisaje», «Agua fuerte», «La Virgen de la Paloma», «La cabeza», otra «Acuarela», «Un retrato de Watteau», «Naturaleza muerta», «Al carbón», «Paisaje», y «El ideal», constituyen ensayos de color y de dibujo, que no tenían antecedentes en nuestra prosa. Tales trasposiciones pictóricas debían ser seguidas por el grande y admirable colombiano J. Asunción Silva,—y esto, cronológicamente, resuelve la duda expresada por algunos de haber sido la producción del autor del Nocturno anterior a nuestra Reforma.[499] «La muerte de la emperatriz de la China»—publicado recientemente en francés en la colección «Les mille nouvelles nouvelles»,—es un cuento ingenuo, de escasa intriga, con algún eco a lo Daudet.[500] «A una estrella», canto pasional, romanza, poema en prosa, en que la idea se une a la musicalidad de la palabra.

Luego viene la parte de verso del pequeño volumen. En los versos seguía el mismo método que en la prosa: la aplicación de ciertas ventajas verbales de otras lenguas, en este caso principalmente del francés, al castellano. Abandono de las ordenaciones usuales de los clisés consuetudinarios; atención a la melodía interior, que contribuye al éxito de la expresión rítmica; novedad en los adjetivos, estudio y fijeza del significado etimológico de cada vocablo, aplicación de la erudición oportuna, aristocracia léxica. En «Primaveral»—de «El año lírico»,—creo haber dado una nueva nota en la orquestación del romance, con todo y contar con antecesores tan ilustres al respecto como Góngora y el cubano Zenea.[501] En «Estival» quise realizar un trozo de fuerza. Algún escaso lector de tierras calientes ha querido dar a entender que—¡tratándose de tigres!—mi trabajo podía ser, si no hurto, traducción, de Leconte de Lisle.[502] Cualquiera puede desechar la inepta insinuación con recorrer toda la obra del poeta de «Poémes barbares» [*sic*]. Ello me hizo sonreir [*sic*], como el venerable «Atheneum» de Londres, que porque hablo de toros salvajes en unos de mis versos, me compara con Mistral.[503] En «Autumnal» vuelve el influjo de la música, una música íntima, «di camera», y que contiene las gratas aspiraciones amorosas de los mejores años, la nostalgia de lo aun no

encontrado—y que, casi siempre, no se encuentra nunca tal como se sueña. Hay en seguida, aconsonantando con lo anterior, la versión de un «Pensamiento de otoño», de Armand Silvestre. Bien sabido es que, a pesar de sus particularidades harto rabelaisianas y de su excesiva «galoiserie», Silvestre era un poeta en ocasiones delicado, fino y sentimental. «Anagke» es una poesía aislada y que no se compadece con mi fondo cristiano. Valera la censura con razón, y ella no tuvo, posiblemente, más razón de ser que un momento de desengaño, y el acíbar de lecturas poco propias para levantar el espíritu a la luz de las supremas razones. El más intonso teólogo puede deshacer en un instante la reflexión del poeta en ese instante pesimista, y demostrar que tanto el gavilán como la paloma forman parte integrante y justa de la concorde unidad del universo; y que, para la mente infinita, no existen, como para la limitada mente humana, ni Arimanes, ni Ormutz.[504] Concluye el librito con una serie de sonetos: «Caupolicán», que inició la entrada del soneto alejandrino a la francesa en nuestra lengua—al menos según mi conocimiento. Aplicación a igual poema de forma fija, de versos de quince sílabas, se advierte en «Venus». Otro soneto a la francesa y de asunto parisiense: «De invierno». Luego retratos líricos, medallones, de poetas que eran algunos de mis admiraciones de entonces: Leconte de Lisle, Catulle Mendés, el yanqui Walt Whitman, el cubano J. J. Palma, el mejicano Díaz Mirón,[505] a quien imitara en ciertos versos agregados en ediciones posteriores de «Azul...», y que empiezan:

> Nada más triste que un titán que llora,
> Hombre-montaña encadenado a un lirio,
> Que gime, fuerte, que, pujante, implora,
> Víctima propia en su fatal martirio.[506]

Tal fué mi primer libro, origen de las bregas posteriores, y que, en una mañana de primavera, me ha venido a despertar los más gratos y perfumados recuerdos de mi vida pasada, allá en el bello país de Chile. Si mi «Azul...» es una producción de arte puro, sin que tenga nada de docente ni de propósito moralizador, no es tampoco lucubrado de manera que cause la menor delectación morosa. Con todos sus defectos, es de mis preferidas. Es una obra, repito,

que contiene la flor de mi juventud, que exterioriza la íntima poesía de las primeras ilusiones y que está impregnada de amor al arte y de amor al amor.

RUBEN DARIO

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

(Para La Nacion)[a]

Paris, junio de 1913.

Si un «Azul...» simboliza el comienzo de mi primavera, y «Prosas profanas» mi primavera plena, «Cantos de Vida y Esperanza» encierra las esencias y savias de mi otoño. He leído, no recuerdo ya de quién, el elogio del otoño; mas, ¿quién mejor que Hugo lo ha hecho con el encanto profundo de su selva lírica?[507] La autumnal es la estación reflexiva. La naturaleza comunica su filosofía sin palabras, con sus hojas pálidas, sin [*sic*] cielos taciturnos, sus opacidades melancólicas. El ensueño se impregna de reflexión. El recuerdo ilumina con su interior luz apacible los más amables secretos de nuestra memoria. Respiramos, como a través de un aire mágico, el perfume de las antiguas rosas. La ilusión existe, mas su sonrisa es discreta. Adquiere el amor mismo cierta dulce gravedad. Esto no lo comprendieron muchos, que al aparecer «Cantos de Vida y Esperanza» echaron de menos el tono matinal de «Azul...», y la princesa que estaba triste en «Prosas profanas», y los caprichos siglo XVIII, mis queridas y gentiles versallerías, los madrigales galantes y preciosos y todo lo que, en su tiempo, sirvió para renovar el gusto y la forma y el vocabulario, en nuestra poesía encajonada en lo pedagógico-clásico, anquilosada de siglo-de-oro, o apegada, cuando más, a las fórmulas prosaico-filosóficas o baritonantes y campanudas de maestros, aunque ilustres, limitados. Apenas Becquer [*sic*] había traído su melodía a la germánica, aunque el gran Zorrilla imperase, Cid del Parnaso castellano, con su virtuosidad genial y castiza.

Al escribir «Cantos de Vida y Esperanza» yo había explorado, no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riquezas de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto

[a] *La Nación*, viernes 18 de julio de 1913 (p. 7, cols. 1-3).

celebrados autores de siglos más cercanos. A todo esto agregad un espíritu de modernidad con el cual me compenetraba en mis incursiones poliglóticas y cosmopolitas. En unas palabras liminares y en la introducción en endecasílabos se explica la índole del nuevo libro: la historia de una juventud llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar, ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad, contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne; el poder dominante e invencible de los sentidos, en una idiosincrasia calentada a sol de trópico en sangre mezclada de español y chorotega o nagrandano; la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios. Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento el hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania, en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del norte. Elegí el hexámetro por ser de tradición greco-latina y porque yo creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuestro idioma, «malgré» la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia. Un buen lector hace advertir en seguida los correspondientes valores; y lo que han hecho Voss y otros en alemán, Longfellow y tantos en inglés, Carducci, D'Annunzzio [*sic*] y otros en Italia, Villegas[,] el P. Martín y Eusebio Caro el colombiano, y todos los que cita Eugenio Mele en su trabajo sobre la «Poesía bárbara en España», bien podíamos continuarlo otros, aristocratizando así nuevos pensares.[508] Y bella y prácticamente lo ha demostrado después un poeta del valer de Marquina.[509]

Flexibilizado nuestro alejandrino, con la aplicación de los aportes que al francés trajeran Hugo, Banville y luego Verlaine y los simbolistas, su cultivo se propagó,—quizás en demasía,—en

España y América. Hay que advertir que los portugueses tenían ya tales reformas.

Hay, como he dicho, mucho hispanismo en este libro mío; ya haga su salutación el optimista, ya me dirija al rey Oscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roosevelt, o celebre al Cisne, o evoque anónimas figuras de pasadas centurias, o haga hablar a D. Diego de Silva Velázquez y a D. Luis de Argote y Góngora, o loe a Cervantes, o a Goya, o escriba la Letanía de Nuestro Señor Don Quijote. ¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo y habían revivido en mí alientos ancestrales.

El título—«Cantos de Vida y Esperanza»,—si corresponde en gran parte a lo contenido en el volumen, no se compadece con algunas notas de desaliento, de duda, o de temor a lo desconocido, al más allá. En «Los tres reyes magos» se afianza mi deísmo absoluto. En la «Salutación a Leonardo»—escrita en versos libres franceses y publicada hacía tiempo en el «Almanaque de Peuser» de Buenos Aires—hay juegos y enigmas de arte, que exigen para su comprensión, naturalmente, ciertas iniciaciones.[510] En «Pegaso» se proclama el valor de la energía espiritual, de la voluntad de creación. En «A Roosevelt» se preconiza la solidaridad del alma hispano-americana ante las posibles tentativas imperialistas de los hombres del Norte; en la poesía siguiente se considera la poesía con un especial don divino y se señala el faro de la esperanza ante las amenazas de la baja democracia y de la aterrorizadora igualdad; en «Canto de Esperanza» vuelvo mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo, y grito por su retorno, como salvación ante los desastres de la tierra envenenada por las pasiones de los hombres; y, más adelante, de nuevo hago vislumbrar a los meditabundos pensadores, a los poetas que sufren la transfiguración y la final victoria. «Helios» proclama el idealismo y siempre la Omnipotencia infinita; «Spes» asciende a Jesús, a quien se pide «contra el sañudo infierno una gracia lustral de iras y lujurias»; la «Marcha triunfal» es un «triunfo» de decoración y de música. Hay una parte titulada «Los cisnes». El amor a esta bella ave simbólica desde antiguo:

ignem perosus,
Quoe colat, elegit contraria flumina flammis...[511]

ha hecho que tanto a mí como al español Marquina nos haya censurado un crítico hispano-americano, anteponiendo al ave blanca de Leda el ave sombría, aunque minervina, el buho [*sic*].[512] De cierto, juzgo en su metamorfosis más satisfecho al hijo de Sthenelea que a Ascálafo.[513] Y con todo, en varias partes afirmo la sabiduría del buho. Por el símbolo císnico torno a ver lucir la esperanza para la raza solar nuestra; elogio al pensador augurando el triunfo de la Cruz; me estremezco ante el eterno amor. En «Retratos» presento en lienzos evocatorias [*sic*] pasadas figuras de la grandeza y del carácter hispánicos: cuatro caballeros y una abadesa. Luego ritmo al influjo primaveral, en un romance cuyo compás corto de pronto. En «La dulzura del Angelus» hay como un místico ensueño, y presento como verdadero refugio la creencia en la Divinidad y la purificación del alma y hasta de la naturaleza por la íntima gracia de la plegaria.

«Tarde del trópico» fué escrita hace mucho tiempo, cuando por la primera vez sentí bajo mis pies las vastas aguas oceánicas, en mi viaje a Chile. Era para mí entonces todo en la poesía el semidiós Hugo. Los «Nocturnos», en cambio, dicen una cultura posterior, ya han ungido mi espíritu los grandes «humanos», y así exteriorizo en versos transparentes, sencillos y musicales, de música interior, los secretos de mi combatida existencia, los golpes de la fatalidad, las inevitables disposiciones del destino. Quizás hay demasiada desesperanza en algunas partes; no debe culparse sino a los marcados instantes en que una mano de tiniebla hace vibrar mayormente el cordaje martirizador de nuestros nervios. Y las verdades de mi vida: «un vasto dolor y cuidados pequeños»; «el viaje a un vago Oriente por entrevistos barcos»; «el grano de oraciones que floreció en blasfemia»; «los azoramientos del cisne entre los charcos»; «el falso azul nocturno de inquerida bohemia»...[514] Sí, más de una vez pensé en que pude ser feliz, si no se hubiera opuesto el «rudo destino».[515] La oración me ha salvado siempre, la fe; pero hame atacado también la fuerza maligna poniendo en mi entendimiento horas de duda y de ira. Mas, ¿no han padecido mayores agresiones los más grandes santos? He cruzado por lodazales. Puedo decir como el vigoroso mejicano: «Hay plumajes que cruzan el pantano—Y no se manchan: mi plumaje es de esos».[516] En cuanto a la

bohemia inquerida, ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?...

> Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino
> Del ruiseñor primaveral y matinal,
> Azucena tronchada por un fatal destino,
> Rebusca de la dicha, persecución del mal...[517]

Y, gracias sean dadas a la suprema Razón, si puedo clamar con el verso de la overtura de este libro: «Si no caí fué porque Dios es bueno![»][518] En la «Canción de otoño en primavera» digo adiós a los años floridos, en una melancolía conata [*sic*], que, si se insiste en parangonar, tendría su melodía algo como un sentimental eco mussetiano. Es de todas mis poesías la que más suaves y fraternos corazones ha conquistado. En «Trébol» hay homenaje a glorias españolas; en «Charitas» una aspiración teologal incensa la más sublime de las virtudes[;] en los siguientes versos: «¡Oh terremoto mental!» pasa la amenaza de las potencias maléficas; y más adelante se señala el peligro de la eterna enemiga, de la hermosa Varona que nos ofrece siempre la manzana...; en [«]Filosofía[»] se comprende la justeza de la obra natural y de la divina razón, contra las feas y dañinas apariencias; en «Leda» se vuelve a cantar la gloria del Cisne; en «Divina Psiquis...» se tiende, en el torbellino lírico, al último consuelo, al consuelo cristiano. «El soneto de trece versos», cuyo sentido incomprendido ha hecho balbucir juicios distantes a más de un crítico de poca malicia, es un juego a lo Mallarmé, de sugestión y fantasía.[519] Los versos que van a continuación elevan a la idealidad y alivian del peso a las miserias morales. Después vendrá un paternal recuerdo, un himno al encanto misterioso femenino, un loor al Gran Manco, un madrigal ocasional, un canto a la siempre para mí atrayente Thalassa, una meditación filosófica, seguida de otras, una silueta bíblica; alegorías y símbolos. Un soneto hay que tiene una dolorosa historia: «Melancolía». Está dedicado a un pobre pintor venezolano que tenía el apellido del Libertador.[520]

Era un hombre doloroso, poseído de su arte, pero mayormente de su desesperanza. Le conocí en París; fuimos íntimos, me mostró las heridas de su alma. Yo procuré alentarle. Pasado un corto tiempo partió para los Estados Unidos. Y no tardé en saber que en Nueva York, en el límite de sus amarguras, se había suicidado. «Aleluya» exalta el don de la alegría en el universo y en el amor humano. «De otoño» explica la diferencia entre los mayos y los diciembres espirituales; en el poema «A Goya» me inclino ante el poder de aquel genial príncipe de luces y tinieblas; en «Caracol» junto el misterio natural a mi incógnito misterio; en «Amo, amas», pongo el secreto del vivir en el sacro incendio universal amoroso; en el «Soneto autumnal al marqués de Bradomin», al celebrar a un gran ingenio de las Españas, exalto la aristocracia del pensamiento;[521] en otro «Nocturno» digo los sufrimientos de los invencibles insomnios cuando el ánima tiembla y escucha; en «Urna votiva» cumplo con la amistad;[522] en «Programa matinal» se expone un epicurismo todo poético; en «Ibis» señalo el peligro de las ponzoñosas relaciones; en «Thantos» [*sic*] me estremezco ante lo inevitable; Ofrendo una ligera y rítmica galantería bauvillesca;[a] en «Propósito primaveral» de nuevo se presenta una copa llena de vino de las ánforas de Epicuro.

La «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote» afirma otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico. La figura del caballero simbólico está coronada de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del «humour»—como un recuerdo de la portentosa creación cervantina,—mas tras el sonreir [*sic*] está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complexión y el pellejo de Sancho. En «Allá lejos» hay un rememorar de paisajes tropicales, un recuerdo de la ardiente tierra natal, y en «Lo fatal», contra mi arraigada religiosidad y a pesar mío, se levanta como una sombra temerosa un fantasma de desolación y de duda.

Ciertamente, en mí existe desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo

[a] [La lección correcta quizá sea, tal como corrige *Nosotros*: "«Ofrenda» es una ligera y rítmica galantería banvillesca".]

ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación me he lanzado a Dios como un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaída. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo. Todas las filosofías me han parecido impotentes, y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra.

Y el mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto «mi corazón al desnudo»,[523] el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas ideas y de mis caros sueños. He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados, atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada, la gloria comprendida. Si es cierto que «el busto sobrevive a la ciudad»,[524] no es menos cierto que en lo infinito del tiempo y del espacio el busto, como la ciudad, y ¡ay! el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad![a]

Ruben Dario

[a] [El signo de exclamación final no encuentra su correlativo de apertura.]

“El oro de Mallorca”
(1913-1914)

EL ORO DE MALLORCA

(Para La Nacion)[a]

Valldemora [*sic*],[b] noviembre de 1913.[c]

I

El barco blanco de la Compañía Isleña Marítima se hallaba anclado cerca del muelle marsellés. El sol del[d] mediodía estaba esquivo en la fresca mañana. Acompañado de un amigo, Benjamín Itaspes fué a[e] bordo, se posesionó de su camarote, entregó su equipaje. Como ya se iba a[f] partir, se despidió del amigo y se puso a[g] pasear sobre cubierta. El era el único pasajero de primera. Por la proa, escasa gente, toda[h] mallorquina y catalana, posiblemente del pequeño comercio, conversaban en su áspera lengua. El vapor era limpio y bien tenido; con todo, había un vago olor muy madre-patria... La cocina estaba sobre el entrepuente y se veía a[i] un cocinero sórdido manejar perniles y pescados. A un lado suyo, en una especie de jaula, había[j] cecinas; sobreasadas, cebollas, pimientos rojos[k] y salchichones. De cuando en cuando salía[l] un fogonero, todo negro,

---

[a] *La Nación*, jueves 4 de diciembre de 1913 (p. 9, cols. 5-6). *La Almudaina*, 28 de diciembre de 1913, año XXVII, n. 10.717 (título: "EL ORO DE MALLORCA"; firma: "Ruben Dario"; p. 1, cols. 2-4).

[b] LA: Valldemosa,

[c] [Luego del título y la indicación de lugar y fecha, LA incluye la siguiente información: "El importante periódico de Buenos Aires *La Nación* publica un artículo del eximio poeta Rubén Dario [*sic*], escrito desde Valldemosa. A continuación lo reproducimos en su mayor parte"].

[d] LA: de

[e] LA: á

[f] LA: á

[g] LA: á

[h] LA: gente toda

[i] LA: á

[j] LA: habia [*sic*]

[k] LA: cebollas; pimientos rojos

[l] LA: salia [*sic*]

de una puerta lateral. Cogía[a] un botijo que había al alcance de su mano, y bebía a[b] chorro. Luego volvía a descender a su carbonera.[c]

El vapor pitó; se puso en actividad; salió, al lado de un gran navío catalán que descargaba sobre un lanchón pesadas barras de plata, o[d] de estaño, en las cuales se leía en grandes letras vaciadas: «Figueroa». Pasó junto a[e] los faros. Volvió a[f] pitar. Entró mar afuera.

Benjamín[g] miró el panorama de la gran ciudad mediterránea, dió un último saludo a[h] la enorme estatua de Notre-Dame de la Garde,[525] que se alza desde su eminencia, y luego se puso a contemplar distraídamente el mar,[i] tan amado por él. Le había recorrido tantas veces en tan diferentes latitudes, y siempre le encontraba tan nuevo y tan constante, tan ambiguo y tan sincero... Era un vasto ser animado, líquido y palpitante, todo vida y enigma. Y a veces, en sus instantes de meditación o[j] de exaltación, le hablaba como a una divinidad, o ser inteligente,[k] le hablaba en voz alta, o a media voz,[l] como cuando decía,[m] todas las noches, su Padre-nuestro.[n] Pues Itaspes había[o] conservado, a[p] pesar de su espíritu inquieto y combatido, y de su vida agitada y errante, mucho de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país[q] tropical de América. El mar estaba quieto, pero Benjamín percibía

---

[a] LA: Cogia [*sic*]

[b] LA: á

[c] LA: á descender á su carbonera.

[d] LA: ó

[e] LA: á

[f] LA: á

[g] LA: Benjamin[*sic*]

[h] LA: á

[i] LA: á contemplar distraidamente [*sic*] el mar,

[j] LA: ó

[k] LA: á una divinidad, ó ser inteligente,

[l] LA: ó á mediavoz,

[m] LA: decia,

[n] LA: Padrenuestro

[o] LA: habia [*sic*]

[p] LA: á

[q] LA: pais [*sic*]

el eco profundo de su corazón, su honda y eterna melodía[a] interior, que se comunica con la que el artista lleva en el arcano de su alma.

El capitán del barco, un catalán robusto, de ojos «marinos», afeitado como un monje, o[b] como un actor, afable, se acercó: «Es usted el único pasajero de primera...; debe ser el Sr. D. Benjamín Itaspes,[c] el célebre músico, a[d] quien se me recomienda en un telegrama. Estoy completamente a[e] sus órdenes. He ordenado que se le sirva en una mesita aparte». Nada mejor. Benjamín gustaba poco del trato de «la gente», de la «bétisse» [*sic*][526] circulante que se manifiesta por la usual y consuetudinaria conversación, del vulgo municipal y espeso, como él decía. Así como gustaba de comunicar con los espíritus sencillos, con los campesinos simples, con los marineros, y con los viejecitos y viejecitas de pocas luces, que viven de recuerdos y cuentan curiosas cosas pasadas que ellos presenciaron.

Almorzó, pues, solo, a[f] la hora que quiso, pues no la había señalada; comió el excelente salchichón, una especie de pescadilla, diversos guisos si no finos, sabrosos, queso de Mahon,[g] rica fruta; y bebió con placer rojo y natural vino de la tierra, vino de España, harto como estaba de las composiciones y menjurjes caros de París. Se atrevió, contra las prescripciones de su médico, a[h] tomar una taza de café... Y aunque recordó sus dolencias y sintió punzadas y molestias de la gastritis, se encontró con buen ánimo, con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habrían de devolverle la salud, el deseo de vivir y de

---

[a] LA: melodia [*sic*]

[b] LA: ó

[c] LA: don Benjamín Itaspes,

[d] LA: á

[e] LA: á

[f] LA: á

[g] LA: Mahón,

[h] LA: á

producir, el reconfortamiento del entusiasmo y de la pasión por su arte.[a]

Notaba, con gran contentamiento, que no sentía la necesidad de los excitantes, lo cual contribuiría, según los médicos, al completo restablecimiento de su bienestar físico y moral. Aunque se encontraba débil, después de la última crisis que le postrara por largos días en cama, no recurría a los por toda su pasada vida habituales alcoholes. Apenas, de cuando en cuando, si las fuerzas estaban muy flacas, tomaba unos sorbos de un vino medicinal de quina, amargo y meloso a un tiempo, que si le fortalecía por instantes, le causaba ardores y alfilerazos estomacales. Tenía sus consecutivos padecimientos por do más pecado había; porque el quinto y el tercero de los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado desde su primera edad de su cuerpo sensual y de su alma curiosa, inquieta e inquietante.[527]

Ahora, cabalmente, estaba pagando antiguas cuentas. Como se dice, aquellos polvos traían estos lodos. Más [*sic*] se decía: «Pero, Dios mío, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal del pensar, [¿]qué sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho? ¿Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y pecador me anticipa «al contado» un poco de paraíso, voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea?». Y hablando con su corazón y de verdad, en lo íntimo de sus voliciones, se presentaba a la [*sic*] infinito tal como era, lleno de ansias y de incontenibles instintos. Y así besaba, o comía o absorbía su [*sic*] bebedizos que le tarnsformaban [*sic*] y modificaban pensamiento y sentimiento. Y como desde que tuvo uso de razón su vida había sido muy contradictoria y muy amargada por el destino, había encontrado un refugio en esos edenes momentáneos, cuya posesión traía después irremisiblemente horas de desesperanza y de

[a] [Aquí LA realiza un corte en el texto tomado de LN y omite los dos párrafos siguientes].

abatimiento. Más [*sic*] se había aprisionado en el tiempo, aunque fuese por instantes, la felicidad relativa, en una trampa de ensueño.

Al[a] amanecer del día siguiente se veía tierra de Mallorca, la isla de Oro.[528] Luego se dejaban a[b] un lado los islotes cercanos, las costas pintorescas y rocallosas; los caseríos de Porto Pí y de El Terreno, el castillo histórico de Bellver,[529] y entraba el barco blanco en la bahía de milagro de la dulce Palma,[c] cuya catedral, en los crepúsculos, sobre la ciudad violeta, como sobre un altar, arde de sol como una llama.

Esperaba a[d] Itaspes en el muelle un amigo, el caballero que debía hospedarle, en su señorial mansión de Valldemosa.[530] Así que tras[e] el abrazo de bienvenida ambos subieron al automóvil que debía conducirlos al castillo. Era el castellano de gentiles maneras y de humor excelente, ágil y fuerte aunque algo enjuto de cuerpo, de conversación culta como correspondía al letrado que era, amigo de referir anécdotas, recuerdos y sucedidos, aficionado a las artes y a las letras[f] y gustador de las obras musicales de su amigo, con quien se había relacionado algunos años antes en la misma isla. Por el camino recordaban sus pasadas excursiones con otros compañeros de intelecto y jovial espíritu, como Jaime de Flor, catalán famoso por sus pinturas y sus escritos, una especie de bohemio millonario que había realizado su vida a[g] su capricho y se había defendido con la alegría de los amargores y durezas del bregar cotidiano;[531] como Angel Armas, exaltado, vibrante, alocado de belleza, nutrido de diversas filosofías, imbuído de radicalismos y anarquismos que terminaban en una grande e innata duzura [*sic*];[h532] como el poeta grave y noble, Pedro Alibar,[533] nutrido de simientes clásicas y que iba al alma de su pueblo y de su raza sin dejar de formular la melodía de su lírica ánima individual.

---

[a] [LA retoma en este punto la reproducción del texto].

[b] LA: á

[c] LA: Palmal [*sic*],

[d] LA: á

[e] LA: trás

[f] LA: aficionados [*sic*] á las artes y á las letras

[g] LA: á

[h] LA: é innata dulzura;

Benjamín iba contento en la mañana acariciante de octubre. El sol que apareció primero nublado, abría los velos de nubes y ofrecía la bondad de su luz tibia. Volaba el auto por la carretera, entre los huertos bien cultivados y los olivares, y luego las aglomeraciones de rocas ciclópeas coronadas de verdura. De cuando en cuando había que amenguar la rapidez de la máquina, a[a] causa de un burrito, una mula albardada o[b] con pesada carga, un caminante que venía de los campos, un carro.

Se atravesó el dantesco trecho de los olivos centenarios, milenarios, que perpetúan, como en eternidad, sus como petrificados gestos y ademanes de metamórfosis [*sic*]; se dejó a[c] un lado la colosal mole que tiene un nombre y una leyenda moriscos; se vieron por fin las vastas colinas cultivadas, a[d] graderías, como en anfiteatro, las hondonadas y valles con sus casitas, sus sembrados, sus viñas, sus higueras, sus cactus africanos, las raquetas espinosas adornadas con los pompones encarnados de los higos chumbos. Se divisaron las casas del pueblo, se pasaron tapiales y callejuelas donde jugaban niños risueños y sucios; se[e] detuvo por fin el vehículo frente al vetusto y tradicional edificio, cuya ancha puerta, bajo sus dos cuadradas torres, y coronada por un escudo en que se ve esculpida la imagen de San Bruno, estaba adornada de palmas. Desde[f] fuera y por todos los escalones había regadas ramas de mirto. Estaba la mansión con alegría. Se saludaba, con la generosa y cordial hospitalidad de antaño al artista amigo que llegaba. María,[g] la castellana, la señora de la morada, estaba sonriente, entre sus niños, semejantes a[h] blancos y sonrosados principitos de Vandyck [*sic*].[534] Pronto Benjamín Itarpes [*sic*][i] estuvo en posesión del apartamento[j] que

[a] LA: á
[b] LA: ó
[c] LA: á
[d] LA: á
[e] LA: sucios, se
[f] LA: palmas, Desde [*sic*]
[g] LA: Maria [*sic*],
[h] LA: á
[i] LA: Benjamin Itarpes [*sic*]
[j] LA: apartamiento

debía[a] habitar por una temporada. Se le dejó solo. Se sentó a descansar y a reflexionar.[b]

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la naturaleza, de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento, del fingido hogar que le habían traído[c] las consecuencias de una vida «manquée»,[535] del padecimiento moral incesante que agravaba[d] el inveterado recurso de los excitantes, de los alcoholes de pérfida ayuda.[536] Se encontraba a[e] los cuarenta y tantos años fatigado, desorientado, poseído[f] de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieran meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano, Gaspar Hauser,[537] sin alientos, sin más[g] consuelo que el arte amado y por sí[h] mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria en que Dios le había[i] envuelto para calma de su incurable desolación.

Su salud física, hasta entonces robusta, empezaba a[j] decaer. Ni en su infancia, ni en su juventud había[k] hecho ejercicios musculares. Su aspecto era de hombre fornido y bien plantado, pero su debilidad era extrema. No había[l] frecuentado gimnasios, ni hecho servicio militar, ni se había dedicado a deportes.[m] Y sobre esto, desde su adolescencia, pasada en climas ardorosos y agostadores [*sic*], había[n]

---

[a] LA: debia [*sic*]

[b] LA: á descansar y á reflexionar.

[c] LA: habian [*sic*] traído

[d] LA: agrava

[e] LA: á

[f] LA: poseido [*sic*]

[g] LA: mas [*sic*]

[h] LA: si [*sic*]

[i] LA: habia [*sic*]

[j] LA: á

[k] LA: habia [*sic*]

[l] LA: habia [*sic*]

[m] LA: ni se habia [*sic*] dedicado á deportes.

[n] LA: habia

sido el enemigo de su cuerpo a[a] causa de su ansia de goces, de su imaginación exaltada, de su sensualidad que complicó después con lecturas e[b] iniciaciones, su innato deseo de gozar del instante, con todo y su educación religiosa.[c] Un temperamento erótico atizado por la más exuberante de las imaginaciones, y su sensibilidad mórbida de artista, su pasión musical, que le exacerbaba y le poseía como un divino demonio interior. En sus angustias, a[d] veces inmotivadas, se acogía a[e] un vago misticismo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas. Su gran amor a[f] la vida estaba en contraposición con un inmenso pavor de la muerte. Era ésta para él como una fobia, como una idea fija. Cuando ese clavo de hielo metido en el cerebro le hacía[g] pensar en lo inevitable del fin, si estaba en soledad, sentía que se le erizaba el pelo como a[h] Job al roce de lo nocturno invisible.[538]

Tantos años errantes, con la incertidumbre del porvenir, después de haber padecido los entreveros de una existencia de novela; en una labor continua, con alternativas de comodidad y de pobreza; con instintos y predisposiciones de archiduque y necesitado casi siempre, sin poder satisfacer sino por cortos períodos[i] de tiempo sus necesidades de bienestar y aun de lujo, amigo de bien parecer, de bien comer, de bien beber y de bien gozar como era; cansado de una ya copiosa labor cuyo producto se había[j] evaporado día por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los «patrones», de los explotadores de su talento, dolorido de las falsas amistades, de las adulaciones interesadas, de la ignorancia agresiva, de[k] la rivalidad inferior y traicionera; desencantado

---

[a] LA: á

[b] LA: é

[c] LA: instante todo y su educación religiosa.

[d] LA: á

[e] LA: acogia [*sic*] á

[f] LA: á

[g] LA: hacia

[h] LA: á

[i] LA: periodos

[j] LA: habia [*sic*]

[k] LA: agresiva de

de la gloria misma, y de la infamia disfrazada y adornada y halagadora de los grandes centros, se veía[a] en vísperas de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gastrítico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a[b] la fama, amante del dinero por lo que da de independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y al placer—¡al olvido de la muerte!—como durante toda su vida. Curioso Benjamín[c] Itaspes...

Ruben Dario

[a] LA: veia [*sic*]

[b] LA: á

[c] LA: Benjamin [*sic*]

EL ORO DE MALLORCA

(Para La Nacion)[a]

Valdemora [*sic*], noviembre de 1913.[b]

II

Había nacido en una ciudad de la América española, de una familia burguesa, con algún haber. Por rencillas inmediatas, consecuencia de un matrimonio forzoso, sus padres se separaron, y él fué educado por una tía materna. «Ingrata suerte,—se decía.—Educación de mujer... Quizá de allí vienen mis caprichos, mis debilidades, mis exasperaciones nerviosas, mis creencias en lo extraordinario, mis supersticiones... Educación de mujer; cariños, rezos, a[c] veces latigazos... Aquella vieja casa, donde por las noches, después de pasado el crepuscular vuelo de los murciélagos, se oía el especial siseo de las lechuzas, y en donde se aseguraba que «espantaban»...[d] La visión imborrable de la bisabuela, una anciana perlática que se mantenía en un sillón moviendo la cabeza... El recuerdo de los continuos sustos, al hallar en las camas de cuero, al tiempo de ir a[e] acostarse, alacranes y ciempiés...[f] El especial ruido de las tejas cuando había temblor de tierra... Las consejas de aparecidos oídas en la cocina a[g] las criadas indias y mulatas... Luego, después de los primeros años, una vida de escasez... Pensar en su infancia le entristecía y hacía revivir lejanas impresiones dolorosas, horas de temor y de melancolía...

---

[a] *La Nación*, domingo 7 de diciembre de 1913 (p. 11, cols. 5-7). *La Almudaina*, 2 de enero de 1914, año XXVIII, n. 10.722 (título: "EL ORO DE MALLORCA — de 'La Nación'"; firma: "Ruben Dario."; p. 1, cols. 1-3).

[b] LA: *Valldemosa, noviembre de 1913*

[c] LA: á

[d] LA: se la seguraba [*sic*] que «espantaban»...

[e] LA: á

[f] LA: ciempíes [*sic*]...

[g] LA: á

Después, el despertar de su pubertad en el colegio, los estudios mal seguidos, un tiempo de internado en un establecimiento que había sido antiguo convento de franciscanos y donde era sabido que también aparecían fantasmas, aun de día, entre las viejas piedras terrosas... Las iniciaciones de la carne, las sorpresas sexuales de la [*sic*] que creía en su ignorancia ser descubridor... El cómo un día se sintió enamorado y poseído de la música y apasionado por el misterio de la mujer... Su misticismo junto a[a] su innato erotismo... ¡Cuán lejos aquellos comienzos! Y, ¿no había sido entonces, entre los catorce y los quince años, cuando probó por la primera vez el veneno que había de influir más tarde en el desarrollo de su mentalidad y en la formación de su carácter, y quizá en una parte de su obra? Todo había sido dependiente de las disposiciones del destino. Si él hubiera nacido rico, ¿cuántas horas trágicas, cuántos terremotos vitales y mentales evitados, cuán diferente la realización de su obra artística... «Sí,—le[b] argüía una voz interior, que estaba de acuerdo con lo que mucha gente le decía—pero no sería tu obra la actual, no serías tú el que eres, no serías «tú»... ¿Sería esto verdad? Sus armonías, sus poemas musicales estaban impregnados de esencia fatal, estaban llenos de la sangre de su corazón, del sudor de sus agonías, y había sido preciso que así fuese eso... Y «eso», ¿para qué? Para la consecución de un nombre, de la gloria, que es, en lo infinito del tiempo, no el sol de los muertos, como dijo el gran novelista,[539] sino un templo de deleznable ceniza... No estaba puesto en razón el divino y miserable francés que escribía:

> ...la gloire c'est une humble absinthe éphemere [*sic*]
> prise en catimini,[c] crainte de trahisons:
> et si je ne boit pas plus c'est pur[d] des raisons...?[540]

Cierto; una pasión de arte podía llenar toda una[e] vida, pero no como un fin, sino como un gran complemento para la elevación del propio ser en su enigmático paso por la tierra... El arte, algo de

---

[a] LA: á

[b] LA: «Sí—le

[c] LA: cantimini [*sic*]

[d] LA: pour

[e] LA: su

Dios, ventana por donde algo de El se sospecha percibir; algo que se relaciona con lo[a] que está más allá del planeta en que nos volvemos locos... Con todo y la fe en la divinidad, una fe relativa, a[b] menos que no se posea el talismán de los santos, el sésamo de los videntes, nuestras dudas y nuestras ansias no corresponden a[c] la pequeñez de nuestro escenario en el universo... El planeta, buena bola de tierra que va rodando no se sabe qué inaudito escarabajo, por lo infinito, no se sabe adónde... ¡Ah![d] No haber apuntalado con los[e] más firmes aceros de la convicción absoluta, desde los primeros años, una fe[f] ciega, ciega por completo, en vez de esta fe en extremo miope que se acerca al misterio para ver mejor, y luego no ve nada... Y la seguridad de que tarde o[g] temprano se pasará tras la cortina de sombra... Por eso, hay que tenerlo entendido, por eso, por esa idea persecutoria, por esa obsesión de que no podía librarse, buscaba muchas veces el escondite de los paraísos artificiales, el engaño cerebral y, como el avestruz, metía la cabeza en el agujero...

El arte, como su tendencia religiosa, era otro salvavida. Cuando[h] hundía, o[i] cuando hacía flotar su alma en él, sentía el efluvio de otro mundo superior. La música era semejante a[j] un océano en cuya agua sutil y de esencia espiritual adquiría fuerzas de inmortalidad y como vibraciones de electricidades eternas. Todo el universo visible y mucho del invisible se manifestaba en sus rítmicas sonoridades, que eran como una perceptible lengua angélica cuyo sentido absoluto no podemos abarcar a[k] causa del peso de nuestra máquina material. La vasta selva, como el aparato de la mecánica celeste, poseía una lengua armoniosa y melodiosa, que[l] los seres

[a] LA: la [*sic*]
[b] LA: á
[c] LA: á
[d] LA: ¡Ah?
[e] LA: las [*sic*]
[f] LA: fé
[g] LA: ó
[h] LA: salvavidas: Cuando
[i] LA: ó
[j] LA: á
[k] LA: á
[l] LA: melodiosa que

demiúrgicos podían por lo menos percibir: Pitágoras[a] y Wagner tenían razón.[541] La Música[b] en su inmenso concepto lo abraza todo, lo material y lo espiritual, y por eso los griegos comprendían también en ese vocablo a la excelsa Poesía, a la Creadora.[c] Y que el arte era de trascendencia[d] consoladora y suprema lo sabía por experiencia propia, pues jamás había recurrido a[e] él sin salir aliviado de su baño de luces y de correspondencias mágicas. ¿Era asimismo un paraíso artificial? No, puesto que en el secreto de su poderío uno no podía disponer de él sino él[f] de uno, él era el que poseía y se hacía manifiesto por medio del deus, y sus excelencias resplandecían intensamente en nuestro mundo incógnito, anunciadoras siempre de un resultado bienhechor que nunca engañaba. Y quizás ésta era la verdadera compensación para el elegido que venía al mundo con su emblemático signo y con su sagrado cilicio. Dios está en el Arte, más que en toda ciencia y conocimiento, y la santidad, o[g] sea el holocausto del existir, no es sino el arte sumo elevado a[h] la visión directa del Completo teológico, purificado por lo infinito del fuego de los fuegos. Es la locura del Señor. «Stultitia dei».[542]

Así divagaba Itaspes, cuando un ruido de niños y la figura menuda y risueña de la castellana, María, artista[i] gentil y madre infatigable, le llegaron a[j] sacar de sus reflexiones.

—"¡Animarse![k] ¡animarse! ¿No va usted a[l] conocer la casa? ¿Quiere usted ir a[m] dar un paseo por el jardín, por el claustro, a

---

[a] LA: Pitágoros [*sic*]

[b] LA: razón, La Música

[c] LA: á la excelsa Poesía, á la Creadora.

[d] LA: transcendencia

[e] LA: á

[f] LA: el [*sic*]

[g] LA: ó

[h] LA: á

[i] LA: artísta [*sic*]

[j] LA: á

[k] LA: —«¡Animarse!

[l] LA: á

[m] LA: á

moverse y a comenzar a recobrar la salud?[a] ¿Quiere usted subir a[b] la torre, donde está la biblioteca? Aunque, dejar los libros para venir a[c] los libros... Mi marido le espera. ¡Vaya usted; afuera el solitario!

Entre los niños risueños, Benjamín fué a buscar a su amigo[d] que le hospedaba, al envidiable Luis Arosa. Envidiable por su carácter tranquilo, por su manera modesta y tradicional de tener fortuna, de administrar, de vivir, alejado de los bullicios de la ciudad, de los chismes provinciales, de las políticas comineras y de cacicazgo. Envidiable por la conservación de las costumbres antiguas, de los usos familiares. Como sus abuelos, manifestaba las señales de una religiosidad practicante, cristiano viejo, católico en la sangre y en la conciencia. Rezaba con su familia el Padrenuestro y el Avemaría acostumbrados por generaciones y generaciones de Arosas, en la mesa, al principio de los yantares. Se descubría al pasar por una iglesia u[e] oratorio, daba el agua bendita a[f] su acompañante, al entrar y salir de un templo. Envidiable por sus hábitos moderados y patriarcales, por su razonada y medida afición por las cosas del[g] arte, y sobre todo por vivir en[h] la paz y felicidad de señor y terrateniente tranquilo, en medio de una descendencia numerosísima que se había fabricado con el mejor y más loable entusiasmo.

Le encontró Benjamín[i] en una de las torres del castillo, la que servía de biblioteca, llena de libros apiñados en estanterías, por todos los cuatro lados. Por las ventanas se veía el campo, las cercanas laderas y las lejanas montañas; y entraba el día a[j] verter su resplandor sobre los volúmenes empolvados, algunos antiquísimos y encuadernados en[k] sus amarillentos pergaminos. Había obras de

---

[a] LA: á moverse y á comenzar á recobrar la salud?
[b] LA: á
[c] LA: á
[d] LA: á buscar á su amigo
[e] LA: ú
[f] LA: á
[g] LA: de
[h] LA: de
[i] LA: Benjamin [*sic*]
[j] LA: á
[k] LA: de

teología, de historia, de literatura, códices y manuscritos vetustos; libros del siglo pasado, colecciones clásicas, algunas incunables; los[a] autores latinos de Nissard,[543] autores griegos, libros de religión, de literatura, de arte; grandes mamotretos y tomos finos, ilustraciones y años enteros de revistas; todo lo preciso para entregarse a[b] la lectura durante luengos años, viviendo de sus rentas, conservando lo mejor posible la salud, haciendo más hijos, hasta la llegada de la intrusa, de la Separadora, como se dice en los cuentos árabes.[544]

Para Itaspes el descubrimiento de la biblioteca era el de un verdadero tesoro. Aunque había ido a[c] pasar una temporada de reposo, de terapia campestre, a[d] pedir al campo, al mar y a las montañas[e] el apuntalamiento de su organismo, la salud de los aldeanos, el calafateo de su ánimo averiado, no podía dejar a un lado su firme afición a los libros, a los libros viejos principalmente.[f]

Tenía Luis en sus manos un apolillado cronicón forrado en cuero flavo:

—Aquí tiene usted algo que ha de interesarle: es la historia de este edificio, en el cual ha de pensar y soñar usted todo este invierno.

En el venerable tomo, cuya primera página, caligrafiada bellamente, como era de saberse, por mano monjil, en letras negras y rojas, leyó, bajo un signo crucial:

"Iesvs[g] María — Fvndacio, y Svcces — siv estat de este real Monestir, sagrada Cartvxa — de Iesvs de Nazaret de Mallorca son glorios principi per el Serenissim Rey — don Marti de Arago any del Señor — MCCCVIIIIC — Per F. Albert Pvig Monge pro — fes de dit real Monestir."[h] Y bajo un blasón en que se veía a[i] un lado la imagen

---

[a] LA: incunables, los

[b] LA: á

[c] LA: á

[d] LA: á

[e] LA: á las montoñas [*sic*]

[f] LA: el calafeo [*sic*] de su ánimo averiado no podía dejar á un lado su firme afición á los libros, á los libros viejos principalmente.

[g] LA: «Iesus

[h] LA: Monestir.»

[i] LA: á

de Nuestro Señor Jesucristo: "Neque[a] qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed qui incrementum dat, Deus. I. Cor, 3. 7."[545]

Era el manuscrito el mismo que había tenido en sus manos D. Melchor Gaspar de Jovellanos, el gran Jovellanos, cuando fué, por razones políticas, deportado a[b] la isla, y aprovechó su tiempo, al[c] amparo de la buena amistad de los frailes de la Cartuja, en sus ocupaciones preferidas, que eran las literarias. En esa misma torre en donde se aglomeraban ahora los libros, había[d] habitado aquel célebre estudioso, aquel amable sabio.[546]

Fueron a[e] dar un vistazo al extenso edificio. Sabía Benjamín la historia de su creación y cómo fué construído para que el asmático rey D. Sancho viniese a[f] respirar un aire puro en las pintorescas y sanas alturas valldemosinas.[547] El palacio tuvo por constructor al arquitecto Jordá, mallorquín, y se comenzó a[g] preparar el terreno para los cimientos conforme con una disposición real fechada en 3 de julio de 1321. Pronto estuvo la fábrica terminada, que era al par alcázar de reposo y castillo de defensa. El primer alcaide se llamó Martín Muntanes.[h] Muerto D. Sancho[i] en Santa María de Formiguera, ocupó el trono de Mallorca D. Jaime III,[548] quien no se ocupó mucho en el palacio de su tío. Triunfante el invasor D. Pedro IV, que agregó Mallorca a la corona de Aragón,[549] vino a Valldemosa, y, amigo de la caza, hizo de la hermosa construcción un centro cinegético. Fallecido dramáticamente, a[j] causa de su afición, en una selva catalana, le sucedió su hermano D. Martín,[k550] quien, cediendo a[l] los pedidos de los religiosos de la orden de San Bruno, cedió el alcázar para que fuese convertido en monasterio.

---

[a] LA: «Neque

[b] LA: á

[c] LA: tiempo al

[d] LA: libros había

[e] LA: á

[f] LA: á

[g] LA: á

[h] LA: Martín Muntaner.

[i] LA: don Sancho

[j] LA: á

[k] LA: su hermane [*sic*] don Martin [*sic*],

[l] LA: á

Bajaron la escalera de caracol estrecha como la de los campanarios; recorrieron las distintas salas, las antiguas habitaciones de los cartujos, la capilla hoy convertida en teatro familiar, gran salón decorado con frescos que representan escenas de la historia del real castillo.

En el escenario se representan, en días excepcionales, por aficionados pertenecientes a[a] la familia de Palma, comedias morales, o hay recitaciones literarias, o tocan[b] músicos del lugar, en sus guitarras y mandolinas, aires del país, mientras parejas rústicas danzan bailes tradicionales, como las famosas boleras mallorquinas. Vieron las celdas, hoy habitaciones modernizadas, pero en las cuales se conservan los viejos y fuertes pavimentos de ladrillo, muebles de antaño, como el botiquín de los padres; la abertura en el muro por donde se recibía el pan, y una tabla especial en donde se señalaba la cantidad que cada religioso necesitaba. En una de las celdas se veían[c] sobre un ladrillo lo que las buenas gentes del lugar juzgaban las huellas del diablo, cosa que Benjamín hubiera deseado más justificada, pues bien claro se veía[d] que cuando el ladrillo estaba recientemente hecho y muy húmedo, había puesto sobre él la pata un inocente y poco diabólico perro...

Pasaron a[e] la parte del convento nuevo, por el jardín, que rodea la columnata del antiguo claustro, y un patio en donde en el tazón de una fuente, una[f] pequeña divinidad marina sopla en su caracol de bronce, entre el verdor de los mirtos y arrayanes, y el jazminero que nieva sus estrellas impregnadas de un aroma tan sensual y oriental. El trecho entre el antiguo convento y el nuevo es la parte en que estaba el cementerio. No hay ni vestigios de tumbas. Dos altos plátanos se alzan dando sombra a[g] las casas vecinas, y un hondo pozo se ve con su brocal de reciente hechura.

---

[a] LA: á

[b] LA: ó hay recitaciones literarias, ó tocan

[c] LA: veian [*sic*]

[d] La: veia [*sic*]

[e] LA: á

[f] LA: fuente una

[g] LA: á

Según una guía, "la[a] segunda cartuja fué bendecida por delegación del papa Pío VI[b] en 1784 y la nueva y actual iglesia inaugurada en agosto de 1812. Es ésta de estilo greco-romano, con profusión de adornos, habiendo sido pintados los frescos algún tanto defectuosos, por el aragonés Bayen [*sic*], tío del inmortal Goya,[551] siendo los florones de los arcos y relieves del escultor italiano Cogni y los medallones con los bustos de Pío VII y del rey D. Martín,[c] así como los demás en que van grabados los escudos de armas de los Estelrich, Pax, Zafortega [*sic*],[d] Nicolau, Oleza, Llabrés, bienhechores del convento, ejecutados por el catalán Folch".[e552]

RUBEN DARIO

[a] LA: «la
[b] LA: Pío IV
[c] LA: don Martín,
[d] LA: Zaforteza,
[e] LA: Folch.»

EL ORO DE MALLORCA

(Para La Nacion)[a]

Valldemora [*sic*], diciembre de 1913.[b]

III

—Esta es la celda de George Sand y de Chopin, dijo Luis de Arosa señalando a[c] su amigo, en el largo corredor del claustro, una puerta pintada de verde.[553] A la verdad, ello no se sabe con seguridad, pero se cree que si no es ésta, la número 2, es la número 3. ¡Se[d] ocupa tan poco la francesa de estos detalles en su libro «Un hiver a [*sic*] Majorque»!...[554]

Benjamín conocía la aventura y había leído el libro, como todo lo que se refería a la obra y a la personalidad[e] del músico polaco, que era una de sus adoraciones artísticas. Chopin enamorado, víctima de aquella curiosa hembra, caso teratológico por su intelectualidad y que cuando no era toda literatura era toda sexo... Una gata rijosa que comía ruiseñores... ¡Pobre Chopin, pobre Musset! El, Itaspes, no hubiera caído en semejantes añagazos [*sic*]... Y, sin embargo, en su [*sic*] años ingenuos[f] y ardientes, ¿no había también[g] sentido la enfermedad de amar y esto con mujeres que no tenían nada de Aurora Dupin?...[555]

—Confiese usted, le dijo Luis, que también habría padecido bajo los caprichos de aquel diablo romático [*sic*]...

---

[a] *La Nación*, sábado 27 de diciembre de 1913 (p. 9, cols. 4-5). *La Almudaina*, 23 de enero de 1914, año XXVIII, n. 10.743 (título: "EL ORO DE MALLORCA — De La Nacion"; firma: "Ruben Darío"; p. 1, cols. 3-4).

[b] LA: *Valldemosa, diciembre de 1913*.

[c] LA: á

[d] LA: 3 ¡Se

[e] LA: á la obra y á la personalidad

[f] LA: en sus años ingénuos [*sic*]

[g] LA: tambien [*sic*]

—La mujer, amigo mío, es la peor de nuestras desventuras, por sí misma, por su naturaleza, por su misterio y su fatalidad. Muchos padres de la Iglesia han dicho sobre eso cosas ciertas y profundas. Y su daño está en el amor mismo[,] en un paraíso de temporada, en un goce que pasa pronto y deja mucha amarga consecuencia. Y no me juzgue usted un misógino... Ya sabrá usted—añadió riendo—algún día de éstos, mi novela...

Los propietarios actuales del edificio—y ya se ve[a] que lo hacían desde el tiempo de la venida de George Sand—alquilaban aquellos espaciosos cuartos a[b] burgueses de Palma y aun de Barcelona, que venían a pasar el invierno o el verano,[c] pues la temperatura[d] invernal no era muy fría, ni los estíos eran calurosos.

Anduvieron un rato en silencio. Resonaban sus pasos sobre los ladrillos, bajo el techo abovedado. No había mucho que ver. Retornaron al palacio. Cuando estuvo de nuevo en su soledad, Benjamín se sintió obsedido por la memoria de Chopin, de su amado Chopin.[e]

El invierno pasado en Mallorca por el artista polaco y su amiga era el de 1838-39. Vinieron por la enfermedad de él, que de seguro se aumentaba, como en todo tuberculosos [*sic*],[f] por la proximidad femenina... Ya es sabido cuál era la imaginación y circunstancia principal, el temperamento de George Sand. No perdería ella su tiempo como mujer de letras, y debía escribir sus notas e[g] impresiones para formar después su trabajo «Un hiver a[h] Majorque». Se había pertrechado con los «Souvenirs d'un voyage a[i] l'ile de Majorque», de J. B. Laurens.[556] Conocía los trabajos de Dameto y de Miguel de Vargas y probablemente la relación de Saveur y consultó libros de geografía.[557]

---

[a] LA: vé

[b] LA: á

[c] LA: á pasar el invierno ó el verano,

[d] LA: temporada

[e] LA: Chopín [*sic*].

[f] LA: tuberculoso,

[g] LA: é

[h] LA: á [*sic*]

[i] LA: á [*sic*]

En cuanto a Chopin, a quien[a] había tocado el turno en la lista de los amantes, según las palabras de un célebre autor catalán: «no duia salut; duia el cap plé de fantassies; el cor d'amor, i un piano», en tanto que George Sand, «a mes de dur-lo an ell, portava el cor mig curat de «l'altre»; e cervell plé de descrigicionisme, a la manera de Chateaubriand, i, el pensament d'aquell naturisme que Rousseau havia escampat, con ajuda dels homes romantics».[558] Venía la escritora con su enfermo—ésta era la costumbre, desde Venecia—[559] a hacer vida del campo libresca, como la vida pastoril que quería hacer Don Quijote,[560] y como la que hicieron María Antonieta y compañía en el «hameau» del Triano,[561] y la descansada vida, con sus inevitables realidades prosaicas, la desilusionó y la irritó, haciéndola escribir sus ásperas páginas contra los habitantes de la isla dorada. No es de imaginarse que haya sido de una solicitud extremada con el sublime tísico, «quelq'un [*sic*] de ma famille»,[562] que vivía, con su dolencia y todo, poseído de sus ensueños de arte y de sus espíritus de melodía. Y si no se habla de ningún Pagello,[563] es[b] porque no lo podía[c] haber entre los rudos payeses del pueblo... Ella estaba de bilioso humor por no encontrar en Mallorca la vida de otras partes, pero tomaba sus apuntaciones, oía el piano de Chopin[d] y llamaba a[e] los tomates «pommes d'amour».[564] Además, en[f] el antiguo convento, es fama que se vestía de hombre y salía de noche a[g] inspirarse en el viejo cementerio de los religiosos.

Primero en Palma, en la villa de Souvent,[h] que alquilara al señor Gómez y en donde el frío y el malsano olor de los braseros provocaba la tos y luego en Valldemosa, en la celda, Chopin[i] debía haber sufrido mucho, por el temor manifiesto de los vecinos,

---

[a] LA: á Chopin, á quien

[b] LA: Pagello, es

[c] LA: podia [*sic*]

[d] LA: Chopín

[e] LA: á

[f] LA: Además en

[g] LA: á

[h] LA: Sou eVnt [*sic*],

[i] LA: Chopín

que veían en la tisis el más contagioso y espantable de los males. Y los «prejugés contagionistes»[565] no eran tan solo de la medicina española, como lo dice George Sand, sino de todo el mundo, y no sin motivo, como lo prueban las precauciones de la más flamante[a] higiene de nuestros adelantados días. Un amigo consolador tenía el músico en su piano y son de imaginarse las noches en que, a[b] la luz lunar, al amor de la paz circunstante, o[c] cuando había tempestad y viento que hacía vibrar la montaña, compañía sin nocturnos, dejaba embeberse su alma en «el vapor del arte»,[566] y sus dedos de enfermo desparramaban[d] el hechizo del milagro sonoro.[e]

Benjamín se transportaba a aquellas imaginadas escenas.

Unía su yo íntimo a la personalidad de aquel armonioso Orfeo víctima de su propio secreto de Dios. Y se lo representaba al lado de aquella mujer que le había embrujado, como a otros, por sus ardorosas y sabias lujurias y su innegable talento. Era ella el camarada femenino, tanto más peligroso cuanto más intelectual y caprichoso.

Lástima, pensaba[,] que Chopin no hubiese dejado escritos sus recuerdos sobre esa temporada en el convento valldemosense. Era, cierto, su música el verdadero idioma para expresar sus impresiones en ese lugar apacible, dulce y grandioso al mismo tiempo. George Sand, que era una visual y una descriptora prestigiosa, confiesa en su libro: "Yo aconsejaré a las gentes a quienes la vanidad del arte devora, mirar bien tales sitios—las visiones mallorquinas—y mirarlas a menudo. Me parece que sentirían por ese arte divino que preside a la eterna creación de las cosas, cierto respeto que les falta, según imagino, por el énfasis de su forma. En cuanto a mí, nunca he sentido mejor la nada de las palabras que en esas horas de contemplación pasadas en la cartuja. Me venían ímpetus religiosos; pero no se me ocurría otra fórmula de entusiasmo que esta: Dios bueno, bendito seas por haberme dado buenos ojos["].[567]

---

[a] LA: flamente [*sic*]

[b] LA: á

[c] LA: ó

[d] LA: desparraban [*sic*]

[e] [Aquí termina el fragmento del capítulo III reproducido en *La Almudaina*; luego de la firma del autor se lee, en cursiva, "*Concluirá*."]

Tan buenos los tenía Mme. Dudevant, que le sobraba tiempo para observar si las criadas mallorquinas que le servían en la celda, no substraían "quelque cotelette ou quelque fruit confit."[568]

La escritora se fijaba en las hermosuras del paisaje o en los caprichos y esplendideces de la luz, en los pinos de la montaña, en los sembrados y cultivos; grababa en su memoria o apuntaba en sus cuadernos los detalles de las habitaciones de la cartuja, la figura de las criadas y del sacristán, recordaba a Chactas y Atala,[569] no olvidaba datos de estadística y lecturas a propósito; recogía la anécdota oportuna... Pero de Chopin nada, o referencias incidentales. Alguna vez habla de "le son du piano y le jeu de l'artiste...",[570] de "un malade accable [*sic*]", de "l'autre malade..."[571] ["]Lejos de mejorar, con el aire húmedo y las privaciones, empeoraba de una manera tremenda. Aunque estuviese condenado por toda la facultad de Parma [*sic*], no tenía ninguna afección crónica; pero la ausencia de régimen fortificante, le había puesto, a consecuencia de un catarro, en un estado de languidez de que no podía reponerse. Se resignaba como uno sabe resignarse por sí mismo; nosotros no podíamos resignarnos por él, y conocí por la primera vez grandes molestias por pequeñas contrariedades, la cólera por un caldo picante, o escamoteado por los sirvientes, la ansiedad por un pan fresco que no llegaba nunca, o que se cambiaba en esponja al atravesar el torrente sobre los costados de una mula..."[572] O bien: "Le pianino de Pleyel, arraché aux mains des douaniers aprés trois semaines de pourparlers et quatre cents francs de contribution, remplissait la voute élevée et retentissante de la cellule d'un son magnifique."[573] Sus hijos cuidaban con asiduidad a "un ami souffrant..."[574] "L'état de notre malade empirait toujours..."[575]

Benjamín recorría todo el libro de George Sand, y no encontraba una manifestación de hondo afecto, de amor cierto de ella para el artista. Cuidados sí, naturalmente... "Yo experimentaba, por otra parte, vivas perplejidades. No tengo ninguna noción científica de ningún género, y me habría sido preciso ser médico, y gran médico, para cuidar la enfermedad cuya responsabilidad pesaba sobre mi corazón.

El médico que nos veía, del cual no pongo en duda ni el celo ni el talento, se engañaba como todo médico, aun de los más

ilustres, puede engañarse, y como, según su propia confesión, todo sabio sincero se ha engañado a menudo. A la bronquitis se agregaba una excitación nerviosa que producía muchos de los fenómenos de una tisis laríngea. El médico, que había visto esos fenómenos, en ciertos momentos, y que no veía los síntomas contrarios, evidentes, para mí a otras horas, se había pronunciado por el régimen que conviene a los tísicos, por la sangría, por la dieta, por los lacticinios. Todas esas cosas eran absolutamente contrarias y la sangría hubiera sido mortal. En [*sic*] enfermo tenía de ello el instinto, [y yo] que, sin saber nada de medicina, he cuidado muchos enfermos tenía el mismo presentimiento. Temblaba, sin embargo, de confiarme a ese instinto, que podía engañarme, y de luchar contra las afirmaciones de un facultativo; y cuando veía al enfermo empeorar, pasaba por angustias que cada cual debe comprender. Una sangría le salvaría, se me aseguraba, y si no, moriría. Y sin embargo, había una voz que me decía hasta en mi sueño: una sangría le mataría, y si la evitas, no morirá. Estoy persuadida de que esta vez [*sic*] era la de la Providencia, y hoy que nuestro amigo, el terror de los mallorquines, está reconocido tan poco tísico como yo, doy gracias al cielo de no haberme quitado la confianza que nos salvará[”].[576] Luego cuenta que no se le sometió a la dieta, por ser contraproducente; y unos cuantos detalles sobre la leche, que se bebían los que la traían, y sobre la melancolía de las cabras... ¡Pobre Chopin! Después le [*sic*] recuerdo ligero sobre un paseo con «notre malade». Mas pasa a otra cosa y a un flujo de descripciones incontenible... Y nada más para el compañero, objeto de uno de sus caprichos, que, después de todo, debe haberle sido molesto con su mala salud. Y luego, no tendría mucho tiempo para él, pues en la Cartuja de Valldemosa escribió un [*sic*] gran parte y ternó [*sic*] «Spiridión».[577] Aun nota que «sin preocupaciones a menudo dolorosas habría estado muy satisfecha de sa [*sic*] celda de monje en un sitio sublime...»[578]

No era Benjamín un misógino: ¡todo lo contario!; mas encontraba que la mujer, inculta o intelectual, es una rémora y un elemento enemigo y hostil para el hombre de pensamiento y de meditación, para el artista. Y se imaginaba las tristezas y desolaciones, o las tempestades morales por que pasara el polaco en el refugio

monacal—sin más consuelo que la fuerza de su poder creador, que hacía transformarse el dolor en armonía y le lanzaba en las ondas del viento de las montañas, a juntarse a los ecos de la voz universal.

Por la noche, en el piano de María, interpretó algunas de las composiciones de Chopin, poniendo toda su alma en el instrumento. Y al acostarse y comenzar su sueño, no le abandonó la idea del triste maestro cuya sombra algunas veces debía de vagar por las arcadas de los antiguos claustros. A través del tiempo y de la muerte, reconocía en él a un viejo amigo que le había abrevado, en su sed melodiosa, con el agua de plata de sus ánforas de oro... Un hermano por la pesadumbre y por el destino incambiable. Espíritu de estrella, corazón de ruiseñor.

Ruben Dario

EL ORO DE MALLORCA

(Para La Nacion)[a]

Paris, enero de 1914.

IV

—"Bon día tengui..."[579]

Una sirvienta llegaba a avisar a Benjamín que en la iglesia daban el último toque para la misa.

—En seguida iré,—contestó, y comenzó a vestirse. Sin embargo, una vez que se hubo vestido y arreglado y salido a la calle, pensó en que sería ya tarde; que llamaría la atención al entrar empezado el santo sacrificio. Las campanas habían cantado desde la madrugada en la dulzura del aparecer del sol, alegres campanas de pueblo que esparcen sus bandadas de palomas sonoras e invisibles sobre las almas sencillas.

Tenía más de veinte años de no oir [*sic*] misa, de no frecuentar los sacramentos; y con todo, él se sentía favorecido de Dios, únicamente por el hábito de la plegaria. Y mientras iba en el fresco aire matinal entre los plátanos de la carretera, se hizo de pronto esta pregunta: ¿Pero soy en realidad un creyente?

Se le presentó en el panorama de su memoria su niñez perfumada de leyenda religiosa, de ingenua devoción, de piadosas prácticas: la iglesia a donde iba a misa primera, al alba, cuando aun estaban encendidos los faroles de petróleo de la vieja ciudad. Oía la misa con devoción y aun había aprendido a ayudar a ella. Resonaban aún ecos perdidos en el fondo de su alma.

"Introibo ad altare Dei — Ad Deum qui laetificat juventutem meam. — Judica me, Deus, et discerne causam meam... — Ad veniat regnum tuum..."[580] Y recordaba las emociones de la confesión y de la comunión. Aun sin comprender nunca la hondura del

[a] *La Nación*, sábado 21 de febrero de 1914 (p. 6, cols. 2-7).

símbolo, tenía presente la satisfacción física y espiritual de sentir diluirse en su boca el divino pan de misterio.

Y en su casa católica, los rezos, cuyos retazos venían a veces a su recuerdo, "épaves"[581] que flotaban después de las tempestades de su vivir. Eran fragmentos de oraciones, de novenas, de responsorios, que se rezaban en las reuniones domésticas. Una traducción del "Magnificat":[582] "Mi alma engrande al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador..." O bien, para la confesión: "Yo, pecador, me confieso a Dios, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, y a todos los santos... Y a vos, padre..."[583] O bien: "Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero..."[584] O la "Salve Regina": "Dios te salve, Reina y madre, madre de misericordia..." [585] O eran las devociones a diferentes santos y seres celestes. De El Trisagio:[586]

Todo el orbe cante
Con gran voluntad
El trisagio santo
De la Trinidad...

Algo que concluía con un ritornelo:

Ángeles y serafines dicen Santo, Santo...[587]

O versos sencillos, de novena. En alabanza de San Antonio de Padua:

...Vuestra palabra divina
Forzó a los peces del mar
Que saliesen a escuchar
Vuestro sermón y doctrina;
Y pues fué tan peregrina
Que extirpó diez mil errores
Humilde y divino Antonio
Rogad por los pecadores.

Vos libráis a cualquier reo
De los grillos y cadenas,
Y el que os clama se enajena
Del pecado sucio y feo.

Y pues sois divino Orfeo
De Jesús, flor de las flores,
Humilde y divino Antonio,
Rogad por los pecadores.[588]

Y algo en loor de San Francisco de Paula, que concluía:

. . . . . .
Francisco en Paula nacido,
Mínimo de Dios querido,
Nuevo sol de Caridad.[589]

Luego, en la frecuentación de los jesuítas [*sic*], había aprendido muchas cosas, en la frescura de su adolescencia; mas todo aquello no debía haber encontrado muy propicio terreno, pues no había prevalecido contra los ataques posteriores de la existencia. ¡Ah, otra cosa hubiera sido si él se hubiese quedado para siempre en aquellos claustros en donde los sacerdotes de la Compañía de Jesús se deslizaban como sombras, cuando eran llamados, con individuales toques de campana.[a] Habría él quizá sido un excelente soldado de San Ignacio, pues hasta sus aficiones musicales encontraron allí estímulo. Allí el son del órgano y del armónium conmovieron sus potencias nacientes. Allí sintió penetrar y nacer al mismo tiempo de él el supremo temblor de la música, y comprendió por primera vez cómo los griegos abarcaban en ella todo, hasta la misma poesía. Allí escuchó las primeras revelaciones, desde los inocentes compases de

Oh, María,
Madre mía,
Dulce encanto
Del mortal,[590]

hasta prodigios del canto llano, cosas de Bach, de Roland de Lassus, de Palestrina, de Vitoria.[591] Allí había sido ungido con el óleo melodioso.

Pero en fin, el tiempo había marchitado las rosas de aquella casi olvidada primavera. Con su emigración, con sus peregrinaciones,

[a] En este punto correspondería el signo de cierre de la exclamación.

había dejado abandonados [*sic*] sus costumbres devotas. La última vez que se había confesado y comulgado, había sido para casarse, hacía más de 20 años. Había visitado en sus viajes templos, conventos y oratorios, había hablado en Roma con Su Santidad, había adorado reliquias; y todo aquello no había dejado gran huella; el artista y el turista substituían, en realidad, al creyente. Solamente en sus amarguras, desengaños y resoluciones, volvía el corazón y la mente a lo infinito, y hablaba con Dios como con un padre desconocido, sin forma, sin idea de él fija, pero que debía estar en todo el Universo, como se dice, en esencia, presencia y potencia.[592] El le sentía, y se dirigía a él pronunciando las palabras mentalmente. Y a pesar de las dudas que las lecturas y las meditaciones habían sembrado como mala cizaña en su alma, el Padre para él era Cristo Jesús, el hombre divino, el Dios humano de Galilea. Asimismo se acogía en las grandes angustias y apreturas de ánimo a la Virgen, a María, en quien encontraba más que los esplendores de las letanías, más que la Virgen poderosa, o el vaso digno de honor, o la Rosa Mística, o la Torre de David, o la torre de marfil, o la Casa de Oro, o la Estrella de la Mañana, la Reina de los Mártires, la Salud de los Enfermos, el Consuelo de los Afligidos, la Madre admirable,[593] o mejor, la «manía» de los solitarios, de los desamparados, de los tristes, de los combatidos de la vida.

Cuando todo esto pasaba por su mente, no dejaba de surcar ese cielo aclarado algo como un relámpago negro. Una tarde había entrado en Nuestra Señora, en sus vagabundeos por París. Había orado, de rodillas, había pedido a Jesucristo y a la Virgen el reflorecimiento de su fe. Se sentía débil. De pronto resonó el órgano; un coro de monagos lanzó su cántico angélico. El trueno musical le conmovió hasta lo más íntimo, y lloró como hacía tiempo no lloraba. El Padrenuestro y el Avemaría se sucedían en su corazón y en sus labios. Salió luego, aliviado. Pero pasó el relámpago negro. ¿No será esta contrición y este llanto un fenómeno nervioso, una manifestación enfermiza de mi estado fisiológico, un efecto de la depresión que dejan el excesivo trabajo mental y los excitantes?[594] E imploraba ayuda de nuevo. Porque hasta en el mismo templo y en el instante de la plegaria, llegaban a perturbarle y a hacerle sufrir ideas de negación y de pecado, visiones de un erotismo imaginario,

ultranatural y hasta sacrílego. Apenas le calmaban palabras reconfortantes como las de la «Imitación»: «Mientras en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones. Por lo cual está escrito en Job: tentación es la vida del hombre sobre la tierra. Por eso cada uno debe tener mucho cuidado acerca de la tentación, y velar en oración por que no halle el demonio lugar de engañarle, que nunca duerme, sino busca por todos lados a quien tragarse. Ninguno hay tan santo ni tan perfecto, que no tenga algunas veces tentaciones, y no podemos vivir sin ellas. Mas son las tentaciones muchas veces utilísimas, aunque sean graves y pesadas; porque en ellas es uno humillado, purgado y enseñado. Todos los santos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron y aprovecharon. Y los que no las quisieron sufrir y llevar bien fueron tenidos por malos y desfallecieron. No hay religión tan santa ni lugar tan secreto donde no haya tentaciones y adversidades».[595] Y otras palabras más de ese libro sedante.

¡Mas quién sabe si para él vendría alguna vez la gracia! La gracia, centella invisible, y algunas veces visible, conmoción inenarrable que transforma un espíritu, que abre los ojos a un mortal ciego, que trae el cumplimiento de un destino se diría que por orden expresa de lo Infinito. La que en el trueno llega a Pablo;[596] la que en los días nuestros y en París babilónico transforma en santo a un escritor refinado y conocedor de todas las lujurias y sensualidades como Huysmans,[597] y convierte a otros varones de pecado en devotos y adoradores de las virtudes del catolicismo. La gracia podría venirle a él por medio del prodigio musical... ¿Mas cómo apartar el don de raciocinio y la necesidad de examen? Tantas lecturas y tantos buceos de pensamiento le habían hecho claudicante e indeciso. Pedía, no obstante, siempre la fe. Decía: «Señor, yo quiero creer en ti como el carbonero.[598] Dame la sacra estulticia. Dame que sea como los campesinos, como los limpios de corazón, como los pobres de espíritu, dame tus bienaventuranzas. Estoy perseguido por la negrura de la incertidumbre. Sé que debo morir un día; sé que estoy, sin saber cómo, en esta inmensa esfera de tierra y que mi sangre y mis nervios y mi temperamento me dominan y me dirigen. No me siento libre; no existe la libertad. No existe para la inmensa naturaleza insensible a la manera humana ni el

bien ni el mal. Todo es y será y ha sido por ti. Uno de tus nombres, Señor, es Fatalidad».

Decía: «Señor, ha tiempo que yo hubiera dejado el siglo, los combates cotidianos con la hostilidad ambiente, con la ferocidad de los prójimos; habría buscado la paz de los conventos y te habría servido como el más consagrado de tus siervos: pero tú no lo has querido, me has dejado solitario sobre la faz de la tierra, con un cerebro pagano, con un cuerpo que han atacado con sus magias todos los pecados capitales, y con una inteligencia de las cosas que me aleja cada día más de la fuente de la fe, contra mis deseos, contra mis quereres, contra la decisión de mi voluntad. El demonio existe, Señor, puesto que me coge en sus lazos, desarmado y tanteante, y lo que es triste, hasta donde alcanza mi conocimiento, con anuencia de tu todo-poder y de tu infinitud.»

Decía: «Me das, Señor, facultades mentales para juzgar y apreciar los conceptos de la vida, y en todas las disposiciones que atañen a la humana persona encuentro la presencia de lo ilógico. Tengo estos ojos ansiosos de bellos espectáculos, esta boca deseosa y sedienta de gratos gustos, estas narices que buscan aspirar deleitosos perfumes, estas orejas que tienden a todos los armoniosos sonidos, este cuerpo todo que va hacia los contactos agradables, a más del sentido del sexo, que me une más que ninguno a la palpitación atrayente y creadora que perpetúa la vitalidad del universo. Y, sin embargo, has puesto delante de mí el espectro del pecado, la incomprensibilidad del dogma, y nada de la ceguera espiritual, de la supervisión con que favoreces a tus escogidos.»

Decía: «Señor, yo siento una relación especial con todos los seres de la tierra y del cielo. Yo miro mis pupilas en las pupilas de los animales y mi sangre en la sangre de ellos, y mis huesos en los huesos de ellos. Yo miro mi carne en los troncos de los árboles y en el humus negro de los campos. Nadie sabe nada, y la intuición es una piedra lanzada a lo desconocido. Señor Jesucristo, los judíos tienen razón en su razón humana; tú debiste venir, tú debías venir, tú debes venir, con todo el aspecto y la omnipotencia de un rey divino, poseedor y director de todos los flúidos [*sic*] y electricidades de prodigio que fuesen comprensibles a nuestro mísero entendimiento. Porque nuestra «animula», «blandula», «vagula»,[599] tan sujeta a

lo material que un golpe en el cerebro, un alcaloide, o un elixir embriagante la cambian y trastornan, es un instrumento poco adecuado a la idea que han tenido las humanidades de todos los siglos de la inmensidad y excelsitud de Dios.»

El día brillaba, y el oro matinal envolvía las cumbres de los montes circunstantes. Las piedras semejaban en las alturas bloques de un rosa dorado. La limpidez azul del cielo parecía de fabulosa gema bruñida. Por un lado subían los senderos hacia el escalonamiento de los predios labrados que se veían en las faldas de los cerros y colinas adornados de los ramilletes verdes de los pinos y de las encinas. Cerca, por las tapias de los huertos caían, enredadas las parras en las ramas de las higueras, los racimos de uvas ambarinas y doradas junto a los higos verdes y obscuros, algunos entreabiertos, dejando ver su carne roja. Se veían las extensiones cultivadas, al lado de los olivos seculares de raros y fantásticos troncos. Un grupo de mozas apareció; algunas llevaban cestas para recoger las aceitunas que, desprendidas de los árboles, ennegrecían el suelo. Las había de rostros bellos, y todas tenían cuerpos voluptuosos, ceñidas las caderas por las faldas campesinas que dejaban ver por el ruedo extremos de refajos rojos que alegraban singularmente con su nota violenta la armonía del paisaje. Un labrador cantaba a lo lejos un canto semejante a una melopea moruna, o a esas largas y onduladas notas que lanzan los «cantaores» andaluces en las malagueñas, tientos y soleares.[600] Indudablemente, tanto ese canto mallorquín como aquellos lánguidos clamores de Andalucía, los habían dejado los hombres de Africa [*sic*], que un tiempo fueron conquistadores en España y en el Mediterráneo.

Al acercarse advirtió Benjamín que con el coro de mozas había unas cuantas mujeres viejas. El canto cesó y le sucedió un murmullo o rumoreo, en el cual oyó las palabras de la oración dominical en mallorquín, pero bien comprensibles. Por el camino venía un sacerdote. Se fijó el artista que en los tapiales había, de tanto en tanto, cruces de hierro. La tarde anterior, en el claroscuro crepuscular, se había encontrado con grupos de mujeres que venían de los lugares cercanos, rezando el rosario. Había en toda la isla, pero principalmente en el antiguo asiento de los Cartujos, un ambiente más que católico medioeval. El recuerdo de dos beatos,

el grande Raimundo Lulio y la mínima Catarina Tomás,[601] flotaba en el ambiente, impregnaba los vetustos olivares, los viejos muros, los puntos que frecuentaron, los santuarios, oratorios, cuevas y fuentes. Una religiosidad antigua se revelaba en los habitantes de la villa de calles estrechas y empinadas, de gentes, aunque antaño amigas de las danzas, hoy poco amigas de divertirse y de alegrar el cuerpo y el alma. Y sin embargo, en los campos pedregosos, donde se alzaban amontonamientos de rocas grises y blanquizcas, y entre los olivos que hacían recordar la pagana Grecia, y en los valles en donde se abre la granada y da su miel el sexual higo, y cuelgan de las viñas las uvas que recuerdan la siesta del fauno mallarmeano,[602] y hay flores y espigas, y verdes hojas de maíz, no sorprendería ver surgir de repente allá un egipán, aquí una ninfa o hamadriada, a son de flauta de carrizos como es consuetudinario en el mundo de las líricas y helénicas ficciones. Los mozos son fuertes y de ojos vivaces y cuerpos gallardos y las muchachas adolescentes son formadas y redondeadas donde conviene por la madre naturaleza con la prodigalidad y hermosura que placen a los saltantes sátiros y a los alegres demonios.

Inundaba de claridad los montes circunstantes el sol excitante de los dulces países. Benjamín iba de retorno al castillo cuando oyó resonar la bocina de un automóvil por el lado del camino de Soller. A poco pasó junto a él, un tanto despaciosa, la máquina que había lanzado su alerta. Reconoció en ella a algunos amigos de Palma y de Barcelona, que se saludaron, artistas y escritores; con ellos iban dos damas. Una de ellas, rubia, y de una gracia y elegancia que revelaban a la parisiense.

Benjamín sonrió.

RUBEN DARIO

EL ORO DE MALLORCA

(Para La Nacion)[a]

Paris, enero de 1914.

V

Se había tomado el te [*sic*] en uno de los miradores de Miramar, la propiedad espléndida y pintoresca de un príncipe de Iliria, el archiduque Carlos Federico,[603] que de lo que fué parte de la antigua alquería arábiga de Haddayán ha formado un conjunto de moradas, quioscos y terrazas que sobre los montes, a orilla de los abismos, entre rocas y verdores de vegetación, forman como una región de cuento oriental, que domina las tierras circundantes y tiene enfrente las mágicas aguas del mar Mediterráneo.

Se había tomado el te [*sic*], mientras se esperaba la caída próxima de la tarde, la puesta del sol. Estaba Benjamín con los amigos que había saludado en el automóvil, Jaime de Flor, Angel Armas, un periodista y las dos damas, una de las cuales, la rubia, que en realidad era parisiense. Era una mujer de 30 años, en toda la vitalidad y encanto de esa edad en que hay plenitud de vida, como jugo de sol en la cabeza y en las venas. Jaime de Flor se la había presentado:—Margarita Roger, artista-escultora. Una admiradora y compañera de Mme. Chandel.[604]

Estaba vestida con gran gusto y no tenía más adornos que dos perlas rosadas en las orejas y un anillo arcaico en que brillaba una esmeralda. Desde que Benjamín la miró sintió una viva atracción hacia ella, y por los escasos momentos en que habían podido conversar quedó encantado de su discreción, de su cultura, ambas cosas, si se mira bien, raras hoy en los artistas...

—¿Señora o señorita? había preguntado a de Flor después de la presentación.—Señora... divorciada—le había contestado su amigo.

---

[a] *La Nación*, lunes 23 de febrero de 1914 (pp. 4 y 5, cols. 7 y 1).

Angel Armas le llamó, para ir a otro mirador cercano; y mientras el mar y el cielo comenzaban una extraordinaria decoración de luces y colores, él fué quien contó a Benjamín toda la historia de Margarita Roger—ex Mme. Taronji de Campos—en pocas palabras.

No era una parvicule de París, una «farigotte»,[605] sino que había nacido en Normandía y había llegado a la capital francesa siendo muy niña aun. Huérfana, fué educada por una tía. Con talento para las artes, se dedicó, desde su adolescencia, a la escultura, habiendo frecuentado el taller de Rodin.[606] Se relacionó con artistas y escritores de la «orilla izquierda», y asistió algunas veces a las reuniones de Mme. Rochilde,[607] y al cenáculo de Paul Fort.[608] Expuso algunos trabajos y obtuvo elogios de no pocos críticos. Mas, como sucede en tales casos, su obra, si notable por algunas excelencias que se imponían, carecía de algo, un «algo» de menos que se advierte a la inmediata en la producción de los talentos femeninos. ¿Qué le falta? se preguntaban algunos. Y los terribles repetían una frase del humorismo de Jaime de Flor:—Le falta... ¡lo que les falta a las mujeres! Frase que comentaba con innumerables ejemplos y afirmaciones, con el beneplácito de Benjamín, que consideraba como teratológico todo caso en que la mujer se intelectualiza. Recorred la historia del pensamiento humano. Safo sobresale por su rareza y por su audacia, porque confesó en versos de histérica cosas que ninguna mujer había confesado antes. Las sabihondas del Renacimiento, y las posteriores, eran simplemente viragos... Mme. Ackermann es simpática, porque confiesa a cada paso su debilidad y su idiosincrasia femenina.[609] Escribe versos porque «oyó de repente rimas que sonaban en sus oídos», y tiene gusto en «enchâsser les jolies perles de langage». Cuando habla de su condición cerebral escribe con modestia y sencillamente, «mon petit talent», y eso que se atrevía dignamente con Pascal. Y cuando se llena de canas, dice: «No soy más que una vieja lechuza que ha lanzado sus gritos en las tinieblas... No me queda sino callarme...»[610] ¡si todas las viejas lechuzas hicieran así! ¡Dios mío! ¿Y las simplemente artistas? Recorred los museos... Por eso a Benjamín le era grata Margarita Roger, a quien sabía simple en sus tentativas, esfuerzos y pretensiones.

Margarita gozaba de la renta de una regular fortuna que le había dejado su padre. Había conocido, en casa de unos amigos, en París, a un joven español, de la isla de Mallorca, hombre de cierto talento, de excelente carácter y bastante adinerado, que supo primero jugar al amor con ella, y luego casarse. Margarita conservaba muy buenos recuerdos de él, y, si no enamorada, se había llegado a formar la ilusión de una vida amable y tranquila con un marido que satisfacía sus menores caprichos, y que, aunque le chocaba en ciertas minucias y detalles, que revelaban una inexplicable avaricia, en quien, por otra parte, demostraba largueza y amor, era después de todo, lo que se llama un partido envidiable. La separación había venido, no por incompatibilidad de carácter, ni por heridas, ni rozamientos de amor propio, sino por la malhadada idea inarrancable del cerebro de Taronji, de ir a vivir a su ciudad natal, Palma de Mallorca, en donde su mujer había de pasar momentos de angustia, de vergüenza, de sufrimiento.

—¿Alguna aventura inesperada? ¿algún viejo amorío resucitado?—interrogó Benjamín.

—No—respondió Angel Armas—es que Taronji era «chueta».[611] ¡Chueta! Esta palabra le hizo recordar la singular vida de aislamiento, el gheto moral en que viven en la capital de la isla mallorquina, de la Roqueta, los descendientes de los antiguos judíos conversos. Había leído en George Sand una cita de Grasset de Saint Sauveur que dice:

«Se ven, sin embargo, aun en el claustro de Santo Domingo pinturas que recuerdan la barbarie ejercida antaño contra los judíos. Cada uno de estos desgraciados que han sido quemados está representado en un cuadro bajo el cual están escritos su nombre, su edad y la época en que fué victimado. Se me ha asegurado que hace pocos años los descendientes de esos infortunados, que forman hoy una clase particular entre los habitantes de Palma, bajo la ridícula denominación de «chouettes», habían en vano ofrecido sumas bastante fuertes para obtener que se destruyesen esos monumentos aflictivos. No he querido creer tal hecho... No olvidaré, sin embargo, nunca, que un día, paseándome por el claustro de los dominicanos, consideraba con dolor esas tristes pinturas; un monje se me acercó y me hizo notar, entre esos cuadros, muchos señalados

con huesos en cruz. «Esos son—me dijo—los retratos de aquellos cuyas cenizas han sido exhumadas y arrojas [*sic*] al viento». Mi sangre se heló; salí bruscamente, el corazón apenado y el espíritu conmovido por aquella escena.[»][612]

Benjamín mismo había recorrido en otra ocasión una calle de Palma en que principalmente moran esos israelitas que, aunque desde hace algunas generaciones profesan la religión católica, son mirados como corderos sarnosos en el rebaño. Es preciso, para comparación, buscar en ciertos medios alemanes, o en Rusia, un desprecio semejante por los que llevan la sangre de la raza de Nuestro Señor Jesucristo. No hay odio ya, como entre los rusos, que llegan hasta la exterminación; pero, en fin, se les mira como a tribu maldita, como a gafos en su leprosería. El autor de «L'Illa de la calma» los ha pintado, en las estrechas tiendas de su calle estrecha, «mirando de reojo a todos los que pasan», en sus pequeños obradores de plateros, relojeros y joyeros; grandes comedores de carne, con sus mujeres, harto fecundas y parideras, manejando el oro y la plata, de cuyo comercio viven, mirados siempre de modo oblicuo por la gente, que habla de ellos en voz baja.[613] Sí, Benjamín recordaba haberlos visto en idénticas condiciones. Había entre ellos tipos del más puro Israel, figuras de judengasse, de ciertos barrios de Tánger, de Argel, de Gibraltar, de Amsterdam, de Londres, de Hamburgo, de Roma, de tantas partes. Eran las mismas curvas narices, de una curva especial; las bocas de gruesos labios, en su mayor parte; el rostro todo de esa configuración que tanto han explotado los caricaturistas en todos los lugares en que hay hebreos; la singularidad de la raza, que en su parte femenina suele dar soberbios ejemplares de belleza que casi siempre deforman los partos, trayendo la obesidad, por otra parte apreciada por los hombres de Oriente.

Pero, ¿por qué singularmente en Mallorca esta aversión a los israelitas, y cabalmente a los convertidos al catolicismo? Suelen esas familias, con fama de honestas y apenas tachadas de ciertos defectos comunes a la estirpe, ser asiduas a las prácticas religiosas, con mayor devoción que muchos descendientes de cristianos viejos; van a orar a las iglesias, principalmente en Santa Eulalia y han salido de tales gentes hombres de valer y de honradez, sacerdotes,

letrados, poetas y artistas que han contribuído [*sic*] al prestigio de la intelectualidad mallorquina, porque, bien dijo el ancestral rabí Sem Tob:

> Non vale el azar menos
> Por nascer en el vil nio,
> Nin los enxiemplos buenos
> Por los decir judío.[614]

Quizá éstos sufren, decía Benjamín, por la apostasía de sus padres... ¡Pero los otros, los de Rusia, los de Alemania!... ¿No hay un secreto de expiación y de inquietud secular en esta raza misteriosa? Talento y oro no les ha escatimado la divina Providencia, y la obra enorme del agrio Drumont es un monumento en honor de la perseverancia, de la astucia y de la potencia judías.[615] ¿Y no es otro ese extraño libro «La salud de los judíos» que escribiera León Bloy el explosivo?[616] Y estos mismos chuetas de Mallorca, ¿no han ido poco a poco acaparando fortunas, entrando en tales o cuales antes vedados puestos oficiales y a la vista de los pocos nobles ricos y de los hidalgos venidos a menos, no se convierten en terratenientes, constructores de inmuebles y manejadores de negocios? Cierto. Mas la separación, la valla que existe entre ellos y el resto de los mallorquines es indestructible. Así, pudo suponer, en una obra renombrada, un novelista célebre, que un noble palmesano, como único medio de salvarse de la ruina, pensase unirse sacrosantamente con una chueta, hermosa y llena de atractivos y que por consejo de un chueta muy filósofo y práctico no realizase su ensueño.[617]

Margarita, llena de ilusiones por lo que habían contado y por las lecturas sobre la Isla dorada, se imaginó al partir con su marido que iba a ser como una feliz princesa en un paraíso de encanto. No fueron, ay, pocos, desde su llegada, los desengaños...

Desdenes e indiferencias sociales le amargaron los días pasados con la familia de su marido, pues ésta no se relacionaba más que con otras familias señaladas por la marca infamante... A punto que, de abatida, desesperada, un día se fué de su hogar, tomó el vapor para Barcelona y volvió a su París. Tal era sucintamente su lamentable aventura.

Cuando retornaban a Valldemosa los concurrentes de paseo, el sol se hundía en el vasto mar iluminado por la policromia encendida y caprichosa del poniente que reflejaba sus fuegos fabulosos sobre la superficie vista en su tranquilidad a modo de una inmensa tela de seda arrugada y oleosa.

De oro parecía el agua del fondo, de un oro rosado sobre el cual se formaban en la conjunción con el cielo como archipiélagos candentes, tempes acarminadas, amatuntes de prodigio con lagos de plata en fusión, montes de plomo, riberas color de violeta y naranja. De oro parecían bañadas por la luz horizontal las cumbres de los cercanos acantilados, de oro los peñascos suspendidos al borde de los precipicios, las bocas de las cuevas y honduras en donde anidan palomas y cuervos marinos.

Benjamín se acercó a conversar con Margarita, que iba delantera. A la luz vespertina pudo contemplar de nuevo su rostro, en que había, entre repentinas ráfagas de alegría que pasaban cuando se hablaba de cosas gratas a su espíritu, a su corazón encantado de arte[,] como un penoso enigma. Era el fracaso de su vida, de sus esperanzas, la equivocación fatal del rumbo que irreflexivamente siguiera, la ruptura de una unión que circunstancias por completo extraordinarias habían reducido a nada. Sus ojos, de un azul apizarrado, punteado de oro obscuro, brillaban sibilinamente y cuando sonreía se entrecerraban con dulzura.

¿De qué hablaron? De varias cosas, pero en la voz de Benjamín, había un súbito cambio, que él mismo notaba no sin sorpresa. Trataba a su nueva amiga como se trata a una niña enferma, con cierto temor de decir algo que pudiese no serle agradable. Se sentía cerca de ella como lleno de un afecto entre fraternal y apasionado... Vamos, ¿resultaría ahora, después de tanto tiempo de sequedad sentimental, con una conmoción nueva?... ¿A su edad?...

Al despedirse le dijo Margarita: Estoy en el Gran Hotel, en Palma, por poco tiempo. ¿Quiere Vd. venir a verme un día de éstos? Almorzaremos juntos. ¿«Entendu»?

—«Entendu».

RUBEN DARIO

EL ORO DE MALLORCA

(Para La Nacion)[a]

Paris, febrero de 1914.

VI

Salieron del hotel con humor jovial, como al amor de una nueva juventud. El almuerzo había sido medianejo, pues no abundan los elementos culinarios en la ciudad, ni se cultiva la «bonne chére»,[618] aun en tal establecimiento que se estrenara con lujosos comienzos, decorado el comedor con floridos almendros del Catalán de los jardines, del famoso y excelente Santiago Rusiñol, y con bellas violencias de luz y fantasías de paleta, en paisajes y visiones de Joaquín Mir.[619]

Tomaron el tranvía que va por el Terreno, hasta Porto Pi, y que como todo lo de la isla, confirma el decir de George Sand: «mucha calma», c'est la sagesse majorquine».[620]

El vehículo va con toda la tranquilidad posible. Nadie se preocupa de ello. Los caballos se detienen de cuando en cuando y los pasajeros pueden conversar con conocidos que van a pie. Se bordea el mar, se entra en el barrio de Santa Catalina, luego en el caserío del Terreno, dominado desde una altura por el castillo de Belloer [*sic*],[621] rodeado de pinares. Por allí había habitado el artista en otra época, y recordaba el espectáculo único de la bahía llena de cielo diluído, de la ciudad como inundada de oro por el maravilloso poniente, pues es el padre Sol el que vierte su áureo prestigio en la isla de encantamiento, el donador del oro de Mallorca.

La salud de Benjamín había mejorado mucho. El alejamiento del bullicio, del ruido parisiense, la supresión de las preocupaciones, de las tensiones nerviosas que se producen en los conflictos íntimos, o en la agitación de la lucha por el dinero, en el centro ciudadano, en el despacho, en la oficina; la ausencia de los ruidos y clamores

[a] *La Nación*, viernes 13 de marzo de 1914 (p. 7, cols. 3-5).

de la urbe vibrante de continuo; la paz, en cambio, de la villa pequeña en que reponía sus energías, del valle apacible; la amable y serena vecindad del mar, los alientos de la montaña, el pan rústico, la pura leche de las cabras, la alimentación ordenada, el sueño ordenado, las madrugadas, el «footing»; las ascensiones a las montañas circundantes, a las próximas colinas, que entre sus vellones de verdura muestran la carne milenaria de sus rocas, blancas como nevadas, o rojizas como impregnadas de oxidaciones de hierro; el trato con gente ponderada y señoril que se complacía en hacerle las horas gratas, ya con campesinos y labradores, con payeses al parecer huraños, pero que tienen un excelente fondo de natural filosofía y de buen humor, todo eso le había hecho recobrar fuerzas, ánimo, deseo de vida y de producción, sin necesidad de la ficticia eufonía [*sic*] de los excitantes, y con una visible renovación de su sangre, de sus músculos, de su casi perdido optimismo. Cierto que sus preocupaciones religiosas no le habían abandonado; pero se sentía como si por de pronto le interesasen más por ser más inmediatas sus facultades corporales, la dinámica de su materia obrante y de su inteligencia pensante, y no entraba en más teología que la de su música, la cual sentía dentro de su cráneo, dentro de sus venas, como complemento rítmico y armonioso de su esencia individual. Y aun el amor mismo quería reflorecer, como en una nueva primavera.

Subió, con su amiga, apoyada de su brazo, por una de las sendas que conducen al castillo antiguo que aun alza sus torres y muros militares, entre los que queda un concentrado vaho de Edad Media.

—¡Qué bello día!—exclamó Margarita.

—Ha tiempo que yo no pasaba uno semejante—le respondió Benjamín.—Sobre todo con un «copain» como usted.

—Eso me place... Como un «copain...». Verdad es que la amistad entre almas de arte, cuando es leal, fraternal, sincera, es un presente de los dioses. Y con usted me sucede que creo haberle conocido desde hace mucho tiempo... Y no sé por qué juzgo que hay algo paralelo en nuestras vidas. Su retraimiento, su facultad de observación, y cierta timidez que a mi entender oculta un gran fondo de ternura, me han hecho grato su conocimiento...

—¡Quién sabe—interrumpió Benjamín,—si tristes experiencias más o menos semejantes nos acercan...

La subida hacia el castillo les fatigaba un poco.

—¿Nos sentamos a descansar?

—Sentémonos.

Un suave viento que venía de la extensión marina meneaba las copas de los pinos. Se oía en las ramas como un ruido de aguajes al llegar a la arena de la orilla. Se sentaron bajo uno de esos árboles que tienen, se pensaría, un olor religioso. Y hablando, hablando, llegaron a hacerse mutuas confidencias, interrumpidas por una frase mutua: «¡Ah, si nos hubiésemos conocido antes!»

No, no podían haberse conocido antes. La vida es así... Todo está escrito, según el decir de los mahometanos... Estaba escrito lo que habían padecido, como lo que habían gozado. Estaba escrito que no se debían encontrar en París, donde habitaban ambos, sino en una solitaria y silenciosa vía de un pueblo mallorquín. Estaba escrito que en ese instante mismo en que conversaban bajo el dosel verde de los pinos sedosamente sonoros, él había de ver brotar del fondo de los ojos de ella y del fondo de su alma, recién nacidas consolaciones. Mas al mismo tiempo sentía como un dejo de melancolía, como si respirase el alma de una rosa marchita que aun conservase su perfume. Margarita le narró su vida de manera que en nada difería de lo contado por Armas. Sólo que todo lo refería si con justa tristeza con completa resignación.—¡Qué vamos a hacer! La felicidad viene como un premio de la lotería... Pero, con todo, no hay que desconsolarse. Todos hemos tenido momentos de dicha, aunque fuese ficticia, y un recuerdo hace olvidar el sinsabor pasado. Y luego, todavía, el porvenir...

Benjamín fué también franco y explícito. Le contó su novela, sus novelas sentimentales. Ah, sí, porque había tenido más de una... No es cierto que el primer amor sea el único, ni que el último parezca siempre ser el primero. Le relató mucho del primero. Margarita le escuchaba con gran curiosidad, eran cosas exóticas, de una tierra para ella extraordinaria, allá lejos, en la región de los pájaros policromos, de los soles ardientes.—¿Sabe, Margarita? Yo he sido un ferviente amoroso desde niño... Un enamorado de amor y con toda mi fuerza imaginativa y todos mis sentidos...

Veía ella los paisajes, los bosques del trópico americano, que en su mente consideraba poblados de tigres, de monos y de

papagayos. El se complacía en hacerle ver la armonía áspera y salvaje de aquellas regiones; los volcanes, los lagos, las islas, las riberas, donde se alza el plumero colosal del cocotero, los frutos de formas y colores raros, y perfumes como de flor; las ciudades primitivas semiindígenas, semiespañolas.

—¿Y las mujeres, Itaspes?

—Y las mujeres, de flexibles y ondulantes cuerpos, de una voluptuosidad cálida, de una languidez y animalidad como orientales; casi todas de un color acanelado, pues las que son rubias y de azules ojos cambian con el tiempo, cual si el sol las dorara demasiado, encendiéndolas...

—Sulamitas...

—Sí, sulamitas, y que viven en una atmósfera de cantar de los cantares...[622]

Así me enamoré yo por la primera vez, mi buena amiga. Y fuí casto en el despertamiento, en el orto del astro... Pero después el ardor del ambiente y las palpitaciones de la naturaleza maestra se impusieron.

—Perdone, amigo mío, dijo Margarita, dejando aparecer la sonrisa y la mirada de la antigua «gamine» de la Orilla Izquierda.[623] El amor, por allá, debe ser verdaderamente un poco salvaje.

—Como en todas partes, el amor físico, la posesión, es salvaje... La cultura no penetra en nuestros instintos, en nuestras herencias ancestrales. Pero yo amé puramente, y son esas ilusiones las que antaño elevaron mi espíritu de artista y mis ensueños nacientes.

...Había acariciado la visión de un paraíso. Su inocencia sentimental, aumentada con su concepción artística de la vida, se encontró de pronto con la más formidable de las desilusiones. El claro de luna, la romanza, el poema de sus logros, se convertía en algo que le dejaba el espíritu frío, y un desencanto incomparable ante la realidad de las cosas le deshizo sus castillos de impalpable cristal. Ello fué el encontrar el vaso de sus deseos poluto... Ah, no quería entrar en suposiciones vergonzosas, en satisfacciones que le darían una explicación científica. La verdad le hablaba en su firme lenguaje: el «obex», el obstáculo para su felicidad surgía.[624]

Un detalle anatómico destruirá el edén soñado... La razón y la reflexión, no pueden nada ante eso. Es el hecho, el hecho el que

grita. Su argumento no permite réplica alguna. Una ausencia larga lograría traer el relativo olvido. La distancia y el peso de los años trajeron mayor solidez al juicio, a ese respecto. Se arrancó la imagen amada de su interior santuario poético. O, mejor dicho, si no arrancó del todo, puso sobre ella un velo que obscurecía el despecho. Nuevas figuras alegraron el paso de su primavera. Su juventud tenía aún muchas vías por donde ir hacia el cumplimiento de su destino, coronado de rosas. La Música le abría siempre las puertas de su paraíso. Y en otras tierras fué confortado por flamantes esperanzas.

Mas no contaba con el retorno. Había vuelto a su país natal y su llegada fué la de un conquistador. Su renombre en naciones extranjeras enorgullecía a la patria. Sus obras musicales se propagaban. Era profeta asimismo en su tierra al parecer. Volvió a ver las ciudades de su infancia, los espectáculos de la naturaleza en aquellas regiones tórridas. Lo miraba todo con ojos de extraño, aunque conservaba el cariño por el lugar natal, por todo lo que le traía los recuerdos de su primera edad. Con tan dilatado alejamiento había todo para él, cambiado tanto, aunque el aspecto de las ciudades y pueblos fuera más o menos el mismo de antes. Le sorprendían, como si por primera vez los viese, los licenciados confianzudos, o ceremoniosos, y suficientes, los buenos coroneles negros e indios, las viejas comadres de antaño. Le seducían las mujeres de la generación posterior, las muchachas ojerosas y de rostros sensuales. Y luego, fué el renovar, a causa de un vulgar incidente, de una celada, más bien dicho, las antiguas relaciones, los ya olvidados amoríos... Y con la complicidad de falsos amigos y el criterio obtuso de gentes de villorrio, la trampa del alcohol, la pérdida de voluntad, una escena de folletín, con todo y la aparición súbita de un sacerdote sobornado y de un juez sin conciencia, y melodrama familiar y el comienzo del desmoronamiento de dos existencias...

—«Mon pauvre ami...»[625] le interrumpió Margarita.

Y él continuó, continuó contándole el subsiguiente abandono de la que había sido a la vez víctima y victimaria, tal vez inconsciente, la fuga, digámoslo así, hacia muy lejanos lugares, la náusea moral, el horror de lo cometido en un momento de razón perdida. Y la palabra de la pobre antigua amante, que se daba cuenta del crimen trascendente que se había realizado, y que, en el fondo,

después de todo, no tenía más culpa que su deseo pasional: —Y si yo fuera tu querida ¿me llevarías contigo?

Y su respuesta, en una última entrevista de despedida:

—¡Oh, sí; oh, sí!

Habían pasado las horas sin sentirse, y, una vez más comenzaba el derroche de oro del sol sobre Palma. Resolvieron al volver al hotel, hacerse servir en la habitación de Margarita la comida. Así proseguirían con más libertad sus confidencias. Benjamín salió un momento y retornó con un bello ramo de flores. Margarita se había embellecido, se había puesto una artística falda ceñida que enguantaba su magnífica línea estatuaria. Por el escote del corpiño se veía, de un dulce y floreal color de marfil sonrosado, algo de su cuello y del declive de sus hombros. Y su perfume preferido, un concentrado y sutil vere-novo, se sentía, al acercarse, como la exhalación de una inaudita mujer-azucena.[626]

Comieron alegremente. Benjamín hizo después varias cosas «sin que su voluntad tuviese parte en ello». Se sentó al piano y preludió una improvisación posiblemente sugerida por un soplo griegesco.[627] Pidió un whisky-and-soda, que consumió a cortos sorbos. Se asomó al balcón que daba a una callejuela estrecha, en donde las luces alumbraban escasamente: y se sorprendió rezando al aire que pasaba, sus oraciones luctuarias. Luego se dirigió a Margarita, la cogió de las manos, la miró profundamente en sus esfíngicos ojos de amorosa, le dio un gran beso en los labios. Luego...

—No, no, dijo desasiéndose, con una voz de niña apesadumbrada, la artista. No, perderemos lo conseguido... «¿No, quieres?». Quedemos así, buenos «copains», ayudándonos en nuestros sueños... No echemos a perder esta tan rara fraternidad, por algo que traerá el desengaño y el hastío... No, por Dios...

Pasados algunos momentos, Benjamín pedía su cuenta, hacía llenar de licor su frasco inglés, y se dirigía al Borne. Llamó a un cochero. Al subir al blanco y característico vehículo palmesano, dió las señas.

—A la Cartuja, en Valldemosa.

RUBEN DARIO

(Fin de la primera parte)

Notas del editor

[1] Aunque escrita entre 1558 y 1571, la *Vita di Benvenuto di Maestro Giovanni Cellini fiorentino, scritta, per lui medessimo, in Firenze*, se imprimió por primera vez en Nápoles en 1728. Desde el comienzo, la *Vita* de Cellini (Florencia, 1500-1571) se plantea como una vida dictada a un amanuense, algo que seguramente habrá inspirado a Darío a seleccionar ese texto como epígrafe de su autobiografía. En efecto, leemos, según la edición de Guido Davico Bonino: "Io avevo cominciato a scrivere di mia mano questa mia Vita, come si può vedere in certe carte rappiccate, ma considerando che io perdevo troppo tempo e parendomi una smisurata vanità, mi capitò inanzi un figliulo di Michele di Goro dalla Pieve a Groppine, fanciullino di età di anni XIII incirca ed era ammalatuccio. Io lo cominciai a fare scrivere e in mentre che io lavoravo, gli dittavo la Vita mia; e perché ne pigliavo qualche piacere, lavoravo molto piú assiduo e facevo assai piú opera. Così lasciai al ditto tal carica, quale spero di continuare tanto inannzi quanto mi ricorderò" (Cellini 1973: 1). La figura de Benvenuto Cellini había sido ya tocada por Darío en la crónica sobre Florencia, incluida en el volumen *Tierras solares* (1904). Allí Darío reconstruye un sueño en el que ambos (el nicaragüense y el florentino) aparecen junto con el escritor venezolano Rufino Blanco Fombona, y en el que se alude al homoerotismo explicitado por Cellini en su *Vita*. Darío cita en esa crónica y en italiano el mismo fragmento de la *Vita* que usará como epígrafe en su propia *Vida*. La misma referencia a la *Vita* de Cellini con la que Darío abre su *Vida* aparece al inicio de otro texto autobiográfico hispanoamericano significativo, fechado en 1909 pero publicado recién en 1989, las *Memorias* de Pedro Henríquez Ureña: "Decía Benvenuto que no se debe escribir autobiografías ni memorias antes de cumplir los cuarenta años; porque hasta entonces no se tiene la serenidad bastante, ni se contempla perspectiva amplia" (Henríquez Ureña 1989: 11).

[2] "León: C. cap. del dep. de su nombre, sit. al O.N.O. de Managua y á unos 20 kms. del Pacífico, en hermosa planicie bien regada y cultivada; 31.000 habits., comprendiendo los de la c. indígena de Sutiaba, separado de León por una calle. Estos indígenas pertenecen á la raza tolteca; hay también muchos ladinos ó mestizos. Entre los edificios de esta c. merecen especial mención la catedral, sólida y hermosa construcción que ha resistido incendios y terremotos [...]. Fundó esta c. Francisco Hernández en 1523 en nombre de Pedrarias Dávila, gobernador de Panamá; su iglesia catedral se erigió en 1537; estaba en las orillas del lago, enfrente del volcán Momotombito. Abandonada posteriormente, se trasladó en 1610 al lugar que ahora ocupa. Ha sido la cap. de la Rep. y es la c. más importante de ella. Hubo época en que constó de 50.000 á 60.000 habit." (DEHA t. XI, 773). Sobre la condición de León como centro cultural en Nicaragua, dice Edelberto Torres en su biografía de Darío: "Los letrados leoneses leen a Horacio y Cicerón en su lengua; comentan a Justiniano y a Suárez, conocen el enciclopedismo francés y saborean a los clásicos castellanos. [...] Para la cátedra hay expositores muy dueños de su materia, y para la tribuna y el púlpito oradores verbosos y tocados de elocuencia. Versos los hace todo el mundo aunque no haya poetas" (1982: 24). El edificio de la Catedral de la Asunción fue iniciado en 1747 sobre planos del arquitecto Diego de Porres y se concluyó en 1816. Ver *Catálogo de Bienes e Inmuebles del Centro Histórico de León* (2010: 18). Darío, cuyos restos se encuentran hoy en la Catedral, vuelve en diferentes momentos de su obra al recuerdo del edificio. Por ejemplo, en *El viaje a Nicaragua*, leemos: "Yo sé lo que debo á la tierra de mi infancia y á la ciudad de mi juventud: no creáis que en

mis agitaciones de París, que en mis noches de Madrid, que en mis tardes de Roma, que en mis crepúsculos de Palma de Mallorca, no he tenido pensares como éstos: un sonar de viejas campanas de nuestra catedral" (1909: 19).

[3] "*Geog*. C. de la Rep. de Nicaragua, sit. en la parte occidental del dep. de Matagalpa, al S.O. de la c. de este nombre; 4.000 habitantes" (DEHA t. XII, 958).

[4] La iglesia del Dulce Nombre de Jesús del Calvario en León es uno de los templos más representativos de la ciudad. Comenzó a edificarse en el siglo XVIII y fue consagrada en 1810 por orden del obispo y gobernador Fray Nicolás García Jerez. Fue declarada parte del Patrimonio Artístico y Cultural de Nicaragua por decreto de 1982. Ver *Catálogo de Bienes e Inmuebles del Centro Histórico de León* (2010: 107).

[5] Doña Bernarda es descripta en ocasiones como una "gran lectora": "Sentada durante el día en su cómoda butaca de madera con forro de cuero en el fresco corredor de su casona, o a la orilla de la mesita de su sala, en la que arde una lámpara de gas, durante la noche, la veían constantemente amigos y vecinos, entregada de lleno a la lectura del libro que tenía entre sus manos" (Buitrago 1966: 14).

[6] Máximo Jerez Tellería, uno de los principales sostenedores del unionismo centroamericano, nacido en León en 1818 y fallecido, como aclara más adelante Darío, en Washington en 1881.

[7] "El 5 de mayo de 1854 unos naturales de Nicaragua que habían sido desterrados por el gobierno de su país desembarcaron en El Realejo y de allí siguieron para Chinandega con el objeto de organizar una revolución contra las autoridades constituidas. Entre ellos estaban D. Máximo Jerez, D. Mateo Pineda y D. José María Valle, ciudadanos principales del Departamento de Occidente. Habían salido de la isla del Tigre en un barco mandado por el americano Gilbert Morton y eran por todos unos cincuenta y cuatro cuando sorprendieron la guarnición del Realejo. Después de llegar los revolucionarios a Chinandega se les unieron muchos y sin mayor tardanza marcharon sobre León" (Walker 1970: 19). El médico, abogado y "filibustero" estadounidense William Walker (1824-1860), luego de intentar ocupar los entonces territorios de Sonora y de fundar allí una república independiente, desembarcó en Nicaragua en 1855 junto con un grupo de reclutas llamados "los inmortales". Después de participar en las luchas civiles que por entonces asolaban el país, logró hacerse elegir presidente de la república en 1856. En 1857 fue expulsado por la intervención de una fuerza armada integrada por sus opositores nicaragüenses, apoyados por el resto de los estados centroamericanos. Durante su breve gestión, entre otras medidas, dispuso la reinstalación de la esclavitud en Nicaragua, que había sido abolida en 1840, para ganarse el apoyo de los estados esclavistas norteamericanos. El 28 de septiembre de 1912, ante la intervención norteamericana en Nicaragua y la amenaza que ello implicaba para el resto de las naciones de América Central y el Caribe, Darío escribe para el diario *La Nación* de Buenos Aires el artículo "El fin de Nicaragua"; en él afirma: "Y llegó Walker a imperar en Granada, y tuvo partidarios nicaragüenses, y hasta algún cura le celebró en un sermón, con citas bíblicas y todo, en la parroquia. Pero el resto de Centro América acudió en ayuda de Nicaragua, y con apoyo de todos, y muy especialmente de Costa Rica, concluyó la guerra nacional echando fuera al intruso. El bucanero volvió a las andadas. Desembarcó en Honduras. Fué tomado prisionero en Trujillo, y, para evitar nuevas invasiones, se le fusiló. Y la defensa contra el famoso yanqui ha quedado como una de las páginas más brillantes de la historia solidaria de las cinco repúblicas centroamericanas" (*La Nación*, 28 de septiembre de 1912, p. 8).

[8] Es el viaje que Darío hace en 1907 y relata en una serie de artículos publicados en el diario *La Nación*, reunidos más tarde en el volumen *El viaje a Nicaragua* (1909). Vuelve a narrarlo en el capítulo LXII de la *Vida*. En cuanto al coronel y su esposa doña Bernarda, ver Saballos Ramírez (2015). Se sabe que el coronel Félix Ramírez Madregil falleció en 1871 y doña Bernarda Sarmiento Mayorga en 1911. Las fechas de nacimiento de ambos son desconocidas.

[9] Nicolás García y Jerez, nacido en Murcia, España, en 1757, y fallecido en Guatemala en 1825. Fue obispo de Nicaragua y Costa Rica. Responsable del gobierno interino independiente de España en 1812, fue partidario de la anexión de América Central al Imperio Mexicano. Sus restos descansan en la catedral de León.

[10] El sacerdote salvadoreño Jorge de Viteri y Ungo, nacido en San Salvador en 1802. Obispo de su ciudad natal, fue expulsado de allí en 1845 y se instaló en León, Nicaragua, donde fue nombrado obispo. Murió en dicha localidad en 1853, al parecer envenenado.

[11] El templo original fue fundado en 1639 por el fraile franciscano Pedro de Zúñiga. En 1830, con la expulsión de los franciscanos, el templo fue declarado propiedad del Estado. Por un corto período, se instaló en el edificio la Escuela Lancasteriana, dirigida por Gregorio Jerez. En 1881, bajo la gestión de Joaquín Zavala, funcionó allí el Instituto Nacional de Occidente, al que se refiere Darío más adelante. Ver *Catálogo de Bienes e Inmuebles del Centro Histórico de León* (2010: 50).

[12] Felipe Ibarra (1853-1936), pedagogo, abogado y miembro activo del mundillo intelectual de la ciudad de León, fue maestro de Rubén Darío en sus años iniciales de escolaridad primaria. Una vez trasladado a Managua, escribió artículos y textos para diversas publicaciones periódicas de esa ciudad y llegó a ser magistrado de la Corte Suprema de Justicia (ver Arellano 1994: t. I, 145). "En 1884, él [Felipe Ibarra], Rubén y Hernández Somoza, Jesús Hernández Somoza, vivían juntos. Felipe Ibarra y Darío escribían para el periódico *El Porvenir* de Nicaragua. Ibarra quedó sorprendido del talento poético de Rubén. Le ayudó en sus composiciones primerizas, iniciándole en el camino de la fama. Puede, entonces, decirse que la primera influencia literaria sobre Rubén fue la del maestro Felipe Ibarra. Aunque Darío lo recuerda más tarde con gran afecto, poco dice acerca de su poesía. 'Este cabezón nos va a ganar a todos', había dicho Felipe Ibarra, después de oír a Rubén recitar sus primeros versos. Años después, el Licenciado Felipe Ibarra se haría célebre en Nicaragua como defensor apasionado de la pureza del idioma" (Tünnermann Bernheim 1997: 9). El Archivo "Rubén Darío" de la Universidad Complutense de Madrid dispone de una carta de Ibarra al poeta: "Ybarra, Felipe. 4391. Managua. Carta de su antiguo maestro, con versos para *Mundial*. Fecha: 27 de mayo de 1913" (Villacastín 1987: 457). El historiador Rafael Casanova (2012) dio a conocer ese documento que, por su valor, reproducimos a continuación: "Managua, 27 de mayo de 1913. / Sr. D. Rubén Darío. / PARIS. / Mi inolvidable Rubén: / Salúdole cordialmente en estas letras, en las que, ya lo ves, aún taragoteo, como en aquellos verdes años en que yo te enseñaba a escribir, cuando tú ensayabas tus primeros cantos con esa tu gorja de metal. / Te remito, adjuntos a esta carta, unos versos míos escritos en el álbum de la señorita Rosa Mesa, hija del Dr. Mesa, suegro del actual presidente de El Salvador, para que, si lo tienes por bien, los publiques en MUNDIAL. Mucho te agradeceré que les concedas tan alta honra a mis pobres versos. / Me hizo llorar el finamiento de Ma Bernarda. / Remíteme tu prócer MUNDIAL, y no te olvides de tu viejo amigo y maestro que siempre te quiere y te admira de corazón. / Felipe Ibarra".

[13] "Para completar el aprendizaje de la cartilla y prepararse para la primera comunión, asiste a la escuela: una escuelita mixta que funcionaba en la casa contigua a su hogar, donde residía doña Margarita Tellería. Su hija, la señorita Jacoba Tellería, solterona en años y paciencia, tenía a su cargo la enseñanza de los niños. Ella fue la primera maestra de Rubén. El método que la señorita Tellería utilizaba, común entonces en escuelas similares, consistía, nos explica el Profesor Torres, 'en memorizar letra por letra, su sonido y escritura'" (Tünnermann Bernheim 1997: 7).

[14] Los amores de los pastores Dafnis y Cloe son el tema de la única obra que ha llegado hasta nosotros del griego Longo, del siglo II d.C. Fue uno de los modelos de la novela pastoril, representada por la *Arcadia* (1504) de Jacopo Sannazaro, la *Diana* (1559) de Jorge de Montemayor, la *Aminta* (1580) de Torquato Tasso y *Pablo*

y Virginia (1787) de Jacques-Henri Bernardin de Saint-Pierre. Los versos de Luis de Góngora que refiere Darío son los que concluyen el célebre romance "Hermana Marica" (1580): "Porque algunas veces / Hacemos yo y ella / Mil bellaquerías / Detrás de la puerta". Citamos de acuerdo con una edición del siglo XIX que podría haber conocido el niño Darío: *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles*, recogidos por Eugenio de Ochoa (1840: 564).

[15] *La caverna de Strozzi*: novela gótica del francés Jean-Baptiste Regnault-Warin (1773-1844). Hay traducción al español de 1826, impresa en París por J. Smith.

[16] Ubicadas a tres cuadras hacia el norte de la catedral de León, las "Cuatro Esquinas" constituyen un complejo arquitectónico tradicional de la ciudad. Las cuatro construcciones del complejo se caracterizan por poseer el "pilar esquinero", propio de la arquitectura tradicional leonesa. Ver *Catálogo de Bienes e Inmuebles del Centro Histórico de León* (2010: 85).

[17] Se trata de un refrán popular en la época que aludía al carácter suntuoso de las festividades leonesas. Darío lo había empleado ya en *El viaje a Nicaragua* (1909: 153).

[18] El relato apareció en *La Libertad Electoral*, de Santiago de Chile, el 23 de junio de 1888 y fue recopilado en *Azul...* (1905a [1888]: 91-99). En el texto, la prima rubia se llama Inés; en los recuerdos de Osvaldo Bazil, su nombre es Julia (Rodríguez Demorizi 1948: 155). En realidad, se trataba de Isabel Swan, "hija del norteamericano Juan Swan y de Sara Sarmiento, hermana de Ignacio, abuelo materno del poeta; era, pues, tía de Darío y no prima. [...] Isabel contrajo nupcias con otro norteamericano: Mr. Williams, de quien tuvo un hijo: el médico Octavio Williams, a quien Darío escribió una carta desde Madrid el 2 de junio de 1908" (Arellano en Darío 2002: 335). En una carta fechada en París el 27 de noviembre 1911, dirigida a su apoderado legal Camilo Gutiérrez, Darío se refiere a Isabel Swan, reconociendo los buenos cuidados que brindó a su tía-abuela Bernarda en la última etapa de su vida.

[19] Epíteto de Afrodita que refiere a su nacimiento de la espuma del mar (del griego *anadyoméne*, "salida del mar"). Ver Sechi Mestica (2007: 23). Es uno de los tópicos iconográficos más productivos en la figuración de la diosa del amor desde Apeles hasta Pablo Picasso (*Las señoritas de Avignon*, de 1907), pasando por Sandro Botticelli (*El nacimiento de Venus*, 1485) y Jean-Auguste-Dominique Ingres (*Venus Anadiomena*, 1848). Arthur Rimbaud compuso un famoso soneto satírico dedicado al tópico, "Vénus Anadyomène", fechado el 27 de julio de 1870 e incluido en las *Poésies complètes* compiladas por Paul Verlaine (1885).

[20] A unos veinte kilómetros al suroeste de la ciudad de León, la "peña" es un conjunto rocoso ubicado en las playas de Poneloya. El balneario forma parte del territorio indígena de Sutiaba y de la Reserva Natural Isla Juan Venado.

[21] "Los jesuitas fomentan su vocación literaria y le presentan modelos como Herrera o Lista para la factura de odas al Mar, al Sol o a la Virgen María, como la que dedica a Francisco Castro en 1879... En las academias literarias que organizaban los jesuitas en su colegio debió de recibir las nociones de latín y griego, leer algunos clásicos y conocer los primeros modelos retóricos al uso... Los años de mayor influencia literaria de los jesuitas en el joven Darío deben situarse entre 1878 y 1880, cuando la ambición literaria del poeta está ya bien despierta y aún no tiene motivos ideológicos para rechazarla. Tres, cuatro, cinco años cuando más, de lectura e imitación de los principales clásicos españoles y de algunos griegos y latinos, despertaron en el espíritu ávido del poeta-niño la predilección por los temas y motivos mitológicos y le dieron la habilidad versificadora e imitativa de que hizo gala desde sus primeras poesías" (Mejía Sánchez 1970: 142-143). Darío recuerda su formación con los jesuitas en otros lugares de su obra y vuelve sobre ello, como indicamos en la introducción, en "El oro de Mallorca". Lo hace, por ejemplo, en "Prólogo que es página de vida" (*La Nación*, Buenos Aires, 29 de junio de 1910), crónica incluida en *Todo al vuelo*, de 1912: "He de insistir siempre en que los padres de la Compañía

de Jesús fueron los principales promotores de una cultura que no por ser si se quiere conservadora deja de hacer falta en los programas de enseñanza actuales. Por lo menos conocíamos nuestros clásicos y cogíamos al pasar una que otra espiga de latín y aun de griego" (1912: 105). La iglesia de la Recolección es un monumento barroco característico de la ciudad de León. El templo fue impulsado por los padres recoletos de la orden de San Felipe Neri y su construcción se inició en 1786, bajo el obispado de Juan Félix de Villegas. En 1880 se estableció en un edificio adjunto la Escuela de la Recolección a través de las gestiones de la monja francesa Victoria Holfembeiem, de la congregación de las Hermanas de San Vicente de Paúl. Ver *Catálogo de Bienes e Inmuebles del Centro Histórico de León* (2010: 101).

[22] El 3 de mayo corresponde en la liturgia católica al Día de la Santa Cruz o Fiesta de las Cruces, conmemoración del supuesto hallazgo, por parte de Santa Elena (madre del emperador Constantino), de la cruz en que murió Cristo. Para esa ocasión los fieles suelen rezar "La devoción de los mil Jesús" (oración que recorre veinte veces todas las cuentas del rosario), uno de cuyos pasajes cita aquí Darío.

[23] Nos ha sido imposible identificar a este padre Koenig. Hay un padre jesuita de nombre Camilo de Konink (o, en otra grafía, Koninck), nacido en Bélgica –y no en Austria, aun cuando la zona de Bélgica había constituido los Países Bajos Austríacos hasta 1795– y fallecido en Málaga en 1923, a los 89 años de edad. Este padre Konink residió gran parte de su vida en diferentes países de Centro y Sudamérica, donde enseñó lógica y filosofía. No hemos hallado, sin embargo, referencias a sus estudios en astronomía. Ver Láscaris (1984: 92 y 94).

[24] Darío se refiere al sacerdote colombiano Lorenzo Arrubla, nacido en Bogotá en 1840 y fallecido en Cuba en 1901. Según Franco Cerutti (1984: 643), formó parte de los miembros de la Compañía que estuvieron en Nicaragua entre 1871 y 1881.

[25] Se trata del sacerdote jesuita colombiano Mario Valenzuela. Nacido en Bogotá en 1836 y fallecido en 1922, luego de pasar un período en Guatemala se instaló en León en 1875, donde realizó sus últimos votos eclesiásticos y se dedicó a la enseñanza. Es entonces cuando se convierte en uno de los maestros del niño Darío. Como dato curioso que seguramente habrá interesado al poeta, durante su residencia en León, Valenzuela "escribió una monografía sobre la erupción del volcán Momotombo del 4 al 6 de septiembre de 1878" (Olano-García 2007: 367). De regreso a Colombia luego de la expulsión de los jesuitas de Nicaragua, se ocupó de la enseñanza del álgebra y la retórica y también abordó los estudios jurídicos (ver Olano-García 2007: 363-370).

[26] Hortense Buislay (1869-1931), la trapecista del ensueño erótico dariano, descendía de una antigua familia francesa de acróbatas y gimnastas que había llegado a México en 1869 para fundar el "Circo Océano". A la edad de catorce años, en 1883, Hortensia se casó con Eduardo Codona (1859-1934), un acróbata de fama internacional. Junto a sus propios hijos, el matrimonio formó los "Flying Codonas", una de las compañías circenses más conocidas de las primeras décadas del siglo XX. Antonio Oliver Belmás recrea el desengaño amoroso dariano ocurrido en febrero de 1882: "Las funciones del Circo Buislay cesaron y la carpa fue desmontada y embalados debidamente en los carromatos todos los útiles de la compañía. La farándula prosiguió su camino, y Darío, que se quedó sin la visión platónica de Hortensia, escribió a guisa de epitafio de este amor recién muerto una décima titulada *Al vuelo de Hortensia*, floja e ingenua como de poeta adolescente, pero de indudable valor e interés desde el punto de vista biográfico: *Al vuelo de Hortensia* // Pues yo estaba enamorado / de una chica encantadora, / tan hermosa como Flora / y hermana del Niño Alado, / de su mirar hechizado / y su voz que es dulce son, / una ferviente pasión / inspiró en el alma mía; / pero ahora, en este día, / huyó de mí la ilusión" (1968: 34-35). En un texto que titula "Melancólica sinfonía" y funciona como prólogo al poemario *Teatro de ensueño* de Gregorio Martínez Sierra, Darío vuelve al recuerdo de Hortensia: "…Así, señor Martínez Sierra, bien decía yo que ya debíamos habernos encontrado juntos en alguna parte, al paso de esa carreta en que va con

las máscaras todo el ensueño... ¿Fué en una ciudad de Gaspard de la Nuit, en Harlem, por ejemplo, ó en la barca sonora de Goldoni, ó por los caminos en que vagaba Glatigny claudicante, ó en más remotos momentos, cuando el gran Will jugaba con todos los espíritus del cielo y de la tierra, ó bien en León de Nicaragua, cuando con mis catorce años encendidos quise irme en seguimiento de Hortensia Buyslay, la niña ágil, errante silfo del salto, que mostró á mis ojos asombrados por primera vez el divino misterio de los muslos femeninos, redondos de vida, bajo el rosa de la malla, haciendo por su iniciación danzar de gozo al sátiro que habita los jardines de mi alma?" (en Martínez Sierra 1911 [1905]: 11-12; Darío 2003: 199-200).

[27] *El Termómetro*, fundado en la ciudad de Rivas por el historiador y hombre político José Dolores Gámez (y no "Gómez", como enmienda erróneamente la edición de Maucci), en 1872. Gámez (1851-1918) fue autor, entre otras obras, de una *Historia de Nicaragua desde los tiempos prehistóricos hasta 1860, en sus relaciones con España, México y Centroamérica*, publicada en 1889. En el número 23 de *El Termómetro* (26 de junio de 1880), Darío publicó el poema "Una lágrima", cuyos versos iniciales reproduce a continuación. En *Rubén Darío criollo*, Diego Sequeira incluye la dedicatoria del poema, que aquí copiamos: "A mi querido amigo don Victorino Argüello. En el trigésimo día de la muerte de su padre, don Pedro Argüello" (1945: 22).

[28] Sequeira (1945: 22-24) reproduce el poema, con significativas variantes respecto de la versión que recuerda aquí Darío: "Murió tu padre, es verdad, / lo lloras? — tienes razón. / Pero ten resignación / que existe una eternidad, / do no hay penas, / y en un lecho de azucenas / moran los justos gozando".

[29] El diario, de carácter liberal, estaba bajo la dirección de Carlos Selva (1838-1912).

[30] La huella estilística y doctrinaria liberal del ecuatoriano Juan Montalvo (1832-1889) es patente sobre todo en el primer Darío, antes de su estadía en Buenos Aires. En 1884 Darío publica en el diario *El Ferro-Carril* el poema "Epístola a Juan Montalvo", que incluye luego en el volumen trunco *Epístolas y poemas* de 1885 (dicho volumen fue editado con el título *Primeras notas* en 1888; ver nota 42). En el artículo "El águila no caza moscas" (aparecido en el periódico *El Imparcial* de Managua, el 9 de febrero de 1886), defiende públicamente a Montalvo de ciertos ataques que el escritor había recibido en su país por parte de Juan Bautista Pérez y Soto (ver Sequeira 1945: 258-260). En 1891, cuando Darío está en Guatemala, se anuncia en el *Diario de Centro América* del 29 de julio la próxima aparición de un futuro volumen, *Rojo y Negro* (que nunca verá la luz), con estas palabras: "Esta nueva producción es del género de las *Catilinarias* y la *Mercurial* de Juan Montalvo. Va enderezada esta nueva producción del notable escritor nicaragüense contra un periodista de su tierra que le ha inferido muchos agravios" (en Mejía Sánchez 1948: 367). Más tarde, la presencia de Montalvo en la obra dariana será más bien circunstancial.

[31] De acuerdo con Alberto Acereda, "no podemos asegurar con certeza de qué libro se trataba, aunque cabe apuntar la posibilidad de que fuera el *Ritual del maestro francmasón e historia de la masonería* (1888), a cargo de Eduardo Caballero de Puga" (2005: 429).

[32] Victor Hugo dedica al volcán nicaragüense el poema "Les raisons du Momotombo", incluido en *La Légende des Siècles* (1859). El 16 de julio de 1886 aparece en *El Mercurio* de Valparaíso "La erupción del Momotombo", el primer artículo que Darío escribe "especialmente para un diario chileno" (Silva Castro en Darío 1934: LXXXIX). Darío vuelve sobre el volcán y el texto de Hugo en su composición "Momotombo", incorporada a *El canto errante* (1907).

[33] Pedro Joaquín Chamorro (1818-1890), presidente de Nicaragua entre 1875 y 1879, de orientación conservadora. Durante su gobierno se impuso la educación pública gratuita.

[34] Se trata del soneto "A la razón", que la memoria de Darío altera ligeramente: "Al contemplarte augusta, te venero; / al ver tu luz, mi corazón se inflama, / pues al

fulgor de tu radiosa llama, / se estremece la faz del mundo entero. // Cayó la fe con su terrible fuero. / Ya tu voz por doquiera se derrama: / se hunden Cristo, Vishnú, Buda y Brahma, / y las naciones van por tu sendero. // A tu poder gigante y soberano / que el Orbe en otro tiempo no admirara, / contra el altar del Sacro Vaticano // el Papa quiebra con dolor su tiara; / y aterido y helado, cual la escarcha, / grita con Pelletán: 'El mundo marcha'" (Darío 2007b: 740-741).

[35] Lorenzo Montúfar y Rivera (1823-1898), diplomático, político e historiador guatemalteco. Fue ministro de relaciones exteriores de Costa Rica y rector de la Universidad de Santo Tomás en la capital costarricense. De filiación masónica y liberal, como varios de los hombres públicos que Darío recuerda en estos capítulos iniciales de su *Vida*, Montúfar fue miembro correspondiente de la Real Academia Española y autor de varios estudios históricos sobre América Central, como la *Reseña histórica de Centroamérica*. En su artículo "La literatura en Centro América", publicado en la *Revista de Artes y Letras* de Santiago de Chile en 1888, escribe Darío: "El estudio de la historia patria no ha sido infructuoso. La *Reseña histórica* de Montúfar es una obra digna de todo encomio. Se compone de cinco gruesos volúmenes llenos de interesantísimos documentos. Está escrito el texto en ese estilo cortado que aquí conocemos tanto en don Miguel Luis Amunátegui. Con la sola diferencia de que Montúfar es más amigo del tropo, del efecto en el decir, que el correcto y erudito autor chileno" (Darío 1934: 195-196).

[36] Antonio Enrique Zambrana, nacido en Sevilla en fecha desconocida y muerto en Guanabacoa, La Habana, en 1875. Autor teatral y poeta. Al morir, era redactor de *La voz de Cuba*. "Actuaba como recitador y participó en la fiesta de coronación de Gertrudis Gómez de Avellaneda, en 1860" (*Diccionario de la literatura cubana* 1994: t. II, 1116). Escribe Darío sobre Zambrana en su artículo "*Historia de tres años del gobierno Sacasa* por Jesús Hernández Somoza", aparecido en *La Nación* el 15 de mayo de 1893: "En aquel tiempo hubo en Nicaragua como un hermoso periodo de primavera literaria. Floreal vino por la influencia del maestro cubano. Se despertó el entusiasmo en la juventud".

[37] José Leonard y Bertholet (1840-1908) nació en Hrubieszów, ciudad fronteriza entre Polonia y Ucrania. Luego de intervenir en las luchas por la independencia polaca, se estableció en España, donde participó en los movimientos de inspiración liberal y fue redactor de *La Gaceta de Madrid*. En la capital española fue profesor de la Institución Libre de Enseñanza. La Restauración borbónica no le fue favorable y, tras una breve estancia en París en 1881, emigró a Centroamérica. En Nicaragua fue contratado como profesor y dirigió el Instituto Leonés de Occidente, nombrado por el presidente Zavala. En las controversias entre el liberal y masón Leonard y los sectores conservadores y clericales de la ciudad de León, Darío tomó partido por el primero "escribiendo versos y artículos en favor de éste, a quien consideraba 'víctima de un oscurantismo desgraciado, que niega la personalidad de un gran hombre y de un gran patriota'. Leonard aparece así como otro de los educadores que ejercieron gran influencia en el jovencito Rubén" (Tünnermann Bernheim 1997: 17). Darío dedicó además a Leonard y Bertholet una semblanza ("José Leonard, un polaco ilustre en Centroamérica") aparecida en *La Nación* el 12 de mayo de 1909. Luego del encuentro que narra Darío en su *Vida*, Leonard vivió en otras repúblicas centroamericanas. Dirigió en Honduras el Instituto Nacional de Tegucigalpa y fue rector de la Universidad de Honduras entre 1899 y 1902. Escribió *La crónica de la guerra* (1899) sobre el conflicto entre Estados Unidos y Cuba.

[38] "Siendo Presidente de la República el general Joaquín Zavala, un grupo de padres de familia de la ciudad de León, probablemente acicateados por la existencia de un prestigioso Colegio de enseñanza media en la ciudad rival de Granada (1874), decidieron asociarse con el Gobierno para la fundación del Colegio de León, germen del futuro Instituto Nacional de Occidente. Entre los auspiciadores de la iniciativa se encontraba don Pedro J. Alvarado, vecino rico de León, casado con doña Rita Darío, tía de Rubén" (Tünnermann Bernheim 1997: 15).

[39] Periódico español publicado entre 1697 y 1936, órgano oficial del Estado a partir de 1762 por decisión del rey Carlos III de Borbón.

[40] La Biblioteca Nacional de Nicaragua, que hoy lleva el nombre "Rubén Darío", fue inaugurada en su sede de Managua el 1° de enero de 1882 y su primer director fue Adán Cárdenas. En consecuencia, cuando Darío comenzó en 1883 a trabajar en ella como bibliotecario, por iniciativa de Modesto Barrios y de José Dolores Gámez, la institución era de fundación reciente. "La biblioteca era, en ese entonces, la mejor dotada en la América Central, por cuanto los cinco mil volúmenes con los cuales se inauguró en enero de 1882 habían sido cuidadosa y personalmente seleccionados en España por don Emilio Castelar, por especial solicitud del gobierno de Nicaragua, presidido entonces por el general Joaquín Zavala" (Sequeira 1945: 121). Para la inauguración de la Biblioteca, Darío escribió el largo poema titulado "El libro", que recitó ante los miembros del Congreso Nacional en marzo de 1882 (ver Arellano 2017).

[41] La frase latina "horresco referens", traducida literalmente, significa "me horrorizo al contarlo"; Virgilio la pone en boca de Eneas cuando, en el segundo libro de la *Eneida* (v. 204), recuerda el terrible final de Laocoonte y sus dos hijos. La "Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días" fue publicada entre 1848 y 1880. La iniciativa estuvo a cargo de Manuel Rivadeneyra y su hijo Adolfo. Considerada la primera gran empresa de edición filológica de los clásicos españoles, se trataba de una impresión en cuarto cuya calidad tipográfica y litográfica resultaba novedosa. El establecimiento dudoso de los textos ha sido resaltado, entre otros, por el gramático colombiano Rufino José Cuervo, quien debió reconsiderar gran parte de su trabajo lingüístico y filológico cuando notó el carácter defectuoso de muchas de estas ediciones (Cuervo 1947: 273 y ss.). En 1905 la iniciativa fue recuperada por Marcelino Menéndez y Pelayo, quien comenzó a editar la "Nueva Biblioteca de Autores Españoles".

[42] La historia editorial de este volumen es muy dificultosa. De acuerdo con Saavedra Molina (1946: 24-25), una primera impresión que debió llevar el título de *Epístolas y poemas* comenzó a realizarse en Managua en 1885 y fue interrumpida (no se imprimieron, por ejemplo, portada ni cubierta). En 1888 se puso a un resto de ejemplares sobrevivientes una portada con la siguiente información: "Primeras notas de Rubén Darío. Managua—1888. Tipografía Nacional—Calle de Zavala, num. 61". Darío nunca olvidó este libro en sus listas de obras "publicadas por el mismo autor": "Lo citó por primera vez en la cubierta de *Azul…*, impresa en Valparaíso en Julio de 1888; y por última vez en su artículo sobre *Azul…*, dado a *La Nación* de Buenos Aires en Julio de 1913. Al principio lo llamaba *Epístolas y Poemas*, como ser en el libro de Valparaíso que acabo de citar, en *A. de Gilbert* de 1890, en *Prosas profanas* de 1896, donde añade la fecha '1895', y en *Opiniones* de 1906. Después, lo llamó algunas veces *Primeras notas*, por ejemplo, en *Los Raros* de 1905, *Parisiana* de 1907; y otras veces de ambos modos, como en *El canto errante* de 1907: *Epístolas y Poemas (Primeras notas)*, en que se ve la preferencia del título más antiguo" (Saavedra Molina 1942: 269).

[43] Referencia a las dos célebres "cartas americanas" de Juan Valera sobre *Azul…*, que se publicaron originalmente en el diario *El imparcial* de Madrid. A partir de la segunda edición (Guatemala, 1890), el libro de Darío lleva como presentación ambas cartas de Valera, antepuestas a la introducción original del crítico chileno Eduardo de la Barra. Desde la tercera edición (Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1905), el escrito de de la Barra fue suprimido. Con ello, las cartas de Valera pasaron a constituir el único prólogo al libro que Darío considera como punto de partida del modernismo (ver García 2016).

[44] Antonio Aragón (1835-1896), escritor y publicista, fundó el periódico *Unión Latinoamericana*. Sabía francés, inglés y latín, y es probable que ofreciera al joven Darío un primer contacto con esas lenguas. Ver Cuadra (2004: 154-162).

[45] Fernando Velarde (1823-1881) emigró a América en 1846 y residió algún tiempo en Cuba, Perú, Ecuador, Colombia y Chile. Instalado en Guatemala, se dedicó a la enseñanza entre 1854 y 1860 y escribió para sus alumnos varios tratados de física, química, retórica y poética. Como señala correctamente Darío, Marcelino Menéndez y Pelayo se refiere a Velarde en su *Historia de la poesía hispano-americana*, aunque de manera no demasiado halagüeña: "un singular personaje literario tan desconocido en España, y aun en su provincia natal, como célebre en el Nuevo Mundo. Tal fue el montañés D. Fernando Velarde, natural de Hinojedo, autor de las *Melodías románticas* y de los *Cánticos de Nuevo Mundo*, poeta de extraordinarias dotes naturales afeadas por un mal gusto increíble. En pompa, brillantez y magnificencia le igualaron pocos, pero son raras las páginas en que su grandilocuencia no se trueca en hinchazón, su sonoridad en redundancia, su aspereza viril en énfasis hueco. Tenía las condiciones más adecuadas para ser un corruptor del gusto, un nuevo Lucano o un nuevo Góngora, porque aun en sus mismas aberraciones dió muestra de ser ingenio nada vulgar. Su C*anto* estrepitoso y deslumbrador a la cordillera de los Andes, tiene en lo bueno y en lo malo cosas no indignas de Victor Hugo" (1911: t. I, 212). Sus C*ánticos del Nuevo Mundo* fueron publicados en Nueva York en 1860 y en Barcelona en 1870 (Espasa t. LXVII, 1994).

[46] "Acompañado de Francisco Carpaneto, el 14 de mayo de 1851 arribó al puerto de San Juan –entonces la única salida de Nicaragua al Atlántico–, Giuseppe Garibaldi (Niza, Saboya, 4 de julio, 1807 - Caprera, Italia, 2 de junio, 1882). Entonces el forjador de la unidad italiana tenía 44 años y era viudo, famoso y mítico. La causa de su estadía entre nosotros fue una operación comercial, iniciativa de su amigo y subalterno Carpaneto: ofrecer productos europeos de exportación en la Feria de San Miguel, El Salvador, y transportarlos desde el puerto de Génova en el 'St. Giorgio'. El negocio no pudo realizarse, y los dos italianos regresaron por el río San Juan, partiendo de Nicaragua el 2 de septiembre de 1851. Ciento dieciséis días duró el viaje de Garibaldi entre Nicaragua y El Salvador" (Arellano 2008a). En la crónica "El hombre de la camisa roja" (*El Mercurio de América*, noviembre de 1898), Darío se refiere a él como "un specimen representativo superior del latino" y celebra la colocación de la piedra fundamental de un monumento conmemorativo que se inauguraría en la Plaza Italia de Buenos Aires varios años después, en junio de 1904 (ver Darío 1938b: 163-164).

[47] Modesto Barrios (1849-1926) estuvo a cargo durante un breve tiempo de la Biblioteca Nacional de Nicaragua. Dirigió el periódico *El Ferro-Carril*, donde publicó textos de Darío y escribió sobre el joven poeta (ver Sequeira 1945: 121). Se destacó como jurista y estuvo a cargo de la redacción del Código Comercial nicaragüense promulgado en 1916. Ocupó también un escaño en el Congreso y participó de diversas misiones diplomáticas en Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Francia, Inglaterra y Estados Unidos (Arellano 1994: t. I, 46). En su artículo "La literatura en Centro América", aparecido en 1888 en la *Revista de Artes y Letras* de Chile, Darío destaca las dotes estilísticas de Barrios: "Modesto Barrios es uno de los pocos escritores que allá [*i.e.*, en Nicaragua] tienen conocimiento y amor del estilo. Ama el arte, sabe escribir. Gautier ha tenido en él un traductor excelente y un buen seguidor. Donde más ha lucido sus buenas dotes ha sido en el periodismo, en el diario, donde le ha seguido muy de cerca un firme soldado de esas lizas, Hernández Sonsona, con talento rápido y fácil producción. Barrios tiene el conocimiento de su lengua y el arte de la palabra, con sus brillos, espejismos, hermosuras y refinamientos; sabe comprender la excelencia del verbo, el mérito dominador del adjetivo, la coloración de una frase pictórica y gallarda" (en Darío 1934: 207). En "*Historia de tres años del gobierno Sacasa* por Jesús Hernández Somoza" (*La Nación*, 15 de mayo de 1893) escribe Darío con respecto a los intereses literarios de Barrios: "Modesto Barrios traducía á Gautier y daba las primeras nociones de modernismo... no las primeras, porque antes que él, un gran escritor, Ricardo Contreras, habíanos traido [*sic*] la buena nueva, predicándonos el evangelio de las letras francesas". Se des-

prende de aquí que Barrios habría tenido influencia en el acercamiento del poeta a los autores franceses de la segunda mitad del siglo XIX.

[48] Se trata de Rosario Emelina Murillo (1871-1953), una de las mujeres fundamentales en la vida del poeta, a la que conoce en 1882 y con quien contraerá matrimonio en 1893. Es la "garza morena" a la que Darío refiere en el relato "Palomas blancas y garzas morenas", incluido en *Azul...* (1905a [1888]: 91-99).

[49] "Miel y leche bajo tu lengua". Darío cita el *Cantar de los cantares* (4: 11), en la versión latina de la Vulgata. Este mismo sintagma aparece en el relato "Palomas blancas y garzas morenas": "De pronto y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos la boca [...]. ¡Oh, Salomón, bíblico y real poeta, tú lo dijiste como nadie: *Mel et lac sub lingua tua*!" (1905a [1888]: 99).

[50] Darío se refiere quizás al poema XXXII: "Advierte si fué profundo / un amor tan desgraciado, / que tuve odio á un hombre honrado / y celos de un moribundo!" (Darío 1887: 73).

[51] Rafael Zaldívar (1834-1903), médico y político, fue presidente de El Salvador entre 1876 y 1884.

[52] Protagonista de la novela satírica *Jérôme Paturot à la recherche d'une position sociale* (1843) del francés Louys Reibauld. Hay versión al español de 1845, a cargo de José Aguirre: *Gerónimo Paturot en busca de una posición social* (Madrid, Imprenta de T. Aguado).

[53] Rafael Reyes (1847-1908), abogado, escritor y pedagogo, dirigía desde 1878 la Escuela Normal o Instituto de Varones de San Salvador. Participó en la redacción del *Código de minería de la República de El Salvador* (1881) y fue autor de unas *Nociones de Historia de El Salvador* (1865).

[54] "Oda al 'Libertador Bolívar'", publicada en San Salvador en 1883 por la Imprenta de la Ilustración con el título *Al Libertador Bolívar. Oda recitada por el autor para abrir la Gran Velada Lírico-Literaria que se dió en San Salvador la noche del 24 de julio de 1883, en celebración del centenario del héroe americano* (en Sequeira 1945: 98-102).

[55] Máximo Soto-Hall aporta algunos datos sobre el episodio que motiva la cuarteta: "Se trataba de una tertulia en casa de una distinguida familia salvadoreña, la familia Arbizú, que Darío frecuentaba con cierto interés amoroso. Se llamaba el objeto de su admiración, Refugio. La niña sabía el sentimiento que despertaba, pero a la vez le sorprendía el discreto platonismo de su adorador. Uno de los concurrentes quiso abrirle el camino al poeta y lo obligó a decir algo. El enamorado silencioso se contentó con escribir estos versos que, por malos, demuestran la turbación de quien sólo sabía hacerlos buenos: Las que se llaman Fidelias, / Deben tener mucha fe. / Tú que te llamas Refugio, / Refugio, refugiamé" (Soto-Hall 1925: 221-222). Soto-Hall hace aparecer como parte de esta misma composición una décima que constituye en realidad la estrofa XVIII de la "Introducción" a *Epístolas y poemas* (1885).

[56] Ver nota 48.

[57] Joaquín Zavala Solís (1835-1906), presidente de Nicaragua entre 1879 y 1883. Durante su gestión se fundó la Biblioteca Nacional (ver nota 40) y se decretó la expulsión de los jesuitas.

[58] El escritor y periodista nicaragüense Pedro Ortiz (1859-1892) dirigió junto con Darío y Eugenio López el diario *El Imparcial* de Managua (1886) y rescató los textos del proyecto original de *Epístolas y poemas* que confluirían en 1888 en el volumen *Primeras notas* (ver nota 42). Darío dedica a Ortiz la pieza "El ala del cuervo", incluida en ese libro. Fue asesinado en las inmediaciones del Hotel Internacional de San José de Costa Rica. En el hecho resultó herido también Enrique Guzmán, con quien Darío había sostenido una serie de polémicas en los años anteriores (ver Chamorro Zelaya 1965: t. I, 66).

[59] Juan José Cañas (1826-1900) fue, como afirma aquí Darío, un general y poeta salvadoreño, autor de la letra del himno nacional de su país. En 1848 estuvo en California, en busca de fortuna por la llamada "fiebre del oro". En 1875 fue nombrado comisario por El Salvador en la Exposición Internacional de Santiago de Chile. Fue además uno de los miembros fundadores de la Academia Salvadoreña de la Lengua.

[60] Eduardo Poirier Toledo, nacido en Valparaíso en 1860 y fallecido en 1924. Ejerció diferentes cargos diplomáticos para su país y para Guatemala. Junto con Darío, encaró la escritura de la novela *Emelina*, publicada en Valparaíso en 1887. "En todo caso, es seguro que la primera persona a quien Darío se dirigió en Chile fue a Poirier, que, como es de presumir, lo introdujo en *El Mercurio* (publicado entonces sólo en el puerto), le invitó a colaborar en la redacción de *Emelina* para optar al premio que ofrecía *La Unión*, y le presentó a algunos escritores residentes en la llamada capital comercial de Chile. En 1886, Eduardo Poirier desempeñaba la gerencia del Telégrafo Nacional, empresa de comunicaciones de que se servía especialmente la prensa periódica en la recepción de noticias, y por este motivo era muy conocido en todos los diarios" (Silva Castro 1966: 33-34). Poirier reseñó *Abrojos*, el libro de poemas que Darío publicó en Santiago en 1887. En ocasión del nombramiento de Poirier como Encargado de negocios y Cónsul General de Nicaragua, Darío escribió un artículo intitulado "Poirier", que es también su despedida de Chile, con fecha 9 de febrero de 1889 (ver Darío 1950-1955: t. II, 65-72). Además, dedica a Poirier el poema "Ondas y nubes", fechado por el poeta en junio de 1886 "a bordo del Uarda" y aparecido en *La Época* de Santiago de Chile el 22 de agosto de 1886.

[61] Este alto personaje sería el "señor C. A." que Darío menciona en el capítulo siguiente de la *Vida*. Sobre este asunto, Silva Castro escribe: "Respecto de C. A., el destinatario de una de las dos cartas a que se refiere el poeta forastero, hemos hallado un dato que puede aclarar su identidad. En Setiembre de 1886, escribiendo en *La Época* [...], Darío se refiere a un chileno con las siguientes palabras: 'El puesto que ocupo en este diario, débolo principalmente a los esfuerzos del señor don Adolfo Carrasco Albano, quien, conocedor de mis antecedentes, me ha dispensado benévola amistad.' No es improbable que sea el señor Carrasco Albano el mismo C. A. de la carta susodicha" (en Darío 1934: XIX).

[62] Justo Rufino Barrios Auyón (1835-1885), presidente de Guatemala entre 1873 y 1885. Intentó reestablecer la República de Centroamérica, lo que llevó al conflicto armado con Costa Rica, El Salvador y Nicaragua. Murió durante la batalla de Chalchuapa el 2 de abril de 1885, en el territorio de El Salvador.

[63] Adán Cárdenas del Castillo (1836-1916), miembro del Partido Conservador nicaragüense y presidente de Nicaragua entre 1883 y 1887.

[64] La compañía alemana Kosmos (Deutsche Dampfschiffahrts-Gesellschaft Kosmos) inició sus actividades en 1872 y realizaba transporte de mercancías y pasajeros entre Alemania y las costas del Pacífico de América a través del Estrecho de Magallanes, con intereses comerciales fuertes en Chile y Perú. Hacia 1884 la empresa poseía dieciséis buques de transporte, bautizados casi todos con nombres de deidades del antiguo Egipto.

[65] Silva Castro (en Darío 1934: XVII-XVIII) sostiene que Darío se equivoca en la cronología del relato. Vicuña Mackenna fallece el 25 de enero de 1886, cuando el poeta todavía se encontraba en Nicaragua. El 9 de febrero Darío publica en el diario *El Imparcial*, que fundó y dirigió él mismo en Managua, la noticia de la muerte del político y escritor chileno. La nota fue reproducida por el diario *El Mercurio* de Valparaíso el 7 de abril de 1886, en la que sería la primera publicación de Darío en Chile. El poeta llega a Valparaíso el 24 de junio de ese mismo año, es decir, dos meses después de su debut en la prensa del país andino (ver al respecto Silva Castro 1966: 30-31). Silva Castro reproduce una carta de Darío a la viuda de Vicuña Mackenna, Victoria Subercaseaux, fechada en Valparaíso el 6 de julio de 1886 y aparecida en *El Mercurio* el 22 de julio; en dicha esquela manifiesta su pesar porque

en la C*orona Fúnebre* consagrada al intelectual chileno (Santiago de Chile: Imprenta Cervantes) fueron excluidos numerosos artículos necrológicos y homenajes publicados en Centroamérica (el suyo, entre ellos; ver Darío 1934: 9-10).

[66] Se trata de Louis-Marcel Voyer, capitán de artillería y renombrado pianista, quien fue además miembro de la Legión de Honor. En 1880, Voyer y otro integrante del ejército fueron apresados por la policía en las inmediaciones del Fort de Vincennes, bajo el cargo de llevar a cabo prácticas homosexuales. Acusado de ofensa pública contra la moral, Voyer recibió una condena de seis meses de prisión y debió pagar una multa de 200 francos. El *affaire Voyer*, como se lo conoció, llegó a las páginas de los periódicos parisinos de la época (ver Peniston 2001: 180-182).

[67] El diario *La Época* de Santiago de Chile pertenecía al mismo empresario que en Valparaíso publicaba *El Mercurio*, Agustín Edwards Ross. Según Silva Castro (1966: 51-52), Darío vivió en el edificio en el que funcionaba el diario, en el centro comercial de la capital chilena. Eduardo Mac-Clure Ossandón (1872-1901), además de director de *La Época*, fue abogado y ejerció durante diferentes períodos la investidura de diputado en el Congreso chileno.

[68] Pedro Montt (1849-1910) ocupó el puesto de Ministro de Educación y de Industria y Obras Públicas (cargo desde donde proyectó la canalización del río Mapocho) en la gestión del presidente Balmaceda, a quien Darío se refiere más adelante. Fue él mismo presidente de Chile entre 1906 y 1910. Augusto Orrego Luco (1849-1933) fue médico psiquiatra y político. Fundador del diario *La Patria* y de la *Revista de Santiago*, por entonces se desempeñaba como redactor de *La Época* y jefe de redacción de *El Mercurio*. Federico Puga Borne (1855-1935), también médico, político y diplomático (participó activamente de las gestiones por las que Tacna pasó en 1929 a Chile), al momento de llegar Darío a la capital chilena había ocupado ya cargos notables, como el de Director del Museo de Historia Natural de Valparaíso y una cátedra en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile.

[69] Luis Orrego Luco (1866-1848), hermano menor de Augusto. Formó parte del grupo de jóvenes intelectuales reunidos en torno al diario *La Época*. Luego de la estadía de Darío en Chile, comenzó a publicar una serie de novelas, la primera de ellas titulada *Un idilio nuevo*, de 1892. En 1921, en una semblanza para la revista *Pacífico Magazine*, recuerda de esta manera a Darío: "Era Rubén Darío un joven de aspecto adusto y taciturno, miraba vagamente hacia dentro como si quisiera hacer vida interior. Hablaba poco y raras veces decía cosas dignas de nota. Era tímido y orgulloso. Sabía que no era hombre de charlas ni de salón; encontrábase en presencia de los más brillantes autores que haya habido en Chile, con Carlos Luis Hübner, Alberto Blest, Gregorio Ossa, tío de la brillante escritora Roxane. Y todos ellos se distinguían especialmente como admirables y finos charladores, sin contar a uno de los más brillantes ingenios que haya tenido este país, Alfredo Irarrazával, poeta satírico de inmenso éxito y de gracia chispeante. Al ver un grupo tan escogido y selecto enmudecía el poeta centroamericano entre receloso y tímido. Todos le acogimos con los brazos abiertos. Allí le visitaron en *La Época*, periódico de importancia entonces, los jóvenes que por aquel tiempo comenzábamos a iniciarnos en las tareas literarias" (en Silva Castro 1966: 52).

[70] Pedro Balmaceda (1868-1889), hijo del presidente José Manuel Balmaceda Fernández. Darío lo reconoce como uno de sus más íntimos amigos del período chileno, con el que compartía sus intereses por la literatura contemporánea, en especial por los autores franceses del romanticismo tardío y del simbolismo. Fue él quien financió la publicación de *Abrojos*, en 1887. Pianista consumado y buen conocedor de las artes plásticas europeas, sobre todo francesas, Pedro Balmaceda falleció en 1889, a los veintiún años. A él le dedica Darío su ensayo *A. de Gilbert*, publicado en San Salvador en 1889. Asimismo, es el dedicatario de su cuento "La muerte de la emperatriz de la China", incluido en *Azul…* Inmediatamente después de la muerte de Balmaceda, se publicó la compilación de sus *Ensayos y estudios*

literarios (1889) al cuidado de Manuel Rodríguez Mendoza. José Manuel Balmaceda Fernández (1840-1891) fue presidente de Chile entre 1886 y 1891, es decir, durante la estadía de Darío en ese país. De extracción liberal, durante su presidencia se fundó el célebre Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, se creó el Ministerio de Obras Públicas, se estableció el Ferrocarril Transandino que unía su país con la Argentina y se creó la Escuela de Medicina. En 1891 estalló la guerra civil entre los partidarios del Congreso Nacional y los del presidente. Luego de las derrotas de las fuerzas presidenciales en las batallas de Concón y Placilla, Balmaceda se refugió en la Legación Argentina en Santiago, donde se suicidó el día 19 de septiembre.

[71] Manuel Rodríguez Mendoza escribió una nota sobre el poemario *Abrojos*, publicada recién en junio de 1917, en el tercer número de la *Revista Chilena* de Santiago (ver Darío 1934: CXXVIII).

[72] "Hijos del Rector de la Universidad [Jorge Huneeus Zegers, 1835-1889] y escritores los dos de varia fortuna" (Silva Castro 1966: 63). Jorge, abogado e historiador, nació en Santiago en 1866 y falleció en esa misma ciudad en 1926. Su hermano Roberto, también abogado y político, nació en Santiago en 1867 y falleció en 1935.

[73] Alfredo Irarrázaval Zañartu (1867-1934), abogado, diplomático y político liberal chileno. Escribió en los periódicos *La Época* y *El Heraldo*, entre otros, y fundó el semanario satírico *El Gil-Blas*. Junto a su hermano mayor, Galo, quien fue Ministro Plenipotenciario de Chile en Ecuador, editó el diario *La Tarde*.

[74] Narciso Tondreau (1861-1949), abogado, publicista y educador, cuando Darío llega a Chile colaboraba en los periódicos *La Época* y *La Tribuna*. Había comenzado además a desarrollar su labor diplomática, con misiones a Bolivia y como Jefe de Departamento en Iquique. Ejercía también la docencia como profesor de Ciencias Naturales en el Liceo de Chillán, del que más tarde sería rector. En 1887 editó su libro de poesía *Penumbras y asonantes* y el poema satírico *Los Balmacedonautas*. Darío publicó una reseña de *Penumbras* el 14 de enero de 1887 en el periódico *La Época* (en Darío 1934: 89-95). En 1889 le dedica un extenso artículo ("El libro 'Asonantes' de Narciso Tondreau", aparecido en el tomo XVI de la *Revista de Artes y Letras*), en el que enfatiza la capacidad de Tondreau para adoptar recursos propios de la prosodia francesa, algo que más tarde él mismo llevará adelante en su poesía modernista: "Luego [Tondreau] aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma exquisiteces y secretos artísticos que introducidos por él al español, lengua armónica y rítmica por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros y arabescos preciosos" (Darío 1934*:* 290).

[75] Alberto Blest Gana Bascuñán (1856-1888), hijo del novelista Alberto Blest Gana, conocido también como "Ito" en la bohemia santiaguina (Silva Castro 1966: 63).

[76] Carlos Luis Hübner (1862-1911), escritor satírico. En ocasión del nacimiento de su hijo, llamado también Carlos, Darío publicó un "Soneto para Bebé" en *La Época* el 4 de diciembre de 1887 (ver Darío 1934: CXXV).

[77] Vicente Grez Yávar (1847-1909), político, periodista y escritor. Trabajó para *La Época*, *El Mercurio*, *La Campana*, *La Patria*, entre otros medios de Santiago y Valparaíso. Interesado fuertemente por la historia, cuando Darío llegó a Chile había publicado títulos como *Las mujeres en la independencia*, *La vida santiaguina* y *El combate homérico*. El nicaragüense se refiere a él en su artículo "El libro 'Asonantes' de Narciso Tondreau": "El novelista Vicente Grez era Diputado y nos iba a acompañar de cuando en cuando, en sus ratos libres" (Darío 1934: 284).

[78] Pedro Nolasco Préndez Murúa (1853-1906), diputado entre los años 1888 y 1891, se dedicó también a la poesía. Fue autor del libro *Siluetas en la historia*, al que Darío destina una reseña ("A propósito de un nuevo libro. Carta al señor A. Aragón, director de la Biblioteca Nacional de Nicaragua en Centro América", *La Época*, 16 de

noviembre de 1888). Darío publicó además el artículo "El triunfo de Préndez" (29 de noviembre de 1888, también en *La Época*), en el que defiende al autor de las acusaciones de plagio lanzadas por el crítico Luis A. Navarret (ver Silva Castro 1966: 90; ambos artículos se reproducen en Darío 1934: 247-254 y 254-264).

[79] El apellido correcto del hijo del embajador italiano en Chile es "Sanminiatelli". Su padre, el conde Fabio Sanminiatelli, fue cónsul general y ministro residente en Chile entre 1873 y 1883 y entre 1887 y 1889.

[80] Florencio Fontecilla (1854-1909) fue capellán del ejército chileno en la Guerra del Pacífico y luego, como afirma Darío, obispo de La Serena.

[81] Orozimbo Barbosa Puga (1838-1891), militar, participó en la llamada "Ocupación de la Araucanía", destinada a reducir y conquistar la población mapuche que habitaba el sur de Chile. Vio también acción en la Guerra del Pacífico y en la guerra civil de 1891, donde murió asesinado.

[82] Diego Barros Arana (1830-1907), uno de los principales intelectuales de Chile en la segunda mitad del siglo XIX, autor de la célebre *Historia General de Chile*, publicada entre 1854 y 1858.

[83] Miguel Luis Amunátegui Aldunate (1828-1888), historiador y político, y su hermano Gregorio Amunátegui Aldunate (1830-1899), historiador, jurista y filólogo.

[84] Uno de los hijos de Manuel Montt (presidente de Chile entre 1851 y 1861), Luis Montt Montt (1848-1909) fue diputado por el Partido Nacional y director de la Biblioteca Nacional de Chile desde 1886 hasta su muerte. Mantuvo un estrecho vínculo con Domingo Faustino Sarmiento, quien había sido amigo de su padre. En 1884 edita unas *Noticias de las publicaciones hechas en Chile por Don Domingo F. Sarmiento (1841-1871)* y, con motivo de la muerte del expresidente argentino en 1888, escribe un extenso *Homenaje a Sarmiento*. Compiló además los siete primeros volúmenes de las obras completas del autor del *Facundo*, aparecidos en Chile a partir de 1885, tarea que continuaría, en Buenos Aires, Augusto Belín Sarmiento.

[85] La huella de Ramón de Campoamor (1817-1901) es evidente en un poemario de la etapa pre-modernista de Darío como *Abrojos*. La composición referida aquí apareció en *La Época* el 24 de octubre de 1886, luego de un texto del autor español "publicado con gran despliegue de titulares" (Silva Castro en Darío 1934: XXIV). El poema fue incorporado por Darío al libro *El canto errante* (1907) con el título "Campoamor". Escribe Silva Castro sobre el supuesto concurso que menciona aquí el nicaragüense: "No parece ésta la mejor manera de hacer una selección, aun cuando en la tertulia hubiese, como seguramente había, poetas ya prestigiados y repentistas de nota. [...] El hecho, contado por don Samuel Ossa Borne, es mucho más simple. No hubo certamen, ni doscientos pesos, ni nada parecido. Se hablaba en la tertulia sobre Campoamor, tal vez a propósito del artículo recibido, y Darío, silencioso como siempre, meditaba. De pronto se levantó y trazó unas líneas en un papel" (en Darío 1934: XXIV-XXV). Campoamor respondió a este homenaje con la composición "A Rubén Darío". El 6 de marzo de 1899 Darío publicó en *La Nación* de Buenos Aires una crónica sobre el asturiano, "La coronación de Campoamor", que incorporó luego a *España contemporánea* (1901). Allí afirma que "la figura de Campoamor resalta en la poesía española de este siglo con singular magnitud. Si aquí hubiese un Luxemburgo en que habitasen, reconocidos por los pájaros, las rosas y los niños, los poetas de mármol y de bronce, los simulacros de los artistas cristalizados para el tiempo en la obra de arte, las tres estatuas que se destacarían representando esta centuria lírica, serían la de Zorrilla en primer término, la de Núñez de Arce y la de Campoamor" (1901b: 62).

[86] Escribe Darío en *A. de Gilbert*: "Pedro los hizo imprimir [los ejemplares de *Abrojos*] en casa de Jover. Hasta entonces, nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquella" (Darío 1889: 20). La reseña de Balmaceda, con el título "Los 'Abrojos' de Rubén Darío",

fue reproducida en el número 41 (1941: 193-198) de los *Anales de la Universidad de Chile*.

87 Al respecto, señala Silva Castro: "En primer lugar, esta mención del puesto aduanero, que se ofrece también en otras partes, y que ha sido repetida por cuantos han escrito sobre Darío, no ha podido ser corroborada por mis investigaciones. En vano he revisado las colecciones de decretos de Hacienda de los años 1887 y 1888 y hojeado una por una las notas de la Superintendencia de Aduanas (unos y otras guardados en el Archivo Nacional). No hay mención alguna de este Rubén Darío, ni tampoco de Félix Rubén García Sarmiento, su nombre familiar nunca usado por el poeta" (en Darío 1934: XXXI).

88 Enrique Valdés Vergara (1859-1891) fundó en 1888 *El Heraldo*, "Diario independiente y liberal", en Valparaíso. Desde las páginas de su periódico fue crítico furibundo de la gestión de Balmaceda.

89 Eduardo de la Barra (1839-1900), filólogo, periodista y escritor. Publicó su obra en Chile y en la Argentina. Rector del Liceo de la capital chilena y fundador del Círculo de Amigos de las Letras, De la Barra es el autor de las palabras introductorias que acompañan la primera edición de *Azul...*, de 1888. Como indicamos previamente (ver nota 43), a partir de la segunda edición (publicada en 1890 en Guatemala) el volumen incorpora las dos "cartas americanas" de Juan Valera sobre el libro de Darío. Finalmente, en la tercera edición de *Azul...* (Buenos Aires, 1905), considerada definitiva, el texto de De la Barra fue suprimido.

90 Carlos Toribio Robinet (1853-1903), político y diplomático liberal.

91 Francisco Galleguillos Lorca, médico homeópata. Ver nota 101.

92 Probablemente Darío aluda aquí al historiador Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903), autor de una *Historia de Chile desde 1831 hasta 1871* y de una crónica de las campañas del ejército chileno contra la confederación peruano-boliviana en 1837.

93 Darío publica el soneto "Lastarria. Numen y gloria" en *El Heraldo* de Valparaíso el 16 de junio de 1888, dos días después de la muerte del intelectual chileno. En el artículo sobre Nicolás Tondreau que ya hemos citado (ver nota 74), Darío vuelve a hacer un retrato de Lastarria: "Conocí, pues, por Robinet a Lastarria, en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y convencido de la gloria de su nombre en toda América; amigo de la juventud, aficionado a hacer versos sin ser poeta, sabio amable, cabeza llena de laureles. ¿Quién no ha leído sus libros en América y aun en España?" (Darío 1934: 280). Por otra parte, una carta de Eduardo Poirier del 15 de febrero de 1888, dirigida al presidente de Nicaragua, explica en parte las "circunstancias especiales" que llevarán a Darío a salir de Chile: "La sociedad de Santiago, como toda sociedad ilustrada y culta, tiene exigencias a las cuales Darío no ha sabido corresponder. Por eso, aislándose paulatinamente de las personas que más han podido valerle, se ha encontrado de repente casi solo. Luego su inconsecuencia y carácter voluntarioso, a la par que afeminado y dúctil, han consumado la obra. [...] Hasta antes de la segunda época de la estadía de Darío en Santiago su conducta, si bien adolecía de ciertas irregularidades, no se había hecho notoriamente digna de censura, ni me daba motivo para desesperar de una reforma. Por lo demás, siempre esperé que Darío con mi ejemplo, mis consejos y mis exhortaciones se haría hombre, y hombre de provecho, sin perjuicio de hacerse además hombre ilustre por sus trabajos. Pero la verdad es que su decadencia moral ha coincidido con su elevación literaria. En efecto, desde el día, reciente aún, en que se vio laureado y felicitado por las personalidades más eminentes del país, parece que una especie de vértigo se apoderó de él. Pero, es muy joven y por lo tanto hay aún probabilidades de que se reforme. Darío está llamado a dar días de gloria a su patria. Que allí le dirijan, le estimulen y le hagan trabajar" (en Arellano 2008b: 269-272).

[94] Diario argentino fundado por Bartolomé Mitre en Buenos Aires en 1870. Darío publicó allí, entre 1889 y 1915, la mayor parte de sus crónicas. Ver Schmigalle y Caresani (2017).

[95] Paul Groussac (1848-1929), escritor, crítico literario y director de la Biblioteca Nacional de la República Argentina desde 1885 hasta su muerte. Fundó y dirigió la revista *La Biblioteca*, en cuyo número de noviembre de 1896 publicó una severa reseña de *Los raros*. Allí, Groussac fustigaba el intento dariano de modernizar la literatura en español apelando a los modelos simbolistas y decadentes franceses y proponía en cambio que la nueva poesía americana debía ser "como la de Whitman, la expresión viva y potente de un mundo virgen, y arrancar de las entrañas populares, para no tornarse la remedada cavatina de un histrión. El arte americano será original — ó no será" (1896: 480). Darío respondió a esta crítica en su artículo "Los colores del estandarte" (*La Nación*, 27 de noviembre de 1896; en Darío [2013c: 305-315]). Por un lado, señalaba a Groussac como su maestro en el arte de la escritura en prosa; por el otro, defendía la imitación de modelos franceses (su "galicismo mental") como una de las vías para lograr la renovación de la lírica en español y construir una poética personal: "Al penetrar en ciertos secretos de armonía, de matiz, de sugestión, que hay en la lengua de Francia, fue mi pensamiento descubrirlos en el español, o aplicarlos.[...] *Qui pourrais-je imiter pour être original*?, me decía yo. Pues a todos. A cada cual le aprendía lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte: los elementos que constituirían después un medio de manifestación individual. Y el caso es que resulté original" (Darío 2013c: 308-309). En el siguiente número de *La Biblioteca* (enero de 1897), Groussac volvió a embestir contra Darío y la poética del modernismo, focalizando esta vez su ataque en *Prosas profanas*, cuya aparición había sido casi simultánea a la de *Los raros.* Darío ya no respondió a esta nueva estocada. Los tres artículos fueron publicados conjuntamente por primera vez en el número homenaje que la revista *Nosotros* organizó en ocasión de la muerte del nicaragüense (febrero de 1916). Como señala Mariano Siskind, en esta polémica se articulan discursivamente las posiciones centrales ideadas por las élites en torno a la cuestión de la modernidad y el lugar que América Latina debe ocupar en ella: "Aunque el debate entre Darío y Groussac es una puesta en escena de sensibilidades estéticas y perspectivas ideológicas radicalmente diferentes, éste es posible en función de una convicción compartida: la realización de un proyecto moderno en América Latina no pasaba por la actualización de un presunto espíritu moderno autóctono, sino [...] por la inscripción de las aspiraciones modernas de la región en el mapa mundial de la modernidad [...]. El desacuerdo entre Darío y Groussac consistía en la modalidad diferencial que esa inscripción debía adoptar para que el resultado final fuese una modernidad específicamente latinoamericana, y no una modernidad europea *en* América Latina" (2006: 353).

[96] Santiago Estrada (1841-1891), diplomático argentino, ejerció funciones en Paraguay, Chile y Perú. Como resultado de esas experiencias, publicó el volumen *Apuntes de viaje. Del Plata a los Andes y del mar Pacífico al mar Atlántico* (1872).

[97] Sobre las relaciones entre Rubén Darío y José Martí, ver nota 169.

[98] Sobre el vínculo entre Rubén Darío y Bartolomé Mitre, ver nota 200; sobre Darío y Rafael Núñez, ver nota 162.

[99] La crónica apareció en *La Nación* el viernes 15 de febrero de 1889, acompañada con el anuncio de la incorporación de Darío al diario de Buenos Aires. Ver Schmigalle y Caresani (2017). Silva Castro afirma que la nota se publicó en *La Época* de Santiago el 1° de marzo de ese mismo año (en Darío 1934: 268-277).

[100] En 1889, cuando Darío pasa por Panamá en su viaje de regreso a Nicaragua, se detuvieron las obras de construcción del canal emprendidas por inversionistas franceses, en lo que fue el mayor escándalo financiero de ese momento en Francia. El asunto significó el fin de la presencia francesa en la obra (cuyo diseño había estado

a cargo de la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá) y su reemplazo a comienzos del siglo XX por intereses norteamericanos.

[101] Francisco Galleguillos Lorca nació en la Hacienda de Lagunillas en 1846 y falleció en Santiago en 1899, según consigna el *Diccionario biográfico obrero de Chile* de Osvaldo López (1912: G2-G7). "La biografía de Galleguillos Lorca, según Pedro Pablo Figueroa en 1897, ofrece otros detalles de la vida del médico homeópata y protector de Darío. Se señalan allí los antecedentes del doctor como fundador de escuelas entre los mineros, miembro y organizador de numerosas sociedades de obreros y con gran prestigio en el pueblo porteño de Valparaíso. En 1894 obtiene una mayoría considerable de sufragios para senador de la República, perdiendo por 50 votos frente al 'candidato banquero y millonario Agustín Edwards', propietario del periódico *La Época*. Novelista, escribió *Una aventura matrimonial*, publicada en forma de folletín y, según Figueroa, perteneciente al 'género realista' [...]. Los datos biográficos de Galleguillos Lorca hablan por sí mismos acerca del tipo de persona que acogió a Darío y permiten suponer, cuando menos, un diálogo intenso sobre temas políticos y sociales. Si bien la relación con el famoso doctor parecería haber sido posterior a la redacción de 'El fardo', no cabe duda de que fue contemporánea a la de 'La Matuschka', el poema 'Al obrero' y otros textos concebidos o redactados por el poeta en las últimas visitas a Valparaíso. No es descartable que el contacto de Darío con los medios obreros fuera anterior; más aún, su experiencia aduanera así lo atestigua, y textos como el poema 'Al trabajo' muestran su aprecio por la clase obrera. Julio Heise González llega a sostener que es durante la permanencia de Darío en Valparaíso cuando, en contacto con el doctor Galleguillos Lorca, el poeta se hace demócrata con tendencia socialista" (Achugar 1986: 871).

[102] Anastasio Ortiz Argenial (1847-1914), militar y político nicaragüense. Entre 1893 y 1894 fue vicepresidente de José Santos Zelaya (ver nota 401), con quien finalmente terminará enemistado. Luego de un intento de sublevación armada, fue expulsado de Nicaragua en 1896 y se instaló en Honduras hasta su muerte.

[103] Francisco Menéndez Valdivieso (1830-1890), presidente de El Salvador desde 1885 hasta su muerte.

[104] Juan Morazán (1792-1842), presidente de la República Federal de Centroamérica entre 1830 y 1839. José Trinidad Cabañas Fialos (1801-1871), presidente de Honduras entre 1852 y 1855 y partidario de las ideas unionistas. Sobre Máximo Jerez Tellería (1818-1881), ver nota 6. Sobre Justo Rufino Barrios (1835-1885), presidente de Guatemala entre 1873 y 1885, ver nota 62.

[105] El diario, que apareció entre 1889 y 1890, fue dirigido por Rubén Darío durante su segunda estancia en El Salvador. Sin embargo, como señala Roque-Baldovinos, "la figura de Darío en la vida del periódico es en buena medida decorativa: un nombre prestigioso del que el régimen se sirve para ganar legitimidad entre los círculos intelectuales. Mucho más activa es la segunda fila de personalidades asociadas a la publicación" (2013: 31). Entre esas personalidades, se destaca la de Tranquilino Chacón quien, como redactor en jefe, puso en práctica una visión innovadora del periodismo y transformó *La Unión* en "una publicación dinámica a la caza de novedades, que le imprime un sentido de espectacularidad y entretenimiento del que carecían totalmente sus competidores" (Roque-Baldovinos 2013: 32). Parte importante de ese entretenimiento estaba concentrado en las noticias policiales. El propio Darío participa de este periodismo amarillista al realizar, junto a algunos de sus compañeros del periódico, una entrevista en la cárcel de mujeres a Bernarda Ángel, protagonista de un resonante caso en El Salvador al ser acusada de asesinar a su compañero sentimental. También las cuestiones culturales tenían lugar en la publicación: "En los cruces más explícitos del periódico con el ámbito literario debemos señalar que, por un lado, sus páginas incluyen poemas y cuentos del propio Darío, de autores extranjeros reconocidos o de poetas

modernistas salvadoreños como es el caso notable de Vicente Acosta. También aparecen varios relatos firmados por Stella, pseudónimo con que firma Rafaela Contreras, quien llegará a desposarse con Darío" (Roque-Baldovinos 2013: 37).

[106] Tranquilino Chacón Chaverri (1859-1935), periodista y escritor costarricense.

[107] Gustavo Ortega, periodista y escritor de origen colombiano, residió en Managua, donde se desempeñó también como profesor de taquigrafía en el Colegio de Varones.

[108] Aquileo Echeverría (1866-1909), escritor, periodista y, sobre todo, poeta, considerado uno de los más importantes autores costarricenses de entresiglos. En su libro *Concherías* (1905) retoma formas y modismos propios del habla y de la cultura popular de su país. Darío escribió el prólogo a la edición barcelonesa de dicho libro, publicada en 1909. Luego, incluyó dicho prólogo en *Todo al vuelo* bajo el título "El poeta de Costa Rica": "Habla el poeta la lengua de los hombres rurales de su tierra. Una ráfaga del aire que acarició las melenas de Martín Fierro ó de Santos Vega ha pasado por allá. El canto brota del terruño como las flores y frutos autóctonos" (1912: 82).

[109] Álvaro Contreras (1839-1882), nacido en Honduras, en 1865 migró a Costa Rica donde se casó con una mujer del país y fue padre de varios hijos, entre ellos Rafaela Contreras Cañas, con quien habría de casarse Darío.

[110] Francisco Antonio Gavidia Guandique (1863-1955), autodidacta salvadoreño, es considerado uno de los polígrafos más importantes de América Central. Lector temprano de Victor Hugo y de otros autores franceses, como el mismo Darío reconoce en estas páginas, se considera que impulsó al nicaragüense a emular la prosodia francesa en la poesía en español. Gavidia había iniciado esas exploraciones en los poemas reunidos en *Versos*, de 1884. Darío le dedica el poema "Ecce Homo", incluido en *Primeras notas* (1888).

[111] Carlos Ezeta (1852-1903) dirigió el golpe de estado contra Francisco Menéndez Valdivieso en 1890. Ocupó la presidencia de El Salvador hasta 1894.

[112] Manuel Lisandro Barillas Bercián (1845-1907), presidente de Guatemala entre 1886 y 1892.

[113] El 10 de junio de 1894, *La Nación* publica el artículo "Repúblicas americanas — 'Historia Negra' — Epílogo — Curiosos detalles — Caída de los Ezeta en El Salvador", firmado con el pseudónimo "Tácito". En *La Nación* se recogen dos "epílogos" a la "Historia Negra": el del 10 de junio de 1894 y uno posterior, del 21 de agosto de 1895, firmado "Rubén Darío". Al respecto de ambos textos, escriben Schmigalle y Caresani: "si estos textos se presentan como 'epílogos', ¿desde dónde podría recomponer el lector del momento la 'Historia Negra' misma? RD había publicado su artículo 'Historia Negra. Los sucesos de El Salvador' en dos periódicos de Guatemala, *El Imparcial*, los días 2, 3 y 4 de julio de 1890; y *Diario de Centro-América*, el 8, 9 y 10 del mismo mes y año [...]. Sin embargo, el mismo RD en varias ocasiones da a entender que la 'Historia negra' apareció en LN. En el primer 'epílogo' (LN, 10 de junio de 1894), afirma: 'Por la noche había gran baile en la Casa Blanca. (Estos detalles deben recordarlos aquellos que hayan leído la Historia Negra, de la cual reprodujo LA NACIÓN, como casi toda la prensa de Europa y América, los episodios principales).' En el segundo 'epílogo' (LN, 21 de agosto de 1895), leemos: 'El autor de estas líneas, a raíz de la traición que elevara a los hermanos Ezeta al poder, en la República del Salvador, publicó en Guatemala un folleto que con el título de Historia Negra contiene la narración exacta de los sucesos en que fue víctima lamentada el presidente Menéndez. Cinco años después amplió aquellas apuntaciones en un artículo que apareció en las columnas de este diario, a propósito de la caída de los Ezeta. Los lectores de LA NACIÓN están, pues, al corriente de los acontecimientos en que tanto se ha hecho sonar la tan famosa tiranía bicéfala de aquel pequeño país centroamericano'. [...] O sea, en el primer epílogo de 1894 afirma que los 'episodios principales' de la

Historia Negra se publicaron en LN. En el segundo epílogo de 1895 admite que la Historia Negra se publicó solamente en Guatemala. Y, en la autobiografía, vuelve a la idea de que se publicó en LN. En realidad, hemos comprobado que los 'episodios principales' del golpe de estado de los hermanos Ezeta se publicaron en LN, entre julio y septiembre de 1890, reflejados en telegramas enviados desde Washington, Nueva York, París, e incluso Nicaragua; pero no se publicó la 'Historia Negra' escrita por RD en Guatemala" (Schmigalle y Caresani 2017: 21-22).

[114] Julio de Arellano y Arróspide (1846-1909), jefe de la legación del Reino de España en América Central entre 1889 y 1895. Fue un factor fundamental en la normalización de las relaciones diplomáticas entre España y las repúblicas centroamericanas (ver Sánchez Andrés 2016: 243-266).

[115] El periódico, de corta vida, apareció entre el 8 de diciembre de 1890 y el 5 de junio de 1891. Sus campos de interés abarcaban "tanto la vida internacional como nacional, desde la crónica policial y de acontecimientos notables del momento hasta la de condiciones políticas, sociales o económicas de un determinado país. Y, como parte importante de ese amplio prisma contemporáneo, se cuenta la información de carácter intelectual, especialmente la relacionada con figuras del mundo artístico o literario. Semejante contacto intelectual con el exterior adquiere su mayor relieve en lo que puede calificarse de colaboración literaria extranjera, pues en las páginas del periódico se reproducen innumerables trabajos de escritores contemporáneos de allende la América Central" (Olivera 1967: 263). Darío señalará más adelante su dificultad para "rememorar por cuál motivo dejó de publicarse mi diario". Soto Hall comenta: "Ignoro porqué [*sic*] motivo no expresó la verdad que se adivina en su artículo de despedida, aparecido en el mismo periódico, el 5 de junio de 1891. 'El Correo de la Tarde, decía, diario semi-oficial, concluye hoy. Nada mejor pensado por el gobierno, que la suspensión de la Prensa subvencionada, en estos días de crisis: crisis política, crisis ministerial, crisis económica. Mis colaboradores y yo hemos cumplido con nuestro ofrecimiento. Hicimos lo que pudimos. 'El Correo de la Tarde', por general calificación, ha sido uno de los periódicos más amenos y bien llevados que ha habido en Guatemala. [...] Luego que los mismos gobiernos no logran los planes que se proponen. Tan pronto como un diario subvencionado alaba alguna disposición gubernativa, dice la gente opositora: ventriloquismo. Así creo que pagadas por la nación, deben ser las revistas decentes, los diarios que en el exterior defienden y aumentan el buen nombre del país'" (Soto Hall 1925: 182-184).

[116] Ramón Arístides Salazar Barrutia (1852-1914), junto con su actividad política, como afirma Darío, cultivó intereses literarios. Tuvo a su cargo el *Diario de Centroamérica* y fue director de la Biblioteca Nacional de Nicaragua. Entre sus libros, se destacan la novela *Alma enferma* (1896) y el escrito histórico *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala* (1897).

[117] Valero Pujol (1837-1915), luego de su salida de España como consecuencia de la restauración borbónica, se instaló en 1875 en Guatemala, donde asumió funciones en el área de educación. De formación laica y positivista, preparó el *Compendio de historia de la filosofía* (1885) y otros textos de orientación didáctica como la *Miscelánea literaria e histórica* (1892) y el *Compendio de Historia Universal* (1896). Darío dedica a Valero Pujol algunas líneas de su artículo "La literatura en Centro América", aparecido en 1888 en la *Revista de Artes y Letras* (en Darío 1934: 186-212), así como una semblanza publicada el 24 de marzo de 1891 en el *Diario de Centro-América* (ver Olivera 1967: 265-266).

[118] El cubano José Joaquín Palma (1844-1911), comprometido en las luchas por la independencia de su país, llegó a Guatemala en 1873, habiendo residido previamente en diferentes lugares de América como Jamaica, Estados Unidos y Perú. En Honduras se involucró en tareas educativas. Fue director de la Biblioteca Nacional de Guatemala y catedrático de literatura española en la Escuela Facultativa de

Derecho y Notariado en la Universidad Nacional. Fue asimismo el autor de la letra del himno nacional guatemalteco. Su volumen *Poesía*, que recoge gran parte de su producción lírica, se publicó en 1868. Sobre él escribe Darío en el ya citado artículo "La literatura en Centro América" (1888): "Palma es de los poetas cubanos el mejor rimador de amores, como dice José Martí, y vive la vida del poeta, aun cuando ya su barba, antes de oro, tenga hebras de nieve. Todo un joyero inagotable, eso es su fantasía; un arte exquisito y delicado, ese es su procedimiento. La décima es la cuerda más bella de esa lira. No creemos que haya fácilmente otro poeta más 'de salón' que Palma" (1934: 197). Darío le dedica uno de los sonetos incluidos en la sección "Medallones" de *Azul...* Además, el poema "Una lágrima" (publicado el 26 de julio de 1880 en el periódico *El Termómetro*, de la ciudad de Rivas) llevaba como aclaración, entre paréntesis: "Imitación de Palma" (ver Sequeira 1945: 22).

[119] Se trata de una estrofa de *Las tinieblas del alma*, de J. J. Palma (publicado por primera vez el 9 de febrero de 1872 en el periódico *La América ilustrada*), que Andrade habría transcrito y guardado entre sus papeles personales. Tras la muerte de Andrade, el texto fue encontrado y su autoría le fue erróneamente atribuida. El *Diario de Buenos Aires* llegó a calificar dicho fragmento como "la mejor estrofa" del autor de *Atlántida*. Al respecto, ver Rosa (1945: 371-376).

[120] Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), el más conocido de los escritores modernistas de Guatemala. Muy ligado a Darío desde sus comienzos, como se encarga de destacar el nicaragüense en estas páginas, viajó bajo su impulso a París y residió allí muchos años. Vivió también en España, donde volvió a coincidir con Darío. Fue colaborador del diario *La Nación* de Buenos Aires, en el que se publicaron gran parte de sus crónicas, y formó parte del cuerpo diplomático de su país, como cónsul en París, Madrid, Londres y Hamburgo. En 1907 fundó la revista *El nuevo Mercurio*, en la que Rubén Darío colaboró junto con otros intelectuales de lengua española como Manuel Ugarte, Miguel de Unamuno, Amado Nervo y José María Vargas Vila. Darío vuelve a referirse en varios momentos de la *Vida* a sus encuentros con el escritor guatemalteco. A menudo en tensión estética y política con él (Gómez Carillo es uno de los principales opositores mediáticos del gobierno de Zelaya, del que Darío es sostenedor y representante en Europa), el nicaragüense le dedica una de las "cabezas" que publica en la revista *Mundial* (n. 14, junio de 1912, pp. 110-111). En su escrito, Darío elogia sobre todo las crónicas de viaje de Carrillo, el "Loti castellano", "pues aparecieron dones de penetración, afinidades filosóficas, calma y serenidad, además de sus condiciones de paisajista y descriptor, dueño de una rica paleta, y siempre vibrante ante el espectáculo artístico ó la figura sugestiva" (*Mundial magazine*, n. 14, junio de 1912, p. 110). El artículo fue incluido en el libro póstumo C*abezas* (1916). Luego de editar las *Obras completas* de Darío, la casa editorial Mundo Latino de Madrid encaró la publicación de las obras de Gómez Carrillo, aun en vida del autor, lo cual constituye un indicio de su importancia en la formación de una concepción novedosa de literatura en lengua española.

[121] José Tible Machado (1872-1935), tío materno de Gómez Carrillo, era de ascendencia belga y había residido en Francia. Conocedor de las tendencias más modernas de la literatura europea, especialmente francófona, las difundió desde las páginas de *El Correo de la Tarde*. En su primera contribución para el medio, intitulada "Parnasistas", describe las características de dicha escuela literaria y afirma que su eclosión coincidió "exactamente [...] con la llegada de don Rubén Darío a tierra de Guatemala y la aparición entre nosotros de su libro *Azul*" (*El Correo de la Tarde*, 8 de diciembre de 1890; citado en Olivera 1967: 270).

[122] Pío Víquez Chinchilla (1848-1899), fundador de *El periódico de Costa Rica*. Sus escritos en poesía y en prosa fueron compilados en el libro *Misceláneas* (1903).

[123] Juan Vicente Quirós (no "Quiroz", como figura en el texto; 1853-1900), por entonces director del diario *La República*.

[124] Lesmes Jiménez Bonnefil (1860-1917), militar, ingeniero y arquitecto. Entre sus principales obras se cuenta la iglesia neogótica de Nuestra Señora de La Merced, en San José de Costa Rica, que diseñó junto al arquitecto Jaime Carranza Aguilar.

[125] Rafael Iglesias Castro (1861-1924), militar, presidente de Costa Rica entre 1898 y 1902.

[126] Ricardo Jiménez Oreamuno (1859-1945), una de las figuras políticas más importantes de Costa Rica durante la primera mitad del siglo XX. Fue presidente de la república en tres ocasiones (1910-1914, 1924-1928 y 1932-1936). También presidió la Corte Suprema de Justicia (1890-1892) y el Congreso Constitucional (1903-1904 y 1909-1910).

[127] Cleto González Víquez (1858-1937), presidente de Costa Rica entre 1906 y 1910 y entre 1926 y 1932.

[128] Tomás Regalado Romero (1861-1906), militar y político salvadoreño. Participó en varios de los sucesos políticos y militares que agitaron los países de América Central en las dos últimas décadas del siglo XIX. De adolescente perdió un brazo como consecuencia de un accidente en una molienda de su familia.

[129] Roberto Sacasa y Sarria (1840-1896), médico y político nicaragüense. Fue presidente de la República entre 1889 y 1893.

[130] Edmond About (1828-1885), autor de carácter satírico y polémico. Liberal, anticlerical e interesado en las doctrinas científicas de su época, entre sus obras se destaca la novela *El hombre de la oreja cortada* y, en teatro, *Bodas de París*.

[131] Leonidas Pallares (1859-1931), escritor y diplomático ecuatoriano. "La amistad se afianzó durante la estancia en Madrid, y pudo reanudarse tras su reencuentro en París a principios de 1902, cuando Rubén residía en el Boulevard Montparnasse 142 au 148" (Fernández 2017: 218).

[132] Se trata del capitán William Albert Andrews (1843-1901), que zarpó de Nueva Jersey el 20 de julio de 1892 y tocó la costa andaluza sesenta y ocho días después. Su intención era llegar a Palos de la Frontera de donde cuatrocientos años antes había salido Cristóbal Colón y donde se celebraría el 12 de octubre el Cuarto Centenario de su llegada a América. Andrews volvió a intentar la empresa en 1898 en el *Phantom Ship*, pero esta vez el viaje terminó en fracaso. El barco se redujo en 1899 y fue rebautizado con el nombre *Doree*, pero volvió a fracasar tras tres semanas de navegación. Finalmente, Andrews se perdió en el mar mientras intentaba volver a cruzar el Atlántico junto con su esposa a bordo del *Flying Dutchman*. En realidad, el encuentro con el capitán Andrews no tuvo lugar en este primer viaje transatlántico de Darío en 1892 sino el 20 de diciembre de 1898, durante el periplo que lleva al poeta de Buenos Aires a España. El episodio es narrado en la crónica "En el Océano — Impresiones y notas" (*La Nación*, 18 de enero de 1899), recopilada en *España contemporánea* (1901b: 1-8).

[133] Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) era considerado, por entonces, el crítico más prominente del mundo hispánico. Ya había publicado la *Historia de los heterodoxos españoles*, la *Historia de las ideas estéticas en España* y estaba en curso una obra capital en la construcción del imaginario transatlántico e hispanista: la *Antología de poetas líricos castellanos*, que había empezado a editarse en 1890. El crítico español reconoció tempranamente el valor de la poesía de Darío. Así, alude a él en el prólogo al primer tomo de la *Antología de poetas hispano-americanos*, donde afirma que "una nueva generación literaria se ha levantado en la América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha demostrado serlo de verdad" (en Oliver Belmás 1968: 193-194). En la segunda edición, Menéndez y Pelayo explica en una nota la frase: "Claro es que se alude al nicaragüense don Rubén Darío, cuya estrella poética comenzaba a levantarse en el horizonte cuando se hizo la primera edición de esta obra en 1892. De su copiosa producción, de sus innovaciones métricas y del influjo que hoy ejerce en la juventud intelectual de todos los países

de lengua castellana, mucho tendrá que escribir el futuro historiador de nuestra lírica" (en Oliver Belmás 1968: 194). Darío, por su parte, reseñó críticamente el tomo IV de esa antología (dedicado a escritores de Chile, Argentina y Uruguay) en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 7 y 12 de febrero y el 8 de marzo de 1896. En la primera de esas crónicas, el poeta registra su encuentro con Menéndez y Pelayo: "Pasó el tiempo velozmente y llegó de 'sus montañas' el habitador de aquel departamento. Y fué tan buena mi estrella, ¡oh excelente camarero! que bien pudiste ver, cómo en aquellas mañanas laboriosas en que el maestro estaba invisible, además del señor de anteojos que se llamaba D. Juan Valera y de esotro sabio catalán que se llamaba Antonio Rubió y Lluch, podía penetrar en el vedado recinto, gracias á bondadosa é inolvidable cortesía, quien ahora escribe estos recuerdos" ("Actualidades literarias — Menéndez y Pelayo — La antología de poetas americanos — El tomo IV: Chile, Argentina y Uruguay", *La Nación*, 7 de febrero de 1896). Más adelante, dedica un artículo a las conferencias de Menéndez y Pelayo en el Ateneo de Madrid y otro al *Homenaje* ofrecido al sabio de Santander por algunos renombrados hispanistas (entre ellos, Juan Valera, James Fitzmaurice-Kelly, Pio Rajna y el joven Ramón Menéndez Pidal), publicados respectivamente en *La Nación* el 6 y 7 de febrero de 1900. Ambos textos fueron fusionados en un solo capítulo de *España contemporánea* (1901b: 296-310).

[134] Se trata en realidad del político, escritor y diplomático mexicano Vicente Riva Palacio (1832-1896), nombrado ministro de su país ante España y Portugal.

[135] María Cristina de Habsburgo-Lorena o María Cristina de Austria, conocida popularmente como "Doña Virtudes" (1858-1929), fue la segunda esposa del rey Alfonso XII y madre de Alfonso XIII. Luego de la muerte de Alfonso XII, ejerció la regencia durante la minoría de edad de su hijo entre 1885 y 1902.

[136] Fernando Maximiliano José María de Habsburgo-Lorena (1832-1867), nombrado "emperador" de México durante la intervención francesa y fusilado en Querétaro luego de un juicio sumario.

[137] Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), político conservador nacido en Málaga, pieza clave en la construcción política de la restauración borbónica en España. Durante la visita de Darío a la península ibérica en 1892, se desempeñaba como Presidente del Consejo de Ministros. Murió asesinado por el anarquista italiano Michele Angiolillo. Darío le dedica una semblanza en *La Nación* de Buenos Aires el 20 de mayo de 1897 ("Cánovas del Castillo — Medalla ocasional").

[138] Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899), el más famoso de los oradores políticos españoles de la segunda mitad del siglo XIX. Liberal y republicano, fue nombrado ministro y luego presidente provisional durante la Primera República española en 1873. Tras la restauración borbónica, ocupó un escaño de diputado en las Cortes. Darío narra su primer encuentro con él en la crónica "Un almuerzo con Castelar — Ante el Apóstol — El orador y el artista — Apuntes íntimos", publicada en *La Nación* el 5 de diciembre de 1892. Más adelante, durante su segundo viaje a España, volverá a visitar al orador, que se encontraba al borde de la muerte. Sobre este encuentro escribirá el artículo "En la legación argentina — Arte y periodismo — Castelar convaleciente", aparecido en *La Nación* el 18 de febrero de 1899. Con motivo del fallecimiento de Castelar, Darío publica otra crónica (siempre en *La Nación*) el 1° de julio de 1899, que se edita como folleto independiente con el título de C*astelar* ese mismo año y luego pasa al volumen *España contemporánea* (1901).

[139] Buenaventura Abarzuza Ferrer (1843-1903), político y diplomático español. De simpatías originalmente republicanas, se integró luego a los sectores monárquicos. Formó parte de la delegación que negoció el Tratado de París (1898) con el que finalizó la guerra hispano-estadounidense.

[140] Adolfo Calzado y Sanjurjo (1840-1909), banquero, político y periodista. Fue representante de la banca Rothschild en España, miembro de la Asociación de

Escritores y Artistas Españoles y mecenas de artistas como Alejandro Sawa, a quien Darío se referirá más adelante (ver Fernández 2005: 125-136).

141 Belisario Roldán (1873-1922), conocido orador, poeta y dramaturgo argentino, nacido en Buenos Aires y muerto en Alta Gracia, provincia de Córdoba (Argentina).

142 En 1869 Emilio Castelar había mantenido un importante debate con el cardenal vasco Vicente Manterola (1833-1891), de militancia carlista y diputado en las Cortes por la Unión Católica. La réplica de Castelar a Manterola a la que se refiere Darío en este fragmento (intitulada "Discurso sobre la libertad religiosa") contiene algunos de sus pasajes oratorios más logrados. Darío recuerda el episodio en la crónica que escribe con motivo del fallecimiento de Castelar (*La Nación*, 1° de julio de 1899; incluida en *España contemporánea*): "No olvidaré una noche, en una recepción dada por D.ª Emilia Pardo Bazán, á los delegados americanos á las fiestas colombinas, el año de 1892. Castelar había concurrido, y como en todas partes en donde Castelar estaba presente, un corrillo se formó alrededor suyo, en uno de los salones. Nadie hablaba, fuera de Castelar, porque es sabido que en su presencia el primer deber era la atención. El tema de sus palabras se relacionaba con la oratoria, y vino él á recordar á este propósito á los distintos oradores que había oído en su vida. Y como su excepcional memoria estaba siempre lista, ilustraba sus recuerdos con citas y fragmentos de discursos. Así nos pintaba á Gambetta, de tal guisa que le veíamos encarnado delante de nosotros, y luego decía una parte de un discurso de Gambetta; á Víctor Hugo, y luego decía un trozo de discurso de Víctor Hugo, y así de varios oradores extranjeros. Después llegó á los españoles, y comenzando con Ríos Rosas, recorrió buena parte de la lista de bravos oradores con que cuenta este país de varones verbosos, explicando sus maneras y facultades hasta llegar á él mismo, y entonces se nos transfiguró momentáneamente, se nos presentó con sus atavíos reales. Y á pedido de un amigo circunstante, trajo á su memoria una parte de su célebre discurso del 12 de abril del 1869, pronunciado en ocasión famosa, y que hizo pensar á su propio contrincante el cardenal Manterola si no tendría ante sus ojos un nuevo Saulo. Aun veo los ojos iluminados y la mano como guiando el período: 'Grande es el Dios de Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y sin embargo diciendo: 'Padre mío, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores, porque no saben lo que hacen'. Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso: y yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pediros que escribáis en vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres'" (Darío 1901b: 156-157).

143 Gaspar Núñez de Arce (1832-1903) era por entonces (junto con Ramón de Campoamor, a quien Darío ya se ha referido y sobre el que volverá) el poeta más conocido de España y había tenido influencia notoria en la escritura dariana anterior a *Azul...*, de tendencia romántica. Darío se refiere a Núñez de Arce en un artículo publicado en *La Nación* el 20 de febrero de 1893 ("Los maestros — Núñez de Arce — La 'Plaga de París' — Poesía americana — La casa del poeta — 'Luzbel' — El pensador y el artista") y en otro del 21 de noviembre de 1899 ("Paseo con Núñez de Arce"), incorporado luego en *España contemporánea* (1901).

144 *El Fígaro* comenzó a publicarse en 1885 en la ciudad de La Habana con el subtítulo "Semanario de Sports y de Literatura. Órgano de Base ball" y, desde 1888, con el de "Periódico literario y artístico". Fue fundado por Rafael Bárzaga y el poeta Manuel Serafín Pichardo.

145 Claudio López Bru (1853-1925), segundo Marqués de Comillas. De tendencia ultraconservadora, fue presidente de la Compañía Trasatlántica Española, de la

Compañía General de Tabacos de Filipinas y de los Ferrocarriles del Norte, fundadas las tres por su padre, Antonio López y López, primer Marqués de Comillas. En octubre de 1914, el Marqués ofrecería a Darío y a Alejandro Bermúdez (1872-1923) lugares de primera clase en los barcos de su compañía para que el poeta viajara por diferentes ciudades de América dictando conferencias en pos de la paz mundial. Al respecto, escribe el acompañante de Darío: "Le pedí una carta para el Marqués de Comillas, casi dueño y Presidente de la Trasatlántica Española, recomendándole la importancia de nuestro viaje y suplicándole se sirviera de vendernos los pasajes en las mejores condiciones posibles. [...] Cual sería mi sorpresa cuando vi que la orden no se refería a rebaja, sino que nos ofrecía gratis dos pasajes de honor, en Primera Preferente, para Rubén y para mí, y uno en 2da. clase para nuestro criado; y no sólo para New York, sino para New York, Habana, México, Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela. Es decir, somos huéspedes de honor de la Compañía Trasatlántica por una concesión graciosa que vale tanto como diez mil dólares" (carta a María Antonia Bermúdez, 23 de noviembre de 1914; en Rodríguez Demorizi 1969: 147-149).

146 Ver nota 85.

147 Luego de las célebres "cartas americanas" sobre *Azul...* a las que ya nos hemos referido (ver nota 43), Juan Valera continuó sus juicios positivos sobre el nicaragüense. Así, en carta a Marcelino Menéndez y Pelayo fechada en Madrid el 29 de agosto de 1892, es decir, en la época en que Darío visitaba por primera vez España, escribe: "Rubén Darío, tal vez el mejor y más original autor que hay ahora en América, está en España. Supongo que andará viendo ciudades y aún no habrá venido a Madrid, pues o hubiera acudido a verme en mi casa, o yo, que le he buscado por las fondas, hubiera dado ya con él" (en Oliver Belmás 1968: 181). Unos meses después, con fecha 18 de septiembre, vuelve a escribirle a Menéndez y Pelayo: "y dos chichitos: el delegado del Ecuador en la Exposición, que es un majadero benigno, y Rubén Darío, de cuyo poderoso y originalísimo ingenio me convenzo más cada día. Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí, sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo, y además no lo diré imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semi-español, semi-indio. ¡Cómo se contrapone al otro chichito, cuyos versos son una decimaquinta dilución de Bécquer, en líquida tontería! Y ya en Bécquer había algo de dilución de Heine. Mientras que en Rubén Darío hay, sobre el mestizo de español y de indio, el extracto, la refinada tintura del 'parnasiano', del 'decadente' y de todo lo novísimo de extranjis, de donde resulta, a mi ver, mucho de insólito, de nuevo, de inaudito y de raro, que agrada y no choca porque está hecho con acierto y buen gusto. Ni hay tampoco afectación, ni esfuerzo, ni prurito de remedar, porque todo en Darío es natural y espontáneo, aunque primoroso y como cincelado. Es un muchacho de veinticuatro a veinticinco años, de suerte que yo espero de él mucho más. Y me lisonjeo de que usted ha de pensar como yo cuando lea con atención o bien oiga lo que escribe este poeta en prosa y en verso. Y no me ciega ni me seduce su facha, que no es todo lo buena que pudiera ser, ni su fácil palabra porque es encogido y silencioso" (en Oliver Belmás 1968: 182). Darío dedica a Valera el poema "Tutecotzimí", escrito en 1890 y publicado originalmente en enero de 1892 en *La Revista de Costa Rica*, recopilado luego en *El canto errante* (1907). El nicaragüense volverá a encontrar a Valera, ya casi sin vista, durante su viaje a España en 1898 (ver *infra*, capítulo L, y *España contemporánea* [1901b: 66]).

148 Juan Guadalberto o Gualberto López-Valdemoro de Quesada (1855-1935), VI conde de Donadío de Casasola y de las Navas, fue un polígrafo, catedrático y

académico de la Real Academia Española. Se desempeñó como bibliotecario mayor de Alfonso XIII en la Real Biblioteca de 1893 a 1931. Darío le dedica el artículo "El Conde de las Navas — Bibliotecario Mayor del rey Alfonso XIII", publicado el 3 de marzo de 1909 en *La Nación* e incluido en el volumen *Letras* (1911: 187-195).

149 Ricardo Martorell y Fivaller (1854-1907), quinto duque de Almenara Alta, fue diputado en el Congreso por el Partido Conservador.

150 Narciso Campillo y Correa (1835-1900), catedrático y escritor. Fue autor de una *Retórica y poética o Literatura Preceptiva*, publicada por primera vez en Madrid en 1872 y utilizada en la enseñanza secundaria en España y en algunos países de América, entre ellos Argentina (ver Bentivegna 2018).

151 Miguel de los Santos Álvarez (1818-1892), escritor, periodista y diplomático español, formó parte de importantes cenáculos literarios donde trabó amistad con Espronceda, Mariano José de Larra y Juan Valera, entre otros.

152 Ricardo Palma (1833-1919) había sido enviado por el gobierno peruano como representante de su país a los festejos por el cuarto centenario de la expedición de Colón a América. El autor de las *Tradiciones peruanas* residió en España entre septiembre de 1892 y abril de 1893. Durante su estadía en Madrid asistió a las sesiones de la Real Academia para proponer, sin éxito, la inclusión de varias voces de uso en América ausentes del diccionario académico (ver Holguín Callo 2001: 104). Darío había conocido al escritor peruano durante el viaje de regreso de Chile a Nicaragua en 1888, cuando el barco que lo transportaba hizo una escala en Lima (hecho que, por cierto, el nicaragüense omite en la *Vida*). Escribió también una crónica de la visita a Palma en su despacho de la Biblioteca Nacional de Lima, de la que era director, publicada originalmente en la revista *El Perú ilustrado* en noviembre de 1890.

153 Tras la muerte del poeta español, Darío publicó sus impresiones en el artículo "Sensaciones literarias. Recuerdos de Zorrilla", aparecido en el número 24 (mayo de 1894) de la revista *Artes y Letras* de Buenos Aires (en Darío 1970: 85-87). En la crónica "La coronación de Campoamor" (*La Nación*, 6 de marzo de 1899, recogida en *España contemporánea*), Darío escribe sobre Zorrilla en términos casi idénticos a los que emplea aquí: "De los tres [Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor], el poeta más poeta fué, sin duda alguna, Zorrilla, 'el que mató á don Pedro y el que salvó á don Juan', poeta en su vida, poeta hasta su muerte en todo y por todo, á término de hacer oír un discurso en verso á los académicos de la Española; poeta delante del cadáver de Larra, poeta triunfante con su *Tenorio*, poeta cortesano del emperador de la barba de oro en Méjico; poeta ya viejo y necesitado, cuando Castelar sostuvo en las Cortes la urgencia de proteger con una pensión á esa viva reliquia gloriosa, á ese millonario de sueños y de rimas, propietario del cielo azul 'en donde no hay nada que comer'" (Darío 1901b: 63). Darío cita aquí las palabras de Castelar en la sesión de diputados del 14 de julio de 1883, en la que se debatió el otorgamiento de una pensión a Zorrilla: "No creo, pues, que ningún Diputado de esta Cámara se oponga á la proposición que de todos lados firmamos. En ello, señores, va un interés nacional; en ello está empeñado nuestro amor patrio. Si Zorrilla fuese un hombre de ahorro, de economía, de previsión, no sería poeta. Sabido es que cuando Dios creó el mundo, les entregó á unos hombres campos, á otros ganados, á otros cabañas, á otros fábricas y artefactos, y al pobre poeta le entregó el espacio azul, donde no hay nada que comer" (en Alonso Cortés 1920: 114).

154 La novelista Emilia Pardo Bazán (1851-1921), una de las figuras impulsoras del naturalismo en España, había publicado en 1886 su novela más famosa: *Los pazos de Ulloa*. La escritora recibió del rey Alfonso XIII el título de condesa en 1908. Darío vuelve sobre su figura en varias colaboraciones para el diario *La Nación* que confluirán en el volumen *España contemporánea*.

[155] Maurice Barrès (1862-1923), uno de los principales intelectuales del nacionalismo francés de signo católico. Su obra *Du sang, de la volupté et de la mort* (1894) recoge sus experiencias de viaje por España e Italia.

[156] Joaquina de Osma había nacido en 1853. Era, en consecuencia, veinticinco años más joven que su esposo.

[157] María Elena Luisa Amelia de Orleans (1865-1951), casada desde 1886 con Carlos de Braganza (1863-1908, Carlos I de Portugal a partir de 1889). El rey Carlos y su hijo Luis Felipe, príncipe heredero, fueron asesinados en Lisboa el 1º de febrero de 1908 por miembros del Partido Republicano.

[158] Fernando Cruz (1845-1901), poeta y político guatemalteco.

[159] José Canalejas Méndez (1854-1912), abogado y político español regeneracionista. Fue presidente del Consejo de Ministros entre 1910 y 1912.

[160] José María de Heredia (1842-1905), poeta de expresión francesa nacido en Cuba y muerto en Houdan, Francia. Autor central del movimiento parnasiano, su obra más conocida es el poemario *Les Trophées* (1893), que incluye un poema ("L'Ancêtre") dedicado a Pedro de Heredia, miembro de la expedición de Hernán Cortés a México y fundador de la ciudad de Cartagena de Indias en la actual Colombia.

[161] Claudius Popelin (1825-1892), poeta, grabador y pintor francés. En 1868 pintó un retrato de José María de Heredia como su antepasado Pedro de Heredia.

[162] Rafael Núñez Moledo (1825-1894) fue cuatro veces presidente de Colombia. Además de obras de carácter jurídico e histórico, publicó algunos volúmenes en los que se recoge su producción poética. Como recuerda Darío en estas páginas, gracias a sus gestiones obtuvo el cargo de cónsul de Colombia en la ciudad de Buenos Aires. En el número 11 de la revista *Artes y Letras* (11 de febrero de 1894), Darío reseñó elogiosamente la poesía de Núñez ("Prometeo (de Rafael Núñez). Versos de un presidente poeta"; en Darío 1970: 81-87). En ocasión del fallecimiento del expresidente, Darío publica una necrológica en *La Nación* el 22 de septiembre de 1894 y escribe el poema "En la muerte de Rafael Núñez", aparecido en la *Revista de América* de Buenos Aires (1º de octubre de 1894). Este último texto fue luego incorporado a la sección "Los cisnes" del volumen *Cantos de vida y esperanza*.

[163] Miguel Antonio Caro (1843-1909), gramático y latinista, fue autor (junto con Rufino José Cuervo) de una *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano* (1867). Cofundador y director de la Academia Colombiana de la Lengua, fue además presidente de Colombia entre 1892 y 1898, cuando Darío ejerció el cargo de cónsul de ese país en Buenos Aires.

[164] Vicente Navas Fonseca (1837-1892), ministro del gobierno de Joaquín Zavala, falleció en París el 4 de octubre. Sus restos arribaron a Corinto el 26 de enero de 1893 y esa misma noche "fue objeto de una velada fúnebre en la Universidad de León [...]. Y Darío participó en ella con los versos 'En elogio a don Vicente Navas' (*El Monitor Occidental*, León, 5 de febrero, 1893)" (en Darío 2002: 51).

[165] Federico Gamboa Iglesias (1864-1939), escritor y diplomático, considerado uno de los iniciadores del naturalismo en México. Formó parte de la legación mexicana en Argentina, en donde conoció a Darío. En 1910 fue uno de los organizadores del Centenario de la independencia mexicana, al que Darío se referirá más adelante (cap. LXV). Sus *Diarios* abarcan siete volúmenes, el primero de los cuales se publicó en 1908.

[166] Se trata de su casamiento con Rosario Murillo (la "garza morena"), que tuvo lugar en Managua dos meses después de la muerte de Rafaela Contreras, su primera esposa. Esta unión, que Darío calificaría más adelante como forzada, impidió la formalización matrimonial de su vínculo con la española Francisca Sánchez del Pozo.

[167] Gonzalo de Quesada (1868-1915), nacido en La Habana, se mudó de niño con su familia a Nueva York. Estudió en la Universidad de Columbia. Muy ligado a Martí y comprometido con la lucha por la independencia de Cuba, fue nombrado en 1900 Comisionado Especial de la nueva república ante los Estados Unidos y luego embajador en ese país.

[168] De orientación liberal, *La Opinión Nacional* se funda en Caracas en 1870. Entre 1881 y 1882, Martí publicó allí varios artículos bajo la rúbrica "Sección constante". Por su parte, el periódico mexicano *El Partido Liberal* recibió contribuciones de Martí a partir de 1886, gracias a las gestiones de Manuel Mercado. En sus páginas apareció, el 30 de enero de 1891, el ensayo "Nuestra América", que había salido originalmente el 1º de enero en la *Revista Ilustrada* de Nueva York (ver Argüelles Espinoza 1998: 605).

[169] La bibliografía sobre las relaciones entre José Martí (1853-1895) y Rubén Darío es prolífica, por lo que solo señalaremos aquí algunos momentos importantes de la huella dejada por el escritor cubano en la producción dariana. Antes de su encuentro en Nueva York, el nicaragüense ya se había referido a Martí en el artículo "La literatura en Centro América", aparecido en 1888 (mismo año de la publicación de *Azul...*) en la *Revista de Artes y Letras* de Santiago de Chile (en Darío 1934: 186-201). Dice allí: "Hoy ese hombre [Martí] es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América; porque su pluma es rica y soberbia; porque cada frase suya, si no es de hierro, es de oro, o huele a rosas, o es llamarada; porque se fué a ese gran país de los yankees y ahí escribió en correcto inglés en *The sun* donde Dana le estima; porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano o una lámina de plata o un estampido. A veces, un titán coge un hacha gigantesca y destronca una selva. Los árboles que caen espantan el silencio solemne. Mas cuando el poeta en prosa os habla del amor, ¡oh lectores!, o del arte, o de todo lo del alma que es cándido y sensible, oiréis un harpa eolia o el arrullo de un coro de palomas" (Darío 1934: 201). En 1892, además, había dedicado a Martí el artículo "La risa", publicado en *La Nación* el 25 de agosto. Ya instalado en Buenos Aires, Darío escribe para ese mismo periódico su texto más conocido sobre el cubano, la semblanza aparecida el 1º de junio de 1895 e incorporada luego a la edición en volumen de *Los raros* (1896). Hacia el final de su vida, en 1913, el nicaragüense dedica a Martí otros cuatro artículos (siempre en *La Nación*), publicados el 29 de mayo, el 3 y el 10 de junio y el 8 de julio. La serie se titula "José Martí, poeta" y, significativamente, aparece al mismo tiempo que Darío daba a conocer en el diario de Buenos Aires los textos que serían agrupados de manera póstuma bajo la rúbrica de "Historia de mis libros".

[170] Nicanor Bolet Peraza (1838-1906) fundó en Nueva York las publicaciones periódicas *La revista ilustrada* y *Las tres Américas*.

[171] Néstor Ponce de León (1837-1899), abogado y periodista, desde 1869 exiliado en Estados Unidos por su compromiso con la independencia de Cuba. En Nueva York fundó la Junta Central Revolucionaria de los emigrados cubanos. En 1893 publicó un *Diccionario tecnológico inglés-español y español-inglés*. Benjamín Guerra (1855-1900), miembro del Partido Revolucionario Cubano, del que fue designado tesorero. El doctor Ramón Miranda (1836-1910) se exilió en Nueva York en 1874, donde fue médico personal y de confianza de José Martí.

[172] Darío se refiere a la "Oda al Niágara", compuesta en 1824 por el poeta cubano José María Heredia (1803-1839).

[173] Auguste Désiré Garnier (1812-1887), director de la librería y la editorial que lleva su nombre, jugó un rol fundamental en la difusión de la literatura en lengua española del período. "Los hermanos Garnier, que tenían el suculento monopolio de la edición escolar en Hispanoamérica, apadrinaron el nacimiento de

célebres colecciones como la Biblioteca de la Mujer, Biblioteca Poética, Biblioteca de las religiones, Biblioteca Selecta para los Niños y Biblioteca Selecta para la Juventud, Biblioteca Contemporánea, Biblioteca de Novelistas o los difundidos Manuales Garnier. [...] Beneficiadas por la adquisición del prestigioso fondo editorial de Vicente Salvá, estas colecciones ofrecían a los lectores hispanos obras de la literatura clásica, manuales pedagógicos y de divulgación científica e histórica y, fundamentalmente, diccionarios y libros religiosos, ya sea en ediciones originales, ya sea mediante las traducciones realizadas por un grupo de hombres de letras vinculados a la empresa, como L. García Ramón, E. Gómez Carrillo, L. Ruiz Contreras, los hermanos Machado, G. Aguado de Lozar, M. Zerolo, Nicolás y Patricio Estévanez, I. López Lapuya, T. Salvochea, el citado M. de Toro y Gómez o E. Pastor y Bedoya, a los que se unen otros colaboradores dedicados a tareas en gran medida anónimas, sobre todo cuando se trata de la realización de grandes proyectos colectivos como el conocido *Diccionario Enciclopédico de la lengua castellana* editado por los hermanos Garnier en l895, y en cuya redacción participaron numerosos escritores hispanohablantes emigrados en París" (Fernández 1999: 605). En la casa Garnier, Darío publicó *España contemporánea* (1901), *La caravana pasa* (1902) y *Letras* (1911). Sobre Enrique Gómez Carrillo, ver nota 120.

174 Alejandro Sawa Fernández (1862-1909) residía en París desde 1889. Trabajó para la editorial Garnier y frecuentó a escritores relacionados con el simbolismo y el decadentismo. Reinstalado en España en 1896, se dedicó fundamentalmente al periodismo y la traducción. Arquetipo de la bohemia madrileña de fines de siglo XIX, el personaje Max Estrella en la pieza teatral *Luces de Bohemia* de Ramón del Valle-Inclán está inspirado en Sawa (allí Darío aparece también como personaje; ver nota 342). Desde que se conocieron en París, las relaciones entre Sawa y Darío fueron frecuentes, aunque no exentas de conflictos y reproches. En 1908, por caso, Alejandro Sawa reclamó a Darío el pago por la escritura de al menos ocho crónicas publicadas en *La Nación* con la firma del nicaragüense: "En una carta dirigida a RD, escrita en Madrid el 14-07-1908, Alejandro Sawa afirma: 'Desde el mes de abril hasta el mes de agosto de 1905, yo he escrito por encargo tuyo hasta ocho cartas (de las cuales conservo en mi poder seis) que han aparecido con tu firma en el periódico de Buenos Aires *La Nación*, en las fechas y con los títulos siguientes: Abril, 'Semana Santa en Madrid'[;] 21 mayo, 'La cuna del manco'[;] 3 junio, 'Alfonso XIII'[;] 13 junio, 'En la Academia Española, el inmortal señor Ferrari'[;] 24 julio, 'La anarquía española'[;] 28 julio, 'La anarquía española". Y continúa reclamando el pago completo de las mismas, ya que 'esos artículos, por su extensión, por ser yo el autor de ellos y por la importancia del periódico donde se publicaron, valen cien pesetas cada uno, aplicándoles una evaluación modesta'. La carta se ha citado en varios lugares, y últimamente en el estudio preliminar de Iris M. Zavala a *Crónicas de la bohemia* de Alejandro Sawa (2008: XLVIII). En la introducción al mismo libro (LXXXIX-XCIII), Emilio Chavarría presenta una discusión amplia del asunto, con el resultado de que, a excepción de 'Semana Santa en Madrid', crónica no localizada, las otras deben considerarse, en sus partes esenciales, como textos de Alejandro Sawa. Por lo demás, el mismo RD presenta las dos crónicas sobre la anarquía española como entrevistas a Sawa, lo cual le permite distanciarse de las ideas revolucionarias expresadas en ellas" (Schmigalle y Caresani 2017: 62-63). En el Archivo "Rubén Darío" de la Universidad Complutense de Madrid se conserva una carta de Valle-Inclán a Darío en la que el escritor gallego le anuncia la muerte de Sawa y el proyecto de publicar en algún momento su libro de memorias: "Querido Darío: Vengo á verle después de haber estado en casa de nuestro pobre Alejandro Sawa. He llorado delante del muerto, por él, por mí y por todos los pobres poetas. Yo no puedo hacer nada, usted tampoco, pero si nos juntamos unos cuantos algo podríamos hacer. Alejandro deja un libro inédito. Lo mejor que ha escrito. –Un diario de esperanzas y tribulaciones–. El fracaso de todos sus intentos para publicarlo, y una carta donde le retiraban una colaboración de sesenta pesetas que tenía en *El Liberal*, le volvieron loco en los últimos días. Una locura

desesperada. Quería matarse. Tuvo el final de un rey de tragedia – Loco Ciego y Furioso" (Archivo "Rubén Darío" de la Universidad Complutense de Madrid, número de documento: 2036). En 1910 se publica en Madrid el volumen de Sawa *Iluminaciones en la sombra* con un prólogo de Rubén Darío, quien contribuyó además a la edición con cincuenta pesetas (Oliver Belmás 1968: 235).

175 Eugène Carrière (1849-1906), artista francés vinculado al simbolismo, pintó en 1890 un famoso retrato de Paul Verlaine que Darío incluyó en la segunda edición de *Los raros* (1905; ver Caresani 2017a: 135)

176 "Pauvre Lelian" es el acrónimo de Paul Verlaine (1844-1896) que el escritor francés usa para referirse a sí mismo en su libro *Les poètes maudits* (1884). En ocasión de su muerte, Darío publica como parte de la serie "Los raros" una necrológica en *La Nación* (10 de enero de 1896) y escribe un "Responso" para el número 10 de la revista *Argentina*, incluido luego en *Prosas profanas* (1896). Años más tarde, también en las páginas de *La Nación*, Darío entrega otras crónicas sobre el autor de las *Fiestas galantes*: "La vida de Verlaine. Realidad y leyenda" (1° de septiembre de 1907; luego en *Todo al vuelo*, de 1912) y "La glorificación de Paul Verlaine" (22 de junio de 1911). "Gaspard" es Kaspar Hauser, el conocido "joven salvaje" que en 1828 apareció en la ciudad de Núremberg tras haber vivido en cautiverio desde su infancia, sin contacto con el mundo exterior ni diálogo con ninguna otra persona. En 1881 Verlaine había escrito su "Gaspar Hauser chante", incluido en *Sagesse*. En su reseña de *Los raros*, Paul Groussac afirma que el nicaragüense había llegado a Buenos Aires "como canta el Gaspar Hauser de Verlaine". Darío se identifica en ocasiones con este extraño personaje, por ejemplo en la "Epístola a la Señora de Lugones" (allí se refiere a sí mismo como "hermano triste de Gaspar Hauser") o en el primer capítulo de "El oro de Mallorca" (ver Arellano 2012: 181-183).

177 Charles Morice (1860-1919) siguió de cerca la producción de los simbolistas desde las páginas de diferentes periódicos franceses, en especial *Lutèce*. En 1888 publicó un volumen sobre Verlaine y en 1889 su ensayo más conocido, *La littérature de tout à l'heure*.

178 Se trata de los poemas incluidos en la sección "Échos" de *Azul…*: "À Mademoiselle…", "Pensée" y "Chanson crépusculaire". La segunda edición de este libro, con las cartas de Juan Valera como prólogo, se publicó en 1890 en Guatemala.

179 Jean Moréas (1856-1910), cuyo verdadero nombre era Ioánnis A. Papadiamantópoulos, es el autor del manifiesto simbolista publicado en el diario *Le Figaro* en 1886. Darío le dedica un artículo en *La Nación* el 21 de agosto de 1893 con el título "Poetas jóvenes de Francia — Jean Moréas — Su vida y sus obras — Fragmento inédito", que será incluido en la edición de *Los raros* de 1896. El 1° de octubre de 1903, también en las páginas de *La Nación*, Darío consagra otro artículo a Moréas, incorporado luego a *Opiniones* (1906): "¿Cómo conocí á Moreas? Gómez Carrillo trabajaba entonces en casa del temible editor Garnier, y yo lo veía con la frecuencia que deseaba. El era ya gran conocedor del barrio Latino y muy mezclado á la entonces hirviente bohemia intelectual de *La Plume*. Conocía á casi todos los miembros de los cenáculos de la época; sabía yo su intimidad con Verlaine, Tailhade y otros. Así, cuando un día se me apareció y me dijo: 'Esta noche lo espera Moreas; vendré á buscarlo', se lo agradecí muy vivamente. Esa noche me esperaba Moreas y Carrillo fué á buscarme. Encontramos al poeta del *Pelerin Passionné* en un café del barrio, creo que en el Vachette. Estaba á su lado su entonces compañero menor y ayudante en sus líricas campañas, Maurice Duplessis. Y encontré á un Moreas sereno, sonoro, admirable parlante, amable, noblemente fraternal, sin buscar ni admitir la familiaridad cara á los irreflexivos y á los insensatos. Y como le dijese que el holandés Bijvanck acababa de publicar un libro en que se trataba de la leyenda moreana —vanidad cómica, frases asustadoras, autolatría—, me dijo simplemente con su voz de bronce del profesor de Hilversum: 'Ce monsieur est un imbécile!' Hablamos toda esa noche de arte, de

ideal, de belleza —es decir, él habló... Como cerraron el Vachette, nos fuimos á otra parte, y luego á otra. A las seis de la mañana estábamos comiendo almendras verdes en los Halles... Todo eso es el pasado —¡ah!, como mi fresca juventud" (Darío 1906: 80-81; ver Schmigalle 2011: 563-599).

[180] Moréas define las características de la Escuela Romana en varios textos programáticos aparecidos en el diario *Le Figaro* entre 1891 y 1892. En uno de ellos, publicado el 14 de septiembre de 1891, afirma: "La *Escuela romana francesa* reivindica el principio greco-latino, principio fundamental de las Letras francesas que floreció en los siglos XI, XII y XIII con nuestros trovadores, en el XVI con Ronsard y su escuela, en el XVII con Racine y La Fontaine. En los siglos XIV y XV, así como en el siglo XVIII, el principio grecolatino deja de ser una fuente viva de inspiración y se manifiesta solamente mediante la voz de algunos excelentes poetas, como Guillaume de Machaut, Villon y André Chénier. El romanticismo fue el que alteró este principio tanto en la concepción como en el estilo, escamoteando así a las Musas francesas su herencia legítima. [...] la *Escuela romana francesa* reanuda la 'cadena gálica' rota por el Romanticismo y por su descendencia parnasiana, naturalista y simbolista. Ya he explicado en otra parte por qué me separo del simbolismo (que he inventado un poco). El simbolismo, que solo tenía interés como fenómeno de transición, está muerto. Necesitamos una poesía franca, vigorosa y nueva, en una palabra, vuelta a la pureza y dignidad de su ascendencia. Con este noble objetivo los poetas Maurice du Plessys, Raymond de La Tailhède, Ernest Raynaud y el erudito crítico Charles Maurras se han acercado a mí, no como 'escolta', sino por haber encontrado en mi *Pèlerin passionné* las aspiraciones de su raza y nuestro común ideal de Romanidad" (*Le Figaro*, 14 de septiembre de 1891, p. 1; nuestra traducción). Charles Maurras (1868-1952) fue el intelectual más influyente del nacionalismo integral francés. Nacido en Martigues, en la región de Provenza, en sus inicios como escritor estuvo muy ligado al Félibrige, el grupo nucleado en torno al poeta Frédéric Mistral. En 1890, junto con Jean Moréas y Ernest Raynaud (1864-1936), funda –como consigna Darío– la Escuela Romana que, en polémica con el simbolismo, exalta la claridad mediterránea y la belleza neoclásica. Más tarde, hacia 1896, Maurras se convierte en partidario de la monarquía y, en 1905, funda la "Liga de Acción Francesa", uno de los movimientos políticos de la derecha europea de la época con potentes proyecciones en América Latina.

[181] "¿Qué se sabe, por ejemplo, de Maurice du Plessys, 'extraño y noble poeta francés', 'inolvidable amigo y admirador de Darío' según Arturo Marasso (1954: 206, 367)? Fue un personaje curiosísimo este defensor de la cultura greco-latina, poeta arcaico en plena época modernista, que escribió una buena parte de su obra en dialectos medievales y buscaba reconstruir las partes que faltan en la *Chanson de Roland*. Discípulo de Jean Moréas, fue más fanático que su maestro en la defensa de la Escuela romana. Allegado estrictamente a la tradición, al orden, a la autoridad, no consiguió a pesar de ello ningún apoyo oficial, y se mantuvo más alejado del mundo literario que el mismo Darío. Nació en París y allí vivía como en un exilio interior; llegó a ser tan pobre que Darío tuvo que prestarle dinero... Entre los estudiosos darianos, sólo Arturo Marasso y Edelberto Torres lo mencionan brevemente. Y sin embargo, los elementos no faltan para esbozar el perfil biográfico del poeta francés y sus relaciones con el nicaragüense" (Schmigalle 2010: 150). El poeta argentino a quien Darío no nombra es Leopoldo Lugones, según una carta que du Plessys le escribe al nicaragüense: "Acabo de separarme de Lugones. Me había invitado esta mañana para venirlo a visitar a las 4: esto en respuesta a una carta que le había hecho entregar anoche en Lutetia, carta para reemplazar a mi mujer que por la tarde no pudo, por la debilidad de sus pobres piernas, hacer a Lugones la visita que habíamos planificado en presencia de usted, ayer por la mañana. Lugones me entregó el dinero. Me invitó a visitarlo en su hotel en cualquier momento para 'hablar un poco de literatura': un placer

que aprovecharé sin falta en unos 3 ó 4 días, como ha sido acordado con él" (en Schmigalle 2010: 156, nota 4).

[182] Julio Bañados Espinosa (1858-1899) fue ministro del Interior durante la presidencia de Balmaceda; tras la guerra civil de 1891 se instaló en Francia. Darío le dedica la crónica "Bañados Espinosa" aparecida en *El Heraldo de Costa Rica* el 23 de marzo de 1892 (en Steiner Jonas 1987: 75-77; Darío 1950-1955: t. IV, 1153-1156).

[183] Aurelien Scholl (1833-1902), periodista y cronista, además de autor dramático.

[184] Sobre las relaciones entre Darío y la actriz y cantante activa en el París de la década de 1890 (cuyo *nom de guerre* remite a un drama de Victor Hugo), ver Schmigalle (2017: 61-76).

[185] Por entonces, Tible Machado era representante diplomático de Guatemala en Francia.

[186] Piquet publicó su saludo en *La Nación* el 14 de agosto de 1893: "*Rubén Darío. Bienvenido*. Desde ayer se encuentra en Buenos Aires en el hotel Frascati e invistiendo el cargo de Cónsul General de Nicaragua (*sic*), nuestro distinguido colaborador Rubén Darío. [...] Buenos Aires, que es artista por más que se la tache de comercial y prosaica; Buenos Aires, que ha modelado su espíritu sobre el de París, en seguida descubrió en el autor de *Azul*... al primer artista que en lengua castellana escribía páginas llenas de impresiones frescas, esmaltadas y buriladas con el primor y la delicadeza de matices que tanto admira en Daudet, en Catulle Mendès, en Flaubert, en Zola y en los incomparables Goncourt" (en Darío 1968: 27).

[187] Es probable que Darío se refiera a la nota en el diario *La Prensa* que saludó su llegada a Buenos Aires. Es un texto sin firma que Edelberto Torres (1982) atribuye a Joaquín V. González, colaborador habitual del periódico: "El celebrado autor de *Azul*, el joven y notable escritor centro americano que ha llamado la atención de viejos veteranos de las letras en España, como Valera y otros, es desde hace poco nuestro huésped. Viene nombrado cónsul general de la República de Nicaragua, y por cierto es una gran noticia para nuestro mundo literario y social la presencia de este brillante talento en nuestra capital. Desde España hemos estado recibiendo el eco de sus inspiraciones, de sus formas decadentes y radiantes, como las de un artífice que modela flores de mármol y de oro y teje encajes de nubes y de rayos de sol. Ya tendremos ocasión de leer producción suya nueva y fresca, inspirada por el cielo y los ríos argentinos, y en breve va a ser tan nuestro como nacido aquí, porque su espíritu se asentará como ave que ha encontrado el clima propicio, en medio de la culta sociedad de Buenos Aires. Su llegada, anunciada hace tiempo, es una buena nueva, y un motivo más para solidarizar la obra creciente de la literatura americana, que sólo necesitó amor y sentido del arte para salir con alas poderosas de su crisálida. Damos la bienvenida al joven y ya célebre escritor" (*La Prensa*, 16 de agosto de 1893, p. 6).

[188] Rafael Obligado (1851-1920), escritor y académico argentino. Estimado por la crítica de la época (sobre todo por Calixto Oyuela y Ernesto Quesada), había publicado en 1885 su poema *Santos Vega*. Cuando Darío llega a Buenos Aires, estaba en la cúspide de su fama literaria.

[189] Juan José García Velloso (1849-1907), nacido en Cádiz o en Pamplona, había llegado a la Argentina a comienzos de la década de 1880. Se dedicó a la poesía y, fundamentalmente, a la educación como Inspector general de Enseñanza y como profesor de literatura. En este ámbito publicó *Gramática de la lengua castellana* (1897) y *Lecciones de literatura española y argentina* (1900) (ver Bentivegna 2018).

[190] Calixto Oyuela (1857-1935) era considerado uno de los críticos más sólidos en el ámbito de las letras argentinas. De filiación hispanista y católica, tuvo una influencia muy marcada en el desarrollo de los estudios literarios de la época por su actividad como docente en el Colegio Nacional de Buenos Aires y más tarde en la Facultad

de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue muy severo desde un principio con el modernismo. Prueba de ello es la conferencia que dictó en 1894 como presidente del Ateneo de Buenos Aires sobre "La raza en el arte", que termina con una alusión a los decadentes franceses y sus admiradores americanos: "Por último, revientan en París cuatro escritores estrafalarios, poetas de pura superficie, que han descubierto el secreto de serlo sin necesidad de tener alma ni buen sentido, que enarbolan como bandera y aceptan orgullosamente por mote lo que en todas partes donde hubo arte verdadero y gente cuerda pasó siempre por envejecimiento y anemia: la decadencia; y ya tenemos en ciertas partes de América (aquí todavía no, por fortuna) una insufrible plaga de decadentes imberbes" (Oyuela 1943: 219). Ya muerto Darío, en 1919, publicará su monumental *Antología poética hispanoamericana* y, a partir de 1931 y hasta su muerte, será el primer director de la Academia Argentina de Letras (ver Bentivegna 2018).

[191] Alberto del Solar (1860-1920), militar y diplomático radicado desde 1892 en Buenos Aires, se abocó a la actividad literaria como cronista, poeta y novelista y fue uno de los impulsores del Ateneo. Ernesto Mejía Sánchez sintetiza de esta manera las relaciones entre el escritor chileno y Darío: "En septiembre de 1897, en el prólogo de *El mar en la leyenda y en el arte*, obra de Alberto del Solar, Darío recuerda que 'le conocía de fama ha largo tiempo, desde cuando, mundano y diplomático, alternaba sus tareas de salones y cancillerías, con el cultivo de su pensamiento... desde cuando, allá en París, unía su nombre al de su amigo ilustre Juan Montalvo, en un incidente que más tarde haríale escribir una de sus mejores novelas.' Este conocimiento literario se remonta a los años de Darío en Chile, pues diez años atrás, en el tomo II de *El Espectador*, de Juan Montalvo (París, 1887), se publica en primer término 'Los matrimonios delayados', en que se cuenta el revuelo que causó un escrito de Alberto del Solar 'contra los hispanoamericanos que traían a sus hijas a buscar marido en París', asunto que iba a culminar en duelos y que felizmente terminó en la publicación de 'una de sus mejores novelas': *Rastaquouére. Ilusiones y desengaños de los sud-americanos en París* (Buenos Aires, 1890); pero Darío menciona además sus *Páginas de mi diario de campaña* (1886); *Huincahual* (1888); *Contra la marea* (1894); y el ensayo sobre Dorrego" (Mejía Sánchez 1975: 124). Además del prólogo a *El mar en la leyenda y en el arte* (1897), el nicaragüense también dedica a del Solar "Historia de mar", cuento aparecido en el semanario *El mundo* de México el 19 de junio de 1898 y recuperado por Mejía Sánchez (1975). En ocasión de su nombramiento como miembro correspondiente de la Real Academia Española, Darío publica en la revista *Mundial* una "cabeza" dedicada al escritor chileno, en la que afirma: "En las concentradas líneas de esta 'cabeza', no podría ni someramente juzgar ni presentar toda la obra ya numerosa de mi eminente amigo. Alguna vez —hace ya años— expresé mis elogiosos pensares en el prólogo de uno de sus libros. Hoy podría agregar que ha contribuido á la formación del teatro nacional argentino, con la presentación de más de una obra celebrada, á pesar de lo dificultoso de la empresa. De su comedia *El Dr. Morris* —que creo se ha representado también en inglés— decía el poeta Diez Romero [*sic*]: 'Es una de las obras de teatro más seductoras que se hayan representado en este país'. Y de *El faro*, *Chacabuco*, y otros trabajos, se han hecho los juicios más satisfactorios" (*Mundial magazine*, n. 28, agosto de 1913, pp. 328-329).

[192] Ver nota 165.

[193] Domingo Martinto (1860-1898), poeta, periodista y docente argentino, fue autor, entre otros textos, de *Poesías. 1880-1894*, editado en Buenos Aires en 1895 por la casa Jacobo Peuser con ilustraciones de Eduardo Sívori y prólogo de Calixto Oyuela. Francisco Soto y Calvo (1860-1936) fue autor del poema *Nastasio* (1899) que disparó el debate entre Rufino José Cuervo y Juan Valera en torno a la fragmentación futura de la lengua castellana (ver Ennis 2017: 197-227).

[194] Ernesto Quesada (1858-1934), jurista, historiador, catedrático, uno de los fundadores de la sociología en la Argentina. Cuando Darío reside en Buenos Aires,

Quesada está entregado a la investigación histórica, que desembocará en *La época de Rosas: su verdadero carácter histórico* (1899), considerado uno de los puntos de partida de la historiografía revisionista argentina. En 1904 fue designado titular de la primera cátedra de sociología en el país. Instalado durante muchos años en Berlín, legó su biblioteca y archivo personal al estado de Prusia. Sobre esa base se fundó en 1930 el Instituto Iberoamericano de la capital alemana.

195 Bartolomé Nicolás Mitre y Vedia (1845-1900), apodado "Bartolito", fue uno de los hijos del general Bartolomé Mitre y director de *La Nación* entre 1882 y 1893, cargo que alternó con su hermano Emilio.

196 Ver nota 35.

197 Tomás Ayón (1820-1887), historiador nicaragüense, autor de una *Historia de Nicaragua desde los tiempos más remotos hasta el año 1852* (1882-1889) "escrita por encargo expreso del presidente del gobierno don Joaquín Zavala", según se lee en la portada del primer volumen.

198 Tal vez Darío se refiera al historiador costarricense León Fernández Bonilla (1840-1887), autor de *Historia de Costa Rica durante la dominación española* (1881-1907) y de la *Colección de documentos para la historia de Costa Rica* (1889).

199 José Batres Montúfar (1809-1844), militar, político y escritor guatemalteco. El poema "El relox" que nombra Darío forma parte de la serie *Tradiciones de Guatemala*.

200 Darío dedicó varios artículos en *La Nación* a la tarea de Mitre (1821-1906) como historiador, traductor (de Dante y Horacio) y cultor de la filología de las lenguas americanas (ver, entre otros, "Una nueva traducción del Dante", publicado el 28 de agosto de 1894, y "La vida literaria — A propósito de los dos últimos libros del General Mitre", del 26 de enero de 1895). El 27 de junio de 1898, Darío escribe para *La Nación* el poema "Mitre" en homenaje al natalicio del fundador del periódico. Tras la muerte del expresidente argentino, compone, siempre para *La Nación*, una "Oda a Mitre" (10 de marzo de 1906) que se edita como volumen independiente en París (1906). Ambos textos conforman la sección "In memoriam Bartolomé Mitre" de *El canto errante* (1907). Cuando Darío regresa a Buenos Aires en 1912, lee en el Teatro Odeón la conferencia "Mitre y las letras", reproducida en *La Nación* el 1° de septiembre de ese año.

201 Enrique de Vedia (1867-1917), además de colaborar en *La Nación*, tuvo una larga actuación en el ámbito educativo. Fue rector del Colegio Nacional de Buenos Aires entre 1902 y 1911 y autor de varios manuales para uso en la educación secundaria en el área de literatura (ver Bentivegna 2018).

202 El genovés Giuseppe Ceppi (1858-1939), de formación castrense, participó en España de las guerras carlistas. Instalado en Buenos Aires, se dedicó al periodismo y llegó a ser vicedirector del diario *La Nación*. En 1886 publicó el libro de crónicas *Tipos y costumbres bonaerenses*. En 1893, con el pseudónimo Canta Claro, publicó en *La Nueva Revista* un artículo crítico contra Darío titulado "Rubén Darío. Los literatos jóvenes. Los críticos argentinos", al que respondió, en defensa del poeta nicaragüense, Julián Martel (ver nota 205; ver Arrieta 1961: 21).

203 Julio Piquet (1861-1944), nacido en Minas, Uruguay, se radicó en Buenos Aires e intervino de forma asidua en el diario *La Nación*, del que fue directivo y al que representó durante varios años en París. Mantuvo su amistad con Darío hasta la muerte del poeta, lo que se manifiesta en la nutrida correspondencia entre ambos. En 1912, el año en que Darío publicaba estas páginas en *Caras y Caretas*, Piquet escribió una breve semblanza del nicaragüense en el número de la revista *Ideas y figuras* dedicado al regreso del poeta a la Argentina: "Rubén Darío ha sido para las letras castellanas, como yo lo anuncié ya hace un cuarto de siglo, lo que fue Hugo para las francesas: un formidable forjador que, al par que ha dado formas ágiles, de inédita elegancia, al noble hierro de la prosa, ha llenado el espacio con inauditas

vibraciones, con prodigiosas chispas de pro, al golpe divinamente cadencioso de su martillo" ("Rubén Darío", *Ideas y figuras*, año IV, n. 17, agosto de 1912, p. 3). El poema "Año nuevo", incluido en *Prosas profanas*, está dedicado a él.

[204] En una semblanza sobre Darío recogida en su libro *Siluetas* (1931), Roberto Jorge Payró (1867-1928) describe al joven poeta nicaragüense en estos términos: "Rubén Darío era no sólo un gran artista, desde lo íntimo del alma, sino también un hombre bueno, casi estaría por decir una naturaleza angelical. No se le conoce una perfidia –y pérfidos fueron con él muchos amigos–, no envidió a nadie, él, que era de tantos envidiado" (en Carilla 1967: 23). El 14 de abril de 1894, Payró publicó en *La Nueva Revista* (año II, n. 15, pp. 193-194) un artículo sobre *Azul...* en el que fustiga la proliferación en Buenos Aires de los "decadentes" que se apoyan en dicho libro (ver Darío 1968: 29). El 1° de mayo de 1896, Darío escribe para *La Nación* el artículo "Introducción a *Nosotros* por Roberto J. Payró" sobre el primer capítulo de una novela del escritor que quedará inconclusa. Cuando en 1907 comienza a editarse la revista *Nosotros*, ese mismo texto fue reproducido en su número inicial. También en *La Nación* (16 de septiembre de 1911), Darío reseñó uno de los libros más conocidos de Payró: *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*.

[205] Julián Martel (1867-1896) murió cuando todavía no llegaba a los treinta años. Darío lo despidió con el texto "José Miró (Julián Martel) — † ayer en esta Capital — Recuerdo de amistad y compañerismo", publicado en *La Nación* el 10 de diciembre de 1896.

[206] Eduardo Holmberg (1852-1937), y no "Holemberg", médico, naturalista y escritor, considerado uno de los iniciadores de la literatura de ciencia ficción en castellano. Recorrió gran parte de Sudamérica (la Patagonia, en 1872; las provincias de Cuyo, el Chaco y el altiplano andino en 1877) realizando descripciones botánicas y zoológicas. En 1888 fue nombrado director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Su primera novela de anticipación, *El maravilloso viaje de Nic Nac*, fue publicada en 1875. Durante la permanencia de Darío en Buenos Aires se desempeñaba además como profesor de materias científicas en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Darío se refiere a Holmberg en un pasaje de su poema "Versos de Año Nuevo", fechado el 1° de enero de 1910: "Nuestro sabio barón tudesco / nos decía cosas profundas, / y en un lenguaje pintoresco / daba lauros y daba tundas" (Darío 2007b: 1163).

[207] Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917), naturalista y folklorólogo, uno de los fundadores de la etnografía y la arqueología argentinas. En 1904, ya con Darío fuera del país, fundó el Museo Etnográfico que forma parte de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y, en 1908, junto con su discípulo Salvador Debenedetti, halló el Pucará de Tilcara, uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de Argentina. Darío se refiere a Ambrosetti en el ya citado poema "Versos de año nuevo": "Aparecían por allí / Ambrosetti y Correa Luna, / ambos poseídos por una / palingenesia calchaquí" (Darío 2007b: 1163).

[208] Alberto Ghiraldo (1875-1946), poeta, publicista y editor de la obra de Darío. De filiación anarquista, escribió durante un tiempo en la revista ácrata *Martín Fierro* y fue editor del diario *La protesta*, el medio más influyente del movimiento en la Argentina. Fundó además la revista *Ideas y figuras*, desde la que organizó en 1912 un número especial de homenaje a Darío por su regreso a Buenos Aires. En 1916 llega a España, donde se convierte en editor literario. Allí emprende la publicación de las O*bras completas* de Rubén Darío para Mundo Latino, que quedarán truncas pero de las que aparecen veintidós volúmenes entre 1917 y 1919. En lo sucesivo, Ghiraldo asumirá un compromiso variable en los diversos proyectos que, en la primera mitad del siglo XX, intentarán una ordenación de las obras completas del nicaragüense. Ver al respecto Saavedra Molina (1946: 15-23) y Rivas Bravo (2006: 14). En 1895, Darío había prologado su volumen de versos *Fibras*; el texto de la presentación apareció el 30 de diciembre en *La Nación*.

[209] Manuel Argerich (1869-1909), escritor relacionado con el género chico. Es autor del libreto del sainete *Los consejos de Don Javier*, estrenado en el Teatro Apolo de Buenos Aires en 1892.

[210] Charles de Soussens (1865-1927), nacido en Friburgo, Suiza, llegó a Buenos Aires en 1888. Considerado el arquetipo del bohemio porteño de la época, escribió versos en francés que reunió en el volumen C*hâteau lyrique*, cuyos originales perderá en una mudanza. Darío le dedicó el poema "Esquela a Charles de Soussens" incluido en *El canto errante* (1907).

[211] José Ingenieros (1877-1925), uno de los fundadores de la sociología y de la historia de las ideas en la Argentina, nació en Palermo (Italia) con el nombre Giusseppe Ingegneri. Al momento de conocer a Darío, estudiaba medicina en la Universidad de Buenos Aires. De férrea formación positivista y cercano a las posiciones del Partido Socialista, Ingenieros fundó en 1897 junto con su amigo Leopoldo Lugones una de las revistas más radicalizadas de la época, *La Montaña*, en cuyo primer número Darío publica el poema "Metempsicosis" (incluido luego en C*antos de vida y esperanza*). Según el testimonio del propio Ingenieros, Darío participó también en la peña que el joven ítaloargentino organizaba en el edificio de las actuales Galerías Pacífico, llamada "La Syringa". En *La simulación de la locura* (1903), Ingenieros narra que, junto con Darío, convencieron a uno de sus pacientes psiquiátricos de que era el hermano de Isidore Ducasse, conde de Lautréamont. El episodio es analizado en términos de construcción de la pose modernista por Sylvia Molloy (2012: 76-77). A menudo, Darío usa la grafía italianizante "Ingegneros", adoptada por el propio autor en sus escritos de la década de 1890.

[212] José Pardo (¿?-1918) dirigió junto con Pedro J. Naón la revista *América* (1895) y junto con Emilio Berisso la revista *Atlántida* (1897). Ver Lafleur, Provenzano y Alonso (2006).

[213] Diego Fernández Espiro (1862-1912), entre sus libros de poesía se destaca *Patria* (1907).

[214] Antonio (o Antonino) Lamberti (1845-1926), nacido en Montevideo durante el sitio de la ciudad por las fuerzas de Rosas y Oribe, hijo de un miembro del cuerpo expedicionario italiano dirigido por Giuseppe Garibaldi. Luego de residir con su familia durante un tiempo en Italia, se instaló en Entre Ríos y, más tarde, en Buenos Aires. En 1895 acompañó a Darío en un viaje por la provincia de Buenos Aires, con estadías en Sierra de la Ventana y en la ciudad de Bahía Blanca. En 1896, Lamberti y Darío compusieron en colaboración dos textos poéticos: "Roma" y "Décima improvisada". Asimismo, Darío dedicó a Lamberti el poema "La página blanca", incluido en *Prosas profanas*, y "Urna votiva", en C*antos de vida y esperanza* (1905).

[215] El poema fue publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 24 de mayo de 1896.

[216] Rachilde, pseudónimo de la escritora francesa Marguerite Vallette-Eymer (1860-1943), casada desde 1889 con Alfred Vallette, fundador del *Mercure de France*. Darío dedica a Rachilde un artículo de la serie *Los raros*, publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 14 de febrero de 1895. Fue incorporado con el título "La anticristesa: Rachilde" en la primera edición en volumen (1896). El poeta traduce y comenta algunos pasajes de la carta mencionada en su crónica "Una carta de Rachilde" (*La Nación*, 14 de enero de 1897): "Madame Rachilde, la rara de mis *Raros* me ha dirigido una carta, en la cual, algunos párrafos, me incitan á los presentes comentarios. Rachilde ha conocido mi juicio sobre su complicada personalidad; y en el capítulo que á ella concierne en el libro, una parte hay que la ha hecho escribir la más femeninamente espiritual de las protestas. Por de pronto, se refiere á su 'rareza'. 'No soy tan rara, dice, puesto que no soy sino una mujer'. 'Hablo como siento, escribo como pienso y como lo hago sin ningún artificio, lo hago todo muy mal.' Llegáis a la gruta mágica; os extrañáis delante de los

misteriosos ojos de la sibila; Deifobe os contesta con una sencillez encantadora: 'Hablo como siento, vaticino lo que pienso; y como todo lo hago sin ningún artificio, lo hago todo muy mal'". La crónica venía ilustrada con un grabado de Rachilde por Augusto Ballerini.

[217] Revista histórica francesa fundada en 1672 con el nombre de *Mercure Galant*. Desde 1710 hasta 1825 llevó el título de *Mercure de France*. En 1890, por impulso de Alfred Vallette, comenzó a publicarse una nueva revista con ese nombre. A ella estuvieron ligados autores simbolistas y decadentes admirados por Darío como Jean Moréas, Remy de Gourmont y Albert Samain. El *Mercure de France* dejó de aparecer en 1965.

[218] Ver nota 162.

[219] Mariano de Vedia (1867-1941), periodista y político, fue elegido en varias ocasiones como diputado. En 1884 formó parte de la redacción de *La Nación* y luego encabezó el periódico *El Nacional*. Desde 1891 dirigió el diario *Tribuna*. Bajo el pseudónimo de "Juan Cancio" publicó una reseña sobre *Azul...* para *La Nación* el 30 de junio de 1889 (ver Barcia en Darío 1968: 21). Darío dedica a Juan Cancio el poema "Del campo", aparecido en *Tribuna* de Buenos Aires el 20 de septiembre de 1893 e incluido luego en *Prosas profanas* (1896).

[220] Carlos Vega Belgrano había sido presidente del Ateneo de Buenos Aires (ver nota 249) y director de la *Revista Nacional*, en cuyo número XVIII (1° de septiembre de 1893) Darío publicó "Era un aire suave...". En el número XIX de esa misma revista (1° de enero de 1894) aparece la semblanza de Edgar Allan Poe que luego se incluirá en *Los raros*. A Vega Belgrano está dedicado el poemario *Prosas profanas*.

[221] Darío se refiere a Des Esseintes, el protagonista de *À rebours* (título habitualmente traducido al español como *Al revés* o *A contrapelo*), novela de Joris-Karl Huysmans publicada en 1884 y considerada la más representativa de la prosa decadente. En su ensayo de *Los raros* dedicado a Max Nordau, Darío afirma: "por Huyssmans [*sic*], en fin, lleno de músculos y de fuerzas de estilo, que personificara en Des Esseintes el tipo finisecular del cerebral y del quintesenciado [*sic*], del manojo de vivos nervios que vive enfermo por obra de la prosa de su tiempo" (1896a: 126). Darío usa en ciertos casos el seudónimo Des Esseintes para firmar algunos artículos publicados en la prensa de Buenos Aires en la década de 1890, como los que integran la serie "Mensajes de la tarde" del diario *Tribuna* (ver Darío 1938b: 1-40).

[222] Remy de Gourmont (1858-1915), escritor cercano al movimiento simbolista, publicó poesía, relatos y crítica. En 1892 da a conocer uno de sus ensayos más importantes, *Le Latin mystique. Les poètes de l'antiphonaire et la symbolique au Moyen Âge*, con prólogo de Huysmans. En las "Palabras liminares" a *Prosas profanas* Darío alude a él: "Por la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente, en la cual impera el universal personaje clasificado por Remy de Gourmont con el nombre de *Celui-qui-ne-comprend-pas*. *Celui-qui-ne-comprend-pas* es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquouere" (1896b: VII-VIII). El 10 de septiembre de 1904 publica además en *La Nación* el artículo "La Francia que piensa — Remy de Gourmont" (luego en *Opiniones*, de 1906), en cuyo comienzo sintetiza su admiración por el escritor francés y destaca la huella que ha dejado no solo en su obra sino también en la de otros autores modernistas. Darío le dedica también un poema compuesto en Palma de Mallorca en 1907 e incluido luego en *El canto errante* ("A Rémy de Gourmont"), así como un parágrafo de la serie "Films de París" ("Rémy de Gourmont y la gloria", *La Nación*, 19 de junio de 1910). Este último texto se integra (de manera incompleta, debido a una errata) al volumen *Todo al vuelo* (1912).

[223] José Enrique Rodó (1871-1917) fue uno de los críticos americanos más atentos a la producción dariana. En 1899 publicó un opúsculo dedicado a *Prosas profanas*

(*Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra*) en el que se encuentra la famosa sentencia: "No, no es un poeta de América". Darío incluyó dicho ensayo como presentación de la segunda edición de *Prosas profanas* (1901), pero en esa ocasión el texto fue publicado sin la firma del autor uruguayo. Posteriormente, Darío dedicó a Rodó uno de sus poemas más célebres, el que abre C*antos de vida y esperanza* (al respecto, ver Molloy 1988), así como una de las "cabezas" que escribía para la revista *Mundial* (n. 9, enero de 1912, pp. 232-234).

[224] El poema, fechado en el Tigre Hotel en diciembre de 1894, se publicó en *La Nación* el 7 de diciembre de ese mismo año con el título "Divagación: A la desconocida". Llevaba como dedicatoria: "Para el maestro Gabriele D'anunzio [*sic*]. En Nápoles".

[225] El fragmento proviene de la obra de Rodó, *Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra* (1899: 31; también en Darío 1901a: 20-21). "Sonatina" apareció en *La Nación* el 17 de junio de 1895, dedicado "A la Desconocida".

[226] Ver capítulo XXIV y siguientes.

[227] En la primera edición de *Prosas profanas*, el poema "Blasón" (que desarrolla la imagen del cisne) está dedicado a la condesa belga Jehanne de Clérembault de Soer (1845-1919), quien se casó con el diplomático e historiador costarricense Manuel María de Peralta y Alfaro (1847-1930), segundo y último conde de Peralta. La pieza fue publicada originalmente en *La Revista Ilustrada de Nueva York* en mayo de 1893, sin especificar el nombre de aquella a quien iba dirigida.

[228] Darío se refiere a su poema "El faisán", sobre el cual escribe Rodó: "La estrofa de Brizeux, el monorrimo ternario de los himnógrafos medioevales—castellanizado en *El Faisán* de manera propia para hacerle quedar, de esta vez para siempre, entre las copas y los tirsos de nuestra métrica,—se rinde blandamente para recibir en su seno este oro líquido, excitador y dulce. Describe el poeta, con un vocabulario que se diría seleccionado en un taller de mosaístas curiosos, la escena, acompañada musicalmente, por la triunfante sinfonía del carnaval, zahumada por los aromas de los vinos, las rosas y las fresas, y presidida por el ave de oro, símbolo de la mesa exquisita. Él nos cuenta que vestía en aquella noche de máscaras la vestimenta blanca de Pierrot; y la melancolía final que suena, como una espuma que se apaga, en estos monorrimos lujosos, se parece a la palidez del enharinado *gourmand*" (1899: 38-39; en Darío 1901a: 24-25).

[229] Catulle Mendès (1841-1909), importante figura del parnasianismo francés, tuvo una influencia fundamental en Darío, sobre todo en los textos en prosa que forman parte de *Azul...* Pese a ello, su semblanza no está incluida en *Los raros*. Durante su estadía en Chile, Darío publica un artículo dedicado a Mendès en el periódico *La Libertad Electoral* ("Catulo Mendez. Parnasianos y decadentes", 7 de abril de 1888; en Darío 1934: 166-171). Además, uno de los medallones de *Azul...* está consagrado al escritor francés. En ocasión de la muerte de Mendès, Darío publicó una nota necrológica en *La Nación* del 31 de marzo de 1909: "Cuando comencé á dar á mis ansias artísticas, hace ya cerca de veinticinco años, los nuevos rumbos que habían de traerme en América y en España tantos amigos y enemigos,—'todo buena cosecha'—uno de mis maestros, uno de mis guías intelectuales, después del gran Hugo—el pobre Verlaine vino después—fué el poeta que de modo tan horrible ha muerto, tras vivir tan hermosamente: Catulle Mendès. Su influencia principal fué en la prosa. En algunos cuentos de 'Azul'... y en otros cuentos y artículos no coleccionados y que aparecieron en diarios y revistas de Centro América y de Chile, puede notarse la tendencia á la manera mendesiana, del Mendès cuentista de cuentos encantadores é innumerables, galante, finamente libertino, preciosamente erótico". La necrológica fue recopilada luego en el volumen *Letras* (1911: 165-175).

[230] La versión que aquí se reproduce altera el poema "Cosas del tiempo" de Ramón de Campoamor, compuesto de una única cuarteta e incluido en el volumen *Doloras*

y poemas (1892): "Pasan veinte años, vuelve él, / Y al verse, exclaman él y ella: / (—¡Santo Dios! ¿y éste es aquél? / (—¡Dios mío! ¿y ésta es aquélla?)".

231 Salvador Rueda Santos (1857-1933), poeta español, considerado una de las máximas figuras del modernismo en su país. Darío lo conoció en 1892 durante su primer viaje a España y escribió el poema "Pórtico" como prólogo a su libro *En tropel*. Fue a través de Rueda que Darío publicó en el diario *El Liberal* otra de sus poesías de temática española, el "Elogio de la seguidilla" que, al igual que "Pórtico", también será incluida en *Prosas profanas*. En una crónica compuesta en Madrid ("Los poetas", *La Nación*, 6 de octubre de 1899; recopilada en *España contemporánea*), Darío puntualiza algunas críticas a la evolución poética de Rueda: "Salvador Rueda, que inició su vida artística tan bellamente, padece hoy inexplicable decaimiento" (1901b: 249). Rueda respondió esta crítica con un artículo virulento en *El Correo Español* de Buenos Aires. Posteriormente, la relación entre ambos escritores se recompuso (ver Oliver Belmás 1968: 220 y ss.).

232 Miguel Ocampo (1864-1898) es el autor de la pieza teatral *De paso por aquí*. Con música de Andrés Abad Antón, fue estrenada en 1890. Atenta a los registros lingüísticos populares de Buenos Aires, la obra es considerada el punto de partida del sainete criollo.

233 Ver nota 214.

234 El poema "Coloquio de los centauros", que en parte cifra la poética pitagórica en la que abreva Darío en esos años, fue publicado el 7 de julio de 1896 en la revista *La Biblioteca* de Buenos Aires, dirigida por Paul Groussac, a quien el poema está dedicado.

235 Pablo Rouquaud (1865-1923), redactor del diario *La Nación*. Junto con Antonio Lamberti, acompañó a Darío en su viaje a Ventania y Bahía Blanca.

236 Álvaro Armando Vasseur (1878-1969), diplomático y escritor. Fue cónsul de Uruguay en San Sebastián, Nápoles, Lyon, Madrid, Río de Janeiro y La Plata. Además de su producción como poeta, tradujo del inglés a Whitman y a Kierkegaard. Darío escribió un prólogo para su libro de poesía *Flor de Alma* (1907) (en Darío 2003: 154-156).

237 Eugenio Díaz Romero (1877-1927) fue el fundador de *El Mercurio de América*, uno de los órganos más importantes del modernismo en América Latina. La revista se editó en Buenos Aires de 1898 a 1900. Entre sus plumas se contaban Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre y Leopoldo Díaz. Darío colaboró en diferentes ocasiones con la publicación: un fragmento de "Las ánforas de Epicuro", "Stéphane Mallarmé", "Puvis de Chavannes" y "Urna votiva" aparecieron allí (ver Lafleur, Provenzano y Alonso 2006: 49-51).

238 Jules Barbey d'Aurevilly (1808-1889), cuya obra más conocida es *Les diaboliques* (1874), representa un cruce entre el romanticismo tardío, el satanismo y el dandismo. Convertido a un catolicismo férreo e integral, su influencia fue determinante en Léon Bloy y en Georges Bernanos. Darío toma como punto de partida un poema suyo sobre Rodrigo Díaz de Vivar para la composición "Cosas del Cid", incorporado en la edición de 1901 de *Prosas profanas*.

239 Como aquí se refiere, Darío ya había escrito una crónica para *La Nación* acerca del abate Claude y su relación con Bartolomé Mitre. Se trata del texto "El general y el abate", publicado el 9 de abril de 1906. Günther Schmigalle ha echado un poco más de luz sobre el personaje: "de una tarjeta postal conservada en el Seminario Archivo deducimos que su nombre completo fue Charles Marie Claude. En los Archivos Históricos de la diócesis de París hemos encontrado algunos datos sobre él: nació el 28 de marzo de 1853 en Rambervillers (Vosgos), fue ordenado como sacerdote en Saint-Dié (Vosgos) el 23 de mayo de 1876, se desempeñó como profesor en el colegio de Rambervillers de 1876 a 1880 y luego como preceptor en la casa del señor Farcy, 22 bulevar de los Capuchinos, París (IIº), fue nombrado

vicario de la iglesia Saint-Pierre de Montrouge el 23 de noviembre de 1881, y de la de Saint-Pierre du Gros Caillou el 4 de enero de 1889, y abandonó la diócesis de París en junio de 1889. Ya en mayo de aquel año el consejo arzobispal le amenazaba con retirarle su *celebret*. Todavía no hemos encontrado documentos sobre su vida en Argentina, ni sobre su retorno a Francia y al redil de la iglesia. La 'cartuja en una isla cerca de Niza' a la cual, según Darío, se retiró, se puede identificar: se trata de la abadía de Lérins, en la isla de Saint-Honorat, cerca de Cannes más bien que de Niza. La postal que el abate envió a Darío el 2 de diciembre de 1906 trae una foto de ese claustro, que parece fortaleza o cárcel. La tarjeta, dirigida al departamento de Darío en el número 3 de la rue Marivaux, 'frente al costado de la Opera Cómica', fue redirigida 'chez Mme de Montfort, 2 de Mayo, 10 Villa 'El Terreno', Palma de Mallorca (Baleares)'. El texto de la postal, corto pero bilingüe, dice: 'Muchos recuerdos!!! Amitié, félicité — Charles Marie Claude' (2-XII-1906. Carpeta 78 / n.° 4479). En cuanto a su parentesco con un cardenal, mencionado también por Darío, pareciera que el abate Claude fue hijo de una de las numerosas tías del cardenal François-Désiré Mathieu (1839-1908), escritor prodigioso, muy identificado con el papa León XIII. Por medio de la correspondencia de este purpurado se podrían sin duda verificar algunos de los detalles más rocambolescos que Darío refiere sobre su amigo. También sería interesante localizar las 'inéditas homilías' del abate, admiradas por Darío" (Schmigalle 2013: 77-78).

240 Lorenzo Anadón (1885-1927), abogado, diplomático y periodista. Durante la permanencia de Darío en Buenos Aires fue uno de los fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1896), de la que llegó a ser decano.

241 En el relato "Caín" (publicado el 29 de junio de 1895 en *El Diario* de Buenos Aires y recogido en Darío 1970: 135-141), Darío narra en clave ficcional el almuerzo homenaje que Lucio V. Mansilla había organizado para él.

242 Carlos Roxlo (1861-1926), novelista uruguayo. Darío se refiere más adelante a la militancia política de Roxlo, miembro del Partido Nacional dirigido por Luis Herrera. Junto a él, Roxlo presentó en 1905 un proyecto de protección laboral. Integró además la Asamblea Nacional Constituyente de su país en 1916.

243 Se trata de Federico Leal de Sarowe (1840-1904), vizconde de San Javier, escritor español que cambió su nombre por Christián Röeber al emigrar a la Argentina en 1888. Participante consuetudinario del Ateneo de Buenos Aires, enseñó psicología en la Escuela Normal de Profesores y fue autor de *La santa*, *El martirio de una huérfana* y *Los puntos blancos y negros*, además de publicar en la prensa porteña de la época. Unas líneas más adelante, la referencia al "alegre y ha tiempo pasado de moda autor francés" corresponde a Paul de Kock (1793-1871), cuyo traductor habitual, José Muñoz Maldonado, vizconde de San Javier (1807-1875), no coincide con Federico Leal de Sarowe a pesar de la similitud en el título nobiliario.

244 En abril de 1895, Lucio V. Mansilla publicó un texto sobre Darío en la revista *La Quincena* de Buenos Aires. En el escrito, dedicado a "Des Esseintes" –el nombre del protagonista de *À rebours* de Huysmans que Darío había adoptado ocasionalmente como pseudónimo en artículos para el periódico *Tribuna*–, Mansilla narra su primer encuentro con el nicaragüense en la calle Florida de Buenos Aires, por la mediación de Julián Martel, amigo de ambos: "Asómbrense Vds! me hizo un efecto inesperado, excepcional, algo parecido á esta reflexión: qué andar tan tranquilo y qué placidez en el conjunto; debe haber en sus abismos tesoros de sensibilidad ingénita y de dulzura: ved un hombre forrado en un poeta, y un poeta disfrazado de caminante. Y esto es en efecto. Qué suavidad en la mirada, qué expresión en la fisonomía, qué contornos lineales tan puros, cuánta *morbidezza*, á pesar de la acentuación prematura de esas como desazones angustiosas que casi hablan. En otras palabras: qué concordancia entre el alma y el cuerpo! [...] A mí me dejó encantado. A mí, que sólo me quedo con la boca abierta cuando veo la silueta de una mujer hermosa" (t. 15-16, año II, p. 368).

[245] "La señora de Mansilla", publicado en *El Tiempo* de Buenos Aires el 30 de agosto de 1898.

[246] Celestino Pera (1858-1915), sacerdote, fundador de la revista *Artes y Letras*, que también dirigió. En 1892, meses antes de la salida de dicha publicación, el presidente Carlos Pellegrini lo nombró Vicario General del Ejército y la Marina. Cercano a la masonería, su candidatura para ocupar el puesto de obispo de la ciudad de Salta fue rechazada por el Vaticano algunos años después de su encuentro con Darío. Luego de abandonar los hábitos y contraer matrimonio, se recibió de abogado y mudó su residencia a Rosario, donde colabora con el diario *El Día*.

[247] Ricardo Jaimes Freyre (1866-1933) llegó a la capital argentina desde Bolivia a comienzos de 1894, donde se reunió con su padre, Julio L. Jaimes. De la *Revista de América*, que Jaimes Freyre fundó con Darío, se publicaron solo tres números entre agosto y septiembre de 1894. Durante el viaje que Darío hizo a la isla Martín García en 1895, ambos escribieron en colaboración las "Epístolas rimadas". En el artículo "Un poeta socialista. Leopoldo Lugones", publicado el 12 de mayo de 1896 en *El Tiempo* de Buenos Aires, Darío afirma que "él [Lugones] y Ricardo Jaimes Freyre son los dos más fuertes talentos de la juventud que sigue los pabellones nuevos en el continente" (1938b: 102). En 1899 se publicó su libro *Castalia bárbara* que, junto con *Prosas profanas* de Darío y *Las montañas del oro* de Lugones (quien escribió la introducción al libro de Jaimes Freyre), constituye uno de los textos clásicos del modernismo rioplatense. Instalado en 1901 en la ciudad de Tucumán, Freyre se dedicó a la docencia en la escuela secundaria y en 1914, en la recién fundada Universidad, fue el encargado de organizar el Archivo Histórico de la provincia. De allí surgen sus trabajos de carácter histórico como *El Tucumán del siglo XVI* (1914), *El Tucumán colonial* (1915) y la *Historia del descubrimiento de Tucumán* (1916). Dirigió también la *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, en la que Darío colaboró esporádicamente (ver Carilla 1967: 110-111). En ocasión de la muerte de Darío, Jaimes Freyre inició el acto público que se celebró en el Teatro Odeón de Buenos Aires con una oración fúnebre, reproducida en el *Anecdotario de Ricardo Jaimes Freyre* (Jaimes Freyre 1953: 139-142). Luego de la muerte de Darío, tuvo una destacada actuación en la vida política boliviana como Ministro de Instrucción y diplomático.

[248] Julio Lucas Jaimes (1840-1914), conocido con el pseudónimo "Brocha Gorda", fue un diplomático y escritor boliviano. Luego de representar a su país en Chile, Perú y Brasil, se estableció en Buenos Aires, donde ejerció la docencia en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal de Profesores. Publicó el volumen *La villa imperial de Potosí* en 1905, en edición de la imprenta de Rosso de Buenos Aires.

[249] En realidad, el Ateneo de Buenos Aires se fundó en 1892, esto es, antes de la llegada de Darío a la ciudad, por iniciativa de Alberto del Solar y como una institucionalización de las tertulias que tenían lugar en la casa de Rafael Obligado. En principio, la comisión directiva tuvo como presidente a Calixto Oyuela, secundado por Joaquín V. González y Rafael Obligado. Si bien Darío había sido designado "miembro correspondiente" de la institución, comenzó a participar activamente en ella a fines de 1894, cuando asumió la presidencia Carlos Vega Belgrano. Para la celebración del 25 de Mayo de 1895, Ricardo Jaimes Freyre recitó en el Ateneo el poema "Marcha triunfal" de Darío, incorporado luego a *Cantos de vida y esperanza* (1905). El 19 de septiembre de 1896, Darío dictó allí una conferencia sobre el poeta Eugenio de Castro ("Eugenio de Castro y la literatura portuguesa"), cuyo texto es incorporado luego a *Los raros* (ver Carilla 1967: 41 y ss.). Los miembros o participantes del Ateneo que nombra Darío en este fragmento son Carlos Zuberbühler (1863-1916), que más tarde sería profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, presidente de la Sociedad de Estímulo de Bellas Artes y director del Museo Nacional de Bellas Artes; los músicos Alberto Williams (1862-1952) y Julián Aguirre (1868-1924); los pintores Eduardo Schiaffino (1858-1935), quien diseñó la tapa de la primera edición

de *Los raros* (1896), Ernesto de la Cárcova (1866-1927), Eduardo Sívori (1847-1928), Augusto Ballerini (1857-1902) y Ángel Della Valle (1852-1903); y el escultor Lucio Correa Morales (1852-1923). Ver Malosetti Costa (2001: 327-390).

250 Norberto Piñero (1858-1938), abogado, político y legislador. En 1896 acompañó la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, de la que sería decano en tres oportunidades (1904, 1912 y 1918). También en 1896 estuvo a cargo de la edición de las obras de Mariano Moreno, que incluyó por primera vez el así denominado "Plan de operaciones", documento que desató un encendido debate (sobre su autenticidad) entre Bartolomé Mitre y Paul Groussac.

251 Darío se refiere al libro *En la plenitud de los éxtasis*, que Carlos Alfredo Becú (1879-1906) publicó en 1896.

252 Luis Berisso (1866-1944) fue uno de los mecenas de los jóvenes reunidos en Buenos Aires en torno a Darío y quien costeó la edición de *Las montañas del oro* de Leopoldo Lugones en 1897. El poema de Darío "El poeta pregunta por Stella" –publicado en *Tribuna* el 9 de octubre de 1893 con el título "Lilial" e incorporado luego a *Prosas profanas* (1896)– está dedicado a él. En 1898, Berisso publicó el ensayo *El pensamiento de América*, que incluye un capítulo sobre el nicaragüense. Además, tradujo del portugués *Belkiss*, el poema dramático de Eugenio de Castro, con prólogo de Lugones. Darío reseñó dicha traducción en *La Ilustración Sud Americana* de Buenos Aires (5 de marzo de 1898). Asimismo, en su partida de Buenos Aires hacia Europa, Darío escribió como despedida un texto en prosa, "En el álbum de Luis Berisso", publicado en el número 15 de *Sol del Domingo* (Buenos Aires, 11 de diciembre de 1898). Ambos textos se reproducen en la compilación de Roberto Ibáñez (Darío 1970: 120-125; 126).

253 Leopoldo Díaz (1862-1947), considerado un maestro del soneto en castellano y fuertemente influido por el parnasianismo, publicó en 1895 el libro *Bajo-Relieves*, uno de cuyos poemas, "Símbolo", está dedicado a Darío. A su vez, Darío reseñó el libro para la *Revue lllustrée du Rio de la Plata* en el número de diciembre de 1895 (Darío 1938b: 80-82).

254 En la primera década del siglo XX, Ángel de Estrada (1872-1923) se destacó especialmente como autor de relatos y crónicas de viaje. Sin embargo, en el período al que se refiere aquí el nicaragüense, había publicado sobre todo poesía. Según el propio Darío, Ángel de Estrada y Miguel Escalada fueron quienes extrajeron los textos de *Los raros* del "bosque espeso" de *La Nación* (Darío 1896a: [1]). En su crónica "La producción intelectual latinoamericana — Verdadera propaganda latinoamericanista — Autores y editores", Darío afirmará que "Mis 'Raros' aparecieron gracias a que pagaron la edición Ángel de Estrada y otros amigos" (*La Nación*, 1° de agosto de 1913). Ángel de Estrada escribió una semblanza sobre Darío para el número homenaje que la revista *Nosotros* publicó en ocasión del fallecimiento del poeta (febrero de 1916).

255 Se trata en realidad de Ernesto Vergara Biedma (1873-1935), intelectual nacionalista que integró durante la Primera Guerra Mundial la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad. Fue autor de *Guerra de mentiras: el discurso de Wilson y el peligro yanqui* (1917).

256 Miguel Escalada Pujol (1867-1918) se graduó como ingeniero agrónomo en París, donde fue corresponsal del diario *La Nación*. Junto con Ángel de Estrada financió la primera edición de *Los raros*. Escalada publicó una lúcida reseña del libro en *La Nación* del 29 de octubre de 1896 (en Caresani, Colombi y Torres 2017: 271-287). El poema "El canto de la sangre", incluido en *Prosas profanas*, está dedicado a él. En 1894 comienza a construir el casco de la estancia La Corina, en la provincia de Santa Fe, donde se dedica a la actividad agropecuaria. Con el pseudónimo "Antonio de Valvuena" dio a conocer el volumen *Aguas turbias* (1901). Cuando se publican las páginas de la *Vida* de Darío en *Caras y Caretas*, Escalada se desempeñaba como cónsul general argentino en la ciudad de Génova.

[257] Eduardo de Ezcurra (1859-1902), uno de los primeros autores argentinos de ciencia ficción. En 1891 publicó *En el siglo XXX*.

[258] Carlos Baires (1869-1920), abogado, tuvo a su cargo la cátedra de Lógica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es notoria en él la huella del pensamiento de Schopenhauer. Fue autor de *El pesimismo práctico* (1895) y de una *Teoría del amor* (1911).

[259] Mauricio Nirenstein (1877-1935), nacido en Egipto en el seno de una familia judía de habla alemana, fue uno de los fundadores de la Sociedad Israelita Argentina. Abogado, enseñó materias literarias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Importante divulgador de la literatura en lengua alemana, enseñó también Economía Política, siendo uno de los introductores del pensamiento de Vilfredo Pareto en el país. En 1922 fue elegido secretario general de la Universidad de Buenos Aires y actuó como anfitrión de la visita de Albert Einstein a la capital argentina.

[260] Ver nota 211.

[261] Ver nota 212.

[262] José Ojeda (1877-1942), crítico especializado en música, colaborador habitual del diario *La Nación*.

[263] Ver nota 249.

[264] La consagración pública del joven Lugones está estrechamente ligada a la actividad de Darío en Buenos Aires. El 12 de mayo de 1896, Darío publica en el diario *El Tiempo* una nota titulada "Un poeta socialista: Leopoldo Lugones", donde coloca al joven cordobés en la cúspide de la nueva generación: "He dicho que es, ante todo, un revolucionario; y un revolucionario completamente consciente. Él sabe por qué sigue los pabellones nuevos. Con Jaimes Freyre y José A. Silva, es entre los 'modernos' de lengua española, de los primeros que han iniciado la innovación métrica a la manera de los 'modernos' ingleses, franceses, alemanes e italianos. No es este el lugar de tratar de la melodía verbal, por ejemplo, y entrar en detalles técnicos que no interesarían verdaderamente sino a muy pocos; y éstos tienen su Souza en su biblioteca, y conocen la conferencia que dió en el Ateneo Jaimes Freyre hace algún tiempo" (Darío 1938b: 103). El poema "Epitalamio bárbaro" de *Prosas profanas* (1896) está dedicado a Lugones. Por su parte, el poeta cordobés reseñó elogiosamente *Los raros* de Darío en las mismas páginas de *El Tiempo*, aun cuando para entonces la relación entre ambos comenzaba a mostrar tensiones: Lugones, que todavía no había publicado *Las montañas del oro*, confiaba en que su semblanza sería incluida en el volumen dariano, algo que no sucedió (ver al respecto la carta de Lugones a Darío reproducida en Ghiraldo 1943: 280-281). Cuando finalmente en 1897 aparece el esperado libro de Lugones, Darío escribe una nota laudatoria, "Lo que encontré en *Las montañas del oro*" (*El Tiempo*, 26 de noviembre de 1897). A su vez, Lugones compone una despedida para el nicaragüense en la *Revista de Buenos Aires* (año V, n. 197, 15 de enero de 1899) donde, si bien afirma que *Azul...* "no es un libro original", valora muy positivamente *Los raros* y *Prosas profanas*. Luego de la partida de Darío, los contactos entre ambos escritores se mantienen. Darío dedica a la esposa de Lugones tres poemas: la "Epístola" escrita en Palma de Mallorca y publicada en 1907 en *El Imparcial* de Madrid y *El País* de Buenos Aires (*El canto errante*); la "Balada en loor del *Gilles* de Watteau" (1911, no recopilada en libro); y el "Pequeño poema de Carnaval" (1912, en *Mundial magazine*, sumado luego a *El canto a la Argentina y otros poemas*). Lugones colabora en el primer número de la revista *Athenas* de Córdoba (8 de enero de 1903) con el poema "A Rubén Darío". Su volumen *Lunario Sentimental* (1909) incluye también una pieza "A Rubén Darío y sus cómplices". Cuando en 1911 Darío toma a su cargo la dirección de la revista *Mundial* en París, Lugones (que reside con su familia en la capital francesa) participa en ella desde el comienzo: así, publica en el número inicial el poema "Mensage" (dedicado

a Darío) y "La Endecha del *Libro fiel*" en el octavo número. Ese mismo año Darío toma al poeta cordobés como motivo para una de sus "cabezas" en *Mundial*. Allí afirma: "No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy personalidad superior á la de Leopoldo Lugones, quien antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya inconmovible pedestal para el futuro monumento" (n. 7, noviembre de 1911, p. 37). El texto de Darío fue reproducido como prólogo a la segunda edición de *Las montañas del oro* (1919). Por la misma época, Lugones asiste a Darío y escribe la respuesta al hispanista E. C. Hills en torno a las "nuevas tendencias literarias de los países hispanoamericanos" (ver Oliver Belmás 1968: 214-216). Cuando en 1916 fallece Darío, Lugones realiza una alocución pública en el Teatro Odeón de Buenos Aires, editada como folleto independiente en 1919.

265 *Libro extraño*, del médico Francisco Sicardi (1856-1927), se publicó en cinco volúmenes entre 1894 y 1902. Darío dedica a Sicardi el poema "Libros extraños", incluido en *El canto errante* (1907).

266 Martín Reibel (1871-1939), médico y político, militante de la Unión Cívica Radical. Eduardo Talero (1969-1917), sobrino de Rafael Núñez y opositor a su gobierno, se exilió en la Argentina en 1897, donde colaboró en medios como *La Nación* y *El Sol*, fue corresponsal del primero en Europa y, luego de la partida de Darío de Buenos Aires, se desempeñó como funcionario público en la entonces gobernación del Neuquén. En el quinto número de la revista *Nosotros* de Buenos Aires (diciembre de 1907) Talero publicó una reseña de *El canto errante*. Un poema de dicho libro, "Lírica", va dirigido a él. Ese mismo año aparece su volumen de poesía *Voces del desierto*.

267 Darío conoció al médico Prudencio Plaza (1868 o 1869-1944), que pertenecía a la marina argentina, a través de Ricardo Jaimes Freyre. "Era el médico de las prostitutas, de las epidemias, de todos los lázaros que, si no muertos, casi moribundos, arribaban a la isla-lazareto de Martín García. Era el médico que vigilaba a los inmigrantes que debían pasar en la isla su 'cuarentena'" (Oliver Belmás 1968: 529).

268 Se refiere a las crónicas "Martín García — Cartas del lazareto — Impresiones, notas y números" (*La Nación*, 10 de mayo de 1895); "Martín García — Cartas del lazareto — En cuarentena — Un cementerio en un armario" (*La Nación*, 16 de mayo de 1895) y "Martín García — Cartas del lazareto — Viaje alrededor de la isla" (*La Nación*, 22 de mayo de 1895). Los tres artículos aparecieron firmados con el pseudónimo "F. Levy Itaspes" y fueron rescatados por Barcia (1997: 161-167). En Martín García, la noche del 23 de mayo de 1895, Darío escribió a solicitud de su amigo Ricardo Jaimes Freyre el famoso poema "Marcha triunfal" (ver Barcia 1995: 22).

269 Ver nota 235.

270 Se trata del abogado Juan Antonio Argerich, nacido en Buenos Aires en 1862. Además de jurista, era poeta y colaboraba en medios gráficos como *Tribuna* y *La Nación*. Su estancia en las cercanías de Bahía Blanca fue el origen de la localidad actualmente llamada Argerich.

271 Carlos Carlés (1866-1925), nacido en la ciudad de Rosario, fue Director General de Correos y Telégrafos entre 1891 y 1898, cargo al que renunció para asumir como diputado nacional por la provincia de Santa Fe. "Entre 1897 y 1898 Carlés recibió casi trescientas obras de arte (pinturas, dibujos y grabados) en pequeño formato dedicadas a él por un amplísimo rango de artistas contemporáneos –casi todos expositores en el Salón de París. ¿Cómo logró reunir una colección tan vasta en poco más de un año? La carta enviada a Giuseppe Pellizza y las respuestas que encontramos adosadas a muchos otros cuadros nos hacen suponer que todos aquellos artistas recibieron cartas similares, acompañadas por las prestigiosas publicaciones que les enviaba el Director de Correos de la Argentina. Tal vez con la esperanza de ver sus obras reproducidas en estampillas o postales, el grado de respuesta que obtuvo parece haber sido muy alto" (Malosetti Costa, López Carvajal y Montini 2013: 58).

[272] Juan Migoni era Oficial Mayor de Correos y Telégrafos. Patricio Piñeiro Sorondo (1871-1935), empresario y político ligado al ala reformista del roquismo, en 1910 fundó la localidad de Allen en la entonces Gobernación del Río Negro.

[273] Roque Sáenz Peña (1851-1914), presidente de la Argentina entre 1910 y 1914. Durante su presidencia se promulgó la Ley 8.871, llamada precisamente "Ley Sáenz Peña", que instauró el voto universal masculino, secreto y obligatorio.

[274] El episodio se narra en "La larva", texto publicado en *Caras y Caretas* (agosto de 1910, n. 621, pp. 78-79). "La primera publicación conservada parece ser la de la revista *Caras y Caretas* [...]. Un poco posteriores serían tal vez sus apariciones en *El Fígaro* de La Habana (16 de octubre de 1910) y en *Selecta* de Santiago de Chile (diciembre del mismo año). De todos modos, y atendiendo a la nota 3 de 'Mis primeros cuentos' y a la persistencia de este recuerdo en la memoria de Darío, que lo menciona también en *Los raros* (1896) y en *El mundo de los sueños* (1911) cabe sospechar alguna redacción anterior del cuento, de la cual ésta de 1910 sería una versión posterior y mejorada" (José María Martínez en Darío 2006a: 285).

[275] Jorge Castro Fernández –hijo de José María Castro Madriz (1818-1892), presidente de Costa Rica en los períodos 1847-1849 y 1866-1868– realizó sus estudios en Bélgica y viajó por diversos países europeos en los que frecuentó espacios de sociabilidad relacionados con el ocultismo y la teosofía. Falleció en Panamá en 1891. Darío le dedicó el escrito "Jorge Castro, Requiescat", aparecido en el *Diario de Centro América* el 19 de junio de ese año. En el artículo "La boca de sombra" (*La Nación*, 15 de octubre de 1909) Darío narra algunos aspectos de la relación que tanto Castro como él mismo mantuvieron con la tradición ocultista.

[276] Ver nota 106.

[277] Gérard Anaclet Vincent Encausse (1865-1916), más conocido como Papus, ocultista de origen gallego, fundador de la Orden Martinista y uno de los directores de la Orden Cabalística de la Rosa Cruz. En su crónica "La esfinge — Diálogo" (*La Nación*, 16 de marzo de 1895, firmada con el pseudónimo "Misterium") Darío se refiere al grupo ocultista de Encausse como uno de los más importantes de París: "Un jefe inteligente, una pléyade de buscadores, jóvenes y viejos. El maestro es Papus. Ha fundado varios periódicos: *Le Voile de Isis*, *Psyché* y *L'Initiation*". Una carta enviada por Darío a Encausse con fecha del 30 de abril de 1911 revela la alta estima en que tenía al líder ocultista: "Mi querido maestro y amigo: Tengo mucho gusto en saludarle con el afecto y la admiración que siempre he sentido por usted, en ocasión de decirle que se halla en París, desde hace varios días, el señor don Leopoldo Lugones, el intelectual más fuerte del continente latinoamericano, al mismo tiempo que dado a los estudios de ocultismo; por otra parte, tiene un alto grado en la masonería argentina. El señor Lugones me ha manifestado el deseo que tiene de verle a usted. Así, pues, yo estaría contento de saber si usted podría almorzar con él y conmigo, el día que a usted le fuera posible, o si no de recibir dos letras suyas diciéndome cuándo puede recibirnos y dónde. Además, le participo que se me ha confiado la dirección del magazine *Mundial*, para cuyas páginas yo desearía producciones de usted, mi querido maestro y amigo, producciones que *Mundial*, la más fuerte revista que en su género ha aparecido en español, remunerará lo más dignamente posible que le permita su presupuesto de pago. Le ruego acepte una vez más el sincero testimonio de afecto y admiración que le presenta su seguro servidor y amigo, Rubén Darío. París, abril 30 de 1911" (Darío 2002: 321-322). En la crónica "El mundo de los sueños — El abate Richard" (*La Nación*, 29 de abril de 1912) Darío describe a Encausse como un "eminente sabio en ciencias ocultas [...] conocido en el mundo de las letras y del ocultismo con el seudónimo de 'Papus'. Es uno de los 'escritores iniciados en quienes se encuentran los principios de la antigua ciencia mágica', según las palabras de Marc Saunier. Su tratado de ciencias ocultas, su admirable libro 'Le Tarot des Bohemiens', 'libro que revela enteramente el sentido filosófico y científico del Tarot', y tantas otras

producciones, le han conquistado una gran autoridad. Sin 'réclame', sin farsas, es todo lo contrario de más de un sonoro charlatán. Sus relaciones se extienden á todo el mundo. Es un buzo de lo desconocido, un pensador y un explorador del más allá".

278 Frank Brown (1858-1943) llegó a Buenos Aires en 1879 con el circo de los hermanos Carlo. Debutó en el Teatro Politeama en donde conoció a los hermanos Podestá, familia de artistas circenses que cumplió un rol fundamental en el desarrollo del teatro argentino. Fue uno de los iniciadores del monólogo de tema político en los escenarios porteños. El 6 de marzo de 1897, Darío publica en el diario *Tribuna* una crónica sobre él, "El Frank Brown de los niños" (1938b: 152-154). Desde 1905 contó con su sala propia: el Teatro Circo Coliseo de Buenos Aires. Dos años antes de que Darío escribiera estas páginas, Brown y su teatro fueron objeto de vandalismo por parte de jóvenes de la alta burguesía porteña (pertenecientes a grupos autodenominados "patrióticos") que, durante los festejos del Centenario, emprendieron acciones violentas contra militantes anarquistas y socialistas. Darío menciona a Brown en su poema "Canción de carnaval" (en *El Tiempo* de Buenos Aires, 22 de enero de 1894, luego en *Prosas profanas* [1896]): "Únete a la mascarada, / y mientras muequea un clown / con la faz pintarrajeada / como Frank Brown".

279 Se trata del poema "Frank Brown", publicado en *El Tiempo* de Buenos Aires el 21 de mayo de 1896: "Frank Brown, como los Hanlon Lee / Sabe lo trágico de un paso / De payaso, y es, para mí, / Un buen jinete de Pegaso. // Salta del circo hasta el Parnaso; / Banville le hubiera amado así; / Sabe lo trágico de un paso / Frank Brown como los Hanlon Lee. // El niño mira a su payaso / De la gran risa carmesí, / Saltar del circo al cielo raso. / Frank Brown, como los Hanlon Lee, / Sabe lo trágico de un paso" (en Darío 1938b: 197). Darío vuelve a citar la primera cuarteta del poema en "Melancólica sinfonía" (prólogo al *Teatro de ensueño* de Gregorio Martínez Sierra, editado en 1905), precedida de estas líneas: "...Tengo un amigo inglés que sabe su Shakespeare de memoria, que es payaso y que se llama Frank Brown. — Así decían versos de antaño: *Frank Brown como los Hanlon-Lee, / Sabe lo trágico de un paso / De payaso, y es para mí / Un buen ginete de Pegaso...*" (Martínez Sierra 1911 [1905]: 14).

280 No hemos encontrado hasta el momento otra información referida a esta "medalla" más allá de la que consigna Darío en la *Vida*. Por el estilo modernísimo, casi experimental, de la escritura (especialmente en su sección "Anverso"), la composición parece datar de la época en que el poeta entabló relaciones con el *clown* en Buenos Aires. Idénticas razones permiten suponer que Darío no cita de memoria sino que cuenta con una versión (manuscrita o editada) del texto, que reproduce aquí.

281 Benjamín "el Payo" Roqué (1865-1930) nació en la ciudad argentina de Córdoba y llegó a Buenos Aires en 1886, donde se convirtió en un célebre dandy. Asiduo visitante de lugares como el Jockey Club, Club del Progreso, Círculo de Armas, Confitería del Águila, Café de París o Auer's Keller, frecuentó a muchos personajes ilustres (Rubén Darío, José Ingenieros, Ricardo Rojas y Miguel Cané, entre otros). Realizó numerosos viajes a Europa y Estados Unidos, costeados por algunos de sus acaudalados padrinos. Conoció y frecuentó a nobles y magnates del mundo.

282 Ver nota 201.

283 Ver nota 210.

284 El 18 de marzo de 1896, Darío publica en *La Nación* el artículo "Actualidades literarias: Mark Twain", acompañado de un retrato del escritor estadounidense.

285 Ver nota 132.

286 Darío se refiere en varias ocasiones (siempre de manera elogiosa) al pintor, novelista y dramaturgo Santiago Rusiñol (1861-1931), uno de los máximos representantes de la Renaixença Catalana. Lo hace en la crónica "En Barcelona — Por la rambla famosa

— El orgullo obrero — La blusa contra la capa — Socialismo, anarquismo, francesismo y separatismo — El maestro Rusiñol — En los 'Quatre Gats'", publicada en *La Nación* el 30 de enero de 1899 (luego en *España contemporánea*), donde afirma: "sabed que Rusiñol es un altísimo espíritu, pintor, escritor, escultor, cuya vida ideológica es de lo más interesante y hermoso y cuya existencia personal es en extremo simpática y digna de estudio. Su leonardismo rodea de una aureola gratamente visible, su nombre y su obra" (1901b: 16-17). En el artículo "Tierras solares — En Barcelona" (*La Nación*, 3 de enero de 1904, luego en *Tierras solares*), sostiene que su primer encuentro con Rusiñol ("espíritu encantador, pintor de soñaciones, maestro de melancolías") se produjo en París, "después de ser muy amigos desde lejos" (1904: 16-17). Uno de los textos que Darío escribe sobre el Salón de París de 1904 da cuenta del impacto producido por las pinturas de Rusiñol (*La Nación*, 29 de mayo de 1904, luego en *Parisiana* [1907: 226-227]). En la serie "En la isla de oro", que Darío redacta para *La Nación* a partir de su viaje a Mallorca en 1906-1907, dedica la segunda entrega (7 de abril de 1907) al álbum de Rusiñol *Jardyns d'Espanya*, de 1903. En octubre de 1913, el nicaragüense consagra al pintor y escritor catalán una de las "cabezas" de la revista *Mundial* (n. 30, pp. 556-557). Finalmente, en ocasión de un banquete público celebrado en Barcelona en 1914 para festejar el éxito de la obra *L'homenatge*, Darío improvisa una cuarteta sobre el pintor: "Gloria al buen catalán que hace a la luz sumisa, / jardinero de ideas, jardinero de sol; / y al pincel, a la pluma, a la barba y la risa, / con que nos hace alegre el mundo Rusiñol" (ver Rovira 2017: 119).

287 Ángel Guimerá (1845-1924), director de la revista *Renaixença*. En 1897 había estrenado su pieza teatral *Terra Baixa*. Darío conocía la obra y la toma como punto de partida para su artículo "María Guerrero", que publica en *La Nación* el 12 de junio de 1897.

288 Ver nota 137.

289 Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895), político de tendencia republicana, fue jefe de gobierno durante el reinado de Amadeo I (1871-1873).

290 Ver nota 138.

291 Ver nota 147.

292 Ver nota 85.

293 Ver nota 133.

294 El fragmento citado corresponde a la crónica "De nuevo en Madrid — Viñetas callejeras — Risas y lágrimas — Relaciones hispanoamericanas — Homenaje a la verdad — 'Saudades' de Buenos Aires" (*La Nación*, 6 de febrero de 1899), recopilada luego en *España contemporánea* (1901b: 22-23). A este volumen, editado en París por la casa Garnier, hace referencia aquí Darío.

295 Vicente Gaspar Quesada (1830-1913), diplomático, escritor e historiador argentino, fundó y dirigió las publicaciones periódicas *Revista de Paraná* y *Revista de Buenos Aires*. En 1899, cuando Darío llega a Madrid, se desempeñaba como embajador en España.

296 José Moreno Carbonero (1860-1942), artista especializado en retratos y pintura histórica. En la crónica "Exposición de Bellas Artes I" (*La Nación*, 6 de junio de 1899, incluida en *España contemporánea* con el título "Una exposición"), Darío se refiere a una pintura de Moreno Carbonero sobre un episodio del *Quijote*, a la que juzga severamente: "En España, un maestro como Moreno Carbonero ha intentado la evocación [de escenas de Cervantes], pero creo que sus propósitos de excesiva verdad le han alejado de la intención cervantesca" (1901b: 150).

297 Alfredo Escobar y Ramírez (1854-1949), conocido como el Marqués de Valdeiglesias, fue un diputado y periodista conservador. A partir de 1887 fue director del diario *La Época* de Madrid.

[298] Miguel Moya (1856-1920), periodista y político, dirigía por entonces el diario *El Liberal* y la Asociación de Prensa de Madrid.

[299] Luis López-Ballesteros (1869-1933), abogado, dramaturgo, periodista y político español. Dirigió los periódicos *El Día* y *El Imparcial* y fue autor de la pieza teatral *Después del combate* y de la novela *La cueva de los búhos*, entre otros títulos.

[300] Ricardo Fuente (y no "Fuentes"; ¿1866?-1925) dirigía por entonces el diario *El País*. Darío se refiere a él con cierto detalle en la crónica "La joven literatura — Libros, ideas, palabras..." (*La Nación*, 3 de abril de 1899, luego en *España contemporánea*). Allí, el poeta recuerda que en *El País* había aparecido, en versión censurada, su artículo "El triunfo de Calibán" (Darío 1901b: 92-93).

[301] Roberto Castrovido (1864-1941), periodista y político de orientación republicana. Durante la estadía madrileña de Darío en 1899, Castrovido desarrollaba su carrera periodística en Santander. Legislador durante la segunda república por Izquierda Republicana, marchó al exilio a México luego de la victoria de Franco en la guerra civil.

[302] Ernesto García Ladevese (1860-1914), periodista y político de filiación republicana. Fue corresponsal en España de varios periódicos extranjeros, entre ellos *La Nación*.

[303] Mariano de Cavia y Lac (1855-1920) colaboraba por entonces en el diario *El Imparcial*, de tendencia liberal.

[304] Ver la crónica "En la legación argentina — Arte y periodismo — Castelar convaleciente" (*La Nación*, 18 de febrero de 1899, luego en *España contemporánea* [1901b: 33-42]).

[305] Ver nota 174.

[306] Darío se refiere al dramaturgo y poeta Jacinto Benavente (1866-1954) en la crónica "La joven literatura — Libros, ideas, palabras...": "Es el que sonríe: ¡temible! Se teme su crítica florentina más que los pesados mandobles de los magulladores diplomados; fino y cruel, ha llegado á ser en poco tiempo príncipe de su península artística, indudablemente exótica en la literatura del garbanzo" (*La Nación*, 3 de abril de 1899, luego en *España contemporánea* [1901b: 86]). El nicaragüense escribe sobre el teatro para niños de Benavente en la crónica "Films de la corte" (*La Nación*, 18 de enero de 1910). Un ejemplar de *Mundial magazine* (n. 34, febrero de 1914, p. 300) reproduce el drama *La malquerida* de Benavente con una presentación a cargo de Darío.

[307] Pío Baroja y Nessi (1872-1956), médico, novelista y dramaturgo español. Hacia 1898, Pío Baroja, que había ejercido la medicina en el ámbito rural, se encontraba instalado en Madrid. Cercano por entonces a posiciones anarquistas y lector de Schopenhauer y Nietzsche, publicó en 1900 sus primeros libros: la colección de cuentos *Vidas sombrías*, y la que sería considerada por la crítica una de sus grandes novelas, *La casa de Aizgorri*, con la que inicia su trilogía vasca.

[308] Ramiro de Maeztu (1874-1936), por entonces de posiciones republicanas y liberales, pasará con el tiempo a ser uno de los principales sostenedores del integrismo hispanista, inspirado en parte en la Acción Francesa de Maurras (ver nota 180). Un artículo de Maeztu publicado en *Acción Española* el 16 de diciembre de 1932 ("Rubén Darío y los talentos", tercera entrega de la serie intitulada "La Hispanidad en crisis") aborda la visión de España que se encuentra en la *Vida* del poeta nicaragüense y en sus escritos posteriores: "Rubén no se dió cuenta clara del impulso que le trajo a España al terminar el 98. Tampoco intenta explicárnoslo en su 'Autobiografía'. Pero su obra posterior nos dice que sintió confusamente, desde el primer momento, lo que los españoles solo vimos muchos años después. Y es que la guerra de España y los Estados Unidos fué un episodio del secular conflicto entre la Hispanidad y los pueblos anglosajones, y aunque los españoles nos defendimos tan desdichadamente, que parecía que no peleábamos en las

Antillas y Filipinas, sino por el proteccionismo arancelario y el derecho a seguir nombrando los empleados públicos, cosas en las que acaso no tuviéramos razón, la verdad es que estábamos librando la batalla de todos los pueblos hispánicos, y que el día en que arriamos la bandera del Morro de la Habana, empezó a cernerse sobre todos los pueblos españoles de América la sombra de las rayas y estrellas de los Estados de la Unión". Maeztu fue fusilado en la zona republicana al comienzo de la guerra civil.

309 Luis Ruiz Contreras (1863-1953), escritor y publicista, entre 1895 y 1905 dirigió varios medios, el más importante de los cuales fue *Revista Nueva*, que apareció de febrero a diciembre de 1899. Darío la pondera elogiosamente en la crónica "La cuestión de la revista — 'Magazines' e ilustraciones — La caricatura en España" (*La Nación*, 20 de julio de 1899; luego en *España contemporánea* [1901b: 182-192]). En esa publicación aparecieron ocho textos darianos (originales o ya editados) repartidos en diez números: "Las casas de las ideas" (25 de marzo), "Cuentos del Simorg. El Salomón Negro" (15 de junio), "Letras americanas. Libros nuevos" (15 de junio), "Dezires, layes y canciones" (25 de junio y 5 de julio), "Las ánforas de Epicuro" (5 y 15 de agosto), "Letras americanas" (15 de agosto), "El Cristo de los ultrajes" (15 de septiembre) y "Folklore de la América Central. Representaciones y bailes populares en Nicaragua" (15 de octubre). Ver Rivas Bravo (1999).

310 José María Matheu Aybar (1847-1929), escritor costumbrista y periodista.

311 Darío dedica a Manuel Machado (1874-1947) el poema "Aleluya", incluido en *Cantos de vida y esperanza* (1905). A Antonio (1875-1939), por su parte, le dedicó el soneto "Caracol" (también en el mismo volumen) y la "Oración por Antonio Machado", en *El canto errante* (1907). En *Opiniones*, Darío expresa el juicio positivo que tiene de Antonio: "Antonio Machado es quizá el más intenso de todos. La música de su verso va en su pensamiento. Ha escrito poco y meditado mucho. Su vida es la de un filósofo estoico. Sabe decir sus ensueños en frases hondas. Se interna en la existencia de las cosas, en la naturaleza. Tal verso suyo sobre la tierra hubiera encantado a Lucrecio. Tiene un orgullo inmenso, neroniano y diogenesco. Tiene la admiración de la aristocracia intelectual. Algunos críticos han visto en él un continuador de la tradición castiza. A mí me parece, al contrario, uno de los pocos cosmopolitas, uno de los más generales, por lo mismo que lo considero uno de los más humanos" (1906: 220-221). Asimismo, en 1909 Darío publica en *La Nación* de Buenos Aires, en dos entregas, un artículo consagrado a los dos escritores ("Poetas de España — Los hermanos Machado", 15 de junio y 1º de julio). Por su parte, Antonio dedica al nicaragüense "Los cantos de los niños", uno de los poemas de *Soledades* (1903) y, en ocasión de la muerte del poeta, participa con una elegía en *La ofrenda de España a Rubén Darío* (1916), compilada por Juan González Olmedilla. Ese poema, junto con otro titulado "Al maestro Rubén Darío", fue incluido en una de las reediciones de *Campos de Castilla*. Manuel, a su vez, le dedicó un soneto, incluido en *Alma* (1902). Ver Oliver Belmás (1968: 227-233), quien hace referencia a las cartas de Antonio Machado conservadas en el archivo "Rubén Darío" de la Universidad Complutense de Madrid.

312 Antonio Palomero (1869-1914), poeta y autor dramático. En 1899 era redactor del diario *El País*.

313 El novelista, poeta y crítico Andrés González-Blanco (1866-1924) y su hermano, Pedro González-Blanco (1879-1961). Un tercer hermano, Edmundo, fue filósofo y traductor al castellano de obras de Nietzsche, Schopenhauer, Hume, Croce y Renan, entre otros. Andrés publicó en 1909 el estudio *Los grandes maestros: Rubén Darío y Salvador Rueda* y estuvo a cargo de una antología de la poesía dariana publicada en 1910, en Madrid, por la Librería Hernando. Fue además el responsable, junto con Alberto Ghiraldo (ver nota 208), del proyecto de obras completas darianas iniciado en Madrid en 1923, del que solo llegaron a publicarse veintidós volúmenes.

[314] Cristóbal de Castro (1874-1953), poeta, novelista y autor teatral.

[315] Bernardo Candamo (1881-1967), periodista y escritor, ligado estrechamente a Miguel de Unamuno.

[316] Francisco Villaespesa (1877-1936), poeta, dramaturgo y novelista, figura importante del modernismo en España. En 1898, un año antes de la visita de Darío, había publicado su primer libro de poemas, *Intimidades*, y en 1899, *Luchas*, ambos todavía de corte romántico. Tras conocer a Darío, se encolumna decididamente en el modernismo y publica en 1900 el primero de sus libros afín a la nueva poética: *La copa del rey de Thule*. Muy vinculado a Juan Ramón Jiménez, él y Darío invitan al joven andaluz, todavía residente en Moguer, a Madrid para luchar por el modernismo (ver Jiménez 1983: 75). En 1901 fundó la revista *Electra*, en la que Darío colaboró.

[317] En el número inaugural de la revista *Helios*, aparecido en abril de 1903, Juan Ramón Jiménez (1881-1956) publicó una reseña de *Peregrinacione*s que constituyó una de las primeras reivindicaciones del Darío prosista. A su vez, en la crónica "Tierras solares — La tristeza andaluza — Un poeta" (*La Nación*, 20 de marzo de 1904, luego en *Tierras solares* [1904]), Darío dedicó palabras elogiosas a *Arias tristes*, poemario del escritor andaluz: "He aquí un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine, y que permanece, no solamente español, sino andaluz, andaluz de la triste Andalucía. Es de los que cantan la verdad de su existencia y claman el secreto de su ilusión, adornando su poesía con flores de su jardín interior, lejos de la especulación 'literaria' y del mundo del arribismo intelectual" (Darío 1904: 73-74). *Tierras solares* es, de hecho, un libro curado en parte por el propio Jiménez y Gregorio Martínez Sierra. A Jiménez está dedicado el poema "Los cisnes" de *Cantos de vida y esperanza* (1905), libro en el que el andaluz colabora también como compilador. De los varios poemas que el autor de *Platero y yo* consagra a Darío solo nombraremos algunos. El primero de ellos, "Mis demonios", fue incluido en *Ninfeas* (1900), libro que cuenta con un soneto del nicaragüense ("Atrio"). En el poema "A Rubén Darío, que habla otra vez en versos de oro" (*La república de las letras*, 24 de junio de 1905), Jiménez saluda la publicación de *Cantos de vida y esperanza*. El poemario *Melancolía* (1912) lleva la dedicatoria "A Rubén Darío, melancólico capitán de la gloria". Al morir Darío, Jiménez, que había emprendido su viaje de bodas hacia América, escribe un poema que será incluido en el *Diario de un poeta reciencasado* con el título "Rubén Darío – 8 de febrero de 1916". En 1940, el poeta andaluz redacta el ensayo "Rubén Darío", aparecido originalmente en *Españoles de tres mundos* (1942), y que confluirá luego en el volumen póstumo *Mi Rubén Darío*. Para las relaciones entre Darío y Jiménez, ver el fundamental estudio de Alfonso García Morales (2016: 221-230).

[318] Ricardo Caterineu (1868-1915), poeta y periodista. En 1899 ejercía como crítico teatral en el periódico *La correspondencia de España*.

[319] Nilo Fabra (1882-1923), poeta, autor del poemario *Interior* (1905).

[320] Eduardo Marquina Angulo (1879-1946), poeta y dramaturgo, estrenó entre 1908 y 1913 algunas de sus obras más exitosas: *Las hijas del Cid*, *Doña María la brava*, *En Flandes se ha puesto el sol* y *La alcaldesa de Pastrana*, su obra más recordada, de 1911. Darío le dedica una semblanza ("Marquina y su obra", *La Nación*, 13 de febrero de 1910), en la que enfatiza su labor como poeta.

[321] Fernando Díaz de Mendoza y Aguado (1862-1930), empresario teatral español, ostentaba, entre otros, el título de Conde de Belazote. Se casó en segundas nupcias con la famosa actriz María Guerrero (1867-1927). El 1° de febrero de 1899 ambos estrenaron en el Teatro Español de Madrid la pieza *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand, que se había presentado por primera vez en París en 1897. En ocasión de ese estreno madrileño, Darío escribió el poema "Cyrano en España", incluido luego en *Cantos de vida y esperanza* (1905). El texto se había publicado ya en la crónica "Algunas impresiones de teatro — Libros nuevos" (*La Nación*, 21 de febrero de 1899, luego en *España contemporánea* [1901b: 43-50]). Asimismo, en la

crónica "En el Teatro Español — El estreno de 'Cyrano de Bergerac'" (*La Nación*, 27 de febrero de 1899, luego en *España contemporánea* [1901b: 51-60]), Darío reseña el estreno de la obra por la compañía de Díaz de Mendoza y María Guerrero.

322 En 1899 la librería madrileña de Fernando Fé (1845-1914) funcionaba en la Carrera de San Jerónimo, n. 2. Darío se refiere a las tertulias que allí se celebraban en la crónica "Libreros y editores" (*La Nación*, 9 de agosto de 1899, luego en *España contemporánea* [1901b: 205-215]).

323 Eugenio Sellés (1842-1926), escritor y dramaturgo, había ingresado en 1892 a la Real Academia Española y presidía la sección literaria del Ateneo de Madrid.

324 Manuel del Palacio (1831-1906), escritor y diplomático español. Se desempeñó como cónsul de su país en Uruguay. Allí publicó su poema en prosa *Blanca* y colaboró con el periódico *La Ilustración Uruguaya*.

325 Manuel Bueno Bengoechea (1874-1936), en 1899 ejercía la crítica teatral en *El Heraldo* de Madrid. Darío lo llama "combativo" porque en julio de ese mismo año, en una discusión con Valle-Inclán, hirió a este con su bastón, lo que le produjo al escritor gallego la amputación del brazo. Cercano en los años treinta a las posiciones de Falange Española, fue ejecutado en Barcelona por un grupo de milicianos republicanos a comienzos de la guerra civil.

326 José María Llanas de Aguilaniedo (1875-1921), farmacéutico e higienista, en 1899 edita el ensayo *Alma contemporánea. Estudio de estética*. En los años que siguen a la llegada de Darío a España publica *La mala vida en Madrid* (1901), junto con Bernaldo de Quirós, y la novela *El jardín del amor* (1902).

327 Sobre Fernando Díaz de Mendoza, ver nota 321. El dramaturgo José Echegaray (1832-1916) obtuvo en 1904 el Premio Nobel de Literatura. En esa ocasión, la revista de la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid promovió en su favor un homenaje nacional, que fue repudiado en un manifiesto firmado por un conjunto amplio de intelectuales, entre ellos Ramón del Valle-Inclán, Azorín, Pío Baroja, los hermanos Machado y el propio Darío. El nicaragüense buscó minimizar el conflicto en la crónica "Notas de España" (*La Nación*, 17 de mayo de 1905; Darío 2006b: 385-393): "No ha llegado á América imparcialmente manifestada, y menos comentada, la actitud de los escritores que protestaron, de modo digno y moderado contra la excesiva manifestación del Sr. Echegaray. He leído en la prensa argentina apreciaciones injustas de periodistas indudablemente poco informados".

328 Se trata del primer verso de "Canción de otoño en primavera", composición incorporada en *Cantos de vida y esperanza* y dedicada a Gregorio Martínez Sierra: "Juventud, divino tesoro, / Ya te vas para no volver! / Cuando quiero llorar, no lloro... / Y á veces lloro sin querer..." (1905b: 85).

329 Sobre Campoamor, ver nota 85. Darío cita un fragmento de su crónica "La coronación de Campoamor — En casa del ilustre poeta — Ironías y tristezas — Recepción en casa de Doña Emilia Pardo Bazán" (*La Nación*, 6 de marzo de 1899; luego en *España contemporánea* [1901b: 61-69]).

330 Ver nota 154.

331 Sobre Juan Valera, ver nota 147.

332 Carlos María Ocantos y Ziegler (1860-1949), diplomático y escritor. Cercano al realismo de Benito Pérez Galdós, su serie de "Novelas argentinas" intenta plasmar esa poética. Desde 1895 había sido asignado a la representación argentina en Madrid.

333 Manuel Tolosa Latour (1857-1919), médico pediatra y escritor, colaboró con diferentes medios españoles y americanos. Fundó las revistas *La madre y el niño* y *El hospital de los niños*.

334 Eugenio Rodríguez Ruiz de la Escalera (1856-1933) firmó durante muchos años la crónica de sociedad del diario *El Imparcial* con el pseudónimo "Monte Cristo". José

Gutiérrez Abascal (1852-1907), que firmaba con los pseudónimos "K'Asabal", "J. Kasabal" y "J. de K'Asaba", era por entonces director de *El Heraldo* de Madrid.

335 Francisco Romero Robledo (1838-1906), político de orientación conservadora, ministro de Gobernación durante el reinado de Alfonso XII.

336 Luis Taboada (1848-1906) fue cronista de varios medios de la época como *Madrid Cómico*, *Nuevo Mundo*, *El Imparcial*, *El Duende*, *ABC* y *Blanco y Negro*.

337 Acerca del salón de la condesa, escribe Monte-Cristo en *Los salones de Madrid*: "Las reuniones del palacio de Pino-hermoso han sido siempre muy notables: allí se han celebrado veladas literarias muy amenas; allí han leído versos Grilo, Ricardo de la Vega, Cavestany y otros poetas y literatos no menos distinguidos, y están todavía recientes en la sociedad aristocrática de la corte los bailes suntuosos, algunos favorecidos con la presencia de augustos personajes. El Conde de Pino-hermoso y de Velle es Senador vitalicio, tiene la gran cruz de Carlos III, y es miembro muy respetable del partido conservador: la Condesa es bella y elegante, y su cultivada inteligencia y el continuo trato con las eminencias literarias y políticas la han colocado entre las damas cuyo ameno y agradabilísimo trato es con más empeño solicitado" (Monte-Cristo s.d. [ca. 1898]: 173).

338 Gloria Laguna (1878-1949), condesa de Requena, aristócrata y lesbiana. Entre otras acciones públicas, protagonizó en 1903 la "guerra de los sombreros", una protesta contra la prohibición del uso femenino de esa prenda en los teatros de la ciudad, ordenada por las autoridades de Madrid.

339 José Lázaro Galdiano (1862-1947), empresario, editor y mecenas. En su colección personal se encontraba el cuadro *El Salvador adolescente*, atribuido (en forma errónea, como bien sugiere Darío) a Leonardo da Vinci. Darío se refiere al cuadro en la crónica "Una casa museo— Arte y letras" (*La Nación*, 21 de marzo de 1899, luego en *España contemporánea* [1901b: 77-82]). En 1889 Lázaro fundó *La España Moderna*, que siguió publicándose hasta 1914. Al morir, su casa y su colección fueron donadas al Estado español, lo que dio origen al Museo Lázaro Galdiano de Madrid.

340 Joaquín Dicenta Benedicto (1862-1917), periodista y dramaturgo, protagonista de la bohemia madrileña de fin de siglo. En 1899 se desempeñaba como director de la revista *Germinal*, órgano del naturalismo español. Su obra más recordada, *Juan José*, una de las piezas que lanzan el realismo social en el teatro de la península, se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid en 1895.

341 Sobre este torero, escribe Darío en la crónica "¡Toros!" (*La Nación*, 12 de mayo de 1899, luego en *España contemporánea*): "los cascabeles suenan al paso de los vehículos; en los carteles chillones se destaca la figura petulante del Guerra. ¡El Guerra! Su nombre es como un toque de clarín, o como una bandera. Su cabeza se eleva sobre las de Castelar, Núñez de Arce o Silvela; es hoy el que triunfa, el amo del fascinado pueblo. ¡El Guerra! andaluzamente. Salvador Rueda, no hallando otra cosa mejor que decirme de su torero, me clava: '¡es Mallarmé!'" (1901b: 116-117).

342 Darío retrata a Ramón del Valle-Inclán, a quien habría conocido a través de Alejandro Sawa (ver nota 174), en un famoso soneto en alejandrinos, el "Soneto autumnal al Marqués de Bradomín", incluido en *Cantos de vida y esperanza* (1905). Valle-Inclán incorpora luego la pieza como frontispicio para la segunda edición de *Sonata de otoño* (1905). Un segundo poema, el "Soneto iconográfico, para el señor Marqués de Bradomín" (en *El canto errante*), es colocado por Valle-Inclán al inicio de *Aromas de leyenda* (1907), su primer libro de lírica. Darío dedica al escritor gallego un tercer poema, "Balada laudatoria a don Ramón del Valle-Inclán", para el volumen *Voces de gesta*, así como una crónica, "Algunas notas sobre Valle-Inclán" (*La Nación*, 18 de julio de 1909; luego en *Todo al vuelo* [1912: 59-68]). Valle, a su vez, se inspira en Darío para un personaje del que quizá sea su esperpento más

famoso, *Luces de Bohemia*, publicado en 1920 en el semanario *España*. Además, el título *Gerifaltes de antaño*, con que Valle bautiza una de las novelas del ciclo "Las guerras carlistas", es enteramente dariano por cuanto está tomado del poema "Los cisnes" (en *Cantos de vida y esperanza* [1905]). Ver Phillips (1974: 159-207).

343 Ver nota 312.

344 Moisés Ascarrunz Peláez (1862-1939), enviado en 1897 por el gobierno de Severo Fernández Alonso como Ministro Plenipotenciario de Bolivia en España. Su libro *La revolución liberal y sus héroes* fue publicado en 1899.

345 Pese a las diferencias notorias entre sus respectivos proyectos estéticos y culturales, Darío realizó gestiones para la incorporación de Unamuno como colaborador en el diario *La Nación*. Es conocida la anécdota según la cual Unamuno había dicho que "A Darío se le veían las plumas del indio debajo del sombrero" (ver Oliver Belmás 1968: 200). Un tiempo después de que Unamuno editara su volumen *Poesías* (1907), Darío lo reseña en la crónica "Unamuno poeta" (*La Nación*, 2 de mayo de 1909). En ocasión de la muerte del nicaragüense, Unamuno publica un homenaje en la revista *Summa* de Madrid (año II, n. 11, 15 de marzo de 1916) con el título "Hay que ser justo y bueno, Rubén". Allí toma como punto de partida su dicho despectivo sobre Darío e incluye la respuesta que, en su momento, él le enviara por escrito.

346 El fragmento que a continuación cita Darío se encuentra en la crónica "El aire de Madrid — Doña Emilia, conferenciando — Páginas áureas, rojas y negras — Un poco de americanismo — El parisianismo de Buenos Aires" (*La Nación*, 21 de abril de 1899, luego en *España contemporánea* [1901b: 131]).

347 La "Biblioteca La Nación" publicó varios volúmenes de Alphonse Daudet, como *Jack* (1905) y *La evangelista* (1907). Por otro lado, Darío escribió el artículo "Zola trabaja — 'París'" (*La Nación*, 2 de octubre de 1897) para anticipar la novela del escritor francés que apareció en el diario de Buenos Aires entre el 13 de octubre de 1897 y el 2 de noviembre de 1898.

348 Eugenio Pini, esgrimista italiano, creó la escuela de Gimnasia y Esgrima del Ejército Argentino en 1897 y dirigió la sala de armas del Jockey Club. Escribió además un *Tratado teórico-práctico de esgrima de espada* (1905).

349 La pieza escultórica de Jean-Alexandre-Joseph Falguière (1831-1900) fue presentada en el Salón de Bellas Artes de París en 1891. Sylla Monsegur la cedió a Aristóbulo del Valle y, tras la muerte de este en 1896, fue adquirida por Carlos Pellegrini y donada al Jockey Club de la ciudad de Buenos Aires.

350 José María Ramos Mejía (1849-1914), médico, escritor y político. Autor de obras de corte positivista como *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (1878), *La locura en la historia* (1895), *Las multitudes argentinas* (1899) y *Rosas y su tiempo* (1907).

351 Emilio Coni (1855-1928), importante médico higienista, hijo del editor Pedro Coni.

352 Joaquín V. González había dado a conocer *La tradición nacional* en 1888 y *Mis montañas* en 1893, el mismo año de la llegada de Darío a Buenos Aires.

353 Ver nota 264.

354 Martiniano Leguizamón (1858-1935) había publicado *Calandria* (1896) y, al año siguiente de la visita de Darío a Madrid, *Montaraz* (1900). A la hija de Leguizamón, Marita, está dedicado el manuscrito de la tercera parte inédita de "El oro de Mallorca": "Regalo de Rubén Darío a su amigo Martiniano [/] Leguizamón para su hija Marita. [/] 'El oro de Mallorca' [/] Rubén Darío" (ver "Apéndice documental").

355 El libro, basado en el viaje de Payró por la Patagonia, fue publicado en Buenos Aires en 1898.

[356] José S. Álvarez (1858-1903), conocido como "Fray Mocho", fundó la revista *Caras y Caretas* en 1898. En 1897 publicó *Viaje al país de los matreros* y, en 1898, *En el mar austral*, fruto de una ardua tarea de documentación sobre las islas fueguinas.

[357] Darío dedica a Alfonso XIII (1886-1941) varios escritos: las crónicas "El Rey" (*La Nación*, 24 de mayo de 1899, luego en *España contemporánea*); "Alfonso XIII" (*La Nación*, 3 de junio de 1905); y otra igualmente intitulada "Alfonso XIII" (*La Nación*, 28 de febrero de 1909). Este último artículo y el de 1899 son refundidos por Darío en el opúsculo *Alfonso XIII* (Madrid: Biblioteca Ateneo, 1909). En 1912, Darío insiste en la figura del monarca en una de las "cabezas" de *Mundial magazine* (n. 11, pp. 430-432); allí retoma fragmentos de la crónica de 1909. Ver Schmigalle y Caresani (2017: 70). Por otro lado, según recuerda Juan Ramón Jiménez (1983), la "Oda a Roosevelt" estaba dedicada en un principio al rey español. El poeta mismo pidió que dicha dedicatoria fuera elidida en *Cantos de vida y esperanza* (1905).

[358] María de las Mercedes (1880-1904) y María Teresa de Borbón (1882-1912).

[359] Marie Laetitia Bonaparte-Wyse (1831-1902), novelista y cronista de costumbres, a partir de 1875 se instala en España. Desde 1888 dirigía la *Nouvelle Revue Internationale*.

[360] En esta enumeración de tópicos, Darío sigue casi palmo a palmo el índice de *España contemporánea*: "El rey", "Castelar", "La cuestión de la revista. La Caricatura", "Alrededor del teatro", "Libreros y editores", "Novelas y novelistas", "Los inmortales", "Los poetas", "Un meeting político", "Un paseo con Núñez de Arce", "Una novela de Galdós", "La enseñanza", "Homenaje a Menéndez Pelayo", "El modernismo", "Una reina de Bohemia", "La crítica", "La joven aristocracia", "Congreso social y económico ibero-americano" y "La mujer española".

[361] En 1900 Amado Nervo había sido enviado a París como corresponsal del diario *El Imparcial* de México para cubrir la Exposición Universal. Según reconstruye Oliver Belmás (1968), Darío convivió con Nervo en París durante un extenso tiempo y lo ayudó con encargos de traducciones y artículos. El nicaragüense se refirió en diferentes momentos a la obra y la personalidad de su amigo mexicano. En 1900 le dedica un soneto, "La tortuga de oro", fechado en julio en París. De ese mismo año es un segundo soneto, titulado "Amado Nervo", que comienza con el verso "Amado es la palabra que en querer se concreta…". En *Mundial magazine* Darío escribe: "La evolución de Nervo, desde *Místicas* y *Perlas negras* hasta sus últimas producciones de piadosa, ó irónica — ¡muy suavemente! — filosofía, y sus poemas cortos y sentimentales en que un gran dolor, de los íntimos y profundos, le ha hecho producir rítmicos y trémulos sollozos y llantos, es de un gran interés en el conocimiento de su personalidad intelectual. […] Lo que sí sabe y sabrá siempre, es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa" (n. 23, marzo de 1913, pp. 984-985). En ocasión de la muerte de Darío, Nervo le dedicó el poema "Homenaje", incluido en el volumen *Las voces. Lira heroica y otros poemas* (1920).

[362] Henri de Groux (1866-1930), pintor y grabador belga, durante el desarrollo del caso Dreyfus se manifestó a favor de la inocencia del capitán. El 15 de septiembre de 1899 Darío publicó en la *Revista Nueva* de Madrid el texto "El Cristo de los ultrajes", sobre una de las pinturas del belga. El 3 de octubre de 1904 publica en *La Nación* de Buenos Aires la crónica "Un pintor misterioso: Henri de Groux", que incorpora en 1906 al volumen *Opiniones*. Afirma en este escrito: "Es uno de los pocos artistas gráficos que hayan logrado evocar los extraños ambientes y percepciones de los sueños, y esas cosas raras é inexplicables que supiéranse de otras existencias y que se encuentran en tales páginas de extraordinarios escritores, como Poe, Mallarmé, Quincey. Sus páginas de sombra y espanto llegan á la angustia de

ciertas pesadillas. Su visión tenebrosa hace pensar en los bajos fondos de la demonología, en tormentosos terrores milenarios, signos y conjunciones astrales, lluvias de sangre, presagios y apariciones funestas. Es un prodigioso expresador de pavores y un fatal evocador y comentador del fantasma que nos habita" (1906: 203). Por su parte, de Groux menciona a Darío y Nervo en una entrada de su diario personal fechada el 26 de diciembre de 1900: "Finalmente me encontré con mis mexicanos Rubén Darío, Neora [Amado Nervo] y otros. Me esperan para celebrar la Navidad. ¡Tristeza indescriptible! ¡Día de resurrección para todos, día de luto para mí, de desolación y amargura! Regreso a la casa de Neora, una benéfica crisis de lágrimas me salva finalmente y permanezco durante un buen rato con la cabeza hundida en el regazo de este buen amigo, absolutamente ahogado en pena y enloquecido por el dolor!" (en Parrondo García 2017: 134). Para una amplia descripción del vínculo entre Darío y de Groux, ver Hernández-Banuchi (2006) y Parrondo García (2017).

363 Ernest La Jeunesse (1874-1917), pseudónimo de Henri Cäen, escritor, crítico y caricaturista, colaboró con textos y dibujos en diarios como *Le Figaro* y *Le Journal de Paris*, entre otros. Fue también autor de novelas como *L'Holocauste* (1898) y *Demi-volupté* (1900).

364 El 9 de enero de 1901 Darío publicó en *La Nación* la crónica "Purificaciones de la piedad — La muerte de Oscar Wilde" (luego en *Peregrinaciones*), que comienza con las siguientes palabras: "Un hombre acaba de morir, un verdadero y grande poeta, que pasó los últimos años de su existencia, cortada de repente, en el dolor, en la afrenta, y que ha querido irse del mundo al estar á las puertas de la miseria" (1901c: 120-121). Acerca de la ambigua valoración que Darío y, previamente, Martí hicieron de la figura de Wilde, ver Molloy (2012: 41 y ss.). El seudónimo que adoptó Wilde durante su exilio en Francia en los años 1897-1900 fue Sébastien Melmoth, inspirado no por Balzac sino por la novela gótica de Charles Maturin, *Melmoth the Wanderer*. La "Bodega" era un bar inglés cercano al Hotel Continental y las Tullerías, célebre por sus vinos de oporto, jerez y amontillado.

365 El príncipe italiano Luis Amadeo de Saboya (1873-1933) fue marino, explorador y geógrafo. En 1897 había escalado el Monte San Elías, entre Alaska y Yukón. En 1899 organizó una expedición al Polo Norte.

366 Bartolomeo Gianolio (1837-1903), parlamentario y profesor de materias jurídicas en la Universidad de Turín. El "hombre de negocios" que acompaña a Darío en estas instancias probablemente sea Esteban Arenillas, autor de una relación de gastos conservada en el "Archivo Rubén Darío" de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, la cual, con otras fuentes, permitió a Teodosio Fernández reconstruir su viaje a Italia "matizando o desmintiendo el relato vigente hasta ahora" (2016: 95). Tal como señala Fernández, Arenillas habría adelantado importantes sumas de dinero a Darío y, después del viaje, debió insistir para recibir el pago del préstamo.

367 Basílica en las afueras de la ciudad de Turín, edificada en el siglo XVIII por el arquitecto Filippo Juvarra.

368 El 7 de diciembre de 1894, Darío publica en *La Nación* el poema "Divagación", dedicado a Gabriele D'Annunzio (1863-1938): "Para el maestro Gabriele D'Anunzio [*sic*] en Nápoles". El poema fue incluido luego, sin la dedicatoria, en *Prosas profanas* (1896). En el primer número de la *Revista de América* (19 de agosto de 1894), que dirigía con Jaimes Freyre, Darío publicó el artículo "Un esteta italiano: Gabriel D'Annunzio". En la crónica "Diario de Italia — Roma" (*La Nación*, 11 de diciembre de 1900; luego en *Peregrinaciones* [1901c: 216-222]), el nicaragüense relata el encuentro fallido con el autor de *Il piacere*: "Al salir de un restaurant cercano á la redacción del *Giorno*, un grupo de señores pasa ante mi vista, y entre ellos uno, cuya fisonomía me es familiar por las fotografías y los grabados. Le forman como una *suite* los que le acompañan. Ni muy joven, ni muy viejo, el aire de un Alcibiades clubman seguro de su efecto, pasa. Entra á la redacción

del diario vecino. Tengo la tentación de abordarle. Una entrevista sería interesante y mi admiración de poeta quedaría complacida con unos cuantos momentos de conversación. Pero un amigo romano me detiene: 'Sería una imprudencia. Ni como periodista ni como poeta quedaría V. satisfecho. Es un original y un hombre demasiado esquivo y lleno de sí mismo. Ha venido á comprar un caballo y un diario le ha cantado un nuevo ditirambo con este motivo.' — 'Pues iré á Settignano!' — 'No le recibirá á V. como no recibe á nadie. Está con una mujer, como casi siempre.' — 'Pero me concederá un minuto!' — 'Ni un segundo: esa mujer es la Duse!' — '¡Después del *Fuoco! Enfoncée* Sarah Bernhardt!'" (1901c: 222).

369 El 5 de noviembre de 1900 Darío publica en *La Nación* una crónica de su visita al papa León XIII (en el siglo, Vincenzo Pecci, 1810-1903): "Ante León XIII" (luego parte de la sección "Diario de Italia" de *Peregrinaciones* [1901]). Vuelve sobre el tema en la crónica "El poeta León XIII" que escribe en ocasión de la muerte del pontífice (*La Nación*, 27 de agosto de 1903; luego en *Opiniones* [1906]). Tal vez esta última sea el "poema en prosa" al que se refiere en este pasaje. Darío ya había publicado el 8 de octubre de 1896 en el diario católico *Los Principios* de Córdoba (Argentina) una semblanza de León XIII (Capdevila 1946: 113; el texto de Darío es reproducido en Riccardo 2017).

370 Juan Mamerto Garro (1847-1927), abogado y jurisconsulto de filiación radical, fue Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Argentina durante la presidencia de Roque Sáenz Peña (1910-1913).

371 Ignacio Orzali (1866-1925), redactor de *La Nación*, fue un estudioso de las publicaciones periódicas de la época como lo prueba su libro *La prensa argentina* (1893). Desarrollaba tareas de caridad vinculadas con su militancia católica, de lo que deja constancia Darío en su crónica "La miseria — Bajos-fondos sociales — El 'Marlou' francés, el 'Tramp' yankee, el 'Atorrante' de por acá — Sociología y caridad" (*La Nación*, 2 de julio de 1894): "*La Nación* acaba de publicar una comunicación de Ignacio Orzali, en que se leen estas palabras: 'Los que voluntariamente nos hemos impuesto la obligación de visitar á los pobres, nos damos cuenta exacta de la gran miseria que hay en nuestra rica capital".

372 Acerca de José María Vargas Vila (1860-1933), Darío publica el 26 de febrero de 1897 en *La Nación* el artículo "Un suicidio romántico — José M. Vargas Vila — † En Siracusa, Grecia", al difundirse la falsa noticia de la muerte del colombiano en Sicilia. Hasta entonces, las relaciones entre ambos habían sido más bien tensas, sobre todo como consecuencia de la oposición de Vargas Vila a la figura de Arce (ver nota 143), protector de Darío. Exiliado en diferentes países de América por causas políticas, desde 1898 era ministro plenipotenciario de Ecuador en Roma. En 1900, año de la visita de Darío a Roma, Vargas Vila fue excomulgado por la Santa Sede a causa de su novela *Ibis*. En 1917 publicó un libro dedicado íntegramente al nicaragüense, intitulado *Rubén Darío*.

373 Enrique García Velloso (1881-1938), dramaturgo, educador y uno de los precursores del cine argentino (en 1914 rodó *Amalia*, película basada en la novela de José Mármol). Dedica un capítulo de sus famosas *Memorias de un hombre de teatro* (1942) a recordar su amistad con Darío.

374 Ettore Mosca, periodista italiano, desarrolló su actividad junto con su hermano Vittorio durante un tiempo en el Río de la Plata y fue corresponsal de *La Nación* en Italia. Dirigió en Buenos Aires varios periódicos en lengua italiana, como *Il Giornale Illustrato* (1896) y el *Sole italico* (1911). Formó parte del equipo de redacción de *L'Operaio italiano*, que se publicó en Buenos Aires hasta 1898. Ettore Mosca fue uno de los invitados por la *Revista de América* (año I, n. 1, 19 de agosto de 1894, p. 17), que dirigían Darío y Ricardo Jaimes Freyre, para opinar sobre la "cuestión social". Falleció en Italia en 1945. Ver Weber (2018).

375 Vittorio Pica (1862-1930), crítico literario y de arte. En 1898 había publicado *Letteratura d'eccezione*, una serie de ensayos sobre autores del simbolismo y el

decadentismo francés que contribuyó de manera enorme a la difusión de estas escuelas en Italia. Antes sacó otros volúmenes de crítica como *All'avanguardia. Studi sulla letteratura contemporánea* (1890) y *L'arte dell'Estremo Oriente* (1894) o *L'arte medioevale a Venezia* (1897). Fue uno de los impulsores de la Bienal de Venecia, ciudad donde residió durante muchos años. Dirigió la revista *Emporium*, editada en Bérgamo. Sobre este crítico Darío escribió la serie de crónicas "Álbumes y carteles — La labor de Vittorio Pica" (*La Nación*, 22, 26 y 31 de octubre y 6 de noviembre de 1907).

376 Eugène Silvain (1851-1930), actor francés, integró y dirigió la *Comédie-française*, que posteriormente llegó a encabezar.

377 Ver nota 363.

378 Ernest Grenet-Dancourt (1854-1913), actor, dramaturgo y poeta. Autor de monólogos, piezas breves y vaudevilles humorísticos como *Rival pour rire* (1881), *Trois femmes pour un mari* (1884), *Jour de divorce* (1895), entre otros. Entre 1879 y 1884 fue vicepresidente del grupo de *Les Hydropathes*, club literario fundado por Émile Goudeau. En 1900 fue nombrado caballero de la Legión de Honor.

379 Georges Courteline (1858-1929), nombre de arte de Georges Victor Moinaux, poeta y dramaturgo. En los años anteriores a la llegada de Darío a París había publicado *Monsieur Badin* (1897), *Les Boulingrin* (1898) y *Le gendarme est sans pitié* (1899).

380 En 1912, cuando Darío escribe estas páginas, Paul Fort (1872-1960) era una figura en plena consagración en Francia gracias, entre otras cosas, al apoyo de Paul Valéry. Dedicado inicialmente a la actividad teatral, comienza a publicar sus poemas en 1896 en el *Mercure de France*, que luego confluirán en las *Ballades françaises*. En 1905 lanza junto con Moréas y Salmon la revista *Vers et prose*, que dirigirá junto con Valéry y en la que participan Guillaume Apollinaire y Max Jacob, entre otros. Darío le dedica una crónica intitulada "Paul Fort" (*La Nación*, 7 de junio de 1911) en la que afirma que el poeta es "el poseedor del torrente de armonía verbal más grande que hoy corre en Lutecia, el poeta más poeta, para quien la habilidad no existe, y que, ya rozando flores ó profundizando minas, ya en lo fabuloso ó en lo histórico, ya en lo sublime ó en lo familiar, ya en lo tradicional ó en lo novísimo, es un maravilloso maestro del verso, al cual ha quitado el obstáculo visual tipográfico, de modo que si no fuese por el canto, creería el profano que se trataba de labor en prosa".

381 Eulogio Horta (1865-1912), escritor cubano, cercano en sus inicios a Julián del Casal. Abandonó Cuba en medio de los conflictos por la independencia. Instalado en París e interesado como Darío en el ocultismo y la teosofía, llegó a ser delegado de Cuba en la Sociedad de Estudios Esotéricos. Más tarde, ya declarada la independencia cubana, se trasladó a San Juan de Puerto Rico, donde fue representante consular de su país. En 1908 reunió varios de sus escritos en prosa en el volumen *Bronces y rosas,* publicado en la ciudad de La Habana.

382 Darío se refiere a los libros que, por la época, publica en la casa editorial de los hermanos Garnier. La opinión general de los autores hispanoamericanos que allí colaboraban no era halagüeña. Amado Nervo, por caso, recuerda: "Rubén y yo estuvimos ayer en casa de Garnier, a proponerle yo tres novelas y él un libro de viajes. Creo que el viejo no nos comprará nada; es como la rabia. Tiene cuarenta millones de francos y cincuenta de avaricia" (1956: t. II, 1147). Los hermanos Garnier (ver nota 173) publicaron en París en 1886 la segunda edición de *San Francisco de Asís (Siglo XIII)* de Emilia Pardo Bazán, con prólogo de Marcelino Menéndez y Pelayo.

383 Justo Sierra Méndez (1848-1912), escritor, periodista y político mexicano. Fue uno de los impulsores de la Universidad Nacional de México. Entre 1901 y 1911 ocupó el cargo de Ministro de Instrucción, desde el que impulsó la educación

primaria integral, laica y gratuita. Cercano a Porfirio Díaz, su figura entró en ocaso con la Revolución mexicana. Murió en Madrid como Ministro Plenipotenciario de México en España. Darío le escribe un soneto ("Toast a don Justo Sierra") fechado en París en abril de 1901 (Darío 2007b: 1122).

384 Periódico fundado en la ciudad de Panamá en 1849.

385 Crisanto Medina (1840-1911), diplomático nicaragüense de extensa trayectoria, autor de una obra relativa a los diferentes proyectos de canales diseñados para unir los océanos Atlántico y Pacífico a través del istmo centroamericano: *El canal interoceánico y el porvenir de Centro-América* (1898). Darío se refiere a él y a ese texto en su crónica "La cuestión de los canales" (*La Nación*, 9 de marzo de 1902, luego en *La caravana pasa* [1902]).

386 Luis Bonafoux Quintero (1855-1918), escritor y periodista. Sobre él escribe Darío en *Letras*: "La obra de Bonafoux demuestra lo vano de la diferencia que ha querido hacerse entre escritores y periodistas. No existe después de todo sino esto: hay periodistas que saben escribir y periodistas que no saben escribir; hay quienes tienen ideas y quienes no tienen ideas. [...] hay artículos de periodista que valen, por fondo y forma, lo que un buen libro. [...] Las crónicas de Bonafoux serían así sonetos, rondeles, letrillas, sin rimas" (1911: 30-31). Desde 1898 Bonafoux estaba instalado en París, donde dirigió el periódico *La campaña* y fue corresponsal de *El Heraldo* de Madrid. En su libro *Los españoles en París* dedica un capítulo ("Diplomático extraordinario") a Crisanto Medina: "Sin talento ni ilustración, como él decía, ello fué que figuró en las Cortes europeas; sin fortuna personal, vivió siempre á lo grande, y, respetado de todos, murió de comendador de la Legión de Honor" (1912: 72).

387 Ver nota 30.

388 Ver nota 121.

389 José María de Rojas y Galiano (1850-1908), conde de Rojas y líder político del partido Liberal-Consevador en Alicante. Antonio Guzmán Blanco (1858-1899), presidente de Venezuela durante tres períodos (1870-1877; 1879-1884; 1886-1888).

390 El escritor y político argentino Manuel Ugarte (1875-1951) fue una de las máximas figuras de la ensayística antiimperialista latinoamericana. Darío escribió el prólogo a su libro *Crónicas del bulevar* (1903) y una de las "cabezas" de *Mundial magazine* está dedicada a él, en especial a su entonces reciente libro *El porvenir de América* (1910). Allí Darío afirma: "Hay en él ideas, estilo, entusiasmo, y, hasta el águila de la cubierta, que lleva en las garras el pabellón de los Estados Unidos, había de llamar la atención sobre todo al Yanqui. [...] Tal libro es un libro 'de buena fé', que diría Montaigne, un libro que, para el ideal que sostiene, hacía falta" (n. 10, febrero de 1912, p. 318). Cuando Darío escribe estas páginas, Manuel Ugarte llevaba a cabo una "gira antiimperialista" por diferentes países de América Latina: tomando como punto de partida La Habana en 1911, atravesó el México revolucionario, los países de América Central, Colombia, Venezuela, Perú, Bolivia y Chile y terminó en Asunción del Paraguay en 1913. En 1914 dio impulso a la fundación de la Asociación Latinoamericana contra las amenazas de intervención militar extranjera –de Estados Unidos, especialmente– en el área.

391 Ricardo Rojas (1882-1957), fundador de la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y, más tarde, decano de esa casa de estudios y rector de la universidad. En 1907 se encontraba en Europa. El viaje había sido encomendado por el Ministerio de Instrucción de la Argentina para el estudio de los modos de enseñanza de las materias humanísticas en los establecimientos europeos, experiencia de donde surgirá en 1909 uno de sus trabajos más importantes: el informe *La restauración nacionalista*. Cercano al modernismo en sus años juveniles, Rojas escribe el estudio "La obra de Rubén

Darío", publicado en francés con el título "Un poète sud-américain" en el *Mercure de France* de París (1908) e incluido antes en castellano en el volumen *El alma española* (1907: 201-234). En 1906, por pedido del propio Darío, el argentino colabora en la recolección de materiales publicados en Buenos Aires para su eventual incorporación en *El canto errante* (1907). El encuentro entre ambos escritores en Bretaña es narrado por Rojas en su libro *Cartas de Europa* (1908). Darío dedica una de las "cabezas" de *Mundial magazine* a Rojas, publicada en enero de 1913 (n. 21, pp. 783-785); además, le había consagrado el poema-dedicatoria "A Ricardo Rojas" en un ejemplar de *Cantos de vida y esperanza* que se reproduce en *El alma española*: "Al excelso poeta que dedicó el destino / a decir la postrera mirada de mi sino, / y si no la postrera, la que vendrá en seguida / del instante más alto y enorme de mi vida: / y a quien, sabiendo ser intérprete supremo / de los rayos del Sol en que mi mirra quemo, / me ha ofrecido en su verbo vibrante y misterioso/ sus revuelos de cóndor, su aliento de coloso" (Rojas 1907: 233). Sobre el vínculo entre ambos ver Castillo (2002). En cuanto al "conde ocultista y endemoniado", se trata de Austin de Croze (1866-1937), quien mantuvo con Darío una amistad de muchos años. Él y Rojas fueron sus huéspedes en "La Pagode", hotel y restaurante de lujo que el conde había creado en Quélern-en-Roscanvel (Península de Crozón). Darío se refiere a Croze en varios textos, sobre todo en "La Bretaña hambrienta" (*La Nación*. *Suplemento Semanal Ilustrado*, 5 de marzo de 1903; Darío 2006b: 207-216) y "En Bretaña" (*La Nación*, 4 de agosto de 1907; Darío 2011b: 85-98). Rojas explica en una de sus crónicas: "El autor de la 'Bretagne Paienne', que antes he citado, es el conde de Croze, en cuya villa La Pagode, Rubén Darío y yo somos sus huéspedes. Con su panfleto liberal, no ha conseguido, por cierto, convertir estas gentes católicas á una religión más pura. Antes bien sólo ha logrado que los paisanos de la comarca, seguramente sugestionados por su párroco, le miren con cierta inquietud que, si no me equivoco, es extensiva á la casa, —en cuya puerta verde hay una leyenda china en letras rojas,— y extensiva también á sus dos huéspedes extranjeros, sospechados todos de satanismo" ("Desde el fin de la tierra", *La Nación*, 26 de septiembre de 1907).

392 Saint-Pol-Roux, pseudónimo de Pierre-Paul Roux (1861-1940), poeta simbolista. La Bretaña ocupa un lugar destacado en su producción poética. Darío escribe sobre él en la crónica "En Bretaña — Chez Saint-Pol-Roux" (*La Nación*, 18 de septiembre de 1907, luego en *Letras* [1911: 117-124]): "El meridional que ha cantado tan bellamente á la sonora Marsella, ha extraído de los silencios de Bretaña ricos diamantes de concentración. Asombra la joyería metafórica y el prodigio de combinaciones ideícas [*sic*]; es el dominio del iris y la sujeción de todas las gamas; y el volcar de la aladínica mina íntima un inacabable tesoro. Emperador de las Imágenes, rey de las Analogías, es para mí un gran placer la comunicación fraternal con tal creador de nuevas existencias y conceptos, y mirar, por el don amistoso, como la del argentino Lugones, como la del griego Moreas, transparente su alma" (1911: 119-120).

393 El terrateniente mexicano Felipe López Negrete invitó y acompañó a Darío durante el periplo por diferentes países de Europa del que surgirá el volumen *Tierras solares*. El libro está dedicado al propio López.

394 Entre julio y agosto de 1906, Darío publica en *La Nación* varios artículos sobre su participación en la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, en el marco de la cual escribe su poema "Salutación al águila". Entre esos artículos, señalamos: "La conferencia de Río de Janeiro" (28 de julio), "Sensaciones fluminenses — El conde Prozor — Suzzane Desprès — La intelectualidad brasileña" (8 de agosto); "Salutación al águila" (25 de agosto).

395 Darío cita un fragmento de la "Epístola a la Señora de Lugones", publicada el 4 de enero de 1907 en *Los lunes de El Imparcial* (Madrid) e incluida luego en *El canto errante* (1907).

396 Luis Salvador de Austria (1847-1915), hijo de Leopoldo II, gran duque de la Toscana. Hacia 1878 comenzó a adquirir propiedades en Mallorca y estableció su residencia en Miramar, que convirtió en lugar de refugio para escritores, científicos e intelectuales de la época. Darío narra una visita a esa finca en "El imperial filósofo" (*La Nación*, 23 de julio de 1907), que integra la serie "En la isla de oro". También se refiere al aristócrata italoaustríaco en "Jean Orth y Eugenio Garzón" (*Letras*, 1911) y en la "Epístola a la señora de Lugones": "Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco / Que las pomas de Ceres y las uvas de Baco / Cultiva, en un retiro archiducal y egregio. / Hospeda como un monje—y el hospedaje es regio—. / Sobre las rocas se alza la mansión señorial / Y la isla le brinda ambiente imperial. // Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida / Que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida. / Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto / Que aprovecha á la orilla del mar ese secreto" (Darío 1907: 138-139).

397 El filósofo y escritor mallorquín es una figura recurrente en la escritura de Darío. Aparece, por ejemplo, en la "Epístola a la Señora de Lugones", uno de cuyos fragmentos acaba de citar: "Mas mi pasión por Ramon Llull es pasión vieja, / Perfumada de siglos de verso y de conseja. / Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez de Arce, / Blancos pétalos sueltos del azahar esparce; / Mas Ramon Llull es el limosnero de Hesperia, / Ingerto [sic] en el gran roble del corazón de Iberia, / Que necesita el Hércules fuerte que le sacuda / Para sembrar de estrellas nuestra tierra desnuda". También lo menciona en la crónica "En la isla de oro — El imperial filósofo" (*La Nación*, 23 de julio de 1907). Finalmente, el último apartado de "Dilucidaciones", prólogo a *El canto* errante (1907), contiene una referencia a Llull: "¿Creéis que este fénix resucitado contenga menos que lo que puede dar á la percepción filosófica de hoy cualquiera de los *reporters* usuales en las cátedras periodísticas y más ó menos sorbónicas del día?" (1907: XXIV). Para otras referencias a Llull en la obra anterior de Darío, ver Montetes y Santanach (2016: 32-47).

398 La escritora francesa George Sand y su entonces pareja, el músico polaco Frédéric Chopin, estuvieron en Mallorca entre noviembre de 1838 y febrero de 1839. A partir de esta experiencia Sand escribirá el relato de viaje *Un hiver au midi de l'Europe,* publicado por entregas en 1841 en la *Revue des Deux Mondes* y editado al año siguiente como volumen independiente con su título definitivo, *Un hiver à Majorque*. Darío se referirá a ese libro en las crónicas "En la isla de oro — George Sand y Chopin" y "En la isla de oro — Todavía sobre George Sand y Chopin" (*La Nación*, 8 y 14 de julio de 1907 respectivamente). Además, en "El oro de Mallorca" el volumen de Sand es profusamente citado (ver notas 567 a 578, 612 y 620). La primera traducción al español de esa obra, realizada por Pedro Estelrich, apareció en 1902 con el título *Un invierno en Mallorca* y prólogo de Gabriel Alomar. Existe una carta de Alomar a Darío, fechada en Palma el 20 de noviembre de 1906, en la que el mallorquín le envía un ejemplar dedicado del volumen: "Mi ilustre amigo: aunque no hubiere recibido la carta de V., pensaba pedir un ejemplar de la obra de Sand al autor de la traducción, para dedicárselo á V. Ahí le mando el mío. Como V. verá, tengo el gusto de dedicárselo, y al autor ya le pediré otro ejemplar para mí. Uno de estos días pasaré á visitar á V., y me permitiré presentarle á mi amigo el elegante poeta Juan Alcover, á quien tal vez V. conozca de nombre (figura en la Antología ó Florilegio de Valera), el cual ha manifestado vivos deseos de conocer á V. Hasta entonces. Suyo incondicionalmente, Gabriel Alomar" (Archivo "Rubén Darío" de la Universidad Complutense de Madrid, número de documento: 1704).

399 *Spiridion*, novela de George Sand, escrita en gran parte en una de las celdas de Valldemosa, Palma de Mallorca. Relata la historia de una herejía surgida en un monasterio italiano del siglo XVIII. Fue publicada como volumen independiente en 1839; previamente había aparecido en la *Revue des Deux Mondes*.

400 Antonio Maura y Montaner (1853-1925), político español de orientación conservadora, presidente del Consejo de Ministros en varios períodos durante el reinado

de Alfonso XIII. Ingresó a la Real Academia Española en 1903 y fue presidente de esa institución desde 1913 hasta su fallecimiento.

401 José Santos Zelaya (1853-1919), presidente de Nicaragua entre 1893 y 1909. Miembro del partido liberal, durante su gobierno fomentó la educación pública y es considerado uno de los conformadores del actual estado nicaragüense. Era partidario de la Unión Centroamericana y cercano a la gestión de Porfirio Díaz en México. Intentó además, sin éxito, que el canal transoceánico fuera construido en Nicaragua y no en Panamá. En tensión con el gobierno norteamericano, cuyas fuerzas ocuparon varios puntos estratégicos del país a partir de 1907, fue obligado a dimitir y pasó al exilio, primero en México, luego en España y finalmente en los Estados Unidos. Darío realiza una evaluación positiva de su gobierno en las crónicas de *La Nación* agrupadas bajo el título "El viaje a Nicaragua" y publicadas entre agosto de 1908 y abril de 1909 (luego en el volumen *El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical*, 1909); también en el artículo "La revolución de Nicaragua" (*La Nación*, 25 de febrero de 1910), incorporado como capítulo final de *El viaje a Nicaragua*; por último, en "Política americana — Zelaya responde a Taft" (*La Nación*, 25 de febrero de 1911).

402 Ver nota 62.

403 Louis Henri Debayle (1865-1928), compañero de Darío en el colegio de los jesuitas, en 1883 viajó a París donde estudió medicina y fue discípulo de Louis Pasteur. De regreso a Nicaragua, introdujo en el país el uso de los rayos X y las investigaciones neurológicas de Paul Broca. Hacia 1909, Darío redacta la introducción a una recopilación de escritos de Debayle intitulada *Ritmo y alma*, que aparecería recién en 1933. Ese texto es publicado en *La Nación* (29 de junio de 1910) con el título "Prólogo que es página de vida" y luego se incorpora al volumen *Todo al vuelo* (1912: 101-108). Allí, el poeta recuerda la adolescencia de ambos amigos en León y llama a Debayle "uno de mis primeros compañeros de armonía". Por otra parte, *El viaje a Nicaragua* incluye una pieza lírica ("A Margarita Debayle") dedicada a la hija de su amigo (Darío 1909: 89-92). Ver Arellano (2008c).

404 Ver nota 27.

405 Luis de Silva y Fernández de Córdoba (1845-1918), XVII marqués de Zahara, X conde de Pie de Concha.

406 Se trata de Juan Evangelista Manrique (1861-1914), médico y fundador de la Sociedad Colombiana de Cirugía. Se desempeñó como embajador de su país en España y Francia. Manrique fue quien, tras atender en consulta a José Asunción Silva, marcó en el pecho del poeta la ubicación exacta del corazón. Algunos días después de dicho encuentro, el autor de *De sobremesa* descargaría un disparo certero de su revólver en el punto indicado por el médico. La anécdota es relatada por el propio Manrique en su artículo "José Asunción Silva (recuerdos íntimos)", aparecido en la *Revista de América* (París, año III, vol. I, n. XX, enero de 1914, pp. 28-41): "Me propuse examinar a mi amigo, como si fuera la primera vez que nos veíamos. Fue entonces cuando me preguntó si era cierto que la percusión permitía establecer, con cierta precisión, la forma y las dimensiones del corazón, y me suplicó que hiciera sobre él la demostración. Me presté gustoso a satisfacerlo y con un lápiz dermográfico tracé sobre el pecho del poeta toda la zona mate de la región precordial. Le aseguré que estaba normal ese órgano, y para dar más seguridad a mi afirmación, le dije que la punta del corazón no estaba desviada. Abrió entonces fuertemente los ojos y me preguntó en dónde quedaba la punta del corazón. Aquí, le dije, trazándole en el sitio una cruz con el lápiz que tenía en la mano. Complacido se despidió de mí ese día, después de haberse hecho examinar como si se tratara de una póliza de seguro de la vida ¡Era nuestra última entrevista!... Por la mañana del domingo 24 de mayo, se encontró a Silva, muerto entre su cama, abrazado de un revólver de grueso calibre, con la cara sonriente y pálida y una herida en la punta del corazón y junto a la cabecera un libro de D'Annunzio: 'El Triunfo de la Muerte'".

[407] Victoria Eugenia de Battenberg (1887-1969), reina consorte de España hasta 1931, año de la proclamación de la Segunda República.

[408] Ver nota 135.

[409] Ver nota 137.

[410] La infanta es Isabel de Borbón y Borbón (1851-1931). Su camarista, Lolita Balanzat y Bretagne, marquesa de Nájera, falleció en 1911.

[411] En 1910, la infanta Isabel viajó a Buenos Aires en representación de la corona española para participar de los festejos por el centenario de la Revolución de Mayo.

[412] Luisa de Orleans (1882-1958), infanta de España por concesión del rey Alfonso XIII.

[413] Ver nota 358.

[414] Fernando de Baviera y Borbón (1884-1958).

[415] María de la Paz de Borbón y Borbón (1862-1946).

[416] José Eduardo Wilde fue enviado en 1901 por el gobierno argentino como ministro plenipotenciario a España. Manuel Iturbe y del Villar se desempeñó como embajador de México en 1899. Juan Antonio Beiztegui fue designado también representante mexicano ante España en 1905. "Candamo" tal vez sea Carlos González de Candamo y Rivero, embajador peruano ante Francia entre 1900 y 1919.

[417] María Eulalia de Borbón (1864-1958) publicó en 1911, bajo el pseudónimo de "Condesa de Ávila", el libro *Au Fil de la vie*, censurado en España por su sobrino Alfonso XIII.

[418] Sir Maurice William Ernest de Bunsen (1852-1932), embajador del Reino Unido en España entre 1906 y 1913.

[419] Antonio Vico (1847-1929), nuncio apostólico en España entre 1907 y 1915.

[420] Se trata de Paul Révoil (1856-1914), gobernador general de Argelia entre 1901 y 1903 y embajador de Francia en España entre 1907 y 1909. Fue director general de la Banque ottomane en Constantinopla. Las "páginas muy agradables" que menciona Darío corresponden a unas poesías escritas a la edad de veinte años, *Ébauches et reflets* (1878). En el Archivo "Rubén Darío" de la Universidad Complutense de Madrid (número de documento: 2131) se encuentra una carta suya dirigida al nicaragüense, que reza: "Cher collègue, / Excusez moi de ne pas vous avoir encore remercié de l'envoi de vos beaux ouvrages. Ma connaissance de la langue espagnole ne me permet pas de les lire aussi promptement que je le voudrais, mais ce que j'ai pu déjà en apprécier m'a causé le plus vif plaisir. / Si ce n'est pas indiscret, je viendrai quelque jour en causer avec vous et vous parler de nouveau des fêtes du cinquantenaire de Mistral auxquelles je voudrais bien que vous puissiez assister. / Merci encore et croyez-moi, je vous prie, / votre bien dévoué / Révoil / Madrid, 2 Janvier 1909".

[421] Juan José Estrada Morales (1872-1947) se rebeló en 1908 contra el gobierno de Zelaya. El 10 de octubre de 1909 lanzó un comunicado en el que se autoproclamaba presidente de la república, con la anuencia de los Estados Unidos. Luego de una serie de encuentros armados entre sus fuerzas y las del gobierno, que provocaron la renuncia de Zelaya, asumió la presidencia de Nicaragua en agosto de 1910.

[422] José Santos Madriz Rodríguez (1867-1911) ejerció la presidencia de Nicaragua en el lapso que medió entre la renuncia de Zelaya (diciembre de 1909) y la toma del poder por parte de Estrada (agosto de 1910).

[423] Manuel Antonio Sanguily Garritte (1848-1925), miembro de las fuerzas independentistas cubanas, participó de la Guerra de los Diez Años (1868-1978). Declarada la independencia, desempeñó diversos cargos públicos y en enero de 1910 fue nombrado secretario de Estado. Desde esa función se opuso a la intervención militar estadounidense en la isla.

[424] Rodolfo Nervo (1879-1936), hermano de Amado, diplomático y también escritor. Desempeñó diversas funciones como representante de su país en Europa, Asia y Sudamérica.

[425] Ver nota 383.

[426] El "viejo cesáreo" es Porfirio Díaz (1830-1915). Su prolongado régimen caerá con la Revolución mexicana, que estalla poco después de los episodios aquí narrados, en noviembre de 1910. Durante este viaje a México, entre entre los meses de julio y septiembre, Darío llevó un diario, que fue rescatado por Ghiraldo (1943: 385-395). Para una interpretación del texto ver Blandón Guevara (2011: 48-71).

[427] José María Torres Perona, hijo del último gobernador español de las Filipinas.

[428] Antônio de Fontoura Xavier (1856-1922), escritor y diplomático brasileño. En 1905 publicó en Lisboa la edición definitiva de su libro *Opalas*, central para el parnasianismo lusófono. Sobre él, Darío escribió el artículo "Diplomáticos poetas — Fontoura Xavier — Ministro del Brasil en Centro América" (*La Nación*, 30 de abril de 1909). Allí reconoce la influencia del brasileño en la composición de "Salutación al Águila", escrita para la celebración del Congreso Panamericano de Río de Janeiro (1906), al que ambos concurrieron como representantes diplomáticos. Ver Acereda (2012).

[429] Bernardo Doroteo Reyes Ogazón (1849-1913), político y militar mexicano, participó en la guerra contra la ocupación francesa, siempre cerca de Porfirio Díaz. Murió durante el alzamiento contra el gobierno de Francisco Madero. Fue el padre del escritor, crítico y polígrafo Alfonso Reyes. Darío se refiere a él en "Shakespeare en la política hispano-americana" (*La Nación*, 13 de abril de 1912): "He tenido la honra de ser amigo personal y de frecuentar las relaciones del general Reyes, durante su permanencia en una villa de Neuilly, en los alrededores de París. Fui presentado a él por el general Zelaya, y encontré siempre en él, un soldado leal, un hombre sencillo a pesar de su arrogante aspecto militar, aficionado a las letras, y autor, él también, de varias obras; espíritu generoso y amante de su patria". En esa crónica, siguiendo un artículo del mexicano David Cerna, Darío compara a Bernardo Reyes con el Coriolano de la tragedia de Shakespeare.

[430] El dibujante Leo Merelo fue quien comunicó a Darío que dos hermanos uruguayos, Alfredo Guido (1892-1967) y Armando Guido (1896-1960), deseaban fundar una publicación literaria. La revista *Mundial magazine* apareció de mayo de 1911 a agosto de 1914. El mismo grupo empresario comisionó a Darío la dirección de otro proyecto, la revista femenina de modas *Elegancias*, editada de manera simultánea a *Mundial*.

[431] Apodo del hijo de Darío y Francisca Sánchez, Rubén Darío Sánchez, nacido en París en agosto de 1907. Fue el único de los hijos de la pareja que sobrevivió a Darío. Murió en Nicaragua en 1948.

[432] Juan Sureda Bimet (1872-1947), miembro de una próspera familia de comerciantes mallorquines, en 1908 fundó junto con otros intelectuales de la isla la "Cofradía de la Belleza" con el objetivo de promocionar las artes y las letras en Mallorca. En su residencia de Valldemosa alojó a artistas y escritores como Miguel de Unamuno, el pintor Joaquín Sorolla, Azorín, Eugenio D'Ors, el joven Jorge Luis Borges y el propio Darío.

[433] El castillo, construido por el rey de Mallorca Jaime II en 1309, fue ampliado por su hijo, el asmático rey Sancho, conocido como "el Pacífico". En 1399 pasó a manos de los monjes cartujos. Con la desamortización de Mendizábal, en 1835, se inició el proceso de secularización y definitiva exclaustración de los religiosos, que se vieron obligados a dejar el monasterio. Este pasó a manos privadas.

[434] Pilar Montaner Maturana (1876-1961) comenzó su carrera artística siguiendo las técnicas pictóricas del impresionismo. Más tarde, se vio influenciada por las vanguardias, el surrealismo en particular. En 1896 casó con Juan Sureda. Durante la

estadía de Darío en la Cartuja, realizó varios retratos del poeta, uno de ellos, famoso, en el que aparece con atavíos de monje.

435 En el capítulo LXXII de la segunda parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Alonso Quijano define a Barcelona como "archivo de la cortesía, albergue de los estranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única" (Cervantes 2005: t. II, 926).

436 Estrofa de la "Canción de otoño en primavera", en *Cantos de vida y esperanza* (1905b: 85-88).

437 Osvaldo Bazil (1884-1946), escritor modernista dominicano y colaborador del diario *La Nación*. En 1913 compartió con Darío la residencia en Mallorca. Escribió un "Canto a Rubén Darío" y una biografía del poeta, incluida en el volumen de Emilio Rodríguez Demorizi, *Rubén Darío y sus amigos dominicanos* (1948: 131-186). Darío le dedicó el artículo "Los diplomáticos poetas. Osvaldo Bazil", reproducido también en Rodríguez Demorizi (1948: 55-57). Según explica el compilador del volumen, dicho artículo apareció en *Listin Diario*, de Santo Domingo, el 9 de mayo de 1911 y luego fue incorporado por Bazil como prólogo a su volumen de poesía *Campanas de la tarde* (1922). A su vez, Bazil detalla que el texto "fué escrito por Rubén en el año 1911, en la Habana, y fué publicado en *La Nación*, de Buenos Aires. Pero años después, en Barcelona, Rubén lo amplió, esmaltándolo con párrafos de generoso encomio que me daba su cariño. Al ponerlo de nuevo en mis manos me recomendó que lo colocara como prólogo de algún libro mío. Guardé esa joya muchos años, mas, la adversidad quiso que en mis andanzas por el mundo, extraviara o perdiera el breve tesoro. [...] Al publicar hoy este libro sentiría sobre mí la garra de un remordimiento si no trajese a estas páginas el artículo siquiera sea tal y como fué publicado por Rubén en *La Nación*, de Buenos Aires, cuando como él dice unía en la Habana, sus sueños a los míos de entusiástico porta-lira de veinte años" (Bazil 1922: 11). Dicho texto no figura en el listado de Schmigalle y Caresani (2017).

438 Miguel de los Santos Oliver y Toirá (1864-1920), escritor y periodista nacido en Mallorca, residente en Barcelona. Colaboró con los principales medios de la capital catalana y llegó a ser director del *Diario de Barcelona* y *La Vanguardia*. En este último periódico publicó un texto sobre Darío a propósito del segundo viaje del nicaragüense a Mallorca (*La Vanguardia*, 4 de mayo de 1912, p. 8; ver "Apéndice documental: textos").

439 "Xenius" es el pseudónimo del filósofo y escritor catalán Eugenio D'Ors (1881-1954). Con ese nombre empezó a firmar sus célebres "glosas", publicadas a partir de 1906. En 1912, luego de una estadía en París como corresponsal de *La veu de Catalunya*, donde sigue cursos de Henri Bergson y Madame Curie, obtiene el título de licenciado en la Universidad de Barcelona. En 1914 publica su libro *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*. Durante la estancia de Darío en Barcelona era, además, secretario del Instituto de Estudios Catalanes. Incluimos en esta edición una glosa de 1949 –cuando D'Ors ocupaba cargos importantes en la administración cultural del régimen de Franco–, dedicada a Darío en Valldemosa y publicada en el diario *Arriba* (ver "Apéndice documental: textos").

440 Ver nota 286.

441 Pompeyo Gener (1846?-1920), periodista y dramaturgo, fue militante del nacionalismo catalán y un férreo antisemita.

442 Antonio Rubió y Lluch (1856-1937), historiador, medievalista, helenista y escritor. Catedrático de la Universidad de Barcelona, estuvo ligado intelectual y personalmente con Marcelino Menéndez y Pelayo. Entre sus obras se destacan *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, con un prólogo de Menéndez y Pelayo (1882), *Los navarros en Grecia y el ducado catalán de Atenas en la época*

de su invasión (1886) y *Narraciones populares catalanas recogidas por Sebastián Farnés* (1893, traducción).

443 Carles Rahola Llorens (1881-1939), periodista, historiador, educador y político. De filiación catalanista, fue fusilado tras un juicio sumario luego del fin de la Guerra civil española.

444 Joan Maragall (1860-1911), uno de los más importantes poetas de la Renaixença catalana. El poema "La vaca ciega" al que alude Darío fue incluido en el volumen *Poesía* (1895).

445 El sacerdote y poeta Jacinto Verdaguer y Santaló (1845-1902), también conocido como Mossèn (o Mosén) Cinto Verdaguer, fue otro de los protagonistas de la Renaixença literaria catalana. *La Atlántida* (1877) y el poema épico *Canigó* (1886) son algunas de sus obras más importantes.

446 El editor italiano Emanuele Maucci Battistini (1850-1937) se instala en Barcelona en 1882, tras haber emigrado primeramente a la Argentina, en donde se dedica a diferentes tareas agropecuarias y comerciales (entre ellas, la venta de libros). Especializado en la producción de libros de bajo costo que tienen como horizonte un nuevo público lector (con dos grandes colecciones de novela corta y novela "teatral"), sus ediciones circulaban tanto en España como en América y las Filipinas. En esta postdata a su *Vida*, Darío describe los talleres que Maucci había inaugurado en la calle Mallorca de la capital catalana y que contaban con una tecnología de avanzada para la época. Además de literatura, la editorial publicaba textos filosóficos y políticos: clásicos del anarquismo como Kropotkin, Proudhon y el educador catalán Francisco Ferrer, así como autores enmarcados en el librepensamiento de los siglos XVIII y XIX (Voltaire, Diderot o Spencer). También eran de importancia las obras de temática teosófica, que interesaban especialmente a Darío.

447 La segunda edición de *Los raros* fue publicada por Maucci en 1905.

448 Darío se refiere aquí a la traducción de una novela de Máximo Gorki, *Tomás Gordeieff*, realizada a partir de la versión francesa y publicada por Maucci en 1902.

449 Ver nota 223. Si bien Darío enfatiza el impacto que la primera edición de *Prosas profanas* tuvo en el ambiente intelectual de Buenos Aires, es evidente que en esta crónica sigue el recorrido planteado por la edición de 1901 (París), la cual contaba con numerosos añadidos: el poema "Cosas del Cid", los agrupados bajo el título "Dezires, layes y canciones" y la sección "Las ánforas de Epicuro".

450 La primera edición de *Azul...* fue publicada en Valparaíso en 1888 por la Imprenta y Litografía Excelsior.

451 *Los raros* se publicó por primera vez en Buenos Aires en los Talleres de "La Vasconia". Aunque el colofón indica que el libro fue "Terminado el XII de Octubre", la distribución de los ejemplares tuvo lugar varias semanas más tarde.

452 El "Manifiesto del simbolismo", redactado por Jean Moréas, apareció en el diario *Le Figaro* de París el 18 de septiembre de 1886.

453 "Celui qui ne comprend pas" es el título de un capítulo *L'Idéalisme* (1893: 39-48), libro de Gourmont. Ver nota 222.

454 En las "Palabras liminares" de *Prosas profanas*, Darío escribe: "Yo no tengo literatura 'mía' —como lo ha manifestado una magistral autoridad,— para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es *mía* en mí;—quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje ó esclavo, no podrá ocultar sello ó librea. Wagner á Augusta Holmés, su discípula, dijo un día: 'lo primero, no imitar á nadie, y sobre todo, á mí'. Gran decir" (1896b: VIII-IX). El origen de esta referencia dariana, así como los pormenores de la relación entre Wagner y Holmès, han sido desarrollados por Alberto Paredes (2014).

455 Darío invoca a Whitman en las "Palabras liminares" de *Prosas profanas*: "(Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas, en Palenke y Utatlán, en el

indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman)" (1896b: XII). En "Los colores del estandarte" (*La Nación*, 27 de noviembre de 1896), crónica que respondía a la crítica acerba de Groussac y que fue publicada apenas unas semanas antes de *Prosas profanas*, Darío sostiene: "Whitman, *nuestro* Whitman, rompió con todo y se remontó al versículo hebreo, se guió por su instinto. Y he de concluir yo también con el inmenso poeta de *Leaves of Grass*, con el *degenerado* Whitman, *raro*, *rarísimo*, maestro de Maeterlinck, y honrado también, el fuerte y cómico yankee, con el diagnóstico del judío Nordau. Estamos, querido maestro, los poetas jóvenes de la América de lengua castellana, preparando el camino, porque ha de venir nuestro Whitman, nuestro Walt Whitman indígena, lleno de mundo, saturado de universo, como el del norte, cantado tan bellamente por 'nuestro' Martí. Y no sería extraño que apareciese en esta vasta cosmópolis, crisol de almas y razas, en donde vivió Andrade el de la *Atlántida* simbólica, y aparece este joven salvaje de Lugones, precursor quizá del anunciado por el enigmático y terrible loco montevideano, en su libro profético y espantable". Ya en un artículo publicado en el diario *La Época* de Santiago de Chile ("A propósito de un nuevo libro", 16 de noviembre de 1888), Darío escribía acerca del poeta estadounidense: "[…] sobre todos los sombríos pensadores desfallecientes, en medio de las tinieblas filosóficas antiguas y modernas, miro augusta y sacerdotalmente profética la figura de un anciano que todavía vive, que ha aparecido en las regiones del porvenir y de la libertad y cuya voz empieza a resonar por todas partes porque es él hoy el primer poeta del mundo, y ama a la humanidad con amor inmenso, así como Hugo, más que Shelley y el pálido Dostoievsky: me refiero a Whitman, el pontífice yankee de la barba blanca" (Darío 1934: 249-250). La segunda edición de *Azul…* (Guatemala, 1890) incluía un soneto dedicado al autor de *Leaves of Grass*. En la producción posterior de Darío, las alusiones a Whitman aparecen con cierta frecuencia: por ejemplo, en la pieza inicial de la "Oda a Mitre", que retoma el poema homenaje a Abraham Lincoln ("'Oh Captain! Oh my Captain!', clamaba Whitman"); o en el primer verso de "A Roosevelt" (*Cantos de vida y esperanza*, 1905): "Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman…"; indiquemos finalmente el primer verso de la segunda estrofa en la "Salutación al águila" (*El canto errante*, 1907): "Bien vengas, oh mágica Águila, que amara tanto Walt Whitman".

[456] Referencias a la "La victoria de Junín. Canto a Bolívar", del poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (1790-1847), y a la "Silva a la agricultura de la zona tórrida", de Andrés Bello (1781-1865).

[457] Darío (1896b: XII).

[458] "Canto a la Argentina" se publicó por primera vez en *La Nación* de Buenos Aires el 25 de mayo de 1910.

[459] Darío (1896b: XIII).

[460] Darío (1896b: XIV).

[461] Darío (1896b: XIII).

[462] Théophile Gautier (1811-1872) fue, junto con Leconte de Lisle, una de las figuras centrales del parnasianismo. Su influencia determinante para la obra poética dariana ha sido estudiada, entre otros, por Arturo Marasso (1954).

[463] Referencia al primer verso del "Art Poétique" de Paul Verlaine. El poema, que Verlaine compuso en abril de 1874, apareció originalmente el 10 de noviembre de 1882 en *Paris Moderne. Revue Littéraire et Artistique* y luego fue integrado al volumen *Jadis et Naguère* (1884).

[464] La composición está dedicada a la Condesa de Peralta (ver nota 227).

[465] Théodore de Banville (1823-1891), "el mejor tocador de la lira de los anfiones de Francia", según afirma Darío en *Los raros* (1905c: 199). Poeta y dramaturgo cercano al parnasianismo y al simbolismo, fue una figura destacada en el campo literario

del Segundo Imperio y la Tercera República. Baudelaire le dedicó un importante ensayo crítico así como un poema incluido en la tercera edición (póstuma) de *Les Fleurs du Mal* (1868).

[466] María Cay, viuda de José María Julián de Lachambre y Rodríguez (1846-1903), militar español activo en Cuba y en Filipinas. Los poemas a los que refiere Darío son "Para una cubana" y "Para la misma", que aparecieron bajo el título general de "Sonetitos" en *El Fígaro* de La Habana (31 de julio de 1892) y en la revista *Artes y Letras* de Buenos Aires (n. II, 18 de noviembre de 1894). El encuentro con María Cay es narrado en la crónica "El general Lachambre — Recuerdos de La Habana" (*La Nación*, 7 de marzo de 1895), en la que se reproduce además el sonetito "Para la misma" (con variantes respecto de la versión en volumen). Darío conoció al poeta Julián del Casal (1863-1893) en julio de 1892, en La Habana, durante una escala de su viaje a España. Sin embargo, una relación literaria se había establecido previamente entre ambos escritores. El poema "La reina de la sombra", de Casal, publicado el 10 de mayo de 1891 en *La Habana Elegante*, iba dedicado "A Rubén Darío. / (Guatemala)". Glickman avanza la hipótesis de que dicha dedicatoria fuera un agradecimiento a Darío por haber publicado algunos poemas suyos en *El Correo de la Tarde* y, especialmente, por haber enviado al cubano un ejemplar de la edición guatemalteca de *Azul...* en marzo de 1891 (Glickman en Casal 1978: t. II, 268). El poema, incorporado al volumen *Nieve* (1892), mantuvo la dedicatoria aunque eliminaba la referencia a Guatemala, siendo que Darío no se encontraba ya en ese país. Además, el 15 de noviembre de 1891, Casal publica un ensayo sobre *Azul...* y *A. de Gilbert* en las páginas de *La Habana Literaria* (Casal 1963: t. I, 169-173). Luego de ese primer encuentro personal en julio de 1892, Darío volvió a La Habana a fines del mismo año. Del Casal escribió entonces otros dos textos en los que testimonió sus impresiones sobre el nicaragüense: "Rubén Darío" (prosa poética publicada en *La Habana Elegante* el 15 de enero de 1893, "para Enrique Gómez Carrillo, en París") y el poema "Páginas de vida", también en *La Habana Elegante* (22 de enero de 1893), incorporado luego en *Bustos y rimas* (1893; ver Glickman en Casal 1978: t. II, 268). Por su parte, Darío dedica a Casal el poema "El clavicordio de la abuela", publicado en el *Diario del Comercio* de San José de Costa Rica el 24 de diciembre de 1891. Tras la muerte del poeta cubano, lo homenajea en el artículo "Julián del Casal" (*La Habana Elegante*, 17 de junio de 1894). Varios años después, la crónica "Films habaneros. El poeta Julián del Casal" sale en *El Fígaro* de La Habana (21 de octubre de 1910) y luego en *La Nación* de Buenos Aires (1° de enero de 1911).

[467] *Gaspard de la nuit*, colección de poemas en prosa del escritor Aloysius Bertrand (1807-1841). En 1908, Maurice Ravel tomó el poemario como motivo de una pieza musical para piano, estrenada por Ricardo Viñes en París en enero de 1909.

[468] La referencia está incompleta. Son los versículos 7 y 8 de la primera carta de Juan, que forma parte del Nuevo Testamento. Los versículos citados por Darío son especialmente significativos ya que fueron objeto de debate por la introducción de la llamada "coma joánica", un agregado del siglo IV que se incorpora después a la Vulgata. Según Arturo Marasso, Darío leía la Biblia en la versión de Cipriano de Valera y, ya en los últimos años, directamente en la Vulgata (1954: 12). Citamos por la versión de Valera publicada en 1865 en Nueva York por la Sociedad Bíblica Americana, edición que circulaba en las misiones protestantes para el mundo hispanoparlante y en la que se lee el texto con el agregado de la coma: "7. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. 8. También son tres los que dan testimonio en la tierra, el espíritu, y el agua, y la sangre; y estos tres son uno" (1865: 945).

[469] Darío, que conoce la obra de Poe especialmente a partir de las versiones francesas de Baudelaire y Mallarmé, consagró al escritor estadounidense una de las semblanzas de *Los raros* (1896). Dicho texto no fue originalmente publicado en el diario *La Nación* (como la mayoría de los escritos del volumen) sino en la *Revista*

Nacional (“Edgar Allan Poe”, segunda serie, t. XIX, 1894: 28-37). Un año después de la escritura de la *Vida*, Darío vuelve sobre la obra de Poe en tres artículos que titula “Edgar Poe y los sueños” (*La Nación*, 8 de mayo, 20 y 24 de julio de 1913). Además, “Stella” fue el seudónimo literario de la primera esposa de Darío, Rafaela Contreras Cañas, fallecida el 26 de enero de 1893. Ver notas 105 y 109.

470 Ver nota 231.

471 El poema “El cisne” está dedicado a un tal Ch. Del Gouffre. Se trata, en realidad, de una referencia en clave a Charles Baudelaire. En efecto, una de las piezas de *Les Fleurs du Mal* se intitula “Le cygne” y otra, “Le gouffre”. Atribuyéndole aquí al personaje la nacionalidad belga, Darío da un nuevo giro sobre el chiste, toda vez que Baudelaire despreciaba a los belgas, sobre quienes escribió páginas llenas de amarga ironía.

472 El poema de Gautier está en el volumen *Émaux et Camées* (1852).

473 Ver nota 176.

474 La composición de Menéndez y Pelayo abre el primer volumen de *Horacio en España* (1885).

475 Dante Gabriel Rossetti (1828-1882), poeta y pintor inglés, uno de los exponentes más destacados del prerrafaelismo. Para las relaciones entre el nicaragüense y el británico, ver Einsohn (1984: 71-85).

476 Es probable que Darío se refiera aquí al *Petit Glossaire pour servir à l'intelligence des auteurs décadentes et symbolistes*, de Jacques Plowert (1888).

477 Para un estudio de la lectura que Darío hace de estos poetas ibéricos, ver Henríquez Ureña (1920) y Pérez Priego (2016).

478 El soneto al que se refiere Darío forma parte de la sección “Las ánforas de Epicuro”, incorporada a la edición de *Prosas profanas* de 1901. En dicha edición lleva el título “Dafne”.

479 Ver nota 229.

480 “Darío debió de conocer ahí [en la Biblioteca Nacional de Nicaragua] *La tentation de Saint Antoine*, obra que Marasso ha señalado como una de las fuentes de *La canción del oro*” (Mejía Sánchez 1970: 220).

481 Paul-Jacques-Raymond Binsse, conde de Saint-Victor (1827-1881), crítico y ensayista. En 1867 publicó una amplia recopilación de sus artículos con el título *Hommes et dieux, études d'histoire et de littérature*.

482 El *Diccionario de Galicismos, o sea de las voces, locuciones y frases que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse, y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso*, del venezolano Rafael María Baralt (1810-1860), se publicó en Madrid en 1855, editado por la Imprenta Nacional. En 1853, Baralt, que residía en Madrid, fue elegido primer académico hispanoamericano de número de la Real Academia.

483 Ver nota 110. Gavidia incluyó en su poemario *Versos* (1884) una traducción del poema “Stella” de Victor Hugo en pareados alejandrinos. En ocasión de la muerte del vate francés (1885), Darío escribe “Víctor Hugo y la tumba”, incluido en *Primeras notas* (1888: 87-97). Varios artículos suyos en *La Nación* tratan sobre el autor de *El noventa y tres*: “El dios Hugo y la América Latina” (27 de diciembre de 1901) o la serie de 1909 titulada “El castellano de Víctor Hugo” (21, 22, 23, 24, 25 y 26 de julio; 8, 9 y 10 de agosto).

484 La frase, que Victor Hugo registra en su ensayo *William Shakespeare* (1864), es utilizada por Eduardo de la Barra como epígrafe en el “Prólogo” que escribe para la primera edición de *Azul...* (1888).

485 Se trata del refrán que se repite en el “Chant de ceux qui s'en vont en mer”, poema incluido en *Les Châtiments* (1852).

[486] Se refiere al libro XXXVII de la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, dedicado a las piedras preciosas.

[487] En la cita hay una errata: *La Nación* anota "Que" por "Qua" al inicio del segundo verso. El fragmento proviene de la *Epístola* IX de Publio Ovidio Nasón, "De Deyanira a Hércules". Citamos una traducción anónima en verso del fragmento, publicada en México en 1828: "Limpio de monstruos, de tiranos libre / Por tu invicto valor, oh Alcides, mira / El Orbe por do quier que el ancha tierra [*sic*] / Es del glauco Nereo circunscrita" (Ovidio 1828: t. I, 139).

[488] Ver nota 42.

[489] Ver notas 89 y 60, respectivamente.

[490] Ver nota 43.

[491] Ver nota 148.

[492] Darío (1905a: IX). Antonio Alcalá Galiano (1789-1865), político y escritor, entre su obra se destacan una autobiografía, un conjunto de memorias y sus *Lecciones de literatura española, francesa, inglesa e italiana del siglo XVII*. Eugenio de Ochoa (1815-1872), crítico y narrador, tradujo al castellano obras clásicas (Virgilio) y modernas (George Sand, Honoré de Balzac, E. T. A. Hoffmann). Tuvo a su cargo una edición anotada del *Quijote*, recopiló teatro medieval y clásico castellano y colaboró en varios volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Sobre Miguel de los Santos Álvarez, ver nota 151.

[493] Darío (1905c: XI).

[494] Darío (1905c: VII).

[495] Alphonse Daudet (1840-1897), autor, entre otras obras, de *Lettres de mon moulin* (1866) y *Tartarin de Tarascon* (1872).

[496] Armand Silvestre (1837-1901), autor de poemas y relatos, estaba identificado con la escuela parnasiana. El poema "Pensamiento de otoño" de Darío, publicado primeramente en el periódico *La Época* (Santiago de Chile, 15 de febrero de 1887) e incluido luego en *Azul...*, lleva el epígrafe "de Armand Silvestre". René Maizeroy (1856-1918), pseudónimo del barón René-Jean Toussaint, fue un escritor de novelas y relatos de costumbres que gozaron de popularidad a fines del siglo XIX y principios del XX. Amigo de Guy de Maupassant, algunos de sus escritos fueron condenados por su tono erótico. La revista *Azul* de México, importante órgano de difusión del modernismo, publicó al menos diez traducciones de sus textos entre 1894 y 1896.

[497] Darío escribió sobre el autor de *Nana* en diversas oportunidades: "Zola trabaja, París" (*La Nación*, 2 de octubre de 1897) o, en ocasión de la muerte del escritor francés, "El ejemplo de Zola" (*La Nación*, 13 de noviembre de 1902, luego en *Opiniones*).

[498] En "Los colores del estandarte", Darío se refiere ya a este episodio: "*Azul...* dio, pues, la nota inicial, y fortuna tuvo en España y aún en Francia, donde Péladan imitó francamente mi *Canción del oro*, en su *Cantique de l'or*, que sirve de prólogo a *Le Panthée*" (*La Nación*, 27 de noviembre de 1896). Al respecto, ver Arellano (1993: 73-83). Joséphin Péladan (1858-1918), escritor y ocultista francés, en 1888 fundó la Orden Cabalística de los Rosa Cruz, de la que formaron parte Papus (ver nota 277), Erik Satie y Claude Debussy. Apasionado de Wagner, publicó en 1906 el ensayo *De Don Quijote a Parsifal*. Su novela más famosa, *Le panthée*, fue editada en París en 1892. En la crónica que dedica a Augusto de Armas (*La Nación*, 4 de septiembre de 1893, luego en *Los raros*), Darío toma de Péladan la figura de Calibán como motivo para pensar la tensión entre la América sajona y la latina: "como Poe [Stuart Merrill] nació en ese país que Peladan tiene razón en llamar de Calibanes" (1905c: 133).

[499] Esta alusión es una de las pocas menciones al poeta colombiano José Asunción Silva (1865-1896) identificables en la obra de Darío. El "caso" ha sido estudiado por Oliver Belmás (1968: 283-289).

[500] Tal como sostiene Arellano (2010: 224), el texto "La muerte de la emperatriz de la China" fue traducido al francés por Manuel Gahisto y Philaes Lebesque para el número 25 de la revista *Les mille nouvelles nouvelles*. El archivo dariano de la Universidad Complutense de Madrid cuenta con una esquela de la editora de la publicación, Mlle. Renée Lafont, fechada el 9 de marzo de 1910, en la que solicita la autorización de Darío para traducir el relato: "Monsieur, je vous avais écrit une lettre à la librairie de Mme. V^e. Bouret, rue Visconti, afin de vous demander l'autorisation de traduire 'La mort de l'Impératrice de Chine', pour la Collection des Mille Nouvelles Nouvelles (Gillequin edit., 7 Place St. Michel, Paris) destinée à faire connaître par une nouvelle les plus grands écrivains de chaque pays. La lettre n'a point dû vous parvenir. Monsieur Gómez Carrillo m'a dit que vous ne me refuseriez pas l'autorisation. Je tiens néanmoins à vous écrire. Je vous ai fait expédier un spécimen des Mille Nouvelles Nouvelles que vous avez dû recevoir" (Archivo "Rubén Darío" de la Universidad Complutense de Madrid, número de documento: 2620).

[501] Juan Clemente Zenea (1832-1871), comprometido con la lucha de independencia de Cuba, vivió un tiempo en los Estados Unidos. De regreso a su país, y después de participar del alzamiento de Céspedes, fue fusilado por las autoridades españolas. Varios de sus poemas se reúnen en *El laúd del desterrado* (1858).

[502] Charles Marie René Leconte de Lisle (1818-1894), el más destacado de los poetas parnasianos. Fascinado por el mundo antiguo, se dedicó al estudio del griego: su traducción de la *Ilíada* constituye, hasta hoy, un monumento literario de la segunda mitad del siglo XIX. El prefacio que escribe para su poemario *Poèmes Antiques* (1852) es considerado el manifiesto de la escuela parnasiana. Darío le dedica uno de los medallones poéticos que forman parte de la segunda edición de *Azul...* (1890). Con todo, el texto más importante que escribe sobre el francés es una semblanza publicada en *La Nación* (20 de julio de 1894), incluida luego en *Los raros* (1896). El 7 de enero de 1895, también en las páginas del diario porteño, aparece la crónica "El sillón de Leconte de Lisle — La juventud y la Academia — Lo que dijo Charles Morice — Verlaine y Zola". Allí afirma: "Ese criollo, venido de Buorbon á París, con reflejos de sol cruel en sus ojos maravillosos, para fijar en versos de una extraña suntuosidad sus visiones de lo bello de allá,—y como para gustarlas mejor á la distancia, fué entre nosotros, el sacerdote augusto del arte sagrado; y de ese modo, él también, el residente de otra edad, como decia [*sic*] de sí mismo Chateaubrian [*sic*], á quien Leconte de L'isle [*sic*] merece ser comparado".

[503] Günther Schmigalle nos ha acercado el artículo de *The Athenæum* al que refiere Darío. Se trata de una reseña anónima del folleto de Edward Nicholson, *Floureto de Prouvenço: a selection of Provençal poems and stories, with French translation and with a grammatical introduction*, publicado en Avignon en 1908. El texto, intitulado "The provençal tongue", apareció el 11 de abril de ese año, en el número 4198 de la revista (p. 451). Allí, el reseñista escribe: "Col. E. Nicholson published, through Roumanille of Avignon, some short time back, 'Floureto de Prouvenço,' containing notes on the grammar of the written Provençal language, with illustrations from Provençal poems and stories. A fresh interest is given to this pamphlet by the recent discovery in literary Paris of a Spanish American poet, new to the French critics. An article in the current number of the *Mercure de France* gives large quotations from the poems of Ruben Dario. He is of Indian blood, and came originally from Nicaragua. Like Verlaine and others of the later French poets, he has reverted to a pre-classical era, and uses in his verse a simple Spanish, amazingly like Provençal. [...] If we compare the easy lessons in Provençal offered by Col. Nicholson in well-known poems—recommended to the learner by good French translations—with the lines of Ruben Dario, the closeness of the

resemblance becomes at once apparent. [...] In Aubanol and Roumanille, far better than in Mistral, may be seen the resemblance to Ruben Dario. These Spanish lines, for example, might be by the author of the famous lines on the 'Jardin de Saint-Remy':—'En mi jardin se vio una estatua bella: / Se juzgo marmol y era carne viva, / Un alma joven habitada an [*sic*] ella, / Sentimental, sensible, sensitiva.' Again we seem to recognize a Provençal poet in: 'los bosques sonoros, / ... toros / Salvajes, yo os saludo, pues sois la vide [*sic*] mia.' A 'Hymn to Roosevelt' by Dario would carry us too far, for it claims for Latin America, as against the United States, a Catholicism and a representation of the Incas alike foreign to the Provençal mind, though politically important". Como se ve, la reseña no compara a Darío tanto con Mistral como con Aubanol y Roumanille. Por otra parte, la comparación es fundamentalmente lingüística y no implica, ni insinúa, ninguna idea de plagio. Frédéric Mistral (1830-1914), uno de los renovadores de la literatura en lengua provenzal, publicó su obra más importante, *Mireio*, en 1859. El 19 de octubre de 1909 Darío da a conocer en *La Nación* el artículo "Un homenaje a Mistral". El 22 de mayo de 1911 aparece en las páginas de ese mismo periódico otro texto suyo sobre el poeta, "La gloria de Mistral". *Poema del otoño*, de 1910, incluye una composición dedicada a Mistral que, de acuerdo con Mejía Sánchez, había sido escrita para celebrar la colocación de una estatua del poeta en Arlès. Esa composición fue publicada inicialmente en la revista *El Ateneo* de Madrid (agosto de 1909) y en el volumen *Homenaje a Federico Mistral* (1909; ver Mejía Sánchez en Darío 1985: LXXXV).

[504] Según el Avesta iranio, Arimán y Ormuz, creadores de todo lo existente, son encarnaciones del principio del mal y el bien, respectivamente.

[505] Salvador Díaz Mirón (1853-1928), poeta, profesor y periodista mexicano, fue además diputado. Entre sus poemarios se destaca *Lascas*, publicado en 1901.

[506] Los versos corresponden a la composición "A un poeta", incluida en la segunda edición de *Azul...* (1890) y que había sido publicada en el diario *La Unión* de San Salvador el 8 de febrero de 1890 (ver Mejía Sánchez en Darío 1985: LIX).

[507] Hugo cuenta con varias composiciones dedicadas a esa estación, entre ellas "L'Automne" y "Chanson d'automne". Además, un volumen de sus versos lleva por título *Les Feuilles d'automne*.

[508] Johann Heinrich Voss (1751-1826), poeta alemán, traductor de Homero. Del estadounidense Henry Wadsworth Longfellow (1808-1882), Darío tradujo tempranamente una de sus composiciones con el título "Huyó el día"; además, en el prólogo de *Cantos de vida y esperanza*, se refiere a su poema *Evangelina*, del que sostiene que "está en los mismos versos en que Horacio dijo sus mejores pensares" (Darío 1905b: 4). Giosuè Carducci (1835-1907) intentó llevar el ritmo del hexámetro latino a algunas de sus piezas, en las que trabajó lo que llamaba la "métrica bárbara"; también D'Annunzio exploró la posibilidad de aplicar el hexámetro latino en varias de sus poesías. En lengua española, Esteban Manuel de Villegas (1589-1669) llevó a cabo el mismo esfuerzo en sus *Eróticas o amatorias* (1618) así como, dos siglos más tarde, José Eusebio Caro (1817-1853). Eugenio Mele (1875-1969), hispanista italiano ligado a Benedetto Croce, quien le dedicó su volumen *España en la vida italiana durante el Renacimiento*. El libro que menciona Darío, *La poesia barbara in Spagna*, se publicó en 1910.

[509] En la crónica "Marquina y su obra" (*La Nación*, 13 de febrero de 1910), Darío escribe acerca del poeta catalán: "Dejo advertido que es buen conocedor de literaturas y poéticas extranjeras. Como Carducci ha aplicado al castellano metros latinos. Ha hecho uso, sin abusar como es hoy corriente en España y América, del alejandrino flexibilizado. Ha sacado muchísimo provecho del endecasílabo en todas sus formas, comprendida la del final agudo a la italiana. Ha tocado con precaución el verso libre, y ha introducido en algunas estrofas la música de ciertas canciones de elemento popular".

[510] Datado por el propio poeta en "Madrid, 1899", el poema se publicó en Buenos Aires en el *Almanaque Peuser 1900*.

[511] Darío cita un fragmento de las *Metamorfosis* de Ovidio (libro II; vv. 379-380), correspondiente a la transformación de Cicno. La versión correcta es "ignemque perosus, / quae colat, elegit contraria flumina flammis": "...y, odiando el fuego, elige para vivir las corrientes enemigas de las llamas" (Ovidio 2003: 253).

[512] La multiplicación del cisne como emblema de la creación poética había sido ya objeto de crítica en los años previos a que Darío escribiera esta crónica, lo que evidenciaba el agotamiento de ciertas figuras y motivos modernistas. En su poema "La muerte del cisne" (incluido en *Los senderos ocultos*, de 1911), el mexicano Enrique González Martínez (1871-1952) propone el reemplazo del ave nórdica por el búho, de raigambre clásica: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje / que da su nota blanca al azul de la fuente; / él pasea su gracia no más, pero no siente / el alma de las cosas ni la voz del paisaje. // Huye de toda forma y de todo lenguaje / que no vayan acordes con el ritmo latente / de la vida profunda... y adora intensamente / la vida, y que la vida comprenda tu homenaje. // Mira al sapiente búho cómo tiende las alas / desde el Olimpo, deja el regazo de Palas / y posa en aquel árbol el vuelo taciturno... // Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta / pupila, que se clava en la sombra, interpreta / el misterioso libro del silencio nocturno". De acuerdo con Binns, "El desprecio que [Darío] siente por este 'desafío' a su símbolo se nota cuando tilda a González Martínez de 'crítico' en vez de 'poeta'" (1995: 164).

[513] El hijo de Esténelo es Cicno. Así narra Ovidio su metamorfosis: "abandonado el poder (pues había gobernado las poblaciones ligures y sus grandes ciudades), había llenado con sus quejas las verdes orillas y el río Erídano [...], cuando se debilitó su voz de hombre y blancas plumas ocultan sus cabellos y el cuello se alarga enormemente desde el pecho y una ligadura une sus rojizos dedos, las alas cubren su costado, un pico sin punta se adueña de su boca. Cicno se convierte en un ave no conocida antes y no se entrega ni al cielo ni a Júpiter [...]; busca los estanques y los amplios lagos y, odiando el fuego, elige para vivir las corrientes enemigas de las llamas" (Ovidio 2003: 253). La transformación de Ascálafo en búho es relatada en el libro V de las *Metamorfosis* (vv. 533-550): "Ceres, por su parte, había decidido sacar de allí a su hija [Proserpina]. No lo permiten los hados así, puesto que la doncella había roto el ayuno y, mientras vagabundeaba sin malicia en los cultivados huertos, había cogido de un curvado árbol una granada y, arrancando de la amarillenta corteza siete granos, los había exprimido en su boca; el único de todos que vio esto fue Ascálafo, al que en otro tiempo se dice que Orfne, muy conocida entre las ninfas del Averno, dio a luz concebido de su Aqueronte en las negras selvas; y lo vio y, cruel, con su delación impidió el regreso. Gimió la reina del Erebo y convirtió al delator en una siniestra ave y su cabeza, rociada con el agua del Flegetonte, la convirtió en pico y plumas y grandes ojos. Él, arrebatado de sí mismo, se envuelve en rojizas alas y crece en su cabeza y encorva sus largas uñas y apenas mueve las plumas nacidas a lo largo de sus brazos sin fuerzas y se convierte en un repugnante pájaro, mensajero de inminente dolor, el perezoso búho, siniestro presagio para los mortales" (Ovidio 2003: 374-375).

[514] Darío cita fragmentos de la primera y segunda estrofa del "Nocturno (V)" de *Cantos de vida y esperanza*.

[515] "La dulzura del ángelus matinal y divino / Que diluyen ingenuas campanas provinciales, / En un aire inocente á fuerza de rosales, / De plegaria, de ensueño de virgen y de trino // De ruiseñor, opuesto todo al rudo destino / Que no cree en Dios..." (Darío: 1905b: 79).

[516] La cita está tomada del poema "A Gloria", de Salvador Díaz Mirón (ver nota 505).

[517] Fragmento del "Nocturno (V)".

[518] Verso del poema que abre C*antos de vida y esperanza*, "Yo soy aquel que ayer no más decía".

[519] Una semblanza de Mallarmé, escrita por Darío en ocasión de la muerte del poeta, apareció en *El Mercurio de América*, de Buenos Aires (octubre de 1898). El 14 de noviembre de 1894, Darío publica en *La Nación* una traducción del poema "Les fleurs" (junto a otras traducciones de poemas de Verlaine, Tailhade, Barbey d'Aurevilly, de La Villehervé y Corbel), considerada la primera versión en español de un texto mallarmeano. Estos materiales marcan el inicio de la presencia del autor francés en la literatura en castellano. Menos conocido es el texto que Darío publica el 18 de septiembre de 1898 en *El Sol del domingo* de Buenos Aires ("Mallarmé. Notas para un ensayo futuro"), cuyo descubrimiento corresponde a García Morales (2006). Acerca de las relaciones entre Darío y Mallarmé, ver Caresani (2017b) y Meyer-Minnemann (2016).

[520] Domingo Bolívar, pintor colombiano (y no venezolano) al que Darío dedicó su pieza "Melancolía". Se suicidó en 1903. El poeta se refiere a él en la crónica "Los hispanoamericanos en el salón de París" (*La Nación*, 8 de junio de 1904; luego en *Parisiana*): "Estaba en París, lleno de desencanto y de tristeza, á pesar de su buen humor y de su buen talento [...]. Se fué á los Estados Unidos, en donde contaba con excelentes relaciones. Había hecho el retrato del general Lower, que fué gobernador de Cuba, y el de otros personajes. Yo le di una carta para el Sr. García Mérou, quien le acogió noble y cariñosamente. Mas, Bolívar iba enfermo de París, en donde, pobreza y desilusión le mordieron el alma. Y en Nueva York, hace poco, hizo el gran viaje... con cianuro de potasio" (Darío 1907: 238-239).

[521] Sobre Darío y Valle-Inclán, ver nota 342.

[522] Ver nota 214.

[523] Referencia a *Mon cœur mis à nu* de Charles Baudelaire, publicado póstumamente en 1887.

[524] Traducción de los versos "Le buste / Survit à la cité", pertenecientes al poema "L'Art" de Théophile Gautier (en *Émaux et Camées*, 1852).

[525] La basílica Notre Dame de la Garde fue consagrada en 1864.

[526] Darío escribe incorrectamente el término francés *bêtise*, que significa "tontería", "estupidez".

[527] El narrador se refiere evidentemente a la lujuria y la gula. En el orden tradicional establecido por San Gregorio Magno (y seguido, por ejemplo, en la *Divina Comedia*), tales pecados son el primero y el séptimo, respectivamente. Sin embargo, el párrafo siguiente del texto confirma esta atribución.

[528] Darío había titulado "En la isla de oro" una serie de escritos sobre Mallorca aparecidos en *La Nación* entre abril y junio de 1907. La expresión "isla de oro" se encontraba ya en el tercer verso del "Coloquio de los Centauros": "De las eternas liras se escucha: — Isla de Oro / En que el tritón elige su caracol sonoro" (Darío 1901a: 89).

[529] Portopí y El Terreno son dos barrios situados en el distrito de Poniente de Palma. El castillo de Bellver, construcción gótica de planta circular situada a unos pocos kilómetros de la capital mallorquina, fue edificado a principios del siglo XIV por orden del rey Jaime II de Mallorca (1243-1311).

[530] Se trata de Luis Arosa, personaje que, de acuerdo con Kraudy (en Darío 2017: 354-355), está inspirado en Juan Sureda (ver nota 432). A este último dedica Darío el poema "Los olivos", fechado en Valldemosa en octubre de 1913, cuya primera estrofa reza: "Los olivos que tu Pilar pintó, son ciertos. / Son paganos, cristianos y modernos olivos, / que guardan los secretos deseos de los muertos / con gestos, voluntades y ademanes de vivos" (Darío 1985: 462). Acerca de la relación entre Darío y Sureda, y el rol que este tuvo en la última visita del poeta a

Mallorca, ver el capítulo XII de la *Biografía de Rubén Darío* escrita por Osvaldo Bazil, intitulado "Rubén en la Isla de Oro" (en "Apéndice documental: textos").

531 De acuerdo con Kraudy (en Darío 2017: 355, nota 9), Jaime de Flor es la máscara narrativa bajo la que se identifica al pintor Santiago Rusiñol. El nombre elegido para el personaje estaría relacionado con una serie de pinturas del artista catalán, *Jardines de España*, a la que Darío dedica uno de los textos de "En la isla de oro" (*La Nación*, 7 de abril de 1907). Cabe destacar que, al comienzo del capítulo VI de "El oro de Mallorca", se menciona a Rusiñol: dicha presencia, debida quizás a una inatención de Darío, introduce una disonancia en la lectura biográfica lineal del texto. Acerca de Rusiñol, ver nota 286.

532 En el juego de identificaciones biográficas, Ángel Armas vendría a ser Gabriel Alomar (1873-1941), escritor mallorquín que hospedó a Darío durante su primera estancia en Palma entre 1906 y 1907 (ver Kraudy en Darío 2017: 355, nota 10). Poeta de inspiración parnasiana en sus inicios, recibió luego el influjo de Carducci y D'Annunzio. En "Divagaciones", el primero de los escritos que integran la serie "En la isla de oro", Darío lo llama "El futurista", por el tema de una conferencia que Alomar dictó en Barcelona en junio de 1904, publicada en catalán en 1905 y volcada al castellano en 1907 (*La Nación*, 5 de abril de 1907). De convicciones republicanas, fue embajador en Italia entre 1932 y 1934 y luego en Egipto, donde murió en el exilio. Según Alberto Ghiraldo, "Gabriel Alomar, poeta y pensador mallorquín, alma limpia y serena, tuvo una gran amistad con Darío. Los dos escritores se conocieron en Madrid. Intimaron. Darío, invitado por Alomar, hizo un viaje a Mallorca del cual brotaron dos libros; uno, de crónicas admirables, *La isla de oro*, y una novela autobiográfica, O*ro de Mallorca*" (1943: 201).

533 Según Kraudy (en Darío 2017: 356, nota 11), cabe reconocer aquí a Joan Alcover (1854-1926), al que Darío dedica el artículo "La poesía de Mallorca — Joan Alcover" (*La Nación*, 5 de diciembre de 1911).

534 María es Pilar Montaner, esposa de Juan Sureda (ver nota 434). En cuanto a Anton Van Dijk (1599-1641), en su obra son frecuentes los retratos de figuras infantiles, como el de Carlos II niño, el de la esposa de Jan van der Wouver con su hija, o los hijos de Filippo y Maddalena Cattaneo. Darío ya se había referido a este aspecto de su pintura en la crónica "Turín" (*La Nación*, 15 de octubre de 1900, luego en *Peregrinaciones*): "En la sala undécima impera Van Dyck, con el cuadro que para muchos es el mejor de todos los suyos, el grupo de 'Los tres hijos de Carlos I de Inglaterra'. Los principitos fueron pintados con trajes lujosos, y todos tres parecen hembras. La vida les anima; y es admirable la que hay en el noble animal que les acompaña" (Darío 1901c: 168).

535 *Manquée*, "fallida" en francés.

536 En este mismo año de 1913, Darío dedica varias de sus crónicas en *La Nación* al tema del alcohol y a la relación entre narcóticos, bebidas intoxicantes y creación poética; entre ellas, "El mundo de los sueños — El onirismo tóxico" (9 de febrero) y "Edgar Poe y los sueños" (8 de mayo, 20 de julio y 24 de julio). A la vez, busca ayuda médica y consuelo espiritual en su amigo Diego Carbonell. Ver Schmigalle (2016).

537 Ver nota 176.

538 Referencia al *Libro de Job* (4: 13-17): "En imaginaciones de visiones nocturnas, / Cuando el sueño cae sobre los hombres, / Me sobrevino un espanto y un temblor, / Que estremeció todos mis huesos; / Y al pasar un espíritu por delante de mí, / Hizo que se erizara el pelo de mi cuerpo. / Paróse delante de mis ojos un fantasma, / Cuyo rostro yo no conocí, / Y quedo, oí que decía: / ¿Será el hombre más justo que Dios? / ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo?".

539 "La gloire est le soleil des morts", cita de la novela *La recherche de l'absolu* de Balzac, publicada por primera vez en 1834 e incluida en la *Comédie humaine* en

1845. *Le soleil des morts* (1898) es también una novela de Camille Mauclair, uno de los "raros" darianos.

540 "la gloria es un humilde ajenjo efímero / recogido a escondidas con miedo a la traición / y si ya no bebo, yo tengo mi razón". Darío cita con alteraciones la última estrofa del soneto "A François Coppée" de Paul Verlaine, incluido en el libro *Amour* (1888). La versión correcta del primer verso es: "Moi, ma gloire n'est qu'une humble absinthe éphémère"; y la del último: "Et, si je n'en bois pas plus, c'est pour des raisons". El pasaje parece ser un eco del encuentro de Darío con su admirado Verlaine, relatado en el capítulo XXXII de la *Vida*: "Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fué posible, concluí con la palabra gloria... Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: ¡La gloire!... ¡La gloire!... ¡M... M... encore!...".

541 En este pasaje Darío trabaja con la noción de "correspondencias", central en la poética del simbolismo y que proviene fundamentalmente de Baudelaire: "La Nature est un temple où de vivants piliers / Laissent parfois sortir de confuses paroles; / L'homme y passe à travers des forêts de symboles / Qui l'observent avec des regards familiers" ("Correspondances", en *Les Fleurs du Mal*). Baudelaire, por su parte, se inspira en los escritos del místico sueco Emanuel Swedenborg y de Eliphas Lévi. Sin embargo, en última instancia, el concepto es de derivación pitagórica. Dado el interés de Darío y de muchos modernistas por el ocultismo y la teosofía, dos fuentes importantes que explican la huella de elementos pitagóricos en sus obras son *Isis sin velos* (1877), de la teósofa rusa Madame Blavatsky, y *Los grandes iniciados* (1889), de Edouard Schuré, quien afirmaba que Pitágoras buscaba la ligazón, la síntesis y la armonía del "gran todo". Sobre el tema, ver Guillón (1974), Skyrme (1975) y Jrade (1986). En cuanto a Wagner, su marca está presente en gran parte de la obra poética de Darío, generalmente mediada por el simbolismo francés. Si bien ya hay alusiones al mundo wagneriano en *Azul...* (específicamente en la prosa "El velo de la reina Mab": "Yo escucho todas las harmonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner" [1905a: 45]), las referencias más conocidas se encuentran en su poesía posterior: Lohengrin, "el príncipe rubio" de "Blasón" (*Prosas profanas*), o el Parsifal de la serie "Wagneriana". Además de su producción estrictamente musical, es importante tener en cuenta la circulación que, en la época, tenía la reflexión teórica de Wagner, plasmada en *La obra de arte del futuro* (1849). Ver Allegra (1986: 84-88).

542 *Stultitia Dei*, locura (o necedad, simpleza, estupidez) de Dios. La noción, de origen paulino, es retomada por San Agustín: "Serpentis sapientia decepti sumus, dei stultitia liberamur" ("Somos engañados por la sabiduría de la serpiente pero la estupidez de Dios nos libera"; *De Doctrina Christiana*, I, 28). Erasmo, monje agustino, la recupera en su *Elogio de la Locura*.

543 Se trata de la *Collection des Classiques Latins*, publicada entre 1844 y 1849 y dirigida por Jean Marie Napoléon Désiré Nisard (y no "Nissard", como escribe Darío).

544 Se trata de una expresión recurrente en *Las mil noches y una noche*; por ejemplo, en la "Historia mágica del caballo de ébano" (noche 432): "Y continuaron su esposa y él [Kamaralakmar] viviendo la vida más deliciosa, la más dulce, la más serena y la más tranquila, ¡hasta que fué a verles la Destructora de delicias, la Separadora de sociedades y de amigos, la Saqueadora de palacios y cabañas, la Constructora de tumbas y la Proveedora de los cementerios!" (citamos por la traducción de Mardrus en versión española de Vicente Blasco Ibáñez; 1899: 221).

545 Referencia al manuscrito del monje e historiador Alberto Puig (1585-1644), quien redactó una *Fundació y successiu estat de este Real monestir i sagrada Cartuxa de Jesús de Nazareth de Mallorca* (1641). El fragmento latino proviene de la *Primera Epístola de Pablo a los Corintios* (3:7): "Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento".

[546] En diciembre de 1800, el político, jurista y escritor Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) fue desterrado a Mallorca, tras la destitución de Mariano Luis de Urquijo (ministro de Estado de Carlos IV y José I Bonaparte). Permaneció allí entre 1801 y 1808, donde residió primero en la Cartuja y luego en el castillo de Bellver. Durante este tiempo, tradujo un extracto de la obra del fraile Puig, incorporado luego al segundo tomo de sus *Obras publicadas é inéditas* (Biblioteca de Rivadeneyra, 1859).

[547] Según Kraudy (en Darío 2017: 367, nota 34), la fuente de este pasaje se encuentra en el manuscrito de Puig que Jovellanos tradujo al español: "Este príncipe padecía de asma: sus médicos le aconsejaron que buscase para residir los aires más puros; se dieron por los mejores los de Valdemuza, y resolvió fundar un palacio en esta villa" (1859: 500).

[548] Jaime III (1315-1349) fue el último rey de Mallorca. Su reinado se extendió desde 1324 hasta su muerte.

[549] Pedro IV, el Ceremonioso (1318-1387), rey de Aragón entre 1336 y 1387, incorporó Mallorca de manera definitiva al reino de Aragón.

[550] El texto confunde la cronología y los parentescos. A Pedro IV lo sucede su primer hijo, Juan I, quien murió al caer del caballo mientras cazaba en la región de Gerona, en 1396. Al no tener descendencia, fue sucedido por su hermano menor, coronado como Martín I, el Humano (1356-1410), rey de Aragón entre 1396 y 1410.

[551] Francisco de Bayeu (1724-1795) era en realidad el cuñado de Goya, quien se casó con Josefa Bayeu, su hermana, en 1773.

[552] José Antonio Folch (1768-1814), escultor neoclásico catalán, se refugió en Palma de Mallorca durante la ocupación napoleónica.

[553] Para la estadía de George Sand y Frédéric Chopin en Mallorca, el libro que surge de esa experiencia (*Un hiver à Majorque*) y la traducción al castellano realizada por Pedro Estelrich, ver nota 398.

[554] Según Luis Maristany (en Darío 1978: 94), en este capítulo Darío cita los pasajes de *Un hiver à Majorque* de George Sand traduciendo directamente del francés y no a partir de la versión en castellano de Pedro Estelrich.

[555] Amantine Aurore Lucile Dupin era el nombre real de George Sand.

[556] Se trata del libro *Souvenirs d'un voyage d'art à l'île de Majorque*, publicado en 1840 por el escritor y dibujante Jean-Joseph Bonaventure Laurens (1801-1890). El libro de Laurens apareció después de la estancia de Sand en Mallorca pero antes de que la escritora publicara el relato de su viaje a la isla balear en la *Revue des Deux Mondes* (1841).

[557] El cronista jesuita mallorquín Juan Bautista Dameto (1554-1633) escribió una *Historia general del Reyno Balearico*, publicada en Palma en 1632. "Miguel de Vargas" es en realidad el marino, político y escritor José de Vargas Ponce (1760-1821), autor de *Descripciones de las islas Pithiusas y Baleares*, volumen publicado en Madrid en 1787. Es Sand quien, en *Un hiver à Majorque*, refiere el nombre equivocadamente (1953: 20, 21 *et passim*). De acuerdo con Kraudy, "Saveur" tal vez sea una transcripción errónea del apellido de J. Grasset de Saint-Sauveur (1757-1810), quien fue cónsul francés en Palma y publicó en 1807 un *Voyage dans les îles Baléares et Pithiuses* (Kraudy en Darío 2017: 373, nota 43).

[558] Darío cita, con numerosas erratas, *L'illa de la calma* (1913) de Santiago Rusiñol (ver Rusiñol 1922: 117).

[559] Se alude al viaje de George Sand y Alfred de Musset a Venecia. El autor de *Lorenzaccio* enfermó en esa ciudad italiana. En su crónica "Horas errantes — Snobópolis" (*La Nación*, 25 de julio de 1904, luego en *Tierras solares* con el título "Venecia"), Darío escribe: "...¡Musset, George Sand! Acaba de publicarse la correspondencia de ese

famoso par de románticos, y no por pura indiscreción del encargado de la publicación, o de las familias respectivas, sino por póstuma voluntad de aquella terrible señora, que pensó en el futuro, en que la humanidad del porvenir tendría interés en saber sus intimidades poco delicadas, y la estupenda situación del *ménage à trois* sentimental y físico que sostuvieron su inaudito carácter y su extraordinario temperamento. Sand, Musset, Pagello... Da pena leer esas cartas, pena por el pobre Musset, jovencito, soñador, alcoholizado, ¡y en manos de semejante literata! La literatura les unió, y Pagello, que no entendía de literaturas, aparece allí como el más interesante bruto. Él es el único que está en la vida. A los dos curiosos amantes, apenas el velo de oro de la gloria alcanza a librarlos del ridículo. Ellos mismos fueron snobs *avant la lettre*" (1904: 178-179).

560 En el capítulo LXVII de la segunda parte del *Quijote*, el hidalgo imagina una idílica vida campesina, moldeada sobre la tradición de la novela pastoril: "Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo *el pastor Quijotiz*, y tú *el pastor Pancino*, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos" (Cervantes 2005: t. II, 899).

561 El Trianón es un edificio que forma parte del complejo arquitectónico de Versailles, residencia de los reyes borbones en Francia. Según los deseos de María Antonieta de Austria, esposa de Luis XVI, el arquitecto Richard Mique diseñó allí un espacio que remedaba idílicamente la vida campestre, en la tradición de la poesía bucólica y de la novela pastoril renacentista, con huerto y jardín. Se lo llamó *Hameau de la Reine*, "Aldea de la reina". En "Era un aire suave...", poema de *Prosas profanas* (1896), se evoca el *Hameau* de María Antonieta y la moda pastoril dieciochesca de la nobleza francesa: "¿Ó cuando pastoras de floridos valles / Ornaban con cintas sus albos corderos, / Y oían, divinas Tirsis de Versalles, / Las declaraciones de sus caballeros?" (Darío 1901a: 53). Darío también se refiere al Trianón en su crónica "Fiesta en Trianón — Resurrección de una época — D'Hozier y el Tío Sam" (*La Nación*, 30 de julio de 1901, luego en *La caravana pasa*): "La sola palabra Trianón evoca el espíritu y la vida de toda una época. Se acerca, en el tiempo, como un perfume antiguo; se oye un son de viola de amor, un minué en el clavicordio de la abuela; se mira, con los ojos entrecerrados de la memoria melancólica, un conjunto de suntuosidades y elegancias. Los arriesgados ejercicios de la coquetería, las declaraciones de los caballeros y las sutiles conversaciones de los abates; horas de encaje y seda; embarques para Citeres; idilios rústicos entre pastores gongorinos y pastoras 'preciosas'. Collar de horas que fué como una guirnalda de rosas que cubriese de pronto una ola de púrpura. Tiempo encantador, ciertamente, que tiene su parangón en los libros de cuentos de hadas y que adoraban los Goncourt" (1902: 123).

562 En francés, "alguien de mi familia".

563 Pietro Pagello (1807-1898), médico, conoció a George Sand en Venecia cuando atendió a Alfred de Musset, por entonces amante de la escritora. Durante el tratamiento, se convirtió a su vez en amante de Sand y convivió con ella durante un breve período en París. Luego regresó a Venecia, donde desarrolló su carrera como cirujano. Escribió algunos poemas en dialecto veneciano.

564 En francés, "manzanas de amor".

565 "Prejuicios de contagio". En *Un hiver à Majorque*, Sand califica como un prejuicio de la medicina española la idea de que la tuberculosis fuera contagiosa (lo que, como se sabe, con el tiempo se reveló una característica verdadera de la enfermedad): "De ce moment nous devînmes un objet d'horreur et d'épouvante pour la population. Nous fûmes atteints et convaincus de phtisie pulmonaire, ce qui équivaut à la peste dans les préjugés contagionistes de la médecine espagnole" (Sand 1953: 63).

566 "'La música, permítasenos la expresión, es el vapor del arte' es una cita de Victor Hugo, del ensayo 'William Shakespeare'. Darío la transcribe en 'Pianos y pianistas', una de sus crónicas desconocidas, publicada diez años antes del *Oro de Mallorca*" (Schmigalle 2014: 107). La crónica que refiere Schmigalle apareció en *La Nación* el 4 de junio de 1903.

567 Darío traduce directamente un pasaje de *Un hiver à Majorque*: "Je conseillerais aux gens que la vanité de l'art dévore, de bien regarder de tels sites et de les regarder souvent. Il me semble qu'ils y prendraient pour cet art divin qui préside à l'éternelle création des choses un certain respect qui leur manque, à ce que je m'imagine, d'après l'emphase de leur forme. Quant à moi, je n'ai jamais mieux senti le néant des mots que dans ces heures de contemplation passées à la Chartreuse. Il me venait bien des élans religieux; mais il ne m'arrivait pas d'autre formule d'enthousiasme que celle-ci: Bon Dieu, béni sois-tu pour m'avoir donné de bons yeux!" (Sand 1953: 148).

568 "Alguna costillita o alguna fruta confitada".

569 Chactas y Atala son personajes de *Atala o Los amores de dos salvajes en el desierto*, novela publicada en 1801 por François-René de Chateaubriand (1768-1848).

570 "El sonido del piano y la pericia del artista": "Ce mot de *naturel* dans la bouche d'un paysan qui avait la chevelure et les manières d'un sauvage nous frappa beaucoup. Le son du piano et le jeu de l'artiste le jetaient dans une sorte d'extase" (Sand 1953: 156).

571 "Un malade accablé" ("un enfermo agobiado"): "cet assaut obstiné pendant que nous avions un malade accablé, auquel il disputait quelques heures de repos, n'était pas toujours comique" (Sand 1953: 163). Como señala Kraudy, "l'autre malade" ("el otro enfermo") puede ser errata por "*notre malade*" ("nuestro enfermo"), expresión recurrente en el texto de Sand (en Darío 2017: 377, nota 58).

572 Darío traduce de *Un hiver à Majorque*: "Mais l'autre, loin de prospérer avec l'air humide et les privations, dépérissait d'une manière effrayante. Quoiqu'il fût condamné par toute la faculté de Palma, il n'avait aucune affection chronique; mais l'absence de régime fortifiant l'avait jeté, à la suite d'un catarrhe, dans un état de langueur dont il ne pouvait se relever. Il se résignait, comme on sait se résigner pour soi-même; nous ne pouvions pas nous résigner pour lui, et je connus pour la première fois de grands chagrins pour de petites contrariétés, la colère pour un bouillon poivré ou *chippé* par les servantes, l'anxiété pour un pain frais qui n'arrivait pas, ou qui s'était changé en éponge en traversant le torrent sur les flancs d'un mulet" (Sand 1953: 199).

573 "El pianito Pleyel, arrancado de manos de los aduaneros luego de tres semanas de tratativas y de cuatrocientos francos de contribución, llenó la bóveda elevada y resonante de la celda con un sonido magnífico" (ver Sand 1953: 206).

574 "un amigo que sufre": "Lorsque je voyais mes petits enfants, élevés dans l'abomination de la désolation de la philosophie, servir et assister avec joie un ami souffrant [...]" (Sand 1953: 208).

575 "El estado de nuestro enfermo empeoraba día a día" (ver Sand 1953: 215).

576 Se traduce, con algunas libertades, otro pasaje de *Un hiver à Majorque*: "J'éprouvais d'ailleurs de vives perplexités. Je n'ai aucune notion scientifique d'aucun genre, et il m'eût fallu être médecin, et grand médecin, pour soigner la maladie dont toute la responsabilité pesait sur mon cœur. Le médecin qui nous voyait, et dont je ne révoque en doute ni le zèle ni le talent, se trompait, comme tout médecin, même des plus illustres, peut se tromper, et comme, de son propre aveu, tout savant sincère s'est trompé souvent. La bronchite avait fait place à une excitation nerveuse qui produisait plusieurs des phénomènes d'une phtisie laryngée. Le médecin qui avait vu ces phénomènes à de certains moments, et qui ne voyait pas les symptômes contraires, évidents pour moi à d'autres heures, avait prononcé pour

le régime qui convient aux phtisiques, pour la saignée, pour la diète, pour le laitage. Toutes ces choses étaient absolument contraires, et la saignée eût été mortelle. Le malade en avait l'instinct, et moi, qui sans rien savoir de la médecine, ai soigné beaucoup de malades, j'avais le même pressentiment. Je tremblais pourtant de m'en remettre à cet instinct qui pouvait me tromper, et de lutter contre les affirmations d'un homme de l'art; et quand je voyais la maladie empirer, j'étais véritablement livré à des angoisses que chacun doit comprendre. Une saignée le sauverait, me disait-on, et si vous vous y refusez, il va mourir. Pourtant il y avait une voix qui me disait jusque dans mon sommeil: Une saignée le tuerait, et, si tu l'en préserves, il ne mourra pas. Je suis persuadé que cette voix était celle de la Providence, et aujourd'hui que notre ami, la terreur des majorquins, est reconnu aussi peu phtisique que moi, je remercie le ciel de ne m'avoir pas ôté la confiance qui nous a sauvés" (Sand 1953: 216-217).

577 Ver nota 399.

578 Kraudy (en Darío 2017: 379-380, nota 64) reconoce en este pasaje un fragmento de la "Notice" (fechada el 25 de agosto de 1865) que se antepone a la edición conjunta de *Spiridion* y *Un hiver à Majorque* de 1869.

579 "Tenga un buen día", en mallorquín.

580 En latín: "Entraré al altar de Dios — al Dios que es alegría de mi juventud. Júzgame tú, Dios, y defiende mi causa... — Venga a nosotros tu reino". De acuerdo con Kraudy (en Darío 2017: 382, nota 67), el nicaragüense "recrea el oficio de la misa, según el ritual del papa Pío V, del 14 de julio de 1570, tomando palabras de distintos momentos, correspondientes al Salmo 42 (parte de los versículos 1 y 4, invirtiendo el orden) y de la oración del padrenuestro".

581 "Épaves": ruinas, restos de un naufragio. *Les Épaves* es también el título de una recopilación de poemas de Baudelaire (algunos censurados, otros inéditos), que el escritor no había querido incorporar en la edición definitiva de *Les Fleurs du Mal*.

582 El *Magnificat*, cántico entonado por María en el momento en que el arcángel Gabriel le anuncia su estado de gravidez, se encuentra en el evangelio de Lucas (1: 46-55). Es una de las oraciones más conocidas de la liturgia cristiana, musicalizada por compositores como Claudio Monteverdi, Johann Sebastian Bach y, ya en el siglo XX, Arvo Pärt. Darío cita entre comillas el comienzo de la oración: "Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo".

583 Fragmento inicial del *Confiteor* ("Yo confieso"), sección de la misa romana en el que quien habla realiza la confesión de sus pecados. Evidentemente, Darío cita la oración de memoria y funde el comienzo ("Confieso a Dios todopoderoso, y a ustedes, hermanos") con fragmentos de los últimos tres versos: "Por eso, ruego a Santa María siempre Virgen, / a los ángeles, a los santos, y a ustedes, hermanos, / que rueguen por mí a Dios nuestro Señor. Amén".

584 Fragmento inicial del "Acto de contrición", siempre según el ritual de la misa tridentina romana.

585 *Salve Regina*, una de las cuatro antífonas del *Breviario Romano* dedicadas a María. Comienza con los versos: "Salve, Regina, Mater misericordiae. / Vita, dulcedo et spes nostra, salve" ("Salve, Reina y Madre de Misericordia, / vida, dulzura y esperanza nuestra, salve").

586 Todos los himnos en honor de la Trinidad, entre ellos algunos muy conocidos, como el *Sanctus*, *Gloria in excelsis* y el *Trisagio angelico*.

587 Este verso y los cuatro anteriores citados por Darío corresponden al *Trisagio seráfico a la Santísima Trinidad*.

588 Se trata de unos "Gozos de San Antonio" para los que Kraudy (en Darío 2017: 383, nota 75) repone una supuesta fuente: *Novena diaria del glorioso San Antonio de Padua: Revelada por el mismo Santo, puesta en método por un religioso menor*

devoto suyo (Manila, 1874). Sin embargo, el "Gozo" forma parte del cancionero popular castellano (ver Cabañas Alamán 2001: 130). La primera estrofa se encuentra también en un libro del siglo XVIII, sin fecha precisa de impresión, titulado *Humilde rogativa al glorioso San Antonio de Padua, con el Responsorio, que aprovecha mucho rezarle, y llevarle consigo en cualquier necesidad*, por el presbítero Baltasar Francisco de Hinojosa.

589 Kraudy (en Darío 2017: 384, nota 76) postula también las fuentes de este fragmento dedicado al religioso calabrés Francisco de Paula, fundador de la orden de los Mínimos: se trata de un "Gozo" recogido en la *Novena al Mínimo Mácsimo Padre y Patriarca S. Francisco de Paula* (Málaga, 1861) y en el *Manual de Piedad. Colección de nuestras principales prácticas cristianas que sirven a la vida devota por un sacerdote del Seminario de Santo Toribio* (Lima, 1864).

590 Se trata de un popular himno mariano que Darío altera ligeramente: "Oh María, Madre mía, / oh consuelo del mortal: / amparadme y guiadme / a la patria celestial".

591 Conocidos compositores del renacimiento y el barroco: el flamenco Orlando de Lasso o Roland de Lassus (1532-1594), el italiano Pierluigi de Palestrina (1525-1594), el español Tomás Luis de Victoria (1548-1611), el alemán Johann Sebastian Bach (1685-1750).

592 Referencia al tercer artículo de la cuestión VIII (Primera Parte) de la *Summa Theologica* de Santo Tomás: "Si Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia".

593 Darío menciona algunas de las invocaciones a María contenidas en las letanías lauretanas.

594 El narrador se desliza repentinamente de la tercera a la primera persona: acaso se trate de una inatención, un error tipográfico o, hipótesis más interesante, de una audacia estilística.

595 Fragmento del capítulo XIII de la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis (c. 1379-1471). Entre las ediciones del siglo XIX que pudo haber utilizado Darío, cabe mencionar la de José Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, impresa en Madrid en 1876 por Saturnino Calleja.

596 Referencia a la conversión de San Pablo narrada en *Hechos de los apóstoles*. El trueno al que alude el narrador indica posiblemente el ruido escuchado por Saulo, la *foné* ininteligible para aquellos que acompañan al santo y que puede interpretarse como "grito" o "trueno". Dice Pablo: "Y los que estaban conmigo vieron a la verdad la luz, y se espantaron; pero no entendieron la voz [*foné*] del que hablaba conmigo" (*Hechos* 22: 9).

597 Hacia 1892, Joris-Karl Huysmans sufrió una profunda conversión religiosa: sus libros *En ruta* (1895) y *La catedral* (1898) dan testimonio de esa transformación, así como sus ensayos sobre Lourdes y el arte medieval cristiano. En 1899 se retiró a vivir como oblato al monasterio de Ligugé. Allí permaneció dos años y escribió la vida de Santa Liduvina: su texto *El oblato* (1903) está basado en esa experiencia. Sobre la importancia de Huysmans en la escritura de Darío, ver nota 221.

598 "Tener la fe del carbonero" es expresión para indicar la experiencia de una fe simple, sin sutilezas críticas pero, por eso mismo, más esencial y verdadera. En su *Diccionario de refranes*, Sbarbi repone el relato popular que estaría en el origen del dicho: "Cuéntase que habiendo ido a llevar carbón a cierto convento un hombre dedicado a este oficio, cuya sencillez llamaba la atención de todo el mundo, uno de los frailes se propuso reírse aquel día a costa del bienaventurado, con cuyo motivo le preguntó qué era lo que creía acerca del misterio de la Trinidad. 'Creo —contestó aquel infeliz— lo que tiene y enseña la Santa Madre Iglesia: un Dios en la esencia y trino en las personas.' 'Pero ven acá, inocente —le replicó el fraile para tentarlo—; ¿no comprendes que es un absurdo el que uno sea tres y tres sean uno?' 'No hay tal absurdo, padre, o yo no sé dónde tengo mi mano derecha.' Y diciendo

y haciendo, cogió una de las extremidades de la capa que llevaba puesta, y doblándola en tres partes, exclamó: 'Un paño en tres dobleces y tres dobleces en un paño.' Con lo cual dejó corrido y confuso al bueno del religioso" (1922: t. I, 377).

599 Alusión al comienzo del poema que, según la tradición, el emperador romano Adriano (76-138) escribió en su lecho de muerte: "Animula vagula, blandula, / Hospes comesque corporis, / Quae nunc abibis in loca, / Pallidula, rigida, nudula, / Nec, ut solis, dabis iocos..." ("Almita, vagabunda y cariñosa, / huésped y compañera del cuerpo, / ahora te vas quién sabe a qué lugares / lívidos, severos y desnudos / y ya no te darás a los juegos que solías..."). Se trata de un verso favorito de Darío: lo cita también en la nota necrológica sobre Verlaine (*La Nación*, 10 de enero de 1896, luego en *Los raros*) y en la crónica "Films habaneros", dedicada a Julián del Casal (*La Nación*, 1º de enero de 1911).

600 Darío se refiere a los "cantaores" andaluces en la crónica "Tierras solares — La tristeza andaluza — Un poeta", dedicada al libro *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez (*La Nación*, 20 de marzo de 1904, luego en *Tierras solares*): "¿Habéis oído á un 'cantaor'? Si lo habéis oído, os recordaré esa voz larga y gimiente, esa cara rapada y seria, esa mano que mueve el bastón para llevar el compás. Parece que el hombre se está muriendo, parece que se va á acabar, parece que se acabó. A mí me ha conturbado tal gemido de otro mundo, tal hilo de alma, cosa de armonía enferma, copla llena de rota música que no se sabe con qué afanes va á hundirse en los abismos del espacio" (1904: 69).

601 Sobre Raimundo Lulio, ver nota 397. Caterina Tomàs, nacida en Palma en 1531 y muerta a los cuarenta y tres años, fue beatificada en 1792 y canonizada en 1930. Era conocida en Mallorca como la "beateta".

602 Stéphane Mallarmé publicó "L'Après-midi d'un faune", poema fundamental del simbolismo, en 1876. Darío suele asociar al escritor francés con dicha composición, que considera emblemática de su estética y de la lírica moderna *tout court*; por ejemplo, en la crónica "Al Dr. Max Nordau" (*La Nación*, 14 de mayo de 1903): "La poesía del fin del siglo XIX está representada en la eternidad del Arte por el triste Lelian y el heroico y misterioso autor del 'Après midi d'un Faune'. Sin los cañonazos de Hugo el dios, con dos flautas de Pan, con dos siringas, conquistaron el joven corazón del mundo. Llegaron a tiempo".

603 Se refiere en realidad al archiduque Luis Salvador de Austria, uno de cuyos numerosos nombres era, por cierto, Carlos, aunque no Federico. Ver nota 396.

604 Según Kraudy (en Darío 2017: 394, nota 90), Margarita Roger es quizá el único carácter absolutamente ficticio del relato. En cuanto a Madame Chandel, coincidimos con Schmigalle en que se trataría de un error tipográfico y debe leerse "Mme. [Camille] Claudel" (ver Schmigalle 2014).

605 *Parvicule* parece ser adaptación afrancesada del latín tardío *parviculus,-a* (muy pequeño, pequeñito). El término podría volcarse entonces como "niñita", "chiquilla", "muchachita". Pero acaso se trate también de un error tipográfico y la *lectio* correcta sea *parvenue* (recién llegada, advenediza). En cuanto a *farigotte*, Kraudy indica que debe leerse *parigotte*, término que en el *argot* parisino se refiere a la persona oriunda de París (en Darío 2017: 395, nota 92). Como se ve, estamos en terreno de erratas y, por ende, de conjeturas.

606 Darío dedica al escultor francés Auguste Rodin (1840-1917) dos artículos en *La Nación*. En "Rodin y su obra — Dos Rodines — Ideas y sensaciones" (16 de agosto de 1900) propone una lectura de la estética rodiniana a partir de la oposición entre lo apolíneo y lo dionisíaco. En la crónica "Rodin y su obra — Escultura 'di camera' — El Balzac — Escultura monumental — Lynch y Sarmiento — Pequeña 'Enquête'" (29 de agosto de 1900), dedicada en gran parte a su escultura de Balzac, Darío formula la sugestiva idea de que dicha obra podría ser análoga, en el

campo de la estatuaria, a una pieza musical para cámara. Ambas crónicas fueron recogidas en un único capítulo del volumen *Peregrinaciones* (1901).

607 Errata por "Mme. Rachilde" (ver nota 216).

608 Ver nota 380.

609 Se refiere a la poeta Louise Victorine Ackermann (1813-1890), autora de *Poésies, premières poésies, poésies philosophiques* (1874) y *Pensée d'une solitaire* (1883).

610 Günther Schmigalle ha identificado el origen de estas citas de Mme. Ackermann. Provienen de un artículo del "Supplément littéraire du dimanche" del periódico *Le Figaro* (29 de noviembre de 1913, pp. 1-2), que lleva por título "Lettres Inédites de Louise Ackermann". Allí se recogen tres cartas de Mme. Ackermann dirigidas a Ernest Havet, editor de los *Pensamientos* de Pascal, devenido lector y consejero literario de la escritora a propósito de su poema "Pascal" (en *Poésies philosophiques*). Los primeros dos fragmentos, "oyó de repente rimas que sonaban en sus oídos" ("tout à coup des rimes bourdonner à ses oreilles") y "enchâsser les jolies perles de langage" ("engastar las bellas perlas de lenguaje"), se recortan del breve texto que presenta las cartas y que está firmado con las iniciales "L. G.". "Mon petit talent" se encuentra en la primera epístola incluida en el artículo, fechada en Niza el 16 de julio de 1871: "Sans parler de votre appréciation si flatteuse de mon petit talent, j'y ai trouvé bien de la lumière". En la última carta del artículo, datada también en Niza el 5 de enero de 1872, Mme. Ackermann escribe a Havet: "Vous voudriez à présent des chants fortifiants et consolants. Où les prendrai-je? car je ne les ai pas dans l'âme? Je ne suis qu'une vieille chouette qui a poussé ses cris dans les ténèbres et sur des décombres. Je n'ai rien en moi de l'hirondelle. Hélas! je ne crois pas au printemps. Il ne me reste donc plus qu'à me taire". Darío no está consultando entonces el texto autobiográfico de Ackermann, "Ma vie", como apunta Kraudy en su edición de "El oro de Mallorca" (en Darío 2017: 396, notas 100, 101 y 102), sino el artículo de *Le Figaro*.

611 El término hace referencia a los judíos que permanecieron en Mallorca luego de la expulsión decretada por los reyes Isabel de Castilla y Fernando de Aragón en 1492. Provendría del catalán "juetó", diminutivo de "jueu" (judío). Según Joseph Pérez (2005: 248), aparece registrado por primera vez en un documento inquisitorial de 1688 para referirse a un grupo de criptojudíos de la ciudad de Palma. En 1909 Vicente Blasco Ibáñez había publicado una novela, *Los muertos mandan*, de temática chueta.

612 George Sand cita el *Voyage dans les îles Baléares et Pithiuses* (1807), de Jacques Grasset de Saint-Sauveur, en su *Un hiver à Majorque* (segunda parte, capítulo V): "On voit cependant encore, dans le cloître de Saint-Dominique, des peintures qui rappellent la barbarie exercée autrefois sur les juifs. Chacun des malheureux qui ont été brûlés est représenté dans un tableau au bas duquel sont écrits son nom, son âge, et l'époque où il fut victimé. On m'a assuré qu'il y a peu d'années les descendants de ces infortunés, formant aujourd'hui une classe particulière parmi les habitants de Palma, sous la ridicule dénomination de *chouettes*, avaient en vain offert des sommes assez fortes pour obtenir qu'on effaçât ces monuments affligeants. Je me suis refusé à croire ce fait... Je n'oublierai cependant jamais qu'un jour, me promenant dans le cloître des dominicains, je considérais avec douleur ces tristes peintures: un moine s'approcha de moi, et me fit remarquer parmi ces tableaux plusieurs marqués d'ossements en croix. — Ce sont, me dit-il, les portraits de ceux dont les cendres ont été exhumées et jetées au vent. Mon sang se glaça; je sortis brusquement, le cœur navré et l'esprit frappé de cette scène" (Sand 1953: 126-127). Sobre Saint-Sauveur, ver nota 557.

613 Darío parafrasea fragmentos de *L'illa de la calma*, de Santiago Rusiñol: "Què hi fa, allí, tanta gent apilotada en aquells caixons, treient el bec pel finestró, mirant de reüll tots els que passen, entretenint-se fent cadenetes, manejant rodetes amb pinces, treient capsetes plenes de pedres i posant-les a l'escaparata? [...] Sigui el

que vulgui el mode de viure i de guanyar-se els aliments, els aliments no han d'escassejar en aquells caus d'argenteria, perquè, no sols no es veu misèria, sinó que la capsa on viuen sol ésser neta i ben endreçada. La matèria que gasten dintre per als seus jocs i entreteniments és or i argent, i l'or i l'argent sol ésser car a tot arreu on es pugui bescanviar; arriben a casa, de plaça, amb uns cistells tan plens de vianda, que és més gran el cistell que el pis; gasten el luxe de tenir tants fills i de tenir-los tan parions i amb les faccions tan simètriques, els de totes les botiguetes, que en tindrien per regalar, si no fossin pares i mares; no diuen res a ningú, no avaloten, i tenint un passament i complint amb els sants preceptes, i essent de Mallorca, com els altres, per a parlar d'ells, la gent parla baix i se'ls mira de reüll, i si els té de nomenar, no sap com nomenar-los" (Rusiñol 1922: 35-36).

614 Sem Tob (c. 1290-c. 1369; "Buen Hombre" en hebreo), fue un rabino y poeta castellano, autor de unos *Consejos y documentos al rey don Pedro*, conocidos también con el título de *Proverbios morales*. Los mismos estaban compuestos en cuartetas de versos heptasílabos. El proverbio que cita Darío contiene una errata en el primer verso: donde dice "azar" debe decir "açor". Los mismos versos se encuentran en su crónica "La estatua de Heine; las patrias" (*La Nación*, 11 de agosto de 1901), retomada en *La caravana pasa* (1902: 176-181).

615 Édouard Drumont (1844-1917) fue uno de los sostenes de la campaña antisemita durante el caso Dreyfus. En 1890 fundó la Liga Antisemita de Francia. En 1891 publicó *El testamento de un antisemita* y, al año siguiente, fundó el periódico *La Libre Parole*.

616 Léon Bloy (1846-1917) publicó *Le salut par les juifs* (*La salvación por los judíos*) en 1892 como respuesta a las campañas antisemitas de Édouard Drumont. Figura principal de una literatura de raigambre católica y dostoievskiana, Bloy es uno de los "raros": su semblanza aparece primero en *La Nación* (15 de abril de 1894) y luego es incorporada al volumen de 1896. A su vez, la mediación de ese escritor fue fundamental para el acercamiento de Darío a la obra de Isidore Ducasse, el conde de Lautréamont. En efecto, en el capítulo de *Los raros* dedicado al montevideano, Darío afirma: "León Bloy fué el verdadero descubridor del conde de Lautréamont. El furioso San Juan de Dios hizo ver como llenas de luz las llagas del alma del Job blasfemo" (1905c: 175). Darío vuelve a Bloy en la crónica "Un cisma en Francia" (1° de enero de 1904, luego en *Opiniones* [1906: 59-67]).

617 De acuerdo con Kraudy, Darío resume aquí el argumento de la novela de Vicente Blasco Ibáñez, *Los muertos mandan* (1909), ambientada en Mallorca e Ibiza.

618 "Faire bonne chère" es, en francés, "hacer una buena comida".

619 Sobre Rusiñol, ver notas 286 y 531. Joaquín Mir (1873-1940) fue uno de los pintores más significativos del impresionismo catalán. En 1902, Mir y Rusiñol realizaron una serie de plafones para decorar el edificio modernista del Gran Hotel de Palma. Los cuadros entregados por Rusiñol al hotel eran por lo general copias de obras que pensaba destinar a las exposiciones de Barcelona y París. Entre ellos se cuenta uno, intitulado "Primaveral", que representa un campo de almendros en el valle de Génova.

620 "*mucha calma* [en español en el original], es la sabiduría mallorquina" (ver Sand 1953: 48).

621 Errata por "Bellver"; ver nota 529.

622 "Sulamita" es el nombre de la esposa en el *Cantar de los cantares*, libro atribuido a Salomón. En la tradición, la Sulamita es representada como morena, según se desprende del propio texto: "Morena yo, pero amable, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón" (citamos por la conocida traducción de Fray Luis de León [2002: 31]). Darío refiere otra versión –"*nigra sum, sed formosa*"– en su crónica sobre la reina de Madagascar de *La caravana pasa* (1902: 16) y alude a este pasaje bíblico en el poema "Divagación" de *Prosas profanas*: "Ó

negra, negra como la que canta / En su Jerusalem el rey hermoso, / Negra que haga brotar bajo su planta / La rosa y la cicuta del reposo…" (1896b: 21).

623 "Muchacha", en francés. La "orilla izquierda" ("rive gauche") del Sena era, por esa época, la que contenía los barrios de vida bohemia, intelectual y obrera, en oposición a la "rive droite", en la que habitaba una burguesía política, social y estéticamente conservadora.

624 "Obex": "obstáculo", en latín.

625 En francés, "mi pobre amigo".

626 "Vere Novo" es el nombre de un perfume femenino diseñado por la casa Guerlain y producido desde 1895 hasta comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

627 Referencia al compositor y pianista noruego Edvard Grieg (1843-1907), uno de los máximos exponentes del romanticismo musical.

Apéndice documental
TEXTOS

El oro de Mallorca

Tercera Parte

I[a]

Los días que siguieron fueron para Benjamín de relativo reposo. Casi todo el tiempo lo dedicaba á la música. Hacía sus paseos ya á los conocidos miradores de Miramar, ya por las callejuelas empinadas de la población. Se entretenía en observar á los valledemosinos en sus faenas cotidianas, a través de las redes de pesca que les sirven de cortinas en las puertas de las casas, [*un poco para*] que un poco les [*sirven*] son útiles para evitar la invasión de las pululantes moscas y otro poco para contener la curiosidad de los transeúntes: las [*mozas*] atlotas[b] y aun las niñas bien desarrolladas y fuertes, con sus faldas cortas que conspiran con las provocadoras piernas, [*y*] sus senos nacientes y las caras meridionales o morunas en que los ojos paganizantes están casi siempre subrayados

---

[a] El manuscrito de esta sección de la serie "El oro de Mallorca" fue descubierto por Iván Schulman en la Rare Book & Manuscript Library de la University of Illinois at Urbana-Champaign. Según el investigador, "la primera hoja del capítulo de esta Tercera Parte lleva un sello gomífero en forma ovalada que reza: La Nación [/] 30 Jun. 1914 [/] ADMINISTRACIÓN. El capítulo consta de 19 hojas manuscritas, la última firmada: Rubén Darío. Llegó a la Sección de Raros de la Biblioteca de la Universidad de Illinois con la siguiente dedicatoria escrita a mano: Regalo de Rubén Darío a su amigo Martiniano [/] Leguizamón para su hija Marita. [/] 'El oro de Mallorca' [/] Rubén Darío" (Schulman 2002: 196-197). Schulman cedió gentilmente al Archivo Rubén Darío Ordenado y Centralizado (AR.DOC-UNTREF) las copias del manuscrito –reproducidas en el Apéndice iconográfico de este volumen– desde las que se realiza la presente transcripción. Entre corchetes y con cursivas se reponen, cuando resultan legibles, las palabras tachadas. Por otra parte y a pedido del AR.DOC, Günther Schmigalle peritó nuevamente el autógrafo y, en comunicación del 20 de febrero de 2019, señaló: "en la primera página del manuscrito la escritura se ve muy acuciosa y apretada; pero, a medida que el texto avanza, la caligrafía se hace más fluida, más generosa, más expresiva, dinámica y hasta se podría decir más bella. Sin embargo, las características específicas de cada letra se mantienen; claramente el manuscrito entero es de una sola mano. La comparación con las cartas autógrafas reproducidas en facsímile en el tomo de *Cartas desconocidas* (2002) demuestra que se trata efectivamente de la letra de Darío. La firma que concluye el texto es indudablemente auténtica y nace a manera natural de la caligrafía del manuscrito entero".

[b] Tal vez Darío confunde "atlota" por "allota", término corriente en lengua balear: "En su riguroso sentido, se dice del niño ó niña que mama, aunque comúnmente se extiende á significar el que ó la que no há llegado á la edad juvenil" (Amengual 1858: t. I, 84).

por insinuadoras ojeras, no eran lo que menos le atraía. Algunas se ocupan en el trabajo de confeccionar, a tenacilla y soplete, bolsillos de plata, que luego se ven expuestos en los [*cambalaches vitrinas de*] mostradores y vitrinas de venta y cambalache que tienen los chuetas de Palma en su calle de la Platería. [*Por las*] Se detenía también en las pocas tiendas de ultramarinos, en que hay viejas latas de manteca suiza, de conservas de Francia, y las incontable[s] cadenas de butifarras y butifarrones, sobreasados, y demás embutidos de la cocina autóctona. La cual habíale causado una exacerbación en su crónica gastritis, con las sopas mayorquinas hechas de pan moreno, y legumbres nadantes en grasa, con las múltiples variaciones de la carne del cerdo —una de las riquezas de la isla, que ya había llamado la atención y la malevolencia de la impaciente Sand— y otros platos oleosos y tan solo resistibles para estómagos tradicionalmente potentes. Se desquitaba en cambio con riquísimos tordos, sabios pasteles de pollo preparados por Francisquina la del castillo, suculentos asados de cordero, incomparables becasinas, y toda suerte de regalías de harinas y de azúcares combinadas y perfumadas como para satisfacer paladares canonicales y monjiles. Después de sus [*giras*] caminatas se entregaba al piano, en la soledad de aquella fábrica histórica y religiosa que habitaba. O iba a la capilla y allí el armonium era el confidente y el conductorio de sus dilecciones.

Un día tuvo la sorpresa de encontrarse, en el camino que conduce á una de tantas propiedades del príncipe de Iliria, con el padre Herz, que había vuelto de uno de sus viajes al continente. Se saludaron con demostraciones de mútuo afecto, y el sacerdote manifestó desde luego su sorpresa grata por el aspecto de salud que notaba en Benjamín.

—Hijo mío, es usted otro. Le noto más animado, como rejuvenecido.

Prosiguieron juntos el paseo.

La palabra del sacerdote sentía él que le hacía bien, que le daba una íntima esperanza de consolación. Se creía en gran parte comprendido. Era la voz del médico del alma. Desde el primer día había sentido su influjo y su terapia benéfica.

—Padre —le dijo— estoy [*bastante*] harto inquieto.

—Tengo toda la consolación para usted, hijo mío.

—Me consiguió el permiso de Burgos?

—Al contrario... Pero no se desconsuele. Nuestro padre San Francisco[a] que es el maestro de los maestros en la disciplina de la vida, nos ha dicho que podemos servir a nuestro señor Jesucristo de muchas maneras que no son las del claustro y las de la penitencia. Así es que cumpliendo con la voluntad de Dios, si está usted llamado para ser también de los escogidos, lo será. Sé que le digo casi una cosa poco ortodoxa, porque los jansenistas apoyándose en doctrina herética, sostenían estos modos de pensar.

—Padre, repuso, yo le agradezco mucho lo que Vd. me dice, porque ello es un consuelo; pero no es un remedio. Acuérdese Vd. de aquel don especial que yo he pedido siempre, y que todos los [*santos*] escogidos han tenido: la gracia. Sin ella, padre, no será posible la felicidad de mi espíritu, la tranquilidad de mi [*alma*] conciencia.

En el ancho y hermoso camino se oyó el [*son*] ruido de un cencerro. Era un gran grupo de cabras con un pastor fantasmal. El padre se descubrió. Benjamín lo mismo, sin comprender el motivo. Era que estaban en frente del cementerio. Luego pidió el padre al cabrero, un vaso de leche. De las [*mismas*] pesadas ubres se ordeñó una leche fresca y jugosa.

Prosiguieron el paseo, despacio. Un gran aliento de vida brotaba de la tierra. El sacerdote alentaba al artista, le indicaba, con discurso mesurado y convincente, la senda de la vida, en las luchas del siglo. El había nacido para eso. Sus condiciones espirituales no se avenían con la especial existencia del recogimiento monacal. Era en el movimiento de la república, entre los ruidos del mundo, que podía llenar sus aspiraciones de servir al Señor, no por medio de la oración constante y de las horas contemplativas, sino por medio

[a] Según reconstruye Fernández Ripoll (en Darío 2001: 94), Darío escribió el poema "Los motivos del lobo", de temática y ambiente franciscanos, durante su estadía en 1913 en Mallorca: "El varón que tiene corazón de lis, / Alma de querube, lengua celestial, / El mínimo y dulce Francisco de Asís, / Está con un rudo y torvo animal, / Bestia temerosa, de sangre y de robo, / Las fauces de furia, los ojos de mal: / El lobo de Gubbia, el terrible lobo" (Darío 1914: 103). El extenso poema apareció originalmente en *Mundial magazine* (n. 32, diciembre de 1913, pp. 107-113) y luego fue incorporado a *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914).

de los elementos que la Providencia había puesto en su espíritu: su arte. ¿No tenía el ejemplo de San Gregario, de Santa Cecilia, de San Francisco Solano, —y en nuestra época profana y bajo una luz distinta,— el del padre Perosi?...[a] [*Y ello desde el tiempo en*] Y en los primitivos tiempos bíblicos, no servían a Dios los que cantaban sus alabanzas *in tubae*,... *in organum*,... *in tympanum*...?[b] Se despidieron a la puerta de la Cartuja.

—Ya volveremos a reanudar nuestra conversación.

—Lo más pronto, y lo más frecuentemente, padre. Ya sabe usted que ello es, se puede decir, mi medicina.

Llegó a su cuarto y luego pasó á la biblioteca. Distraídamente tomó un libro, al azar... Pero existe la casualidad?... Es el caso que era un viejo volumen de Lizardi,[c] en el cual, y en la página por donde abriera, leyó: ..."—Muy bien me parece ese deseo —dijo el provincial;— pero qué, ¿no se puede servir a Su Magestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos le han servido en los monasterios. Las mansiones del padre celestial son muchas y muchos los caminos por donde llama á sus escogidos. En correspondiendo a los auxilios de la gracia, todos los estados y todos los lugares de la tierra son a propósito para servir a Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas, santos palaciegos, santos idiotas, santos letrados, santos médicos, abogados, artesanos, mendigos, soldados, ricos; y en una palabra, santos en todas clases del estado. Conque de aquí se sigue que

---

[a] San Gregorio Magno fue Papa entre 590 y 604. Se le atribuye, de acuerdo con una tradición hoy puesta en duda, la incorporación del canto que, por esa causa, se denomina "gregoriano". Santa Cecilia, martirizada en el siglo III en Roma, es la patrona de la música. Su fiesta se celebra el 22 de noviembre. San Francisco Solano (1549-1610) fue un sacerdote y misionero español, perteneciente a la orden de los franciscanos. Predicó el Evangelio entre los pueblos americanos no solo a través de la palabra sino también de la música. Lorenzo Perosi (1872-1956), sacerdote y compositor de música sacra, fue uno de los impulsores de la renovación musical en el seno de la Iglesia católica. En 1898 obtuvo de León XIII el cargo de Director de la Capilla Musical Pontificia, que desempeñó hasta su muerte.

[b] Referencia al salmo CL (versículos 3-4): "Laudate eum in sono tubae; laudate eum in psalterio et cithara. / Laudate eum in tympano et choro; laudate eum in chordis et organo" ("Alabadle a son de bocina; alabdale con salterio y arpa. / Alabadle con pandero y danza; alabadle con cuerdas y flautas").

[c] José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), autor de *El Periquillo Sarniento* (1816). El libro, que Darío cita a continuación, es considerado el punto de partida de la novela en la América hispana independiente.

para servir a Dios no es condición precisa el ser fraile, sino el guardar su santa ley, y esta se puede guardar en los palacios, en las oficinas, en las calles, en los talleres, en las tiendas, en los campos, en las ciudades, en los cuarteles, en los navíos, y aun en medio de las sinagogas de los judíos y las mezquitas de los moros. La profesión de la vida religiosa es la más perfecta; pero si no se abraza con verdadera vocación, no es la más segura. Muchos se han condenado en los claustros, que quizás se hubieron salvado en el siglo. No está el caso en empezar bien, es menester la constancia. Nadie logra la corona del triunfo, sino el que pelea varonilmente hasta el fin. En la edad de usted es preciso desconfiar mucho de esos ímpetus o fervores espirituales que ordinariamente no pasan de unas llamaradas de "zacate", que tan pronto se levantan como se apagan; y así sucede que muchos, o no profesan, o si profesan es por la vergüenza que les causa el *qué dirán*; y estos tales profesos, como que lo son sin su voluntad, son unos malos religiosos, desobedientes y libertinos, que con sus vicios y apostasías dan que hacer á los superiores, escandalizan á los seculares, y de camino quitan el crédito á las religiones; porque como dice Santa Teresa, y es constante: el mundo quiere que los que siguen la virtud sean muy perfectos; nada les dispensa, todo les nota, les advierte y moteja con el mayor escrúpulo, y de aquí es que los mundanos fácilmente disculpan los vicios más groseros de los otros mundanos; pero se escandalizan grandemente si advierten algunos de este o el otro religioso, o alma dedicada á la virtud. Levantan el grito hasta el cielo, y hablan, no solo contra aquel fraile, que los escandaliza, sino contra el honor de toda la religión, sin pesar en la balanza de la justicia los muchos varones justos y arreglados que ven en la misma religión, y aun en el mismo convento. Para evitar que los jóvenes se pierdan abrazando sin vocación un estado que ciertamente no debe ser de holgura, sino de un trabajo contínuo, para cumplir los prelados con nuestra obligación y no dar lugar á que las religiones se desacrediten por sus malos hijos, debemos examinar con mucha prudencia y eficacia el espíritu de los pretendientes, aun antes de que entren de novicios. En virtud de esto, usted que desea servir a Dios en la religión, ¿ya sabe que aquí, de lo primero que ha de renunciar es de la voluntad; porque no ha

de tener más voluntad que la de los superiores, á quienes ha de obedecer ciegamente?..."[a]

Cerró el libro.

Claro, se dijo: esto no es una "casualidad". Esto es una manifiesta advertencia de lo invisible. Estaré, pues, condenado á volver á la lucha de miserias entre las manadas de lobos sociales. Habré de seguir soportando el contacto de viscosas alimañas. Tendré que defenderme de mis propios nervios con la habitual droga funesta, que a su vez continuará siendo la más temible de las enfermedades. Sufriré el horror de la muchedumbre, la "tiranía del rostro humano",[b] los efluvios hostiles que se desprenden de cada bípedo lobo que pase cerca de mí. Atacará mi sensibilidad olfativa el demoniaco *odor di femina*,[c] y seguiré obsesionado por toda suerte de fantasías, carnales y pecaminosas, yo que á cada instante estoy tentado a creer en la no existencia del pecado. [*Lo terrible es*] Y seguía en sus reflexiones que en el fondo le infundían una inmensa tristeza. Y lo más terrible para él era que a medida que el tiempo pasaba iba sintiendo una flojedad de fe que le inquietaba. Juzgaba demasiado. Él, que había despreciado tanto y tantas veces el predominio de la razón, no buscaba ahora sino las evidencias. No podía pensar, o rezar á Jesucristo y á su Madre, sin hacer, casi contra su volición, la evocación material, y hasta la anatomía de ellos, y de allí resultaban inauditas profanaciones imaginativas.

Pensó en el arte, en su arte, como un supremo recurso. Había recibido un ensayo de Ricciotto Canudo que trataba de *La Música*

---

[a] Darío cita un fragmento del capítulo XI de *El Periquillo Sarniento*: "Toma el periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo día. Cuéntanse algunos intermedios relativos a ello".

[b] Se trata de una referencia al poema de Baudelaire "À une heure du matin", uno de los *Petit poèmes en prose*: "Enfin! seul! On n'entend plus que le roulement de quelques fiacres attardés et éreintés. Pendant quelques heures, nous posséderons le silence, sinon le repos. Enfin! la tyrannie de la face humaine a disparu, et je ne souffrirai plus que par moi-même" (Baudelaire 1968: 240). A su vez, Baudelaire toma la expresión de Thomas de Quincey, a quien traduce parcialmente en sus *Paradis artificiels*. Se la vuelve a encontrar además en *Pauvre Belgique*.

[c] "Olor de mujer", en italiano. La frase se encuentra en el *Don Giovanni* de Mozart (acto I, escena 4), cuyo libreto fue escrito por Lorenzo da Ponte: "Zitto! mi pare / sentir odor di femina" ("¡Silencio! me parece / sentir olor de mujer"). Darío también emplea la expresión en el poema "Por el influjo de la primavera", incorporado en *Cantos de vida y esperanza*: "Un vasto orgullo viril / Que aroma el *odor di femina*" (Darío 1905b: 76).

como una religión del futuro.[a] Allí había leído que "las tradiciones de nuestra raza nos han transmitido formas religiosas de la gran belleza, y hemos heredado esas ceremonias e ideales que desde la primavera de Helas hasta el otoño de la Cristiandad se aproximan más á los principios estéticos en la fundación de toda religión"; que "la religión es siempre la estética de una época, o serie de épocas, y en el reflejo de una nueva era hemos visto formas religiosas de la más pura tradición, deshacerse hasta los más finos tintes marfilinos del universo"...; que "las cosas [*religiosas son*] preciosas son en su mayoría las menos tangibles, y si la forma de la religión cristiana se divide, es necesario un nuevo desarrollo religioso para satisfacer los sublimes esfuerzos del idealista". Era un estudio trascendente, un tanto confuso, pero que hacía vibrar su inteligencia, en conclusiones como ésta: "Es, pues, la Estética, la única que puede alcanzar este indefinido engrandecimiento, sin el cual el Pensamiento se mezcla con la idea religiosa, y la sensación se transforma en sentimiento, y solamente ello nos parece ser capaz de dirigir las vagas tendencias de nuestros días en una definitiva fe religiosa. La fe religiosa es el principio gobernante, la dirección única otorgada á la vida doblemente mental y sentimental de una colectividad y unánimemente aceptada por ella, y tal fe es la única capaz de imponer estilo á la vida total de cualquiera época". Luego: "La religión es siempre una manifestación de Arte, aun cuando á menudo haya sido lo contrario erróneamente creído, ya que el mito se deriva del Arte, y no lo crea. La facultad del Arte, al ser la expresión de las facultades abstractas, el aspecto religioso del Universo es necesariamente un aspecto del Arte. Este aspecto es particularmente gobernado por el concepto del futuro, que debe siempre para nosotros permanecer como una pura abstracción, conociendo, como conocemos, una sola realidad, el Pasado". Entraba en brumas. Tampoco por ese rumbo encontraría salida al oasis deseado. *Animula*, *blandula*, *vagula*...[b]

---

[a] Ricciotto Canudo (1877-1923), dramaturgo, poeta, periodista y, sobre todo, crítico de artes italiano. Fue uno de los primeros teóricos del cine, al que designó como "séptimo arte". Cercano al futurismo, su "Essai sur la musique comme religion de l'avenir" fue publicado en 1911 en los números 22, 23 y 24 de la revista parisina *La Renaissance contemporaine*.

[b] Ver nota 599.

Oyó que abajo se pronunciaba su nombre. Bajó precipitadamente la estrecha escalera. Un mensajero de la oficina del telégrafo le traía un parte urgente. Lo abrió con precipitación y leyó: "Úrgeme verle, estoy en el hotel Colón. Espero su venida en el [*próximo*] inmediato vapor. Margarita". El telegrama venía de Barcelona.

En seguida manifestó a sus hospedadores que tenía que ir esa misma noche al continente. Mandó buscar un carrito, [*hizo una*] arregló una pequeña valija, y al amanecer del siguiente día desembarcaba en la ciudad condal. En el muelle le esperaba la amiga exquisita, y juntos se dirigieron al hotel.

RUBÉN DARÍO

Salutación á Rubén Darío[a]

En el inmenso yermo de Castilla la poesía lloraba triste.

En el llano, los trigos ondean lentamente como las aguas de un mar amarillo y, á lo lejos, sobre el horizonte enérgicamente azul como un esqueleto, se dibuja la silueta de un árbol caduco y retorcido. La ciudad cubierta de patina [*sic*], levanta sus torres románticas labradas de festones góticos y en las mañanas rosadas y en las tardes vagamente lánguidas, flota sobre la llanura el perdido son de sus campanas. En las calles desiertas la yerba florece, las ventanas miran llenas de melancolía y por sus aceras solitarias, solo un perro vagabundo, un labriego macilento, ó algún cura tranquilo que lee ó reza, cruzan lentamente.

En los alrededores de la ciudad bordados de caminos blancos, bordeados de álamos que murmuran, pasan ráfagas de leyenda de una raza caduca, mientras detrás de unos molinos gigantes del Quijote, se hunde lentamente un gran sol enfermo, dorando con sus últimos rayos la inmensa desolación de la Mancha.

La dulce suavidad ingénua de Berceo, la elegancia picaresca del Arcipreste, han muerto; el inmenso tapiz esplendoroso del romancero ha sido olvidado. Los únicos poetas ingénuos y verdaderos duermen en las estanterías polvorientas y sobre el olvido de nuestra poesía sincera, cantan su amaneramiento los poetas de academia.

Pero hubo un día de sol esplendoroso. Un gran sol que hacia entornar los párpados con el lucir de sus rayos y ese sol brillaba en la frente augusta de un caballero desconocido; venía de lejanas tierras fastuosas y ricas, fastuosas y ricas como su alma. Era un caballero andante que, como los antiguos bardos, tenía un dulce mondolino [*sic*] que gemía suavemente, no gemía enérgico, porque sus cuerdas eran fibras de su propio ser.

Y á sus dulces sones los bardos dormidos despertaron, y al mandolino respondieron, blandas siringas paganas, dulces plantas campesinas, enérgicos barbitones y crótalos tíricos; la savia fluyó esplendorosa por el arbol mústio [*sic*]; y bajo el cielo de Castilla,

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 24 de noviembre de 1906 (p. 1). Los editores agradecen a la Dra. Beatriz Ferrús Antón, de la Universitat Autònoma de Barcelona, por facilitar el acceso a los números de *La Almudaina* alojados en la Biblioteca de Catalunya.

volvió á renacer la dulce suavidad ingénua de Berceo, la elegancia picaresca del Arcipreste, el tapiz espléndido del romancero...

Oh héroe de Emerson; viejo roble poderoso de eterna sávia [*sic*] joven; caballero andante que trajistes [*sic*] á España, las rosa fragantes de tus versos. En tu peregrinación has pasado por Mallorca, esa isla de los montes dorados y del sol inmenso; donde hay una gran floración de poesía sana; la sombra griega de nuestras encinas haya sido para tí serena; y el cuerno marino de nuestras costas haya tenido para tu alma los más dulces sones.

MARIO VERDAGUER

Crónica — Rubén Darío[a]

Si yo fuera poeta y lograra quintaesenciar en el cáliz de una rima la miel y el aroma de pensamiento, y pudiera sin esfuerzo volar y esfurmarme en el éter de la poesía y alcanzara la dicha de ser el ruiseñor de mi espíritu, el ensueño de mi alma y el intérprete canoro de mi fantasía, yo hiciera un poema intenso y os contara un rato ameno pasado junto á Rubén Darío.

Manuel Cirer, un culto de esta tierra condenado al platonismo y á vivir capitalmente de la prosa—¡sarcástico y rudo destino para un idealista!—me presentó al gran poeta.

Rubén Darío pasa aquí el invierno. En esta Mallorca que inspirara páginas deliciosas á la romántica Sand, conceptos brillantes á Maximiliano, párrafos selectos á Jovellanos, y cuyo ambiente fino y suave de jardín respiraran Chopin y Alfredo de Musset. En esta isla, llena de bellezas y doselada por un cielo de un azul aterciopelado, emanación tal vez del mar *azurro* que, tamizada en un aire de primavera, se difunde, palidece y dulcifica en lo infinito. En este carmen del Mediterráneo, la psicología de cuyos hijos es un delicioso efecto heleno-árabe que reflejan en su nirvana con respecto á la vida, y en el instinto peregrino de la belleza y del arte.

El chalet que habita el gran poeta está situado en lo alto de un alegre caserío y junto á un pinar frondoso, cuyo rumor escuchaba el vate en la brisa perfumada que respira.

Desde su cuarto de trabajo se descubre el mar turquí con cambiantes de esmeralda, que en ocasiones riza el albo encaje la nívea trama de las olas, que Eschilo diera en llamar las eternas sonrisas de los mares.

De ese modo, escuchando el murmullo confidente de los pínos [*sic*], y contemplando á veces el mar añil, que cruzan con la suavidad y languidez de una caricia primera embarcaciones de blanquísimo velamen, trabaja Rubén Darío un nuevo libro, titulado ya «El canto errante». Su musa diamantina, su delicado espíritu y el don poderoso de la imagen que posee, se reflejarán en el nuevo libro más bellos que nunca. Lo que de él se dignó leernos el gran bardo es, quizá, un tesoro emotivo de valor eternal, y en lo que á

[a] *La última hora*, Palma de Mallorca, 9 de enero de 1907 (p. 1).

esta tierra se refiere yo no recuerdo haber escuchado nada que con tanta concisión, brillantez y verdad defina los encantos de esta perla, que todo culto y artista debiera conocer.

Rubén lee pausado, sorbiendo de tanto en tanto un poco de whiski mezclado con soda. Sus ojos se entornan, su cuerpo se contrae y su voz amable y sonora marca, languideciendo ó apasionándose, el ritmo, la cadencia, el bello ser de las estrofas. Y luego, con la misma ingenuidad con que relata la historia novelesca y desgraciada de su vida, comenta la belleza, la verdad, la realidad amarga de sus versos.

Una de las composiciones que integrarán el nuevo libro es el cruel auto-retrato de su alma, lacerada por el infortunio de una intimidad que no merece su corazón de niño. En tales versos compendía [*sic*] magistralmente todas las fases del sentimiento, y de un modo suave y fácil, únicamente comprensible al escuchar el poema, va enlazando el lirismo, la ternura, el sarcasmo y la altivez adorable con que explica su condición de poeta á los que le juzgan inútil para la vida práctica. ¿Y qué más decir si dentro de no mucho tiempo verá la luz la nueva obra?

La época de su edición revela asimismo que es un poeta quien la publica, pues nada más hermoso, magnánimo y oportuno que diluir el perfume de esos versos en la estación en que las flores aroman el ambiente, los pájaros modulan sus primeros gorjeos y las plantas y la Naturaleza retornan al esplendor interrumpido por la inercia del invierno. En abril irisará los espíritus la diadema que ahora engarza cuidadoso, pulcro y ático el artífice sonoro que vió la luz primera en Nicaragua.

Después de la lectura ó alternando con ella, hablamos todos de muchas cosas que no me es posible detallar por razones de espacio y que se refieren al Arte. Tocamos luego el punto de la prensa, no para anatematizarla, sino para compadecerla; y después de comentar las felonías editoriales y el criterio dual de ciertas revistas que publican ridículas parodias faltas de ingenio é inteligencia de lo bello que festivamente plagian, el lírico Rubén nos cuenta sus dolencias y los estragos de la neurastenia que le aqueja, y la pretensión ridícula de los doctores que le visitan quienes, juzgando el corazón solamente como factor motriz de la sangre... y el cerebro

como receptor de las sensaciones del organismo, le aconsejan que no piense ni sienta, como si la vida de un poeta puediera [*sic*] consistir, ser posible ó estribar en lo contrario.

Estos y otros comentarios y muchas emociones exquisitas amenizan la plática con el cantor de los cisnes, y que hubiéramos prolongado si, por delicadeza, no hubiéramos decidido interrumpirle.

Nos despedimos, pues, chocando nuestros vasos, llenos de whiski y soda, y luego que Manuel Cirer brinda por el arte y la salud del poeta, y yo por el éxito indudable del nuevo libro, el trovador, afectuoso y benévolo, hace votos por la duración indefinida de la amistad que nos une.

ERNESTO HOMS

Palma de Mallorca, XII, 1906.

Rubén Darío en Mallorca[a]

Con este título *El Imparcial* escribe las siguientes líneas que preceden á la *Epistola* [*sic*], fragmento de *El Canto errante* que ha de publicar el notable poeta, hoy nuestro huésped.

De la *Epístola* reproducimos la parte que hace referencia á Mallorca, la impresión que de nuestra isla ha sacado el distinguido artista.

El ilustre poeta Rubén Darío ha buscado refugio en una de las costas más hermosas del mundo, en la magnífica bahía palmesana. Desde su casita de El Terreno envía á *Los Lunes de El Imparcial* una bella y singular epístola á la esposa de otro poeta americano, Lugones. Rubén Darío tiene conquistada en España su carta de naturaleza. Para nosotros, es español. Lo es también para toda la juventud literaria que ha leído con entusiasta admiración desde las páginas primaverales de «Azul», hasta los «Cantos de Amor y de Esperanza».

Cuando el nombre de Rubén Darío llegó por primera vez á oidos [*sic*] del público español—quizá en las propias columnas de *El Imparcial* y por la pluma de don Juan Valera, para otros sangrienta, para él respetuosa y encomiástica,—nuestra poesía contaba aún con Campoamor y con Zorrilla. Después, muertos los dos grandes poetas, á quienes él amara tanto, la fama de Rubén Darío no halló ninguna altura que le disputara el dominio de la lírica castellana. Sus versos eran para nosotros una revolución. Traían exageradas influencias de poesías extranjeras—como antes las habían traido [*sic*] los versos revolucionarios de Boscán y de Garcilaso.—Tenían marcado perfume versallesco, y aparecían caprichosos en la métrica, invasores en el léxico, y sobre todo, extraños, personalísimos, geniales. Cuando se escriba la historia de la poesía española á fines del siglo XIX y á principios del siglo XX, podrá olvidarse cualquier nombre y cualquier influencia menos el nombre y la influencia de Rubén Darío.

Como Darío es un poeta que no se somete, forzoso será aceptarle tal como le ha hecho su concepto libre y amplio de su Arte. De ese concepto libérrimo y personal es un modelo la epístola que publicamos hoy. Para penetrar la música de sus versos es necesario

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 11 de enero de 1907 (p. 1). Sin firma.

educar el oído y hallar una armonía que no es siempre la del clásico verso del siglo de Oro. De todos modos, á la nueva generación que acoge con cordial simpatía cuanto viene de él y á los que miran con respeto toda tendencia hacia una forma innovadora de las artes, ha de serles, seguramente, grato el poema de Rubén Darío ante la incomparable tierra de Raimundo Lulio.[a]

***

Tal continué en París lo empezado en Anvers,
Hoy, héme aquí en Mallorca, "la terra dels foners„
Como dice mosssen [*sic*] Cinto, el gran catalán,
Y desde aquí, señora, mis versos á tí ván [*sic*],
Olorosos á sal marina y á azahares,
Al suave aliento de las islas Baleares.

Hay un mar tan azul como el partenopeo,
Y el azul cenital vasto como un deseo,
Su techo cristalino bruñe con sol de oro,
Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro,
Barcas de pescadores sobre la mar tranquila
Descubro desde la terraza de mi "villa„,
Que se alza entre las flores de su jardín fragante,
Con un monte detrás y con un mar delante.
Veo el vuelo gracioso de las velas de lona,
Y los barcos que vienen de Argel y Barcelona.
Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas.
Tengo varios conejos y unas cuantas gallinas,
Y, conforme el poeta, tengo un Cristo y un Mauser[.]
Así vive este hermano triste de Gaspar Hanser [*sic*] [.]

A veces me dirijo al mercado, que está
En la Plaza Mayor. (Qué Coppée, no es verdá?)[.]
Me rozo con un núcleo crespo de muchedumbre,
Que viene por la carne, la fruta y la legumbre,
Las mallorquinas llevan una modesta falda,
Pañuelo en la cabeza y la trenza á la espalda.
Esto, las que yo he visto al pasar, por supuesto,

[a] Se transcribe el fragmento de "Epístola (a la señora de Leopoldo Lugones)" con las erratas y alteraciones que presenta su reproducción en la publicación periódica.

Y las que no lo lleven no se enojen por esto.
He visto una payesa con sus negros corpiños,
Con cuerpos de odaliscas y con ojos negros;
Con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;
Y un velo que les cae por la espalda y el cuello,
Dejando al aire libre lo oscuro del cabello.
Sobre la falda clara, un delantal vistoso.
Y saludan con un "bon día tengui„ gracioso.

Entre los cestos de patatas y coles,
Pimientos de corales, tomates de arreboles,
Sonrosadas cebollas, melones y sandías
Que hablan de las Arabias y las Andalucías;
Calabazas y nabos para ofrecer asuntos
A madame Noailles y Francis Jammes juntos!

A veces me detengo en la Plaza de Abastos,
Como si respirase soplos de alientos vastos,
Como si se me entrase con el respiro el mundo,
Estoy ante la casa en que nació Raimundo
Lulio. Y en este instante mi recuerdo me cuenta
Las cosas que le dijo la Rosa á la Pimienta.

Oh, cómo se cantara el sublime destierro,
Y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!
Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro,
La vida, el alma, el númen [*sic*] del mallorquín de oro!
De los hondos espíritus es de mis preferidos.
Sus robles filosóficos están llenos de nidos
De ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.
Cuántas veces pensaron su vervo [*sic*] de diamante
Delante la Sorbona vieja del París sabio!
Cuántas veces he visto su infólio [*sic*] y su astrolabio
En una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces
Le oí hablar á los árabes cual Francisco á los peces
En un imaginar de pretéritas cosas
Que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas!

Excúsame si quieres, oh Juana de Lugones,
Estas filosofías llenas de digresiones.
Mas mi pasión por Ramón Llull es pasión vieja,
Perfumada de siglos de verso y de conseja.

Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez de Arce
Blancos pétalos sueltos del azahar esparce;
Mas Ramón Llull es el limonero de Hesperia
Ingerto [*sic*] en en [*sic*] el gran roble del corazón de Iberia,
Que necesita el Hércules fuerte que la sacuda
Para sembrar de estrellas nuestra tierra desnuda.

Hice una pausa.
El tiempo se ha puesto malo. El mar
A la furia del viento, no cesa de bramar.
El temporal no deja que entren vapores, y
Un yacht de lujo busca refugio en Porto-Pi.
Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.
Vista linda, aguas bellas, luz dulce y tierra fresca.

Ah, señora! Si fuese posible á algunos el
Dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,
Para poder venir á hacer su vida entera
En esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco [*sic*],
Que las pomas de Ceres y las uvas de Baco
Cultiva en un retiro archiducal y egregio.
Hospeda como un monje, y el hospedaje es regio,
Sobre las rocas se alza la mansión señorial,
Y la isla le brinda ambiente imperial.

En un pariente de Jean Orth. Es un atrida
Que aquí ha encontrado el noble secreto de su vida.
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto
Que aprovecha á la orilla del mar ese secreto.
La isla es florida y llena de encanto en todas partes.
Hay un aire propicio para todas las artes.
En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol
Cosas de flor de luz y de seda de sol.

Hay celda de retiro espiritual famosa.
La literata Sand escribió en Valldemosá [*sic*]
Un libro. Ignoro si vino aquí con Musset.
Y si la vampiresa sufrió ó gozó, no sé (1).

Por qué mi vida errante no me trajo á estas sanas
Costas, antes de que las prematuras canas

De alma y cabeza hiciesen de mí la mescolanza
Formada de tristeza, de vida y de esperanza?

Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
Al sentir como en un caracol en mi cráneo
El divino y eterno rumor mediterráneo.

Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
Después que le dejaron loco de melodía
Las sirenas rosadas que atrajeron su barca.
Cuanto mi sér [*sic*] respira, cuanto mi vista abarca,
Es recordado por mis íntimos sentidos.
Los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
Como en ondas atávicas me traen añoranzas
Que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

Mas dónde está aquel templo de mármol; y la gruta
En que mordí aquel seno dulce como una fruta?
Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas
Recogían para los cueros de sus hondas?

Calma. Calma. Esto es mucha poesía, señora.
Ahora hay comerciantes muy prosaicos. Ahora
Manda barcos prosaicos la dorada Valencia,
Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia
Comercial es hoy seca y lo acapara todo.
Y así, yo, respirando mi salitre y mi yodo
Brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,
A un tiempo, como Kant y como el Asno, pienso.
Es lo mejor. Y aquí mi epístola concluye.
Hay un ansia de tiempo que de mi pluma fluye
A veces, como hay veces de enorme economía.
"Si hay, he dicho, alma clara, es la mía.„

Mirame transparentemente, con tu marido,
Y guárdame lo que tú puedas del olvido!

RUBÉN DARÍO

(1) He leído ya el libro que hizo Aurora Dupin.
Fué Chopin el amante aquí... Pobre Chopin!

El alma de Mallorca[a]

La lectura en «Los lunes de *El Imparcial*» de la epístola de Rubén Darío, incluida en su C*anto errante*, me ha hecho pensar en la pléyade de espíritus selectos que han ido elaborando la imagen de Mallorca desde los comienzos de la pasada centuria. Esa epístola semi familiar, semi humorística sacudida á trechos por ráfagas de tan poderosa poesía, de poesía huracanada y violenta, trae á la memoria de los mallorquines ausentes todo el verjel [*sic*] de que es emanación y susurro.

A veces un nombre suena con extraño prestigio y tiene no sé qué misteriosa correspondencia con la obra. A veces esta correspondencia inexplicable hace dudar de si se trata de algo efectivo ó de una mistificación sabiamente combinada. Estas palabras: Gabriel d'Annunzio, ¿no suenan así, como á rebuscamiento trecentista? Pues en la firma de Rubén Darío, parece estar latente una resonancia de las épocas patriarcales y proféticas, un eco lejanísimo de las grandes historias antiguas. Este agrupamiento de dos voces unidas al azar diríase hecho para reverberar como lengua de fuego y símbolo de inspiraciones ardientes.—Valga la digresión y vuelvo al asunto.

Antes de Jovellanos, Mallorca parecía un país sin alma[.] Era... una tierra; una de tantas tierras de las cuales se cuenta la producción, la bondad del clima, el grato sabor de las frutas, la abundancia ó escasez del agua, la cosecha del aceite, la cosecha de almendras. Poco á poco ha ido tomando conciencia de sí misma, como reflejándose y proyectándose sobre el mundo, merced á la acción de esos artistas andariegos... Ahora se diría que tiene dos personalidades: la personalidad exclusivamente geográfica ó del registro de hipotecas, y la personalidad encantada á que la ha conducido poco á poco la transfiguración del arte y la poesía.

Así, los versos de Rubén Darío, que acabo de leer como el último de esos brillantes testimonios, ha hecho desfilar por mi imaginación la ya larga serie de los enamorados de Mallorca que fueron desentrañando su espíritu ó nutriéndose de él.

---

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 12 de enero de 1907 (p. 1). Firma: O.

El ya dicho Jovellanos abre el camino como precursor de los románticos futuros. Los analistas y eruditos del siglo XVIII que sobreviven en Palma, le creen uno de los suyos. Lo es en parte... pero tiene estilo y sentido poético. Traza la historia de los monumentos góticos; habla de la edad media, de Juan I, de las cortes de amor. Empieza á sentir el paisaje de Mallorca, y su honda paz. Es un artista ahogado por los restos de la Enciclopedia. Sus opúsculos mayoricenses comparados con el *Voyage* de Grasset de Saint-Sauveur, su coetáneo, están infinitamente más cerca de nosotros.

Están también más cerca de Laurent, más cerca de *Jorge Sand*, más cerca de Piferrer. Lo que Rousseau había sido para Suiza, la escritora francesa lo fué para Mallorca. La gran crisis romántica vino con Aurora Dupin á la isla; dió la primera gran *descripción* del paisaje. Acaso es incierto que lo «sintiera»; acaso ese sentimiento se hizo música y pasó por el Pleyel de Chopin mejor que por la pluma de *Spiridion*...

Y después Ole-Bull, el famoso violinista noruego que comunica las vibraciones de su *stradivarius* á la atmósfera purísima de Formentor, tocando en plena soledad bajo el *Pi de la Posada*. Y Piferrer que pasea su lánguida figura amiga de las ruinas, por claustros y castillos, á lo Walter Sctot [*sic*]. Y Cortada, y Doré, y Haes, y Verdaguer, y Hübner...

Y más tarde Barrés [*sic*] y Richepin; y Albéniz y Granados; y Degouve, y Rusiñol, y Mir, y Pin y Soler...

Todos dejan aquí algo de su propia esencia y extraen el perfume de este país esquisito [*sic*]. De sus frases, de sus notas, de sus pinceles, ha fluido esa sugestión. Mallorca ha vivido en el alma de sus grandes amadores y descubridores pacientes. Y ese grupo bien merecería obtener una memoria de los mallorquines á quienes esos intereses morales preocupan.

No sé cómo podría conseguirse esto ni en qué forma deba concretarse; pero siento una intuición vaga de una pequeña sala del futuro museo municipal, de una pequeña galería en una sociedad artística de lo porvenir, donde el retrato ó el busto de estos bienhechores y entusiastas, sus obras, las reproducciones de sus cuadros, sus libros escritos en Mallorca ó sobre Mallorca, sus cartas y autógrafos, cuanto contenga un recuerdo gráfico ó personal

relacionado con las islas, cuanto quede impregnado de su espíritu y de su fantasía, se conserve archivado y recogido en forma íntima y discreta.

Esta no es más que una idea informe. Acaso germine algún día en forma tangible y tengamos, en pequeño cenáculo si no hay atmósfera para más, ó abierto á las auras populares si la generación que sube y el ya muy cercano é inevitable ingreso de Mallorca en la categoría de los países preferidos, lo hacen posible; esa salita confidencial donde se guarde el culto de gratitud, de curiosidad y de recuerdo; algo, en fin, como un gran album en que se recojan y custodien esas hojas ahora dispersas de los que pasan cantando á Mallorca, como Rubén Darío, sus fervorosas letanías de creyente.—O.

Rubén Darío, músico[a]

Los versos de Rubén Darío[,] uno de cuyos fragmentos trasladamos á nuestras columnas, fueron comentadísimos en Madrid. Julio Camba publicó un artículo en *El País* explicando el porqué no hacían efecto algunos de los versos de Rubén Darío, fundándose en que no se sabía leerlos.

Como aquí también han sido muchos los comentarios, creemos conveniente dar á conocer el juicio que ha merecido la obra de Darío al notable crítico José Subirá.

Helo aquí:

¿Rubén Darío, músico? preguntarán algunos de los infinitos filisteos que pueblan nuestra península Ibérica. Sí, Rubén Darío, músico, é indudablemente, el músico más excelso de los hispano-americanos.

Expliquemos. Elementos fundamentales de toda composición musical son la melodía, la armonía, el ritmo y Rubén Darío es el cultivador más acertado de estos tres elementos entre todos los poetas que, desde el siglo XIX, han escrito en nuestra lengua. Señores provincianos que hacen odas ampulosas, vistas en Quintana, protestarán airados ante afirmación tan hórrida. Seguramente argüirán el ejemplo de Zorrilla, el más musical y melódico de los portaliras que merecen un calificativo próximo al de celestes. Sin embargo, puede establecerse un paralelo entre sus composiciones (una de las cuales, la rotulada *La Siesta*, merece todos mis respetos) y la música italiana. En esta, todo es facilidad, sencillez y jugo fresco que saciaría los sobrios apetitos de un vegetariano artístico. Refiérome á la música italiana de la bella época, la que procediera á la compuesta que ese animal que llamamos el *Cisne de Pesaro*, (vulgo Rossini) y por otros congéneres que nos hacen huir á la desbandada en todas direcciones á los amantes de la emoción sincera. Zorrilla, es esto; Zorrilla es además un Mozart ingénuo [*sic*], sencillo, sentimental, sin complegidades [*sic*] psicológicas. Pero tal cosa no basta en el siglo XX. No en balde se suceden los siglos.

Ya pasó la época de las frases simétricas. Sin violencias puede suceder un verso de veintisiete sílabas á uno de tres. Ya pasó la época de la melodía sencilla. Demuéstralo la música religiosa que

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 19 de enero de 1907 (p. 1).

reviste su cantollano [*sic*] con armonizaciones y galas de contrapunto gracias á las cuales aparece como una doncella joven, gentil y amable lo que en el fondo es una vieja encanecida irrugosa [*sic*].

Nuevas corrientes artísticas reclaman otra cosa. Las bellezas del contrapunto, no á la manera escolástica y glacial de los flamencos del siglo XVI, sino con un interés emocional profundo, las riquezas armónicas y las sonoridades rítmicas visten y revisten con encantos sorprendentes las bellas melodías. Rubén Darío, músico de la palabra, más grande que todos los Bretones del pentágrama [*sic*] juntos, es el gran contrapuntista y el gran ritmador del vocablo. Ejemplos de ello se hallan en cualquiera de sus composiciones. Melodía, melodía tierna, sencilla, al modo de Haendel, que suena á clavecín (perdone el compañero Muñoz el galicismo), se halla en la *Sonatina*.

«La princesa está triste; ¿qué tendrá la princesa?» Armonía, armonía sobria, robusta, vigorosa, á la manera de Bethoven [*sic*], que dá sonoridades de orquesta clásica, se encuentra en *A Roosevelt*;

[«]Los Estados Unidos son potentes y grandes.»

Ritmo, ritmo enérgico, potente, viril, al estilo de Wagner, que tiene completa la gama de la instrumentación moderna, se ve en la *Marcha triunfal*, admirable obra de técnica, tal vez—horrorícense los apegados al misoneismo [*sic*] clasicista—la mejor obra poética que se ha producido en nuestra lengua romance:

Ya viene el cortejo.

Ya viene el cortejo; ya suenan los claros clarines...

***

Y ahora, otro aspecto del problema musical resuelto por Rubén Darío. A él es preciso leerle, como ya dijo Julio Camba no hace muchos días[,] sabiéndole leer. Y así como es ridículo y ludicroso Wagner escuchado al piano, tan ridículo y ludicroso como un sistemático antiwagnerista provinciano, asimismo, Rubén Darío, creador de alejandrinos flexibles, de versos encasilabos [*sic*], de otros que parten de la base disílaba y trisílaba y de combinaciones como la del *Responso á Verlaine*, no puede ser leído como Bernardo López García, autor del desdichadísimo canto *Al Dos de Mayo*, ni como otros desgraciados proveedores de redondillas y quintillas al

por mayor. Y si alguien afirmase que el poeta ó el músico, para ser grande, necesitan que sus obras sean comprendidas y admiradas, no sólo por el grupo de iniciados y contemplativos de la Diosa Belleza Todopoderosa, sino por todos los *pitecantropos* de cabellos cortos y orejas largas, entonces debemos recusar á otros grandes músicos incomprendidos por las masas: á Bach, á Wagner, á Debussy, y debemos admirar á los labriegos que panderetean y zambombean á sus novias en estas noches de gélido invierno, cantándolas estrofas de una musicalidad rudimentaria y discutibilísima. Entonces negaremos á todos los grandes artistas, incomprendidos por sus coetáneos y por cuantos no han acordado su espíritu al temple de ellos. Negaremos, por tanto, toda la creación artística.

A tan estupendas conclusiones llegaríamos si diéramos la razón á misoneistas, á *chauvinistas* y á cuantos, con nombre de rutinarismos inmutibilizados niegan hoy á Darío, como ayer negaron á Wagner y anteayer á Beethoven.

Rechacemos tales aberraciones, y saludemos en Rubén Darío al óptimo músico de sonoridades wagnerianas, de bellos ritmos y de ideas bellísimas.

José Subirá

Epílogo á Rubén[a]

Importantes contrarios y partidarios ardientes ha tenido en la prensa madrileña nuestro huesped, el poeta Rubén Darío.

Azorín ha intervenido últimamente en la contienda; el celebrado cronista ha escrito estas líneas:

Han pasado ya bastantes días y se puede hablar sin pasión sobre este asunto; vamos á hacerlo brevemente. El poeta Rubén Darío publicó en un periódico de Madrid—*El Imparcial*— una epístola familiar, íntima; este poema tenía versos y giros bastante inusitados; algunos lectores ante la obra del poeta, sintieron renovarse su afecto y su admiración por el autor de *Prosas profanas*; otros, más animosos, se alegaron [*sic*] de que el poeta emplease estos giros audaces, puesto que ellos habían de escandalizar á los tradicionalistas, los vitandos tradicionalistas; éstos se alarmaron, en efecto, se indignaron y repitieron el fallo condenatorio, inapelable, que habían lanzado ya, tiempo atrás, muy atrás, sobre el autor de tales poesías; los ingenios volanderos y traviesos que regocijan al público con sus parodias, aprestaron sus plumas para sacar partido del nuevo material; y en resolución, la gran masa de público, que no sabe si aquellos versos son malos ó buenos, que probablemente no los leería, permaneció indiferente, pasiva.

La cuestión, pues, está planteada en estos términos y dentro del reducido círculo de los que por estas cosas se interesan: ¿Es Rubén Darío un gran poeta? ¿Es un poeta mediano? A nuestro parecer esta cuestión no quedará resuelta ahora; esta es la eterna cuestión que se ha planteado siempre á propósito de un hombre, de un artista nuevo, no tradicional. Los eruditos, los historiadores literarios, nos han llenado la cabeza de mil detalles y pormenores de vidas, obras, fechas y nombres; muchas de estas investigaciones son completamente inútiles; España es el país de los eruditos insoportables; se averigua aquí todo lo que es innecesario que se averigüe. Pero lo que no hemos tenido hasta ahora es un crítico histórico, ó mejor diremos, un psicólogo de la historia. Si lo tuviéramos, este crítico podría hacer en la presente ocasión un trabajo

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 23 de enero de 1907 (pp. 1-2).

muy interesante. Aquí tenemos, por ejemplo, al arcipreste de Hita, á Garcilaso y al autor de la *Epístola moral*; tales poetas, hoy, en nuestros días, son famosos, gozan de un renombre indiscutible, son, en una palabra, *definitivos*. Pero, ¿qué eran el Arcipreste, Garcilaso y Andrada en su tiempo? ¿Qué eran en aquellos días en que publicaban sus versos? ¿Qué opinión tenían de ellos sus coetáneos? ¿Qué reparos, qué críticas se les hacían? Y ¿qué fueron estos poetas cincuenta ó sesenta años después de morir, cien años después, ciento cincuenta años después, doscientos años después? O sea, ¿cómo la fama de estos artistas ha ido elaborándose, creciendo á través del tiempo? Es decir, ¿qué forma y accidentes ha guardado este proceso por medio del cual un hombre desconocido se ha hecho inmortal? Contestar á estas preguntas es muy difícil; las generaciones venideras podrán realizar fácilmente una obra análoga de psicología colectiva; hoy cualquier lector, por modesto que sea, puede decir lo que quiera de un artista; lo dice en las páginas de un periódico; quedan estos testimonios y se van acumulando poco á poco. Pero, lo que pensaban de las *Eglogas* de Garcilaso, los contemporáneos del poeta, ¿cómo vamos á averiguarlo? ¿Cómo saber qué le parecían á los lectores aquellas tan íntimas imitaciones del italiano, aquella audacia en convertir palabras francesas en españolas (*varletes*, dice en alguno de sus poemas, traduciendo de *valets*, criados), aquella desenvoltura, en fin[,] con que jugaba con la rima y con la sintaxis? No sabemos lo que pensarían de todo esto muchos lectores; lógico es suponer que no todos serían admiradores del poeta; habría indudablemente lucha, controversia; estas novedades escandalizarían á algunos; á otros les parecerían excelentes. Y poco á poco el tiempo iría haciendo su obra, su función, su síntesis...

Pero si con respecto á estos poetas no se ha realizado la obra que indicamos, un escritor inglés, el señor Hind, ha hecho en uno de los capítulos de su libro reciente sobre Velázquez, *Days with Velázquez*, una cosa análoga. Por él vemos que este pintor que ahora es universal, maestro de todos los pintores del mundo, admirado en todos los países cultos del planeta, no lo es como tal sino desde hace relativamente pocos años. Se puede decir que el autor de *Las Meninas* no es gran pintor sino desde 1860; es decir, que desde entonces es cuando comienza á extenderse su fama de gran

pintor, para llegar á la consolidación suprema (después de tres siglos) en nuestros días. Y sin acudir al libro del señor Hind, si abrimos el tomo V del *Itineraire descriptif de l'Espagne*, publicado en 1809 por Alejandro Laborde, veremos que en la página 324 dice: «Velázquez es uno de los genios más extraordinarios que se pueda encontrar: *este pintor no es conocido fuera de España*.»

No hace falta más para razonar y apoyar nuestra tesis. Los prestigios que se crean rápidamente, en vida de un artista, son prestigios deleznables, de poca duración; el espíritu de este artista es un espíritu medio, corriente, accesible á todos; todos le aprueban. En cambio, un innovador, un hombre que esté fuera de la tradición, solo tendrá á su lado unos cuantos admiradores; pero su fama irá creciendo, agigantándose con el tiempo. Las autoridades, los desdenes que ahora suscitan los versos del poeta Rubén Darío han existido siempre en torno de los verdaderos poetas. Y han existido siempre unos pocos amigos que les han sido leales y han recibido con cariño sus producciones.

AZORIN

Un homenaje — De la Isla Blanca á Rubén Darío[a]

Hoy Rubén Darío recibirá un homenaje de admiración y cariño de algunos amigos que le obsequian con un banquete. Otro poeta, Blanes y Viale[,] brinda al maestro estos versos, que nos complacemos en dar á conocer:

Maestro: los almendros en el campo florecen.
Las flores del almendro almas niñas parecen.
Tiemblan como suspiros y á voces, se coloran
con rubores ingénuos de indecisas auroras.
Tú que el azul cantaste en rimas inmortales,
ven á cantar ahora las flores virginales.
Haz en Mallorca el libro del blanco triunfador,
del blanco que es pureza y juventud y amor.
Mallorca es una novia que de blanco se viste
para dar sus amores al vate que está triste.
Mallorca se engalana para que tú la cantes.

De todos los inquietos, de todos los errantes
poetas soñadores, que en busca de descanso,
llegaron a este amable y espléndido remanso
de todas las tormentas; que aquí hicieron su nido
de una primavera, con ramas del olvido;
que aquí se sacudieron preocupaciones huecas,
al soplo de estas brisas, como de hojas secas
el árbol en otoño, y así la majestuosa
serenidad del genio hallaron; de las cosas
el alma encantadora, ninguno ha comprendido
como tú, ni ha cantado, como tú, lo vivido.

«Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día,
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas.» Así un día cantaste:
¿del heleno divino entonces te acordaste?
De su gloriosa vida en plena florescencia,
lo trajó [*sic*] aquí el errante genio de su existencia.
Tal vez, en sus poemas, donde los dioses viven
con la vida armoniosa que de su arte reciben,
la visión de Mallorca ha dejado sus huellas;

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 2 de marzo de 1907 (p. 1).

y acaso, allá en su Olimpo, brillan nuestras estrellas.
Lo dice una leyenda. Maestro ¿lo sabías?
Tu espíritu es el suyo: río de melodías,
de anhelos y entusiasmos, que triunfalmente llega
al mar americano, desde la fuente griega.

Y nunca fué tan digna Mallorca de un Homero
como en estos paisajes, tan blancos, de Febrero.
Cuando la Isla, en fiesta, otra vez se engalana
con la flor del almendro, con la flor más temprana;
la que nace en las ramas desnudas y ateridas
como una afirmación de que las viejas vidas
volverán á echar flores, vencedoras del mal.

La Isla entera rie [*sic*] con su veste nupcial.
El sol sobre la blanca visión mariposea
y con ternuras aúreas [*sic*] la misma [*sic*] y la desea.
Un enigma de amor palpita en esas flores
que de la carne tienen sus matices y ardores.
En los austeros troncos brotan diáfanas, leves,
y brillan en invierno como llamas de nieves.
Nieve sutil y aérea, que aquí se transfigura
en las iniciaciones de la belleza pura.

Se agrupan los almendros como arcos triunfales
que alzaron los poetas á reinas ideales.
Y bajo ellos, desfilan en blancaas [*sic*] procesiones,
de los amores idos, las amables visiones,
en el arrobamiento de mis tardes calladas:
las gozadas bellezas, las bellezas soñadas;
las reinas hechiceras de mi reino perverso:
mis mujeres de carne, mis mujeres de verso,
las que deshojan sueños en las blancas alcobas,
las que amamantan héroes, como romanas lobas.

¡Oh los buenos almendros! Extienden su ramaje,
desafiando del viento la cólera salvaje,
para ofrecer, con gesto de santas bendiciones,
de su alegría sana inmaculados dones.
Hay plenitud de gracia en sus abiertos brazos,
y sus guirnaldas blancas son amorosos lazos.
¡Luminosa enseñanza! El árbol de la vida

con flores nos encanta y con frutos convida.
Hay promesas en flor que granarán en bienes,
y hay coronas de luz para todas las sienes.

A veces, he soñado en dormir la gran noche,
debajo de un almendro florido, que en derroche
magnánimo, me cubra de blancas oraciones
que caerán en mi tumba con rumor de canciones.
A veces, he soñado en volver á la vida
en blancura de flores mi carne convertida.
Y he tenido, mil veces, en mis sueños soberbios,
la visión de ser carne, y ser sávia [*sic*], y ser nervios;
y en las mañanas de oro conversar con las brisas,
y luchar con los vientos en las tardes plomizas.
¡Feliz quién [*sic*] en las luchas, á las nieves y cierzos
y á los golpes, devuelve flores de amor y versos.

Ven á cantar, Poeta, las flores virginales,
perpétuas florescencias de las cosas mortales.
En esa extensión blanca que se aleja repara.
Es un inmenso bloque de mármol de Carrara,
que espera del artista la palabra imperiosa
para afirmar las curvas soberbias de una diosa.
Yo quise hacer la estátua [*sic*] y mi martillo rudo
hirió en vano la piedra: divinizar no pudo.
¡Oh, qué materia rica exaltará tu cincel!
Y para tus abejas ¡qué delirios de miel!

F. Blanes Viale

En honor de Rubén Darío[a]

Esta tarde, á las dos, se ha celebrado en *La Peña*, una comida en honor del notable poeta nicaráguo Rubén Darío, el cual, desde hace una temporada se encuentra entre nosotros, viviendo en una risueña casa del Terreno, gozando de las delicias que le ofrece la naturaleza.

En el salón se hallaban dispuestas tres mesas. En la presidencial, se sentaba, en el centro Rubén Darío y á su derecha los Sres. D. Mariano Canals, D. Enrique Sureda y el Doctor Aris; y á su izquierda D. Juan Alcover, D. Fernando Truyols, y D. José Socías.

En otra mesa, perpendicular á aquélla se sentaron D. José Alcover, D. Gabriel Alomar, D. Gerónimo Estades, don Pascual Ribot, D. Francisco Roca, don Juan Sureda, D. Jerónimo Castaño, don Antonio Barceló, D. Francisco Socías Clar, el Sr. Valencia, de *La Tarde*, don Mariano Massanet, D. Juan Massanet, D. Juan Marqués, D. Juan Bestard, don Jaime Vidal, D. Juan Sureda [*sic*] y el señor Vives, de La Ultima Hora.

En la otra mesa perpendicular, señores D. Pedro A. Servera, D. Juan Gamundí, D. Enrique Servera, Doctor Carvallido, D. Bartolomé Gayá, D. Antonio Font, D. Rafael Moll, D. Manuel Salas, D. Pedro Andreu, D. José Labandera, el Sr. Amengual, director de *La Almudaina*, el Sr. Ramis del *Diario de Mallorca*, D. Juan Florest, D. Juan Malherty, D. Miguel Rosselló y D. Mariano Servera.

Se sirvió el siguiente menú:

Entremeses

Arroz con pollo

Frito variado á la Española

Filete á la Chambord

Espárragos á la vinagreta

Tordos á la Pompadour

—

Bizcocho merengado – Postres – Frutas

Helado – Crema de Vainilla

Café – Cognac Domec – Cigarros

Vinos

---

[a] *La última hora*, Palma de Mallorca, 2 de marzo de 1907. Sin firma.

Rioja blanco y negro. C.ª Vinícola
Jerez – Champagne Mouet Chandon

Este menú fué servido por el restaurant de Oriente y resultó muy exquisito.

Todas las mesas estaban artísticamente adornadas con profusión de flores, embalsamando el salón con sus delicados aromas.

Se levanta el Sr. Alcover y dice que ninguno de los presentes desconoce al Sr. Darío. La nueva métrica de este poeta ha hecho que se suscitaran discusiones, debidas á la *negligé* de su estilo. Dice que lo que siente de él lo ha descrito de [*sic*] una poesía.

El Sr. Alomar, entre aplausos se levanta y lee una inspirada poesía de salutación al Sr. Darío, en la que lo elogía [*sic*].

Seguidamente el Sr. Darío lee una poesía dedicada á Mallorca en la que expresa sus sentimientos de poeta.

El Doctor Aris también lee también [*sic*] una composición en verso en la que dice que la ciencia no está reñida con la poesía; saluda al señor Darío y le recomienda que conserve su salud.

El Sr. Alcover, entre atronadores aplausos se levanta y lee una poesía en mallorquín en la que expresa la opinión que de aquél tiene como poeta,

La poesía como las anteriores es muy aplaudida, [*sic*]

Después el Sr. Darío se levanta y dice:

—Yo amo la salud como me ha recomendado el doctor Aris, el sol y la vida; pero también amo la justicia y la cortesía y por esto, pido un recuerdo para un ilustre hijo de Mallorca: para don Antonio Maura.

Estas palabras fueron acogidas con nutridos aplausos.

Al poco rato el señor Alcover (D. José) propone que las composiciones leídas en la fiesta se impriman, pero que solamente se haga una edición para repartir un ejemplar á cada uno de los concurrentes.

Se aprueba la proposición entre nutridos aplausos.

Después de estas lecturas y de estas palabras, á petición de los comensales, el Sr. Darío lee una serie de sus inspiradas poesías que son recibidas con palmas y exclamaciones, pues que en dichas composiciones, el poeta americano derrocha su alta inspiración, presentando cuadros diferentes, á cual más delicado.

Y terminó la agradable fiesta, después que el Sr. Alcover, con el decir hermoso suyo, hubo recitado algunas de sus inspiradas composiciones y una de Costa y Llobera, *Lo pí de Formentor*; y después que el Sr. Alomar recitó las otras suyas, no menos inspiradas.

Banquete á Rubén Darío[a]

Ayer tarde se reunieron en el salón del Círculo Conservador unos cuarenta socios amigos y admiradores del poeta Rubén Darío, en un banquete para testimoniar á este su aprecio y distinción.

En tres mesas profusamente decoradas con flores se sentaron los asistentes y en la presidencia el poeta festejado que tenía á su derecha á don Juan Alcover, organizador del obsequio, á don Fernando Truyols y á don José Socías.

A su izquierda tomaron asiento don Mariano Canals, don Enrique Sureda y el joven médico señor Aris García.

En las otras mesas se sentaron: don Jesé Alcover, don Gabriel Alomar, don Jerónimo Estades, don Pascual Ribot, don Francisco Roca, don Juan Sureda, don Jerónimo Castaño, don Antonio Barceló, don Francisco Socías Clar, don Mariano Massanet, don Juan Massanet, don Juan Marqués, don Juan Bestard, don Jaime Vidal, don Juan Sureda [*sic*], don Pedro A. Servera, Doctor Carvallido, don Bartolomé Gayá, don Antonio Font, don Rafael Moll, don Manuel Salas, don Pedro Andreu, don José Labandera, don Juan Florest, don Juan Malberti, don Miguel Rosselló[,] don Mariano Servera y representantes de *La Ultima Hora*, *La Tarde*, *Diario de Mallorca* y La Almudaina.

El restaurant de Oriente sirvió una suculenta comida, que mereció los elogios de todos, tanto por la excelente cocina, como por el rápido servicio.

El menú fué el siguiente:

Entremeses
Arroz con pollo
Frito variado á la Española
Filete á la Chambord
Espárragos á la vinagreta
Tordos á la Pompadour
—
Bizcocho merengado — Postres — Frutas
Helado — Crema de Vainilla

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 3 de marzo de 1907 (p. 1). Sin firma.

Café — Cognac Domecq — Cigarros

Vinos
Rioja blanco y negro. C.ª Vinícola
Jerez — Champagne Mouet Chandon

El arquitecto señor Roca al dorso de un menú, trazó este apunte de Rubén Darío. A su amabilidad debemos el poder ofrecerlo á nuestros lectores, sintiendo que el breve tiempo de que disponemos no nos haya permitido cuidar como hubiéramos querido el procedimiento gráfico.[a]

Al *champagne* se levantó don Juan Alcover y excusó la presentación del poeta en honor de quien se celebraba el acto por ser de todos los reunidos tan conocido, que por ello se han unido al objeto de festejarle y rendirle aquel homenaje.

Don Gabriel Alomar leyó una poesía dedicada al poeta, poesía que el autor declaró que era la primera que escribía en castellano, que le valió una calurosa ovación.

Rubén Darío leyó una composición también exprofeso, de gratitud á sus anfitriones.

El señor Aris García, en castellano[,] y don Juan Alcover en mallorquín, leyeron también poesías alusivas al acto y al poeta, siendo todas estas composiciones coronadas de ruidosos aplausos.

Sentimos muchísimo no poder ofrecerlas á nuestros lectores; sus autores reservan las primicias de aquellos versos para una edición especial que se acordó editar lujosa y artísticamente á propuesta del Presidente de la Diputación, don José Alcover.

Rubén Darío, declarándose amante de la justicia y del mérito, propuso un aplauso sincero al mallorquín ilustre que preside los consejos de la Corona.

Después los reunidos tuvieron la fortuna de refocilarse en un mar de poesía: Rubén Darío las leyó de dos de sus tomos y los aplausos insistentes obligábanle á no acabar tan pronto; no se saciaba la sed estética y querían sorber de aquel chorro de brillante

[a] [En este punto la crónica está acompañada por un dibujo de torso y cabeza de Rubén Darío.]

poesía destilada por los lábios [*sic*] del eminente poeta; Gabriel Alomar leyó su himno á *Les cabelleres*, y varios sonetos; Juan Alcover *La Balanguera* y como tributo al príncipe de la poesía mallorquina Costa y Llobera, recitó *Lo Pí de Formentor*.

Es supérfluo [*sic*] añadir que fueron tan deliciosos postres saboreados con fruición. Dos horas pasaron insensiblemente, y esto, que según un gran poeta catalán, de poesía no puede sorberse tan largo trago como de novela é historia, porque cuando más elevado es el sentido de la expresión y quintesenciadas las ideas, más pronto el ánimo está saturado, y la belleza ha agotado la capacidad mental para albergar íntegras las impresiones estéticas.

Y en las dos horas los reunidos fueron fervientes devotos de la poesía que administraba el genial terceto Darío-Alomar-Alcover.

He aquí una de las inspiradas composiciones que leyó Rubén Darío:[a]

Marcha triunfal

Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines
La espada se anuncia con vivo reflejo
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya para debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
Los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
La gloria solemne de los estandartes
Llevados por manos robustas de heróicos atletas,
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
Los cascos que hieren la tierra,
Y los timbaleros
Que el paso acompasan con ritmos marciales,
Tal pasan los fieros guerreros
Debajo de los arcos triunfales!

Los clarines de pronto levantan sus sones,
Su canto sonoro,
Su cálido coro,
Que envuelve en un trueno de oro

[a] Se transcribe "Marcha triunfal" con las erratas y alteraciones que presenta su reproducción en la publicación periódica.

La augusta soberbia de los pabellones,
El dice la lucha, la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, la lanza,
La sangre que siega de heróicos carmines
La tierra;
Los negros mastines
Que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los condores [*sic*] llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:—
Ved como la barba del viejo
Los bucles de oro circunda de armiño.—
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
Y bajo los pórticos vénse sus rostros de rosa;
Y la mas hermosa
Sonríe al mas fiero de los vencedores
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
Honor al herido y honor á los fieles
Soldados que muerte encontraron por mano extranjera;
Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—
Las viejas espadas de los granaderos mas fuertes que osos,
Hermanas de aquellos lanceros que fueron centauros,—
Las trompas guerreras resuenan;
De voces los aires se llenan.....
—A aquellas antiguas espadas,
A aquellos ilustres aceros,
Que encarnan las glorias pasadas;—
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del suelo materno,

Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha
Y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
Triunfal!....

Carta abierta[a]

A Juan Palomo,

Insigne personaje, tu grey ha crecido y se multiplica entre nosotros: Eso he notado porque, los infelizotes isleños como yo, que, en muchas cosas como en administración pública, arte, ciencia, no podemos meter baza, vivimos de lo que nos cuentan los diarios, y estos días en vez de ver colmada nuestra curiosidad sólo hemos podido conocer el acrecentamiento de la escuela de que eres maestro.

Y para que te enteres, escucha, y después de haber oído te convencerás de que en la balear mayor cuentas ya con un buen plantel de aprovechados discípulos.

Como caen de tarde en tarde las sesiones de la Diputación quise leer lo que había pasado en la del sábado último. *Ne quaquam*. Los señores diputados administraban en familia los asuntos de la provincia y la prensa se retiró del salón. Yo reporter, al visitar aquel palacio, no me atrevería á entrar ni aún en la sesión pública sin el discreto: ¿estorbo?[,] no fuera cosa que molestara á los señores en su animada *causerie*. Tú avanzas, Juan Palomo; los diputados, tus discípulos, repiten: *yo me lo guiso, yo me lo como*.

Rubén Darío, ese vate americano que en la poesía española ha emulado á Wagner, en lo de sublevar á los apegados á la rutina y á lo tradicional, es huésped de Mallorca. A Rubén Darío se le obsequiaba con un banquete. Las trompetas de la fama habían anunciado la poética fiesta; el buen pueblo que había seguido á los heraldos, aguardaba la hora en que del cenáculo se echaran al viento las flores de la poesía para calmar la sed de las multitudes. Los sibaritas, avaros del tesoro, guardaban para ellos el libar la rica miel. Los confiados recibieron la puerta en las narices. La multitud se quedó sin poesía.

Y luego hay quien habla del egoismo [*sic*] de los propietarios que ponen cercas á sus naranjales, destruyendo el panorama al viandante ó al artista, cuando hay acaparadores de poesía que no

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 5 de marzo de 1907 (p. 1).

permiten que ojos extraños se posen en ella, ni otros oidos [*sic*] se recreen más que los de los elegidos. ¿Para qué fué invita [*sic*] la de la prensa? Una fiesta en honor de Rubén, demandaba en letras de molde algo más que una lista de nombres y una nota gastronómica.

¡Arriba, Juan Palomo!

Al Paraiso [*sic*] fuí (del Principal) el domingo por la tarde. De un notable histólogo quise conocer la victoriosa marcha. A mi sitio no llegaron muchas de las cosas que se dijeron en el escenario, pero creo que se trataba de que todo Palma tomase parte en el homenaje á Ramón y Cajal. Y recuerdo que uno de los lectores afirmó que lo primero que debía hacerse era que el pueblo español conociese al sabio. Creí acertadísimo el consejo, y quise comenzar á ponerlo en práctica en lo que á mi [*sic*] me atañía. Considerando que el medio más propio para difundir el conocimiento del grande hombre era dar á conocer los trabajos leidos [*sic*] en la sesión del Teatro Principal ojeé toda la prensa: Someros extractos sólo publicaban los periódicos de aquellos trabajos. Los médicos se los reservaban para su *Revista*.

Usufructarálos [*sic*] la clase médica, no todo Palma, que no es sólo la gente que puede llenar el paraiso [*sic*] del Principal.

¡Así se conocerá el trabajo de aquellos señores, hecho seguramente para difundir entre el pueblo la gloriosa labor de Cajal!

¡Ave, Juan Palomo!

Tu duca, tu signore, tu maestro,

JUAN DEL PUEBLO

Nota autógrafa[a]

Nací el 18 de Enero de 1867, en el pueblo de Metapa, en la república de Nicaragua, en la América Central. Pasé mis primeros años cerca de los jesuitas. Mi labor intelectual es conocida. He sido Consul [*sic*] General de Colombia en la República Argentina. Mi país natal me ha enviado en 1892 a las fiestas colombinas de Madrid; en 1906 al Congreso Panamericano de Rio Janeiro [*sic*]. *La Nacion* [*sic*] de Buenos Aires me ha sostenido, por mi trabajo, desde hace diez y nueve años. El General Zelaya, Presidente de Nicaragua me nombró Consul [*sic*] en París y me apoya eficaz y altamente. Lo demás, para cuando escriba mi vida, si la escribo.

Rubén Darío

[a] Nota manuscrita autógrafa. Firma: RUBÉN DARÍO. Fuente: Archivo "Rubén Darío", Universidad Complutense de Madrid (número de documento: 215; ver figura 21 del "Apéndice de imágenes"). Aunque la nota no tiene fecha, se la menciona en esta carta del poeta dirigida a Gregorio Martínez Sierra datada el 27 de septiembre de 1907: "3, rue Corneille / París 27 sept. 1907 / Querido amigo, Le envío esas líneas autobiográficas. Para la autocrítica, puede reproducir algo de las Dilucidaciones, que irán como prólogo del nuevo libro. Si se publicaron los versos en el Imparcial, ruégole me los mande. Y pídale en mi nombre al Administrador de B. y Negro, que me envíe un numero siquiera, cuando se publique algo mío. Muy suyo, R. Darío" (Fuente: Archivo "Rubén Darío", Universidad Complutense de Madrid; número de documento: 214).

Carta de A. Ghiraldo a Ventura García Calderón[a]

El 18 de Enero del año 1867 he nacido. Fué en Nicaragua, en la América Central, actualmente dependencia yankee, pues escribo estas líneas el 13 de Diciembre de 1910.

Yo me creía nacido en León, que es donde está mi partida de bautismo. Pero parece que, definitivamente, yo fuí nacido en la ciudad de Metapa, antes llamada Chocoyos, en el Departamento de Nueva Segovia.

N. — Entre los papeles que me remitiera la compañera de Darío, Doña Francisca Sánchez, encontré uno con estas líneas; no está escrito con letra de Rubén. Sin embargo parece dictado por él. Le envío copia también por si encuentra en él algún interés.

[a] Rubén Darío. *Epistolario*. Con un estudio preliminar de Ventura García Calderón. París, Buenos Aires: Agencia General de Librería, 1920; pp. 72-73.

Al pasar — Rubén Darío[a]

He visto al poeta, estos días, en medio de la afectuosa solicitud de las recepciones y los agasajos; y, antes que cambiar con él unas cuantas frases anodinas ó asediarle con oficiosas insistencias, he preferido observarle en silencio. Su figura invita á la contemplación. Sentado, de pie, andando, no pierde jamás la severidad, mejor diría la majestad hierática con que nos inquieta y subyuga desde el primer instante. En el estrado presidencial del Ateneo, en el banquete de la Casa de América, durante la visita al Instituto de Estudios Catalanes y la Diputación, todas las miradas convergen en torno suyo. Alto de talla, fornido de musculatura, su espalda y cerviz se inclinan como si sostuviera sobre ellas el peso de un mundo invisible. Su frente abombada, la inmóvil y dura contracción del entrecejo, sin parpadeos ni elasticidad, ora recuerdan la expresión ancestral de un ídolo azteca, ora la faz de Beethoven, pasmada en violencia sublime.

Y, en realidad, este nieto de Sísifo trae también á cuestas un mundo de pensamientos y representaciones, acaso el mundo poético más vasto que sea posible explorar en nuestros días, no ya en los dominios de lengua castellana, sino en todo el orbe civilizado. A Rubén Darío no puede contemplársele ni estudiársele con la fría reserva ó la admiración contenida que guardamos para el talento usual: para lo agradable, lo discreto y aun lo sobresaliente. Se impone á nosotros y se apodera de nuestra atención con el irresistible señorío de las cosas extraordinarias. Hay hombres y facultades de hombres que producen un efecto puramente normal y humano; mientras otros, por su extensión ó por su caudalosa é inextinguible abundancia, pertenecen al orden fenomenal, como los grandes espectáculos y energías de la naturaleza: hombres-ríos, hombres-Niágara que desatan su corriente imperial y la pasean en triunfo á través de selvas olorosas y vírgenes, por entre gargantas y desfiladeros ingentes, ó la precipitan en cascadas de música y de iris á los valles hondos, que trepidan de estupor.

¿No es esta, por ejemplo, la belleza magnífica, el tumulto de río sagrado y nacional con que rueda, hace ocho lustros, la producción

[a] *La Vanguardia*, Barcelona, 4 de mayo de 1912 (p. 8).

de Menéndez y Pelayo? Su formidable potencia de trabajo, su próvida fecundidad, ya son, por sí mismas, espectáculos grandiosos y bellos que deberían constituir el asombro de la nación, si en España la hubiera pra [*sic*] estas cosas,— como dijo en caso semejante doña Concepción Arenal. Por desgracia, es dado á muy pocos el arte de «saber ser contemporáneos» de una maravilla de este linaje y reconocerla y apreciarla en toda su magnitud como si ya perteneciese á las perspectivas de la historia. Pues lo que Menéndez Pelayo [*sic*] representa, del lado de la historia ó de la reconstitución del genio hispano á través de los siglos, en extensión y amplitud, esto mismo representa Ruben [*sic*] Darío en la vertiente poética y actual. Si hubiese aparecido en un país ó raza de las que forman el primer plano de la civilización, si su instrumento lingüístico fuese uno de los tres ó cuatro que comparten ahora los dominios de la verdadera internacionalidad, destacaría á los ojos del mundo todo, como una cumbre del espíritu moderno.

Porque yo comprendo que no satisfagan á algunos su audacia de innovación, esta ó la otra forma de su temperamento ó idiosincracia estética. Me explico que los ortodoxos de la ortodoxia literaria ó gramatical se exasperen una que otra vez ante lo insólito de sus atrevimientos, aquí donde seguir la senda trillada ha solido ser la primera condición de triunfo. Lo que no concibo es que alguien pueda quedar indiferente á las proporciones realmente asombrosas de su personalidad y ante lo bravío de su esfuerzo de asimilación é incorporación de toda suerte de tesoros artísticos en el común acervo de la lengua castellana. Su reino poético no tiene fronteras; su inspiración no reconoce especialidades ni sufre limitaciones. Desciende de lo colosal á lo grandioso, y de lo grandioso á lo lindo, y de lo lindo á lo incorporeo [*sic*] y tenue. Corre desde el cuadro mural ó la escultura ciclópea en la roca viva de las cordilleras, hasta el esmalte imperceptible, hasta la miniatura sutil y el encaje vaporoso, como humo tejido.

La musicalidad de sus rimas es un alarde de extensión, de pletitud, de matiz. Ahora suenan con las sonoridades y trompeterías de un órgano multitubular y brillantísimo, ahora como el desmayado gotear de una fuente, á la luz de la luna; unas veces revisten el esplendor sinfónico de Wagner hecho verso y resonancia verbal,

como se adelgazan luego hasta la nota aterciopelada de un cascabel de oro, de una flauta cristalina y flébil en la soledad del campo, de la noche.

Rubén Darío ha pasado por la lírica castellana con el vigor fecundante de dos períodos literarios, de dos generaciones completas. El solo ha valido por una pléyade de ingenios; él solo y de una vez ha hecho vivir á su idioma esas dos fases que no había conocido antes: parnasianismo é impresionismo simbolista, iniciando á un tiempo la evolución y la reacción consiguiente, y otra vez la reacción contra la reacción, en forma de humanismo neo-clásico, ó neo-pagano, ó neo-panteístico, porque tratándose de sus ambiciones poéticas no hay locución bastante comprensiva, holgada y capaz. Sin molestia para nadie puede afirmarse que el actual florecimiento lírico de Castilla lo traía en potencia Darío, y está, de una manera virtual y completa, contenido en sus obras. De él derivan todas las variedades y todos los tonos, de que ofreció por anticipado la gama entera.

De ese muslo de Brahma ha surgido toda la generación de los dioses menores, de ese maestro toda la complegidad [*sic*] de la escuela: los primitivistas é ingenuos de la leyenda medieval; los arcaistas [*sic*] engolfados en la reconstitución de formas viejas y en el resucitar de primitivos decires nacionales; los que han modernizado la *cuaderna vía* de Berceo, las serranas de Santillana y el Arcipreste, los rondeles y discreteos de los poetas de corte; los que hacen revivir á su conjuro la población ideal de paladines, conquistadores, adelantados, misioneros, tahures [*sic*] y ascetas; y los que han hecho posibles en castellano las vaguedades infinitas y morbosas del decadentismo, las romanzas sin palabras de Verlaine, el troquel rico y suntuoso de Heredia ó la blanca dureza marmórea de Carducci, de d'Annunzio.

Todo eso no había pasado por el idioma castellano y todo lo trajo de una vez y con un formidable empujón ese hombre de América, que parece abrumado bajo el peso de la misma carga de Atlante. La extensión inusitada de su continente poético y la no menos inusitada flexibilidad de su técnica ó ejecución, que van de lo titánico á lo impalpable y del bronce á la cera y al éter, trae á la memoria un nombre, ahora vitando y que no puede pronunciarse,

en medio de la prevención de los nuevos cenáculos, más que con toda suerte de precauciones y disculpas: Víctor Hugo. Y aquí se habla de Víctor Hugo, como de una medida, de una cantidad, de un caso análogo en extensión y facilidad proteiforme. *La legende des siècles*, para no citar más que este ejemplo representativo, contiene virtualmente y expresamente, todas las modalidades poéticas de la Francia y aun de la Europa del siglo pasado, todas las del mundo antiguo. Pero Víctor Hugo fué romántico! Sin duda: fué, además de otras muchas cosas, el romántico militante de los estrenos de *Hernani* y *Le roi s'amuse*; el oráculo, el definidor y el vidente de los días volcánicos y convulsivos. Fué el fetiche de su cenáculo y de toda una generacion [*sic*], de toda una sociedad y una época, y su memoria ha padecido bajo ese vejamen parcial[.]

Los hugólatras no son ya temibles porque apenas los hay; pero...volverá á haberlos y las represalias dejarán tamañitas á las de los *homeromatrix* de ahora. Cuando el mundo, merced al desdén afectado de las reacciones literarias, le haya olvidado completamente; cuando le descubra de nuevo con la sorpresa de hallar una ciudad de prodigio sepultada bajo el desdén general, la rehabilitación tendrá que ser clamorosa, frenética, sobre todo en sentido de asombro por esa ubicuidad y don de omnipresencia del poeta, cuyo principal enemigo fué el exceso de facultades, de vibraciones y de cuerdas en su lira. ¡Cómo no había de enfurecer alguna vez á los éforos de Esparta, recordados también á propósito de Darío! Acaso sea más provechoso para la gloria individual, intensificarse y reducirse á dos ó tres obras; poner toda la vida en unas cuantas flores, en una sola flor. Pero, ¿no es un espectáculo asombroso el de la potencia humana por sí misma, el de esas fuerzas como Víctor Hugo, como Rubén Darío que no dejan árboles sino selvas intrincadas, que no crían una flor solitaria y excelsa, sino que plantan por doquier florestas, vergeles, laberintos de fronda perfumados y resonantes de ruiseñores, pues dentro de ellos y contenidos por ellos cantan dos ó tres generaciones de poetas y suspiran dos ó tres generaciones de amantes y contemplativos?

MIGUEL S. OLIVER

LA VIDA DE RUBEN DARIO[a]

Narrada por el mismo.

Una notable adquisición de «Caras y Caretas» y una extraordinaria primicia para sus lectores.

Después de veinte años, Ruben [*sic*] Darío, el excelso poeta, volverá á Buenos Aires que le contó entre los suyos y en cuyos diarios derrochó las galas de su pluma incomparable.

Al saberlo de regreso Caras y Caretas pidió á quien escribiera tantas páginas sublimes, la primicia de una producción suya, de algo fundamental de su obra y se permitió sugerirle la idea de que narrase á nuestros lectores las intimidades de su vida, de sus luchas y de sus triunfos.

El eminente autor acogió la idea con entusiasmo y dentro de poco — del tiempo necesario para revisar unas carillas, ordenar otras y trazar algunas — podremos ofrecer en estas páginas los capítulos de su libro extraordinario: *La vida de Ruben* [*sic*] *Darío, narrada por él mismo*.

Dividirá el autor su obra en cuatro partes, dedicada la primera á narrar su niñez, transcurrida en el alborotado ambiente de Nicaragua turbulenta, y la segunda á describir su juventud, en la que comenzó á plantar los jalones de su cruzada en pro de la literatura americana conducida á la notoriedad y al éxito más que por otros factores por la tenaz y activa propaganda positiva del famoso escritor.

La tercera y la última serán una sucesión de cuadros de la existencia de Ruben [*sic*] Darío, cuadros de poesía, de dolor, de comedia, de tragedia y aún de sainete, pues de todo ha tenido para los ojos observadores del literato la comedia humana de la que las

---

[a] *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n. 722, 3 de agosto de 1912 (p. 69). El texto está acompañado de una foto del poeta, con el siguiente epígrafe: "Ultimo retrato de Rubén Darío, hecho la semana pasada en Montevideo, por Fitz Patrick.", así como de una dedicatoria autógrafa: "A 'Caras y Caretas'. Rubén Darío". Ver figura 23 del "Apéndice de imágenes".

circunstancias le hicieran personaje episódico cuando no protagonista fundamental.

Caras y Caretas no limitará á eso, en sus páginas la colaboración de Ruben [*sic*] Darío. Publicado lo que constituye el libro, continuará dando cabida á nuevas producciones del mismo autor, ya una poesía nueva, ya un artículo, ya un manojo de sabrosas anécdotas.

Cuando nuestro público haya aplaudido á Ruben [*sic*] Darío como conferencista personalísimo y único, nuestros lectores podrán apreciarle como incomparable narrador de una vida extraordinaria, dándole así la oportunidad de una doble glorificación del gran artista, cuyo estro parece que se hubiera intensificado con la producción constante para culminar en esa obra maestra cuya primicia será para los lectores de Caras y Caretas, como lo promete el autor en la siguiente carta:

Señor director de Caras y Caretas:

Al pedirme usted para su prestigiosa revista páginas autobiográficas, me hace una honra que explican y casi comentan las simpatías de Buenos Aires.

Todo el mundo sabe que la República Argentina ha sido para mi [*sic*] una segunda patria.

Todo el mundo sabe que hace veinte años mi lírica bohemia — inquerida como dice cierto verso mío — tenía por escenario esa prodigiosa ciudad que va caminando hacia la supremacía de la América.

Ciertamente comprendo que el público bonaerense pueda tener interés en conocer detalles de mi vida.

Un poeta siempre es interesante. Y sobre todo, si se ha mezclado á la vida de una cosmópolis.

Un momento literario que conmovió á todo el mundo de lengua castellana se originó ahí.

Que no se juzgue de ninguna manera cosa de vanidad estas palabras. Si no fueran prólogo de mi autobiografía para Caras y Caretas, no las diría.

Pero es un hecho que de ahí brotó la flor de las inteligencias que hoy triunfan en España y América.

Unicamente así me explico el pedido de su admirable revista, que por lo completamente yanqui del precio, me extraña.

Puede usted anunciar recuerdos, anécdotas y orígenes de cuentos y poesías.

Puede usted decir que todo lo que diga es absolutamente verdadero, sincero y vital.

Puede usted decir que diré lo que nunca he dicho de mi infancia, de mi juventud y lo que continúa de mi vida.

Dado el carácter de Caras y Caretas, lo anecdótico tendrá que ser muy limitado y las reminiscencias muy cortas.

Un saludo á usted y una reverencia á mis lectores.

Ruben Dario.

Montevideo, julio 28 de 1912.

Carta de Osvaldo Bazil a Rubén Darío[a]

Paseo de Gracia 16.

Barcelona, 6 de Nbre. de 1912

A Rubén Darío

En París

Muy querido Rubén:

¡Gracias a Dios que ahora podrás gozar tranquilo de la paz de tu almohada! Supe que estabas reponiendo tu salud en un campo argentino, y ¡ojalá ese campo, agradecido a tu visita, te haya dado en prueba de sus gracias muchos años de salud!

Como sabes bien que todo lo tuyo me es grato y bien amado, he estado al tanto de tu viaje hasta el final por la prensa del Uruguay y Argentina. Me lo he leido todo y te debo mil goces espirituales. Creo que ni tú mismo gozas tanto tus triunfos como yó. Lo que me falta concluir de leer es la estupenda, magnífica "Vida de Ruben Dario, escrita por el mismo" que publicó "Caras y Caretas["]. Lei el primer capítulo. ¡Ojalá me mandaras los siguientes, pués, resulta lo más interesante que he leido en lecturas análogas. Quisiera estar contigo para que comentemos algunos episodios de esa vida tan graciosamente escrita. Esta vez *graciosa*[b] quiere decir: cosa digna de los viejos griegos, y quiere decir: genio de la mas dificil sencillez verbal. He leido también tu viaje en la crónica de Bueno. Lo ha reflejado bien y lo ha hecho con pluma feliz. Saludalo y lo mismo al Sr. Guido.

A tu hijo lo he visto hace poco tiempo, llevaba luto riguroso pero no recuerdo ahora por quien lo llevaba.

Escribeme dos letras para saber de tu salud, y con saludos de mi esposa, te abraza tu muy

Osvaldo Bazil

[a] Carta manuscrita autógrafa. Firma: OSVALDO BAZIL. Fuente: Archivo "Rubén Darío", Universidad Complutense de Madrid (número de documento: 1537).

[b] [Subrayado en el original.]

P/D

Probablemente en Dbre. iré a pasar ocho[a] días a París. Abrazo a Carrasquilla.

Vale.

Mandame tu último libro en prosa que aqui no se consigue.

[a] [Palabra ilegible. Conjetura del editor.]

Carta de Osvaldo Bazil a Rubén Darío[a]

Barcelona Agosto 28 de 1913

Mi muy querido Ruben:

La casa editorial Espasa me ha pedido corregir la prueba de tu biografía que aparecerá en su gran Diccionario Enciclopedico, y en verdad, que me alegro de este trabajo, pues, el imbécil que la había redactado olvidó datos bibliograficos y comentó como enemigo algunas cosas. Yo protesté y la casa acepta mi protesta. Y he puesto las cosas en su lugar y digo lo que corresponde, sin vacilaciones. Pero me hace falta saber el lugar de tu nacimiento. Creo que esto tuvo lugar en Metapa, no lo se de cierto porque no tengo el número de Caras y Caretas donde nos hablas de estas cosas de tu vida. Escribeme en seguida y como siempre es todo tuyo.

OSVALDO.

Vuelta.[b]

Nota.

Y del concurso literario de Mundial? Vendrá en el próximo número el fallo? Yo he concurrido pero no se si el jurado recibio el certificado que contenía mis versos.

Vale.

[a] Carta manuscrita autógrafa. Firma: OSVALDO. Fuente: Archivo "Rubén Darío", Universidad Complutense de Madrid (número de documento: 1529).

[b] [La carta continúa en el reverso de la página.]

Darío (Rubén).[a] *Biog.* Poeta americano, contemporáneo, n. en Metapa (Rep. De Nicaragua) en 18 de enero de 1867. No se sabe nada de su infancia pero podemos suponer fundadamente que ni fué buen estudiante de Economía Política ni un buen muchacho juicioso. A los dieciocho años publicó su primer libro. Apenas si unos cuantos amigos del poeta pasaron la vista por las estrofas, primeros efluvios de su alma, y, como primeros, pálidos y sin gran aroma. Pero más tarde, en 1887, salió *Azul*, colección de cuentos y poemas. Las literaturas americanas, es decir, los creyentes literarios de allende el mar vieron nacer al Mesías que había de redimirlos, y las letras hispanas tuvieron un grande, fuerte y poderoso mantenedor. Grande fué la influencia de Rubén Darío en las letras de la América latina [*sic*], pero no fué menos la que ejerció en las letras castellanas. Muerto Zorrilla, no quedaban en España más que unos cuantos poetas sentimentales, sin fuerza y rutinarios, como Manuel del Palacio, y los últimos ecos de los versos antipáticos, petulantes y huecos de Núñez de Arce. Así como cuando el paladar se acostumbra á saborear bazofias apenas si encuentra gusto en los manjares exquisitos, de la misma manera al aparecer las gallardas y sonoras estrofas de Rubén muchas gentes gritaron contra el innovador. Mas tanto en América como en España hubo grupos de poetas y literatos jóvenes que acogieron al gran vate con júbilo y todos se hicieron lenguas en elogios. Pronto y justo fué el triunfo de Rubén Darío, y por gente culta y por la crítica más severa se le consideró como el primer poeta de habla castellana. Cuando el poeta cuenta quedamente y rumoroso las tristuras de la princesa, nos acomete un gran deseo de consolar con amor. ¡Qué misterioso pregunta el poeta para interesarnos:

La princesa está triste.
¿Qué tendrá la princesa?

Y la misma pluma que escribe un encaje fino como la gola de una dama flamenca, traza galopando, machacando, arrollando las estrofas inmortales de la *Marcha triunfal*. Los retratos de Rubén

[a] Entrada del *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana — Suplemento — Redactado por distinguidos literatos hispanoamericanos bajo la dirección de Claudio Santos González*. París, editorial Garnier, s/f (p. 395; cols. 2-3). Sin firma. La entrada contiene un pequeño grabado de Rubén Darío.

Darío son dignos de que nuestro padre, Don Francisco Goya y Luciente, ó el genial desequilibrado Domenico Theotocupuli [*sic*] siguiesen con sus pinceles los trazos del poeta. *El inquisidor*, *La abadesa* y *Don Ramón del Valle Inclán* son pinturas admirables que se hombrean con las más gloriosas páginas de la lírica castellana. ¿Quién no reconoce el espíritu místico y el cuerpo enteco y apergaminado de Valle Inclán cuando el vate comienza

Este gran Don Ramón de las barbas de chivo?

Rubén Darío ha publicado muchos volúmenes, de los cuales, uno solo bastaría para hacer una reputación bien cimentada. He aquí la gloriosa lista: *Epístolas y poemas*; *Azul*; *Abrojos*; *A. de Gilbert*; *Prosas profanas*; *Los Raros*; *España contemporánea*; *Peregrinaciones*; *La Caravana pasa*; *Tierras solares*; *Opiniones*; *Parisiana*; *Castelar*; *Alfonso XIII*; *Oda á Mitre*; *Cantos de vida y esperanza*; *El viaje á Nicaragua*; *El Poema del otoño y otros poemas*; *Letras*; *Visiones é impresiones*.

Cuando el centenario de la independencia de la República Argentina, escribió un canto, que *La Nación* de Buenos Aires publicó en su edición especial. Rubén Darío nos da en bellos y claros versos la visión presente y la visión futura del país argentino. Con clarividencia de iluminado y con verbo sobrio y robusto nos dice lo que su musa ha leído en el horóscopo de la gran República. Tiene algo de brujo y de formidable estadista, este hombre que sólo encuentra orgullo en llamarse poeta.

Rubén Darío abandonó algunas veces la túnica griega que le diera Apolo, para vestir el uniforme diplomático. En 1892 fué delegado de Nicaragua en las fiestas del centenario de Colón celebradas en Madrid en 1893, cónsul general de Colombia en Buenos Aires, cónsul de Nicaragua en París, secretario de la delegación de Nicaragua en la 3.ª conferencia Pan-Americana reunida en Río de Janeiro, ministro de Nicaragua en Madrid y ministro plenipotenciario en Méjico.

Ha dirigido muchas publicaciones como son *La Unión*, diario de San Salvador, *El Correo de la tarde*, Guatemala, *Revista de América*, de Buenos Aires y en Europa representa en la actualidad al gran periódico de Buenos Aires *La Nación*, y dirige en París un *Magazine Mundial*.

SALUTACION Á RUBÉN DARIO, que se alberga en Mallorca[a]

Hermano de las Musas, ¿á dónde vas?
¿á dónde vas, maestro de los poetas
con un cortejo indio de elefantes detrás
y una orquesta de címbalos, violines y trompetas?

Juega el sol por tu testa llena de sol,
y al entrar en tu cuarta adoptiva,
oyes como del fondo de un viejo caracol
resuena el eco clásico de tu palabra viva.

Por eso tienes toda la luz aquella
que alumbra al que es poeta y universal.
Está en tu boca el verso; en tus ojos la estrella,
y en tu frente el despejo blanco de lo inmortal.

La tierra, cuando pisas, arde y se encanta;
una rama de olivo tu bastón es;
la lengua de Castilla es nueva en tu garganta;
la lira policorde te llega hasta los pies.

El aire te sacude la cabellera
negra como las nubes del Sinaí.
«Ahora el Mundo acabará cuando Dios quiera»—
dices—sintiendo el peso del Mundo sobre tí [*sic*].

Y entras en esta tierra, verde, amarilla;
y abres la boca el tiempo para cantar;
y cantas una estrofa y el sol se maravilla
y cantas otra estrofa y se sosiega el mar.

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 19 de octubre de 1913 (p. 1).

—¡Oh compatriotas míos, dadle al divino
poeta americano lecho y jardín,
y frutas del otoño, y una jarra de vino
que tenga el rojo espíritu del vino mallorquín.

Una flauta de caña, dadle; millares
de pinos y de almendros; dadle un sitial,
y él ya se encargará de que andeis [*sic*] por los mares
en el glorioso esquife de su nombre inmortal!

JOAQUÍN MONTANER

Con Rubén Darío[a]

Buscando este admirado maestro aquetamiento [*sic*] exterior, tan necesario al *sur menage* de una vida de continuo agobiada por el trabajo cerebral y por las exigencias sociales de Paris, huyó de su vorágine, para refugiarse en el silente y confortable retiro que el alma prócer de Juan Sureda Bimet le brindara en Valldemosa, donde pasamos ayer á saludar al remozador del idioma castellano en visita de bienvenida y homenaje con los poetas señores Alcover, Estelrich, Blanes Viale y los pintores señores Gelabert y Singala, y tan luego como penetramos en la señorial mansión que fué un día albergue de la enfermiza persona del Rey don Sancho, salionos al encuentro la mayestática figura de Rubén Darío, rodeada de los amables señores de Sureda, recibiéndonos uno y otros en fraternal acogida.

A las primeras palabras cambiadas con el dilecto maestro, se estableció entre nosotros y este mago del verbo castellano una comunición [*sic*] espiritual propia de almas amantes de la divina poesía.

Don Juan Luis Estelrich hizo presente al poeta de varios ejemplares de sus últimas producciones, entre ellas, las *Páginas Mallorquinas* y la *Memoria* de su viaje á Italia.

Nuestros ojos inquietos é indagadores fijáronse mientras los del maestro hojeaban los libros regalados en los volúmenes de la predilección de Darío, alcanzando á leer los títulos de *Platón*, *Hèlene de Sparta*, *Voces de Gesta y Llibres de Contemplació en Deu*.

Pronto, y cediendo paso á nuestra natural curiosidad, hubimos de inquirir de ese forjador ciclópeo que encarna en Rubén Darío la labor que torturaba su portentoso cerebro y averiguamos, gozosos cual nunca sospechamos, que en la actualidad escribe una novela titulada *El oro de Mallorca*, cuyo sólo título revela que la acción tendrá por campo el de esta isla.

El asunto vendrá á ser una cadena formada por eslabones de psicología íntima, personalísima, la cual refleja quizás el alma atormentada y multiforme de Rubén Darío, envuelta con el ropaje de un músico que viene á pasar una temporada en Mallorca y ancestrales recuerdos y páginas de historia de esta isla, en la que harán coro al protagonista personajes y razas que animarán los episodios

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 25 de octubre de 1913 (p. 1).

novelescos que ese orfebre de la imaginación y del ingenio hará moverse en el marco mágico y esplendente de nuestra sin par naturaleza, de nuestra naturaleza de oro.

La vida adoptada por el poeta en su confortable retiro, es para él vida de regalo, vida de descanso, puesto que se levanta de seis á seis y media de la mañana, hora en que se pone á laborar en su novela escribiendo diez cuartillas diarias, que le ocupan dos horas aproximadamente y las que al cabo de un mes le llenarán 300 páginas, que son las que tendrá el volúmen [*sic*] de *El oro de Mallorca*; á las nueve sale á paseo para acariciar la visión helena de los bosques y del mar y escuchar el runrroneo de las doradas abejas, que le hacen evocar el Atica de sus amores, para gozar el encantamiento sin igual de los países del sol.

A las doce se sienta á la mesa, acompañando á los señores de Sureda en suculento ágape, terminado el cual, marchan todos juntos hacia *Miramar*, donde pasan el resto de la tarde.

Tras de imprimir lo que llevo escrito, la conversación rodó ingeniosa y sutil, paladeando regaladamente los conceptos de «ese exquisito pensador, que debiera ser más estimado de los intelectuales españoles y que se llama Juan Alcover»—son palabras lapidarias escritas por el talentudo crítico González Blanco y que estampo aquí con gusto y satisfacción.

A una insinuación de Dario [*sic*] sobre la rara potencialidad poética de Lorenzo Riber, Alcover expuso con íntima satisfacción que él había sido quien descubrió al joven poeta, por haber presentado á un Certámen [*sic*] un poemita sobre la Beata Catalina Tomás.

Después de un breve paréntesis, encauzamos la conversación hacia la tarea que embarga á Rubén Dario [*sic*] para conseguir la boga y estima de la revista parisina *Mundial Magazine* y agradecerle de paso su iniciativa de que publicara en la misma un trabajo sobre Mallorca, á lo cual repuso el maestro—Para que vea mi cariño á esta isla privilegiada, debo decirle que en el próximo número de *Mundial* va otro artículo sobre Mallorca, escrito por Alberto Jasia y que seguramente habrá de gustarle.

Seguimos conversando, siempre en constante visión con la Belleza, hasta que decidimos pasar al jardin [*sic*], donde Singala y Gelabert sacaron varias fotografías.

Insensiblemente, cual sucede siempre que se está en agradable compañia [*sic*], se nos pasó el tiempo, dándonos de ello cuenta al oir [*sic*] el anuncio de que la comida aguardaba en la mesa.

No pudimos menos de aprovechar la ocasión para que la señora Montaner de Sureda nos dejara contemplar las telas numerosas que gracias á su labor constante y meritoria pueblan su *atélier* y cuelgan en distintos salones. Amable y deferente la artista, nos enseñó nuevas producciones cual la del *Camp Encantat*, que revelan su intuición estética y su constante estudio, las que señalan un gran adelanto en su carrera artística ya sancionada en Certámenes internacionales y exposiciones regionales y locales.

Pasamos al comedor y nos fué servido un exquisito y suculento banquete, en el que abundaron los vinos añejos.

La conversación ingeniosa y aristocrática salpicó la comida, servida con el refinamiento propio de magnates.

Una vez tomado el café y ante nuestra insistente demanda, Alcover nos leyó la siguiente poesía, que fué muy celebrada:[a]

En la Bahía de Pollensa

Sé una rústega badía
solitaria día i nit;
sembla'l sojorn escullit
de la pau i l'harmonía.
Sols la barca pescadora
la solca, vinclant l'entena,
o s'ajau damunt l'arena
de la cala protectora.
Mes de tant en tant, avança
familiarment una flota
qui du l'or i la poixança
de metrópoli remota.
En branques de llum encesa
brilla, com un troç de mon,
sobre l'abisme pregón
perfumat de rustiquesa.
Ulls vermells i esmarajdins

[a] [La transcripción del poema sigue estrictamente la versión ofrecida por *La Almudaina*, que contiene numerosas erratas.]

damunt l'aigua se dispersen,
ulls pipellejants conversen,
des de'ls mástils gegantins.
Y la flota sobirana
dins la solitut del freu,
com un magnat qui s'asseu
al portal d'una cabana,
fá pensar en la senzilla
vivenda del jornaler
on s'hi veu des de'l carrer
feinejar la tendra filla.
I un gran senyor s'hi atura
sovint á passar l'estona,
¡és garrida la minyona,
¡el veinatje murmura.
Aixi, la flota de guerra
¿qui festeja dintre l'aire
pajesivol de la serra?
¿Quina clor d'anyella flaira
el lleopard d'Anglaterra?

El genio admirable de Rubén Dario [*sic*] dió muestra de su potencialidad con un poema titulado *Los Molinos del lobo* [*sic*], inspirado en «Las Fioretti» que desgranan ascéticamente la vida de San Francisco de Asis [*sic*] y que verá la luz en el número de *Noël* de *Mundial*.

La impresión que causó la lectura de esta *chet d'euvre* [*sic*] de Rubén fué aplastante; pues revela una nueva fase del poeta que subyuga el espíritu.

En armonía y ambiente, el poema del pagano Rubén Dario [*sic*], encarna de modo admirable en esos cuadros atribuídos [*sic*] á santos hermanos del santo de Asis [*sic*].

Don Juan L. Estelrich puso fin á esta fiesta del espíritu leyendo una composición titulada *Nasión en la Wartburg*, que fué también muy celebrada.

No queriendo interrumpir la cotidiana costumbre y ansiando esparcir la vista por los bosques frondosos y seculares de *Miramar* emprendimos ruta hacia los amenos lugares.

De camino indicamos á Rubén Dario [*sic*] que veríamos con gusto su presencia en el local de la *Asociación de la Prensa*, ofreciendo el maestro pasar á visitarnos y leernos varias de sus composiciones; á ese ofrecimiento siguió el de los señores Alcover y Estelrich, que agradecimos intensantemente [*sic*].

También de camino me expresó el admirado poeta su intensa emoción al llegar á Valldemosa y ser recibido por artística y decorativa enramada y hacerle pisar una alfombra de mirto; ese recibimiento será el comienzo de mi novela, tal [*sic*] pegado quedó en mi memoria y mi corazón.[a]

Rubén Dario [*sic*] me expresó por fin que abriga el deseo de permanecer en Mallorca todo el invierno.

Desde uno de los miradores de *Miramar* contemplamos en religioso silencio como [*sic*] el disco carmíneo del sol se sumergía, desapareciendo bajo las aguas del mar encalmado é infinito.

Y con este tributo rendido á la Naturaleza pusimos fin á tan agradable jornada como fué la de ayer para cuantos la compartimos en compañía del espíritu adueñador y admirable de Rubén Dario [*sic*].

Pedro Ferrer Gibert

[a] [Esta última oración, sin comillas en el original.]

Carta de Juana González de Lugones a Rubén Darío[a]

29 de octubre de 1913.

No hay una postal en esta casa. Entonces, es así, que usted es tan feliz alli? Seguramente, verá el agua cuando corre y los pastos cuando los dobla el viento! Esto es triste; quizá más que triste, causa indecicion [*sic*]. Aquí nosotros para ver belleza natural nos queda el recurso de cerrar los ojos, consiguiendo de este modo el reposo solitario.

Leopoldo en este momento, es el sumiso hijo del trabajo y nada más, y solo del deber; lo que es yo, sigo á diestra y siniestra.

Deseo que su mejoría sea digna de la belleza de esas islas.

Envio á usted mis mejores recuerdos, con mil afectos de Leopoldo y Polo.

J. G. de Lugones

[a] Carta manuscrita autógrafa. Firma: J. G. de LUGONES. Fuente: Archivo "Rubén Darío", Universidad Complutense de Madrid (número de documento: 731).

Rubén Darío en Mallorca[a]

Raro es el caso de un artista de mérito bien cimentado que venga á Mallorca y no se sienta atraido [*sic*] por sus bellezas naturales, hasta el punto de tornar á la isla y pasar en ella buena temporada.

Tal ha sucedido ahora, con el genial poeta Rubén Darío, quien vino años há á esta isla y permanecerá ahora en ella todo el invierno, buscando un relativo descanso á su apremiante labor literaria y periodística, y un alivio á sus dolencias.

Rubén Darío es huésped del artista por temperamento señor Sureda, en cuya señorial mansión recibe á diario el homenaje de los muchos admiradores que cuenta en Mallorca.

En la presente fotografía reproducimos el acto de la visita de bienvenida que los poetas señores Alcover-Estelrich, Blanes Viale, el litarato [*sic*] señor Ferrer Gibert y los pintores señores Gelabert y Singala hicieron al revolucionario del verbo castellano Rubén Darío; también figuran en este grabado los señores de Sureda Montaner y un hijo de estos, agrupados todos en un ángulo del risueño jardín que dá acceso á la suntuosa morada.

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 12 de noviembre de 1913 (p. 1). Sin firma. Esta breve crónica viene acompañada de una fotografía grupal de Rubén Darío *et al.*, colocada justo debajo del título; el grado de deterioro de la imagen imposibilitó su reproducción en este volumen.

Un Soneto[a]

El distinguido diplomático y gentil poeta don Osvaldo Bazil, que vino á pasar unos días en Valldemosa con Rubén Darío, escribió para la inspirada artista doña Pilar Montaner de Sureda, el siguiente Soneto, cuyas primicias brindamos á los lectores de La Almudaina.

Mariposa que alegras los recintos
de la vieja Cartuja, Mariposa
bordada sobre carne de jacintos
en el azul del manto de una diosa!
Tú pintas los olivos del retiro
que vieron á Raimundo penitente
y cortaron el hilo del suspiro
cuando Chopin nocturnizó su frente!
Y hay en el corazón de tus pinceles
la sangre de los místicos vergeles
desmayados en un azul de mar!
En el ara del arte, Mariposa,
Dios pone para tí la mejor rosa
que aroma en la corona de su altar

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 18 de noviembre de 1913 (p. 1). Sin firma.

El ausente[a]

Se ha ido Rubén Darío. El poeta que llegó a Mallorca en busca de inspiración y quietud se ha ausentado de súbito. La noticia de que Santos Zelaya, expresidente de Nicaragua está en Barcelona, le arrancó de Valldemosa la toda silencio, la toda olvído [*sic*]. Y he aquí cómo las convulsiones de América arriban a este claro rincón del Mediterráneo, a interrumpir el reposo fecundo de quien aportó a estas montañas para dialogar serenamente con las Musas.

La ausencia de Rubén deja en suspenso las obras que el poeta acometió al establecerse este último otoño en la isla. Rubén Dario [*sic*] dice que volverá. Aun sin volver es posible que continúe y acabe cuanto aquí principió. De todos modos su ausencia y la índole de su viaje serán un paréntesis. Y ya sabemos lo que esas pausas significan en el vivir de los espíritus errabundos juguetes de las obsesiones, las lecturas y las amistades. Sería de lamentar que lo que el poeta escribió en Mallorca quedara descabalado. Hay entre las obras aludidas una que nos interesa muy a lo vivo. No son los poemas cortos inspirados en *Fioreti* y publicados en *Mundial*. Bellas son esas poesías; bellas y curiosas porque nos muestran cómo Dario [*sic*] funde en su corazón y en su rima la leyenda del hermano lobo narrada en el libro portento. Bellas, sí, pero no sobrepasan a otras composiciones de la misma pluma ni hacen olvidar lo que fué dicho la primera vez de modo insuperable. No; lo que más deseamos conocer es *El Oro de Mallorca*, la novela cuyos primeros párrafos ha reproducido La Almudaina pero fragmentariamente. En la obra de Darío, una novela representa una fase desconocida. Decía Flaubert que el escribir versos es disciplina útil á los prosadores. Lo que el gran escritor aconsejaba desde el punto de vista técnico, ¿no será provechoso también en cuanto al proceso de la creación misma, independientemente del lenguaje y estilo? ¿No os interesará ver como [*sic*] el lírico de *Prosas Profanas* plasmará en una novela sus observaciones y su sentir? Rubén Darío ha escrito mucho en prosa férvida y original. Pero sus prosas fueron siempre hasta hoy fantasias [*sic*] relámpago y artículos de información. En la novela—sean cuales fueren

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 1º de enero de 1914 (p. 1).

las innovaciones que al autor se le ocurran,—Darío nos ofrecerá, de seguro, una visión más concreta de la vida que él ha vivido más acá y más allá de sus versos.

Y más en un libro autobiográfico. Porque ese Benjamín Itaspes que viene a la isla en busca de un dilatado contacto con la naturaleza es Rubén Darío en persona. Los pormenores que el novelista da acerca de ese pasajero solitario no dejan lugar a duda. Y por eso dije, párrafos antes, que será una lástima el que el libro quede sin concluir. El principio de la novela delata en Rubén Darío un momento de sinceridad y efusión; impulso que fácilmente se extingue o desvía en quien vive en zozobra íntima y perpétua [*sic*]. La biografía de Rubén está aún por escribir. Ni Rodó ni Andrés González Blanco, autores de los estudios más completos acerca de Darío, han acopiado datos bastantes para reconstruir la vida del poeta. Y no me refiero a los datos vulgares que suelen facilitar los diccionarios. Hablo de los episodios que influyen en el carácter y en la obra de un escritor, los sucesos «definitivos» y «reveladores» con que ambos críticos habrían estudiado más á lo hondo el proceso de la lírica rubendariana.

De esta última biografía se sabe muy poco. Y lo único que existe de ella se debe al mismo Rubén. Rubén ha transparentado en una composición admirable de sus *Cantos de Vida y Esperanza* algo de lo que ha sido su existencia á través de la vida. Pero no habla de las «causas» sino de las «consecuencias» que han forjado tal cómo en sus obras se describe. Hay en sus libros no sé que nostalgías [*sic*] e inquietudes[,] no sé que [*sic*] combatir sin tregua de espíritu excelso y carne pecadora. Acaso, en un principio se redujo todo a la influencia de Verlaine; mas hoy esas inquietudes y ese combatir son suyos, bien suyos.

Y ahora el poeta iba a hablar... «Se encontraba—dice Darío describiendo el estado de ánimo de Benjamín Itaspes—a los cuarenta y tantos años, fatigado, desorientado, poseído de incurables melancolías que desde su infancia le hicieran meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano, Gaspar Hauser, sin aliento, sin más consuelo que el arte amado y por sí mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria

en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación»[.] ¿Veís [*sic*]? Era la hora de las confidencias.

M. Sarmiento

Carta de Diego Carbonell a Rubén Darío[a]

París, 11 de julio

Querido poeta y amigo: supongo y casi tengo seguridad de que ya habrá terminado en su vigorozo [*sic*] organismo aquel *algo*[b] terrible de que me habló en su carta urgente. No he podido pasar donde usted porque estoy un poco constipado de los bronquios. A causa de haber permanecido en casa, he tenido ocasión de revisar algunas páginas del libro de Poe que tuvo usted la galantería de obsequiarme, y he pensado con el amplio criterio idealista de la Clínica Retrospectiva, que el caso de Edgar Allan es el caso de usted... Si no lo es todavía es porque en usted hay fuerzas cerebrales de mas intenso vigor acaso; pero cuando menos, ustedes tienen la parentela dipsománica, ademas de pertenecer a la escasa familia lírico-intensa. Desearía saber si a usted le disgusta el que yo tome de ese libro aquello que usted indica en lapiz [*sic*] rojo y lo comente y a ratos lo refiera a la complicada psicología de usted. Barrunto que tendría curiosidad el estudio, pues aun no lo han juzgado con el criterio de la clínica. Desde luego que semejantes notas mías no le harían ningun daño. Dígame si le agrada y las haré para "El Cojo Ilustrado" y para una revista de La Habana.

Desearía que mi crónica de "Mundial" aparezca cuanto antes pues despues [*sic*] perderá la oportunidad.

Lo abraza cariñosa y cordialmente,

DIEGO CARBONELL

21, Rue Buffault – Touring Hotel

[a] Carta mecanografiada, sin año. Firma manuscrita: DIEGO CARBONELL. Fuente: Archivo "Rubén Darío", Universidad Complutense de Madrid (número de documento: 4438).

[b] [Subrayado en el original.]

Sobre "El oro de Mallorca"[a]

El dia 25 del prop-passat octubre s'embarcà amb rumbe a Nova York, el màgic poeta americà Rubèn Darío. El gran amic de Catalunya ha deixat enllestida la seva darrera novel·la *El Oro de Mallorca*, havent estat adquirida, segons sembla, per la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, la lectura de la qual ès esperada amb l'interés vivíssim que desperten totes les creacions del més alt rimador hagut en la llengua de Gòngora.

[a] *Cultura*, Barcelona, año I, n. 1, vol. II, noviembre de 1914 (p. 10). Sin firma. Incluida en una serie de noticias culturales bajo el título general "Pandemonium".

Guía literaria — «La vida de Rubén Darío», escrita por él mismo[a]

En España, al revés de lo que ocurre en Francia, no son frecuentes los libros de memorias, y en verdad que no tiene explicación el hecho. Esta clase de obras íntimas encierra un inmenso interés cuando los que las escriben son hombres ilustres; además, constituyen documentos de una importancia indiscutible para el porvenir.

Sin embargo, al aceptarlas, ha de exigírselas una condición principalísima: la de que sean sinceras. Un libro de memorias que no esté escrito con sinceridad carecerá sin duda de virtud, por más que goce de un valor literario incontestable; y he aquí, no obstante, que, entre los libros de memorias que aparecen antes de que mueran sus autores, son sinceros pocos, muy pocos.

Por eso ha de elogiarse sin reservas «La vida de Rubén Darío» narrada por él mismo, obra llena de encanto y de franqueza. Rubén Darío, el innovador, á quien se motejó de extravagante y de esotérico, como á todos los innovadores, es un hombre sencillo que nos cuenta con sencillez su sencilla existencia. Aunque ha vivido intensamente, en su vida no hay pasajes novelescos ni conmociones catastróficas; pero esa cuotidianidad [*sic*] de su vida, que para algunos no merecerá la pena de escribirse, enseñará, por el contrario, mucho á muchos, porque es la misma vida, no una ficción de mixtificador. Sobre todo, las intimidades de los grandes hombres no pueden dejar de ser cual son, y sean como sean, siempre serán interesantes por ser intimidades de los grandes hombres.

Aparte de la sinceridad, la serenidad también campea en este libro. Su autor, antes de escribirlo, esperó á cumplir los cuarenta años, siguiendo la sabia máxima de Benvenuto, y se ha visto á sí propio con una objetividad que ya supone un acierto supremo y una efectiva garantía. Añadamos á ello la belleza del estilo y su amenidad, amenidad á la que contribuyen las figuras de renombre

[a] *El Pueblo*, Valencia, 11 de octubre de 1915 (p. 1). Luego del título del libro, la reseña incorpora la siguiente información: "Casa editorial Maucci, Barcelona, 1915. — Precio: 3 pesetas".

universal que desfilan por las páginas de este volumen sugestivo y palpitante.

Germán Gómez de la Mata

Los dos últimos libros de Rubén Darío[a]

Publicados por la Casa Maucci, de Barcelona, acaban de ver la luz dos producciones de Rubén Darío, el más excelso poeta que escribía en lengua castellana.

Ambos libros que con tanto amor había escrito Rubén Darío, debieron entrar en máquina, por triste coincidencia, cuando la noticia del fallecimiento del genial poeta circulaba por la prensa.

Cantos de Vida y Esperanza es el título que lleva al frente una de estas obras, y comprende la serie que da nombre al libro, á más de *Los Cisnes* y *Otros Poemas*, cuyo mérito ha de encargarse de ensalzar la crítica.

Ostentan estas bellas poesías un breve prólogo de su autor el cual es la última afirmación de su credo estético.

Titúlase el otro libro *La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, hermosa autobiografía de una ingenuidad tan amable y de una sencillez tan natural que en ella se retrata toda la nobleza y suprema bondad del alma de Rubén Darío, dándonos á conocer en sus interesantísimas páginas el calvario de su vida literaria, ligada á multitud de hechos contemporáneos de la historia de América.

Leer este libro es identificarse con el autor, sentir y pensar con él aumentando en nosotros á la par la dulce admiración que nos despierta el recuerdo de su alma privilegiada.

Forman estas dos obras, dos distintos volúmenes primorosamente presentados é impresos en caracteres claros y excelente papel y se venden en las principales librerías al precio de *dos pesetas* el primero y *tres* el segundo.

[a] *Diario de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 28 de febrero de 1916 (p. 2). Sin firma.

Rubén Darío[a]

Anteanoche el telégrafo nos trajo la noticia de la muerte de Rubén Darío, ocurrida en su tierra natal.

La Almudaina se asocia al duelo de las letras españolas y recuerda agradecida que el poeta fué nuestro huésped y que su musa cantó en elogio nuestro.

En su estancia en Palma por primera vez, cuando vivía en una casita del Terreno, compuso «La epístola a Madame Lugones», poesía evocadora del alma mallorquina. A esta ubérrima composición siguieron otras que el divino poeta, asomado a nuestro helénico mar, escribió para gloria de la eterna poesía.

Entre ellas recordamos la dedicada a otro muerto ilustre, Remy de Gourmont; la titulada «Los pinos», la hermosa composición inspirada en el radiante espectáculo de nuestra bahía y otras muchas tan bellas como sus artículos en prosa sobre «La Isla de oro».

Después de larga ausencia fué huésped del amigo de los artistas, del culto señor don Juan Sureda que, siempre generoso y hospitalario, le albergó en su palacio de Valldemosa.

Allí escribió «Los motivos del lobo»[,] delicada composición franciscana; «La Cartuja»; «Las danzas gimnesianas» (Boleras); «Valldemosa»; «La Rosa niña», dedicada a la señorita Guido y los primeros capítulos de la novela autobiográfica «El oro de Mallorca» que publicó en «La Nación» de Buenos Aires y que aparecieron en las columnas de La Almudaina.

La poesía castellana ha perdido su Príncipe. Es corto el espacio de que hoy disponemos para comentar con respeto y unción la obra del gran poeta.

Damos á continuación dos de sus más celebradas composiciones:[b]

Marcha triunfal

Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 10 de febrero de 1916 (p. 1). Sin firma.

[b] Se transcriben los poemas con las erratas y alteraciones que presenta su reproducción en la publicación periódica.

La espada se anuncia con vivo reflejo
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya para [*sic*] debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes
Los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
La gloria solemne de los estandartes
Llevados por manos robustas de heróicos [*sic*] atletas,
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
Los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
Los cascos que hieren la tierra,
Y los timbaleros
Que el paso acompañan [*sic*] con ritmos marciales,
Tal pasan los fieros guerreros
Debajo los arcos triunfales!

Los clarines de pronto levantan sus sones,
Su canto sonoro
Su cálido coro,
Que envuelve en un trueno de oro
La augusta soberbia de los pabellones.
El dice la lucha, la herida venganza,
Las ásperas crines,
Los rudos penachos, la pica, lanza,
La sangre que siega de heróicos [*sic*] carmines
La tierra;
Los negros mastines
Que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
Anuncian el advenimiento
Triunfal de la Gloria;
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
Tendiendo sus alas enormes al viento,
Los condores [*sic*] llegan. Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:—
Ved como la barba del viejo
Los bucles de oro circunda de armiño.—
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
Y bajo los pórticos vénse sus rostros de rosa;
Y la más hermosa

Sonríe al más fiero de los vencedores
Honor al herido y honor á los fieles
Soldados que muerte encontraron por mano extranjera;
Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
Desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—
Las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
Hermanas de aquellos lanceros que fueron centauros,—
Las trompas guerreras resuenan;
De voces los aires se llenan...
—A aquellas antiguas espadas,
A aquellos ilustres aceros,
Que encarnan las glorias pasadas;—
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
Al que ama la insignia del suelo materno,
Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano[,]
Los soles del rojo verano,
Las nieves y vientos del gélido invierno,
La noche, la escarcha
Y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
Saludan con voces bronce la [*sic*] trompas de guerra que tocan la marcha
Triunfal!....

Valldemosa

Vago con los corderos y con las cabras trepo
Como un pastor por estos montes de Valldemosa,
Y entre olivares pingües y entre pinos de Alepo
Diviso el mar azul que el sol baña de rosa.

Y en tanto que el Mediterráneo me acaricia
Con su aliento yodado y su salino aroma,
Creo mirar surgir una barca fenicia,
Una vela de Grecia[,] un trirreme de Roma.

Y me saca de mi éxtasis en la dulce mañana
El oir que del campo cercano llegan unas
Notas de evocadora melopea africana
Que canta una payesa recogiendo aceitunas.

Pían los libres pájaros en los vecinos huertos;
Se enredan las copiosas viñas a las higueras,
Y muestra el sexual higo dos labios entreabiertos
Junto al ámbar quemado de las uvas postreras.

Plinio llama «Baleares funda bellicosas»
A estas islas hermanas de las islas Pytiusas;
Yo sé que coronadas de pámpanos y rosas
Aquí a un tiempo danzaron ante la mar las musas.

Y si a esta región dieron Catarina y Raimundo
Paz que a Cristo pidieron Raimundo y Catarina,
Aun se oye el eco de la flauta que dió al mundo
Con la música pánica vitalidad divina.

RUBÉN DARÍO

A la muerte de Rubén Darío[a]

Nuestro estimado colaborador Mario Verdaguer ha dedicado en *El Día Gráfico* de cuya redacción forma parte, un artículo á la muerte de Rubén Darío.

He aquí los principales párrafos:

Rubén Darío, como todos aquellos hombres que aportaron al arte savia nueva y normas propias; como todos aquellos, que por tener el alma grande no podían resignarse á aprisionarla en las viejas normas de una retórica rutinaria y estrecha, fué desde el comienzo de su obra acerbamente combatido por una generación demasiado enamorada de las tradiciones de una literatura artificiosa que habiendo perdido el sabor de la prosapia clásica, de la idiosincrasia nuestra, se había infeccionado de un lirismo nuevo y altisonante de una serie de influencias extranjeras que al ser trasplantadas á la parte castellana conservaban todos los vicios de origen y no acertaban á hacer prevalecer casi ninguna virtud.

Lamentable era el espectáculo de la poesía castellana en la época en que llevaba [*sic*] á la vida nuestra actual generación; ninguna figura grande se alzaba por los grises horizontes de la república de las letras; la lengua castellana, como agotada por el esfuerzo ancestral que había parido una de las literaturas más gloriosas y grandes del mundo, no acertaba á vibrar con el alma de la época y con el genio de la raza.

En este momento estancado, al final de ese declive que empezando en los románticos de 1830 desciende hasta el «flatus vocis» del olvidado Núñez de Arce, para seguir luego un camino aplanado y humilde[,] aparece la alta figura de nuestro gran poeta, como una fuente clara que esparciendo sus limpias aguas por los campos yermos tiene que fecundarles y hacerles germinar.

Es una savia nueva la que trae el poeta, savia que coronará de rosas y de nidos de ruiseñor al roble de nuestra poesía que ya empezaba a agonizar y pudrir, en aquellos momentos en que toda España, sacudida por los desastres, pareció también moribunda.

---

[a] *La Almudaina*, Palma de Mallorca, 12 de febrero de 1916 (p. 1).

Rubén dió, desde sus comienzos, a la poesía castellana, el carácter y sentido más amplio que ésta jamás alcanzara. Su alma como un gran palacio cuyas ventanas estuviesen abiertas a todos los vientos y a todos los horizontes, recogió todas las armonías, todos los ecos, todas las tempestades humanas, que al pasar por él se hicieron propias y alejadas de extrañas influencias, pues como una gran hoguera, su alma quemó los leños en las demás para dar su luz propia y su propio calor.

Obedeció Rubén a un credo y sentimientos propios, a una estética inmutable y maciza como un gran bloque y supo ir con su segura intuición de artista y por una peregrinación cosmopolita desde la alada música de sus sonatinas evocadoras de los viejos clavicordios y de las cadencias italianas [a] la manera de Caselli hasta la rotunda estrofa toda palpitante y viva[,] temblorosa como un cuerpo herido y desnudo, todo forma y todo sensación.

Rubén llegó á su más alta inspiración poética en sus «Cantos de Vida y esperanza», en su «Arte Poético» sintetiza todo su sentir, mostrando toda su gran potencia, hija de su sinceridad, de su hambre de espacio y de su sed de cielo, de su corazón que, como como [*sic*] esponja saturada por el jugo del mar, está henchida de amargura por el espectáculo de la tierra amarga que le sustenta, por las tempestades de su carne torturada por las pasiones, por el temor del más allá desconocido, de ese país del cual, como dice Hamlet, no ha vuelto nunca ningún viajero.

Rubén Darío ha muerto sin sentir el dolor de que su cuerpo sobreviviese a la esplendente claridad de su espíritu. En su última época de París, ante el espectáculo de las ruindades y de las envidias que le cercaran y las pequeñeces que le combatieran, escribió la trágica poesía titulada "Los motivos del lobo", intensamente amarga porque no sabe más que á la verdad. Y a Mallorca en el castillo de Martín V, donde le hospedara un hidalgo que quiso brindarle paz y descanso, su espíritu se perfumó de misticismo y nos legó el hondo poema de la «Cartuja de Valldemosa»[,] plegaria sincera de su espíritu, que por ser tan alto sabía comprender y sentir todas las acedias melancólicas y toda la gloria de mirar hacia Dios.

Tal es, en breves rasgos, la gran figura del poeta que acaba de desaparecer; del poeta que perdurará en nosotros, pues es tan

hondo el surco que dejara, que difícilmente el tiempo y las mudanzas de la vida le podrán borrar.

A él podemos aplicar las palabras de Paolina, desgarrada por el dolor de la muerte de Leopardi: «Nuestro hermano no ha muerto, nuestro hermano es inmortal!»

MARIO VERDAGUER

Rubén Darío[a]

La gran mayoría de los periódicos españoles, consagran el merecido homenaje de admiración y cariño al gran poeta Rubén Darío, que acaba de fallecer en Nicaragua, su patria, á donde le llevaron asuntos editoriales, después de pasar algún tiempo en Guatemala. Rubén Darío se encontraba muy delicado de salud. Cuando salió de Barcelona, hace algún tiempo, para América, no ocultó á sus amigos las impresiones pesimistas que tenía respecto del próximo acabamiento de su vida. En Nueva-York [*sic*] pasó recientemente una grave enfermedad; pero se repuso, y pudo continuar su excursión por América. Por crueldad del destino, Rubén Darío, que era un sentimental, un hombre muy afectivo, ha muerto separado de las personas de su familia, de su mujer y de su hijo, que se encontraban en España. La esposa del poeta, doña Francisca Sánchez, y su hijo Rubén, niño de ocho años, estaban en Barcelona, desde donde se trasladaron á esta Corte no hace muchos días, hospedándose en casa del señor Huertas Hervás, hermano político de la viuda de Rubén Darío. Esta supo la muerte de su esposo por noticias publicadas en la prensa; después recibió un cablegrama del presidente de la república de Nicaragua.

El poeta pensaba volver á España para mayo, y pasar en Madrid una larga temporada. También tenía la ilusión de fijar aquí su residencia, por el gran cariño que profesaba á España, aunque también gustaba mucho de París, cuya vida deslumbradora le seducía.

Casi en los mismos instantes que el telégrafo transmitía la infausta nueva del fallecimiento del famoso poeta americano, la importante casa editorial barcelonesa Maucci ponía en los escaparates de las librerías un hermoso libro titulado *La vida de Rubén Darío*, escrita por él mismo.

Hojeando este nuevo libro, nos encontramos con una autobiografía interesantísima, en la que el inspirado poeta evoca los tiempos de su infancia y nos refiere su vida intensísima desde los catorce años de edad, cuando ya se distinguía, no solo como un poeta de altos vuelos, sino también como un periodista de gran fibra. Y vemos á través de las páginas del mencionado libro, la vida

[a] *Las Provincias. Diario de Valencia*, Valencia, 13 de febrero de 1916 (p. 1). Sin firma.

azarosa de Rubén Darío, mezclado en las agitaciones políticas de las repúblicas americanas centrales, y conociendo á todos los hombres más eminentes de aquellos Estados.

Cuenta Rubén Darío que perteneciendo á la redacción de *La Epoca*, de Santiago de Chile, el director de dicho periódico, con motivo de haber enviado Campoamor un artículo á *La Epoca*, ofreció doscientos pesos al redactor que escribiese el mejor trabajo sobre Campoamor. El premio fué otorgado á Rubén Darío por la siguiente décima, verdadera joya:

> Este del cabello cano,
> como la piel del armiño,
> juntó su candor de niño
> con su experiencia de anciano.
> Cuando se tiene en la mano
> un libro de tal varón,
> abeja es cada expresión
> que[,] volando del papel,
> deja en los labios la miel
> y pica en el corazón.

Refiere después Rubén Darío su primera visita á España, sus relaciones con políticos y escritores de nuestro país, emite juicios sobre algunos de ellos y nos descubre la vivísima impresión que le produce su estancia en España.

Y tras de la visita á nuestra nación, nos habla de su viaje á París, de su segunda estancia en España, de sus excursiones por varios países extrajeros, reflejándose en todos sus impresiones, el temperamento artístico del inspiradísimo poeta, que mereció siempre ser considerado, no solo como una gloria de las repúblicas hispano-americanas, sino de todos los paises [*sic*] en que se habla el hermoso idioma de Castilla, que tanto enalteció con los frutos de su exuberante fantasía.

Ningún momento más oportuno para recomendar un libro, como el presente, con respecto al que acaba de publicar la casa Maucci. Para estudiar la personalidad de Rubén Darío, necesario es conocer esta autobiografía.

Los libros más famosos de Rubén, y en los que más se precisa y determina su inconfundible personalidad, son *Los raros* (Buenos-Aires [*sic*], 1893, y Barcelona, 1905); *España contemporánea* (París, 1901); *Peregrinaciones* (París, 1901); *Tierras solares* (Madrid, 1904); *Todo al vuelo* (Madrid, 1912); *Azul* (Buenos-Aires [*sic*], 1903); *Prosas profanas*, *El canto errante* y *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905), y *Muy siglo XVIII* (Madrid, 1915).

Cantos de vida y esperanza.— Los cisnes y otros poemas, por Rubén Darío. Barcelona, 1916.— La vida de Rubén Darío, escrita por él mismo. Barcelona, 1916.— [a]

Estos dos volúmenes llegan á nuestras manos cuando aún no se ha borrado el dolor que nos ha producido la muerte del poeta. Leemos ahora su vida y la encontramos, sobre todo en sus últimas páginas, llenas [*sic*] de predicciones tristes y augurios funestos. Nos dice tan llana, tan sencillamente en estas memorias cómo fueron sus luchas, sus apuros, sus alegrías, sus amores, que le comprendemos mejor y le queremos más. «Yo no soy un poeta para muchedumbres—escribe en el prólogo de C*antos de vida y de esperanza*—, pero sé que indefectiblemente tengo que ir á ellas». Palpita en esas palabras todo el espíritu de una religión de belleza, de una fe estética en que quisiéramos ver comulgar á todos los poetas. Las últimas estrofas que Rubén ha escrito no han sido de un lírico encerrado en su torre ebúrnea, sino las de un patriota que ve á su patria, Nicaragua, amenazada por la garra yanqui. Seguramente, nuestros cronistas dedicarán algunos comentarios á la autobiografía del poeta.

[a] *Nuevo Mundo*, Madrid, año XXIII, n. 1161, 7 de abril de 1916. Sin firma. Este texto se incluye en un conjunto de reseñas publicadas bajo el título "Libros y autores" y está acompañado por una pequeña fotografía del poeta.

La vida de Rubén Darío, escrita per ell mateix.
Casa editorial Maucci. — Barcelona.[a]

Aquesta hermosa autobiografía, tan ingènua com amable y d'una senzillés plena de naturalitat, hont s'hi retrata tota la noblesa y tota la bondat de l'ànima de l'excels poeta, mort precisament a la hora qu'entrava en màquina aquest llibre, 'ns dona a conèxer en ses interessants planes lo calvari de la seva vida literaria, lligada a multitut de fets contemporanis de la historia d'Amèrica.

Llegir aquest llibre es identificarse ab l'autor y sentir y pensar ab ell.

Forma un ben cuydat volum de prop de 300 planes, ab lo retrat de l'autor a la coberta, y's ven a 3 pessetes a Espanya y a Amèrica.

[a] *Ilustració Catalana*, Barcelona, año XI, n. 697, 15 de octubre de 1916 (p. 615). Sin firma.

Rubén en la Isla de Oro[a]

A poco, otra vez, Darío en España. Era el 1913, ahora en Mallorca, huésped de los esposos Sureda, que ocupaban en Valldemosa, como residencia veraniega, el castillo del Rey Jaime el Asmático, al lado de la célebre Cartuja, en donde estuvo de temporada amorosa el pobre y grande Chopin, quemando su corazón en la llama de la genial Jorge Sand. Un día recibo un telegrama de don Juan Sureda, diciéndome: "Rubén muy grave, le suplica venir, quiere hablarle por última vez. Venga, se lo ruego". Inmediatamente dispuse el viaje. Dura sólo una noche de Barcelona a Mallorca, pero cada hora de esa noche me pareció una eternidad.

Llego al Castillo de Valldemosa después de mil preguntas. Entro, no veo a nadie, ni oigo ruido de nada. Ni una voz ni un alma. ¡Qué enorme silencio! Cruzo un patio, luégo [*sic*] otro patio, un jardín, otro jardín. Me introduzco en un pasillo, cruzo una sala, y por fin, aparece la gentil dueña, la diminuta, espiritual y fina pintora de aquel paraje encantador, Pilar Montaner de Sureda.

—¿Usted es el señor Bazil?

—A los pies de usted, señora...

—Pues, venga conmigo, que le esperábamos con gran inquietud, por la tardanza en llegar. Mi esposo ha ido a esperarle al muelle, pero como no se conocen ustedes, sin duda, debe estar preguntando por usted todavía.

Me conduce al cuarto de Rubén. Me acerco a la cama que él ocupa, con la emoción de quien va a encontrar muerto a un querido ser. Rubén no se mueve. Está bajo mil mantas de lana. Poco a poco, va sacando una mano, me la extiende. La tomo entre las mías. Me atrevo a hablarle y le pregunto cómo se siente. Se descubre media cabeza. Me pide que me acerque. Me siento a su lado. Entonces es cuando comprendo que éste se está haciendo el moribundo, que no hay tal gravedad, sino un estado alcohólico, que no ha llegado a producirle la fatídica curva dipsómana. Me dice muy

[a] Capítulo XII de la *Biografía de Rubén Darío* escrita por Osvaldo Bazil e incluida en Rodríguez Demorizi (1948: 170-177). En dicha edición, luego del título del capítulo se incluye la siguiente nota al pie: "Con este título, que se agrega aquí, Bazil recogió la presente narración, publicada en la revista *La Cuna de América*, número 11, Santo Domingo, agosto, 1923. Hay variantes sin importancia".

despacio: "Explícale a esta gente que me están matando. Que necesito me den abundante bebida. Me están mezclando el vino con agua. Dile a Pilar que busque ahora mismo la página (tal) de la *Biblia*. —Y dirigiéndose a Pilar, le dijo—: "Señora: óiganlo, que éste sí que sabe". Me levanté de la cama para hablar con Pilar, a quien le expliqué eso de la curva, y a quien rogué suministrar a Rubén bebidas fuertes para que pudiera estar en breve tiempo fuera de ese estado, que a todos preocupaba en la casa. En Valldemosa no había sino vino tinto.

Pilar me informó que ya Rubén se había bebido esa mañana más de nueve botellas de vino. Buscó Pilar la *Biblia*, y la página indicada por Rubén, y con gran sorpresa de ella, que creía estar engañándolo, vio que en dicha página se encontraba el pasaje cuando Jesús convirtió el agua en vino. Llegó el esposo, y se mando [*sic*] a Palma de Mallorca por whisky suficiente, y se le dio a beber cuanto quiso. Naturalmente, subió con rapidez la curva. Nos dio una noche espantosa. Como a la una de la noche, por los pasillos oscuros, gélidamente silenciosos del Castillo, corría Rubén llamándome a gritos, agitando en la sombra un cencerro, que la familia había puesto cerca de él para que lo utilizara como timbre. Yo tenía la decisión de no responderle. Mi necesidad de descanso era superior a todo. Pero me gritó: "¡Levántate, que te han puesto a dormir sobre el cementerio de los Caballeros de San Roque! ¡En tu habitación, en otra época, había un cementerio!" Y al oír yo esto, di un salto y le abrí inmediatamente la puerta. Nos fuimos a su cuarto, y ya al amanecer, entraba el poeta en plena crisis de saturación báquica. Dejó de sentir la necesidad de más alcohol. Durmió mucho, y a los dos días ya estaba fuera de ese estado. Entonces fue cuando lo vestí de cartujo, para llevarlo a la mesa. Fue una fiesta la ocurrencia. Gracias a ella escribió una de las más bellas poesías del habla castellana. Bajo aquél hábito él se sentía cartujo de verdad.

Hé [*sic*] aquí algunas estrofas:[a]

[a] Se reproducen los fragmentos de "La Cartuja" y "Epístola (a la señora de Leopoldo Lugones)" tal como aparecen en el texto de Bazil.

La Cartuja

Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el Santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.

A los que en su existencia solitaria,
con la locura de la cruz y el vuelo
místicamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo...

¡Ah! fuera yo de esos que Dios quería,
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y ¡Requiescat in pace!

Poder matar el orgullo perverso.
Y el palpitar de la carne maligna.
Todo por Dios, delante el Universo,
con corazón que sufre y se resigna.

Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.

Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
que al Angel hace estremecer las alas,
por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablesas malas.

Darme otros ojos, no estos ojos vivos
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio-chivos
redondeces de nieve y labios rojos.

Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta
y no esta boca en que vinos y besos
aumentan gula del hombre y del poeta.

Darme una manos de disciplinante

que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante
que acarician las pomas del pecado.

Darme una sangre que me deje llenas
las venas de inquietud y paz los sesos,
y no esta sangre que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.

¡Y quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja!

Mallorca fue siempre tierra propicia a su estro. Todo lo que escribió allí fue una maravilla. Pero lo mejor de toda esa cosecha mallorquina, es su estupenda epístola a Madame Lugones, en la cual dice:

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
costas antes de que las prematuras canas
de alma y cabeza hicieran de mí la mezcolanza?
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!

¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo!

Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atrajeron mi barca,
es recordado por mis íntimos sentidos,
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

Rubén siguió algunos días más sin beber, escribiendo capítulos de una novela que se llamaría *Oro de Mallorca*, de la cual me leyó varios capítulos que tenía escritos. Se publicaron en *La Nación* de Buenos Aires. El era el personaje principal de la novela. Recuerdo que uno de los capítulos era un estudio admirable y completo de la dipsomanía. Ningún médico lo hubiera hecho mejor.

Al advertirle que su novela carecía de su personaje central femenino, me contestó: "Bueno, meteré entonces a Pilar en la obra". Y es que él no tenía una mujer que traer a su novela porque no la tenía tampoco en su vida. Allí me enteró que por recomendación e intervención de Sureda, se había confesado con una [*sic*] Padre alemán, que a la sazón residía en Mallorca, convertido al catolicismo y que antes había estado de Capellán en el ejército de Chile, de apellido Uhfoll. Rubén, con gran unción y temor de Dios, comenzó así la dicha confesión: —"Padre, mi vida ha sido una novela". El Padre Uhfoll, le contestó: —"Hijo mío, la mía ha sido dos, recemos". Eso fue toda la confesión. Con Padres así, cualquier diablo se atreve a confesarse, le dije. Luégo [*sic*] hablamos ese día de su obra de alcohol y de la sin alcohol. Me dijo que todo el *Canto Errante* era obra de alcohol, y que también lo era una parte de *Prosas Profanas*, pero que en *Azul*, y en *Canto de Vida y Esperanza*, había muy poco o casi nada. Y son estas sus mejores obras.

Regresé a Barcelona, y a los ocho días, recibo otro telegrama de Sureda, diciéndome: "Se nos fugó Rubén, búsquelo ahí". Efectivamente, llegó a mi casa. Le pregunté a qué hotel quería ir. "Al mejor", me contestó. Lo instalé en el Colón. Había llegado sin dinero y bebiendo mucho ajenjo. Al día siguiente pidió papel en el hotel, y le escribió a doña Blanca de Zelaya, la esposa del ex-presidente de Nicaragua esta estupenda carta: "Doña Blanca: enfermo. Rubén". A poco, se presentó doña Blanca, en su auto, y se lo llevó a su casa. El general Zelaya estaba al regresar de un viaje por los Estados Unidos, y tan pronto llegó dispuso el traslado de Rubén a un Hotel. Más tarde lo instalamos en una casita de esas que los catalanes llaman "torre" en la calle Ticiano, 16, en los alrededores de Barcelona. A ella llegó dos meses después Francisca Sánchez, la mártir de Rubén que lo acompañó muchos años, con el hijo de ambos *Güicho*.

En una noche de esa temporada lo llevé a un palco del Teatro Novedades, donde trabajaba Pastora Imperio. Esta insigne medalla del baile flamenco diluía en el tablado, embrujada entre sus pies y entre sus brazos maravillosos, una espectral cadena de sollozos gitanos. Martilleaban sus pies, y de cada golpe se desprendía un

dolor de raza esclava o se deshacía una copla gemebunda de una garganta de mujer perseguida. La queja y la querella volaban de los pies a los brazos hasta quemarse en las grandes pupilas extrañas de la genial danzadora. Rubén estaba fijo en la escena; no apartaba sus ojos de Pastora. De pronto veo rodar dos lágrimas de sus ojos. Eran lágrimas de pura emoción estética artística, que el poeta no podía reprimir. Se puso pálido y me dijo que aquello era muy fuerte. Y se levantó y nos fuimos a la calle a respirar aire libre que orease la desgarradura que en lo hondo de la entraña producía Pastora con sus bailes en los corazones de sus espectadores.

Hambre, robo, sangre, crimen, dolor, odio y fuga, compendio de esa raza, temblaban entre sus pies y entre sus brazos. Mirándola bailar lloró una noche el más aristocrático espíritu de los poetas de la América española.

La vida del poeta discurría amable, patriarcal. Pero estalla la guerra europea, y Rubén se llena de pavor ante el fantasma del hambre. De Buenos Aires, no venía el dinero de sus colaboraciones. Y un tal Alejandro Bermúdez, compatriota suyo, lo indujo a una loca aventura por Norte América, para dar conferencias sobre la paz. Sustrajo a Rubén de su casa, de sus amigos. Lo secuestró, lo mantuvo ebrio varios días, sin que nadie pudiera verlo ni saber su paradero durante el tiempo que necesitó para gestionar gratis, en nombre de Ruben [*sic*], los pasajes. Me entero tarde del día de su embarco, y voy a bordo del vapor. En su camarote le digo todo el horror de aquel disparatado viaje a Nueva York, en pleno invierno, y me contestó: "¿Y el hambre?" Comprendí que era inútil todo esfuerzo por contrarrestar la influencia malévola de Bermúdez. Rubén estaba ya casi ebrio y no comprendía. Desprecié a Bermúdez, negándole mi mano, ante la suya extendida. El pobre Rubén, de pies [*sic*], ante Francisca y su hermana María, llorando las dos, me dijo: "Quiero algo tuyo". Lo que tú quieras, le respondí. Creí que quería mi alfiler de corbata y me lo quité para dárselo, pero me dijo: "Eso no, quiero tus guantes". Se los di. Me abrazó y me dió un beso. Y me aleje [*sic*] con la impresión de que en aquel primer beso que recibía de hombre, iba encerrado el beso de la muerte y el último adiós de un gran corazón que en breve caería en la tumba. Y así fue. En Nueva York se enfermó gravemente.

Sufrió negras calamidades, hasta llegar a ser abandonado y vejado por Bermúdez. Partió ya herido de muerte, hacia Guatemala, y de ahí, a su patria, a morir en brazos de su segunda esposa, abandonada por él durante veinte años.

Tener razón contra un amigo, contra un poeta herido, no es un privilegio que debe ufanar a ningún hombre de corazón.

Me duele tener la razón, en el caso de Rubén, que desoyó mis consejos, contra Bermúdez. Pero él mismo me la da con creces y con largueza cuando dijo en una conversación en Guatemala, con Máximo Soto Hall: "En mis manos, las monedas o los billetes se esfumaban. Siempre me ha pasado eso. Ultimamente en los Estados Unidos, pude comprobar esa amarga experiencia. La verdad es que allí la culpa toda la tuvo mi compañero y compatriota Alejandro Bermúdez. Me han dicho que Bermúdez viene a Guatemala. Es preciso que no le dejen entrar. No debe venir aquí". Y cuenta Soto Hall, que cuando así se expresaba, una sombra de terror infantil y supersticioso, nublaba su frente.

"No sabría decir —escribe Soto Hall— ni lo sabré nunca, lo que pasó entre él y su socio de conferencias en Norte América, pero es lo cierto que parecía temer la influencia de aquel hombre como la tiranía de un poder hipnótico".

A mí no me engañó nunca Bermúdez. Lo conocí desde la primera mirada que crucé con él. Y me opuse a su entrada en la casa de Francisca. Descubrí que había venido a España con una misión secreta, tal vez de Rosario, para atraer con engaño a Rubén, hasta el patrio suelo y entregarlo a ella por sorpresa, en estado de embriaguez, para ser víctima de nuevo de una conjura o de una nueva infamia. Ese viaje no parecía tener otro fin, y por eso Bermúdez temió y esquivó mi presencia en los días que lo fraguaba a espaldas de Francisca, y de mí, que se lo habría echado en cara duramente en presencia de Rubén. Antes de morir este pobre sujeto le dirigí una carta pública desde varios periódicos centroamericanos, cubriéndolo del más violento género de insultos, a los cuales no respondió. Luégo [*sic*] supe su muerte, poco le sobrevivió a Rubén. Ante la idea de su muerte cesa mi ira, pero no mi inconformidad con su plan que aceleró el final de los días del poeta en la tierra. Rubén pudo, sin ese viaje, de haberse quedado en España,

al cuidado de Francisca Sánchez, prolongar unos años más su existencia. Ante la tumba de Bermúdez cierro la enconada rosa negra de los odios y abro la blanca rosa del perdón y del olvido.

De New York a Buenos Aires por el Pacífico
Una correspondencia inédita de Rubén Darío[a]

A la cortesía de la viuda de Rubén Darío debemos el poder publicar hoy, exactamente a los veinticinco años de haber sido escritas, estas cuartillas que el gran poeta redactó para La Nación *y que, por razones fortuitas, guardó luego inéditas. Entrañablemente vinculado a esta casa como él estuvo, cobran hoy estas páginas no sólo una significación cordial para nosotros, sino, para todos, gracias a su eterno estilo, un recuerdo de lo que él entrevió siempre —y cantó— respecto al destino de los pueblos de América.*

(Para La Nación — Abril, 1915)

Con la primavera resucité... y, a pesar de los médicos, vuelvo a mi tarea. La primavera neoyorquina esta vez, contrastando con lo poco riguroso de la estación pasada, ha regado con nieve sus primeras flores. Yo parto. Parto a mis claras tierras. Farewell, New York, que en tu parte intelectual fuiste buena conmigo. El vapor de la Escuadra Blanca de la U.F.C., que ha de conducirme, está ya anclado en su *pier* de Battery Place. Mis baúles, sobre sus tatuajes viejos tienen parches nuevos. Vuelvo a la República Argentina pasando por el trópico. Os daré cuenta de mis impresiones, de lo que pueda interesaros o distraeros. Seré en lo posible cinematográfico, y casi siempre anecdótico. "O genial Darío, faz anécdota", decía una vez, no sin cierta injusticia, un amable *grincheur* [*sic*] de Río de Janeiro. Y, en verdad, no gusto de hacerla, pero sí de escribirla. Procuraré instruiros lo menos posible: y si a veces obtengo vuestra sonrisa aprobativa, que me placerá. [*sic*]

Varias veces os he hablado del panorama de la imperial capital cartaginesa, cuando uno entra o sale por su vasta bahía. No más, pues, casas de incontables pisos ni chimeneas, ni libertad iluminando al Mundo: la cual, en verdad, muñeca de Brobdignac, a la que dirigía antaño lírica salutación, me parece ahora chata y chica. Así.

---

[a] *La Nación*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1940. El diario incluye imágenes de la carta manuscrita de Rubén Darío, que se compone de tres páginas sin firma. Este mismo texto se reprodujo en el *Repertorio Americano* del 30 de agosto de 1941 (San José de Costa Rica, t. XXXVIII, año XXII, n. 919, p. 239).

Me despiden pocos amigos de los que a mi llegada me acompañaban. Y recibo, al zarpar el barco, la última fineza del más hidalgo de los norteamericanos y del más caballero de los "gentlemen". Me refiero a Mr. Archer M. Huntington, el multimillonario hispanista de la Quinta Avenida, de cuya labor he de hablaros en otra ocasión. Con sus cordiales palabras de adiós me envía una cesta pomónica, llena de estupendas frutas de invernáculo, de exquisitos *primeurs*, de cosas sabrosas, capaces de animar al más recalcitrante de los convalecientes.

Todo canijo, todo *cacreco*, como dicen en una tierra caliente, he entrado en el barco blanco apoyado en un brazo amistoso. El viaje ha de durar algunos días, en los cuales habré de amacizarme con la ayuda del sol de mi siempre propicia Thalassa,—del mar, pues. Hay pocos pasajeros. Sólo tres van a Guatemala, como yo; los otros se quedarán en las Antillas. Un puñado de gente dice sus adioses a los viajeros. Y sabed que hay mujeres yanquis que lloran, oh latinas, propietarias de lágrimas.

¿No hablaré una palabra en toda la navegación? El grupito yanqui fuma y se pasea, comentando aún unos el "match" del negro Johnson y el *cowboy* Willard, al cual asistió el Presidente cubano y todo su gabinete. De los tres que van a Guatemala, el uno es un hombre de negocios alemán, y los otros, dos jovencitos que han dejado sus colegios alemanes a causa de la guerra. Esta no nos abandonará: tenemos *wireless*, telégrafo Marconi. Uno de los jóvenes ha estudiado piano; el de a bordo no está inútil. A la hora de comer, un gramófono no dejará de repetir que "T'is a long way to Tipperary". En la biblioteca hay un solo libro español, "Don Quijote". Basta.

Rubén Darío y Valldemosa[a]

¿En qué misterio estribó, dentro del mundo pululante de las significaciones, este que ha venido a enlazar tan entrañablemente la memoria de Rubén Darío con el ambiente local de la mallorquina Valldemosa? Allí tiene siempre actualidad histórica Chopin. Pero, se queda en eso: en histórica. La actualidad de Rubén es íntima. La decidió para siempre, no aventura alguna, no obra alguna, —a desgrado de la viveza con que cantan en nosotros los versos de la Epístola a la señora de Lugones—, sino un hecho de índole privada y delicadamente sentimental: a la hospitalidad de los Sureda. Para las promociones siguientes —no sólo, digo, para las literarias—, la imagen del poeta en su hábito de monje y saliendo a la bendición de su palma, el Domingo de Ramos, tiene un corte no menos clásico, y estoy por decir no menos estereotipado espiritualmente, que las de Guzmán el Bueno, echando su puñal desde las murallas de Tarifa o de Diógenes, con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro de su tonel.

No se trata ya de biografía: más bien dijérase de mitología. Sin duda, el retrato memorable y tantas veces rememorado, que pintó Daniel Vázquez, habrá contribuído en algo a ello. Pero, la virtud inicial del episodio es independiente de sus figuraciones artísticas. Su fuerza le fué dada por una gran sensación de dulzura, que Mallorca, Valldemosa y los Sureda supieron introducir en la desventura larga de un corazón. Nunca, a la palabra «oasis», se le habrá dado más significación moral que en tal episodio. Cuando sin exigir nada, sin preguntar nada, sin extrañarse de nada, una familia y un ambiente supieron acoger personaje tan extraño, probablemente incómodo en ocasiones, la estampa del acogimiento de Nausica halla su pareja, formando juego en el repertorio de la sensibilidad universal. Ante unos olivos, ante un camino pedregoso, ante un pastor que por él descendía con sus cabras, un literato inglés, entonces amigo mío, pronunció una palabra conmovedora: «¡Esto es la civilización!»... Viendo salir a un poeta medio delirante, para conturbar con sus caprichos, acaso de inocente irreverencia, la habitualidad pacata de una aldea, que, sin embargo, supo respetar

[a] *Arriba*, Madrid, 6 de febrero de 1949.

y encariñarse, tanto como recibir, el más refinado exigente de los primores de la convivencia, exclamará del mismo modo: «¡La verdadera elegancia está aquí!»

¡Qué mal queda Jorge Sand, en el inevitable parangón! La «bas-bleu» se escandalizaba porque un joven patricio mallorquín, tras de ofrecerle, en fórmula cortés, su coche, había acabado por regateárselo, a compás del abuso. Jorge Sand no era una mujer del pueblo, a despecho de sus pretensiones oratoriamente proletarias. Lo que resultaba, de verdad, era una paleta. Tan paleta, como atrasada, al sorprenderse de que los insulares tuviesen a la tisis por una enfermedad contagiosa. Sin duda; en esto, los valldemosinos se adelantaron a los bacteriólogos al temer el contagio de la tisis. Como, en sentido inverso, cuando el episodio de Rubén Darío, se adelantaron a la política de inteligencia, al no temer el contagio de la impiedad.

Hoy se celebra en Valldemosa una conmemoración de Rubén Darío. En una época de ceremonias desorbitadas, estoy seguro de que ésta resultará llena de tacto. Dos nobles sombras se han dado cita para la ocasión. La del poeta entrará de la mano de la Rosa que todavía se llama Rubén-Darío. La del hidalgo se apoyará en el Pilar que todavía se llama Sureda.

[Eugenio D'Ors]

Rubén en la fama y gloria de Mallorca[a]

Mallorca, entre las islas, conquista la perennidad de Venus. Difícilmente una estrella, vista de cerca y colocada en el mar, alcanzaría la perfecta armonía de esta insular princesa de las Baleares. Familia de crepúsculos inmortales, archipiélago de hermanas mediterráneas que España lleva en el cortejo de su historia universal. Cuando el viajero pone el pie en el silencio de sus playas, queda en el alma, en la esencia de su sorpresa, aquella misma duda que llenó de mitos las frentes de los marineros antiguos. Porque una isla es como cualquier mujer. Necesariamente misteriosa. Y Mallorca parece esconder nidos submarinos de sirenas. Son cantos de invisibles cantoras que nacen detrás de los acantilados. Ya Rubén decía:[b]

> Y me saca de mi éxtasis en la dulce mañana
> el oír que del campo cercano llegan unas

[a] *Semana*, Madrid, 15 de febrero de 1949 (páginas sin numerar; la nota ocupa dos páginas de la publicación). Un subtítulo recupera un fragmento del texto: "¿Esto es la hispanidad? Esto ha sido. Esto será. Seguir transportando ecos a través de las distancias materiales". Asimismo, el artículo se encuentra precedido del siguiente copete, en cursivas: "Ningún escritor hispánico podría con más fino sentido, noble intención y valor representativo avivar con su pluma la emoción que Rubén Darío despertara en los españoles como el actual ministro de Nicaragua en España, don Pablo Antonio Cuadra. Suya es la magnífica crónica evocadora que a continuación ofrecemos a los lectores de SEMANA, sobre los actos que acaban de celebrarse en la Cartuja de Valldemosa en honor del alto poeta". El texto está acompañado de ocho fotografías, cada una con su respectivo epígrafe, que reproducimos a continuación. Fotografía 1: "La colaboradora de Radio Nacional señora de Nordó con el joven Joaquín Vaquero, sobrino-nieto del poeta". Fotografía 2: "La señora Turcios de Vaquero durante su intervención en el homenaje rendido a la memoria del poeta nicaragüense en la Cartuja de Valldemosa". Fotografía 3: "Fachada al mediodía de la Cartuja de Valldemosa, en Palma de Mallorca, en cuyo cuerpo del edificio se suceden las celdas". Fotografía 4: "Doña Rosa Turcios de Vaquero, sobrina carnal de Rubén Darío, con don Pablo Antonio Cuadra, ministro de Nicaragua, y su hijo Joaquín Vaquero Turcios, sobrino-nieto del poeta, en la celda-habitación que ocupó el vate durante su residencia en la Cartuja". Fotografía 5: "Don Pablo Antonio Cuadra, ministro de Nicaragua en España, en un momento de su magnífica exaltación de la obra del gran poeta". Fotografía 6: "En una de las terrazas de la Cartuja, un grupo en el que figuran la señora de Vaquero, don Pablo Antonio Cuadra, don Federico Hernández de Goncer, doña Julia de Lara, madame Joanne Nordó y don Joaquín Vaquero". Fotografía 7 (reproduce la imagen de Rubén Darío vistiendo el hábito de monje cartujo): "En la época en que el gran poeta nicaragüense Rubén Darío buscó paz y reposo en la Cartuja de Valldemosa, gustaba ponerse el sobrio hábito de los cartujos". Fotografía 8: "El paisaje que sirve de escenario a la Cartuja de Valldemosa y en primer término la señora Turcios de Vaquero y el ministro de Nicaragua, don Pablo Antonio Cuadra".

[b] Cuadra cita fragmentos de los poemas "Valldemosa", "Eheu!", "La Cartuja" y "Salutación del optimista". Se reproducen aquí tal como aparecen en el artículo.

notas de evocadora melopea africana
que canta una payesa recogiendo aceitunas[.]

Así penetra el hombre en el misterio. Algún día diré, con la emoción precisa, la historia mía, la Mallorca vivida, rápida y enamoradamente, en tres días de ensueño. Ahora únicamente debo constatar que esta isla tiene la femenina inquietud de las sirenas. Y esto es lo que me atraía más de su Cartuja. La lucha a muerte que suponía entre su silencio y su canto. Entre su tierra y su mar.

Iba a un homenaje para Rubén Darío, el poeta que había "sentido" más hondamente esa lucha entre la aventura y el orden que le resumió Mallorca, su Cartuja y su aire ensirenado. ¿Qué sucedió en Rubén al entregar su alma marinera, alma antigua y ecuménica, a la lucha vertiginosa de esta isla soñada y soñadora?

Poco se ha escrito, pero mucho menos se ha profundizado en el estudio de la influencia de la isla de Mallorca sobre la obra y vida de nuestro gran poeta. La Isla de Oro divide en dos el espíritu de Rubén, y es precisamente en Mallorca donde comienza a notarse en el cantor de la vida y la esperanza la conciencia de pecado. Esta isla, que conserva desde el medievo la tradición sibilina y apocalíptica y que, por contraste, respira una paz tan eternizadora de lo terreno, algo debe tener en el aire, en el aliento y canto de su aislamiento, para provocar en el alma ese sentido extraño del conocimiento del Bien y del Mal.

¿No era, pues, a propósito conmemorar su muerte—el 6 de febrero de su muerte—en la tierra donde recobró, después de vagar en el olvido, casi feliz, del paganismo, esa conciencia cristiana del "yo pecador" que había de servirle para ganar la otra vida, la otra Isla, la feliz Isla eterna del mar extraterráneo?

Preguntas son que quedan para futuras prosas. Prosas no profanas.

Ahora quiero recobrar el recuerdo de esos días de homenaje. Los quiero recobrar por la gente isleña que, aunque fué la que formó el auditorio, a ella se debió que la palabra, las palabras, adquirieran un íntimo sabor a antología griega. El rito funerario ya diluído [*sic*], machacado por la rutina, esfumado para los ajenos al dolor, tenía en Valldemosa su resonancia trascendente y poética. La muerte del

poeta rendía vida. Y el barbero de Rubén, o su antiguo amigo de la tasca, o la lavandera, estaban allí colocando laureles con su presencia sensitiva y silenciosa en la más bella liturgia recordatoria. Rubén, decía. Rubén, una vez... Rubén... Cuando Rubén... Las anécdotas, las delicadas páginas íntimas de la biografía de un gran poeta, volvían a tomar vida y estábamos nosotros llenos de su espíritu en un cenáculo de líricos temblores. Agreguemos a este ambiente la voz de la sangre. Los versos del poeta dichos por Rosita Darío de Vaquero, su sobrina, su parecida sobrina, su voz en el linaje, su eco en la estirpe.

Era Rubén.

Y ahora digamos la otra verdad.

Poco se ha dicho de lo que significó Rubén, el canto de Rubén, en la fama y gloria de Mallorca. Rubén coloca a esta isla en su posición de Almirante del Mediterráneo, mar historiador.

> Aquí, junto al mar latino,
> digo la verdad:
> siento en roca, aceite y vino
> yo mi antigüedad.
>
> (¡Bella razón para la existencia de una isla!)
>
> ¡Oh, qué anciano soy, Dios santo;
> oh, qué anciano soy!
> ¿De dónde viene mi canto?
> Y yo ¿adónde voy?

Apenas Rubén descubre su historia, le comienza a interesar el más allá. (Otra vez pregunto: ¿Qué misterio es este de la Isla de Oro?)[.] Pero volvamos a su voz propagadora o propagandista. Quizá ninguna guía de turistas ha llegado, con fotografías y reclamos, a más lejanos corazones que la carta a la Señora de Lugones, donde narrativamente va izando la bandera de las bellezas insulares. "Hay un mar tan azul como el Partenopeo—y al azul celestial, vasto como un deseo—su techo cristalino bruñe con el sol de oro.— Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro."

Sin embargo, nuestro pobre cantor de "la terra dels foners" apenas cuenta en los modernos reclamos de itinerarios mallorquinos. ¿Por qué?

Decía en párrafo anterior que una isla es como cualquier mujer. Y en esta su femeneidad [*sic*] reside precisamente su peligro. Porque es fácil decaer o caer en la tentación y utilizar la energía entera de tan fecunda femeneidad [*sic*] terrenal para tejer un morboso desahogo, para dejarse caer en lo fácilmente sentimental y desperdiciar el estupendo escenario en un trivial drama de alcoba. La isla apocalíptica (la que mantiene viva la tradición de las Sibilas en su propia y monumental catedral gótica) poco a poco va aparentando no haber sido otra cosa que el escenario de una mala novela rosa: aquel amor (sin beso al final) de la película "Canción inolvidable".

Y debo aclarar: no juzgo aquí moralmente[.] Juzgo a simple vista de amador. No dudo que Jorge Sand pudo imaginar una mejor obra que la que realizó. En su misma cólera literaria se aprecian los esfuerzos que hizo por salirse de una página mal soñada. Se ve que buscó el mejor escenario posible para corregirse. Pero al cabo dió con la novela rosa, desperdiciando a dos geniales protagonistas y un hermoso piano Pleyel.

¿Puede ser éste el tema, el asunto de una isla con tres o cuatro mil años de poesía acumulada?

Rubén toma el cabo al hilo de esos miles de años de ángeles y de sirenas, y tanto en su verso como en su vida, deja escapar la flor azul de un verdadero marinero grecorromano y cristiano.

¿Por qué, entonces, seguir aumentando el volumen romántico de un mal paso amoroso—al cabo es como levantar, frente a la gigantesca catedral, un enanesco pecado—en vez de guiar los pasos de los peregrinos por las estrofas, ya inmortales, de la Cartuja?

> Este vetusto monasterio ha visto
> secos de orar y pálidos de ayuno,
> con el breviario y con el santo Cristo
> a los callados hijos de San Bruno...

Al celebrar este año en la Cartuja el aniversario de la muerte de Rubén, donde, gracias a la samaritana bondad de don Juan Sureda y de su dulce esposa, el poeta recobró "su ancianidad", hemos dejado, como la no menor de nuestras esperanzas, la semilla de una tradición. Que Rubén, nacido en el rumor oceánico del otro

mediterráneo americano, se incorpore al mensaje de la más bella isla de España como uno de sus más eminentes traductores. Porque él nos enseñó a los que fatigamos el mar sin término de la lengua castellana, que en el reposo aurico [*sic*] de su tierra olivocrática,

> Aun se oye el eco de la flauta que dió al mundo
> con la música pánica vitalidad divina.

Haciendo un paralelo entre las tierras de los dos mediterráneos hispanos, el mediterráneo Caribe, cuna de Rubén, y el que rodea de azul inmortal la isla de Raimundo, el escritor Hernández de Goncer (iniciador de este emocionante homenaje al poeta), decía:

"Los siglos de acá necesitaron tierras en que desbordarse. Los de allá, tierras en qué definirse. De idéntica carne, sus cuerpos, distintos, se complementan. Ser hispánicos, en definitiva, no será ya sentir similitudes de los cuerpos, tanto como aprender, definir, la identidad de los espíritus. Y si nosotros aprendemos inquietudes nuevas en las montañas ardientes de Nicaragua, Nicaragua puede definir la realidad de sus inquietudes universales en la serenidad de nuestra anciana Isla de Oro".

¿Esto es la hispanidad?

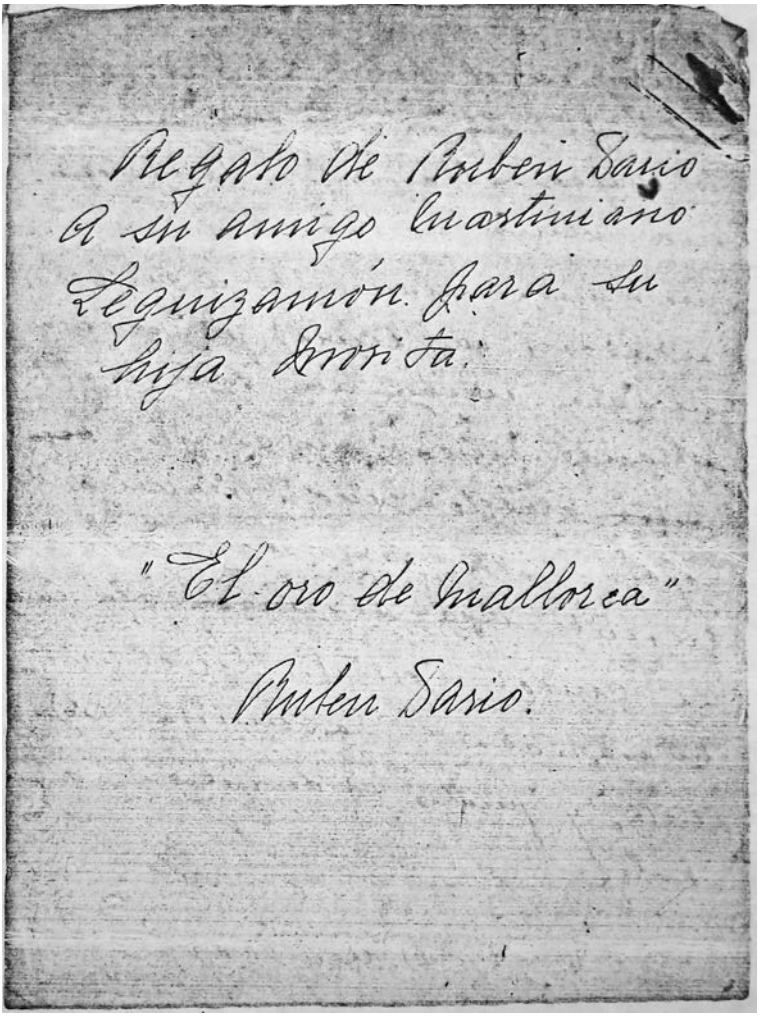
Esto ha sido. Esto será. Seguir transportando ecos a través de las distancias materiales, para que la voz de Grecia-Roma y Jerusalén, que resonó y resuena en España, tenga

> Su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes

en las infinitas distancias del mundo americano. Sembrar la semilla de Lulio, su semilla isleña, en los surcos azules, todavía indómitos y bruscos, de los mares del sur, para que en los futuros miles de años de la historia cristiana siempre quede, junto a la paz de unos nobles olivos, un rato de silencio, una isla de ángeles y de campanas aldeanas, para

> ...quedar libre de maldad y engaño
> y sentir una mano que me empuja
> a la cueva que acoge al ermitaño
> o al silencio o la paz de la Cartuja!

Apéndice documental
IMÁGENES



Figuras 1 a 20. Manuscrito del primer capítulo de la tercera parte de "El oro de Mallorca". Rare Book & Manuscript Library de la University of Illinois at Urbana-Champaign. Los documentos fueron cedidos especialmente por Iván Schulman para esta edición.

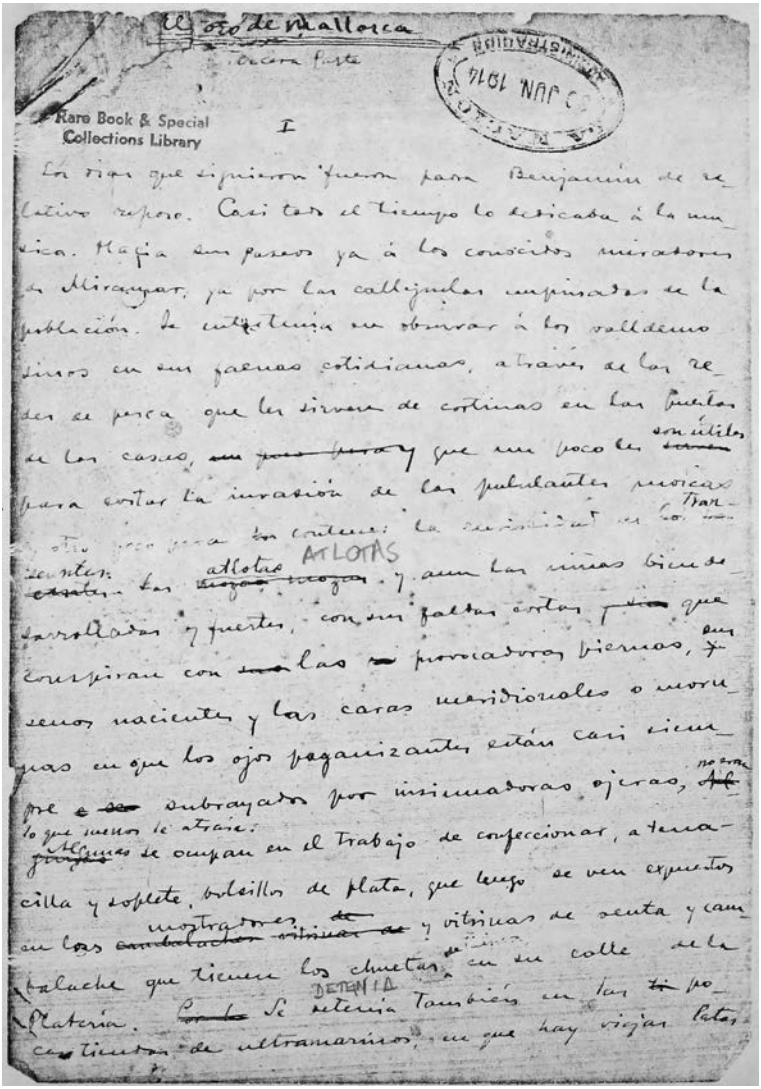
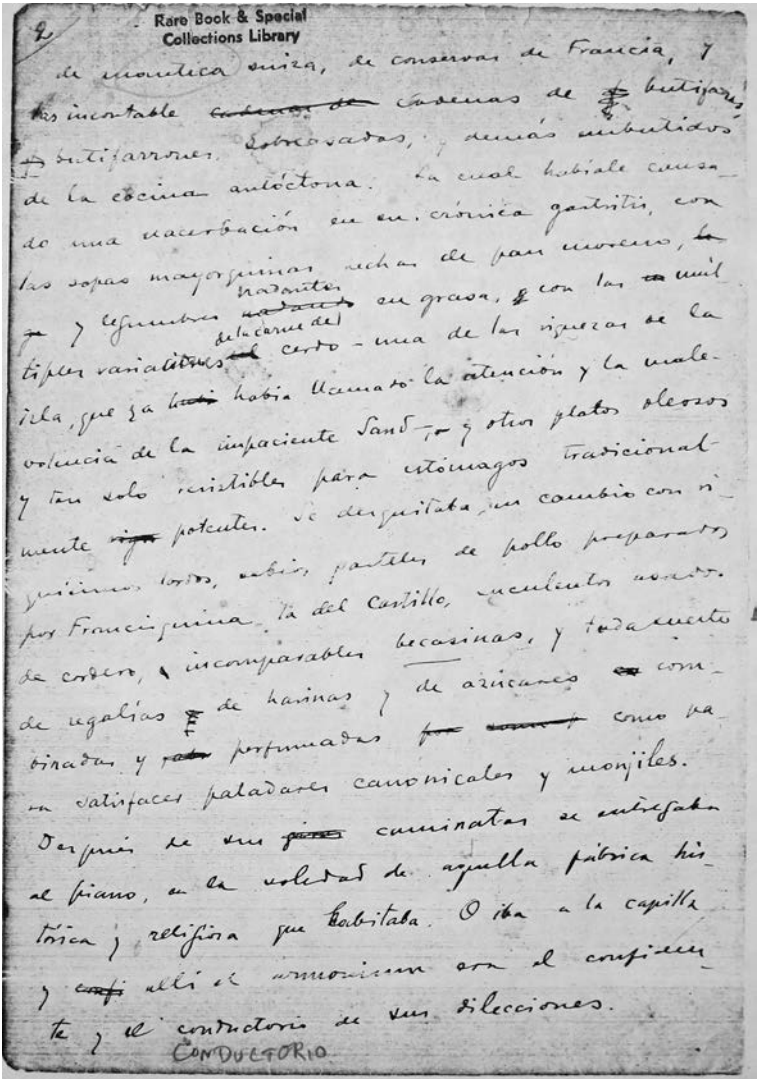

El oro de Mallorca
Tercera Parte
Rare Book & Special Collections Library
I
ATLOTAS
DETENIDA

Figura 2.



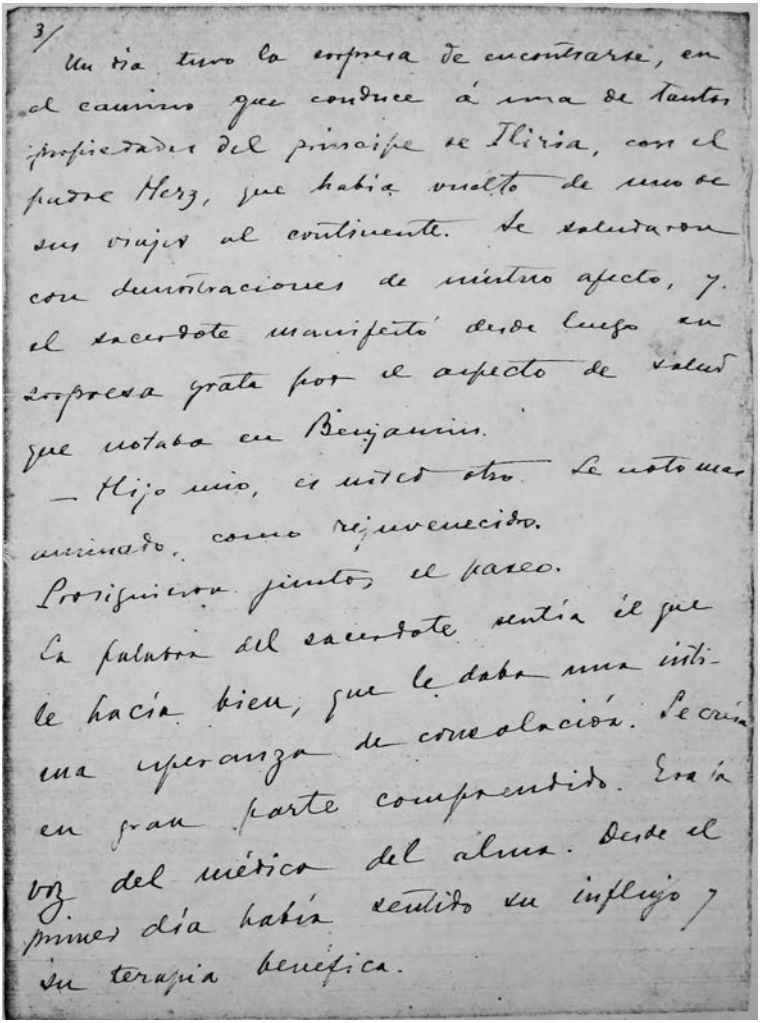
Rare Book & Special
Collections Library

2

de manteca suiza, de conservas de Francia, y
las incontable ~~cadenas de~~ cadenas de ~~[illegible]~~ butifarras,
~~[illegible]~~ butifarrones, sobreasadas, y demás embutidos
de la cocina autóctona. La cual habíale causa-
do una exacerbación en su crónica gastritis, con
las sopas mayorquinas hechas de pan moreno, ~~la~~
~~[illegible]~~ y legumbres ~~nadantes~~ nadantes en grasa, ~~y~~ con las ~~[illegible]~~ múl-
tiples variaciones ~~del~~ de la carne del cerdo - una de las riquezas de la
isla, que ya ~~[illegible]~~ había llamado la atención y la male-
volencia de la impaciente Sand, y otros platos oleosos
y tan solo resistibles para estómagos tradicional-
mente ~~[illegible]~~ potentes. Se desquitaba, en cambio con ri-
quísimos lardos, sabios pasteles de pollo preparados
por Francisquina, la del Castillo, suculentos asados
de cordero, incomparables becasinas, y toda suerte
de regalías ~~[illegible]~~ de harinas y de azúcares ~~[illegible]~~ com-
binadas y ~~[illegible]~~ perfumadas ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ como pa-
ra satisfacer paladares canonicales y monjiles.
Después de sus ~~[illegible]~~ caminatas se entregaba
al piano, en la soledad de aquella fábrica his-
tórica y religiosa que habitaba. O iba a la capilla
y ~~[illegible]~~ allí el armonium era el confiden-
te y el conductorio de sus dilecciones.

CONDUCTORIO

Figura 3.



3/

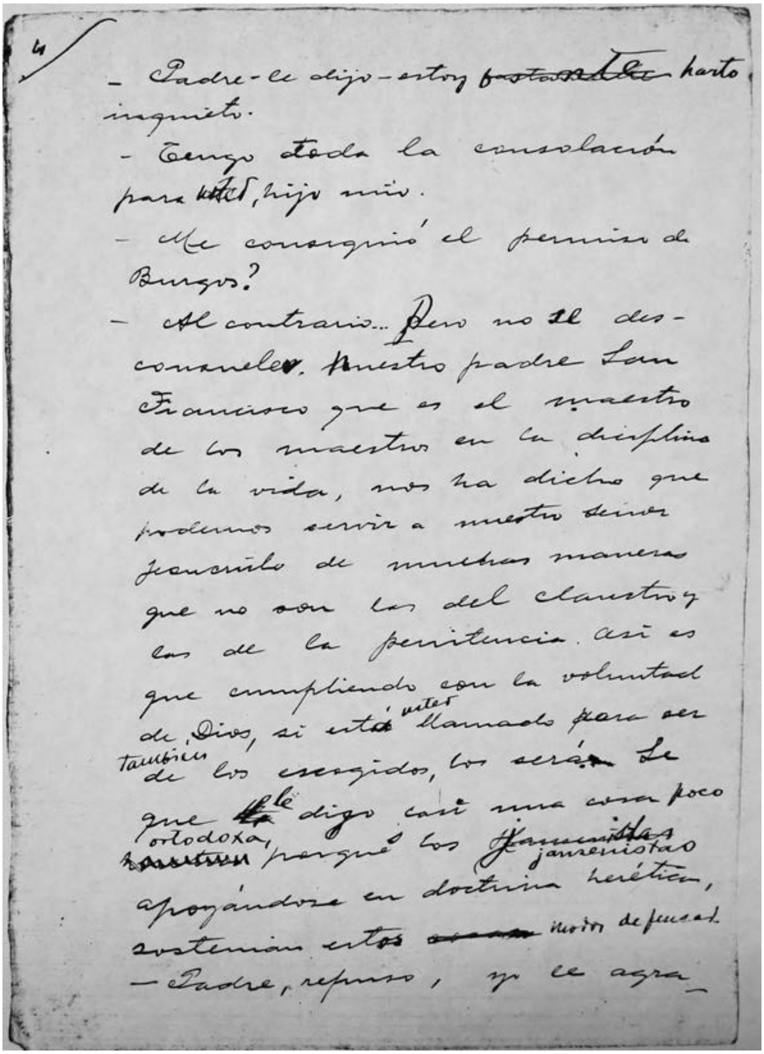
Un día tuvo la sorpresa de encontrarse, en el camino que conduce á una de tantas propiedades del príncipe de Iliria, con el padre Herz, que había vuelto de uno de sus viajes al continente. Se saludaron con demostraciones de mútuo afecto, y el sacerdote manifestó desde luego su sorpresa grata por el aspecto de salud que notaba en Benjamín.

— Hijo mío, es usted otro. Le noto muy animado, como rejuvenecido.

Prosiguieron juntos el paseo.

La palabra del sacerdote sentía él que le hacía bien, que le daba una inti- ma esperanza de consolación. Se creía en gran parte comprendido. Era la voz del médico del alma. Desde el primer día había sentido su influjo y su terapia benéfica.

Figura 4.


4/

— Padre — le dijo — estoy harto inquieto.

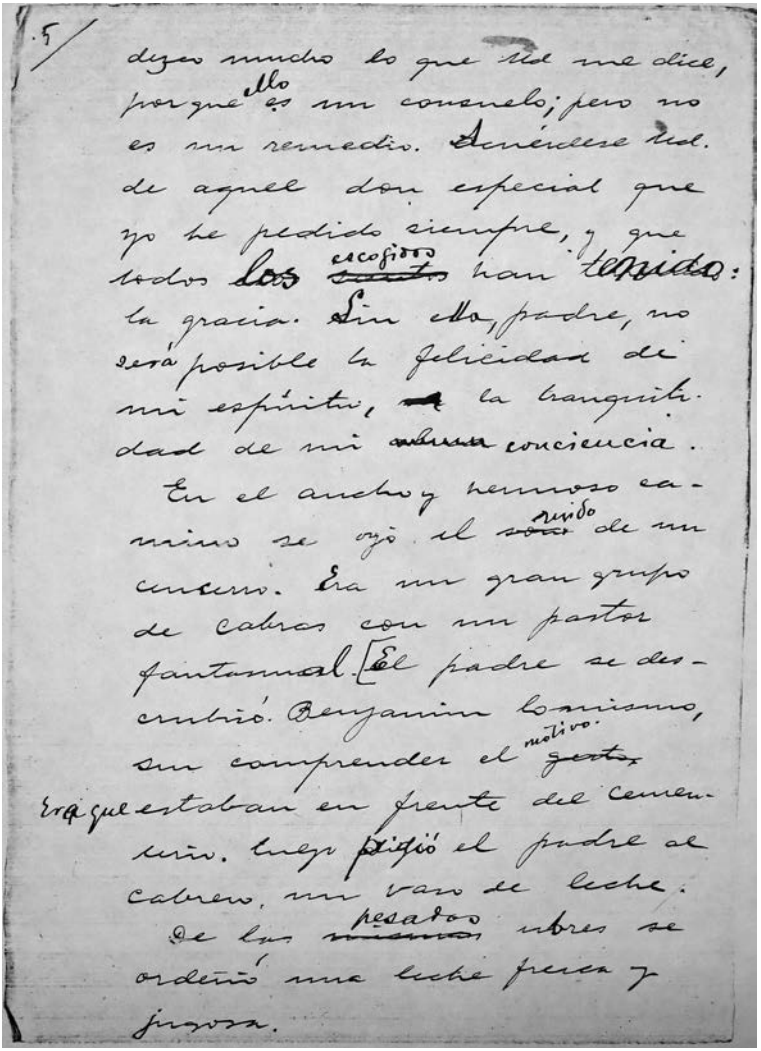
— Tengo toda la consolación para usted, hijo mío.

— Me consiguió el permiso de Burgos?

— Al contrario... Pero no se desconsuele. Nuestro padre San Francisco que es el maestro de los maestros en la disciplina de la vida, nos ha dicho que podemos servir a nuestro señor Jesucristo de muchas maneras que no son las del claustro y las de la penitencia. Así es que cumpliendo con la voluntad de Dios, si usted está llamado para ser también de los escogidos, lo será. Se que le digo casi una cosa poco ortodoxa, porque los jansenistas apoyándose en doctrina herética, sostenían estos modos de pensar.

— Padre, repuso, yo le agra—

Figura 5.



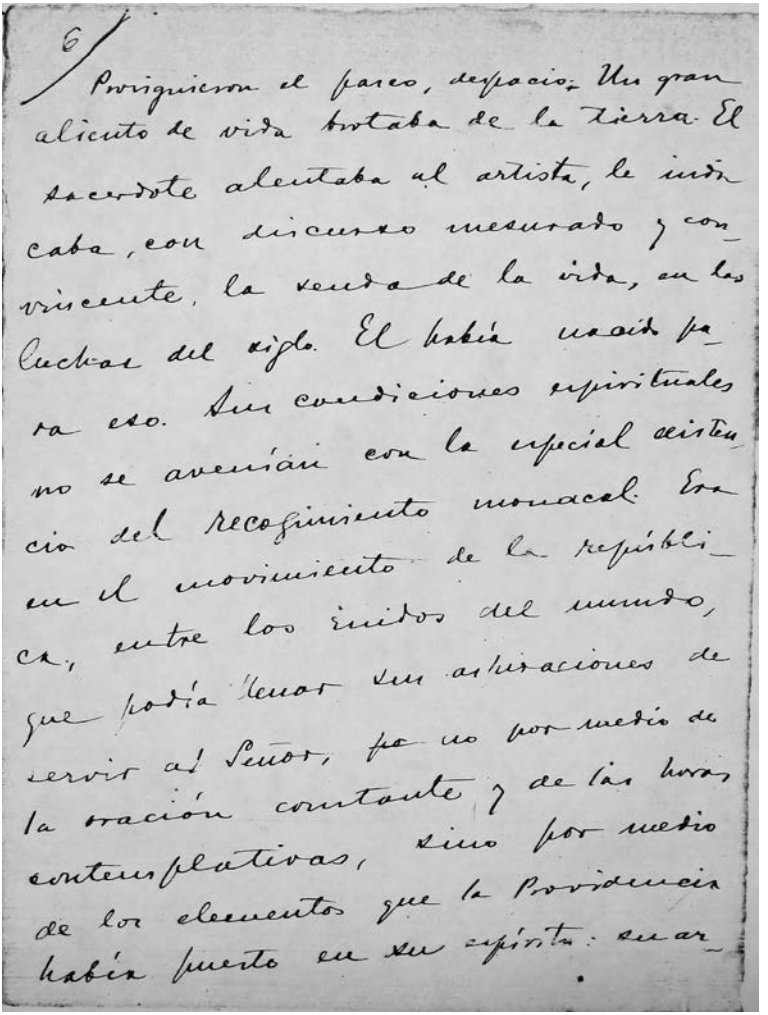
.5/

dezco mucho lo que Ud me dice, porque ello es un consuelo; pero no es un remedio. Acuérdese Ud. de aquel don especial que yo he pedido siempre, y que todos los escogidos han tenido: la gracia. Sin ella, padre, no será posible la felicidad de mi espíritu, la tranquilidad de mi conciencia.

En el ancho y hermoso camino se oyó el ruido de un cencerro. Era un gran grupo de cabras con un pastor fantasmal. [El padre se descubrió. Benjamín lo mismo, sin comprender el motivo. Era que estaban en frente del cementerio. Luego pidió el padre al cabrero, un vaso de leche.

De las pesadas ubres se ordeñó una leche fresca y jugosa.

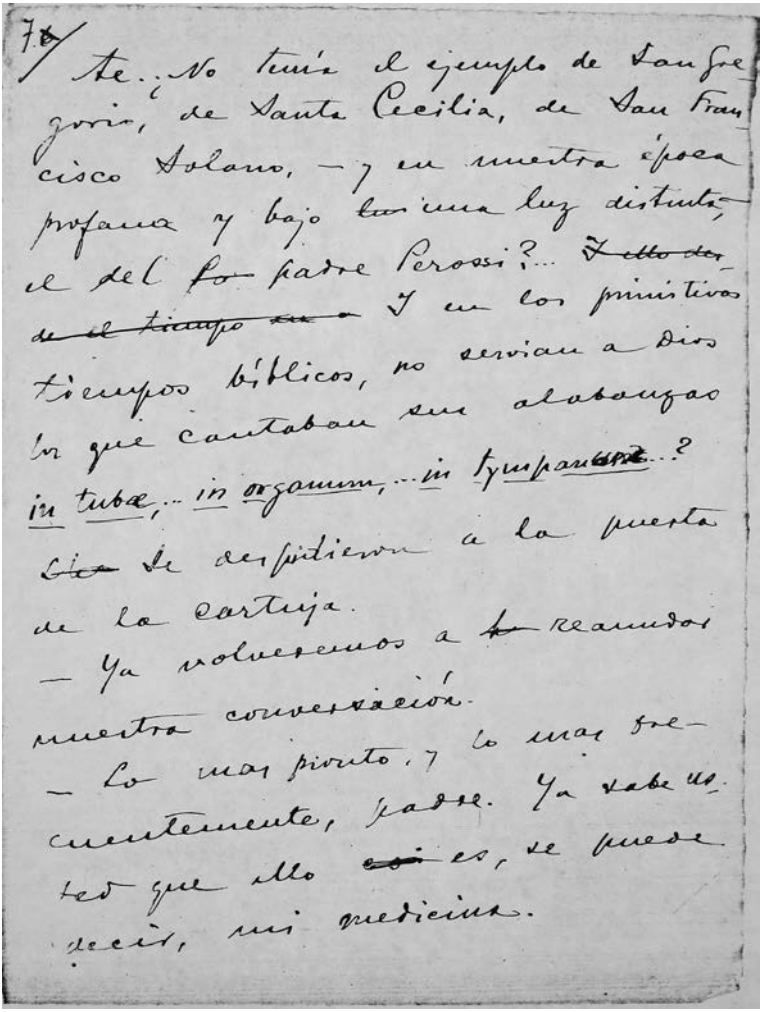
Figura 6.



6/

Prosiguieron el paseo, despacio. Un gran aliento de vida brotaba de la tierra. El sacerdote alentaba al artista, le inculcaba, con discurso mesurado y convincente, la senda de la vida, en los albores del siglo. El había nacido para eso. Sus condiciones espirituales no se avenían con la especial existencia del recogimiento monacal. Era en el movimiento de la república, entre los ruidos del mundo, que podía llenar sus aspiraciones de servir al Señor, no por medio de la oración constante y de las horas contemplativas, sino por medio de los elementos que la Providencia había puesto en su espíritu: su ar-

Figura 7.



7.

Ae.. ¿No tenía el ejemplo de San Gregorio, de Santa Cecilia, de San Francisco Solano, — y en nuestra época profana y bajo ~~las~~ una luz distinta, el del ~~Po~~ padre Perossi?... ~~Y ello des de el tiempo en a~~ Y en los primitivos tiempos bíblicos, no servían a Dios los que cantaban sus alabanzas in tubae,... in organum,... in tympanum...? ~~Ele~~ Se despidieron a la puerta de la cartuja.

— Ya volveremos a ~~la~~ reanudar nuestra conversación.

— Lo mas pronto, y lo mas frecuentemente, padre. Ya sabe usted que ello ~~es~~ es, se puede decir, mi medicina.

Figura 8.

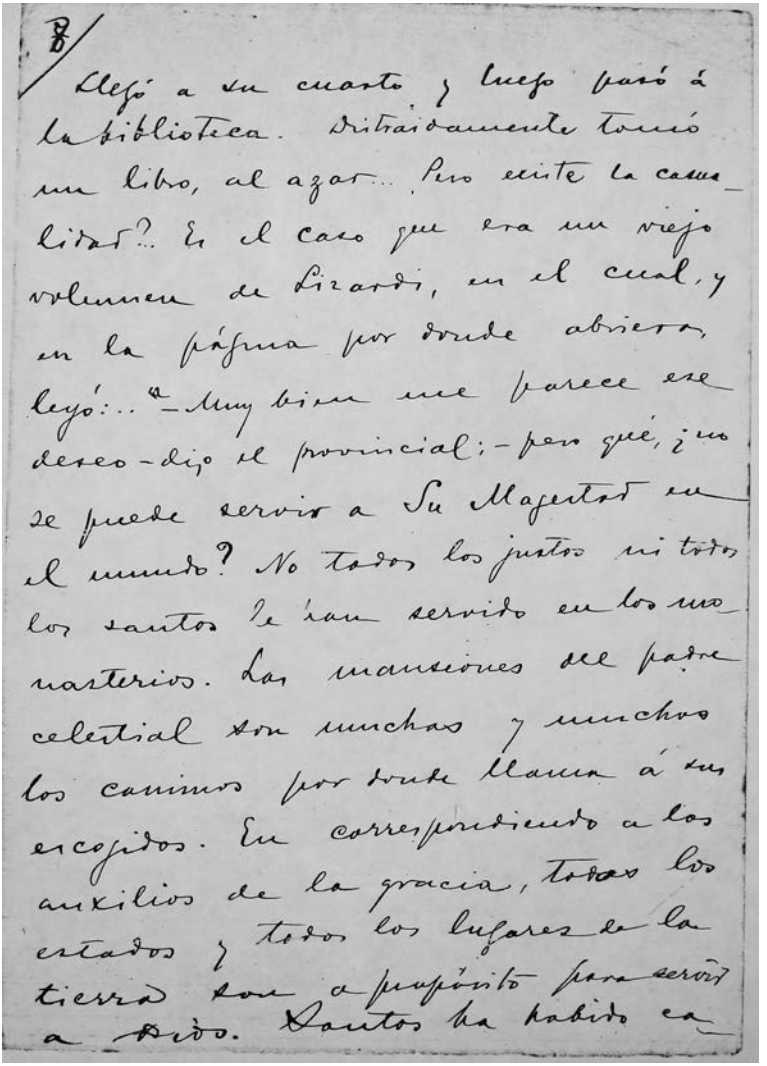

8/
Llegó a su cuarto y luego pasó á
la biblioteca. Distraidamente tomó
un libro, al azar... Pero existe la casua-
lidad?... En el caso que era un viejo
volumen de Lizardi, en el cual, y
en la página por donde abierto,
leyó:... "-Muy bien me parece ese
deseo-dijo el provincial:-pero qué, ¿no
se puede servir a Su Magestad en
el mundo? No todos los justos ni todos
los santos han servido en los mo-
nasterios. Las mansiones del padre
celestial son muchas y muchos
los caminos por donde llama á sus
escojidos. En correspondiendo a los
auxilios de la gracia, todos los
estados y todos los lugares de la
tierra son a propósito para servir
a Dios. Santos ha habido en

Figura 9.

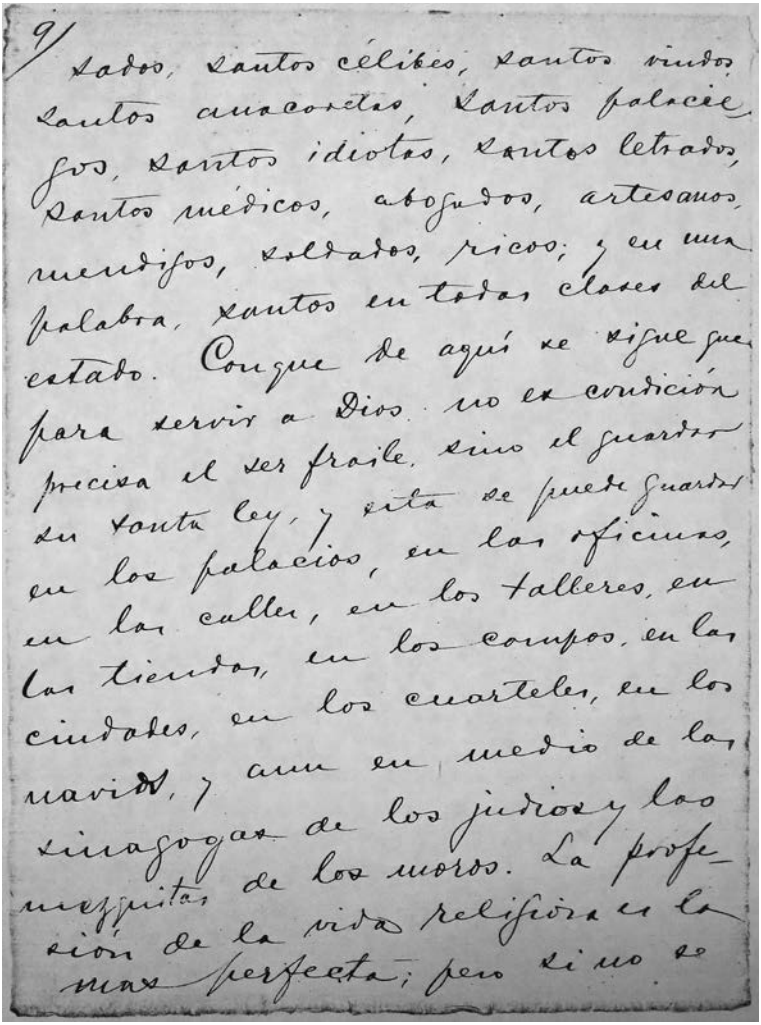
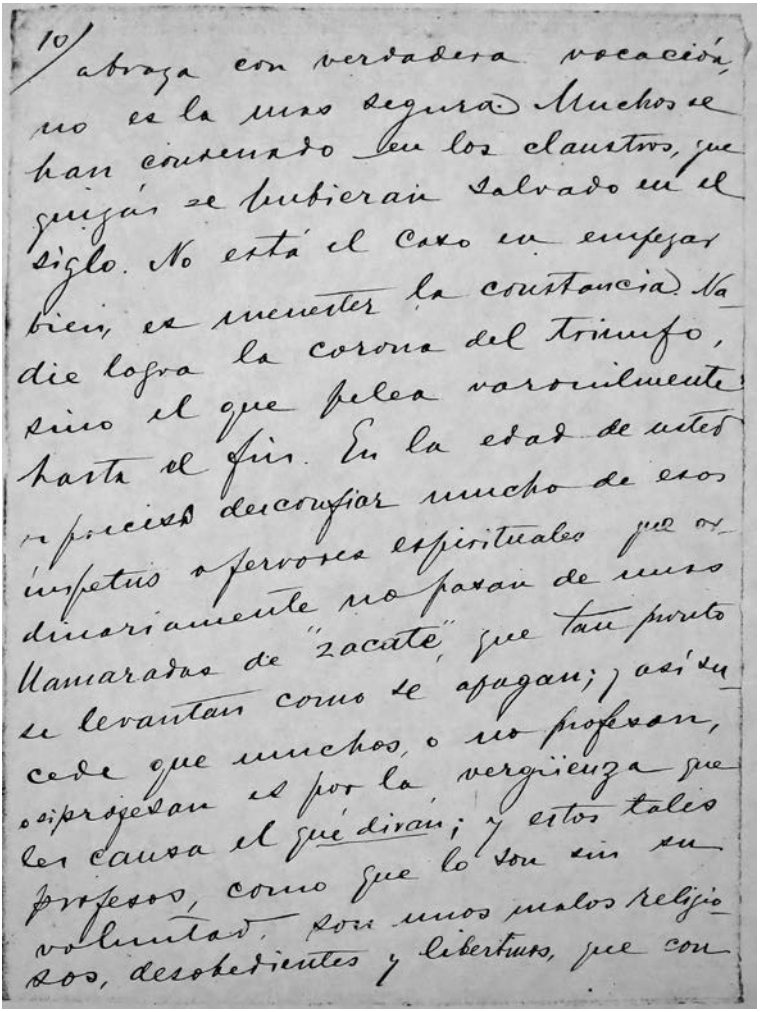

9/
Todos, santos célibes, santos viudos,
santos anacoretas, santos palacie-
gos, santos idiotas, santos letrados,
santos médicos, abogados, artesanos,
mendigos, soldados, ricos; y en una
palabra, santos en todas clases del
estado. Conque de aquí se sigue que
para servir a Dios no es condición
precisa el ser fraile, sino el guardar
su santa ley, y esta se puede guardar
en los palacios, en las oficinas,
en las calles, en los talleres, en
las tiendas, en los campos, en las
ciudades, en los cuarteles, en los
navíos, y aun en medio de las
sinagogas de los judíos y las
mezquitas de los moros. La profe-
sión de la vida religiosa es la
mas perfecta; pero si no se

Figura 10.



10/ abraza con verdadera vocación,
no es la mas segura. Muchos se
han condenado en los claustros, que
quizás se hubieran salvado en el
siglo. No está el caso en empezar
bien, es menester la constancia. Na-
die logra la corona del triunfo,
sino el que pelea varonilmente
hasta el fin. En la edad de usted
es preciso desconfiar mucho de esos
ímpetus o fervores espirituales que or-
dinariamente no pasan de unas
llamaradas de "zacate", que tan pronto
se levantan como se apagan; y así su-
cede que muchos, o no profesan,
o si profesan es por la vergüenza que
les causa el qué dirán; y estos tales
profesos, como que lo son sin su
voluntad, son unos malos religio-
sos, desobedientes y libertinos, que con

Figura 11.

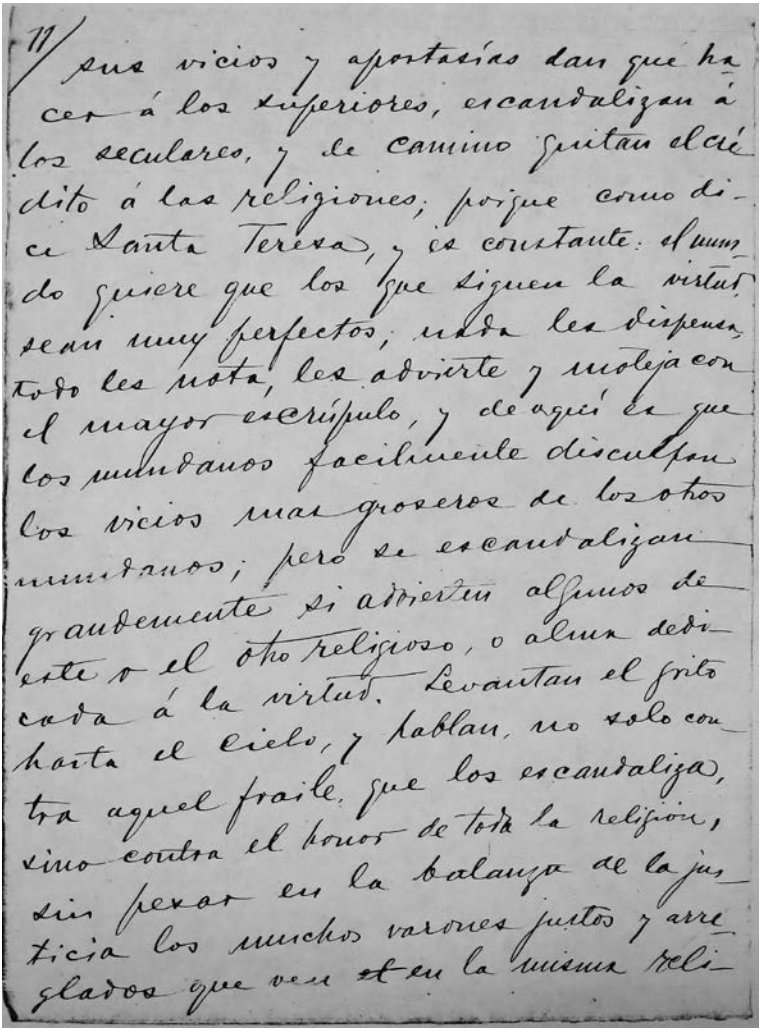
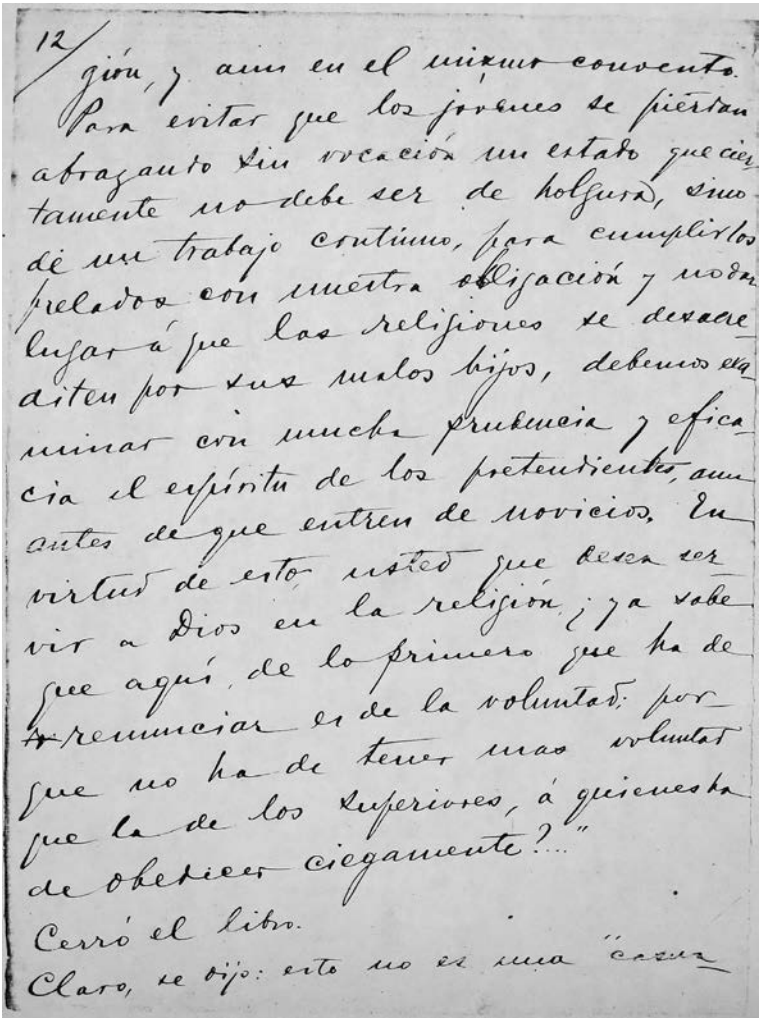

11
sus vicios y apostasías dan que ha-
cer á los superiores, escandalizan á
los seculares, y de camino quitan el cré-
dito á las religiones; porque como di-
ce Santa Teresa, y es constante: el mun-
do quiere que los que siguen la virtud
sean muy perfectos; nada les dispensa,
todo les nota, les advierte y molesta con
el mayor escrúpulo, y de aquí es que
los mundanos fácilmente disculpan
los vicios mas groseros de los otros
mundanos; pero se escandalizan
grandemente si advierten algunos de
este o el otro religioso, o alma dedi-
cada á la virtud. Levantan el grito
hasta el cielo, y hablan, no solo con-
tra aquel fraile, que los escandaliza,
sino contra el honor de toda la religion,
sin pesar en la balanza de la jus-
ticia los muchos varones justos y arre-
glados que ven en la misma reli-

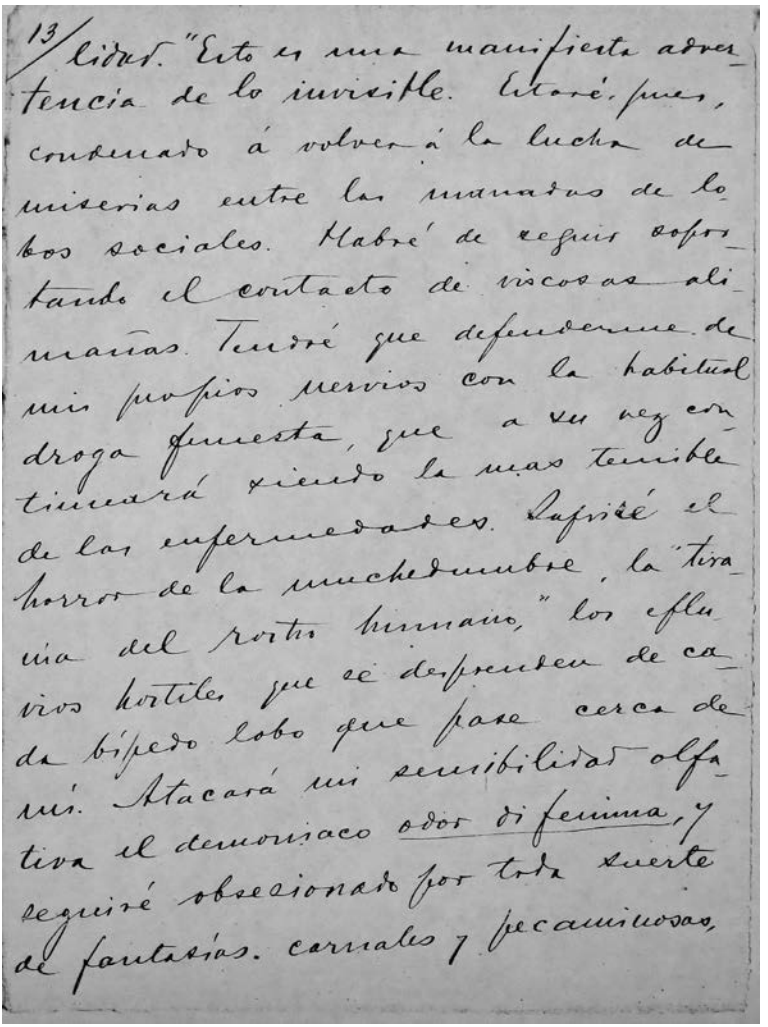
Figura 12.



12/

gión, y aun en el mismo convento.
Para evitar que los jóvenes se pierdan
abrazando sin vocación un estado que cier-
tamente no debe ser de holgura, sino
de un trabajo continuo, para cumplirlos
prelados con nuestra obligación y moder-
lugar á que las religiones se desacre-
diten por sus malos hijos, debemos ex-
aminar con mucha prudencia y efica-
cia el espíritu de los pretendientes, aun
antes de que entren de novicios. En
virtud de esto, usted que desea ser
vir a Dios en la religión, ¿ya sabe
que aquí, de lo primero que ha de
renunciar es de la voluntad: por
que no ha de tener mas voluntad
que la de los superiores, á quienes ha
de obedecer ciegamente?...."
Cerró el libro.
Claro, se dijo: esto no es una "casa

Figura 13.



13/ líder. "Esto es una manifiesta adver-
tencia de lo invisible. Estaré, pues,
condenado á volver á la lucha de
miserias entre las manadas de lo-
bos sociales. Habré de seguir sopor-
tando el contacto de viscosas ali-
mañas. Tendré que defenderme de
mis propios nervios con la habitual
droga funesta, que a su vez con-
tinuará siendo la mas temible
de las enfermedades. Sufriré el
horror de la muchedumbre, la "tira-
nia del rostro humano," los efluv-
vios hostiles que se desprenden de ca-
da bípedo lobo que pase cerca de
mí. Atacará mi sensibilidad olfa-
tiva el demoniaco olor de femina, y
seguiré obsesionado por toda suerte
de fantasías. carnales y pecaminosas,

Figura 14.

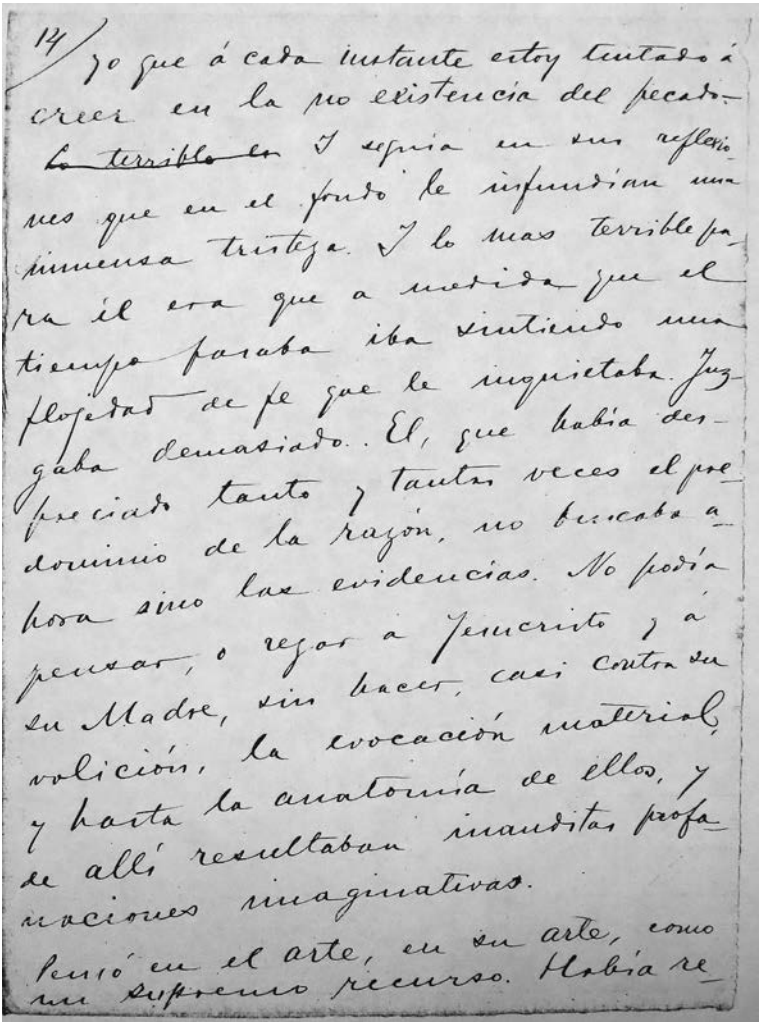
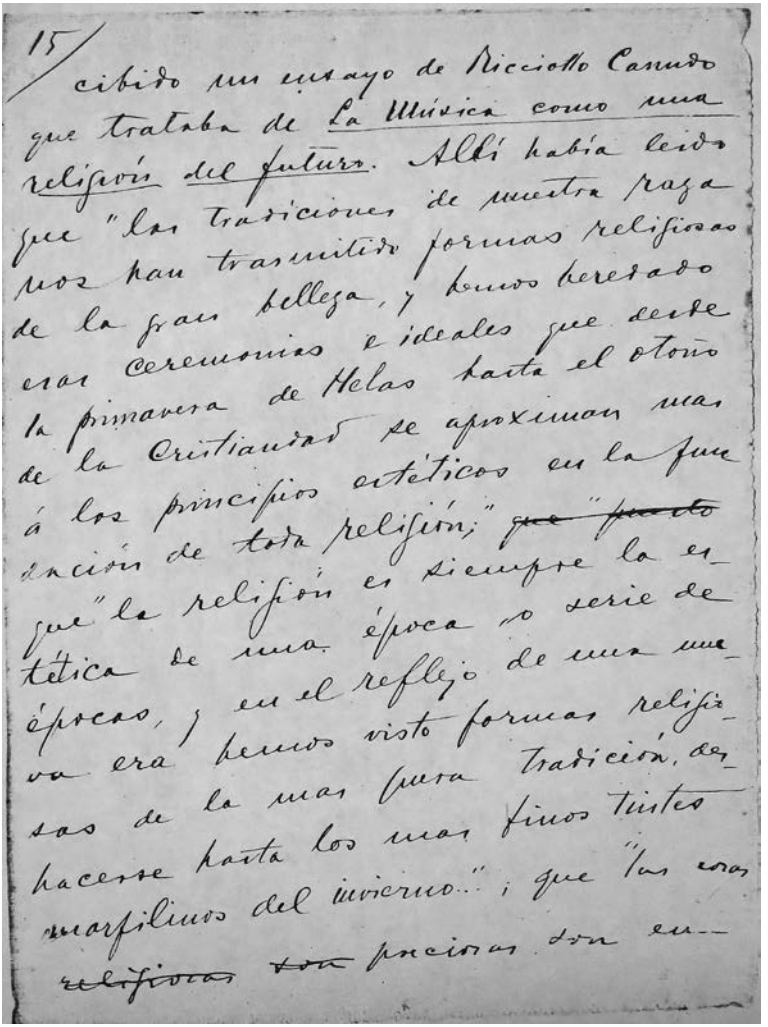

14/ Yo que á cada instante estoy tentado á
creer en la no existencia del pecado—
~~Lo terrible en~~ Y espía en sus reflexio-
nes que en el fondo le infundían una
inmensa tristeza. Y lo mas terrible pa-
ra él era que a medida que el
tiempo pasaba iba sintiendo una
flojedad de fe que le inquietaba. Juz-
gaba demasiado. El, que había des-
preciado tanto y tantas veces el pre-
dominio de la razón, no buscaba a-
hora sino las evidencias. No podía
pensar, o rezar a Jesucristo y á
su Madre, sin hacer, casi contra su
volición, la evocación material,
y hasta la anatomía de ellos, y
de allí resultaban inauditas profa-
naciones imaginativas.
Pensó en el arte, en su arte, como
un supremo recurso. Había re-

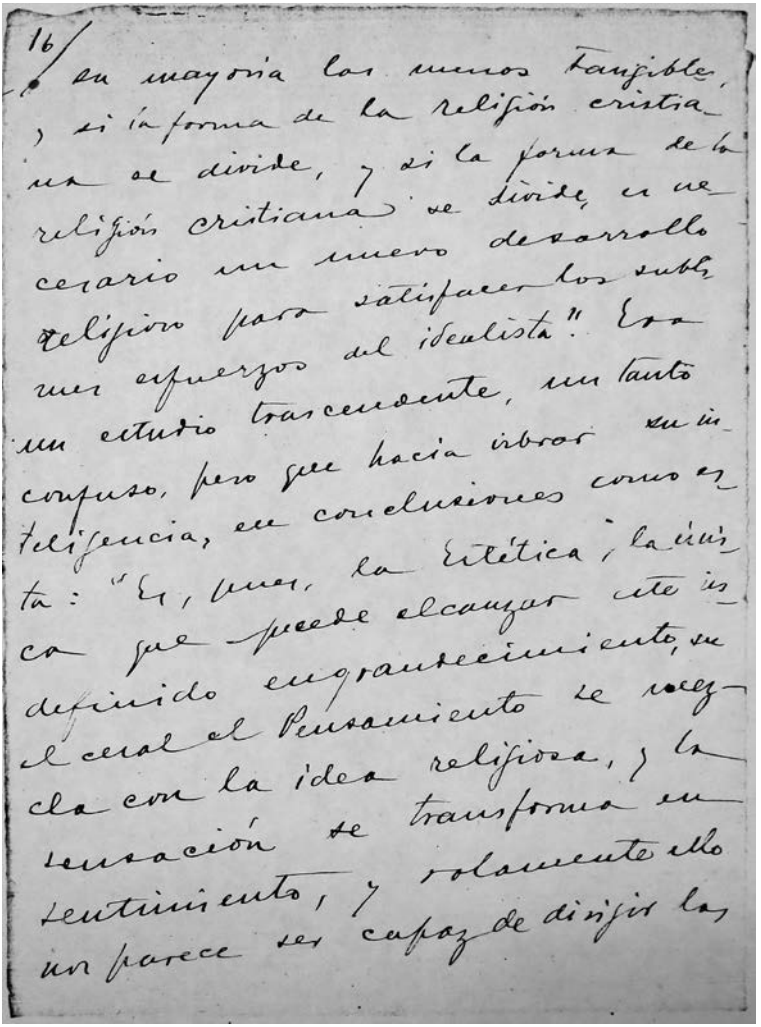
Figura 15.



15/

cibido un ensayo de Ricciotto Canudo
que trataba de La Música como una
religión del futuro. Allí había leído
que "las tradiciones de nuestra raza
nos han trasmitido formas religiosas
de la gran belleza, y hemos heredado
esas ceremonias e ideales que desde
la primavera de Helas hasta el otoño
de la Cristiandad se aproximan mas
á los principios estéticos en la fun
dación de toda religión;" ~~que "puesto~~
que "la religión es siempre la es-
tética de una época o serie de
épocas, y en el reflejo de una nue-
va era hemos visto formas religio-
sas de la mas pura tradición, des-
hacerse hasta los mas finos tintes
marfilinos del invierno..." ; que "las cosas
~~religiosas son~~ preciosas son en-

Figura 16.



16/

en mayoría los menos tangibles,
y si la forma de la religión cristia-
na se divide, y si la forma de la
religión cristiana se divide, es ne-
cesario un nuevo desarrollo
religioso para satisfacer los subli-
mes esfuerzos del idealista". Era
un estudio trascendente, un tanto
confuso, pero que hacía vibrar su in-
teligencia, en conclusiones como es-
ta: "Es, pues, la Estética, la única
que puede alcanzar este in-
definido engrandecimiento, en
el cual el Pensamiento se mez-
cla con la idea religiosa, y la
sensación se transforma en
sentimiento, y solamente ello
nos parece ser capaz de dirigir las

Figura 17.

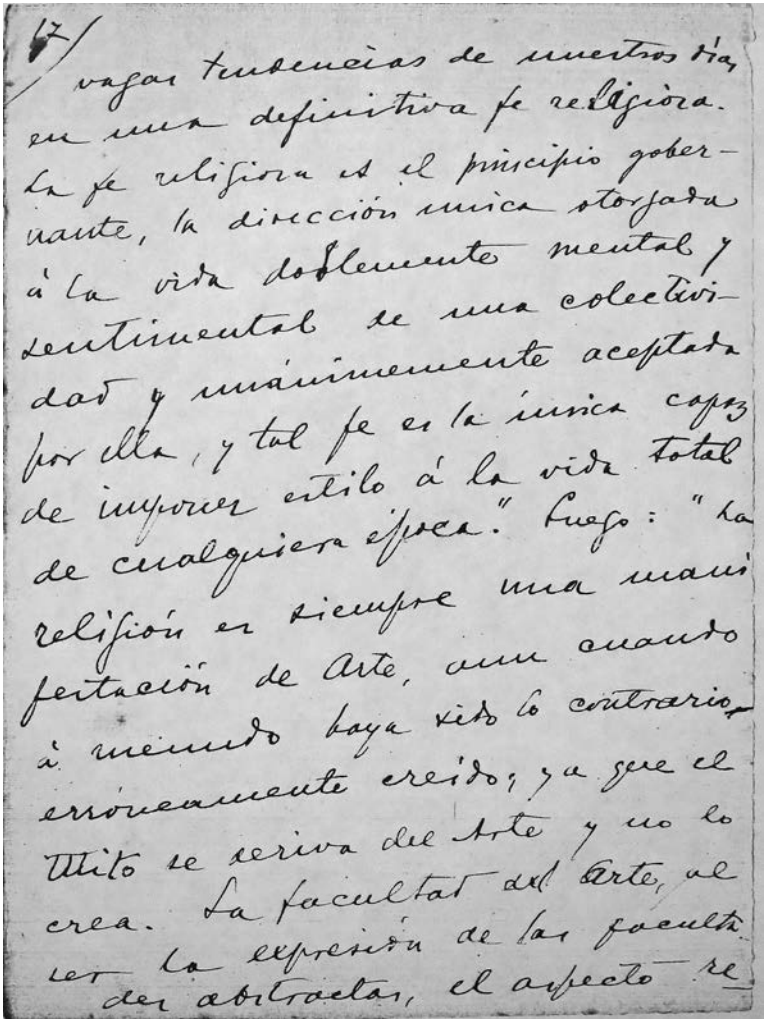
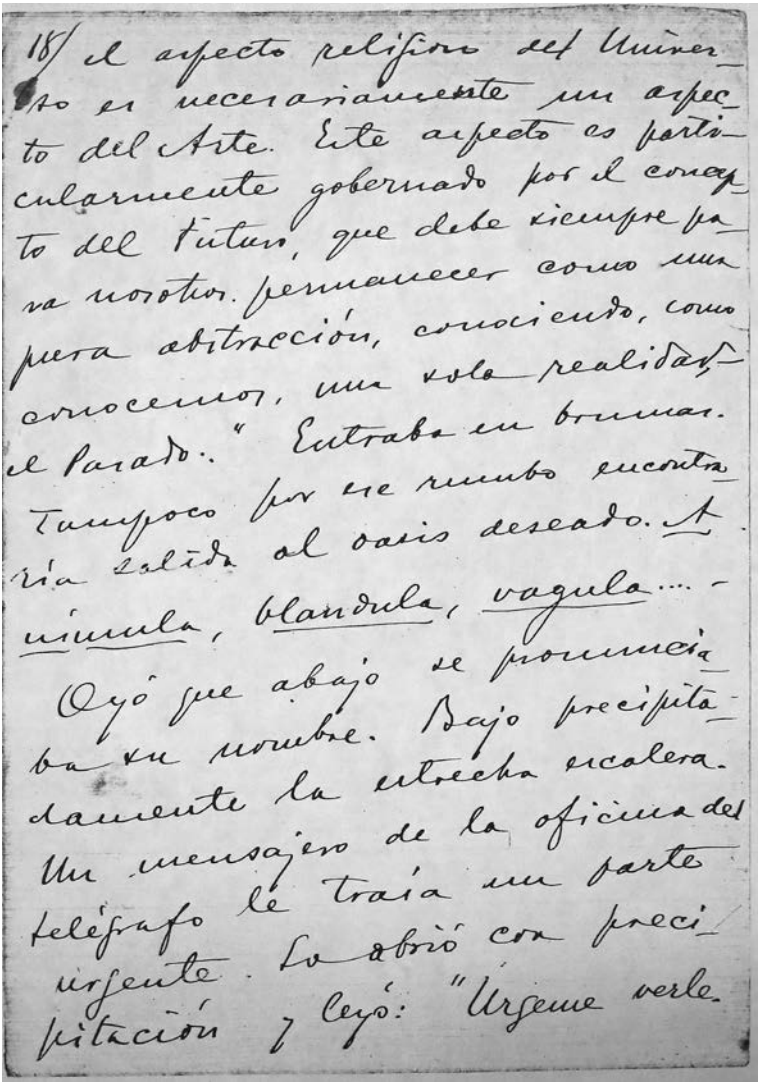

67/
vagas tendencias de nuestros días
en una definitiva fe religiosa.
La fe religiosa es el principio gober-
nante, la dirección única otorgada
á la vida doblemente mental y
sentimental de una colectivi-
dad y unánimemente aceptada
por ella, y tal fe es la única capaz
de imponer estilo á la vida total
de cualquiera época." Luego: "la
religión es siempre una manifes-
tación de Arte, aun cuando
á menudo haya sido lo contrario,
erróneamente creído; ya que el
Mito se deriva del Arte y no lo
crea. La facultad del Arte, al
ser la expresión de las faculta-
des abstractas, el aspecto re-

Figura 18.



18/ el aspecto religioso del Univer-
so es necesariamente un aspec-
to del Arte. Este aspecto es parti-
cularmente gobernado por el concep-
to del Futuro, que debe siempre pa-
ra nosotros permanecer como una
pura abstracción, conociendo, como
conocemos, una sola realidad,
el Pasado." Entraba en brumas.
Tampoco por ese rumbo encontra-
ría salida al oasis deseado. A-
nímula, blandula, vagula.... -
Oyó que abajo se pronuncia-
ba su nombre. Bajo precipita-
damente la estrecha escalera.
Un mensajero de la oficina del
telégrafo le traía un parte
urgente. Lo abrió con preci-
pitación y leyó: "Urgeme verle.

Figura 19.

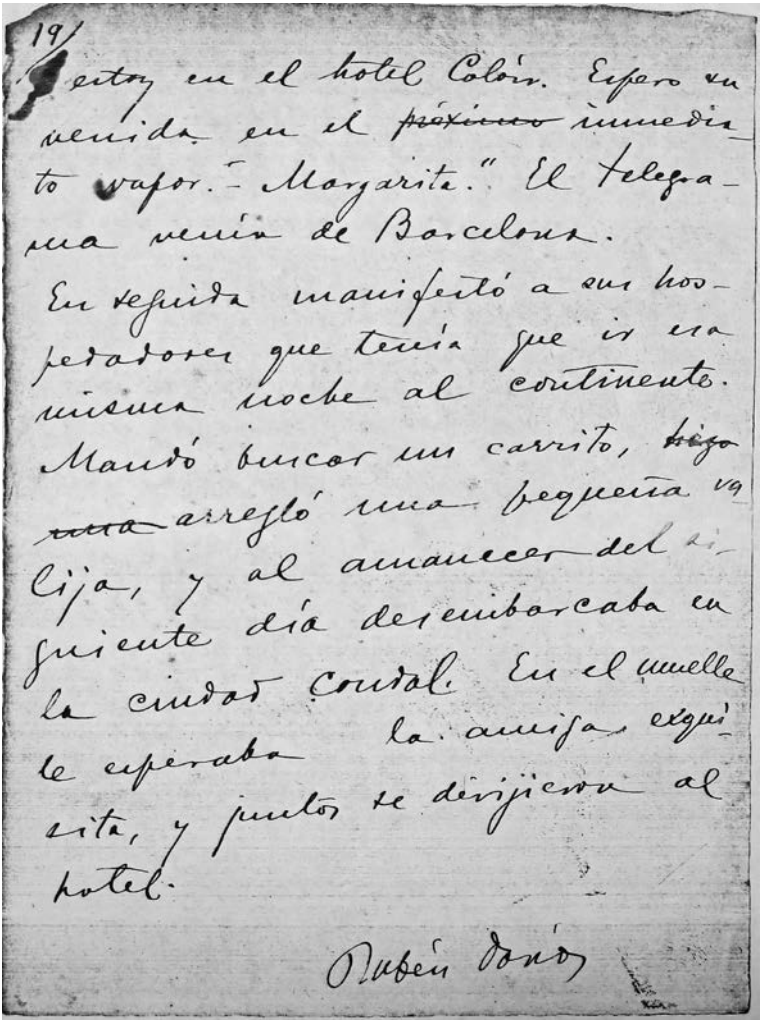
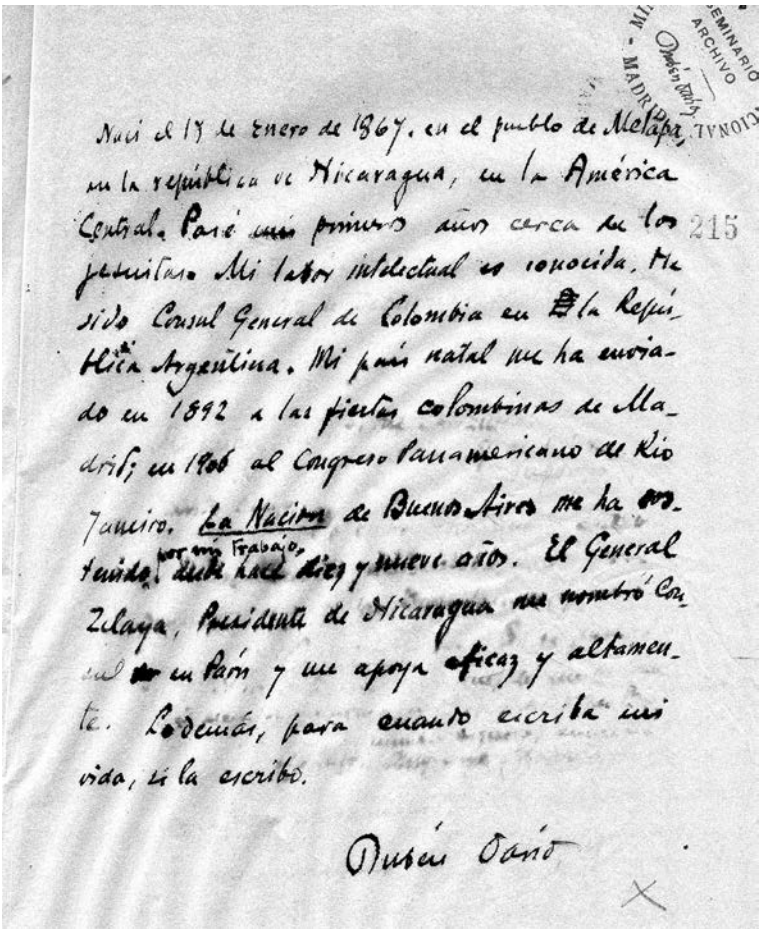

19/
estoy en el hotel Colón. Espero su venida en el ~~próximo~~ inmediato vapor. - Margarita." El telegrama venía de Barcelona.
En seguida manifestó a sus hospedadores que tenía que ir esa misma noche al continente. Mandó buscar un carrito, ~~hizo~~ arregló una pequeña valija, y al amanecer del siguiente día desembarcaba en la ciudad costal. En el muelle le esperaba la amiga, esquivita, y juntos se dirijieron al hotel.
Rubén Darío

Figura 20.



Nací el 18 de enero de 1867, en el pueblo de Metapa, en la república de Nicaragua, en la América Central. Pasé mis primeros años cerca de los jesuitas. Mi labor intelectual es conocida. He sido Consul General de Colombia en la República Argentina. Mi país natal me ha enviado en 1892 a las fiestas colombinas de Madrid; en 1906 al Congreso Panamericano de Río Janeiro. La Nación de Buenos Aires me ha mantenido por mi trabajo, desde hace diez y nueve años. El General Zelaya, Presidente de Nicaragua me nombró Consul en París y me apoya eficaz y altamente. Lo demás, para cuando escriba mi vida, si la escribo.

Rubén Darío

Figura 21. Nota autobiográfica, 1907. Fuente: Archivo "Rubén Darío", Universidad Complutense de Madrid (número de documento: 215).

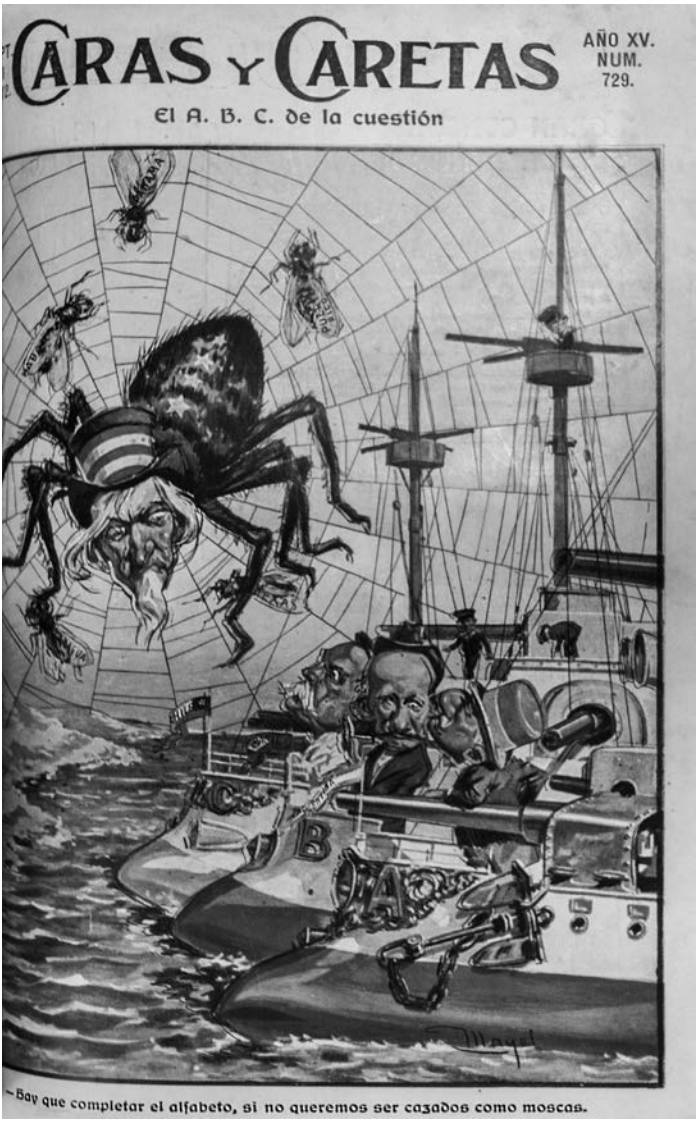
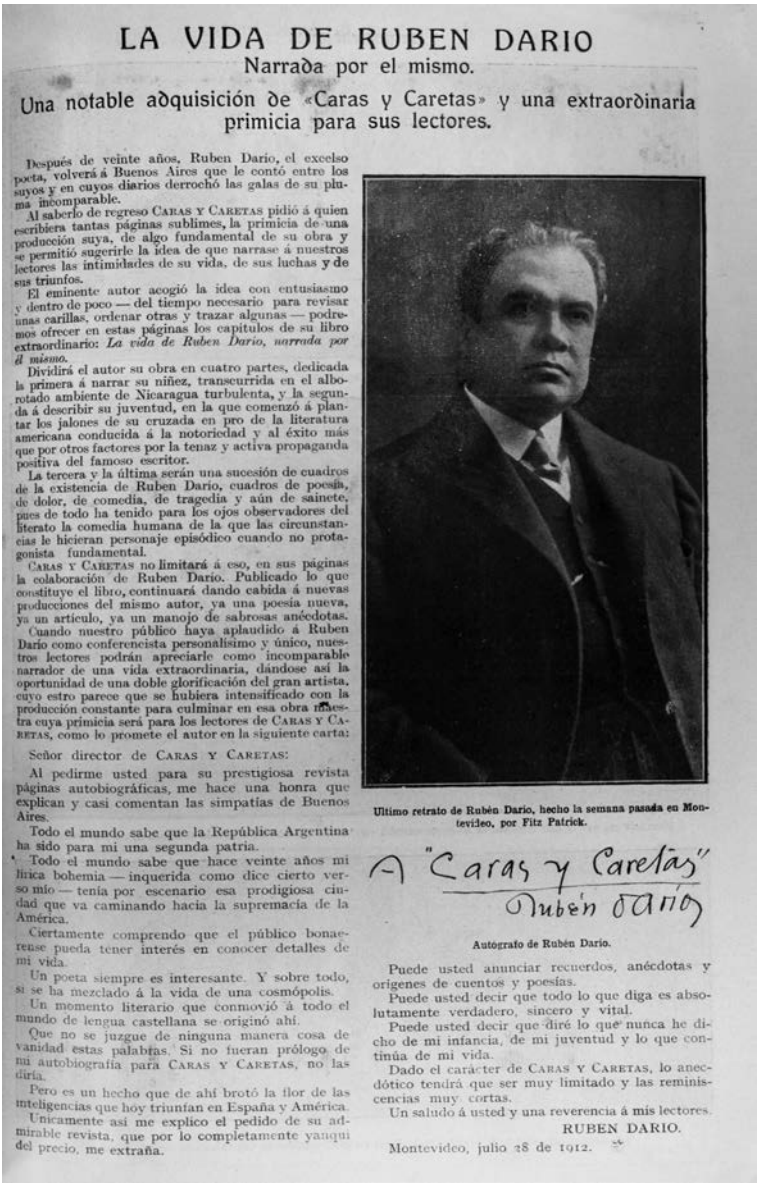


Figura 22. Portada del número 729 (21 de septiembre de 1912) de *Caras y Caretas*, que da comienzo a la publicación de la *Vida de Rubén Darío*. Todas las imágenes de *Caras y Caretas* provienen de los ejemplares disponibles en la Hemeroteca de la Biblioteca Central "Prof. Augusto Raúl Cortázar" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.



LA VIDA DE RUBEN DARIO

Narrada por el mismo.

Una notable adquisición de «Caras y Caretas» y una extraordinaria primicia para sus lectores.

Después de veinte años, Ruben Darío, el excelso poeta, volverá á Buenos Aires que le contó entre los suyos y en cuyos diarios derrochó las galas de su pluma incomparable.

Al saberlo de regreso CARAS Y CARETAS pidió á quien escribiera tantas páginas sublimes, la primicia de una producción suya, de algo fundamental de su obra y se permitió sugerirle la idea de que narrase á nuestros lectores las intimidades de su vida, de sus luchas y de sus triunfos.

El eminente autor acogió la idea con entusiasmo y dentro de poco — del tiempo necesario para revisar unas carillas, ordenar otras y trazar algunas — podremos ofrecer en estas páginas los capítulos de su libro extraordinario: *La vida de Ruben Darío, narrada por él mismo.*

Dividirá el autor su obra en cuatro partes, dedicada la primera á narrar su niñez, transcurrida en el alborotado ambiente de Nicaragua turbulenta, y la segunda á describir su juventud, en la que comenzó á plantar los jalones de su cruzada en pro de la literatura americana conducida á la notoriedad y al éxito más que por otros factores por la tenaz y activa propaganda positiva del famoso escritor.

La tercera y la última serán una sucesión de cuadros de la existencia de Ruben Darío, cuadros de poesía, de dolor, de comedia, de tragedia y aún de sainete, pues de todo ha tenido para los ojos observadores del literato la comedia humana de la que las circunstancias le hicieran personaje episódico cuando no protagonista fundamental.

CARAS Y CARETAS no limitará á eso, en sus páginas la colaboración de Ruben Darío. Publicado lo que constituye el libro, continuará dando cabida á nuevas producciones del mismo autor, ya una poesía nueva, ya un artículo, ya un manojo de sabrosas anécdotas.

Cuando nuestro público haya aplaudido á Ruben Darío como conferencista personalísimo y único, nuestros lectores podrán apreciarle como incomparable narrador de una vida extraordinaria, dándose así la oportunidad de una doble glorificación del gran artista, cuyo estro parece que se hubiera intensificado con la producción constante para culminar en esa obra maestra cuya primicia será para los lectores de CARAS Y CARETAS, como lo promete el autor en la siguiente carta:

Señor director de CARAS Y CARETAS:

Al pedirme usted para su prestigiosa revista páginas autobiográficas, me hace una honra que explican y casi comentan las simpatías de Buenos Aires.

Todo el mundo sabe que la República Argentina ha sido para mi una segunda patria.

Todo el mundo sabe que hace veinte años mi lírica bohemia — inquerida como dice cierto verso mío — tenía por escenario esa prodigiosa ciudad que va caminando hacia la supremacía de la América.

Ciertamente comprendo que el público bonaerense pueda tener interés en conocer detalles de mi vida.

Un poeta siempre es interesante. Y sobre todo, si se ha mezclado á la vida de una cosmópolis.

Un momento literario que conmovió á todo el mundo de lengua castellana se originó ahí.

Que no se juzgue de ninguna manera cosa de vanidad estas palabras. Si no fueran prólogo de mi autobiografía para CARAS Y CARETAS, no las diría.

Pero es un hecho que de ahí brotó la flor de las inteligencias que hoy triunfan en España y América.

Unicamente así me explico el pedido de su admirable revista, que por lo completamente yanqui del precio, me extraña.

Puede usted anunciar recuerdos, anécdotas y orígenes de cuentos y poesías.

Puede usted decir que todo lo que diga es absolutamente verdadero, sincero y vital.

Puede usted decir que diré lo que nunca he dicho de mi infancia, de mi juventud y lo que continúa de mi vida.

Dado el carácter de CARAS Y CARETAS, lo anecdótico tendrá que ser muy limitado y las reminiscencias muy cortas.

Un saludo á usted y una reverencia á mis lectores.

RUBEN DARIO.

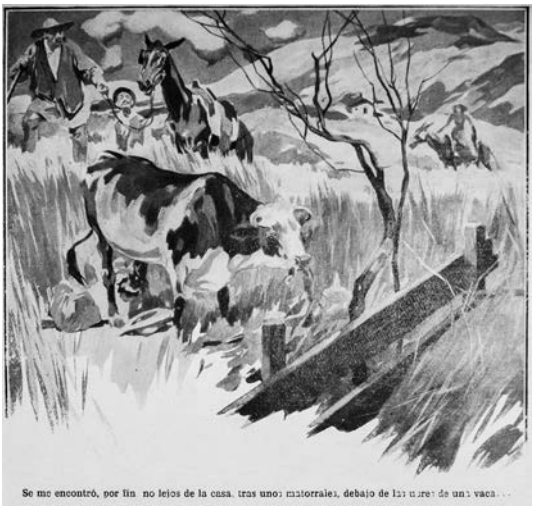
Montevideo, julio 28 de 1912.

Ultimo retrato de Rubén Darío, hecho la semana pasada en Montevideo, por Fitz Patrick.

A "Caras y Caretas"
Rubén Darío

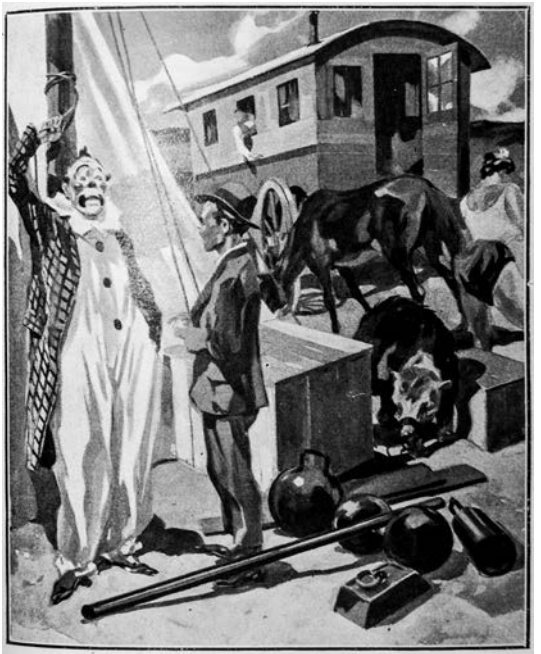
Autógrafo de Rubén Darío.

Figura 23. Anuncio de la futura publicación de *La vida de Rubén Darío*, aparecido en el número 722 (3 de agosto de 1912) de *Caras y Caretas*.



Figuras 24-25-26.

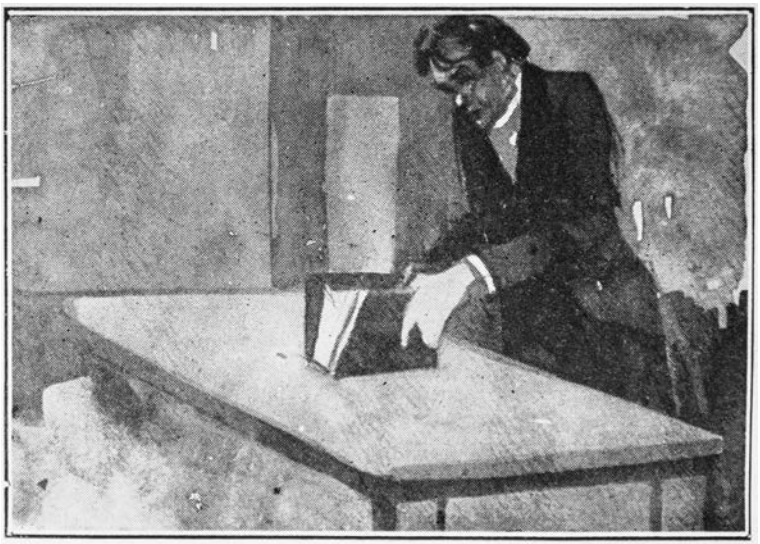
Una vez vi una escena horrible que me quedó grabada en la memoria.



Mi gloria mayor fué conocer el payaso, á quien hice repetidos ruegos.

Figuras 27-28-29.

Me enamoré desde luego, fué el "rayo" como dicen los franceses. Nos amamos...



Cayó en mis manos un libro de masonería.

Figuras 30-31.

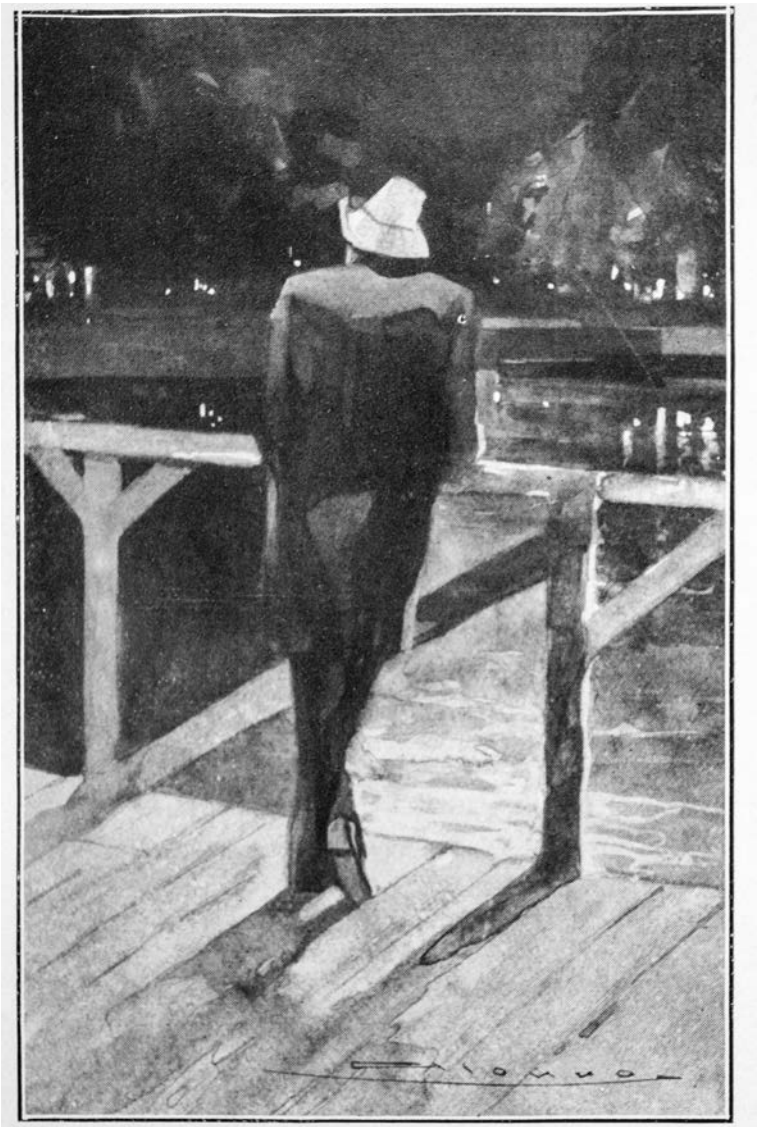
El presidente fué gentilísimo y me habló de mis versos.

Me arreglaron el baúl y me condujeron al puerto

Figuras 32-33.

«Joven, — me dijo con un aire serio y conminatorio, — aliste sus maletas y de orden del señor presidente, sígame».

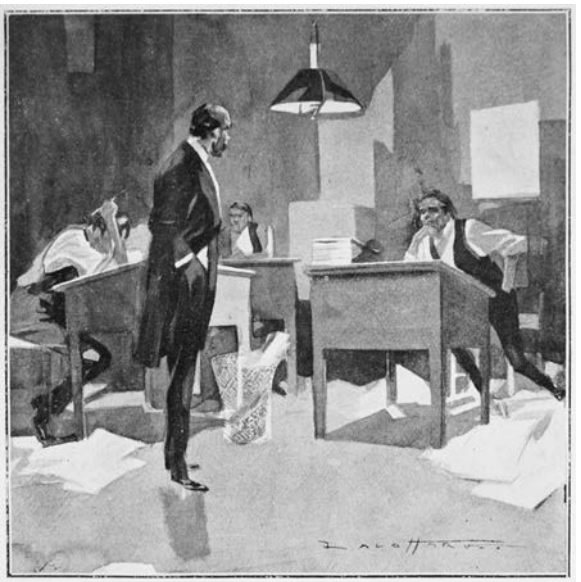
Figura 34.



Mi encanto era irme á la orilla del lago por las noches llenas de insinuante tibieza.

Figura 35.

En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo...



Una noche apareció nuestro director...

Figuras 36-37.

En vagares á orilla del mar...

Allí se me aisló en una habitación especial y fui atendido...

Anduvimos largo rato, hasta llegar á una especie de choza...

Figuras 38-39-40.

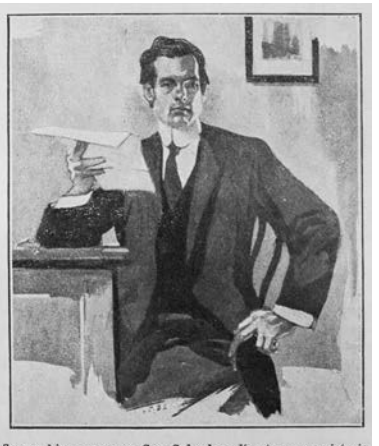
Aquello era una timba del peor carácter.

Me vi de nuevo envuelto en nueva llama amorosa.

Tomé mi copa y partí inmediatamente á buscar á mi mujer.

Figuras 41-42-43.

A todo esto se había ya avisado al general Menéndez.



Se me hizo, como en San Salvador, director y propietario de un diario.

Después del nacimiento de mi hijo la vida se me hizo bastante difícil en Costa Rica.

... y allí me encerré con mi desolación...

Figuras 44-45-46-47.

... eran mi madre y una hermana mía...

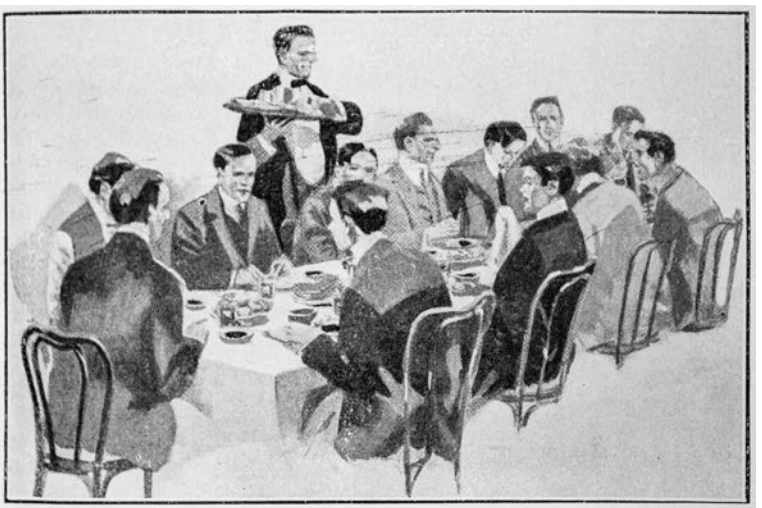
Fué el primero en visitarme, un joven...

Era la hora ya de aparecer ante el público.

Figuras 48-49-50.

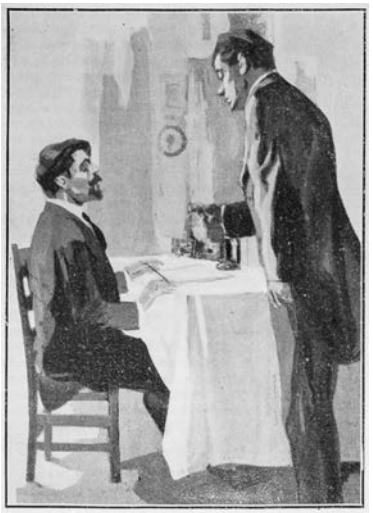
Cierta noche, en el café D'Harcourt, encontramos al Fauno rodeado de equívocos acólitos.

La primera ilusión de costoso amor parisién.



Mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé á hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías.

Figuras 51-52-53.



Una noche, con motivo del aniversario de la reina Victoria, le dicté...

...la "Sonatina" hallaría su comentario mejor en el acompañamiento de una voz humana...

Ella, atemorizada ó arrepentida...

Hice después un viaje...

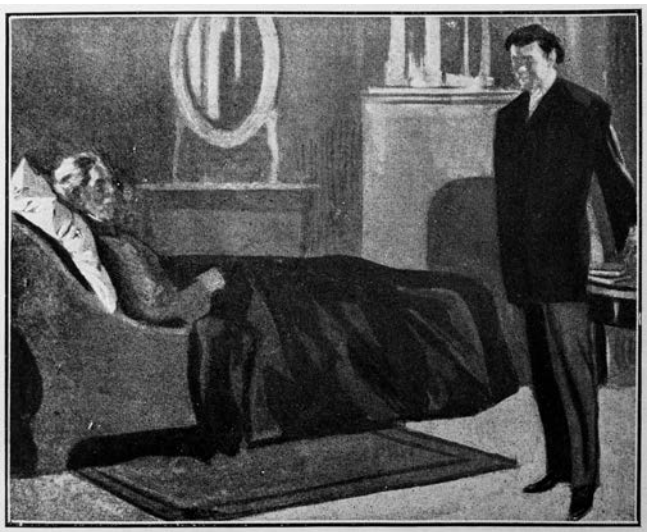
Figuras 54-55-56-57.

Y la pavorosa visión nocturna que tuvimos.

No he de dejar en el tintero mis buenas relaciones con un clown inglés...

...de las alegres ramblas y de las voluptuosas mujeres.

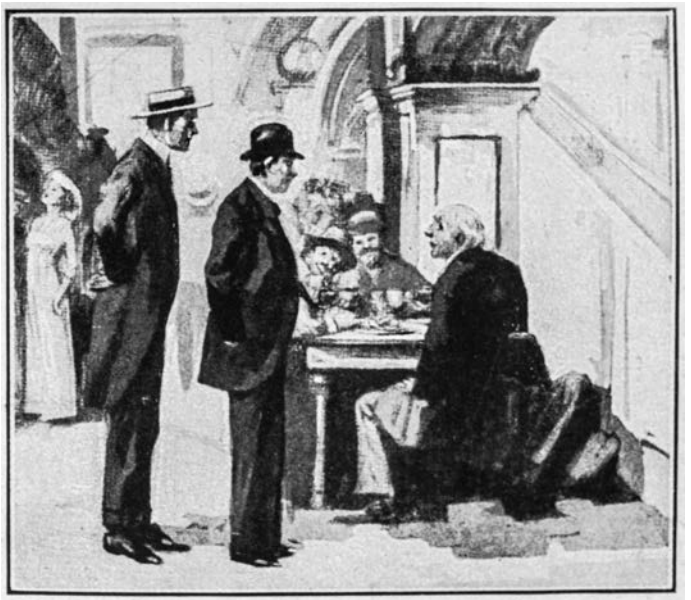
Figuras 58-59-60.



Visité de nuevo á Campoamor á quien encontré en la más absoluta decadencia.

...Se me aparecía de pronto, al lado de mi cama, envuelto en un rojo ropón dantesco...

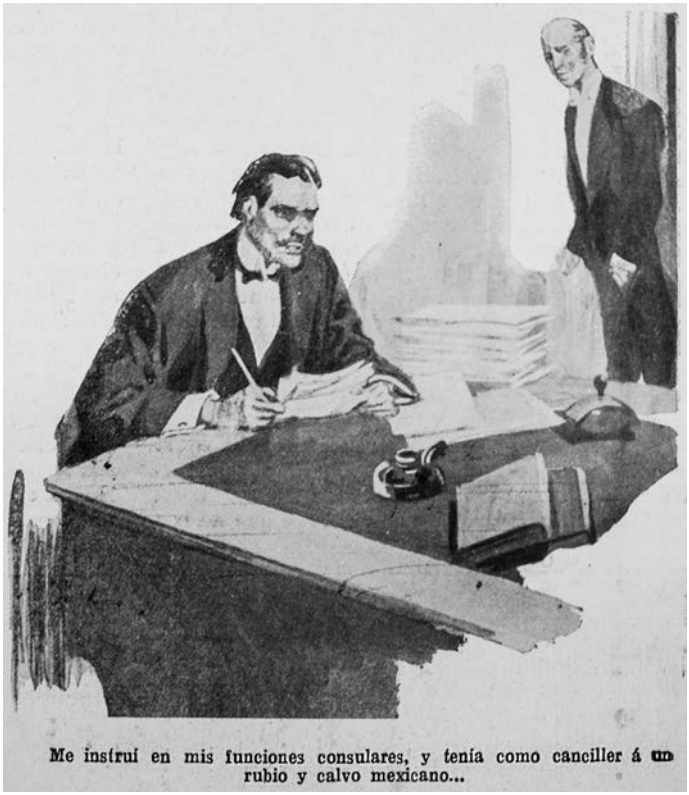
Figuras 61-62.



Me presentaron allí á un caballero un tanto robusto, afeitado...

Al Napolitani iba casi todos los días...

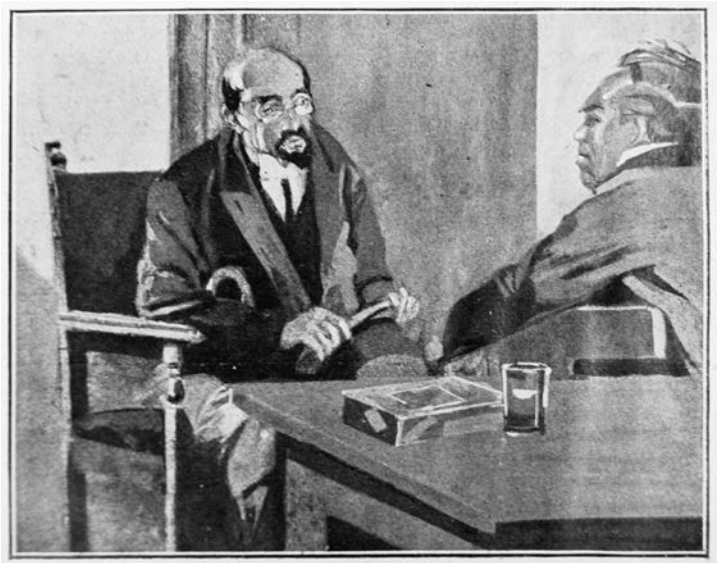
Figuras 63-64.



Me instruí en mis funciones consulares, y tenía como canciller á un rubio y calvo mexicano...

En él había mesitas donde comían otras gentes.

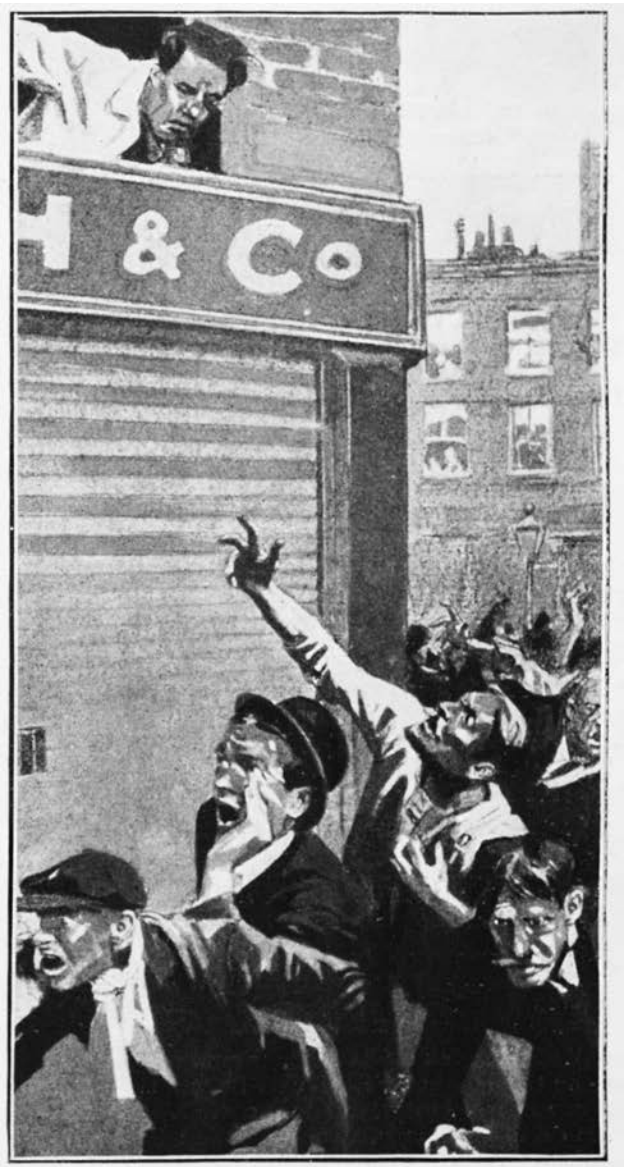
Figuras 65-66.



—Me tomé algún tiempo de reposo en París.

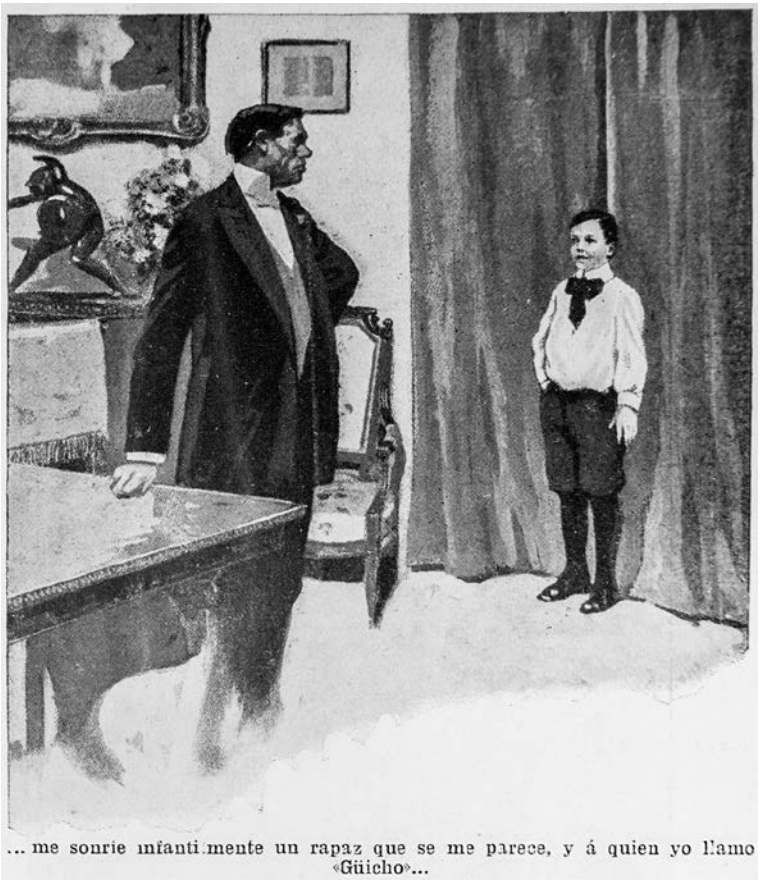
...hacían demasiada política y muy poca administración...

Figuras 67-68.



...Y por las calles de la población daban vivas...

Figura 69.



... me sonrie infantilmente un rapaz que se me parece, y á quien yo llamo «Güicho»...

Figura 70.

Bibliografía

Abreviaturas

CyC	*Caras y Caretas*
DEHA	*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*
Espasa	*Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*
LA	*La Almudaina*
LN	*La Nación*

A. Ediciones de textos darianos

DARÍO, Rubén

1887 *Abrojos*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

1888 [1885] *Primeras notas* [*Epístolas y Poemas*]. Managua: Tipografía Nacional.

1889 *A. de Gilbert*. San Salvador: Imprenta Nacional.

1896a *Los raros*. Buenos Aires: Talleres de "La Vasconia".

1896b *Prosas profanas y otros poemas*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo E. Coni é hijos.

1901a *Prosas profanas y otros poemas*. Edición aumentada. París: Librería de la Vda. de C. Bouret.

1901b *España contemporánea*. París: Garnier Hermanos.

1901c *Peregrinaciones*. Prólogo de Justo Sierra. París: Librería de la Vda. de Ch. Bouret.

1902 *La caravana pasa*. París: Garnier Hermanos.

1904 *Tierras solares*. Madrid: Leonardo Williams.

1905a *Azul...* Buenos Aires: Biblioteca de "La Nación".

1905b *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*. Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

1905c *Los raros*. Segunda edición, corregida y aumentada. Barcelona: Maucci.

1906 *Opiniones*. Madrid: Librería de Fernando Fé.

1907 *Parisiana*. Madrid: Librería de Fernando Fé.

1909 *El viaje á Nicaragua é Intermezzo Tropical*. Madrid: Biblioteca "Ateneo".

1911 *Letras*. París: Garnier Hermanos.

1912 *Todo al vuelo*. Madrid: Renacimiento.

1914 *Canto a la Argentina y otros poemas*. Madrid: Biblioteca Corona.

1915 *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo.* Barcelona: Maucci.

1916 "Historia de mis libros", *Nosotros*, año X, n. 82 (febrero), pp. 204-222.

1919 "Historia de mis libros", en *Obras completas. Volumen XVII. El viaje a Nicaragua é Historia de mis libros*. Madrid: Mundo Latino, Tipografía Yagües, pp. 163-215.

1920 *Epistolario*. Estudio preliminar de Ventura García Calderón. París, Buenos Aires: Agencia General de Librería.

1934 *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*. Edición de Raúl Silva Castro. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.

1938a "Poesías y prosas raras compiladas y anotadas por Julio Saavedra Molina", *Anales de la Universidad de Chile*, n. 29-30, pp. 96-197.

1938b *Escritos inéditos de Rubén Darío*. Recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por Erwin Kempton Mapes. New York: Instituto de las Españas en los Estados Unidos.

1950-1955 *Obras completas*. Edición de M. Sanmiguel Raimúndez y Emilio Gascó Contell. Cinco tomos. I. *Crítica y ensayo* (1950). II. *Semblanzas* (1950). III. *Viajes y crónicas* (1950). IV. *Cuentos y novelas* (1950). V. *Poesías* (1953). Madrid: Afrodisio Aguado.

1967 "El oro de Mallorca", en Allen W. Phillips, "El oro de Mallorca: textos desconocidos y breve comentario sobre la novela autobiográfica de Darío", *Revista Iberoamericana*, vol. XXXIII, n. 64, pp. 449-492.

1968-1977 *Escritos dispersos de Rubén Darío (Recogidos de periódicos de Buenos Aires)*. Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro Luis Barcia. Dos tomos. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

1970 *Páginas desconocidas de Rubén Darío*. Recopilación y prólogo de Roberto Ibáñez. Montevideo: Biblioteca de Marcha.

1976 *Autobiografías*. Prólogo de Enrique Anderson Imbert. Buenos Aires: Marymar.

1978 *La isla de oro / El oro de Mallorca*. Edición, prólogo y notas de Luis Maristany. Barcelona: La novela corta.

1985 *Poesía*. Prólogo de Ángel Rama. Edición de Ernesto Mejía Sánchez. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

1990 *Autobiografía. El oro de Mallorca*. Introducción de Antonio Piedra. Madrid: Mondadori.

1991 *El oro de Mallorca*. Edición, introducción y notas de Carlos Meneses. Madrid: Devenir, El otro.

2001 *Los viajes de Rubén Darío a Mallorca, seguido de La isla de oro y El oro de Mallorca*. Introducción y edición de Luis M. Fernández Ripoll. Palma de Mallorca: Olañeta.

2002 *Cartas desconocidas de Rubén Darío. 1882-1916*. Compilación general de José Jirón Terán. Introducción, selección y notas de Jorge Eduardo Arellano. Managua: Fundación Vida.

2003 *Prólogos de Rubén Darío*. Recopilación y notas de José Jirón Terán. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua.

2006a *Cuentos*. Edición de José María Martínez. Madrid: Cátedra.

2006b *Crónicas desconocidas, 1901-1906*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua / Berlín: Edition Tranvía.

2007a *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo e Historia de mis libros*. Prólogo de Iván Cabrera Cartaya. Tenerife: Artemisa.

2007b *Obras completas I. Poesía*. Edición de Julio Ortega con la colaboración de Nicanor Vélez. Barcelona: Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg.

2011a *La República de Panamá y otras crónicas desconocidas*. Selección, estudios y notas de Jorge Eduardo Arellano. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua.

2011b *Crónicas desconocidas, 1906-1914*. Edición crítica y notas de Günther Schmigalle. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua.

2013a *El oro de Mallorca*. Edición y notas de Pablo Kraudy. Introducción de Jorge Eduardo Arellano. Managua: Academia de Geografía e Historia de Nicaragua.

2013b *Viajes de un cosmopolita extremo*. Selección y prólogo de Graciela Montaldo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

2013c *Crónicas viajeras. Derroteros de una poética*. Edición, prólogo y notas de Rodrigo Caresani. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2015 *Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Prólogo de Francisco Fuster. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

2017 *Novelas*. Estudio preliminar de Jorge Eduardo Arellano, edición y notas de Pablo Kraudy. Managua: Banco Central de Nicaragua.

B. Otros textos y estudios

ACEREDA, Alberto

2005 "Dos caras desconocidas de Rubén Darío: el poeta masón y el poeta inédito", *Hispania*, vol. 88, n. 3, pp. 423-444.

2012 "Nexos literarios comparativos entre Antônio de Fontoura Xavier y Rubén Darío", *Revista de Filología Románica*, vol. 29, n. 2, pp. 261-273.

ACHUGAR, Hugo

1986 "'El fardo' de Rubén Darío: receptor armonioso y receptor heterogéneo", *Revista Iberoamericana*, vol. LII, n. 137, pp. 858-874.

AGAMBEN, Giorgio

1996 *Il potere sovrano e la nuda vita*. Turín: Einaudi.

2001 *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

2017 *El uso de los cuerpos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

ALLEGRA, Giovanni

1986 *El reino interior. Premisas y semblanzas del modernismo en España*. Madrid: Encuentro.

ALONSO, Amado

1967 "Estilística y gramática del artículo en español", en *Estudios lingüísticos. Temas españoles.* Madrid: Gredos, pp. 125-160.

ALONSO CORTÉS, Narciso

1920 *Zorrilla. Su vida y sus obras. Tomo III*. Valladolid: Imprenta Castellana.

ANÓNIMO

1899 *El libro de las mil noches y una noche. Tomo décimo*. Traducción directa y literal del árabe por el doctor J. C. Mardrus. Versión española de Vicente Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo. Valencia: Prometeo.

ANTELO, Raúl

2019 "Darío crea porque configura", en Rodrigo Caresani y Carolina Bartalini (eds.), *Rubén Darío. La sutura de los mundos. Actas del Congreso Internacional*. Sáenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero, pp. 48-69. Disponible en: <http://archivoiiac.untref.edu.ar/index.php/actas-del-congreso-internacional-la-sutura-de-los-mundos>.

ARELLANO, Jorge Eduardo

1993 Azul... *de Rubén Darío: nuevas perspectivas*. Washington: Organización de los Estados Americanos.

2008a "Garibaldi, héroe de dos mundos, en Nicaragua", *El Nuevo Diario*, Managua, 7 de diciembre.

2008b "Cuatro cartas inéditas al presidente Evaristo Carazo sobre Rubén Darío en Chile (1888-1889)", *Lengua. Revista de la Academia Nicaragüense de la Lengua*, n. 33, pp. 263-279.

2008c "El amigo de Darío", en *El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica en Centroamérica*. Managua: Hispamer, pp. 113-133.

2010 "Los cuentos de Rubén Darío y su proyección en América, España y Francia", en Jorge Eduardo Arellano (comp.), *Repertorio dariano 2010*. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua, pp. 209-238.

2012 "Gaspar Hauser y Rubén Darío", *Lengua. Revista de la Academia Nicaragüense de la Lengua*, n. 36, pp. 181-183.

2013 "Darío: el novelista que intentó ser", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 42, pp. 135-149.

2017 "En el 135 aniversario de la Biblioteca Nacional", *El Nuevo Diario*, Managua, 18 de noviembre.

ARGÜELLES ESPINOZA, Luis Ángel

1998 *Martí y México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ARRIETA, Rafael A.

1961 "Contribución al estudio del modernismo en la Argentina", *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. XXVI, n. 99, pp. 7-48.

BAJTÍN, MIJAÍL

1991 *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.

2002 *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.

BALMACEDA, Pedro

1941 "Los 'Abrojos' de Rubén Darío", *Anales de la Universidad de Chile*, n. 41, pp. 193-198.

BARCHINO, Matías

1998a "*Oro de Mallorca* de Rubén Darío: necesidad y fracaso de la ficción", en Cristóbal Cuevas García (ed.) y Enrique Baena (coord.), *Rubén Darío y el arte de la prosa. Ensayo, retratos y alegorías*. Málaga: Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, pp. 227-244.

1998b "Deseo y pesadillas: la vida de Rubén Darío contada por él mismo", en Trinidad Barrera (ed.), *Modernismo y modernidad en el ámbito hispánico*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, pp. 89-96.

BARCIA, Pedro Luis

1995 *Marcha triunfal. Martín García 1895-1995*. Presentación de Gilberto Bergman Padilla. Buenos Aires: Embajada de Nicaragua.

1997 "Rubén Darío y las desconocidas 'Cartas del Lazareto'", *Anthropos*, n. 170-171, pp. 159-167.

BARTHES, Roland

1997 *Sade, Fourier, Loyola*. Madrid: Cátedra.

BAUDELAIRE, Charles

1968 *Œuvres complètes*. París: Bibliothèque de la Pléiade.

BAZIL, Osvaldo

1922 *Campanas de la tarde*. Prólogo de Rubén Darío. La Habana: Imprenta El Siglo XX.

BENJAMIN, Walter

1990 *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Taurus.

1991 "El narrador", en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus, pp. 111-134.

BENTIVEGNA, Diego

2018 *La eficacia literaria. Configuraciones discursivas de literatura nacional en manuales literarios argentinos (1866-1947)*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

2019 "Rubén Darío dantesco: una lectura glotopolítica", en Rodrigo Caresani y Carolina Bartalini (eds.), *Rubén Darío. La sutura de los mundos. Actas del Congreso Internacional*. Sáenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero, pp. 804-820. Disponible en: <http://archivoiiac.untref.edu.ar/index.php/actas-del-congreso-internacional-la-sutura-de-los-mundos>.

BHABHA, HOMI

2002 *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

BINNS, Niall

1995 "Lecturas, malas lecturas y parodias: desplumando el cisne rubendariano (Enrique González Martínez, Delmira Agustini, Vicente Huidobro, Nicanor Parra)", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n. 24, pp. 159-179.

BLANDÓN GUEVARA, Erick

2011 *Discursos transversales. La recepción de Rubén Darío en Nicaragua*. Managua: Banco Central de Nicaragua.

BONAFOUX QUINTERO, Luis

1912 *Los españoles en París*. París: Louis-Michaud.

BOSCH, Maria del Carme

1996 "La segona estada de Rubén Darío a Mallorca. Catorze respostes de Joan Sureda a Jorge Guillen", *Bolletí de la Societat Arqueològica Lulliana: Revista d'estudis històrics*, n. 52, pp. 393-412.

BOURDIEU, Pierre

1989 "La ilusión biográfica", *Historia y Fuente Oral*, n. 2, pp. 27-33.

BUITRAGO, Edgardo

1966 *La casa de Rubén Darío. Influencia del medio en el poeta durante su infancia*. León: Editorial Alemana.

CABALLÉ, Anna
1991 "Formas de la autobiografía en Rubén Darío", *Scriptura*, n. 6-7, pp. 115-122.

CABALLERO WANGÜEMERT, María
2017 "Rubén reescribe su vida: autobiografía, crónicas, autoficción... o de cómo pasar a la posteridad", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 46, número especial: "Un universo de universos. El centenario de Rubén Darío (1916-2016)", pp. 243-252.

CABAÑAS ALAMÁN, Fernando
2001 *Cancionero musical de Castilla-La Mancha*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha.

CACCIARI, Massimo
1999 *El archipiélago. Figuras del otro en Occidente*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

CAITUCOLI, Claude.
2004 "Présentation", *Glottopol*, n. 3, pp. 2-5.

CAMPOS RUIZ, Ignacio
2004 "El cronotopo del camino a la expiación: entre el miedo, el gozo y la gloria en *El oro de Mallorca*", *Lengua*, n. 28, pp. 118-131.
2011 *Ficcionalización (auto)biográfica de Rubén Darío en la novela centroamericana*. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua.

CAPDEVILA, Arturo
1946 *Rubén Darío. Un bardo rei*. Madrid: Espasa-Calpe.

CARESANI, Rodrigo
2017a "Entre la isla y el mundo: el cosmopolitismo del pobre en Rubén Darío", en Valeria Añón, Carolina Sancholuz y Simón Henao-Jaramillo (comps.), *Tropos, tópicos y cartografías. Figuras del espacio en la literatura latinoamericana*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, pp. 117-149. Disponible en: <https://libros.unlp.edu.ar/index.php/unlp/catalog/book/790>.
2017b "Hieratismo en movimiento: Rubén Darío, Stéphane Mallarmé y 'La página blanca'", *Revista de Estudios Hispánicos*, n. 51, pp. 127-147.

CARESANI, Rodrigo, COLOMBI Beatriz y TORRES, Alejandra (eds.)
2017 *Zama. Número extraordinario: Homenaje a Rubén Darío. En el centenario de su muerte (1916-2016) y del sesquicentenario de su nacimiento (1867-2017)*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

CARILLA, Emilio
1967 *Una etapa decisiva de Darío. Rubén Darío en la Argentina*. Madrid: Gredos.

CASAL, Julián del
1963-1964 *Prosas*. Tres tomos. La Habana: Consejo Nacional de Cultura.
1976-1978 *The Poetry of Julián del Casal: A critical edition*. Tres tomos. Edición de Robert Jay Glickman. Gainesville: The University Presses of Florida.

CASANOVA, Pascale
2001 *La República mundial de las Letras.* Barcelona: Anagrama.

CASANOVA, Rafael
2012 "Una carta de Felipe Ibarra a su ex alumno Rubén Darío", *El Nuevo Diario*, Managua, 21 de enero.

CASTILLO, Horacio
2002 *Darío y Rojas. Una relación fraternal*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.

CATELLI, Nora
1991 *El espacio autobiográfico*. Barcelona: Lumen.

CELLINI, Benvenuto
1973 *La vita*. Edición de Guido Davico Bonino. Turín: Einaudi.

CERUTTI, Franco
1984 *Los jesuitas en Nicaragua en el siglo XIX*. San José: Libro Libre.

CERVANTES, Miguel de
2005 *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición anotada de Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner. Dos volúmenes. Buenos Aires: Eudeba.

CHAMORRO ZELAYA, Pedro Joaquín
1965 *Enrique Guzmán y su tiempo*. Dos tomos. Managua: Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano.

COLOMBI, Beatriz
2008 "Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)", en Carlos Altamirano (dir.) y Jorge Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo.* Buenos Aires: Katz, pp. 544-566.

CONTRERAS, Francisco
1930 *Rubén Darío. Su vida y su obra*. Barcelona: Agencia Mundial de Librería.

CROCE, Benedetto
1959 [1941] *El carácter de la filosofía moderna*. Buenos Aires: Imán.

CUADRA, Pablo Antonio
2004 *Crítica Literaria I*. Managua: Colección Cultural de Centro América.

CUERVO, Rufino José
1947 *El castellano en América*. Buenos Aires: El Ateneo.

DE MAN, Paul
2005 "La autobiografía como des-figuración", en José Manuel Cuesta Abad y Julián Jiménez Heffernan (eds.), *Teorías literarias del siglo XX*. Madrid: Akal, pp. 461-471.

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix
1978 *Kafka. Por una literatura menor*. México: Era.

DELGADO ABURTO, Leonel
2005a "*La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Escritura autobiográfica y políticas del nombre", *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, n. 10. Disponible en: <http://collaborations.denison.edu/istmo/n10/articulos/vida.html>.

2005b *Cartografías del Yo. Escritura autobiográfica y modernidad en Centroamérica, del modernismo al testimonio*. Tesis. University of Pittsburgh. Disponible en: <http://www.repositorio.ciicla.ucr.ac.cr:8080>.

DELORMAS, Pascale
2013 "De l'interincompréhension à la conquête du public. Modes de paratopie langagière et légitimité auctoriale", en Pascale Delormas, Dominique Maingueneau e Inger Østenstad, *Se*

dire écrivain. Pratiques discursives de la mise en scène de soi. Limoges: Lambert-Lucas, pp. 51-68.

DERRIDA, Jacques

1994 "Circonfesión", en Geoffrey Bennington y Jacques Derrida, *Jacques Derrida*. Madrid: Cátedra, pp. 25-317.

1997 *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.

DIAZ, José-Luis

2013 "Les scénographies auctoriales romantiques et leur 'mise en discours'", en Pascale Delormas, Dominique Maingueneau e Inger Østenstad, *Se dire écrivain. Pratiques discursives de la mise en scène de soi*. Limoges: Lambert-Lucas, pp. 29-50.

DILTHEY, Wilhelm

2000 *Dos escritos sobre hermenéutica*. Madrid: Akal.

DI TULLIO, Ángela

2014 *Manual de gramática del español.* Buenos Aires: Waldhuter.

DOSSE, François

2007 *El arte de la biografía: entre historia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana.

EINSOHN, Amy L.

1984 "Rubén Darío y Dante Gabriel Rossetti", *Hispanófila*, n. 80, pp. 71-85.

ENNIS, Juan A.

2017 "La lengua al filo del siglo: las polémicas por el futuro del español de América en torno al 1900", *Anuario de Glotopolítica*, n. 1, pp. 197-227.

ETTE, Ottmar

2008 *Literatura en movimiento. Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras en Europa y América*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

2015 "La filología como ciencia de la vida", en *La filología como ciencia de la vida*. México: Universidad Iberoamericana, pp. 9-44.

2017 *Filología polilógica. Las literaturas del mundo y el ejemplo de una literatura peruana transareal*. Granada: Universidad de Granada.

FERNÁNDEZ, Pura

1999 "La editorial Garnier de París y la difusión del patrimonio bibliográfico en castellano en el siglo XIX", en *Τῆς φιλίης τάδε δῶρα: miscelánea léxica en memoria de Conchita Serrano*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 603-612.

2005 "Los 'soldados' de la República Literaria y la edición heterodoxa en el siglo XIX", en Jean-Michel Desvois (ed.), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean-François Botrel*. Burdeos: Presses universitaires de Bordeaux, pp. 125-136.

FERNÁNDEZ, Teodosio

2016 "Rubén Darío en Italia (septiembre-octubre de 1900)", *Actio nova*, n. 0, pp. 93-109.

2017 "Rubén Darío en la AECID: correspondencia de Leonidas Pallares y Leopoldo Díaz", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 46, número especial: "Un universo de universos. El centenario de Rubén Darío (1916-2016)", pp. 217-231.

FERRARIS, Maurizio

2007 "Documentalità: ontologia del mondo sociale", *Etica & Politica / Ethics & Politics*, vol. IX, n. 2, pp. 240-329.

FRAGO, Juan Antonio

2014 "Estampas sociolingüísticas del español de México en la Independencia, I: el indio bilingüe, el marginal, la mujer", *Boletín de Filología*, vol. 49, n.1, pp. 37-57.

FRAY LUIS DE LEÓN

2002 *Cantar de los Cantares de Salomón*. Edición de Javier San José Lera. Salamanca: Universidad de Salamanca.

FUMAROLI, Marc

1987 "Des 'Vies' à la biographie: le crépuscule du Parnasse", *Diogène*, n. 139, pp. 3-30.

GARCÍA, Miguel Ángel

2016 "Los prólogos a *Azul...* (1890), de Rubén Darío: reflejos y dependencias", *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, vol. 32, n. 1, pp. 159-181.

GARCÍA MORALES, Alfonso
2006 "Un artículo desconocido de Rubén Darío: 'Mallarmé. Notas para un ensayo futuro'", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 35, pp. 31-54.
2016 "Los Rubén Darío de Juan Ramón Jiménez. Retrato con el mar de fondo", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 45, pp. 213-230.

GASPARINI, Philippe
2012 "La autonarración", en Ana Casas (comp.), *La autoficción. Reflexiones teóricas*. Madrid: Arco/Libros, pp. 177-209.

GHIANO, Juan Carlos
1968 "La versión autobiográfica de Darío", en *Rubén Darío. Estudios reunidos en conmemoración del Centenario, 1867-1967*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, pp. 29-63.

GHIRALDO, Alberto
1943 *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires: Losada.

GONZÁLEZ, Aníbal
1983 *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: José Porrúa Turanzas.

GOURMONT, Remy de
1893 *L'Idéalisme*. París: Mercure de France.

GROUSSAC, Paul
1896 "Boletín Bibliográfico — *Los Raros*, por Rubén Darío", *La Biblioteca*, año I, t. II, n. 6, pp. 474-480.

GUGLIELMINETTI, Marziano
1977 *Memoria e scrittura. L'autobiografia da Dante a Cellini*. Turín: Einaudi.

GUITARTE, Guillermo
1986 "¡Y no saber a dónde vamos, ni de dónde venimos...!", *Anuario de Letras. Lingüística y Filología*, vol. 24, pp. 281-357.

GULLÓN, Ricardo
1974 "Pitagorismo y modernismo", en Homero Castillo (coord.), *Estudios críticos sobre modernismo*. Madrid: Gredos, pp. 358-384.

GUSDORF, Georges
1991 [1956] "Condiciones y límites de la autobiografía", *Anthropos: Boletín de información y documentación*, n. 29, pp. 9-18.

GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael
1983 *Modernismo*. Barcelona: Montesinos.

HAMILTON, Carlos D.
1967 "Rubén Darío en la isla de oro", *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 212-213, pp. 556-573.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro
1920 "Rubén Darío y el siglo XV", *Revue Hispanique*, t. L, n. 118, pp. 324-327.
1989 *Memorias. Diario*. Introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.

HERNÁNDEZ-BANUCHI, Alberto
2006 "Un cuarteto parisino: Rubén Darío, Amado Nervo, Henry de Groux y Gonzalo Núñez", *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, vol. 6, n. 13, pp. 86-99.

HOLGUÍN CALLO, Oswaldo
2001 *Páginas sobre Ricardo Palma (vida y obra)*. Lima: Editorial Universitaria, Universidad Ricardo Palma.

JAIMES FREYRE, Raúl
1953 *Anecdotario de Ricardo Jaimes Freyre*. Potosí: Editorial Potosí.

JIMÉNEZ, Juan Ramón
1942 "Rubén Darío (1940)", en *Españoles de tres mundos*. Buenos Aires: Losada, pp. 40-44.
1983 *Alerta*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

JITRIK, Noé
2000 *Las contradicciones del modernismo. Productividad poética y situación sociológica*. México: Fontamara.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de
1859 *Obras publicadas é inéditas de Don Gaspar Melchor de Jovellanos, colección hecha é ilustrada por Don Cándido Nocedal*. Tomo segundo. Madrid: M. Rivadeneyra.

JRADE, Cathy Login
1986 *Rubén Darío y la búsqueda romántica de la unidad. El recurso modernista a la tradición esotérica*. México: Fondo de Cultura Económica.

KLEMPERER, Victor
2010 *Literatura universal y literatura europea*. Madrid: Acantilado.

LAFLEUR, Héctor, PROVENZANO, Sergio y ALONSO, Fernando
2006 *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*. Buenos Aires: El 8vo. loco.

LARREA, Juan.
1987 *Rubén Darío y la nueva cultura americana*. Valencia: Pre-Textos.

LÁSCARIS, Constantino
1984 *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. San José: Studium Generale Costarricense.

LAVANDERA, Beatriz
2014 *Variación y significado. Y discurso*. Buenos Aires: Paidós.

LEJEUNE, Philippe
1994 *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.

LINK, Daniel
2009 *Fantasmas. Imaginación y sociedad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
2015 *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

LOUREIRO, Ángel
2016 *Huellas del otro. Ética de la autobiografía en la modernidad española*. Madrid: Postmetrópolis.

LOVELUCK, Juan
1967 "Rubén Darío, novelista", en Juan Loveluck (ed.), *Diez estudios sobre Rubén Darío*. Santiago de Chile: Zig-Zag, pp. 219-243.

LUPERINI, Romano
1999 *Il dialogo e il conflitto. Per un'ermeneutica materialistica*. Bari, Roma: Laterza.

MACAYA LAHMANN, Enrique
1967 "Rubén Darío en Mallorca", *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 212-213, pp. 490-505.

MAINGUENEAU, Dominique
2009 *Discurso literário*. San Pablo: Contexto.

MALLO, Jerónimo
1945 "Rubén Darío en Barcelona durante su último viaje a España (mayo-octubre de 1914)", *Revista Hispánica Moderna*, año 11, n. 1-2, pp. 37-47.

MALOSETTI COSTA, Laura
2001 *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

MALOSETTI COSTA, Laura, LÓPEZ CARVAJAL, María y MONTINI, Pablo
2013 *Entresiglos: el impulso cosmopolita en Rosario*. Rosario: Ediciones Castagnino/macro.

MARASSO, Arturo
1954 *Rubén Dario y su creación poética*. Buenos Aires: Biblioteca Nueva.

MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio
1911 [1905] *Teatro de ensueño*. Madrid: Renacimiento.

MEIZOZ, Jérôme
2007 *Postures littéraires. Mises en scènes modernes de l'auteur.* Ginebra: Slatkine.

MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto
1948 "Darío y Montalvo", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 2, n. 4, pp. 360-371.
1970 *Cuestiones rubendarianas*. Madrid: Revista de Occidente.
1975 "Otro cuento desconocido de Rubén Darío", *El pez y la serpiente*, n. 16, pp. 122-130.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino
1911-1913 *Historia de la poesía hispano-americana*. Dos tomos. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.

MENESES, Carlos
1997 *Poesía mallorquina de Rubén Darío*. Valencia: Instituto de Estudios Modernistas.

1998 "El rostro de Rubén Darío a través de su obra mallorquina", en Trinidad Barrera (ed.), *Modernismo y modernidad en el Ámbito Hispánico*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, pp. 157-161.

MEYER-MINNEMANN, Klaus

2016 "'Caracol'. Una respuesta de Darío al soneto 'Ses purs ongles très haut dédiant leur onyx' de Stéphane Mallarmé", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 45, pp. 147-167.

MOLLOY, Sylvia

1988 "Ser y decir en Darío: el poema liminar de C*antos de vida y esperanza*", *Texto crítico*, n. 38, pp. 30-42.

1996 *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.

2012 *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

MONTALDO, Graciela

2013 "Guía Rubén Darío", en Rubén Darío, *Viajes de un cosmopolita extremo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 11-51.

MONTE-CRISTO

S.D. [ca. 1898] *Los salones de Madrid*. Madrid: Álbum Nacional.

MONTETES MAIRAL, Noemí y SANTANACH, Joan

2016 "Llull en Darío: ¿una pasión vieja?", C*uadernos Hispanoamericanos*, n. 796, pp. 32-47.

MUSLIP, Eduardo

2005 "La autobiografía dariana: un análisis de *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*", C*rítica hispánica*, vol. XXVII, n. 2, pp. 33-48.

NEPPI, Enzo

2010 "L'autobiografia come spia", *Levia Gravia*, vol. XII, pp. 145-152.

NERVO, Amado

1955-1956 O*bras completas*. Edición, estudio y notas de Francisco González Guerrero y Alfonso Méndez Plancarte. Dos tomos. Madrid: Aguilar.

NORDAU, Max
1902 *Degeneración*. Dos tomos. Madrid: Librería de Fernando Fé, Sáenz de Jubera.

OCHOA, Eugenio de
1840 *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles, históricos, caballerescos, moriscos y otros, recogidos y ordenados por Don Eugenio de Ochoa*. Barcelona: Librería de los SS. A. Pons y Compañía.

OLANO-GARCÍA, Hernán Alejandro
2007 "El jurista Mario Valenzuela, S. J.", *Vniversitas*, n. 114, pp. 363-370.

OLIVER BELMÁS, Antonio
1968 *Este otro Rubén Darío*. Madrid: Aguilar.

OLIVERA, Otto
1967 "*El Correo de la Tarde* (1890-1891) de Rubén Darío", *Revista Iberoamericana*, vol. XXXIII, n. 64, pp. 259-280.

ONÍS, Federico de
1934 *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.

ORTEGA, Julio
2003 "Rubén Darío y la mirada mutua", en *Rubén Darío*. Barcelona: Omega, pp. 7-172.

OVIDIO
1828 *Las Heroidas de Ovidio traducidas por Un Mexicano*. Dos tomos. México: Imprenta de Galván á cargo de Mariano Arévalo.
2003 *Metamorfosis*. Traducción de Consuelo Álvarez y Rosa Ma. Iglesias. Madrid: Cátedra.

OYUELA, Calixto
1943 *Estudios literarios*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.

PAREDES, Alberto
2014 "Coppée y Holmès: *Loci classici* –crónica de dos referencias–", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 43, pp. 159-190.

PARRONDO GARCÍA, Arturo
2017 "Páginas de sombra y espanto. Rubén Darío y el pintor Henry

de Groux", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 46, pp. 131-143.

PENISTON, William A.
2001 "Pederasts, prostitutes, and pickpockets in Paris of the 1870s", en Jeffrey Merrick y Michael Sibalis (eds.), *Homosexuality in French History and Culture*. Nueva York: Harrington Park Press, pp. 169-188.

PÉREZ, Joseph
2005 *Los judíos en España*. Madrid: Marcial Pons.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel
2016 "'Dezires, layes y canciones' de *Prosas profanas*", *Anales de Literatura Española*, n. 28, pp. 171-197.

PHILLIPS, Allen W.
1967 "*El oro de Mallorca*: textos desconocidos y breve comentario sobre la novela autobiográfica de Darío", *Revista Iberoamericana*, vol. XXXIII, n. 64, pp. 449-492.
1974 *Temas del modernismo hispánico y otros estudios*. Madrid: Gredos.

PINEDA FRANCO, Adela
2005 "Darío autobiográfico y sus biógrafos: Un pacto de lecturas", *Ínsula*, n. 699, pp. 29-32.

POE, Karen
2010 *Eros pervertido. La novela decadente en el modernismo hispanoamericano.* Madrid: Biblioteca Nueva.

POLIDORI, Erminio
1970 "Rubén Darío en Mallorca", en Carlos H. Magis (dir.), *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas*. México: El Colegio de México, pp. 695-714.

POZUELO YVANCOS, José María
2006 *De la autobiografía. Teoría y estilos*. Barcelona: Crítica.

RAMA, Ángel
1985 [1970] *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Alfadil.

RAMOS, Julio
1989 *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.

RELLA, Franco
2004 *Dall'esilio. La creazione artistica come testimonianza*. Milán: Feltrinelli.

REY PASTOR, Julio y GARCÍA CAMARERO, Ernesto
1960 *La cartografía mallorquina*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

RICCARDO, Daniel
2017 "Un artículo inédito de Rubén Darío, 'León XIII, publicado en el diario *Los Principios* de la ciudad de Córdoba (Argentina)", *Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina*, n. 76, pp. 145-150.

RIVAS BRAVO, Noel
1999 "Una amistad literaria: Darío y Ruiz Contreras", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 28, n. 2, pp. 1127-1139.
2006 "Breve recorrido por las ediciones darianas", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 35, pp. 13-20.

RODÓ, José Enrique
1966 "¿Mi autobiografía?", en Mario Benedetti (comp.), *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires: Eudeba, pp. 133-135.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio
1948 *Rubén Darío y sus amigos dominicanos*. Bogotá: Ediciones Espiral.
1969 *Papeles de Rubén Darío*. Santo Domingo: Editora del Caribe.

RODRÍGUEZ ROSALES, Isolda
2004 "Intertexto y angustia existencial en *El oro de Mallorca*", *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, n. 124, pp. 105-114.

ROJAS, Ricardo
1907 *El alma española. Ensayo sobre la moderna literatura castellana*. Valencia: Sempere.

ROQUE-BALDOVINOS, Ricardo
2013 "Periodismo, sensibilidad moderna y modernidad literaria. El caso del periódico *La Unión* (1889-1890), El Salvador", *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIX, n. 242, pp. 27-42.

ROSA, Ramón
1945 "Historia de las *Tinieblas del alma*", en *Escritos selectos*. Buenos Aires: Jackson, pp. 371-376.

ROVIRA, Juan Carlos
2017 "Rubén Darío y Santiago Rusiñol: otro ejemplo de la pintura como escritura", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 46, número especial: "Un universo de universos. El centenario de Rubén Darío (1916-2016)", pp. 117-130.

RUSIÑOL, Santiago
1922[1913] *La illa de la calma*. Barcelona: Antoni López.

SAAVEDRA MOLINA, Julio
1942 "El primer libro de Rubén Darío: *Epístolas y Poemas*", *Anales de la Universidad de Chile*, n. 45-46, pp. 269-282.
1946 *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago de Chile: Edición de la "Revista Chilena de Historia y Geografía".

SABALLOS RAMÍREZ, Marvin
2015 "Rubén, Mama Bernarda y Papa Félix", en Jorge Eduardo Arellano (ed.), *Mas es mía el Alba de oro. Memoria del Encuentro Internacional Rubén Darío en el centenario de su muerte*. Managua: Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, pp. 137-146.

SAID, Edward
2009 *Sobre el estilo tardío. Música y literatura a contracorriente*. Barcelona: Debate.

SALGADO, María A.
1989 "Félix Rubén García Sarmiento, Rubén Darío y otros entes de ficción", *Revista Iberoamericana*, vol. LV, n. 146-147, pp. 339-362.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín
2016 "La normalización de las relaciones entre España y Centroamérica durante la gestión de Julio de Arellano y Arróspide (1889-1895)", *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 42, pp. 243-266.

SÁNCHEZ RODRIGO, Lourdes
2018 "Rubén Darío, un espíritu errante entre Mallorca y Barcelona", *Letral*, n. 20, pp. 113-139.

SANCHOLUZ, Carolina
2016 "Poesía y movimiento: figuraciones de la errancia en Rubén Darío", *CHUY. Revista de Estudios Literarios Latinoamericanos*, n. 3, pp. 48-56.

SAND, George
1953 *Un hiver à Majorque*. Palma de Mallorca: Clumba.

SANTIAGO, Silviano
2012 "El cosmopolitismo del pobre", *Cuadernos de literatura*, n. 32, pp. 309-325.

SARMIENTO, Domingo Faustino
1909 "De las biografías", en *Obras de D. F. Sarmiento. Tomo I. Artículos críticos i literarios. 1841-1842*. París: Belin Hermanos, pp. 184-186.
1987 *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

SCHMIGALLE, Günther
2010 "Maurice du Plessys, un poeta francés amigo de Rubén Darío", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 39, pp. 149-171.
2011 "Rubén Darío y algunos poetas franceses de su tiempo: Paul Verlaine, Jean Moréas, Auguste Villiers de l'Isle-Adam", *Anuario de Estudios Atlánticos*, n. 57, pp. 563-599.
2013 "La edición crítica de las crónicas de Rubén Darío. Problemas, soluciones y hallazgos", en Rocío Oviedo Pérez de Tudela (ed.), *Rubén Darío en su laberinto*. Madrid: Verbum, pp. 69-83.
2014 "Rubén Darío: *El Oro de Mallorca*", *Hispanorama*, n. 144, p. 107.
2016 "'Yo soy el Anticristo de la América Central': Lectura y crisis espiritual de Rubén Darío en 1913", *Centroamericana*, vol. 26, n. 2, pp. 159-177.
2017 "'Con mi alma sensible debí haber sido poeta'. Marion Delorme, actriz, cantante, cortesana, amante de Rubén Darío", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 46, número especial: "Un universo de universos. El centenario de Rubén Darío (1916-2016)", pp. 61-76.

SCHMIGALLE, Günther y CARESANI, Rodrigo
2017 *Bibliografía de Rubén Darío en* La Nación *de Buenos Aires (1889-1916). Catálogo comentado y crónicas desconocidas.* Managua: Dinámica.

SCHULMAN, Iván A.
2002 "*El oro de Mallorca*: ¿novela inconclusa?", en *El proyecto inconcluso. La vigencia del modernismo*. México: Siglo XXI, pp. 193-206.
2008 "Poesía modernista. Modernismo / modernidad", en Luis Iñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II*. Madrid: Cátedra, pp. 523-536.

SEQUEIRA, Diego M.
1945 *Rubén Darío criollo o raíz y médula de su creación poética*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.

SERRANO y SANZ, Manuel
1905 *Autobiografías y memorias coleccionadas é ilustradas*. Madrid: Librería Editorial de Bailly-Baillière é hijos.

SILVA CASTRO, Raúl
1966 *Rubén Darío a los veinte años*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

SISKIND, Mariano
2006 "La modernidad latinoamericana y el debate entre Rubén Darío y Paul Groussac", *La Biblioteca*, n. 4-5, pp. 352-362.
2016 *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SKYRME, Raymond
1975 *Rubén Darío and the Pythagorean Tradition*. Gainesville: University Presses of Florida.

SOTO HALL, Máximo
1925 *Revelaciones íntimas de Rubén Darío*. Buenos Aires: El Ateneo.

STEINER JONAS, Pablo
1987 *Intermezzo en Costa Rica. Investigación bio-bibliográfica sobre Rubén Darío*. Managua: Gurdián.

TERÁN, Oscar
1993 "El dispositivo hispanista", en Luis Martínez Cuitiño y Élida Lois (eds.), *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas "España en América y América en España". Vol. I*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso", pp. 129-137.

TORRES, Edelberto
1982 *La dramática vida de Rubén Darío*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.

TÜNNERMANN BERNHEIM, Carlos
1997 *Estudios darianos*. Managua: Fondo de Promoción Cultural, BANIC.

VALLE, José del y GABRIEL-STHEEMAN, Luis
2004 "Nacionalismo, hispanismo y cultura monoglósica", en José del Valle y Luis Gabriel-Stheeman (eds.), *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Frankfurt, Madrid: Vervuert, Iberoamericana, pp. 15-34.

WALKER, William
1970 *La guerra de Nicaragua*. Traducción de Ricardo Fernández Guardia. San José: Editorial Universitaria Centroamericana.

WEBER, José Ignacio
2018 "Elenco de publicaciones periódicas italianas de Buenos Aires (1854-1910)", *Adversus*, año XV, n. 34, pp. 124-189.

ZAMBRANO, María
1995 *La confesión: género literario*. Barcelona: Siruela.

C. Enciclopedias, diccionarios, guías y catálogos

AMENGUAL, Juan José
1858-1878 *Nuevo Diccionario mallorquín - castellano - latín*. Dos tomos. Palma: Imprenta y Librería de Juan Colomar.

ARELLANO, Jorge Eduardo
1994 *Diccionario de autores nicaragüenses*. Dos tomos. Managua: Biblioteca Nacional "Rubén Darío".

Catálogo de Bienes e Inmuebles del Centro Histórico de León
2010 León: Oficina Técnica de Gestión del Centro Histórico de León.

Diccionario de la literatura cubana
1984 Dos tomos. La Habana: Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes
1892 Tomo XI. Barcelona: Montaner y Simón, Editores.
1893 Tomo XII. Barcelona: Montaner y Simón, Editores.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana
1908-1933 Setenta tomos. Apéndice, diez tomos. Madrid: Espasa-Calpe.

LÓPEZ, Osvaldo
1912 *Diccionario biográfico obrero de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Bellavista.

SBARBI, JOSÉ MARÍA
1922 *Diccionario de refranes, adagios, proverbios, modismos, locuciones y frases proverbiales de la lengua española*. Dos tomos. Madrid: Librería de los sucesores de Hernando.

SECHI MESTICA, Giuseppina
2007 *Diccionario Akal de Mitología Universal*. Madrid: Akal.

VILLACASTÍN, Rosario M.
1987 *Catálogo-Archivo Rubén Darío*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.

Índice onomástico

A

Abad Antón, Andrés 364
Abarzuza Ferrer, Buenaventura 148, 348
About, Edmond 143, 347
Acereda, Alberto 332, 388
Achugar, Hugo 343
Ackermann, Louise Victorine 315, 407
Acosta, Vicente 344
Adorno, Theodor W. 27
Adriano, emperador romano 52, 406
Agamben, Giorgio 8, 27, 30, 45, 52, 61
Aguado de Lozar, G. 354
Aguado, Afrodisio 64, 66-67
Aguirre, José 336
Aguirre, Julián 195, 366
Agustín, san 400
Albéniz, Isaac 432
Alcalá Galiano, Antonio 267, 394
Alcover, José (Jesé) 443-444, 446-447
Alcover, Juan (Joan) 385, 399, 443-448, 469-471, 473, 475
Alfonso XII, rey de España 348, 377
Alfonso XIII, rey de España 20, 239, 348, 351, 354, 379, 386-387, 466
Allegra, Giovanni 400
Almenara Alta, duque (Ricardo Martorell y Fivaller) 151, 351
Alomar, Gabriel 14, 385, 399, 443-448
Alonso, Amado 49
Alonso, Fernando 361, 364
Alonso, Juan Carlos 105
Alonso Cortés, Narciso 351
Alvarado, Pedro J. 86, 333
Álvarez, José S. (Fray Mocho) 215, 379
Amadeo I, rey de España 372

Ambrosetti, Juan Bautista 177, 360
Ameghino, Florentino 43
Amengual (director de La Almudaina) 443
Amengual, Juan José 413
Amossy, Ruth 8
Amunátegui Aldunate, Gregorio 340
Amunátegui Aldunate, Miguel Luis 117, 333, 340
Anacreonte 177
Anadón, Lorenzo 192, 365
Anderson Imbert, Enrique 29, 32-33, 64, 66
Andrade, Olegario 139, 346, 391
Andreu, Pedro 443, 446
Andrews, William Albert 144-145, 209, 347
Ángel, Bernarda 343
Angenot, Marc 8
Angiolillo, Michele 348
Antelo, Raúl 30
Apeles 330
Apollinaire, Guillaume 382
Aragón, Antonio 100-101, 334, 339
Arellano, Jorge Eduardo 24, 329-330, 334-335, 341, 355, 386, 394-395
Arellano y Arróspide, Julio de 137, 142, 345
Arenal, Concepción 456
Arenillas, Esteban 380
Arévalo Martínez, Rafael 68
Argerich, Juan Antonio 198, 369
Argerich, Manuel 177, 361
Argüelles Espinoza, Luis Ángel 353
Argüello, Pedro 332
Argüello, Victorino 332
Arias Argaez, Isaac 143, 144
Arias Dávila, Pedro (Pedrarias) 327
Aris García, José 443-444, 446-447
Armas, Augusto de 394
Arrieta, Rafael A. 359
Arrubla, Lorenzo (Arubla) 49, 89, 331
Ascarrunz Peláez, Moisés (Ascarruz) 213, 378

Asís, san Francisco de 227, 382, 415, 472
Ayón, Tomás 175, 359

B

Bach, Johann Sebastian 308, 404-405, 436
Baires, Carlos 196, 368
Bajtín, Mijaíl 14, 25-26, 41, 51
Balanzat y Bretagne, Lolita, marquesa de Nájera 244, 387
Ballerini, Augusto 195, 362, 367
Balmaceda, Pedro 115-116, 118-119, 338, 340
Balmaceda Fernández, José Manuel 117, 171, 338-339, 341, 357
Balzac, Honoré de 380, 394, 399, 406
Banville, Théodore de 203, 260, 273, 371, 391
Bañados Espinosa, Julio 171, 357
Baralt, Rafael María 47, 266, 393
Barbey d'Aurevilly, Jules 156, 190, 263, 364, 398
Barbosa Puga, Orozimbo (Barboza) 117, 340
Barceló, Antonio 443, 446
Barcia, Pedro Luis 362, 369
Barillas Bercián, Manuel Lisandro 136-138, 140, 344
Baroja y Nessi, Pío 211, 373, 376
Barrès, Maurice 18, 154, 352, 432
Barrios, Modesto 102, 334-336,
Barrios Auyón, Justo Rufino 110, 128, 240, 337, 343
Barros Arana, Diego 117, 340
Barthes, Roland 60
Bárzaga, Rafael 349
Batres Montúfar, José 175, 359
Baudelaire, Charles 29, 52, 392-393, 398, 400, 404, 418
Baviera y Borbón, Fernando de 244, 387
Bayeu, Francisco de 298, 401
Bayeu, Josefa 401
Bazil, Osvaldo 252, 330, 389, 399, 462, 464, 476, 497-498
Bécquer, Gustavo Adolfo 156, 272, 350
Becú, Carlos Alfredo (Alberto) 195, 367
Beethoven, Ludwig van 27, 435-436, 455
Beiztegui, Juan Antonio 244, 387
Belcebú 106

Belgrano, Manuel 43
Belín Sarmiento, Augusto 340
Bell, Jack 205
Bello, Andrés 350, 391
Benavente, Jacinto 211, 373
Benjamin, Walter 19, 25
Berceo, Gonzalo de 421-422, 457
Bergson, Henri 34, 278, 389
Berisso, Emilio 361
Berisso, Luis 196, 367
Bermúdez, Alejandro 350, 502-504
Bermúdez, María Antonia 350
Bernanos, Georges 364
Bernardin de Saint-Pierre, Jacques-Henri 330
Bernhardt, Sarah 381
Bertrand, Aloysius 392
Bestard, Juan 443, 446
Bhabha, Homi 39
Bianchi, Alfredo 65-66
Binns, Niall 397
Binsse, Paul-Jacques-Raymond, conde de Saint-Victor (Paul de Saint-Victor) 47, 265, 393
Blanco Fombona, Rufino 19, 327
Blandón Guevara, Erick 388
Blanes Viale, F. 440, 442, 469, 475
Blasco Ibáñez, Vicente 52, 400, 407-408
Blavatsky, madame 400
Blest Gana Bascuñán, Alberto 115, 338-339
Bloy, León 197, 318, 364, 408
Bolívar, Domingo 398
Bolívar, Simón 108, 336, 391
Bonafoux Quintero, Luis 229-230, 383
Bonaparte-Wyse, Marie Laetitia (María Leticia Rattazzi) 216, 379
Borbón, María de las Mercedes de 379
Borbón, María Eulalia de (Condesa de Ávila) 244, 387
Borbón, María Teresa de 244, 379
Borbón-Dos Sicilias, Carlos de, infante de España 244
Borbón y Borbón, Isabel de, infanta de España 244, 387

Borbón y Borbón, María de la Paz de 244, 387
Bolet Peraza, Nicanor 164-165, 353
Borges, Jorge Luis 48, 388
Boscán, Juan 426
Botticelli, Sandro 330
Bourdieu, Pierre 60
Bourget, Paul 139
Brahma 333, 457
Breton, André 29
Broca, Paul 386
Brown, Frank 203-205, 371
Brunetière, Ferdinand 11
Bruno, prior 221
Bruno, san 59, 286, 296, 499, 512
Buda 333
Bueno Bengoechea, Manuel 212-213, 376
Buislay, Adolf 205
Buislay, Hortense 91, 331
Buitrago, Edgardo 328
Bull, Ole 432
Bunsen, Maurice William Ernest de 245, 387
Byron, Lord 18, 205, 221
Byvanck, W. G. C. (Bijvanck) 355

C

Caballero de Puga, Eduardo 332
Cabañas Alamán, Fernando 405
Cabañas Fialos, José Trinidad 128, 343
Cabrera Cartaya, Iván 33, 64, 66
Cacciari, Massimo 17
Cáceres Buitrago, (señoritas) 123
Caitucoli, Claude 47
Calderón de la Barca, Pedro 40, 170, 389
Calzado y Sanjurjo, Adolfo 148, 348
Camba, Julio 434-435
Campillo y Correa, Narciso 151, 153, 351
Campoamor, Ramón de 32, 117-118, 150, 188, 210, 212, 340, 349, 351, 363, 376, 426, 493

Canalejas Méndez, José 157, 352
Canals, Mariano 443, 446
Candamo, Bernardo 211, 375
Cané, Miguel 371
Cánovas del Castillo, Antonio 32, 45, 147, 150, 155, 210, 243, 348
Canudo, Ricciotto 52-53, 59, 418-419
Cañas, Juan José 110, 337
Capdevila, Arturo 381
Caputo, Jorge Luis 69
Carbonell, Diego 399, 480
Cárdenas del Castillo, Adán 110, 334, 337
Carducci, Giosuè 273, 396, 399, 457
Caresani, Rodrigo 55, 69, 342, 344-345, 354-355, 367, 379, 389, 398
Carilla, Emilio 360, 366
Carlés, Carlos 200, 369
Carlomagno 46
Carlos I, rey de Portugal 352
Carlos II, rey de Inglaterra 399
Carlos III, rey de España 334, 377
Carlos IV, rey de España 401
Carpaneto, Francisco 335
Caro, José Eusebio 273, 396
Caro, Miguel Antonio 159, 352
Carranza Aguilar, Jaime 347
Carrasco Albano, Adolfo (señor C. A.) 113, 337
Carrière, Eugène 167, 355
Carvallido, (doctor) 443, 446
Casal, Julián del 260, 382, 392, 406
Casanova, Pascale 16
Casanova, Rafael 329
Caselli, Giovanni Battista 490
Castaño, Jerónimo 443, 446
Castelar y Ripoll, Emilio 148-149, 153, 155, 164, 210-211, 216, 334, 348-349, 351, 373, 377, 379
Castillo, Horacio 384
Castro, Cristóbal de 211, 375
Castro, Eugenio de 196, 366-367
Castro, Francisco 241, 330

Castro Fernández, Jorge 202, 370
Castro Madriz, José María 370
Castrovido, Roberto 211, 373
Catarina o Catalina Tomás, santa 313, 406, 470, 488
Catelli, Nora 10
Caterineu, Ricardo (Caramanchel) 211, 375
Catina, Juana 79
Cattaneo, Filippo 399
Cattaneo, Maddalena 399
Cavalcanti, coronel 154
Cavestany, Juan Antonio 377
Cavia y Lac, Mariano de 211, 373
Cay, María 260, 392
Cecilia, santa 416
Cellini, Benvenuto 19-20, 75, 327, 482
Ceppi, Giuseppe (José, Aníbal Latino, Canta Claro) 175, 359
Cerna, David 388
Cerutti, Franco 331
Cervantes, Miguel de (El manco de Lepanto) 251, 274, 372, 389, 402
Céspedes, Carlos Manuel de 395
Cézanne, Paul 59
Chacón Chaverri, Tranquilino 128, 202, 343-344
Chamorro Zelaya, Pedro Joaquín 98, 332, 336
Chateaubriand, François-René de 301, 395, 403
Chavannes, Puvis de 364
Chavarría, Emilio 354
Chénier, André 356
Chopin, Frédéric 238, 299-305, 385, 401, 423, 430, 432, 476, 497, 507
Cicerón 36, 83, 327
Cirer, Manuel 423, 425
Claude, abad (Charles Marie Claude) 190, 364-365
Claudel, Camille 406
Clérembault de Soer, Jehanne de (condesa o marquesa de Peralta) 186, 363, 391
Codona, Eduardo 331
Colón, Cristóbal 7, 50, 143-144, 157, 186, 347, 351, 466
Coloma González, Fidel 66

Colombi, Beatriz 40, 367
Coni, Emilio 214, 378
Coni, Pedro 378
Contreras, Álvaro 129, 344
Contreras, Francisco 28, 32
Contreras, Ricardo 335
Contreras Cañas, Rafaela (Stella) 32, 344, 352, 393
Coppée, François 400, 427
Coppola, Francis Ford 29
Corbel, Henri 398
Corea, Luis F. 236
Correa Luna, Carlos 360
Correa Morales, Lucio 195, 367
Cortés, Hernán 352
Costa y Llobera, Miguel 445, 448
Courteline, Georges (Georges Victor Moinaux) 224, 382
Croce, Benedetto 34, 374, 396
Croze, Austin de 384
Cruz, Fernando 139, 157, 352
Cuadra, Pablo Antonio 334, 509, 513
Cuervo, Rufino José 37, 334, 352, 358
Curie, Marie 389

D

Da Cunha, Euclides 30
Dameto, Juan Bautista 300, 401
D'Annunzio, Gabriele 17, 18, 222, 363, 380, 386, 396, 399, 431, 457
Dante Alighieri 359, 428
Da Ponte, Lorenzo 418
Darío de Vaquero, Rosita 511
Darío Sánchez, Rubén (Güicho) 31, 250, 388, 501
Daudet, Alphonse 167, 214, 267, 269, 357, 378, 394
Davico Bonino, Guido 327
Da Vinci, Leonardo 213, 377
Debayle, Louis Henri 241, 386
Debayle, Margarita 386
Debenedetti, Salvador 360
Debussy, Claude 394, 436

Degouve de Nuncques, William 432
De la Barra y Lastarria, Eduardo 120-121, 266, 334, 341, 393
De la Vega, Ricardo 377
de La Villehervé, Robert 398
Deleuze, Gilles 15, 18
Delgado Aburto, Leonel 24-25, 27, 39
Della Valle, Ángel (de la Valle) 195, 367
Delormas, Pascale 9, 56
Delorme, Marión 172
Del Valle, Aristóbulo 378
De Man, Paul 25-26, 43, 59
Derrida, Jacques 43, 53
Des Esseintes, Jean Floressas 14-15, 183, 362, 365
Desprès, Suzanne 384
D'Hozier, Pierre 402
Díaz, José-Luis 9
Díaz, Leopoldo 196, 364, 367
Díaz, Porfirio 227, 246, 383, 386, 388
Díaz de Mendoza y Aguado, Fernando (conde de Belazote) 211-212, 375-376
Díaz de Vivar, Rodrigo (el Cid) 364
Díaz Mirón, Salvador 270, 396-397
Díaz Romero, Eugenio 190, 364
Dicenta Benedicto, Joaquín 213, 377
Diderot, Denis 390
Dilthey, Wilhelm 34
Diógenes de Sinope 507
Di Tullio, Ángela 49-50
D'Ors, Eugenio (Xenius) 252, 388-389, 508
Doré, Gustave 432
Dosse, François 18-19
Dostoyevski, Fiódor (Dostoievsky) 391
Drumont, Édouard 318, 408
Dudley, lord 206
Duenyas, Johan de (Juan de Dueñas) 263
Dumas, Alexandre (padre) 100, 229
Duplessis, Maurice 171, 355
Durero, Alberto (Albrecht Dürer) 205

E

Echegaray, José 212, 376
Echeverría, Aquileo 129, 344
Edwards Ross, Agustín 115, 338, 343
Einsohn, Amy L. 393
Einstein, Albert 368
El Greco (Doménikos Theotokópoulos) 466
Emerson, Ralph Waldo 214, 422
Encausse, Gérard Anaclet Vincent (Papus) 202, 370, 394
Ennis, Juan A. 358
Erasmo de Rotterdam 400
Escalada Pujol, Miguel (Antonio de Valvuena) 196, 367
Espronceda, José (Pepe) 152-153, 351
Estades, Jerónimo 443, 446
Estelrich, Juan Luis 469, 472-473, 475
Estelrich, Pedro 385, 401, 469
Estrada, Ángel de 196, 367
Estrada, Santiago 121, 342
Estrada Morales, Juan José 246, 387
Ette, Ottmar 8, 18, 26, 45, 57
Eulalia, santa 317
Ezcurra, Eduardo de 196, 368
Ezeta, Antonio 137
Ezeta, Carlos 131-134, 136-137, 344

F

Fabra, Nilo 211, 375
Falguière, Jean-Alexandre-Joseph 214, 378
Fé, Fernando 212, 376
Fernández, Enrique 249
Fernández, Pura 349, 354
Fernández, Teodosio 347, 380
Fernández Alonso, Severo 378
Fernández Bonilla, León 175, 359
Fernández de Lizardi, José Joaquín 53, 55, 416
Fernández de Moratín, Leandro 36, 83
Fernández Espiro, Diego 177, 361
Fernández Grilo, Antonio 377

Fernández Moreno, Baldomero 48
Fernández Ripoll, Luis M. 24, 415
Fernando II de Aragón 407
Ferraris, Maurizio 38
Ferrer, Francisco 390
Ferrer Gibert, Pedro 473, 475
Ferrús Antón, Beatriz 421
Figueroa, Pedro Pablo 343
Fitz-Patrick, John 459
Fitzmaurice-Kelly, James 348
Flaubert, Gustave 47, 265, 268, 357, 477
Florest, Juan 443, 446
Folch, José Antonio 298, 401
Font, Antonio 443, 446
Fontecilla, Florencio 117, 340
Fontoura Xavier, Antônio de 249, 388
Footit, George 205
Fort, Paul 224, 315, 382
Foxá, Margarita 142
Frago, Juan Antonio 53
Francisco, san 415
Francisco I, rey de Francia 20
Franco, Francisco 373, 389
Fuente, Ricardo 211, 373
Fumaroli, Marc 19
Fuster, Francisco 33, 65

G

Gabriel, arcángel 404
Gabriel-Stheeman, Luis 40
Gahisto, Manuel 395
Gallego, Texifonte 144
Galleguillos Lorca, Francisco 120, 124-125, 341, 343
Gambetta, León 349
Gamboa Iglesias, Federico 161, 174, 352
Gámez, José Dolores 91, 241, 332, 334
Gamundí, Juan 443
García, Darío (Don Darío) 75

García, Manuel (Manuel Darío) 30, 38, 75-76, 85, 93
García, Miguel Ángel 334
García, Rita (Rita Darío de Alvarado) 38, 75-76, 85-86, 89, 129, 333
García Calderón, Ventura 454
García Camarero, Ernesto 18
García Ladevese, Ernesto 211, 373
García Lorca, Federico 48
García Mérou, Martín 398
García Morales, Alfonso 375, 398
García Ramón, L. 354
García Saraví, Gustavo 64
García Velloso, Enrique 222, 381
García Velloso, Juan José 173, 195, 357
García y Jerez, Nicolás (obispo García) 79, 328-329
Garibaldi, Giuseppe 100, 335, 361
Garnier, Auguste Désiré 166, 353, 355, 382
Garro, Juan Mamerto 222, 381
Garzón, Eugenio 385
Gasparini, Philippe 25, 56
Gautier, Théophile 18, 47, 259, 262, 265, 335, 391, 393, 398
Gavidia Guandique, Francisco Antonio 45, 129-130, 266, 344, 393
Gayá, Bartolomé 443, 446
Gelabert Massot, Antonio 469-470, 475
Gener, Pompeyo (Peyus) 252, 389
Ghiraldo, Alberto 21, 64, 68, 177, 360, 368, 374, 388, 399, 454
Gianolio, Bartolomeo 221, 380
Giusti, Roberto 65-66
Glickman, Robert Jay 392
Goethe, Johann Wolfgang 18, 148
Gómez Carrillo, Enrique (Carrillo) 10, 40, 139, 166-167, 169-170, 217-219, 224, 230, 346, 354-355, 392, 395
Gómez Carrizo, Pedro 64, 66
Gómez de Avellaneda, Gertrudis 333
Gómez de la Mata, Germán 483
Gómez Hermosilla, José 13
Goncourt, Edmond de 357, 402
Goncourt, Jules de 357, 402
Góngora y Argote, Luis de 40, 82, 170, 269, 274, 330, 335, 481

Gontaut Saint-Blancard, conde 186
Gonzaga, San Luis 90
González, Claudio Santos 465
González, Joaquín V. 173, 214, 357, 366, 378
González-Blanco, Andrés 211, 374, 470, 478
González-Blanco, Edmundo 211, 374
González-Blanco, Pedro 211, 374
González de Candamo y Rivero, Carlos 244, 387
González de Lugones, Juana (señora de Lugones) 428, 474, 485, 498, 500, 507, 511
González Martínez, Enrique 397
González Olmedilla, Juan 374
González Víquez, Cleto 142, 347
Gorki, Máximo 390
Goro, Michele di 327
Goudeau, Émile 382
Gouffre, Charles del 261, 393
Gourmont, Remy de 183, 258, 362, 390, 485
Goya y Lucientes, Francisco de 274, 277, 298, 401, 466
Gracián, Baltasar 41, 259
Granados, Enrique 432
Grasset de Saint-Sauveur, Jacques 316, 401, 407, 432
Gregorio, san 398, 416
Grenet-Dancourt, Ernest 224, 382
Grez Yávar, Vicente 115, 339
Grieg, Edvard 409
Groussac, Paul 26, 121, 342, 355, 364, 367, 391
Groux, Henry de 218, 379-380
Guattari, Félix 15
Guerra, Benjamín 165, 353
Guerra Bejarano, Rafael (el Guerra) 213, 377
Guerrero, María (María Ana de Jesús Guerrero Torija de Díaz de Mendoza) 211, 372, 375-376
Guglielminetti, Marziano 19-20
Guido, Alfredo 250, 388
Guido, Armando 250, 388
Guillén, ("el compadre Guillén") 77
Guillón, Ricardo 400

Guimerá, Ángel 210, 372
Gusdorf, Georges 34-35
Gutiérrez, Camilo 330
Gutiérrez Abascal, José (K'Asabal, Kasabal) 213, 376-377
Gutiérrez Girardot, Rafael 24, 26
Guzmán, Enrique 336
Guzmán Blanco, Antonio 230, 383
Guzmán el Bueno (Alonso Pérez de Guzmán) 507

H

Händel, Georg Friedrich 435
Haes, Carlos de 432
Hauser, Gaspar (Kaspar Hauser) 27, 287, 355, 427, 478
Havet, Ernest 407
Heine, Heinrich 148, 350, 375, 408
Heise González, Julio 343
Henríquez Ureña, Pedro 327, 393
Heredia, José María de, (poeta parnasiano) 158, 352, 457
Heredia, José María, (poeta romántico) 165, 350, 353
Heredia, Pedro 352
Hernández, Francisco 327
Hernández-Banuchi, Alberto 380
Hernández de Goncer, Federico 509, 513
Hernández Somoza, Jesús 329, 333, 335
Herrera, Luis 365
Hills, E. C. 369
Hind, Charles Lewis 438-439
Hinojosa, Baltasar Francisco de 405
Hoffmann, E. T. A., 394
Hofmannsthal, Hugo Laurenz August Hofmann von 18
Holguín Callo, Oswaldo 351
Holmberg, Eduardo 177, 360
Holmès, Augusta 390
Homero 396, 441
Homs, Ernesto 425
Horacio 41, 116, 263, 327, 359, 393, 396
Horta, Eulogio 225, 382
Hübner, Carlos Luis 115-116, 338-339, 432

Hudson, William Henry 10
Huertas Hervás, Juan 492
Hugo, Victor 97, 102, 130, 172, 179, 229, 266, 268, 272-273, 275, 332, 335, 344, 349, 357, 359, 363, 391, 393, 396, 403, 406, 458
Hume, David 374
Huneeis Gana, Jorge (Huneeus) 115-116, 339
Huneeis Gana, Roberto (Huneeus) 115-116, 339
Huntington, Archer Milton 506
Hurtado de Mendoza, Diego 40, 170
Huysmans, Joris-Karl 15, 52, 183, 310, 362, 365, 405

I

Ibáñez, Roberto 22, 68, 367
Ibarra, Felipe 82, 329
Iglesias Castro, Rafael 142, 347
Imperio, Pastora (Pastora Rojas Monje) 501-502
Ingenieros, José (Giusseppe Ingegneri) 177, 196-197, 361, 371
Ingres, Jean-Auguste-Dominique 330
Irarrázabal Zañartu, Alfredo (Irarrázaval) 115-116, 338-339
Irarrázabal Zañartu, Galo (Irarrázaval) 115-116, 339
Isabel I de Castilla 407
Iturbe y del Villar, Manuel 387

J

Jacob, Max 382
Jaime II, rey de Mallorca 388, 398
Jaime III, rey de Mallorca 296, 401
Jaimes, Julio Lucas (Brocha Gorda) 193, 366
Jaimes Freyre, Ricardo 47, 193, 195, 364, 366, 368-369, 380-381
James, William 34
Jammes, Francis 428
Jasia, Alberto 470
Jerez, Gregorio 329
Jerez Tellería, Máximo 78, 128, 328, 343
Jesús, (Cristo) 89-90, 274, 296-297, 308-310, 312, 318, 331, 333, 415, 418, 427, 488, 498-499, 512
Jiménez, Juan Ramón 7, 211, 375, 379, 406

Jiménez Bonnefil, Lesmes 142, 347
Jiménez Oreamuno, Ricardo 142, 347
Jitrik, Noé 57
Job 288, 310, 399, 408
Jorge, san 179
Jorge I, rey de Grecia 170
José I Bonaparte 401
Jovellanos, Gaspar Melchor de 52, 296, 401, 423, 431-432
Jrade, Cathy Login 400
Juan, san 392
Juan I, rey de Aragón 401, 432
Juana I de Castilla (Juana la Loca) 45, 155
Justiniano 327
Juvarra, Filippo 380

K

Kant, Immanuel 430
Kempis, Tomás de 405
Klemperer, Victor 16
Kock, Paul de 365
Koenig (padre jesuita, posiblemente, Camilo de Konink) 49, 89, 331
Kraudy, Pablo 68, 398-399, 401, 403-404, 405-408
Kropotkin, Piotr 390
Kruck, (general) 99

L

Labandera, José 443, 446
Laborde, Alejandro 439
La Cárcova, Ernesto de 195, 367
Lacayo, Lisímaco 109
Lachambre y Rodríguez, José María Julián de 260, 392
Lafleur, Héctor 361, 364
Lafont, Renée 395
La Fontaine, Jean de 356
Laguna, Gloria 213, 377
La Jeunesse, Ernest (Henri Cäen) 219, 224, 380
Lamberti, Antonio (Antonino) 177, 189, 361, 364
Lara, Julia de 509

Larra, Mariano José de 351
Larrea, Juan 55
Larreta, Enrique 19
Láscaris, Constantino 331
Lassus, Roland de (Orlando de Lasso) 308, 405
Lastarria, José Victorino 121-122, 341
La Tailhède, Raymond de 356
Laurens, Jean-Joseph Bonaventure 300, 401
Lautréamont, conde de (Isidore Ducasse) 361, 408
Lavandera, Beatriz 50
Lázaro Galdiano, José 213, 377
Lebesque, Philaes 395
Leconte de Lisle, Charles-Marie 269-270, 391, 395
Leguizamón, Marita 378, 413
Leguizamón, Martiniano 214, 378, 413
Lejeune, Philippe 11-12, 14, 25
León, fray Luis de 408
León XIII, (papa) 222, 365, 381, 416
Leonard y Bertholet, José 99, 140, 333
Leopardi, Giacomo 491
Leopoldo II, gran duque de la Toscana 385
Lévi, Eliphas 400
Lezama Lima, José 48
Liduvina, santa 405
Lincoln, Abraham 391
Link, Daniel 10, 45, 48
Llanas de Aguilaniedo, José María 212, 376
Llull, Ramon (Raymundo Lulio) 17, 20, 238, 251, 313, 385, 406, 427-429, 476, 488, 513
Longfellow, Henry Wadsworth 273, 396
Longo 329
López, Eugenio 336
López, Osvaldo 343
López-Ballesteros, Luis 211, 373
López Bru, Claudio (segundo Marqués de Comillas) 150, 349
López Carvajal, María 369
López García, Bernardo 435
López Lapuya, I. 354

López Negrete, Felipe 231, 233, 384
López-Valdemoro de Quesada, Juan Guadalberto (conde de las Navas) 151, 267, 350
López y López, Antonio (primer Marqués de Comillas) 350
Loureiro, Ángel 45, 56
Loveluck, Juan 23
Loyola, san Ignacio de 90, 308
Lucano 335
Lucas, san 404
Lucrecio 374
Lugones, Leopoldo 40, 43, 47, 57, 196, 200, 202, 214, 356, 361, 364, 366-370, 384, 391, 426-427, 498
Luis Salvador de Austria, príncipe de Toscana 238, 385, 406
Luis XVI, rey de Francia 402
Luperini, Romano 25
Lynch, Patricio 406

M

Mac-Clure Ossandón, Eduardo 115-116, 338
Maceo, Antonio 142
Machado, Antonio 48, 211, 354, 374, 376
Machado, Manuel 211, 354, 374, 376
Machaut, Guillaume de 356
Madero, Francisco 388
Madriz Rodríguez, José Santos 50, 246, 387
Maeterlinck, Maurice 391
Maeztu, Ramiro de 211, 373-374
Maingueneau, Dominique 8-9, 19, 53
Maizeroy, René (René-Jean Toussaint) 268, 394
Malberti, Juan (Malherty) 443, 446
Mallarmé, Stéphane 183, 276, 364, 377, 379, 392, 398, 406
Malosetti Costa, Laura 367, 369
Mann, Thomas 16-17
Manrique, Juan Evangelista 242, 386
Mansilla, Lucio V. 10, 192, 365
Manterola, Vicente 149, 349
Maragall, Joan 252, 390
Marasso, Arturo 356, 391-393

Marco Aurelio 278
María, santa (Virgen Santísima) 90, 129, 261, 308-310, 330, 404-405
María Amelia de Orleans, reina de Portugal 157, 244, 352
María Antonieta de Austria 301, 402
María Cristina de Habsburgo y Lorena, regenta de España 147, 157, 243, 348
Maristany, Luis 24, 401
Mármol, José 381
Marqués, Juan 443, 446
Marquina Angulo, Eduardo 211, 273, 275, 375, 396
Martel, Julián (José Miró) 176, 359-360, 365
Martí, José 10, 16, 30, 121, 162-164, 342, 346, 353, 380, 391
Martín I, rey de Aragón 296, 299, 401
Martínez, José María 370
Martínez Ruiz, José (Azorín) 376, 388, 437, 439
Martínez Sierra, Gregorio 331-332, 371, 375-376, 453
Martinto, Domingo 174, 358
Massanet, Juan 443, 446
Massanet, Mariano 443, 446
Matheu Aybar, José María 211, 374
Mathieu, François-Désiré 365
Maturin, Charles 380
Maucci, Emanuele (Manuel) 7, 20, 33, 54, 58, 60, 63, 206, 237, 252-253, 332, 390
Mauclair, Camille 400
Maupassant, Guy de 394
Maura y Montaner, Antonio 239, 385, 444
Maurras, Charles 171, 356, 373
Maximiliano de Habsburgo-Lorena, "emperador" de México 147, 229, 348, 423
Mayorga, Fulgencio 143
Medina, Crisanto 229-230, 239, 242, 383
Medinaceli, duquesa 148
Meizoz, Jérôme 8, 13
Mejía Sánchez, Ernesto 330, 332, 358, 393, 396
Mele, Eugenio 273, 396
Mendès, Catulle 47, 187, 224, 258, 260, 265, 268, 270, 357, 363
Méndez, Trinidad 35

Menéndez Pidal, Ramón 348
Menéndez Valdivieso, Francisco 128, 131-133, 136-137, 343-344
Menéndez y Pelayo, Marcelino 37, 41, 100, 146, 210, 216, 252, 263, 334-335, 347-348, 350, 379, 382, 389, 393, 456
Meneses, Carlos 24, 28
Mercado, Manuel 353
Merelo, Leo 250, 388
Merrill, Stuart 394
Mesa, Rosa 329
Meyer-Minnemann, Klaus 398
Migoni, Juan 200, 370
Miguel, san (arcángel) 307
Miller, (cónsul inglés) 95
Mique, Richard 402
Mir, Joaquín 320, 408, 432
Miranda, Ramón 165, 353
Mistral, Frédéric 245, 269, 356, 387, 396
Mistral, Gabriela 48
Mitre, Bartolomé 43, 121-122, 148, 175, 190, 222, 342, 359, 364, 367, 391, 466
Mitre y Vedia, Bartolomé Nicolás (Bartolito) 175, 359
Mitre y Vedia, Emilio 359
Moctezuma 391
Moll, Rafael 443, 446
Molloy, Sylvia 10, 12, 36-37, 44, 361, 363, 380
Monsegur, Sylla 378
Montaigne, Michel de 383
Montaldo, Graciela 29
Montalvo, Juan 96, 230, 332, 358
Montaner, Joaquín 468
Montaner Maturana de Sureda, Pilar 388, 399, 471, 476, 497-498, 501
Montemayor, Jorge de 329
Montetes Mairal, Noemi 385
Monteverdi, Claudio 404
Montini, Pablo 369
Montt, Luis 117, 340
Montt, Manuel 340

Montt, Pedro 115, 338
Montúfar y Rivera, Lorenzo 99, 175, 333
Morazán, Juan 128, 343
Moréas, Jean 40, 169-171, 224, 258, 263, 355, 356, 362, 382, 384, 390
Moreno, Mariano 367
Moreno Carbonero, José 210, 372
Morice, Charles 169, 355, 395
Morton, Gilbert 328
Mosca, Ettore 223, 381
Mosca, Vittorio 381
Moya, Miguel 211, 373
Mozart, Wolfgang Amadeus 418, 434
Muñoz Maldonado, José 365
Murillo, Rosario Emelina 336, 352, 503
Muslip, Eduardo 39
Musset, Alfred de 18, 299, 401-402, 423, 429

N

Naón, Pedro J. 361
Napoleón I (Napoleón Bonaparte) 18
Navarret, Luis A. 340
Navas Fonseca, Vicente 160, 352
Neppi, Enzo 10, 34
Neruda, Pablo 48, 53
Nervo, Amado 40, 217, 346, 379-380, 382
Nervo, Rodolfo 247, 388
Nicholson, Edward 395
Nieremberg, José Eusebio 405
Nietzsche, Friedrich 34, 373-374
Nirenstein, Mauricio 196, 368
Nisard, Jean Marie Napoléon Désiré 295, 400
Nordau, Max 15-16, 60, 362, 391, 406
Nordó, Joanne 509
Núñez, Rafael 50, 122, 158, 162, 182, 342, 352, 369
Núñez de Arce, Gaspar 150, 155, 216, 340, 349, 351, 377, 379, 381, 385, 429, 465, 489

O

Obligado, Rafael 173-174, 195, 357, 366
Ocampo, Miguel 189, 364
Ocantos y Ziegler, Carlos María 213, 376
Ochoa, Eugenio de 267, 330, 394
Ojeda, José 196, 368
Olano-García, Hernán Alejandro 331
Oliver Belmás, Antonio 35, 68, 331, 347-348, 350, 355, 364, 369, 374, 378-379, 395
Oliver y Toirá, Miguel de los Santos 252, 389, 458
Olivera, Otto 345-346
Olmedo, José Joaquín de 350, 391
Onís, Federico de 24
Oribe y Viana, Manuel 361
Orleans, Luisa de, infanta de España 387
Orrego Luco, Augusto 115, 338
Orrego Luco, Luis 115-116, 338
Ortega, Gustavo 129, 344
Ortega, Julio 33, 43-44, 52-54
Orth, Jean 385, 429
Ortiz, Pedro 110, 336
Ortiz Argenial, Anastasio 127, 343
Ortiz de Rozas de Mansilla, Agustina 192, 366
Orzali, Ignacio 222, 381
Óscar II, rey de Suecia 274
Osma, Joaquina de 155, 352
Ossa, Gregorio 338
Ossa Borne, Samuel 340
Ovidio Nasón, Publio 52, 266, 394, 397
Oyuela, Calixto 174, 195, 357-358, 366

P

Pablo, san 310, 400, 405
Padua, san Antonio de 307, 404-405
Pagello, Pietro 301, 402
Palacio, Manuel del 212, 376, 465
Palestrina, Pierluigi de 308, 405
Pallares, Leonidas 143, 347

Palma, José Joaquín 138-141, 270, 345-346
Palma, Ricardo 153, 351
Palomero, Antonio (Gil Parrado) 211, 213, 374
Palomo, Juan 451-452
Pardo, José 177, 196, 361
Pardo Bazán, Emilia 149, 154, 213, 349, 351, 376, 378, 382
Paredes, Alberto 390
Pareto, Vilfredo 368
Parrondo García, Arturo 380
Pärt, Arvo 404
Pascal, Blaise 315, 407
Pasteur, Louis 386
Paturot, Jérôme 106, 336
Paula, san Francisco de 308, 405
Payró, Roberto Jorge 176-177, 189, 215, 360, 378
Pedro, san 252
Pedro IV, rey de Aragón 296, 401
Peladán, Joséphin 268, 394
Pellegrini, Carlos 366, 378
Pellizza, Giuseppe 369
Peniston, William A. 338
Pera, Celestino 192, 366
Peralta y Alfaro, Manuel María 363
Pérez, Joseph 407
Pérez Galdós, Benito 216, 376, 379
Pérez Priego, Miguel Ángel 393
Pérez y Soto, Juan Bautista 332
Perosi, Lorenzo 416
Pessoa, Fernando 53
Petrilli, (barítono italiano) 105
Phillips, Allen W. 22-23, 29, 67-68, 378
Pica, Vittorio 224, 381-382
Picasso, Pablo 330
Pichardo, Manuel Serafín 349
Piedra, Antonio 13, 15, 64
Pineda, Mateo 328
Pineda Buitrago, Sebastián 64
Pini, Eugenio 214, 378

Pino-Hermoso, condesa 213, 377
Pino-Hermoso y de Velle, conde 377
Piñeiro Sorondo, Patricio 200, 202, 370
Piñero, Norberto 195, 367
Pío V, papa 404
Pío VI, papa 298
Pío VII, papa 298
Piquet, Julio 21, 173, 176, 209, 357, 359
Pitágoras 293, 400, 499
Platón 179, 469
Plaza, Prudencio 198, 369
Plessys, Maurice du 356
Pliego, Antonio 246, 249
Plinio el Viejo 266, 394, 488
Plowert, Jacques 263, 393
Poe, Edgar Allan 44, 261, 362, 379, 392-394, 399, 480
Poe, Karen 24, 27
Poincaré, Raymond 34
Poirier Toledo, Eduardo 110, 112-113, 120-121, 266, 337, 341
Ponce de León, Néstor 165, 353
Popelin, Claudius 158, 352
Porres, Diego de 327
Pound, Ezra 18
Pozuelo Yvancos, José María 25, 56
Préndez Murúa, Pedro Nolasco 115, 339-340
Proudhon, Pierre-Joseph 390
Proust, Marcel 18
Provenzano, Sergio 361, 364
Pueblo, Juan del 452
Puga Borne, Federico 115, 338
Puig, Alberto 52, 295, 400-401
Pujol, Valero 138, 140, 345

Q

Quesada, Ernesto 174, 195, 357-359
Quesada, Gonzalo de 162-163, 165, 353
Quesada, Vicente Gaspar 210, 372
Quevedo, Francisco de 41, 259

Quincey, Thomas de 379, 418
Quintana, Manuel José 434
Quiroga, Horacio 30
Quirós, Bernaldo de 376
Quirós, Juan Vicente (Quiróz) 142, 346

R

Racine, Jean 356
Rachilde (Marguerite Vallette-Eymery) 181, 315, 361-362, 407
Rahola Llorens, Carles 252, 390
Rajna, Pio 348
Rama, Ángel 16, 26, 47, 57
Ramírez Madregil, Félix (el coronel) 30, 37, 78, 84-85, 328
Ramis, (señor) 443
Ramón y Cajal, Santiago 452
Ramos Mejía, José María 214, 378
Ravel, Maurice 392
Raynaud, Ernest 356
Refugio 108
Regalado Romero, Tomás 143, 347
Regnault-Warin, Jean-Baptiste 330
Reibauld, Louys 336
Reibel, Martín 198, 369
Rella, Franco 28-29
Renan, Ernest 374
Révoil, Paul 387
Rey Pastor, Julio 18
Reyes, Alfonso 388
Reyes, Rafael 107, 134, 336
Reyes Ogazón, Bernardo Doroteo 249, 388
Reynaud, Ernesto 171
Riber, Lorenzo 470
Ribot, Pascual 443, 446
Riccardo, Daniel 381
Richepin, Jean 432
Ricoeur, Paul 18
Rimbaud, Arthur 330
Ríos Rosas, Antonio de los 349

Riva Palacio, Vicente (Juan) 147, 155, 348
Rivadavia, Bernardino 11
Rivadeneyra, Adolfo 334
Rivadeneyra, Manuel 37, 99, 334, 394, 401
Rivas Bravo, Noel 360, 374
Robinet, Carlos Toribio 120-121, 341
Roca, Francisco 443, 446-447
Rodin, Auguste 315, 406
Rodó, José Enrique 11-12, 64, 183, 186-187, 257, 362-363, 478
Rodríguez Demorizi, Emilio 330, 350, 389, 497
Rodríguez Mendoza, Manuel 115-116, 339
Rodríguez Rosales, Isolda 14
Rodríguez Ruiz de la Escalera, Eugenio (Monte Cristo) 213, 376
Röeber, Christián (Federico Leal de Sarowe) 192, 365
Rojas, Ricardo 231, 371, 383-384
Rojas y Galiano, José María de 230, 383
Roldán, Belisario 149, 349
Román de Núñez, Soledad 158
Romero Robledo, Francisco 213, 377
Ronsard, Pierre de 356
Roosevelt, Theodore 274, 379, 391, 396, 435
Roqué, Benjamín (el Payo) 206, 371
Roque-Baldovinos, Ricardo 343-344
Rosa, Ramón 346
Rosas, Juan Manuel de 192, 361
Rosselló, Miguel 443, 446
Rossetti, Dante Gabriel 41, 263, 393
Rossini, Gioachino 434
Rostand, Edmond 211, 375
Rouquaud, Pablo 190, 198, 364
Rousseau, Jean-Jacques 301, 432
Roux, Pierre-Paul (Saint-Pol-Roux) 231, 384
Rovira, Juan Carlos 372
Roxane (Elvira Santa Cruz Ossa) 338
Roxlo, Carlos 192, 365
Rubió y Lluch, Antonio 252, 348, 389
Rueda Santos, Salvador 189, 261, 364, 374, 377
Ruiz, Juan (arcipreste de Hita) 421-422, 438, 457

Ruiz Contreras, Luis 211, 354, 374
Ruíz de Aguilera, Ventura 99
Ruiz Zorrilla, Manuel 210, 372
Rusiñol, Santiago 52, 210, 252, 320, 371-372, 399, 401, 407-408, 429, 432
Ruskin, John 18

S

Saavedra Molina, Julio 63, 68, 334, 360
Saballos Ramírez, Marvin 328
Saboya, Luis Amadeo de (duque de los Abruzos) 221, 380
Sacasa y Sarria, Roberto 50, 143, 161, 333, 335, 347
Sáenz Peña, Roque 201, 370, 381
Safo 315
Said, Edward 17, 27
Salas, Manuel 443, 446
Salazar Barrutia, Ramón Arístides 138, 345
Salinas, Alejandro 123
Salinas, Rafael 101
Salmon, André 382
Salomón 219, 336, 408
Salvá, Vicente 354
Samain, Albert 362
Sánchez, Cayetano 140-141
Sánchez Andrés, Agustín 345
Sánchez del Pozo, Francisca 35, 352, 388, 454, 492, 501-504
Sancho I, rey de Mallorca (el Pacífico) 296, 388, 469
Sancholuz, Carolina 56
Sand, George (Amantine Aurore Lucile Dupin de Dudevant) 14, 18, 52, 238, 299-303, 316, 320, 385, 394, 401-404, 407-408, 414, 423, 429, 432, 497, 508, 512
Sanguily Garritte, Manuel Antonio 246, 387
San Martín, José de 43
Sanminatelli, Fabio 116, 340
Sannazaro, Jacopo 329
Santa Fe, Pedro de 263
Santanach, Joan 385
Santiago, Silviano 55

Santillana, marqués de 457
Santos Álvarez, Miguel de los 153, 267, 351, 394
Sarmiento, Antonio (el indio Darío) 39, 95
Sarmiento, Domingo Faustino 10-11, 36, 42-43, 214, 340, 406
Sarmiento, Ignacio 95
Sarmiento, Josefa 85
Sarmiento, Miguel 479
Sarmiento, Rosa 75-76, 93
Sarmiento, Sara 85, 330
Sarmiento Mayorga de Ramírez, Bernarda 35, 78, 97, 328-329
Satie, Erik 394
Saulo (Saulo de Tarso, San Pablo) 349, 405
Saunier, Marc 370
Sawa Fernández, Alejandro 167, 169, 211, 349, 354-355, 377
Sbarbi, José María 405
Schelling, Friedrich Wilhelm 28
Schiaffino, Eduardo 195, 366
Schmigalle, Günther 69, 342, 344-345, 354, 356-357, 364-365, 379, 389, 395, 399, 403, 406-407, 413
Scholl, Aurelien 171, 357
Schopenhauer, Arthur 368, 373-374
Schulman, Iván 22, 24, 26-27, 53, 57, 68-69, 413, 517
Schuré, Edouard 400
Scott, Walter 432
Sechi Mestica, Giuseppina 330
Sellés, Eugenio 212, 376
Selva, Carlos 332
Sequeira, Diego 332, 334-336, 346
Serrano y Sanz, Manuel 7, 12-13,
Servera, Enrique 443
Servera, Mariano 443, 446
Servera, Pedro A. 443, 446
Shakespeare, William 117, 178, 203, 205, 371, 388, 393, 403
Shelley, Percy Bysshe 391
Sicardi, Francisco 198, 369
Sierra Méndez, Justo 227, 247, 249, 382-383
Silva, José Asunción 16, 269, 368, 386, 395
Silva Castro, Raúl 332, 337-342

Silva Velázquez, Diego de 274
Silva y Fernández de Córdoba, Luis de (conde de Pie de Concha) 242, 386
Silvain, Eugène 224, 382
Silvela, Francisco 377
Silvestre, Armand 268, 270, 394
Sing, Duhleep 206
Singala, José 469-470, 475
Siskind, Mariano 54, 342
Sívori, Eduardo 195, 358, 367
Skyrme, Raymond 400
Socías, José 443, 446
Socías Clar, Francisco 443, 446
Solano, san Francisco 416
Solar, Alberto de 174, 358, 366
Sorolla, Joaquín 388
Soto Hall, Máximo 31-32, 336, 345, 503
Soto y Calvo, Francisco 174, 358
Sotomayor Valdés, Ramón 120, 341
Soussens, Charles de 177, 207, 361
Spencer, Herbert 390
Staël, Madame de 36, 83
Steiner Jonas, Pablo 357
Subercaseaux, Victoria 337
Subirá, José 434, 436
Sureda, Enrique 443, 446
Sureda Bimet, Juan 20, 37, 251-252, 388, 398-399, 443, 446, 469-470, 475, 485, 497, 501, 507-508, 512
Swan, Isabel 330
Swan, Juan 330
Swedenborg, Emanuel 400
Swinburne, Algernon Charles 179

T

Taboada, Luis 213, 377
Tailhade, Laurent 197, 355, 398
Taine, Hippolyte 18
Talero, Eduardo 198, 369

Tasso, Torquato 329
Tellería, Jacoba 82, 329
Tellería, Margarita 329
Tennyson, Alfred 156, 179
Terán, Oscar 42
Teresa de Jesús, santa 41, 259, 417
Thiers, Adolphe 229
Tible Machado, José 139, 172, 230, 346, 357
Tob, Sem 318, 408
Tolosa Latour, Manuel 213, 376
Tomás, santo 405
Tondreau, Narciso 115-116, 339, 341
Torres, Alejandra 367
Torres, Edelberto 68, 327, 356-357
Torres, Johan de (Juan) 263
Torres Caicedo, José María 230
Torres Perona, José María 248, 388
Trigueros, Ricardo 160
Trueba, Antonio de 99
Truyols, Fernando 443, 446
Tünnermann Bernheim, Carlos 329, 333
Turcios de Vaquero, Rosa 509
Twain, Mark 207-208, 371

U

Ugarte, Manuel 231, 346, 383
Uhfoll, (capellán) 501
Unamuno, Miguel de 10, 213-214, 346, 375, 378, 388
Urquijo, Mariano Luis de 401

V

Val, Mariano de 33
Valdeiglesias, marqués de (Alfredo Escobar y Ramírez) 211, 372
Valdés Vergara, Enrique 120, 341
Vale, Charles E. F. 177-178
Valencia, (señor) 443
Valenzuela, Mario 331
Valera, Cipriano de 392

Valera, Juan 41, 100, 151-152, 210, 267-268, 270, 334, 341, 348, 350-351, 355, 357, 358, 376, 385, 426
Valéry, Paul 382
Valle, José del 40
Valle, José María 328
Valle-Inclán, Ramón del 48, 143, 213, 354, 376-378, 398, 466
Vallejo, César 48
Vallette, Alfred 361-362
Valtierra, Juan de 263
Van der Wouver, Jan 399
Van Dijk, Anton (Vandyck) 286, 399
Vaquero Turcios, Joaquín 509
Vargas Ponce, José de (Miguel de Vargas) de 300, 401
Vargas Vila, José María 50, 222, 239, 346, 381
Varona Borrero, Bernabé (Bembeta) 142
Vasconcelos, José 10
Vasseur, Álvaro Armando (Américo Llanos) 190, 364
Vázquez Díaz, Daniel 507
Vedia, Enrique de 175, 206-207, 209, 359
Vedia, Mariano de (Juan Cancio) 182, 192, 362
Vega, Garcilaso de la 426, 438
Vega Belgrano, Carlos 182, 195, 197, 362, 366
Velarde, Fernando 100, 335
Velázquez, Diego 438-439
Verdaguer, Mario 422, 489, 491
Verdaguer y Santaló, Jacinto (Mosén Cinto) 252, 390
Verdes Montenegro, José 150
Vergara Biedma, Ernesto 196, 367
Verlaine, Paul 15, 40, 55, 167, 170-171, 260, 262, 273, 330, 355, 363, 375, 391, 395, 398, 400, 406, 435, 457, 478
Vico, Antonio 245, 387
Victoria, reina de Inglaterra 178, 180
Victoria, Tomás Luis de 308, 405
Victoria Eugenia de Battenberg, reina de España 243, 387
Vicuña Mackenna 112, 337
Vidal, Jaime 443, 446
Vilches, (capitán, enano) 86
Villacastín, Rosario M. 329

Villaespesa, Francisco 211, 375
Villegas, Esteban Manuel de 273, 396
Villegas, Juan Félix de 331
Villon, François 356
Viñes, Ricardo 392
Víquez Chinchilla, Pío 142, 346
Virgilio 223, 334, 394
Vishnú 333
Viteri y Ungo, Jorge (obispo Viteri) 79, 329
Vives, (señor) 443
Voltaire (François-Marie Arouet) 390
Voss, Johann Heinrich 273, 396

W

Wagner, Richard 18, 258, 293, 390, 394, 400, 435, 436, 451, 456
Walker, William 78, 110, 328
Weber, José Ignacio 381
Wells, Herbert George 44
Whitman, Walt 169, 259, 270, 342, 364, 390-391
Wilde, José Eduardo 387
Wilde, Oscar (Sébastien Melmoth) 219-220, 380
Williams, Alberto 195, 366
Williams, Octavio 330

Y

Voyer, Louis-Marcel (Yoyer) 112, 338

Z

Zaldívar, Rafael 105-106, 336
Zambrana, Antonio Enrique 99, 333
Zambrano, María 25
Zavala, Iris M. 354
Zavala Solís, Joaquín (Zabala) 109-110, 329, 333-334, 336, 352, 359
Zavattaro, Mario 75, 93, 105
Zelaya, Blanca de 501
Zelaya, José Santos 239-241, 245-246, 343, 346, 386-388, 453, 477, 501
Zenea, Juan Clemente 269, 395

Zola, Émile 214, 268, 357, 378, 394-395
Zorrilla, José 153, 272, 340, 351, 426, 434, 465
Zuberbühler, Carlos 195, 366
Zúñiga, Pedro de 329

Plan de las *Obras completas* y criterios generales de la edición

Justificación

Los homenajes dedicados al centenario del fallecimiento de Rubén Darío (2016) y al sesquicentenario de su nacimiento (2017) les han dado visibilidad a las dificultades de acceso que enfrenta hoy cualquier lector interesado en sus textos. Si parece existir un consenso unánime en la comunidad académica internacional sobre el descuido y la desatención que padece la materialidad de la obra dariana, los múltiples proyectos de reconstrucción filológica de un nuevo *corpus* completo promovidos desde la segunda mitad del siglo XX quedaron a la deriva ante la vastedad de la obra no recogida en volumen e incluso inédita, la dispersión geográfica de los archivos a indagar en América y Europa y los obstáculos inherentes al trabajo con prensa periódica de fines del siglo XIX y principios del XX (acceso, estado de las colecciones hemerográficas, dificultades técnicas en la recolección de fuentes, capacitación especializada del equipo de investigación, etcétera), espacio en el que continúa sepultado un caudal considerable de documentos.

La pertinencia de un proyecto de edición de *Obras completas* se funda en seis variables de un estado actual que es deseable y factible modificar. Primero, las cuatro colecciones previas (Mundo Latino, 22 vols., 1917-1919; G. Hernández y Galo Sáez, 7 vols., 1921-1922; G. Hernández y Galo Sáez, 22 vols., 1923-1929; Afrodisio Aguado, 5 vols., 1950-1955) han recogido un porcentaje cercano –aunque no superior– al sesenta por ciento de la obra dariana hoy conocida. Segundo, investigaciones recientes ofrecen indicios para suponer la existencia de un *corpus* valioso de "escritos desconocidos", a la espera de un minucioso escrutinio del archivo. Tercero, a excepción de los tres poemarios canónicos (*Azul…*, *Prosas profanas y otros poemas*, *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*) y algunas zonas muy puntuales de la prosa periodística, el grueso de los textos darianos carece de ediciones filológicas confiables. Cuarto, la falta de un cotejo básico de

variantes ha propiciado y perpetuado mutilaciones considerables de las fuentes, erratas, falsas atribuciones, en suma, la borradura de un conjunto de signos elementales para la lectura. Quinto, la datación y localización de los textos, tanto en el caso de primeras versiones como de reimpresiones, se encuentra en un estado incipiente, precario, con numerosos errores y lagunas. Sexto, las exiguas ediciones críticas de libros individuales como *Azul…* o *Prosas profanas*, aún pasibles de mejoras sustanciales en sus respectivos aparatos filológicos, se encuentran hoy agotadas y solo son accesibles a través de bibliotecas especializadas, de modo que, paradójicamente, la obra del primer poeta latinoamericano de proyección mundial pertenece al patrimonio de unos pocos, bibliófilos, eruditos, coleccionistas o académicos.

De manera simultánea al proyecto de las *Obras* –y en una apuesta firme por el acceso democrático a su escritura– la UNTREF abre a la comunidad el Archivo Rubén Darío Ordenado y Centralizado (AR.DOC), un repositorio digital que proveerá una catalogación unificada de los documentos darianos dispersos en los archivos de todo el mundo. Y aportará, además, un vasto caudal de nueva información con la digitalización de manuscritos, fotografías, correspondencia y prensa periódica. Los materiales del AR.DOC pueden consultarse en el siguiente enlace:

http://archivoiiac.untref.edu.ar/index.php/rub-n-dar-o

Objetivos

Este proyecto reúne a las máximas autoridades en investigación, edición y recopilación de textos darianos a ambos lados del Atlántico con el fin de consolidar una nueva versión de *Obras completas*. Una red intelectual e institucional transatlántica, en constante proceso de ampliación y consolidación, aparece como única garantía ante un archivo cuyo rasgo de dispersión y fragmentariedad resulta potenciado por el peregrinaje incansable de la escritura dariana. Esa red, aglutinada por la UNTREF, se propone una serie de objetivos específicos detallados a continuación:

a) Compilar la totalidad de la producción de Rubén Darío (1867-1916) conocida hasta el presente y también nuevos materiales localizados durante su preparación.
b) Ofrecer versiones fidedignas de crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, semblanzas biográficas, poemas, novelas, cartas, manifiestos, dedicatorias, prólogos, borradores, fragmentos de escritos y traducciones.
c) Recomponer el aparato paratextual de la escritura dariana, una de las dimensiones más deterioradas en las ediciones contemporáneas de su obra (dedicatorias, prólogos, fórmulas de apertura, subtítulos, seudónimos, etcétera).
d) Proveer una datación y localización rigurosa de los textos, sean impresos o manuscritos.
e) Brindar, en los diversos índices de cada tomo, en notas explicativas, información sobre personajes históricos, autores, sucesos, libros, corrientes estéticas y de pensamiento y otros aspectos que faciliten y mejoren la experiencia de lectura.

Plan de las *Obras*

TOMO 1: 1879-1885

Primeras poesías y prosas dispersas. *A la Unión Centroamericana* (1883); *Oda. Al libertador Bolívar. Del héroe americano* (1883); *Epístolas y poemas* [*Primeras notas*] (1888 [1885]).

TOMO 2: 1886-1888

VOLUMEN I: *Abrojos* (1887); "Canto épico a las glorias de Chile" (1887); "Otoñales" [Rimas] (1887).

VOLUMEN II: *Emelina* (en colaboración con Eduardo Poirier, 1887).

VOLUMEN III: *Azul...* (1888-1890-1905-1907).

VOLUMEN IV: Poesía y prosa dispersa en Chile: *El Mercurio*, *La Unión*, *La Época*, *Revista de Artes y Letras*, *La Tribuna*, *El Heraldo*, *La Libertad Electoral*, *La República*, *La Tarde*.

TOMO 3: 1889-1893
VOLUMEN I: *A. de Gilbert* (1890).
VOLUMEN II: Poesía y prosa dispersa en Centroamérica. San Salvador: *La Unión*. Costa Rica: *El Heraldo de Costa Rica*, *La República*, *Diario del Comercio*, *La Prensa Libre*, *El Partido Constitucional*. Panamá: *La Estrella de Panamá*. Guatemala: *Diario de Centro-América*, *El Correo de la Tarde*. Cuba: *La Habana Elegante*, *La Habana Literaria*, *El Fígaro*, *La Caricatura*.

TOMO 4: 1893-1898
VOLUMEN I: *Los raros* (1896-1905).
VOLUMEN II: *Prosas profanas y otros poemas* (1896-1901).
VOLUMEN III y IV: Poesía y prosa dispersa en prensa rioplatense. Argentina: *La Nación*, *Tribuna*, *El Mercurio de América*, *El Tiempo*, *La Revista de América*, *La Biblioteca*, *La Quincena*, *La Prensa*, *El Diario*, *Buenos Aires*, *El Sol*, *El Sol del Domingo*, *Relieves*, *El Sud-Americano*, *Revista Nacional*, *Revue Illustrée du Río de la Plata*, *Caras y Caretas*, *La Ilustración Sud-Americana*, *Atlántida*, *La Nueva Revista*, *Instantáneas Argentinas*, *El Búcaro Americano*, *La Revista Literaria*, *Artes y Letras*, *Argentina*, *La Nota*, *Ideas y Figuras*. Uruguay: *La Razón*, *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, *El Día*, *El Siglo*, *El Bien*, *La Nación* (Montevideo).

TOMO 5: 1899-1901
VOLUMEN I: *España contemporánea* (1901 [*Castelar*, 1899]).
VOLUMEN II: *Peregrinaciones* (1901).
VOLUMEN III: Poesía y prosa dispersa.

TOMO 6: 1902-1904
VOLUMEN I: *La caravana pasa* (1902).
VOLUMEN II: Máximo Gorki. *Tomás Gordeieff* (traducción, 1902).
VOLUMEN III: *Tierras solares* (1904).
VOLUMEN IV: Poesía y prosa dispersa.

TOMO 7: 1905-1908
VOLUMEN I: *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas* (1905).
VOLUMEN II: *Opiniones* (1906).

VOLUMEN III: *Parisiana* (1907).
VOLUMEN IV: *El canto errante* (1907 [*Oda a Mitre*, 1906]).
VOLUMEN V: Poesía y prosa dispersa.

TOMO 8: 1909-1911
VOLUMEN I: *Alfonso XIII* (1909); *El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical* (1909); *Poema del otoño y otros poemas* (1910).
VOLUMEN II: *Letras* (1911).
VOLUMEN III: Poesía y prosa dispersa.

TOMO 9: 1912-1916
VOLUMEN I: *Todo al vuelo* (1912).
VOLUMEN II: *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914).
VOLUMEN III: *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915 [1912]); "Historia de mis libros" (1913); "El oro de Mallorca" (1913-1914).
VOLUMEN IV: Poesía y prosa dispersa.

TOMO 10: Epistolario

Criterios filológicos

1. Secuencia de tomos y ordenamiento de los textos

Esta edición crítica distribuye la totalidad de la obra dariana en diez tomos correlativos sobre la base de un criterio cronológico (solo el epistolario mantiene una secuencia temporal propia). A su vez, cada tomo divide su materia en una serie abierta de volúmenes, cuyo número podrá ampliarse si el caudal de textos recogidos en cada intervalo así lo amerita. Los cortes propuestos en la cronología obedecen a "estados" de la obra dariana que se delimitan en base a variaciones en las condiciones de producción de su escritura (viajes y desplazamientos o publicación de uno o más libros capitales). El trabajo desde la secuencia cronológica implica una de las mayores innovaciones frente a las colecciones previas de *Obras completas*, regidas por divisiones genéricas en buena medida arbitrarias que deshicieron la unidad vital de los textos en favor de una disección y reclasificación de la materia muerta. La solución

adoptada por este proyecto espera revelar a la lectura las simultaneidades de una obra en proceso, sus múltiples relaciones y conexiones, la respiración y el ritmo de un pensamiento, el imbricado hacerse de una escritura.

2. Secciones del volumen modelo

Cada volumen contendrá los siguientes incisos: 1) Índice general del tomo y particular del volumen; 2) Introducción crítica de los coordinadores; 3) Criterios generales de la edición (plan de las *Obras*); 4) Nota filológica preliminar (según los problemas específicos del volumen); 5) Textos darianos; 6) Notas al pie, en secuencia alfabética (cotejo de variantes); 7) Notas finales, numeradas (explicativas, más extensas y circunstanciadas, ya sea con información contextual, hipótesis de lectura o bibliografía sugerida); 8) Cronología (circunscrita al período comprendido en cada corte temporal; se incluirá solo en el volumen final de cada tomo); 9) Apéndice documental (fotografías y facsímiles, recepción inmediata de las obras, polémicas); 10) Índice de nombres (autores, obras, personajes, instituciones); 11) Bibliografía de referencia.

3. Establecimiento de los textos

Las piezas de cada volumen se transcribirán literalmente a partir de los documentos existentes –recopilados en formato digital en el sitio web del Archivo Rubén Darío Ordenado y Centralizado– y se cotejarán y anotarán todas las variantes en las versiones revisadas por Rubén Darío. Por regla general, se considerará como texto definitivo el último publicado en vida del autor y se privilegiarán las versiones publicadas en volumen sobre las recogidas en prensa periódica (cuyas variantes, sin embargo, se detallarán rigurosamente en el aparato de notas al pie). Para los casos extremos de variación, se reserva la posibilidad de publicar todas las versiones existentes de un texto. Cuando no sea posible identificar o alcanzar la versión original (sea periodística o manuscrita), se recurrirá a la *editio princeps* correspondiente.

Las diferencias entre las fuentes y los textos de esta edición surgirán de la rectificación de erratas (en citas y nombres propios, entre otros). No se modernizará la ortografía original pues el

proceso implicaría la introducción de "nuevas" variantes, que entrarían en contradicción con el objeto fundamental de proveer un establecimiento riguroso de los textos. Se prestará especial atención a la puntuación dariana, que pauta la singular respiración de su sintaxis, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en nota al pie. Cuando sea necesario agregar signos de puntuación, letras o palabras, se colocarán entre corchetes a manera de hipótesis.

4. Paratextos

Se recuperarán los títulos originales completos y sus variantes, las dedicatorias, los prólogos en todas sus versiones, los elementos propios del registro periodístico (fecha de composición, fórmula de apertura y mención al editor-destinatario de la corresponsalía, estructura de párrafos, subtítulos, seudónimos, etcétera), entre otros signos. Los escritos publicados por Darío en formato de libro incluirán asimismo un apartado dedicado a la recepción inmediata del volumen, que concebimos también como parte de la obra.

5. Notas

La anotación de los volúmenes contempla dos instancias. Por un lado, las notas al pie en secuencia alfabética expondrán las variantes textuales bajo el supuesto de que en ellas se perciben los rastros de tensiones estéticas e ideológicas. Por otro, en las notas al final en secuencia numérica, los coordinadores de volumen podrán, entre otras posibilidades, identificar las fuentes que los textos darianos asimilan o reelaboran, identificar otras fuentes menores así como referencias o alusiones de tipo literario o extraliterario, exponer y confrontar las hipótesis e interpretaciones de la bibliografía especializada, etcétera.

Consejo Asesor

Raúl Antelo (Universidade Federal de Santa Catarina)
Jorge Eduardo Arellano (Academia Nicaragüense de la Lengua - Academia de Geografía e Historia de Nicaragua)
Diego Bentivegna (Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires)
Mayra Bottaro (University of Oregon)
Rodrigo Caresani (Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires)
Beatriz Colombi (Universidad de Buenos Aires)
Valentín Díaz (Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires)
Alfonso García Morales (Universidad de Sevilla)
Mónica González García (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso)
Noé Jitrik (Universidad de Buenos Aires)
Daniel Link (Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires)
José María Martínez (Universidad Rey Juan Carlos)
Aldo Mazzucchelli (Universidad de la República)
Sylvia Molloy (New York University)
Graciela Montaldo (Columbia University)
Julio Ortega (Brown University)
Rocío Oviedo (Universidad Complutense de Madrid)
Alberto Paredes (Universidad Nacional Autónoma de México)
Adela Pineda Franco (Boston University)
Julio Ramos (Universidad Andina Simón Bolívar)
Adriana Rodríguez Pérsico (Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires)
Miguel Rosetti (Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires)
Carmen Ruiz Barrionuevo (Universidad de Salamanca)
Carolina Sancholuz (Universidad Nacional de La Plata)
Ariel Schettini (Universidad Nacional de Tres de Febrero - Universidad de Buenos Aires)
Günther Schmigalle (Academia Nicaragüense de la Lengua)
Mariano Siskind (Harvard University)
Alejandra Uslenghi (Northwestern University)
Armando Vargas Araya (Academia Costarricense de la Lengua)
Ignacio Zuleta